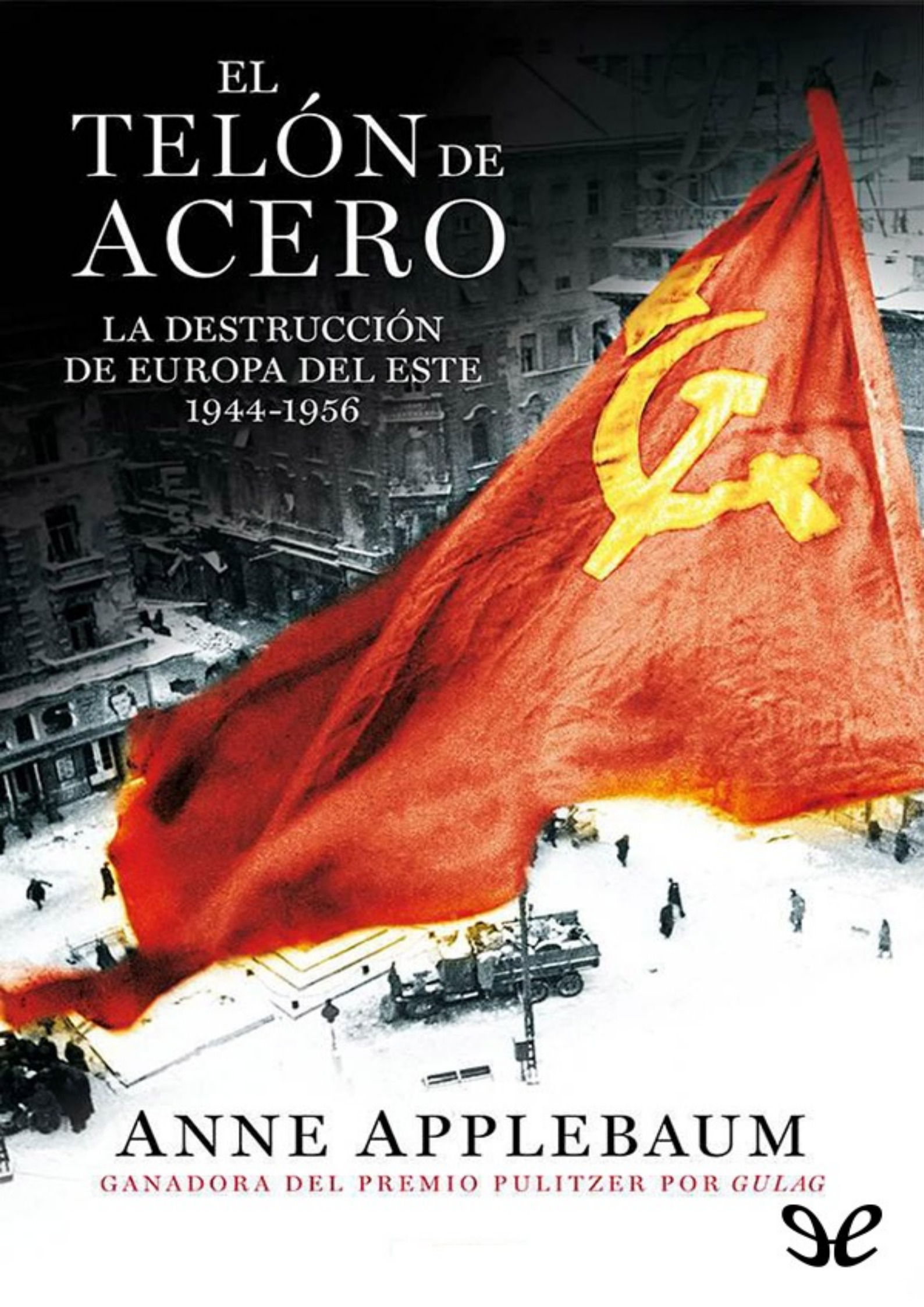




EL TELÓN DE ACERO

LA DESTRUCCIÓN
DE EUROPA DEL ESTE
1944-1956

ANNE APPLEBAUM

GANADORA DEL PREMIO PULITZER POR GULAG



Al final de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética controlaba una vasta extensión de territorio en el este de Europa. Stalin y su policía secreta emprendieron la conversión de doce países radicalmente diferentes entre sí a un nuevo sistema político y moral: el comunismo. La táctica comunista en su camino hacia el poder: amenazas, abuso y asesinato. El método por el cual, en un tiempo sorprendentemente corto, Europa del Este fue completamente estalinizada.



Anne Applebaum

El telón de acero

La destrucción de Europa del este: 1944-1956

ePub r1.1

Titivillus 16.12.15

Título original: *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe 1944-56*

Anne Applebaum, 2012

Traducción: Silvia Pons Pradilla

Diseño de cubierta: Penguin Books UK

Imagen de cubierta: Budapest, 1945 © Yevgeny Khaldei / Corbis

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Este libro está dedicado a aquellos europeos del Este que se negaron
a vivir en la mentira.

La pérdida de la libertad, la tiranía, el maltrato y el hambre habrían sido más fáciles de soportar sin la obligación de llamarlos libertad, justicia, el bien del pueblo. [...] Las mentiras, por su propia naturaleza parcial y efímera, se revelan como tales cuando se enfrentan con los esfuerzos del lenguaje por descubrir la verdad. Pero aquí todos los medios de revelación habían sido confiscados de manera permanente por la policía.

ALEKSANDER WAT, *Mi siglo*

El individuo no está obligado a creer todas estas mistificaciones, pero ha de comportarse como si las creyera o, por lo menos, tiene que soportarlas en silencio o comportarse bien con los que se basan en ellas. Por tanto, está obligado a vivir en la mentira.

VÁCLAV HAVEL, *El poder de los sin poder*

Nota sobre las siglas y los acrónimos

Las siglas y los acrónimos se utilizaron de manera profusa para hacer referencia a multitud de organizaciones políticas en la época que se describe en este libro —la Unión Soviética tenía una suerte de obsesión con ellos—, pero al gran público pueden resultarles muy confusos, sobre todo porque cambiaban con bastante frecuencia. Por consiguiente, los he evitado en la medida de lo posible y a menudo he utilizado «partido comunista» en lugar de «Partido Obrero Unificado Polaco», por ejemplo, o «grupo de jóvenes comunistas» en lugar de FDJ o ZMP. Sin embargo, resulta imposible evitar las siglas por completo, y se utilizan con frecuencia en otros libros de historia o de memorias. A continuación aparece una lista de las más importantes:

EN ALEMÁN

CDU	Christlich Demokratische Union: Unión Demócrata Cristiana
DDR	Deutsche Demokratische Republik: República Democrática Alemana, también llamada RDA o Alemania oriental
FDJ	Freie Deutsche Jugend: Juventud Libre Alemana, las juventudes del partido comunista, activadas en 1946
FDP	Freie Demokratische Partei: Partido Democrático Libre, a menudo llamado Partido Liberal
KPD	Kommunistische Partei Deutschlands: Partido Comunista de Alemania, fundado en 1919 y disuelto en la zona soviética de Alemania en 1946
SED	Sozialistische Einheitspartei Deutschlands: Partido Socialista Unificado de Alemania, nombre que recibió el Partido Comunista de Alemania tras su unificación con el Partido Socialdemócrata de Alemania en 1946
SMAD	Sowjetische Militäradministration in Deutschland: el nombre en alemán de la Administración Militar Soviética de Alemania, 1945-1949
SPD	Sozialdemokratische Partei Deutschlands: Partido Socialdemócrata de Alemania, fundado de nuevo en 1945 y disuelto en la zona soviética de Alemania en 1946

SVAG Sovietskaia Voennaia Administratsia v Germanii: el nombre en ruso de la Administración Soviética en Alemania, 1945-1959

EN HÚNGARO

ÁVH Államvédelmi Hatóság: Autoridad de Protección del Estado, la policía secreta húngara de 1950 a 1956

ÁVO Államvédelmi Osztály: Agencia de Seguridad del Estado, la policía secreta de 1945 a 1950

DISZ Dolgozó Ifjúság Szövetsége: Unión de la Juventud Trabajadora, movimiento de juventudes comunistas, 1950-1956

Kalot Katolikus Agrárifjúsági Legényegyesületek Országos Testülete: Secretaría Nacional Católica de Jóvenes Agricultores, organización de jóvenes católicos, 1935-1947

Madisz Magyar Demokratikus Ifjúsági Szövetség: Asociación de Jóvenes Demócratas de Hungría, el movimiento coordinador de jóvenes apoyado por el comunismo, 1944-1950

MDP Magyar Dolgozók Pártja: Partido de los Trabajadores Húngaros, 1948-1956, el partido comunista después de la unificación con los socialdemócratas húngaros

Mefesz Magyar Egyetemisták és Főiskolai Egyesületek Szövetsége: Asociaciones Universitarias y de Escuelas Superiores Húngaras, grupo estudiantil que existió de 1945 a 1950 y se reactivó brevemente en 1956

MKP Magyar Kommunista Párt: Partido comunista de Hungría, 1918-1948

MSzMP Magyar Szocialista Munkáspárt: Partido Socialista Obrero Húngaro, el partido comunista, 1956-1989

Nékosz Népi Kollégiumok Országos Szövetsége: Asociación Nacional de Universidades Populares

SZDP Szociáldemokrata Párt: Partido Socialdemócrata de Hungría, fundado en 1890, se disolvió para convertirse en el MPD en 1948 después de la unificación con los comunistas

EN POLACO

KPP Komunistyczna Partia Polski: Partido Comunista de Polonia, fundado en 1918, disuelto por Stalin en 1938

KRN Krajowa Rada Narodowa: Consejo Nacional

PKWN Polski Komitet Wyzwolenia Narodowego: Comité Polaco de

	Liberación Nacional
PPR	Polska Partia Robotnicza: Partido Obrero Polaco, nombre del resucitado Partido Comunista de Polonia entre 1942 y 1948
PPS	Polska Partia Socjalistyczna: el Partido Socialista Polaco, fundado en 1892 y disuelto a la fuerza para convertirse en el Partido Obrero Unificado Polaco en 1948
PRL	Polska Rzeczpospolita Ludowa: República Popular de Polonia, Polonia comunista
PSL	Polskie Stronnictwo Ludowe: Partido Campesino Polaco, fundado en 1918, opuesto al comunismo desde 1944 a 1946, y que después formó parte del régimen
PZPR	Polska Zjednoczona Partia Robotnicza: Partido Obrero Unificado Polaco, nombre del Partido Comunista Polaco después de 1948
SB	Służba Bezpieczeństwa: Policía Secreta de Polonia, 1956-1990
UB	Urząd Bezpieczeństwa: Policía Secreta de Polonia, 1944-1956
WiN	Wolność i Niezawisłość: Libertad e Independencia, la resistencia anticomunista de 1945 hasta aproximadamente 1950
ZMP	Związek Młodzieży Polskiej: Unión de Jóvenes Polacos, el grupo de juventudes comunistas de 1948 a 1957
ZWM	Związek Walki Młodych: Unión de la Juventud Combatiente de Polonia, el grupo de juventudes comunistas de 1943 a 1948

EN OTROS IDIOMAS

OUN	Organizatsia Ukrainiskij Natsionalistov: Organización de los Nacionalistas Ucranianos
StB	Státní bezpečnost: Seguridad del Estado, policía secreta checoslovaca
UPA	Ukrainska Povstanska Armia: Ejército Insurgente Ucraniano

MAPAS







Introducción

Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa central y del Este. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas esas ciudades famosas y las poblaciones que las rodean quedan dentro de lo que debo llamar la esfera soviética, y todas están sometidas, de una manera u otra, no solo a la influencia soviética, sino a una altísima y, en muchos casos, creciente medida de control por parte de Moscú.

WINSTON CHURCHILL, discurso en Fulton,
Missouri, 5 de marzo de 1946

Entre muchas otras cosas, el año 1945 marcó uno de los desplazamientos de población más extraordinarios de la historia europea. Por todo el continente, cientos de miles de personas regresaban del exilio soviético, de trabajos forzados en Alemania, de campos de concentración y campos de prisioneros de guerra, de escondites y refugios de toda clase. Las carreteras, caminos, senderos y trenes iban atestados de gente andrajosa, hambrienta y sucia.

Las escenas que se producían en las estaciones de ferrocarril eran especialmente horrorosas. Madres famélicas, niños enfermos y, en ocasiones, familias enteras acampadas sobre mugrientos suelos de cemento durante días y días, esperando un tren al que pudieran subir. Las epidemias y el hambre amenazaban con ensañarse con ellos. Pero en la ciudad de Łódź, en el centro de Polonia, un grupo de mujeres decidió evitar más tragedias. Lideradas por antiguas miembros de la Liga Kobiet, la Liga de Mujeres Polacas, una organización benéfica y patriótica fundada en 1913, las mujeres se pusieron manos a la obra. En la estación de trenes de Łódź, las activistas de la Liga de Mujeres crearon un refugio para mujeres y niños, en el que les proporcionaban comida caliente, medicamentos y mantas, además de la asistencia de voluntarios y enfermeras.

En la primavera de 1945, la motivación de esas mujeres era la misma que habría sido en 1925 o en 1935. Estaban siendo testigos de una emergencia social, de modo que se organizaron para ayudar. Nadie les pidió que lo hicieran, nadie se lo ordenó ni les pagó por ello. Janina Suska-Janakowska, una mujer de casi noventa años cuando la conocí, me contó que recordaba aquellos esfuerzos tempranos en Łódź como actos totalmente apolíticos:

«Nadie recibió dinero por aquel trabajo benéfico [...] todo aquel que tenía un minuto de tiempo libre, ayudaba^[1]». Más allá de prestar ayuda a los desesperados viajeros, la Liga de Mujeres de Łódź, en su formación inicial, no tenía un programa político.

Transcurrieron cinco años. En 1950, la Liga de Mujeres Polacas se había convertido en algo muy distinto. Contaba con una sede central en Varsovia. Disponía de un órgano rector nacional y centralizado que podía disolver y disolvió las divisiones locales que no acataban las órdenes. Tenía una secretaria general, Izolda Kowalska-Kiryluk, que no describía las tareas principales de la liga en términos patrióticos o benéficos, sino que utilizaba un lenguaje político e ideológico: «Debemos profundizar en nuestra labor organizativa y movilizar a un grupo numeroso de mujeres activas, educarlas y convertirlas en activistas sociales concienciadas. Día tras día, debemos acrecentar la conciencia social de las mujeres y unirnos en la grandiosa misión de la reconstrucción social de la Polonia popular para convertirla en una Polonia socialista».

La Liga de las Mujeres también organizó congresos nacionales, como el de 1951 en el que Zofia Wasilkowska, entonces la vicepresidenta de la organización, expuso abiertamente un programa político: «El objetivo principal y reglamentario del activismo de la Liga es el de llevar a cabo una labor educativa, instructiva. [...] El de acrecentar la concienciación de las mujeres hasta un nivel infinitamente más alto y movilizarlas para que sean plenamente conscientes de los objetivos del Plan Sexenal^[2]».

En otras palabras, en 1950 la Liga de Mujeres Polacas se había convertido en la sección femenina del partido comunista de Polonia. Con esa función, la liga animaba a las mujeres a seguir la línea del partido en asuntos de política y de relaciones internacionales. Alentaba a las mujeres a desfilar el Primero de Mayo y a firmar peticiones que contenían denuncias del imperialismo occidental. Empleaba a equipos de agitadores que asistían a cursos y aprendían a difundir aún más el mensaje del partido. Quienquiera que se opusiera a hacer cualquiera de esas cosas —que se negara, por ejemplo, a desfilar el Primero de Mayo o a asistir a las celebraciones por el cumpleaños de Stalin— podía ser expulsada de la Liga de Mujeres, lo que sucedió con algunas de ellas. Otras dimitieron. Las que permanecieron en la Liga dejaron de ser voluntarias para convertirse en burócratas que trabajaban al servicio del Estado y del partido comunista.

Habían transcurrido cinco años. En esos cinco años, la Liga de Mujeres

Polacas e infinidad de organizaciones similares habían experimentado una transformación absoluta. ¿Qué había sucedido? ¿Quién había causado tales cambios? ¿Por qué decidieron aceptarlos? Las respuestas a estas preguntas constituyen el tema principal de este libro.

Aunque se ha utilizado con mayor frecuencia para describir la Alemania nazi y la Unión Soviética de Stalin, la palabra «totalitario» o «totalitarismo» se utilizó por primera vez en el contexto del fascismo italiano. Inventado por uno de sus detractores, Benito Mussolini adoptó el término con entusiasmo, y en uno de sus discursos ofreció la que sigue siendo la mejor definición de la palabra: «Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado^[3]». En su definición estricta, un régimen totalitario es aquel que prohíbe todas las instituciones excepto las que han sido aprobadas de manera oficial. Así pues, un régimen totalitario consta de un partido político, un sistema educativo, un credo artístico, una economía de planificación central, unos medios de difusión unificados y un código moral. En un Estado totalitario no hay escuelas independientes, negocios privados, organizaciones de base ni pensamiento crítico. Mussolini y su filósofo preferido, Giovanni Gentile, escribieron sobre una «concepción del Estado que lo abarca todo; fuera de él no pueden existir valores humanos o espirituales, y mucho menos tener valor^[4]».

A partir del italiano, la palabra «totalitarismo» pasó a todas las lenguas de Europa y del mundo. Sin embargo, tras el fallecimiento de Mussolini, eran pocos los que defendían abiertamente el concepto y, con el tiempo, la palabra pasó a ser definida por sus detractores, muchos de los cuales figuran entre los más importantes pensadores del siglo xx^[5]. *Camino de servidumbre*, de Friedrich Hayek, es una respuesta filosófica al desafío del totalitarismo, al igual que *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper. La obra de George Orwell *1984* ofrece una visión distópica de un mundo totalmente dominado por regímenes totalitarios.

Es probable que la estudiosa más importante de la política totalitaria fuera Hannah Arendt, quien definió el totalitarismo en su libro de 1949 *Los orígenes del totalitarismo* como «una forma novedosa de gobierno» propiciada por la llegada de la modernidad. Según ella, la destrucción de las sociedades y formas de vida tradicionales había creado las condiciones necesarias para la evolución de la «personalidad totalitaria», de hombres y mujeres cuya identidad dependía por completo del Estado. Arendt es famosa por haber sostenido la tesis de que tanto la Alemania nazi como la Unión

Soviética fueron regímenes totalitarios y, como tales, hubo entre ambos más similitudes que diferencias^[6]. Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski llevaron ese razonamiento un poco más lejos en su obra *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, publicada en 1956, y buscaron una definición más eficaz. Los regímenes totalitarios, sostuvieron, tenían al menos cinco puntos en común: una ideología dominante, un único partido en el poder, una fuerza policial secreta dispuesta a utilizar el terror, el monopolio de la información y una economía planificada. Según esos criterios, los regímenes nazi y soviético no fueron los únicos estados totalitarios. Otros, como el de la China de Mao, por ejemplo, cumplieron también todos los requisitos^[7].

Sin embargo, a finales de la década de 1940 y a principios de la de 1950, el «totalitarismo» era más que un mero concepto teórico. Durante los primeros años de la guerra fría, el término adquirió también connotaciones políticas concretas. En un discurso fundamental pronunciado en 1947, el presidente Harry Truman declaró que todos los estadounidenses debían estar «dispuestos a ayudar a los pueblos libres para que puedan mantener sus instituciones libres y su integridad nacional contra movimientos agresivos que pretenden imponerles regímenes totalitarios^[8]». Esta medida recibió el nombre de Doctrina Truman. El presidente Dwight Eisenhower también utilizó el término durante su campaña presidencial de 1952, en la que declaró su intención de ir a Corea y terminar la guerra allí: «Conozco algo esa mentalidad totalitaria. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial tuve que asumir la dura responsabilidad de tener que tomar decisiones en la cruzada del mundo libre contra la tiranía que entonces nos amenazaba a todos^[9]».

Como los guerreros de la guerra fría estadounidenses se posicionaron abiertamente como opositores del totalitarismo, los escépticos con la guerra fría empezaron a cuestionar el término y a preguntarse su significado. ¿Constituía el totalitarismo una amenaza real o era tan solo una exageración, una suerte de hombre del saco, una invención del senador Joseph McCarthy? A lo largo de las décadas de 1970 y 1980, los historiadores revisionistas de la URSS sostuvieron que ni siquiera la Unión Soviética de Stalin había sido realmente totalitaria. Mantuvieron que no todas las decisiones de la Unión Soviética se tomaban en Moscú; que la policía local estaba tan inclinada a imponer el terror como quienes estaban en lo más alto de la jerarquía; que los planificadores centrales no siempre tenían éxito en sus intentos por controlar la economía; que el terror colectivo había creado «oportunidades» para

muchos en la sociedad^[10]. Entre algunos, el término «totalitarista» llegó a cobrar un significado burdo, impreciso y excesivamente ideológico.

En realidad, muchos de los teóricos «ortodoxos» del totalitarismo habían señalado también varias de esas cuestiones. Eran pocos los que mantenían que el totalitarismo funcionaba. Al contrario, «como el gobierno totalitario aspira a lo imposible y pretende poner a su disposición la personalidad del hombre y su destino, solo puede llevarse a cabo de manera fragmentaria —escribió Friedrich—. Y esa es, precisamente, la razón por la que las consecuencias de la reivindicación totalitaria del poder son tan peligrosas y opresivas, porque son tan vagas, tan incalculables y tan difíciles de demostrar. [...] Esta contorsión se sigue de la aspiración irrealizable de poder: describe la vida bajo tal régimen y hace que a la gente de fuera le resulte sumamente difícil de entender^[11]».

En años más recientes, los teóricos políticos han profundizado más en este argumento revisionista. Algunos han argumentado que el término «totalitario» es realmente útil solo en teoría, como un negativo contra el que los demócratas liberales pueden definirse a sí mismos^[12]. Otros consideran que la palabra no tiene ningún sentido y argumentan que se ha convertido en un término que tan solo significa «la antítesis teórica de la sociedad occidental», o simplemente «gente que no nos gusta». Una interpretación más siniestra sostiene que la palabra «totalitarismo» sirve a sus propios intereses: la utilizamos únicamente para realzar la legitimidad de la democracia occidental^[13].

En el habla común, la palabra «totalitario», más que servir a sus propios intereses, se utiliza de manera abusiva. Algunos políticos elegidos de manera democrática son descritos como totalitarios (por ejemplo, «los instintos totalitarios de Rick Santorum»), como sucede también con gobiernos o incluso compañías (alguna vez hemos leído sobre «la marcha de Estados Unidos hacia el totalitarismo» o hemos descubierto que Apple mantiene «un enfoque totalitario con respecto a su tienda de aplicaciones»^[14]). Los liberales libertarios, de Ayn Rand en adelante, han utilizado la palabra para describir a los liberales progresistas. Los liberales progresistas (y, por supuesto, los conservadores) han utilizado la palabra para referirse a Ayn Rand^[15]. Hoy en día, la palabra se aplica a tantas personas e instituciones que a veces puede resultar vacía de significado.

Sin embargo, aunque la idea de «control absoluto» pueda ahora parecer absurda, ridícula, exagerada o tonta, y aunque la propia palabra haya perdido

la capacidad de impresionar, es importante recordar que el «totalitarismo» es algo más que un insulto mal definido. Históricamente hubo regímenes que aspiraron al control absoluto. Si esperamos entenderlos —si esperamos entender la historia del siglo xx—, tenemos que comprender cómo funcionaba el totalitarismo, tanto en la teoría como en la práctica. Además, el concepto de control absoluto no está totalmente pasado de moda. El régimen de Corea del Norte, establecido en la línea del de Stalin, ha cambiado poco en setenta años. Si bien las nuevas tecnologías parecen dificultar la aspiración al control absoluto, y aún más su consecución, no podemos estar seguros de que los teléfonos móviles, internet y las fotografías por satélite no terminen convirtiéndose en herramientas de control en manos de regímenes que también aspiran a «abarcarlo todo^[16]». El término «totalitarismo» sigue siendo una descripción empírica útil y necesaria. Ya va siendo hora de recuperarlo.

Un régimen en particular comprendió tan bien las técnicas y los métodos del control totalitario que los exportó exitosamente: tras el final de la Segunda Guerra Mundial y el avance del Ejército Rojo hacia Berlín, los dirigentes de la Unión Soviética hicieron grandes esfuerzos para imponer un sistema totalitario de gobierno en los países europeos que ocupaban en ese momento, igual que habían intentado imponer un sistema totalitario en las distintas regiones de la propia URSS. Sus esfuerzos fueron verdaderamente letales. Stalin, sus oficiales militares y su policía secreta —que entre 1934 y 1946 recibió el nombre de Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (Narodny Komissariat Vnutrennij Del o NKVD), y más adelante se convertiría en el KGB—, junto con sus aliados locales, no intentaban expresar su opinión sobre Ayn Rand o los liberales progresistas cuando crearon los estados totalitarios de Europa del Este. Parafraseando a Mussolini, lo que realmente querían era crear sociedades en las que todo estuviera dentro del Estado, nada fuera del Estado y nada contra el Estado, y querían hacerlo con rapidez.

Es cierto que los ocho países europeos que el Ejército Rojo ocupó en 1945, en su totalidad o en parte, tenían culturas, tradiciones políticas y estructuras económicas sumamente distintas. Los nuevos territorios incluían la otrora democrática Checoslovaquia y la Alemania anteriormente fascista, además de monarquías, autocracias y estados semifeudales. Los habitantes de esa región eran católicos, ortodoxos, protestantes, judíos y musulmanes. Hablaban lenguas eslavas, románicas, ugrofinesas y germánicas. Incluía a rusófilos y rusófobos; la industrializada Bohemia y la rural Albania; la

cosmopolita Berlín y minúsculas aldeas en los Cárpatos. Entre ellos se encontraban antiguos súbditos del Imperio austrohúngaro, prusiano, otomano, así como del ruso.

Sin embargo, estadounidenses y europeos occidentales de ese período llegaron a considerar las naciones de una Europa dominada por el comunismo pero no soviética —Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Alemania del Este, Rumanía, Bulgaria, Albania y Yugoslavia— como un «bloque» que a la larga llegó a denominarse «Europa del Este». Este es un término político e histórico, no geográfico. No incluye otros países del Este como Grecia, que jamás fue un país comunista. Tampoco incluye los estados bálticos o Moldavia, que aunque histórica y culturalmente eran similares a los de la Europa del Este, en ese período fueron incorporados a la Unión Soviética. Existían similitudes entre las experiencias de los estados bálticos y los de Polonia en particular, pero también había importantes diferencias: la soviетización, para los bálticos, significó la pérdida de incluso la soberanía nominal.

En los años que siguieron a la muerte de Stalin —especialmente desde 1989—, las ocho naciones de Europa del Este tomaron caminos muy distintos, y ya se ha convertido en algo habitual comentar que, en realidad, jamás tuvieron nada en común. Es absolutamente cierto: antes de 1945 nunca se habían unido de ningún modo y aún hoy resulta asombroso lo poco que tienen en común, aparte de la memoria histórica del comunismo. Aun así, durante un tiempo, entre 1945 y 1989, esas ocho naciones de Europa del Este compartieron muchas cosas. Por motivos de sencillez, familiaridad y precisión histórica, utilizaré el término «Europa del Este» para referirme a ellas a lo largo de este libro^[17].

Durante un período muy breve, entre 1945 y 1953, pareció que la URSS conseguiría convertir las muy distintas naciones de Europa del Este en una región ideológica y políticamente homogénea. De los enemigos de Hitler y los aliados de Hitler lograron, en esa época, crear un grupo de organizaciones políticas en apariencia idénticas^[18]. A principios de la década de 1950, todas las capitales grises y castigadas por la guerra de los «antiguos estados» de la región, en palabras de Churchill, fueron patrulladas por la misma clase de policías de gesto adusto, diseñadas por los mismos arquitectos del realismo socialista y cubiertas de los mismos pósters de propaganda. En toda la región se rendía culto a Stalin, cuyo nombre se veneraba en la URSS como «símbolo de la victoria próxima del comunismo», así como también a otros líderes de

partidos políticos locales^[19]. Millones de personas participaban en desfiles y celebraciones del poder comunista organizadas por el Estado. En esa época, el «Telón de Acero» era mucho más que una metáfora: muros, vallas y alambradas separaban literalmente la Europa del Este de la del Oeste. En 1961, año en que se construyó el muro de Berlín, parecía que esas barreras se mantendrían para siempre.

Al volver la vista atrás, la velocidad con que se produjo esa transformación resulta asombrosa. En la propia Unión Soviética, la evolución de un Estado totalitario se había producido a lo largo de dos décadas, y a trompicones. Los bolcheviques no empezaron con un plan rector. Tras la Revolución rusa, siguieron un curso en zigzag, a veces más severo, a veces más liberal, a medida que sus políticas fracasaban en el intento de proporcionar las prometidas ganancias económicas. A las políticas colectivistas del «comunismo de guerra» y el «terror rojo» de la época de la Guerra Civil rusa, siguió la Nueva Política Económica de Lenin, más liberal, que permitió la privatización de algunas industrias y empresas. La Nueva Política Económica se abolió en 1928 y fue reemplazada por un Plan Quinquenal y una nueva serie de políticas que con el tiempo se conocerían como estalinismo: un impulso para la rápida industrialización, la colectivización forzada, la planificación centralizada; restricciones draconianas en la expresión, la literatura, los medios y las artes; y la expansión del Gulag, el sistema de campos de trabajos forzados. Los términos «estalinismo» y «totalitarismo» a menudo se utilizan con el mismo significado, y con toda la razón.

Sin embargo, a finales de la década de 1930 el estalinismo también estaba en crisis. Las condiciones de vida no estaban mejorando tan rápidamente como el partido había prometido. Las inversiones mal planificadas empezaban a fracasar. La gran hambruna en Ucrania y en la región meridional de Rusia a principios de la década de 1930, si bien tuvo cierta utilidad política para el régimen, había provocado miedo en lugar de admiración. En 1937, la policía secreta soviética lanzó una campaña pública de detenciones, encarcelamientos y ejecuciones, dirigida inicialmente a los saboteadores, espías y «destructores» que, supuestamente, estaban interfiriendo en el progreso de la sociedad y que finalmente se hizo extensiva a los círculos más elevados del partido comunista soviético. La Gran Purga no supuso la primera oleada de arrestos en la Unión Soviética y tampoco la mayor: con anterioridad, ya se había aterrorizado a campesinos y a minorías étnicas, en particular a los que vivían cerca de la frontera soviética. Sin embargo, esa fue

la primera vez que el terror se dirigía a las más altas esferas del partido, y causó una profunda inquietud tanto en la Unión Soviética como entre los comunistas de otros países. A la larga, la Gran Purga podría haber provocado una enorme desilusión. Pero el estalinismo —y Stalin— fue rescatado de manera fortuita por la Segunda Guerra Mundial. Pese al caos y los errores, pese a la multitud de muertes y a la destrucción masiva, la victoria reforzó la legitimidad del sistema y su líder, «demostrando» así su valía. A raíz de la victoria, el culto casi religioso que se rendía a Stalin alcanzó nuevas cotas. La propaganda describía al dirigente soviético como «la encarnación de su propio heroísmo, su propio patriotismo, su propia devoción a la patria socialista^[20]».

Al mismo tiempo, la guerra proporcionó a Stalin una ocasión sin precedentes para imponer su particular visión de sociedad comunista sobre sus vecinos. La primera oportunidad llegó muy al principio, en 1939, después de que la Unión Soviética y la Alemania nazi firmaran el Pacto Molótov-Ribbentrop y acordaran dividir Polonia, Rumanía, Finlandia y los estados bálticos en zonas de influencia germana y soviética. El 1 de septiembre, Hitler invadió Polonia desde el oeste. El 17 de septiembre, Stalin invadió Polonia desde el este. Transcurridos unos meses, las tropas soviéticas habían ocupado los estados bálticos, partes de Rumanía y también el este de Finlandia. Si bien la Europa ocupada por los nazis finalmente fue liberada, Stalin jamás devolvió los territorios que ocupó durante esa primera fase de la guerra. El este de Polonia, el este de Finlandia, las naciones bálticas, Bucovina y Besarabia, ahora llamada Moldavia, fueron incorporados a la Unión Soviética. Los territorios orientales de Polonia forman parte de las actuales Ucrania y Bielorrusia.

En su zona de ocupación, los oficiales del Ejército Rojo y los del NKVD empezaron de inmediato a imponer su propio sistema. A partir de 1939 se sirvieron de colaboradores locales, miembros del movimiento comunista internacional, la violencia y las deportaciones masivas a los campos de concentración del Gulag para «sovietizar» a la población local. Stalin aprendió valiosas lecciones de esa experiencia y ganó aliados igualmente valiosos: la invasión soviética de la parte este de Polonia y los estados bálticos en 1939 produjo un cuadro de oficiales del NKVD preparados y dispuestos a repetirlo. Inmediatamente, incluso antes de la invasión nazi de la URSS en 1941, las autoridades soviéticas empezaron a preparar el terreno para una transformación similar en Europa del Este.

Este último punto resulta controvertido, puesto que en la historiografía oficial la historia de posguerra de la región suele dividirse en fases^[21]. Primero hubo una democracia auténtica, durante 1944-1945; a continuación una falsa democracia, como escribió Hugh Seton-Watson; y después, en 1947-1948, un abrupto cambio de política y una toma de poder en toda regla: se intensificó el terror político, se amordazó a los medios de comunicación y se manipularon las elecciones. Cualquier pretensión de autonomía nacional fue abandonada.

Desde entonces, algunos historiadores y politólogos han atribuido este cambio en la atmósfera política al comienzo de la guerra fría, con la que coincidió. En ocasiones, de esta aparición del estalinismo en Europa del Este se ha culpado a los guerreros de la guerra fría en Occidente, cuya retórica agresiva «obligó» al dirigente soviético a afianzarse en la región. En 1959, William Appleman Williams dotó a este argumento «revisionista» general su forma clásica al argumentar que la guerra fría no había sido causada por la expansión comunista, sino por la ofensiva estadounidense para conseguir mercados internacionales abiertos. Más recientemente, un destacado estudioso alemán ha argumentado que la división de Alemania no fue causada por el intento de alcanzar políticas totalitarias en Alemania del Este después de 1945, sino por el fracaso de las potencias occidentales a la hora de aprovechar las tentativas pacíficas de Stalin^[22].

Cualquier examen riguroso de lo que estaba sucediendo en la región entre 1944 y 1947 revela los profundos errores de estos argumentos; y, gracias a la disponibilidad de archivos tanto soviéticos como de Europa del Este, ahora es posible hacer un examen riguroso^[23]. Nuevas fuentes han ayudado a los historiadores a comprender que este primer período «liberal» no fue, en realidad, tan liberal como a veces se ha considerado. Es cierto que no todos los elementos del sistema político soviético fueron importados a la región en cuanto el Ejército Rojo cruzó las fronteras, y por supuesto no hay pruebas de que Stalin pretendiera crear un «bloque» comunista rápidamente. En 1944, su ministro de Asuntos Exteriores, Iván Maiski, escribió una nota en la que predecía que todas las naciones de Europa llegarían a convertirse en estados comunistas, pero que para ello faltaban aún tres o quizá cuatro décadas. (También previó que en la Europa del futuro debería haber tan solo una potencia terrestre, la URSS, y una potencia marítima, Gran Bretaña.) Entretanto, Maiski pensaba que la Unión Soviética no debía intentar fomentar «revoluciones proletarias» en Europa del Este, y sí mantener buenas

relaciones con las democracias occidentales^[24].

Esta visión a largo plazo estaba sin duda en consonancia con la ideología marxista-leninista tal como Stalin la entendía. Él creía que los capitalistas no serían capaces de colaborar entre sí para siempre. Tarde o temprano, su afanoso imperialismo los conduciría al conflicto, y la Unión Soviética se beneficiaría de ello. «Las contradicciones entre Inglaterra y Estados Unidos aún están por llegar —dijo a sus compañeros unos meses después de que terminara la guerra—. Los conflictos sociales en Estados Unidos se extienden a un ritmo creciente. Los laboristas han prometido a los trabajadores ingleses tantas cosas en relación con el socialismo que les resultará difícil echarse atrás. Pronto tendrán conflictos, no solo con su burguesía, sino también con los imperialistas estadounidenses^[25].»

Si la URSS no tenía prisa, tampoco la tenían los dirigentes comunistas de Europa del Este, de los cuales muy pocos esperaban hacerse con el poder de manera inmediata. En la década de 1930, muchos habían participado en coaliciones del «frente nacional» junto con partidos centristas y socialistas, o habían observado el éxito de algunas coaliciones del frente nacional en varios países, particularmente en España y Francia. El historiador Tony Judt ha llegado a describir España como «un ensayo para la toma de poder en Europa del Este después de 1945^[26]». Estas primeras coaliciones del frente nacional se habían creado para oponerse a Hitler. En el período que siguió a la guerra, muchos se prepararon para crearlas de nuevo con el propósito de combatir el capitalismo occidental. Stalin adoptó una visión a largo plazo: la revolución proletaria llegaría a su debido momento, pero antes de que pudiera producirse era necesario que en la región hubiera primero una revolución burguesa. Según la esquemática interpretación soviética de la historia, la necesaria revolución burguesa aún no había acontecido.

Sin embargo, como se explicará en la primera parte de este libro, la Unión Soviética introdujo ciertos elementos fundamentales del sistema soviético en todas las naciones ocupadas por el Ejército Rojo desde el principio. En primer lugar, el NKVD soviético, en colaboración con los partidos comunistas locales, creó de inmediato una fuerza policial secreta a su imagen y semejanza, utilizando con frecuencia a gente a la que ya habían formado en Moscú. Allí donde fuera el Ejército Rojo —incluso en Checoslovaquia, de donde finalmente se retiraron las tropas soviéticas— esos nuevos agentes de la policía secreta comenzaron de inmediato a utilizar la violencia selectiva, eligiendo cuidadosamente a sus enemigos políticos según listas y criterios

elaborados con anterioridad. En algunos casos elegían también a grupos étnicos enemigos. Además, se hicieron con el control de los ministerios del Interior de la región, y en algunos casos también con el de los ministerios de Defensa, y participaron en la confiscación y redistribución inmediatas de la tierra.

En segundo lugar, en todas las naciones ocupadas las autoridades soviéticas colocaron a comunistas de confianza al frente del medio de comunicación más poderoso de la época: la radio. Aunque en la mayor parte de Europa del Este era posible publicar periódicos o revistas de contenido no comunista durante los primeros meses después de la guerra, y aunque los no comunistas tenían permitido el control de otros monopolios estatales, las emisoras de radio nacionales, que llegaban a toda la población, desde los campesinos analfabetos a los intelectuales más sofisticados, se mantuvieron bajo el firme control del partido comunista. Las autoridades confiaban en que, a la larga, la radio, junto con la propaganda y los cambios introducidos en el sistema educativo, ayudarían a atraer multitudes hacia el bando comunista.

En tercer lugar, allí donde fuera el Ejército Rojo los comunistas soviéticos y locales acosaban, perseguían y finalmente prohibían muchas de las organizaciones independientes de lo que ahora llamaríamos «sociedad civil»: la Liga de Mujeres Polacas, las agrupaciones alemanas antifascistas, grupos religiosos y escuelas. En particular, y desde los primeros días de la ocupación, se obsesionaron con los grupos de jóvenes: jóvenes socialdemócratas, organizaciones de jóvenes católicos o protestantes, boy scouts y girl scouts. Incluso antes de prohibir los partidos políticos independientes para adultos, e incluso antes de declarar ilegales organizaciones religiosas y sindicatos independientes, sometieron a las organizaciones de jóvenes a la más estricta vigilancia y les impusieron limitaciones severas.

Finalmente, allí donde les fue posible las autoridades soviéticas, de nuevo en colaboración con los partidos comunistas locales, llevaron a cabo políticas de limpieza étnica masiva y forzaron el desplazamiento de millones de alemanes, polacos, ucranianos, húngaros y gente de otras ciudades y pueblos en los que habían vivido durante siglos. Camiones y trenes trasladaron a gente y sus escasas pertenencias a campamentos de refugiados y a casas situadas a cientos de kilómetros del lugar donde habían nacido. Desorientados y desplazados, los refugiados podían ser manipulados y controlados con mucha más facilidad. Hasta cierto punto, Estados Unidos y Gran Bretaña fueron cómplices de esa política —la limpieza étnica de los alemanes sería incluida

en el Tratado de Potsdam—, pero pocos en Occidente sabían en ese momento hasta qué punto se extendería y se volvería violenta la limpieza étnica por parte del poder soviético.

Otros elementos del capitalismo e incluso del liberalismo se mantuvieron invariables durante un tiempo. Las explotaciones agrícolas privadas, las empresas privadas y el comercio privado se mantuvieron a lo largo de 1945 y 1946, y en ocasiones durante más tiempo. Algunos periódicos y revistas independientes siguieron publicando, y algunas iglesias permanecieron abiertas. En algunos lugares, los partidos políticos no comunistas pudieron seguir en activo, al igual que algunos políticos no comunistas elegidos. Sin embargo, esto no sucedió porque los comunistas soviéticos y sus aliados de Europa del Este fueran demócratas de mentalidad liberal. Sucedió porque creían que esas cosas eran menos importantes a corto plazo que la policía secreta, la radio, la limpieza étnica y el dominio de grupos de juventudes y otras organizaciones cívicas. No fue casualidad que los jóvenes comunistas ambiciosos empezaran siempre en una de esas áreas. Cuando se unió al partido en 1945, al escritor comunista Wiktor Woroszyński le presentaron tres opciones: el movimiento de juventudes comunistas, la policía secreta o el departamento de propaganda, relacionado con los medios de comunicación^[27].

Las elecciones libres que se celebraron en algunos países en 1945 y 1946 tampoco fueron una señal de tolerancia comunista. Los partidos comunistas soviéticos y de Europa del Este permitieron esas elecciones porque pensaron que con el control de la policía secreta y la radio, y con la fuerte influencia que ejercían sobre los jóvenes, les bastaría para ganar. Los comunistas de todos los países creían en el poder de su propaganda, y durante los primeros años tras el final de la guerra tuvieron razones de peso para mantener esa creencia. La gente se adhirió al partido, ya fuera por desesperación, desorientación, pragmatismo, cinismo o ideología, y no solo en Europa del Este, sino también en Francia, Italia y Gran Bretaña. En Yugoslavia, el partido comunista de Tito fue realmente popular, gracias al papel que desempeñó en la resistencia. En Checoslovaquia —ocupada por Hitler en 1938 gracias a la línea contemporizadora de Occidente—, al principio depositaron auténticas esperanzas en la Unión Soviética, con la confianza de que sería una potencia más favorable. Incluso en Polonia y Alemania, países que tenían razones para sospechar de los motivos de los soviéticos, el impacto psicológico de la guerra también determinó la percepción de muchos ciudadanos. El capitalismo y la democracia liberal habían fracasado estrepitosamente a lo

largo de la década de 1930. Muchos creyeron que había llegado el momento de probar algo distinto.

Por mucho que en ocasiones nos cueste entenderlo, los comunistas creían en su propia doctrina. Aunque ahora, con la perspectiva del tiempo, la ideología comunista nos parezca desatinada, eso no significa que en su momento no inspirara fervorosas creencias. La mayoría de los líderes comunistas de Europa del Este —y muchos de sus seguidores— pensaban realmente que tarde o temprano la mayor parte de la clase obrera adquiriría conciencia de clase, comprendería su destino histórico y votaría un régimen comunista.

Se equivocaron. Pese a la intimidación, pese a la propaganda e incluso pese a la atracción que el comunismo despertaba en algunas personas abatidas por la guerra, los partidos comunistas perdieron las primeras elecciones en Alemania, Austria y Hungría por un amplio margen. En Polonia, los comunistas tantearon el terreno con un referéndum, y al descubrir que contaban con apoyo escaso sus líderes abandonaron las elecciones libres. En Checoslovaquia, el partido comunista obtuvo buenos resultados en un primer ciclo de elecciones, en 1946, en las que consiguieron un tercio de los votos. Sin embargo, cuando se hizo evidente que en las siguientes elecciones de 1948 los resultados serían mucho peores, los dirigentes del partido dieron un golpe de Estado. Las severas políticas impuestas sobre el bloque del Este en 1947 y 1948 no fueron una mera reacción a la guerra fría. También fueron una reacción al fracaso. La Unión Soviética y sus aliados locales no habían conseguido hacerse con el poder de manera pacífica. No lograron alcanzar un control absoluto, ni siquiera adecuado. Pese a su influencia mediante la radio y la policía secreta, no eran populares ni los admiraba todo el mundo. El número de sus seguidores disminuía con velocidad, incluso en países como Checoslovaquia y Bulgaria, donde al principio habían gozado de verdadero apoyo^[28].

Como resultado, los comunistas locales, aconsejados por sus aliados soviéticos, recurrieron a las tácticas más severas que se habían utilizado con anterioridad —y con éxito— en la URSS. La segunda parte de este libro describe esas técnicas: una nueva oleada de arrestos, la expansión de los campos de trabajos forzados, y un control mucho más estricto de los medios de comunicación, los intelectuales y las artes. En casi todas partes se siguieron determinados patrones: en primer lugar, la eliminación de partidos «derechistas» o anticomunistas, a continuación la destrucción de la izquierda

no comunista y después la eliminación de la oposición dentro del propio partido comunista. En algunos países, las autoridades comunistas incluso llevaron a cabo juicios amañados al estilo soviético. Finalmente, los partidos comunistas de la región intentarían eliminar todas las organizaciones independientes que pudieran quedar, reclutar seguidores para organizaciones masivas dirigidas por el Estado, establecer controles mucho más severos sobre la educación y socavar las bases de las iglesias católica y protestante. Crearon nuevas y globales formas de propaganda educativa, patrocinaron desfiles y discursos públicos, colgaron pancartas y carteles, organizaron campañas de recogida de firmas y acontecimientos deportivos.

Sin embargo, volverían a fracasar. Tras la muerte de Stalin en 1953, por toda la región estallaron rebeliones de distinta importancia. En 1953, los berlineses del Este organizaron una manifestación de protesta que fue reprimida por los tanques soviéticos. En 1956 se produjeron otros dos levantamientos destacados, en Polonia y en Hungría. A raíz de esos levantamientos, los comunistas de Europa del Este volvieron a moderar sus tácticas. Y siguieron fracasando —y cambiando de tácticas—, hasta que por fin se rindieron y abandonaron el poder en 1989.

Entre 1945 y 1953, la Unión Soviética transformó de manera radical toda una región, desde el Báltico al Adriático, desde el corazón del continente europeo hasta la periferia del sur y el este. Sin embargo, en este libro me centraré en Europa central. Aunque haré referencia a Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria y Yugoslavia, centraré la atención en Hungría, Polonia y Alemania del Este. He elegido estos tres países no por sus similitudes, sino porque fueron sumamente distintos.

Fundamentalmente, tuvieron experiencias distintas de la guerra. Por supuesto, Alemania había sido el principal agresor y el mayor perdedor. Polonia había luchado con fuerza contra la ocupación alemana y fue uno de los países aliados, aunque no recibió ningún fruto de la victoria. Hungría había tenido un papel intermedio, pues experimentó con el autoritarismo, colaboró con Alemania, intentó cambiar de bando y por fin se dio cuenta de que era demasiado tarde. Estos tres países también habían vivido experiencias históricas muy diferentes. Alemania había sido la potencia política y económica de Europa central durante décadas. Polonia, si bien había sido en el siglo xvii un imperio continental, en el xviii estuvo repartida entre tres imperios y en 1795 perdió su soberanía, que no volvería a recuperar hasta 1918. Mientras tanto, el poder y la influencia de Hungría habían alcanzado su

momento más álgido a principios del siglo xx. Tras la Primera Guerra Mundial, Hungría perdió dos tercios de su territorio, una experiencia tan traumática que hoy en día sigue resonando en la política húngara.

En sentido estricto, ninguno de los tres países había sido democrático durante el período que precedió inmediatamente a la guerra. Sin embargo, todos habían experimentado liberalismo político, un gobierno constitucional y elecciones. Todos habían tenido mercados de valores, inversión extranjera, sociedades limitadas y leyes que protegían los derechos de la propiedad. Todos habían tenido instituciones civiles —iglesias, organizaciones de jóvenes, asociaciones comerciales— de cientos de años de antigüedad, así como una larga tradición de prensa y publicaciones. El primer periódico polaco apareció en 1661. Los alemanes habían producido una enorme variedad de medios de difusión que competían entre sí antes de que Hitler se alzara con el poder en 1933. Todos tuvieron estrechos vínculos económicos y culturales con Europa occidental, que en la década de 1930 eran mucho más fuertes que los que mantenían con Rusia. No había nada en su historia ni en su cultura que los destinara automáticamente a convertirse en dictaduras totalitarias. Alemania occidental, si bien desde el punto de vista cultural era idéntica a la del Este, se convirtió en una democracia liberal como también lo hizo Austria, que durante mucho tiempo había formado parte del Imperio de Habsburgo junto con Checoslovaquia y Hungría.

Al volver la vista atrás, a veces la historia parece inevitable, y en las décadas que siguieron a la imposición del comunismo algunos intentaron encontrar motivos a posteriori para explicar los regímenes comunistas de Europa del Este. Se decía que la parte oriental del continente era más pobre que la occidental (por supuesto, con la excepción de Alemania); se decía también que las naciones de la región estaban menos desarrolladas (aunque en comparación con Grecia, España y Portugal, Hungría y Polonia no lo estuvieran) o menos industrializadas (si bien el territorio checo estaba entre los más industrializados de Europa). Sin embargo, desde la perspectiva de 1945 nadie pudo prever que Hungría, con sus prolongados lazos con las tierras de habla alemana del oeste; Polonia, con su fiera tradición antibolchevique; o la Alemania oriental, con su pasado nazi, permanecerían bajo el control político soviético durante casi medio siglo.

Cuando cayeron bajo ese control político soviético, pocos fuera de la región entendieron lo que había sucedido y el porqué. Incluso hoy en día, mucha gente sigue viendo a Europa del Este únicamente a través del prisma

de la guerra fría. Con algunas excepciones, los libros occidentales sobre la Europa del Este posterior a la guerra se han centrado en el conflicto Este-Oeste, en la división de Alemania («la cuestión alemana»), y en la creación de la OTAN y el Pacto de Varsovia^[29]. La propia Hannah Arendt desestimó la historia de posguerra de la región como poco interesante: «Era como si los gobernantes rusos repitieran apresuradamente todos los estadios de la Revolución de octubre hasta la emergencia de una dictadura totalitaria; por consiguiente, la historia, si bien es sumamente terrible, carece de interés por sí sola y aporta muy pocas variaciones^[30]».

Sin embargo, Arendt se equivocaba: «Los gobernantes rusos» no siguieron los enrevesados estadios de la Revolución de octubre en Europa del Este. Aplicaron solo aquellas técnicas que sabían que podían resultar exitosas y debilitaron únicamente aquellas instituciones que consideraban absolutamente necesario destruir. Es por ello que su historia está llena de interés: nos cuenta más cosas acerca del modo de pensar totalitario, de las prioridades soviéticas y del pensamiento soviético que cualquier estudio dedicado a la historia soviética. Y lo que es más importante, un estudio de la región nos descubre más sobre el modo en que reaccionan los seres humanos a la imposición del totalitarismo de lo que lo haría cualquier estudio sobre un país en particular.

En años más recientes, son muchos los especialistas que han empezado a reconocerlo. En las dos décadas transcurridas desde el hundimiento del comunismo y la apertura de archivos por toda Europa central, Alemania y Rusia, se ha dedicado a la región una extensa obra académica. En el mundo anglófono se han abordado particularmente bien las consecuencias físicas y humanas de la Segunda Guerra Mundial —sobre todo en las obras de Jan Gross, Timothy Snyder y Bradley Abrams—, así como la historia de la limpieza étnica en la región^[31]. La política internacional de la región ha llegado a entenderse aún mejor. Institutos enteros se dedican ahora al estudio de los orígenes de la guerra fría y del conflicto Estados Unidos-Unión Soviética^[32]. Al tratar estos asuntos, me he basado principalmente en fuentes secundarias.

Lo mismo puede decirse de la historia política de Europa del Este, que se ha explicado muy bien utilizando fondos documentales en lenguas regionales. No he intentado reproducir la obra de excelentes historiadores como Andrzej Paczkowski y Krystyna Kersten, cuyos escritos sobre la cúpula comunista y la policía secreta polaca siguen siendo los mejores; Norman Naimark, cuyo libro

acerca de la ocupación soviética de Alemania del Este es la obra fundamental en inglés; Peter Kenez y László Borhi, quienes han explicado de manera magnífica las maquinaciones políticas en Hungría; Bradley Abrams, Mary Heimann y Karel Kaplan, que han descrito el período en Checoslovaquia^[33]. De algunos asuntos más concretos se han ocupado excelentes artículos y libros enteros. Entre los mejores en inglés, incluiría el trabajo de John Connelly sobre la estalinización de las universidades de Europa del Este; el de Catherine Epstein y Marci Shore sobre los intelectuales comunistas y de izquierdas; el de Mária Schmidt sobre los juicios amañados; el de Martin Mevius sobre el simbolismo nacional en Hungría, y el de Mark Kramer acerca de la desestalinización y los sucesos de 1956^[34].

Las historias generales de toda la región son mucho menos habituales, para empezar por las dificultades logísticas. No es fácil encontrar a un historiador que pueda leer en tres o cuatro lenguas, y mucho menos en nueve o diez. Las antologías son a menudo la respuesta y entre las más recientes hay por lo menos dos muy buenas: *Stalinism Revisited: The Establishment of Communist Regimes in East-Central Europe and the Dynamic of the Soviet Bloc*, publicado por Vladimir Tismaneau, y *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949*, publicado por Norman Naimark y Leonid Gibianski. Aunque ambos volúmenes contienen ensayos excelentes, las antologías no buscan necesariamente modelos ni establecen comparaciones. Y como eso es exactamente lo que yo quería hacer, conté con la ayuda de dos magníficos investigadores y traductores, ambos también escritores, mientras trabajaba en este libro: Regine Wosnitza en Berlín y Attila Mong en Budapest. Confié en mis conocimientos de ruso y polaco.

Aunque se han escrito muchas cosas sobre ese período, aún quedan numerosas historias por contar. Mientras me preparaba para escribir este libro, trabajé en antiguos archivos de la policía secreta —PN en Varsovia, ÁBTL en Hungría, BStU (archivos de la Stasi) en Berlín—, así como en archivos de ministerios gubernamentales, academias de arte alemanas, el instituto de cine de Hungría, la radio polaca y de Alemania del Este, por mencionar solo unos cuantos. También utilicé algunas colecciones nuevas, o relativamente nuevas, de documentos soviéticos sobre el período. Estas incluyen los dos volúmenes de *Vostochnaia Yevropa v dokumentaj rosiskij arjivov, 1944-1953* (Europa del Este en los documentos de los archivos rusos, 1944-1953), los dos volúmenes de *Sovetski faktor v vostochnoi yevrope, 1944-1953* (El factor soviético en Europa del Este, 1944-1953) y una serie de tres volúmenes sobre la política

de ocupación soviética en Alemania del Este, todos ellos publicados en Moscú, con editores rusos, además de una serie de siete volúmenes sobre el mismo asunto publicada por el archivo estatal ruso^[35]. Una comisión conjunta de historiadores polacos y ucranianos han reunido una impresionante serie de documentos sobre su historia mutua. Además, el Archivo Militar Polaco de Varsovia cuenta con una extensa colección de documentos copiados de los archivos rusos a principios de la década de 1990. La editorial Central European University Press también ha publicado dos excelentes colecciones de documentos sobre los levantamientos en Alemania en 1953 y en Hungría en 1956. Se ha publicado también una extensa variedad de documentos en polaco, húngaro y alemán.

Además de consultar archivos, realicé una serie de entrevistas en Polonia, Hungría y Alemania con el fin de hablar con personas que vivieron ese período y oírlas describir los acontecimientos y las emociones de la época con sus propias palabras. Soy muy consciente de que esa pudo ser mi última oportunidad para llevar a cabo un proyecto de este tipo, y mientras escribía este libro fallecieron varias de las personas a las que había entrevistado al principio. Les estoy sumamente agradecida, a ellas y a sus familias, por haberme permitido hacerles numerosas preguntas en ese momento de su vida.

Los objetivos de esta investigación fueron variados. En los documentos de la época busqué pruebas de la destrucción deliberada de la sociedad civil y de pequeños negocios. Investigué los fenómenos del realismo social y la educación comunista. Reuní toda la información que me fue posible acerca de la fundación y el desarrollo temprano de la policía secreta de la región. A través de lecturas y conversaciones, me propuse entender el modo en que la gente corriente aprendió a hacer frente a los nuevos regímenes, cómo colaboró, de manera voluntaria o no, cómo y por qué se adhirió al partido y a otras instituciones estatales, cómo resistió, de manera activa o pasiva, y cómo llegó a tomar decisiones espantosas que la mayoría de nosotros, hoy en día en Occidente, no tenemos que afrontar. Y por encima de todo, intenté llegar a entender el verdadero totalitarismo —no el totalitarismo en teoría, sino en la práctica— y el modo en que determinó la vida de millones de europeos durante el siglo xx.

Primera parte

EL FALSO AMANECER

La hora cero

El caso demencial de ruinas, alambres enredados, cadáveres retorcidos, caballos muertos, trozos de puentes volados vueltos del revés, pezuñas sangrientas que se habían arrancado de caballos, pistolas rotas, munición desperdigada, orinales, palanganas oxidadas, pedazos de paja y entrañas de caballos flotando en los charcos turbios, mezcladas con sangre, cámaras, coches destrozados y partes de tanques: todo ello es testigo del terrible sufrimiento de una ciudad...

TAMÁS LOSSONCZY, Budapest, 1945^[1]

Cómo encontrar las palabras que describan de manera fiel y ajustada la imagen de una gran capital destruida casi hasta el punto de que no se la reconoce; de una nación en el pasado poderosa que ha dejado de existir; de un pueblo conquistador tan brutalmente arrogante y absolutamente seguro de su misión como raza superior [...] a quienes ahora ves husmeando entre sus ruinas, seres humanos rotos, desorientados, temblorosos y hambrientos, sin voluntad, sin objetivos ni dirección.

WILLIAM SHIRER, Berlín, 1945^[2]

Me dio la impresión de estar caminando sobre cadáveres, como si en cualquier momento fuera a meter el pie en un charco de sangre.

JANINA GODYCKA-CWIRKO, Varsovia, 1945^[3]

Las explosiones retumbaron a lo largo de la noche y el fuego de artillería se oyó durante todo el día. En toda Europa del Este, el ruido de los bombardeos, las ametralladoras, los tanques, los motores y los edificios en llamas anunció la cercanía del Ejército Rojo. A medida que la primera línea de combate se aproximaba, el suelo daba sacudidas, las paredes temblaban y los niños gritaban. Después, todo cesó.

El final de la guerra, se produjera donde y cuando se produjese, siempre traía consigo un silencio abrupto e inquietante. «La noche fue excesivamente silenciosa», escribió una cronista anónima sobre el final de la guerra en Berlín^[4]. La mañana del 27 de abril de 1945 salió a la puerta de su casa y no vio a nadie: «No hay ni un solo ciudadano a la vista. Los rusos tienen las calles para ellos. Pero debajo de cada edificio la gente susurra temblorosa. ¿Quién podría haber imaginado un mundo así, aquí escondido, tan asustado, justo en medio de la gran ciudad?»

La mañana del 12 de febrero de 1945, el día que terminó el sitio de la ciudad, un funcionario húngaro oyó el mismo silencio en las calles de Budapest. «Me acerqué al distrito del castillo y no había ni un alma. Caminé por la calle Werbóczy. Solo cadáveres y ruinas, carros de suministros y carretas [...] Llegué a la plaza Szentháromság y decidí echar un vistazo al ayuntamiento, por si había alguien allí. Desierto. Todo vuelto del revés y ni un alma a la vista...^[5]»

Incluso Varsovia, una ciudad que ya estaba destruida al término de la guerra —los ocupantes nazis la habían arrasado tras el levantamiento de otoño—, se volvió silenciosa cuando el ejército alemán por fin se batió en retirada el 16 de enero de 1945. Władysław Szpilman, que formaba parte del reducido grupo de gente que se ocultaba entre las ruinas de la ciudad, percibió el cambio. «Reinó el silencio —escribió en sus memorias *El pianista del gueto de Varsovia*—, un silencio que ni la propia Varsovia, una ciudad muerta durante los últimos tres meses, había conocido antes. Ni siquiera se oían los pasos de los guardias en el exterior del edificio. Yo no lo comprendía.» A la mañana siguiente, rompió el silencio «un ruido confuso y penetrante, el último sonido que habría esperado»: había llegado el Ejército Rojo y los altavoces de radio anunciaban en polaco la noticia de la liberación de la ciudad^[6].

Ese fue el momento que a veces se ha llamado «la hora cero», *Stunde Null*: el final de la guerra, la retirada de Alemania, la llegada de la Unión Soviética, el momento en que cesó la batalla y la vida comenzó de nuevo. La mayoría de las historias de la toma del poder comunista en Europa del Este empiezan precisamente en este momento, y es lógico que así sea^[7]. Para quienes vivieron ese cambio de poder, la hora cero supuso un momento crucial: algo muy concreto llegó a su fin, y algo muy nuevo comenzó. A partir de ese momento, mucha gente creyó que todo sería diferente. Y así fue.

Sin embargo, aunque es lógico comenzar cualquier historia de la toma del poder comunista en Europa del Este a partir del término de la guerra, en cierto sentido resulta muy engañoso. Las gentes de la región no se encontraban frente a una página en blanco en 1944 o 1945, y no podía decirse que estuvieran empezando de cero. Y tampoco surgieron de la nada, sin experiencias previas, dispuestos a comenzar de nuevo. En realidad, subieron de los sótanos de sus casas destruidas, o salieron de los bosques donde habían vivido como partisanos, o de los campos de trabajos forzados en los que habían estado encerrados y, si estaban lo bastante sanos, se embarcaron

en largos y complicados viajes para regresar a su tierra. Algunos de ellos ni siquiera dejaron de luchar cuando los alemanes se rindieron.

Cuando emergieron de entre las ruinas, no encontraron un territorio virgen, sino destrucción. «La guerra terminó como lo hace el camino que lleva al final de un túnel —escribió la biógrafa checa Heda Kovály—. De lejos se veía la luz al final, un brillo cada vez más intenso, y ese resplandor parecía más deslumbrante ahí dentro, acurrucados en la oscuridad, cuanto más esperábamos para alcanzarlo. Pero cuando por fin el tren salió a la gloriosa luz del sol, lo único que vimos fue un erial sembrado de hierbajos, piedras y montones de basura^[8].»

Las fotografías de toda Europa del Este en esa época muestran escenas de un apocalipsis. Ciudades asoladas, hectáreas de escombros, pueblos incendiados y ruinas calcinadas y humeantes allí donde antes había habido casas. Marañas de alambre, restos de campos de concentración, campos de trabajos forzados, campos de prisioneros de guerra; terrenos yermos, hundidos por las marcas que dejaron los tanques, sin la menor señal de agricultura, cultivos o vida de ninguna clase. En las ciudades destruidas recientemente, en el ambiente flotaba el olor a cadáveres. «Las descripciones que he leído siempre utilizan la expresión “olor dulzón”, pero es demasiado vaga, totalmente inadecuada —escribió un superviviente alemán—. Los gases no son un olor, sino algo más sólido, más grueso, un vapor caldoso que se concentra frente a la cara y los agujeros de la nariz, tan mohoso y denso que cuesta respirar. Te golpea como si tuviera puños^[9].»

Las zonas de entierro provisionales estaban por todas partes y la gente paseaba por las calles con cuidado, como si cruzara un cementerio^[10]. Después llegó el momento de exhumar los cuerpos, que se sacaron de patios y parques y se llevaron a fosas comunes. Los funerales y las ceremonias en las que se volvían a enterrar los cuerpos eran frecuentes, aunque en Varsovia, una se vio interrumpida de manera llamativa. En el verano de 1945, una marcha fúnebre avanzaba lentamente por las calles de Varsovia cuando los dolientes, vestidos de negro, vieron algo maravilloso: «Un tranvía rojo de Varsovia en marcha», el primero en recorrer la ciudad desde el final de la guerra. «Los transeúntes que iban por la acera se detuvieron, otros echaron a correr junto al tranvía al tiempo que aplaudían y gritaban con entusiasmo. Sorprendentemente, el cortejo fúnebre también se detuvo, y los dolientes que acompañaban al fallecido, contagiados por el estado de ánimo general, se volvieron hacia el tranvía y también empezaron a aplaudir^[11].»

Eso también era habitual. A veces, una extraña euforia parecía apoderarse de los supervivientes. Estar vivo era un alivio y el dolor se mezclaba con la alegría, y el comercio, los negocios y la reconstrucción empezaron de inmediato, de manera espontánea. En el verano de 1945, Varsovia rebosaba actividad. Stefan Kisielewski escribió: «Entre las ruinas de las calles hay un alboroto como no se había conocido hasta ahora. El comercio: bulle. El trabajo: en auge. El humor: en todas partes. La vida fluye en las calles y nadie pensaría que esta multitud la constituyen las víctimas de un terrible desastre, gente que apenas se ha recuperado de una catástrofe o que vive en condiciones extremas e inhumanas...^[12]». Sándor Márai describió Budapest en este período en una de sus novelas:

Y lo que quedaba de una ciudad y de una sociedad renació con una alegría tan apasionada y testaruda, con una fuerza tan persistente y astuta como si nada hubiera pasado [...] en las avenidas del centro de Pest, bajo los soportales, ya se podía comprar toda clase de comidas deliciosas, artículos de tocador, ropa, calzado, todo lo que se podía imaginar. Monedas de oro de la época de Napoleón, morfina, manteca de cerdo... Los judíos salieron tambaleándose de las casas marcadas con la estrella y, al cabo de una o dos semanas, ya se podía regatear en Budapest, entre restos de caballos, cadáveres humanos aún sin enterrar y edificios en ruinas, para comprar gruesas telas inglesas, perfumes franceses, aguardientes holandeses y relojes suizos...^[13]

Este entusiasmo por el trabajo y la renovación habría de durar muchos años. El sociólogo británico Arthur Marwick aventuró en una ocasión que la experiencia de fracaso nacional tal vez sirviera a los alemanes occidentales como estímulo para reconstruirse y recuperar la noción de orgullo nacional. Argumentó también que la propia magnitud del desastre nacional quizá contribuyera al auge de posguerra: habiendo experimentado tal catástrofe económica y personal, los alemanes se dedicaron de inmediato a la reconstrucción^[14]. Pero Alemania, del Este y del Oeste, no estaba sola en su iniciativa de recuperarse y recobrar la «normalidad». Una y otra vez, polacos y húngaros comentan en sus memorias y en entrevistas sobre el período de posguerra lo desesperados que estaban por conseguir educación, un trabajo corriente, una vida sin violencia y trastornos constantes. Los partidos comunistas estaban más que preparados para aprovecharse de esos deseos de paz.

En cualquier caso, los daños a la propiedad eran más fáciles de reparar que el daño demográfico en Europa del Este, donde la magnitud de la violencia había sido mayor que la de ninguna otra circunstancia que se hubiera vivido en la mitad oriental del continente. Durante la guerra, Europa del Este había experimentado lo peor de la locura ideológica de Stalin y Hitler. En 1945, la mayor parte del territorio entre Poznan, al oeste, y

Smolensk, al este, había sido ocupado no una vez, sino en dos o incluso en tres ocasiones. Tras el Pacto Molótov-Ribbentrop en 1939, Hitler había invadido la región desde el oeste, ocupando la parte occidental de Polonia. Stalin la había invadido desde el este, ocupando la parte oriental de Polonia, los estados bálticos y Besarabia. En 1941, Hitler invadió de nuevo los mismos territorios desde el oeste. En 1943 se repitió la historia y el Ejército Rojo ocupó la misma región una vez más, desde el este.

En otras palabras, en 1945 los letales ejércitos y la sanguinaria policía secreta de no uno sino de dos estados totalitarios habían ocupado una y otra vez la región, provocando en cada ocasión profundos cambios políticos y étnicos. Por mencionar un ejemplo, la ciudad de Lvov fue ocupada dos veces por el Ejército Rojo y una vez por la Wehrmacht. Después de que terminara la guerra dejó de llamarse Lvov y pasó a llamarse Lviv; dejó de pertenecer a la parte este de Polonia para incorporarse a la parte occidental de la República Socialista Soviética de Ucrania y la población polaca y judía que había vivido allí antes de la guerra fue asesinada o deportada y reemplazada por población ucraniana procedente de los campos de los alrededores.

Europa del Este, junto con Ucrania y los estados bálticos, fue también la zona donde se produjeron la mayoría de los asesinatos por motivos políticos en Europa. «Hitler y Stalin se hicieron con el poder en Berlín y en Moscú — escribe Timothy Snyder en *Tierras de sangre*, un relato insuperable de los asesinatos masivos de esa época—, pero su visión de transformación implicaba, sobre todo, a los territorios de en medio^[15].» Stalin y Hitler compartían el desprecio por la noción de soberanía nacional para cualquiera de las naciones de Europa del Este y, juntos, lucharon por eliminar a sus élites. Los alemanes consideraban a los eslavos seres infrahumanos, no muy por encima de los judíos, y en los territorios entre Sachsenhausen y Babi Yar no dudaron en ordenar asesinatos callejeros arbitrarios, ejecuciones públicas o el incendio de pueblos enteros como venganza por la muerte de un nazi. La Unión Soviética, entretanto, veía a sus vecinos occidentales como antisoviéticos y auténticos baluartes del capitalismo cuya existencia planteaba un problema a la URSS. En 1939, y de nuevo en 1944 y en 1945, el Ejército Rojo y el NKVD detendrían no solo a los nazis y colaboradores en sus territorios recién conquistados, sino a cualquiera que, teóricamente, se opusiera a la administración soviética: socialdemócratas, antifascistas, empresarios, banqueros y comerciantes; prácticamente, la misma gente señalada por los nazis. Aunque en Europa del Este hubo víctimas civiles, además de episodios de robos, mala conducta y malos tratos cometidos por

los ejércitos británico y estadounidense, la mayoría de las tropas anglosajonas se centraron en asesinar a nazis, y no a los posibles dirigentes de las naciones liberadas. Y, en su mayoría, trataron a los líderes de la resistencia con respeto y no con recelo.

En el Este es también donde los nazis llevaron a cabo con mayor fuerza el Holocausto, donde establecieron la gran mayoría de los guetos, campos de concentración y campos de exterminio. Snyder señala que los judíos representaban menos del 1 por ciento de la población alemana cuando Hitler se alzó con el poder en 1933, y muchos de ellos lograron escapar. El deseo de Hitler de una Europa «libre de judíos» solo pudo realizarse cuando la Wehrmacht invadió Polonia, Checoslovaquia, Bielorrusia, Ucrania y los estados bálticos, y finalmente Hungría y los Balcanes, que era donde vivían la mayoría de los judíos europeos. De los 5,4 millones de judíos que murieron en el Holocausto, la inmensa mayoría eran de Europa del Este. De los restantes muchos fueron llevados a la región para ser asesinados. El desprecio que los nazis sentían por todos los europeos del Este influyó en su decisión de llevar a los judíos de toda Europa al Este para ejecutarlos. Allí, en una tierra de criaturas inhumanas, era posible cometer hechos inhumanos^[16].

Sobre todo, en Europa del Este es donde el nazismo y el comunismo soviético entraron en conflicto. Si bien empezaron la guerra como aliados, Hitler siempre había deseado iniciar una guerra de destrucción contra la URSS, y tras la invasión de Hitler Stalin prometió lo mismo. Las batallas entre el Ejército Rojo y la Wehrmacht fueron, por consiguiente, más feroces y sangrientas en el Este que las que tuvieron lugar más hacia el Oeste. Los soldados alemanes temían a las «hordas» bolcheviques, sobre las que habían oído contar multitud de historias terribles, y hacia el final de la guerra lucharon contra ellas con especial desesperación. Su desprecio hacia la población civil era particularmente profundo y el respeto por la cultura e infraestructura local, simplemente inexistente. Un general alemán desafió las órdenes de Hitler y dejó París en pie por motivos sentimentales y de respeto hacia la ciudad, pero otros generales alemanes asolaron Varsovia y destruyeron gran parte de Budapest sin pensárselo dos veces. Las fuerzas aéreas occidentales tampoco parecían demasiado preocupadas por la antigua arquitectura de la región: los bombarderos aliados contribuyeron a incrementar las cifras de muertos y de edificios destruidos al bombardear no solo Berlín y Dresde, sino también Danzig y Königsberg, Gdansk y Kaliningrado, entre muchos otros lugares.

Con la penetración del frente oriental en Alemania, la batalla se intensificó. El Ejército Rojo se centró en su ofensiva contra Berlín con una actitud rayana en la obsesión. Desde el inicio de la guerra, los soldados soviéticos se despedían con el grito de: «Nos vemos en Berlín». Stalin estaba desesperado por llegar a la ciudad antes de que lo hicieran los otros aliados. Sus comandantes lo entendieron, como también lo hicieron los comandantes estadounidenses. El general Eisenhower, plenamente consciente de que los alemanes lucharían a muerte en Berlín, decidió salvar vidas estadounidenses y dejó que Stalin tomara la ciudad. Churchill argumentó en contra de esta política: «Si los rusos toman Berlín, ¿acaso no grabará en sus mentes la impresión de que han sido el aplastante colaborador a la victoria común y no planteará esto graves y temibles dificultades en el futuro?^[17]». Sin embargo, finalmente se impuso la prudencia del general estadounidense y sus tropas y las británicas avanzaron lentamente hacia el este, después de que el general George C. Marshall declarara que se resistía a «arriesgar vidas estadounidenses por razones estrictamente políticas», y de que sir Alan Brooke argumentara que «el avance en el país tenía que coincidir, hasta cierto punto, con los que serían nuestros límites definitivos^[18]». Mientras tanto, el Ejército Rojo avanzaba directamente hacia la capital alemana, dejando una estela de destrucción tras de sí.

Cuando se suman las cifras, el resultado es desolador. En Gran Bretaña, la guerra se cobró la vida de 360 000 personas y en Francia, de 590 000. Es una cifra de víctimas espantosa, pero aun así representa menos del 1,5 por ciento de la población de esos países. En comparación, el Instituto Polaco de la Memoria Nacional estima que hubo unos 5,5 millones de muertos durante la guerra en el país, de los cuales aproximadamente 3 millones eran judíos. En total, un 20 por ciento de la población polaca, una de cada cinco personas no sobrevivió. Incluso en los países en que la lucha no fue tan sangrienta, la proporción de muertes fue más elevada que en Occidente. Yugoslavia perdió 1,5 millones de personas, lo que supone el 10 por ciento de su población. Un 6,2 por ciento de húngaros y un 3,7 por ciento de la población checa antes de la guerra también fallecieron^[19]. En Alemania, el número de víctimas se sitúa entre los 6 y los 9 millones de personas —según a quienes consideremos «alemanes», teniendo en cuenta todos los cambios en la delimitación de fronteras—, o lo que es lo mismo, un 10 por ciento de la población^[20]. En la Europa del Este de 1945 habría sido difícil encontrar una sola familia que no hubiera sufrido una grave pérdida.

Cuando hubo pasado la tormenta, se hizo evidente que muchos de los que no habían muerto estaban viviendo en otro sitio. En 1945, la demografía, la distribución de la población y la composición étnica de muchos países de la región eran muy distintas de lo que lo habían sido en 1938. Hasta un extremo que aún no se ha comprendido plenamente en Occidente, la ocupación nazi de Europa del Este había provocado importantes desplazamientos de población como consecuencia de oleadas de deportaciones y reasentamientos. Los «colonos» alemanes se habían desplazado a la Polonia y la Checoslovaquia ocupadas con el propósito de cambiar la composición étnica de algunas regiones en particular, mientras se expulsaba o se asesinaba a los nativos. Los polacos y los judíos fueron desalojados de sus hogares en los mejores barrios de Łódź para hacer lugar a los administradores alemanes ya a principios de diciembre de 1939. En los años posteriores, unos 200 000 polacos tuvieron que abandonar la ciudad para realizar trabajos forzados en Alemania, mientras que los judíos fueron amontonados en el gueto de Łódź, donde la mayoría de ellos murieron^[21]. El régimen de ocupación alemán instaló a los alemanes en su lugar, entre ellos personas de origen alemán que vivían en los estados bálticos y en Rumanía, algunos de los cuales creyeron que estaban recibiendo propiedades que habían sido abandonadas^[22].

Muchos de esos cambios se invertirían o vengarían en el período de posguerra. Los años 1945, 1946 y 1947 fueron años de refugiados: los alemanes se desplazaron hacia el oeste, los polacos y checos regresaron al este desde campos de trabajos forzados y de concentración en Alemania, los deportados volvieron de la Unión Soviética, soldados de toda clase regresaron de otras zonas, los fugitivos volvieron de su exilio británico, francés o marroquí. Algunos de esos refugiados regresaron a su tierra, pero al descubrir que ya no era lo que había sido partieron en busca de nuevos territorios. Jan Gross considera que entre 1939 y 1943 unos 30 millones de europeos se dispersaron, o fueron reubicados o deportados. Entre 1943 y 1948, 20 millones más de personas fueron también trasladadas^[23]. Krystyna Kersten señala que entre 1939 y 1950 uno de cada cuatro polacos cambió de lugar de residencia^[24].

La inmensa mayoría de esa gente llegó a su país sin nada. Inmediatamente se vieron obligados a buscar ayuda —de iglesias, instituciones benéficas o del Estado— de la forma que fuera. Familias enteras, que antes de la guerra habían sido autosuficientes, se vieron obligadas a hacer largas colas ante oficinas gubernamentales a la espera de que se les asignara una casa o un

apartamento. Hombres que en el pasado habían tenido un trabajo y un sueldo se encontraron pidiendo cartillas de racionamiento, con la esperanza de conseguir un empleo dentro de la burocracia estatal. La mentalidad de un refugiado, que ha sido expulsado por la fuerza de su hogar, no es la misma que la de un emigrante que parte en busca de fortuna: sus circunstancias crean una dependencia y una sensación de indefensión que, probablemente, no hubiera experimentado con anterioridad.

Para colmo de males, la gran destrucción física en Europa del Este era comparable a la gran destrucción económica, y a una escala igualmente incomprensible. No todas las naciones de Europa del Este eran ricas antes de la guerra, pero la región tampoco se encontraba en tal inferioridad de condiciones con respecto a la mitad occidental del continente en 1939 como quedó en 1945. Si bien algunos grupos se habían beneficiado durante la guerra de la demanda de armas y tanques —varios historiadores económicos han analizado la expansión de la clase obrera industrial durante esos años, en particular en Bohemia y Moravia—, la segunda mitad de la guerra supuso una catástrofe para casi toda la población^[25]. En 1945 y 1946, el producto nacional bruto de Hungría fue tan solo la mitad del de 1939. Según los cálculos, los meses finales de la guerra habían destruido alrededor de un 40 por ciento de la infraestructura económica del país^[26]. En Budapest, la capital, resultaron dañadas las tres cuartas partes de sus edificios, de los cuales un 4 por ciento quedaron destruidos por completo y un 22 por ciento, inhabitables. La población se redujo en un tercio^[27]. Cuando se marcharon, los alemanes se llevaron gran parte del material rodante ferroviario del país; el ejército soviético, con el pretexto de repararlo, se llevó casi todo el resto^[28].

En Polonia se estima que los daños ascendieron a una cifra cercana al 40 por ciento, pero algunas zonas quedaron destruidas por completo. La infraestructura de transportes del país resultó especialmente afectada: más de la mitad de los puentes desaparecieron, junto con puertos, instalaciones portuarias y dos quintas partes de las vías ferroviarias. La mayoría de las grandes ciudades polacas sufrieron daños considerables, lo que significa que perdieron casas y apartamentos, antiguos monumentos arquitectónicos, obras de arte, universidades y escuelas. En el centro de Varsovia, alrededor de un 90 por ciento de los edificios quedaron total o parcialmente destruidos después de que los alemanes los volaran de manera sistemática durante su retirada^[29].

Las ciudades alemanas también resultaron gravemente dañadas, a causa

tanto de los bombardeos aéreos de los aliados, que provocaron enormes tormentas de fuego, como de la insistencia de Hitler para que sus soldados combatieran hasta el final, calle por calle. Incluso en Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía, donde la devastación no fue tan extensa y donde no se produjeron bombardeos aéreos, los daños fueron considerables. Por ejemplo, Rumanía perdió sus yacimientos petrolíferos, que habían aportado un tercio de los ingresos nacionales antes de 1938^[30].

La guerra también había alterado la economía de la región en otros aspectos más difíciles de cuantificar. En dos ensayos justamente célebres sobre las consecuencias sociales de la guerra, Jan Gross y Bradley Abrams señalan que en gran parte de la región —sin duda en Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Rumanía, además de en la propia Alemania—, la expropiación de la propiedad privada a gran escala empezó en realidad durante la guerra, bajo los regímenes nazi y fascista, y no después, en tiempos del comunismo. A la confiscación masiva de propiedades y negocios de los judíos en Europa central, ya fuera por parte del Estado o por los ocupantes alemanes, le siguió una mayor germanización durante los últimos años de la ocupación. A veces, esto ocurría furtivamente: en el territorio checo, los bancos alemanes controlaban los bancos checos, y así podían «establecer si una compañía o un banco checos eran o no solventes y, en los casos de insolvencia, las compañías o bancos alemanes se hacían cargo de las operaciones de rescate, haciéndose así con su control^[31]». En ocasiones, el control se imponía abiertamente. En Polonia era habitual que pusieran a directores y encargados alemanes al mando de fábricas y negocios que, en rigor, seguían perteneciendo a los polacos.

La ocupación también reorientó la economía de la región. Entre 1939 y 1945, las exportaciones a Alemania se duplicaron y triplicaron, como también lo hizo la inversión alemana en la industria local. Desde principios de la década de 1930, los economistas alemanes habían dado razones en favor del establecimiento de colonias económicas en Europa del Este; durante la ocupación, las empresas alemanas empezaron a crearlas, con frecuencia apropiándose de fábricas y negocios de propiedad judía, o incluso no judía^[32]. La región se convirtió en un mercado autónomo y cerrado, lo que nunca había sido en el pasado^[33]. Esto supuso que cuando Alemania se hundió, también lo hicieron las relaciones comerciales internacionales de la región, circunstancia que a la larga facilitó a la Unión Soviética ocupar el lugar de Alemania.

Por razones similares, el hundimiento de Alemania creó también una

crisis de propiedad. Al término de la guerra, los emprendedores, administradores e inversores alemanes huyeron o fueron asesinados. Muchas fábricas quedaron abandonadas y sin dueño. Algunas pasaron a manos de consejos de trabajadores. Las autoridades locales tomaron el control de algunas otras. La mayoría de esas propiedades abandonadas fueron finalmente nacionalizadas —si no se habían traspasado ya por completo a la Unión Soviética, que consideraba todas las propiedades «alemanas» legítimas reparaciones de guerra— con sorprendentemente escasa oposición^[34]. En 1945, la idea de que las autoridades gobernantes podían confiscar la propiedad privada sin ofrecer ninguna compensación era un principio establecido en Europa del Este. Cuando comenzó la nacionalización a una escala mayor, nadie se sorprendió lo más mínimo.

De todos los daños provocados por la Segunda Guerra Mundial, el más difícil de cuantificar es el daño psicológico y emocional. La brutalidad de la Primera Guerra Mundial creó una generación de dirigentes fascistas, intelectuales idealistas y artistas expresionistas que retorcieron la figura humana hasta convertirla en un conjunto de formas y colores inhumanos en un intento de plasmar su desorientación. Pero dado que implicó ocupación, deportación y desplazamientos masivos de población civil además de lucha, la Segunda Guerra Mundial penetró de una manera mucho más profunda en la vida cotidiana de la gente. La violencia constante y diaria configuró la psique humana de innumerables maneras, no todas ellas fáciles de describir.

También esto marcó una diferencia con respecto a lo que sucedió en Occidente, en particular en los países anglosajones. El poeta polaco Czesław Miłosz, en un intento de explicar las diferencias mentales entre la Europa y los Estados Unidos de posguerra, escribió sobre el modo en que la guerra destruye la noción de un hombre acerca del orden natural de las cosas: «En el pasado, si un hombre se hubiera tropezado con un cadáver por la calle, habría llamado a la policía. Se habría congregado una multitud y se habrían oído comentarios y cuchicheos. Ahora sabe que debe evitar el cuerpo oscuro que yace en la cuneta y abstenerse de hacer preguntas innecesarias».

Durante la ocupación, ciudadanos respetables dejaron de considerar el bandidaje como un delito, escribió Miłosz, por lo menos si estaba al servicio de la resistencia. Muchachos jóvenes de familias respetables de clase media que observaban la ley se convirtieron en delincuentes habituales: «El asesinato de un hombre no constituye para ellos ningún problema moral importante». Durante la ocupación, llegó a ser normal cambiar de nombre y

de profesión, viajar con documentación falsa, aprenderse de memoria una biografía inventada, ver cómo todo el dinero que se tenía perdía su valor de la noche a la mañana, ver a la gente reunida en la calle como si fuera ganado^[35].

Los tabúes acerca de la propiedad se destruyeron y el robo se convirtió en una rutina, incluso en un gesto patriótico. La gente robaba para mantener vivo a su grupo de partisanos, para alimentar a la resistencia, o para alimentar a sus propios hijos. Y se observaba con rencor cuando robaban los otros: los nazis, los delincuentes, los partisanos. A medida que se aproximaba el final de la guerra, la epidemia de robos se intensificó. En la novela de Sándor Márai *La mujer justa*, uno de los personajes se maravilla ante el espíritu emprendedor de los ladrones que peinaban las ruinas de los edificios bombardeados: «Pensaban que había llegado la hora de salvar por su cuenta lo que no habían robado los nazis y los cruces flechadas, y más tarde los rusos y nuestros comunistas, que se habían dado prisa en volver... Pensaban que era un deber patriótico poner sus manos sobre todo lo que se podía coger... por eso empezaron a “salvar” cosas^[36]».

En Polonia, como ha escrito Marcin Zaremba, el intervalo entre la retirada de los ocupantes nazis y la llegada del Ejército Rojo estuvo marcado por oleadas de saqueos en Lublin, Radom, Cracovia y Rzeszów, cuando los polacos irrumpieron en casas y tiendas vacías de alemanes, como uno de ellos explicó: «No en busca de nada en particular, ni para llevarnos cosas, sino para robar a los alemanes, para hacernos con propiedades alemanas después de que ellos nos lo hubieran quitado todo^[37]».

En los meses que siguieron al final de la guerra, una oleada de saqueos todavía más organizada barrió los territorios de Alemania, en Silesia y Prusia Oriental, que ahora se habían convertido en propiedad de Polonia. Grupos de saqueadores en coches, camiones y otros vehículos recorrieron ciudades medio vacías en busca de muebles, ropa, maquinaria y otros objetos de valor. Los saqueadores «especializados» buscaron cafeteras exprés y equipos de cocina en Wrocław y Gdansk para los restaurantes y cafeterías de Varsovia. «Al principio, los saqueadores no estaban muy interesados en los libros singulares —recuerda un biógrafo—, pero pronto aparecieron expertos en ese campo.» Las antiguas propiedades de los judíos de todo el país fueron también asaltadas, al igual que los cementerios judíos, donde los campesinos esperaban encontrar tesoros escondidos o dientes de oro. Sin embargo, la mayoría de los saqueadores actuaban de manera totalmente indiscriminada y atacaban propiedades de judíos y gentiles por igual. Después del Alzamiento

de Varsovia, los saqueos se desataron en la destruida capital polaca cuando todo el mundo —«vecinos, transeúntes, soldados»— se dispuso a desvalijar tiendas vacías y edificios de apartamentos medio destruidos tras la trágica última batalla de la resistencia polaca. Los buscadores de tesoros levantaron los campos de los alrededores de Treblinka en 1946, pero en septiembre de ese mismo año los transeúntes también se abalanzaron sobre las víctimas de un accidente de tren cerca de Łódź, no para ayudarlas, sino en busca de objetos de valor^[38].

Si bien la fiebre saqueadora finalmente se apagó en Polonia y en otros países, es posible que contribuyera a crear tolerancia hacia la corrupción y el robo de propiedades privadas que fueron tan comunes más adelante. La violencia también se había convertido en algo habitual, y siguió siendo así durante muchos años. Hechos que unos meses antes habrían provocado una respuesta de indignación generalizada dejaron de molestar a la población. Más de setenta años después, un húngaro me contó que todavía recordaba con claridad una terrible escena sucedida en una calle de Budapest: la detención repentina de un hombre, sin motivo, que iba con sus dos hijos pequeños. «El padre llevaba a los niños en un carrito por la calle, pero a los soldados soviéticos no les importó, se llevaron al padre y dejaron a los niños en medio de la calle.» A nadie que pasara por allí le resultó extraño^[39]. Cuando tras el cese oficial de las hostilidades se impuso aún más violencia —la brutal expulsión de alemanes y otros grupos, los ataques a los judíos que regresaban a su tierra, las detenciones de hombres y mujeres que habían combatido contra Hitler, las continuas guerras de guerrillas en Polonia y en los estados bálticos—, tampoco a nadie le resultó extraño.

No toda la violencia tenía un motivo étnico o político. «No hay actividad en el pueblo que no termine en pelea», recordó un maestro de pueblo polaco^[40]. Seguía habiendo armas y las cifras de asesinatos eran elevadas. En muchas partes de Europa del Este, bandas armadas deambulaban por las zonas rurales, algunas de ellas haciéndose llamar miembros de la resistencia aunque no tuvieran relación con ninguna estructura organizada de resistencia, y vivían de robar y asesinar. En todas las ciudades de Europa del Este actuaban bandas de antiguos soldados desorientados, y la violencia criminal empezó a mezclarse con la violencia política, hasta tal punto que los informes públicos no siempre aclaran de qué clase fue en cada caso. A finales del verano de 1945, en tan solo dos semanas la policía de un solo municipio de Polonia registró 20 asesinatos, 86 robos, 1084 casos de allanamiento de

morada, 440 «delitos políticos» (no definidos), así como 125 casos de resistencia a la autoridad, otros 29 delitos contra la autoridad, 92 incendios provocados y 45 delitos sexuales. «El problema principal de la gente es la seguridad —explicó el informe policial—, sería mejor si hubiera tranquilidad en la zona, y no ataques y robos^[41].»

El hundimiento institucional acompañó al hundimiento moral. Las instituciones sociales y políticas polacas habían dejado de funcionar en 1939. Las de Hungría lo hicieron en 1944 y las alemanas 1945. Esta catástrofe provocó en la población un profundo recelo sobre las sociedades en las que habían crecido y los valores en los que se habían educado, y no es de extrañar: esas sociedades habían sido débiles, y los valores habían quedado anulados con suma facilidad. La experiencia de la derrota nacional —ya fuera mediante la invasión y ocupación nazi en 1939 o mediante la invasión y ocupación aliada en 1945, o ambas— resultó extraordinariamente complicada para quienes la vivieron.

Desde entonces, muchos han tratado de describir lo que se siente al soportar la desintegración de toda tu civilización, al ver cómo se desmoronan los edificios y paisajes de tu infancia, al entender que el mundo moral de tus padres y profesores ya no existe y al descubrir que tus respetados dirigentes nacionales han fracasado. Sin embargo, quienes no lo han experimentado no pueden entenderlo fácilmente. Palabras como «vacío» o «desolación», cuando se utilizan para describir la catástrofe nacional que conlleva una ocupación extranjera, simplemente no son suficientes: no logran transmitir la ira de la gente contra sus dirigentes antes y durante la guerra, por el fracaso de sus sistemas políticos, su ingenuo patriotismo y las ilusiones de sus padres y profesores. La destrucción generalizada —la pérdida de hogares, familias, escuelas— condenó a millones de personas a una soledad extrema. Distintas zonas de Europa del Este experimentaron tal desmoronamiento en momentos distintos, y la experiencia no fue igual en todas partes. Sin embargo, llegara cuando llegase y en cualquier forma que adoptase, el fracaso nacional tenía efectos profundos, particularmente en los jóvenes, muchos de los cuales concluyeron que todo aquello que alguna vez habían creído cierto era falso. Además, la guerra los había dejado sin una estructura social y sin contexto. Muchos de ellos se asemejaban a la «personalidad totalitaria» que describe Hannah Arendt, al «ser humano completamente aislado, que, sin otros lazos sociales con la familia, los amigos, los camaradas o los simples conocidos, deriva su sensación de ocupar un lugar en el mundo únicamente a partir de su

pertenencia a un movimiento, de su afiliación al partido^[42]».

Sin duda, eso fue lo que le sucedió a Tadeusz Konwicki, un novelista polaco que fue partisano durante la guerra. Criado en una familia patriótica cerca de Vilna, en lo que entonces era Polonia oriental, Konwicki se unió al brazo armado de la resistencia polaca, el Ejército Nacional, durante la guerra. Primero luchó contra los nazis. Después, durante un tiempo, su unidad combatió contra el Ejército Rojo. En algún momento, su lucha empezó a degenerar y a derivar hacia los robos a mano armada y la violencia gratuita, y Konwicki se descubrió preguntándose por qué seguía luchando. Finalmente salió de los bosques y se trasladó a Polonia, un Estado cuyas nuevas fronteras ya no incluían el hogar de su familia. A su llegada se dio cuenta de que no tenía nada. A los diecinueve años tenía un abrigo, una mochila pequeña y un puñado de documentos falsos. No tenía familia, amigos, ni una educación superior. Esta fue una experiencia bastante común. Lucjan Grabowski, un joven guerrillero del Ejército Nacional que combatía cerca de Białystok, entregó las armas aproximadamente en la misma época, y después también se dio cuenta de que no tenía nada: «No tenía traje, porque los de antes de la guerra me quedaban pequeños [...] mi cartera estaba vacía, tenía un único billete de dólar que me dio alguien y unos pocos miles de zlotys que mi padre había pedido prestados a nuestro vecino. Y eso era lo que me quedaba después de cuatro años luchando contra los ocupantes^[43]».

Konwicki también había perdido la fe en mucho de lo que había creído cierto en el pasado. «Durante la guerra vi mucha masacre. Vi el hundimiento de todo un mundo de ideas, humanismo y moralidad. Me encontraba solo en este país en ruinas. ¿Qué podía hacer? ¿Qué camino debía tomar?^[44]» Konwicki anduvo sin rumbo durante muchos meses, se planteó escapar a Occidente, intentó redescubrir sus raíces «proletarias» trabajando como albañil. Finalmente, y casi de manera accidental, cayó en el mundo literario comunista y en el partido comunista: algo que jamás habría creído posible antes de 1939. Durante un breve período de tiempo, se convirtió incluso en un escritor «estalinista» al adoptar el estilo y las peculiaridades que dictaba el partido.

El suyo fue un destino dramático, pero nada inusual. La socióloga polaca Hanna Swida-Ziemba también ha intentado reconstruir la moralidad de preguerra de su generación —gente nacida a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930— y ha descrito un panorama muy similar. Su generación creció con una fe intensa en el Estado polaco, con la convicción

de que le esperaba un destino especial. El propio concepto de «Polonia», escribe, era especialmente importante para su generación porque el Estado polaco moderno no se había creado hasta 1918, y ella perteneció al primer grupo de escolares que se educaron en ese sistema. Aprendieron a objetivar la nación, a aspirar a «servirla», a relacionarse con ella utilizando otras categorías, como la fe o la traición. Cuando la nación se desplomó, no les quedó nada^[45]. Muchos dirigieron su decepción hacia los políticos de antes de la guerra, la derecha autoritaria y los generales que habían fracasado de manera tan estrepitosa en preparar a Polonia para la guerra. Otro escritor polaco, Tadeusz Borowski, satirizó el patriotismo almibarado de los políticos de preguerra: «Tu patria: un rincón pacífico y un leño ardiendo obediente en el fuego. Mi patria: una casa quemada y una citación del NKVD^[46]».

Para los nazis jóvenes, la experiencia del fracaso fue aún más apocalíptica, ya que a ellos no solo les habían enseñado patriotismo, sino que creían firmemente en la superioridad mental y física de los alemanes. Hans Modrow —más adelante, un destacado comunista de Alemania del Este— tenía más o menos la edad de Konwicki en 1946 y estaba igualmente desorientado. Miembro leal de las Juventudes Hitlerianas, se había alistado a la Volkssturm, la «milicia del pueblo» que opuso resistencia al Ejército Rojo durante los últimos días de la guerra. En esa época sentía un intenso odio hacia los bolcheviques, a los que consideraba criaturas infrahumanas, inferiores física y moralmente a los alemanes. Pero en 1945 fue capturado por el Ejército Rojo e inmediatamente experimentó un momento de profunda desilusión. Los subieron, a él y a otro grupo de prisioneros de guerra alemanes, a un camión y los llevaron a trabajar a una granja:

Era joven y quería ayudar. Me levanté en el camión y empecé a darle a cada uno su mochila, y después di mi mochila a alguien para poder saltar del camión. Cuando hube bajado me di cuenta de que me la habían robado. Nunca la recuperé. Y no fue un soldado soviético, sino uno de nosotros, los alemanes. Al día siguiente, el Ejército Rojo nos volvió a todos iguales: nos quitaron las mochilas a todos y nos dieron una taza y una cuchara con la que comer. A raíz de ese episodio empecé a pensar en la supuesta camaradería alemana de manera diferente^[47].

Unos días después, lo nombraron conductor de un capitán soviético, que le preguntó sobre el poeta alemán Heinrich Heine. Modrow no había oído hablar de Heine y se avergonzó al pensar que la gente a la que había considerado «infrahumana» parecía saber más sobre la cultura alemana que él mismo. Finalmente, a Modrow lo trasladaron a un campo de prisioneros de guerra cerca de Moscú, donde fue seleccionado para asistir a una escuela «antifascista» y recibir formación en marxismo-leninismo; formación que, en ese momento, él estaba más que dispuesto a recibir. Tan intensa fue su

experiencia del fracaso de Alemania que pasó rápidamente a abrazar una ideología que le habían enseñado a odiar durante su infancia. Con el tiempo, también sintió algo parecido a la gratitud. El partido comunista le ofreció la posibilidad de compensar los errores del pasado: los errores de Alemania, además de los suyos. La vergüenza que sentía por haber sido un nazi fanático pudo por fin borrarse.

Sin embargo, los recuerdos de la guerra no podían borrarse. Como tampoco el pasado podía explicarse fácilmente a la gente de fuera que no había experimentado el mismo nivel de destrucción y que no había presenciado la indiferencia que los seres humanos eran capaces de mostrar ante el sufrimiento ajeno. «El hombre del Este no puede tomarse a los estadounidenses [o a otros occidentales] en serio», escribió Miłosz. Como no habían pasado por tales experiencias, «su falta de imaginación es terrible^[48]». Miłosz se olvidó de añadir que también sucedía lo contrario: los europeos del Este tenían unas expectativas muy poco realistas sobre sus vecinos occidentales.

Los europeos occidentales y los estadounidenses nunca fueron indiferentes al comunismo soviético, ni antes ni después de la guerra. Mucho antes de 1945, en la mayoría de las capitales occidentales se habían mantenido encendidos debates sobre la naturaleza del nuevo régimen bolchevique y sobre el comunismo en general. Ya en 1918, los periódicos estadounidenses habían publicado vívidos artículos sobre el «Peligro rojo». En Washington, Londres y París, gran parte de los debates públicos durante las décadas de 1920 y 1930 se ocupaban de la amenaza comunista a la democracia liberal.

Incluso durante su alianza en tiempos de guerra con Stalin, la mayoría de los estadistas británicos y estadounidenses que trataban directamente con Rusia tenían multitud de dudas sobre sus intenciones tras la guerra y entendían a la perfección la naturaleza de su régimen. «Las revelaciones de los alemanes son probablemente ciertas —Winston Churchill a dirigentes polacos en el exilio después de que los nazis encontraran los restos de miles de oficiales polacos enterrados en el bosque de Katín, donde habían sido asesinados por la policía secreta soviética—: los bolcheviques pueden ser muy crueles^[49]». George Kennan, el diplomático estadounidense que diseñaría la política de posguerra dirigida a la URSS, pasó los años de la guerra en Moscú, desde donde «bombardeó a los niveles más bajos de la burocracia de Washington con análisis sobre el mal comunista^[50]». Dean

Acheson, por entonces vicesecretario de Estado, comparó las negociaciones con los delegados soviéticos durante el verano de 1944 con «tratar con una máquina tragaperras anticuada. [...] Se podría acelerar el proceso agitándola con fuerza, pero es inútil hablar con ella^[51]».

Aunque tampoco importaba demasiado. En sus memorias, Acheson resumió sus observaciones sobre esas negociaciones comentando que: «Para quienes formábamos el Estado, sin embargo, este frustrante intervalo ruso se olvidó pronto en mitad de acontecimientos más importantes e inminentes^[52]». A decir verdad, el Washington y el Londres en tiempos de guerra casi siempre tuvieron «acontecimientos más importantes» de los que preocuparse, al menos hasta 1945. Hasta el final de la guerra, el comportamiento de Rusia en Europa del Este siempre fue una cuestión secundaria.

Esto se hace más que evidente en los informes oficiales y no oficiales de las conferencias de Teherán y Yalta en noviembre de 1943 y febrero de 1945, en las que Stalin, Roosevelt y Churchill decidieron el destino de enormes extensiones de Europa con sorprendente indiferencia. Cuando el asunto de las fronteras de Polonia salió a relucir en la primera reunión de los tres grandes aliados en Teherán, Churchill le dijo a Stalin que podía quedarse con la parte oriental de Polonia que había invadido en 1939, y que Polonia podría «desplazarse hacia el oeste, como el soldado que da dos pasos lateralmente hacia la izquierda» como compensación. A continuación, «demostró con la ayuda de tres cerillas la idea del desplazamiento de Polonia hacia el oeste», lo cual, según consta en el acta, «complació al mariscal Stalin^[53]». En Yalta, Roosevelt sugirió con desgana que la frontera oriental de Polonia podría ampliarse para incorporar la ciudad de Lvov y los yacimientos petrolíferos de los alrededores. Stalin pareció estar de acuerdo, pero nadie insistió y finalmente esa idea se abandonó. Así fue como se decidieron las identidades nacionales de cientos de miles de personas.

Esto no reflejaba animadversión alguna hacia la región, tan solo las distintas prioridades. La principal preocupación de Roosevelt en Yalta era la forma que adoptarían las nuevas Naciones Unidas, que él concebía como un organismo capaz de prevenir guerras en un futuro, y necesitaba la colaboración soviética para construir ese nuevo sistema internacional. También quería la ayuda soviética en la invasión de Manchuria, así como la posibilidad de utilizar las bases rusas de Extremo Oriente. Estas consideraciones eran más importantes para él que el destino de Polonia o Checoslovaquia, y había también otros asuntos en juego, desde el futuro de la

monarquía italiana hasta el petróleo de Oriente Próximo. Si bien en los planes de posguerra de Stalin suponía un asunto central, Europa del Este tenía tan solo un interés marginal para el presidente de Estados Unidos^[54].

Churchill, entretanto, era plenamente consciente de la debilidad británica. Sabía que una vez que el Ejército Rojo estuviera en Polonia, Hungría o Checoslovaquia, Gran Bretaña no tendría la fuerza para obligarlo a marcharse. En sus memorias, Churchill recuerda haberle dicho a Roosevelt justo antes de la cumbre de Yalta que «deberíamos ocupar tanto territorio austríaco como nos sea posible, ya que era “indeseable que los rusos ocupen más parte de Europa occidental de lo que sea estrictamente necesario”». No queda claro el criterio por el cual Austria formaba más parte de la Europa «occidental» en ese momento que Hungría o Checoslovaquia. Sin embargo, el fatalismo de Churchill se trasluce con claridad: una vez que el Ejército Rojo ocupara su lugar, no se movería de él^[55].

Ambos líderes sabían también que, cuando terminara la guerra, sus votantes esperarían ansiosos el regreso a casa de sus maridos, hermanos e hijos. Sería extremadamente difícil «vender» un nuevo conflicto con la URSS. La propaganda durante la guerra había retratado a Stalin como a un jovial «tío Joe», el amigo algo tosco de los obreros, y tanto Churchill como Roosevelt lo habían elogiado en sus declaraciones públicas. En Londres, sus simpatizantes habían organizado conciertos benéficos en favor de la Unión Soviética y erigido una estatua de Lenin frente a una de las buhardillas londinenses en las que vivió el líder bolchevique^[56]. En Estados Unidos, los empresarios ya estaban deseando aprovecharse de esa nueva amistad: «Rusia será, si no el mayor, sí nuestro cliente más entusiasta cuando termine la guerra», declaró el presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos^[57]. Echarse atrás y decir a la población británica y estadounidense cansada de la guerra que tenían que quedarse en Europa para combatir contra la Unión Soviética habría sido políticamente difícil, si no imposible.

Las dificultades logísticas eran aún peores. Churchill, que nunca se alegró de la ocupación soviética de Berlín, en la primavera de 1945 ordenó a sus planificadores militares que investigaran la posibilidad de un ataque aliado sobre las fuerzas soviéticas en Europa central, posiblemente utilizando tropas polacas o incluso alemanas. El resultado, un plan para la Operación Impensable, se desestimó de inmediato por poco práctico. Sus autores advirtieron al primer ministro británico que las tropas del Ejército Rojo triplicaban en número a las británicas, y que el resultado podría ser una

campaña militar «larga y costosa», incluso una «guerra total». El propio Churchill anotó en un margen del borrador que un ataque al Ejército Rojo era «sumamente improbable», si bien algunos elementos de la Operación Impensable formaron parte más tarde de la planificación de un posible ataque soviético sobre Gran Bretaña^[58].

Había también un elemento de ingenuidad por parte de Occidente, como había observado Miłosz: Roosevelt, especialmente hacia el final de su vida, expresó con frecuencia su fe en las buenas intenciones de Stalin. «No se preocupe —le dijo al líder polaco en el exilio Stanisław Mikołajczyk en 1944—, Stalin no pretende arrebatarse la libertad a Polonia. No se atrevería a hacerlo porque sabe que el gobierno de Estados Unidos lo respalda unánimemente^[59].» Aproximadamente un año más tarde, los negociadores estadounidenses y británicos acordaron otorgar a la Unión Soviética el mando de la Comisión de Control Aliada en Budapest —el organismo establecido para gestionar el país después de la guerra— con la estricta condición de que la URSS consultara con los otros aliados antes de dar cualquier instrucción al gobierno húngaro. Llegado el momento, ni siquiera fingió la intención de hacerlo^[60].

Más adelante, algunos arguyeron que los simpatizantes comunistas en el gobierno estadounidense y los «elementos prosoviéticos» en Washington también habían influido sobre la política estadounidense de posguerra^[61]. Aunque Alger Hiss, probablemente el agente soviético más conocido, se encontraba en Yalta como parte del equipo de negociación estadounidense, su influencia —si es que tenía alguna— habría resultado innecesaria. Las transcripciones demuestran claramente que Churchill y Roosevelt tenían intereses muy definidos, y que sacar a la Unión Soviética de Europa del Este no era uno de ellos^[62]. Quienes estuvieron presentes eran pragmatistas. «Lo único que Yalta hizo fue reconocer la realidad de los hechos tal como existían y como se estaban produciendo —recordó un general estadounidense—. Para mí, no hubo posibilidad de elegir^[63].»

Tal vez de manera confusa, esa fue la situación durante la guerra fría. Incluso cuando la retórica occidental se volvió ferozmente antisoviética, siempre se puso mucho cuidado para evitar un nuevo conflicto europeo. Ni Estados Unidos ni Gran Bretaña querían una guerra con la Unión Soviética, ni en ese momento ni más adelante. En 1953, tras la muerte de Stalin, cuando en Berlín oriental estallaron las huelgas y los disturbios, las autoridades aliadas de Berlín occidental se mostraron muy contenidas, llegando incluso a advertir

a los alemanes occidentales de que no cruzaran la frontera para dar apoyo a las huelgas^[64]. En la época de la Revolución húngara en 1956, el secretario de Estado de Estados Unidos, John Foster Dulles, un declarado guerrero de la guerra fría, también se tomó muchas molestias para negar cualquier implicación estadounidense en los hechos, y para comunicar a la Unión Soviética que «no consideramos a estas naciones posibles aliados militares^[65]».

En realidad, los europeos del Este fueron con frecuencia más ingenuos que los aliados occidentales. En Hungría, los políticos probritánicos se aferraron a la creencia de que su país sería liberado por los británicos. Muchos estaban «animados por la idea irracional de la supuesta importancia geopolítica de Hungría», en palabras del historiador László Borhi^[66], y esperaban una invasión británica de los Balcanes bien entrado el año 1944. Como su país había sido un bastión de la cristiandad occidental en su lucha contra el Imperio otomano, pensaron que durante el siglo xx seguirían desempeñando ese papel. «Las potencias occidentales no podrían permitir la dominación rusa de una zona geográficamente importante [de Hungría]», declaró con seguridad un diplomático húngaro. Los polacos, cuyo futuro político había sido objeto de discusiones acaloradas entre los dirigentes aliados, estaban igualmente convencidos de que los británicos no abandonarían el país en cuyo nombre habían declarado en un principio la guerra a Alemania, y Estados Unidos no podría abandonarlos porque el *lobby* polaco-estadounidense lo evitaría: tarde o temprano habría una Tercera Guerra Mundial. Más adelante, a los alemanes orientales les costó creer que Occidente pudiera acceder a la fortificación de la frontera interalemana. Sin duda, Occidente no podría permitir una Alemania dividida.

Sin embargo, Occidente pudo permitirlo y aceptarlo, igual que aceptó también una Europa dividida. Si bien nadie en Occidente —nadie en Washington, Londres o París— fue capaz de prever la magnitud de los cambios físicos, psicológicos y políticos que el Ejército Rojo impondría en todos los países que ocupó, lo cierto es que tampoco nadie hizo grandes esfuerzos para evitar que se produjeran.

Los vencedores

Durante los últimos meses bajo el régimen nazi, casi todos estábamos a favor de los rusos. Esperamos la luz del Este. Pero ha quemado a demasiada gente. Han sucedido demasiadas cosas que no se pueden entender. En las oscuras calles aún resuenan todas las noches los gritos desgarradores y angustiados de las mujeres.

RUTH ANDREAS-FRIEDRICH^[1]

Los rusos [...] aniquilaron a la población nativa de un modo sin parangón desde los tiempos de las hordas asiáticas.

GEORGE KENNAN^[2]

En Budapest, John Lukacs vio «un océano de rusos gris verdoso, todos ellos entrando por el este^[3]». En un barrio de la zona este de Berlín, Lutz Rackow vio «tanques, tanques, tanques y más tanques» y soldados caminando junto a ellos, entre ellos «amazonas con trenzas rubias^[4]». Ese era el Ejército Rojo: mujeres y hombres hambrientos, enfadados, exhaustos, avezados en la lucha, algunos con los mismos uniformes que habían llevado en Stalingrado o Kursk dos años antes, todos ellos cargados con recuerdos de violencia espantosa, todos ellos insensibilizados por lo que habían visto, oído y hecho.

La ofensiva soviética final empezó en enero de 1945, cuando el Ejército Rojo cruzó el Vístula, el río que recorre el centro de Polonia. Avanzando rápidamente a través de la devastada Polonia oriental y los estados bálticos, los «Ivanos» habían conquistado Budapest después de un terrible sitio a mediados de febrero, y Silesia en marzo. Su asalto a Königsberg, en Prusia Oriental, terminó en abril. En ese momento, dos numerosas unidades militares, el Primer Frente Bielorruso y el Primer Frente Ucraniano, se encontraban en las afueras de Berlín, preparadas para el asalto final. Hitler se suicidó el 30 de abril. Una semana después, el 7 de mayo, el general Alfred Jodl se rindió sin condiciones a los aliados en nombre del Alto Mando de la Wehrmacht.

Incluso hoy en día, no es fácil determinar lo que sucedió en Europa del Este durante esos últimos cinco meses de la guerra porque no todo el mundo recuerda los acontecimientos de esos meses de batalla sangrienta del mismo

modo. En la historiografía soviética, la última fase de la guerra siempre se presenta inequívocamente como una serie de liberaciones. Según el discurso habitual, las ciudades de Varsovia, Budapest, Praga, Viena y Berlín fueron liberadas del yugo de la Alemania nazi, encadenando un triunfo tras otro, los fascistas fueron destruidos, la población se alegró enormemente y se restableció la libertad.

Otros cuentan la historia de manera diferente. Durante muchas décadas, los alemanes, y en particular los berlineses, hablaron muy poco de los acontecimientos sucedidos en mayo de 1945 y posteriormente. Hoy en día, sin embargo, recuerdan a la perfección los saqueos, la violencia arbitraria y, sobre todo, las violaciones masivas que siguieron a la invasión soviética. En otros lugares de Europa del Este, se recuerda también al Ejército Rojo por sus ataques a partisanos locales que habían luchado contra los alemanes pero que no eran comunistas, y por las oleadas de violencia, tanto indiscriminada como selectiva, que llegaron a continuación. En Polonia, Hungría, Alemania, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria, la llegada del Ejército Rojo raramente se recuerda como una simple liberación. Al contrario, se recuerda como el brutal inicio de una nueva ocupación.

Aun así, para mucha gente, ninguna de estas dos perspectivas opuestas ofrece la historia completa. Es cierto que la llegada del Ejército Rojo anunció la libertad para millones de personas. Los soldados soviéticos abrieron las puertas de Auschwitz-Birkenau, Majdanek, Stutthof, Sachsenhausen y Ravensbrück. Vaciaron las prisiones de la Gestapo. Hicieron posible que los judíos abandonaran sus escondites en establos y sótanos y regresaran, lentamente, a algo parecido a una vida normal. Genia Zonabend, una interna judía, cruzó las puertas de un pequeño campo de trabajos forzados en Alemania oriental y acudió a las primeras casas alemanas que encontró para pedir comida. En todas se negaron a ayudarla hasta que un ruso que pasaba por allí oyó su historia y se aseguró de que recibiera comida e «incluso agua caliente para lavarse^[5]», como la mujer recordó.

Y la ayuda soviética no se limitó a los judíos. La llegada del Ejército Rojo también hizo posible que los polacos de la parte oriental del país hablaran polaco después de años de prohibición de hablarlo en público. Los carteles con *Nur für Deutsche* («Solo para alemanes») desaparecieron de tiendas, tranvías y restaurantes de las ciudades polacas que habían sido rebautizadas con nombres alemanes. En Alemania, los opositores de Hitler se alegraron de la llegada de los soldados soviéticos, al igual que millones de checos y

húngaros. «Salí al patio y abracé al primer soldado soviético que vi», me contó una mujer húngara. Y no fue la única^[6]. Un compatriota suyo describió lo que la llegada de Ejército Rojo supuso para él y su mujer:

Sentimos que fuimos liberados. Sé que es un tópico y que esas palabras ya no tienen ningún significado, pero por mucho que lo pienso no consigo encontrar una manera mejor de describir el sentimiento que experimentamos que diciendo que fuimos liberados. Y no solo nosotros, allí sentados en el sótano, llorando y dándonos la mano, nos sentíamos así: todos tenían la misma sensación de que el mundo se convertiría al fin en otro distinto, y de que realmente había merecido la pena nacer^[7].

Un hombre polaco me dijo lo mismo: «No teníamos sentimientos encontrados hacia ellos. Nos liberaron^[8]». Sin embargo, incluso aquellos que más se alegraron admitieron que el Ejército Rojo dejó una increíble devastación a su paso. Cuando describen lo sucedido, muchos hablan de una «nueva invasión mongola», utilizando un lenguaje teñido de xenofobia para referirse a esa magnitud de violencia sin precedentes. A George Kennan le recordó a las «hordas asiáticas^[9]». Sándor Márai comentó de ellos que eran «como una raza humana completamente distinta cuyos reflejos y respuestas no tenían ningún sentido^[10]». John Lukacs recordó los «oscuros y redondeados rostros mongoles, de ojos rasgados, indiferentes y hostiles^[11]».

En parte, los soldados soviéticos resultaban extraños a los europeos del Este porque parecían desconfiar de los europeos del Este, y porque se mostraron muy sorprendidos por la riqueza material de Europa del Este. Desde los tiempos de la revolución, los rusos habían oído hablar de la pobreza, el desempleo y la miseria asociados al capitalismo, y de la superioridad de su sistema. Sin embargo, nada más entrar en Polonia, en ese momento una de las zonas más pobres de Europa, encontraron a simples campesinos que tenían varias gallinas, un par de vacas y más de una muda de ropa. Descubrieron pequeñas poblaciones rurales con iglesias de piedra, calles adoquinadas y gente en bicicleta, un vehículo desconocido aún en la mayor parte de Rusia. Encontraron granjas equipadas con sólidos establos y cosechas plantadas en hileras ordenadas. Para ellos eran escenas de abundancia en comparación con la pobreza desesperada, los caminos cubiertos de barro y las minúsculas casas de madera de la Rusia rural.

Cuando descubrieron las iglesias de Königsberg, los apartamentos de Budapest y las casas berlinesas repletas de antigüedades, de mujeres «fascistas» viviendo rodeadas de lo que ellos percibían como lujos inimaginables, misteriosos retretes con cisterna y artilugios eléctricos, se quedaron sumamente asombrados: «Nuestros soldados han visto las casas de

dos plantas de las afueras, con electricidad, gas, baños y hermosos jardines. Nuestra gente ha visto las casas de la rica burguesía en Berlín, el increíble lujo de los castillos, propiedades y mansiones. Y miles de soldados repiten airados las mismas preguntas cuando miran alrededor en Alemania: “Pero ¿por qué vinieron a nosotros? ¿Qué querían?”^[12]».

Buscaron explicaciones. Un responsable político escribió a Moscú explicando que «esta es una agricultura de kulaks basada en la explotación del trabajo. Por eso todo tiene un aspecto tan bonito y rico. Y cuando nuestros soldados del Ejército Rojo, en particular los que son inmaduros en el sentido político y tienen una visión de la propiedad privada pequeñoburguesa, comparan sin querer una granja colectiva con una granja alemana, elogian la alemana. Algunos de nuestros oficiales incluso admiran las cosas alemanas...^[13]». O quizá todo fuera robado: «Es evidente por todo lo que vemos que Hitler robó a toda Europa para contentar a sus “Fritz” manchados de sangre —escribió un soldado a su familia—. Sus ovejas son las mejores merinas rusas, y sus tiendas están atestadas de objetos de tiendas y fábricas europeas. En un futuro no muy lejano, todos estos objetos aparecerán en las tiendas rusas como nuestros trofeos^[14]».

Y así, también ellos robaron. Licores y lencería femenina, muebles y vajillas, bicicletas y mantelerías que se llevaron de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, de los estados bálticos y los países balcánicos, así como de Alemania. Los relojes de pulsera parecían tener un significado casi mítico para los soldados rusos, que se paseaban de un lado a otro con las muñecas cubiertas por seis o siete si tenían la ocasión. La emblemática fotografía de un soldado ruso izando la bandera soviética sobre el Reichstag tuvo que ser retocada para eliminar los relojes de los brazos del joven héroe^[15]. En Budapest, la obsesión por ellos pasó a formar parte de la tradición local y tal vez contribuyera a forjar la percepción que se tenía del Ejército Rojo. Unos meses después de la guerra, un cine de Budapest proyectó un noticiario sobre la Conferencia de Yalta. Cuando el presidente Roosevelt levantó el brazo mientras hablaba con Stalin, varios miembros del público gritaron: «¡Vigila tu reloj!»^[16]. Algo similar sucedió en Polonia, donde durante muchos años los niños polacos «jugaron» a los soldados soviéticos al grito de: «*Davai chasyi*» («Dame tu reloj»^[17]). Una conocida serie infantil polaca de finales de la década de 1960 incluyó una escena en la que aparecían soldados rusos y polacos durante la guerra, acampados en edificios alemanes vacíos, que habían amasado una amplia colección de relojes robados^[18].

Para muchos, esos robos presagiaron la amarga desilusión que experimentarían quienes habían esperado ansiosos la llegada de las tropas soviéticas. Márai habla de un anciano, «una venerable figura patriarcal» que recibió a su primer visitante soviético con solemnidad y le reveló respetuosamente que era judío:

El soldado ruso esbozó una sonrisa, se descolgó la metralleta, se acercó al anciano y, según la costumbre rusa, lo besó suavemente —de derecha a izquierda— en las mejillas. Le dijo que él también era judío. Durante unos segundos, estrechó efusivamente y en silencio la mano del anciano.

A continuación volvió a colgarse la metralleta al cuello y ordenó al anciano que se colocara en un rincón de la habitación con su familia y que levantara las manos hacia la pared. [...] Después, el soldado ruso les robó sin ninguna prisa, a su ritmo^[19].

A algunos soldados soviéticos esto les resultó sumamente perturbador. Años más tarde, el escritor Vasili Grossman dijo a su hija que el Ejército Rojo había «cambiado a peor» cuando cruzó la frontera soviética. Grossman recordó que una noche durmió en una casa alemana junto con otros soldados rusos, entre ellos un coronel «majestuoso» que tenía «un rostro ruso donde los haya» y estaba tan cansado que parecía a punto de desmayarse: «Durante toda la noche, oímos ruidos procedentes de la habitación que ocupa el agotado coronel. El hombre se marcha por la mañana sin despedirse. Entramos en su habitación: desorden total, el coronel ha vaciado los armarios como un saqueador profesional^[20]».

Lo que no robaron, con frecuencia lo destruyeron. Las refriegas callejeras en Berlín y Budapest causaron mucho de lo que ahora llamaríamos «daños colaterales», pero el Ejército Rojo también participó en actos de destrucción gratuita, al parecer en su propio beneficio. En Gniezno, la cuna de la cristiandad en Polonia, los tanques soviéticos destruyeron una catedral de mil años de antigüedad que no tenía la menor relevancia militar. Las fotografías de la época (que estuvieron ocultas durante setenta años) muestran los tanques solos, en la plaza de la ciudad, disparando al antiguo edificio sin motivo^[21]. Después de tomar la ciudad de Breslavia, los soldados soviéticos incendiaron deliberadamente los edificios del antiguo centro de la ciudad, destruyendo con ello la inestimable colección de libros de la biblioteca universitaria, así como el museo de la ciudad y varias iglesias^[22].

Tanto los robos como la destrucción continuarían durante muchos meses, volviéndose más sofisticados con el paso del tiempo, hasta adoptar la forma oficial de «reparaciones.» Sin embargo, los robos no oficiales también siguieron produciéndose durante muchos meses. En 1946, los funcionarios de

Alemania del Este todavía se quejaban de que los funcionarios soviéticos en Sajonia se habían instalado en apartamentos privados y estaban pidiendo que les hicieran llegar muebles, cuadros y objetos de porcelana pertenecientes a las colecciones estatales sajonas que se encontraban en los castillos de la zona. «Cuando se marchan, se los llevan.» El propietario del castillo Friesen, cerca de Reichenbach, se quejó de que había perdido una mesa valorada en 4000 reichsmarks (la moneda anterior a la guerra), tres alfombras por valor de 11 500 reichsmarks, una cómoda que costaba 18 000 reichsmarks y una mesa de caoba valorada en 5000 reichsmarks. No consta en ningún sitio que se le devolviera nada de ello^[23].

Aún más horribles, y sin duda de mayor trascendencia política, fueron los violentos ataques sobre la población civil que empezaron mucho antes de que el Ejército Rojo llegara a Berlín. Comenzaron cuando el Ejército Rojo cruzó Polonia, se intensificaron en Hungría y alcanzaron unos niveles asombrosos cuando las tropas soviéticas penetraron en Alemania. Quienes se encontraron con ellos relatan que los insensibilizados y furiosos soldados del Ejército Rojo parecían consumidos por un deseo de venganza. Estaban enfurecidos por la muerte de amigos, esposas e hijos, rabiosos por los pueblos incendiados y las fosas comunes que los alemanes habían dejado en Rusia. En una ocasión, Grossman presenció una procesión de cientos de niños soviéticos que avanzaban hacia el este por una carretera, regresando del cautiverio alemán. Los soldados y oficiales soviéticos los observaron con gesto grave junto a la carretera, «mirándolos detenidamente a la cara». Esos hombres eran padres que buscaban a sus hijos perdidos, a los que habían deportado a Alemania: «Un coronel permaneció allí durante varias horas, erguido, con gesto severo y expresión sombría. Regresó a su coche al anochecer: no había encontrado a su hijo^[24]». Es posible que la cólera del Ejército Rojo la provocaran sus propios comandantes, sus tácticas despiadadas y su constante utilización de amenazas y espías políticos, así como las propias pérdidas sufridas. La historiadora Catherine Merridale, que entrevistó a cientos de veteranos, cree que con frecuencia expresaron indignación política: «De manera consciente o no [...] los soldados del Ejército Rojo pronto darían rienda suelta a la ira que habían acumulado durante décadas de opresión por parte del Estado y de violencia endémica^[25]».

Las mujeres de los territorios recién ocupados fueron las más afectadas por esa ira. Mujeres de todas las edades sufrieron violaciones en grupo y algunas de ellas fueron asesinadas. Si bien es más conocido como el cronista

del Gulag, el escritor ruso Alexander Solzhenitsin también entró en Prusia Oriental con el Ejército Rojo en 1945, y más adelante escribió un poema sobre esas escenas de horror:

*Las paredes acallan el gemido
de la madre herida que aún respira.
Su hijita yace en el colchón, muerta.
¿Cuántos se le han echado encima?
¿Un pelotón, una compañía, tal vez?
Una niña convertida en mujer,
una mujer convertida en cadáver.
Y todo se reduce a frases sencillas:
¡No olvides! ¡No perdones!
¡Sangre por sangre! ¡Diente por diente!*^[26]

Esos actos de venganza eran a menudo apolíticos, y no iban dirigidos necesariamente a los alemanes o simpatizantes nazis. Como Grossman apuntó: «Las jóvenes soviéticas liberadas de los campos están sufriendo mucho ahora. Esta noche, algunas de ellas están escondidas en la habitación de nuestros corresponsales. Durante la noche, nos despiertan los gritos: uno de los corresponsales no ha podido resistir la tentación». En sus memorias, Lev Kopelev, en ese momento comisario político del Ejército Rojo, narra la suerte que corrió una joven rusa que había estado en un campo de trabajos forzados en Alemania, pero a la que confundieron con una enemiga. Era «hermosa, joven, alegre, de pelo dorado que le cubría la espalda. Algunos soldados —borrachos, supongo—, que pasaban por la calle, la vieron. “Eh, Fritzie, ¡eh, zorra!”, y después la ráfaga de una metralleta por la espalda. No vivió ni una hora. No dejaba de gritar: “¿Por qué?”. Acababa de escribir a su madre diciéndole que volvería a casa^[27]».

En ocasiones, las víctimas eran polacos que habían realizado trabajos forzados y que tuvieron la mala suerte de cruzarse en el camino del Ejército Rojo: «Justo en ese momento se oyó un grito desgarrador y una niña entró corriendo en el almacén, con las largas trenzas rubias deshechas, el vestido roto por el pecho, mientras chillaba en tono agudo “¡Soy polaca! ¡Virgen santa, soy polaca!”. Dos tanquistas la perseguían. Ambos llevaban el casco

negro. Uno de ellos estaba brutalmente borracho^[28]». Cuando Kopelev intentó intervenir —en teoría, la violación estaba penada con la ejecución en el acto—, sus compañeros lo reprendieron, quejándose de que: «Algunos comandantes [...] están dispuestos a disparar contra sus propios hombres por defender a una zorra alemana». De manera similar, le reprocharon que se molestara cuando unos soldados dispararon a una anciana retrasada a la que habían tachado de «espía». «¿Es que va a volverse contra su propia gente por una asquerosa vieja alemana?^[29]»

Tanto las violaciones como la violencia horrorizaron a los comunistas locales, que entendieron de inmediato cuál sería su impacto político. En público, las violaciones se atribuían a «subversivos vestidos con el uniforme soviético». En privado, los comunistas de la zona solicitaban a las autoridades que los ayudaran a hacerse con el control. Un oficial de seguridad polaco escribió al jefe de propaganda del ejército polaco en febrero de 1945 para quejarse de que las tropas del Ejército Rojo «tienen una actitud hacia los polacos que daña la amistad polaco-soviética y debilita la gratitud que la gente de Poznan sentía hacia sus liberadores [...] la violación de mujeres es un hecho muy común, a veces en presencia de sus padres o maridos. Y aún más frecuentes son las situaciones en que los soldados, por lo general oficiales jóvenes, atraen a las mujeres a los cuarteles (a menudo con la excusa de que ayudarán con los heridos) y las agreden allí^[30]».

Otros intentaron negar lo que estaba sucediendo. Un joven húngaro, en ese momento comunista, explicó que nunca tuvo constancia de las violaciones: «En nuestro círculo familiar se habría dicho que eran “disparates de los nazis” [...] en ese momento aún estábamos convencidos de que ellos [los soviéticos] eran hombres nuevos». Sin embargo, con el paso del tiempo descubrieron que esos «hombres nuevos» no se ajustaban del todo a sus expectativas. En una época ese hombre fue responsable de un grupo de jóvenes rusos: «Por la noche solían saltar por la ventana y se marchaban a beber a algún sitio, o en busca de fulanas o lo que fuera, cosa que nos avergonzaba mucho. Ellos nos avergonzaban mucho. No lo denunciemos, pero sabíamos que ocurría...^[31]».

Algunos se vieron afectados personalmente. Robert Bialek, uno de los pocos comunistas clandestinos en activo en la por entonces ciudad alemana de Breslavia, llegó a su casa después de un primer encuentro festivo con los comandantes soviéticos que habían ocupado la ciudad —como comunista quiso ofrecerles su ayuda—, y descubrió que su mujer había sido violada.

Eso, para él, marcó el inicio del fin: «Los instintos salvajes de dos soldados rasos rusos hicieron que el mundo se derrumbara a mi alrededor, como no lo habían logrado las torturas nazis ni los más sutiles métodos de persuasión». Escribió que deseó «haber quedado enterrado, como tantos de mis amigos, bajo las ruinas de la ciudad^[32]».

Con frecuencia se observa acertadamente que esa oleada de violencia sexual no fue planificada, ni en Alemania ni en ningún otro lugar, y no existe ningún documento en el que se «ordenaran» tales agresiones^[33]. Sin embargo, también es cierto que a algunos oficiales como Kopelev o Solzhenitsin les pareció que sus superiores inmediatos no estaban excesivamente interesados en detenerlas, y era evidente que tanto las violaciones como los asesinatos indiscriminados se toleraban, al menos durante las primeras semanas de la ocupación. Si bien las decisiones dependían de los comandantes locales, esa tolerancia derivaba de las esferas más altas. Cuando el comunista yugoslavo Milovan Djilas se quejó a Stalin sobre el comportamiento del Ejército Rojo, el líder soviético cometió la vileza de preguntarse cómo era posible que él, un escritor, no fuera capaz de «entender que un soldado que ha recorrido miles de kilómetros atravesando sangre, fuego y muerte, quiera divertirse con una mujer o distraerse un poco^[34]».

Esta clase de «comprensión» se vio intensificada por la propaganda soviética sobre Alemania y los alemanes, que se volvió particularmente cruel durante el ataque final sobre Berlín, así como por el deseo de humillar a los alemanes. «No contéis los días; no contéis los kilómetros. Contad tan solo el número de alemanes que habéis abatido —escribió un corresponsal de guerra en un artículo que se reimprimió con frecuencia después de febrero de 1945—: Matad al teutón: eso es lo que reza vuestra madre. Matad al teutón: ese es el grito de vuestra tierra rusa^[35].»

Aunque los saqueos, la violencia y las violaciones no formaban parte de un plan político, en la práctica tuvieron un impacto político profundo y duradero sobre los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Por un lado, la violencia hizo que la gente dudara de un gobierno soviético y que desconfiara en gran medida de la propaganda comunista y la ideología marxista. Al mismo tiempo, la violencia, en particular las agresiones sexuales, asustó profundamente tanto a hombres como a mujeres. El Ejército Rojo era brutal, poderoso y no podía ser detenido. Los hombres no podían proteger a las mujeres; las mujeres no podían protegerse a sí mismas, como tampoco podían proteger a sus hijos ni sus propiedades. El horror que se había infundido no

podía ser comentado abiertamente, y las respuestas oficiales eran evasivas. En Hungría, el Comité Nacional de Budapest suspendió la prohibición de abortar en febrero de 1945, aunque sin explicar los motivos. En enero de 1946, el ministro de Bienestar Social emitió un decreto de tono evasivo: «Como resultado del frente y el caos que llegó a continuación hay muchos niños nacidos en familias que no quieren ocuparse de ellos. [...] Pido por la presente al departamento de orfanatos [...] que considere niños abandonados a todos aquellos nacidos entre nueve y dieciocho meses después de la liberación^[36]».

Incluso las respuestas individuales eran a menudo rígidas y mecánicas, y así permanecieron. ¿Qué podía decirse? Muchos años después, un pastor de Alemania del Este, habitualmente un hombre elocuente, que había vivido de pequeño la invasión soviética, aún tartamudeaba y balbuceaba cuando intentaba describir lo que recordaba de esos momentos: «Los rusos llegaron y empezaron las violaciones, fue increíble. Sencillamente, eso no se puede olvidar. Yo tenía quince años. [...] Algunas mujeres se habían escondido, así que cogieron a otras, mi madre, fue muy difícil. [...] Era horrible y al mismo tiempo se respiraba una sensación de alivio, de haber escapado con vida. Sentía una tensión extraña en mi interior^[37]».

En la Europa ocupada por los soviéticos, las violaciones masivas se abordaron claramente y en público una sola vez. En noviembre de 1948, las autoridades de Alemania del Este organizaron un debate público sobre el asunto en la Casa de la Cultura Soviética de Berlín. La reunión estuvo motivada por el periodista Rudolf Herrnstad —en ese momento, director del *Berliner Zeitung*, el periódico de Berlín y más adelante director del periódico oficial del partido, *Neues Deutschland*— que había escrito un artículo provocador titulado «Sobre los rusos y sobre nosotros». El debate atrajo a una multitud enorme, tan numerosa que el *Neues Deutschland* se quejaría más adelante de que la sala era «demasiado pequeña para tratar el tema seriamente».

El propio Herrnstad abrió el debate al repetir con tono provocador la tesis de su artículo, que había aparecido en el *Neues Deutschland* unos días antes. Sostuvo que Alemania «no podría superar las dificultades actuales sin el apoyo ilimitado de la URSS», y optó por no mencionar el enfado y el resentimiento de la gente hacia el Ejército Rojo. Menospreció a la gente del público que habló de «su cuñado que estaba de pie a un lado de la calle y le robaron la bicicleta, y eso que había votado al partido comunista toda su

vida». ¿Cómo iba a saber el ejército soviético que el hombre era comunista? ¿Por qué no estaba luchando ese hombre con el Ejército Rojo contra los nazis? ¿Por qué la clase obrera alemana en pleno se quedaba parada a un lado de la calle, literalmente, esperando a que la salvaran?

El debate se prolongó durante cuatro horas y se retomaría a la noche siguiente. Sin embargo, a medida que avanzaba la noche, la atención se fue desviando gradualmente de las bicicletas robadas. En un momento crucial, una mujer se levantó y manifestó que «muchas hemos experimentado situaciones que determinan nuestra reacción cuando nos encontramos con miembros del ejército soviético». Sin dejar de utilizar eufemismos, se refirió a «ese miedo y desconfianza con las que nos dirigimos a alguien que lleva determinado uniforme». Al leer la transcripción del debate, se hace extrañamente evidente que todos entendieron de inmediato que el asunto principal no eran los robos, sino las violaciones.

Una tras otra, se presentaron justificaciones para el comportamiento soviético. Los alemanes debían aprender a utilizar la razón para dominar las emociones. Los alemanes debían continuar con la lucha de clases. Los alemanes habían comenzado la guerra. La brutalidad alemana había enseñado a los rusos a ser brutales. Sin embargo, hubo también algunos contraargumentos —algunas mujeres insistieron sobre lo mismo, otras quisieron saber cómo trataban a sus mujeres en Rusia— hasta que, finalmente, un oficial ruso se levantó y puso fin a la discusión de manera convincente. Declaró que «nadie ha sufrido tanto como nosotros: 7 millones de personas murieron, 25 millones perdieron su hogar. ¿Qué clase de soldado vino a Berlín en 1945? ¿Un turista? ¿Llegó con una invitación? No, se trataba de soldados que habían dejado atrás miles de kilómetros de territorio soviético abrasado [...] tal vez encontraran aquí a sus mujeres, a las que habían secuestrado y traído aquí a trabajar como esclavas...».

Después de esa intervención, la discusión pública se dio por zanjada de manera terminante: no había respuesta a ese argumento. Las palabras del oficial ruso recordaron a todos los presentes no solo la responsabilidad alemana en la guerra y el profundo deseo de venganza del Ejército Rojo, sino el poco sentido que tenía comentar o hacer algo al respecto^[38].

A eso siguió un silencio oficial. Sin embargo, el recuerdo de las violaciones masivas, del saqueo y la violencia no desaparecieron en Alemania, Hungría, Polonia, ni en ningún otro lugar. Tan solo se añadieron a «ese miedo y desconfianza con los que nos dirigimos a alguien que lleva

determinado uniforme», en palabras de la mujer que alzó la voz para hablar en Berlín; un miedo que se mantuvo hasta mucho tiempo después de que cesara la violencia^[39]. Con el tiempo, se hizo evidente que esa combinación curiosamente poderosa de emociones —miedo, vergüenza, ira, silencio— ayudó a sentar las bases psicológicas para la imposición de un nuevo régimen.

La violencia no fue la única causa de resentimiento. A los pocos años del término de la guerra, la Unión Soviética fomentaría la rápida industrialización de Europa del Este, pero entretanto Stalin quería compensaciones de guerra. En la práctica, esto supuso el desmantelamiento de la industria de toda la región, lo que en ocasiones tuvo consecuencias muy a largo plazo. Como las violaciones masivas, el saqueo masivo de las fábricas alemanas a menudo se interpreta como una forma de venganza más que cualquier otra cosa. Equipamiento y objetos que no podían ser de ninguna utilidad en la URSS, trozos de tuberías y maquinaria rota fueron robados junto a obras de arte, el contenido de propiedades privadas, incluso montones de documentos de archivo, tanto antiguos como modernos (los archivos del ducado de Liechtenstein, de la familia Rothschild, de los masones holandeses), que tan solo eran de utilidad a los especialistas rusos. Hombres cualesquiera, a los que reunían en la calle con ese propósito, eran obligados a empaquetar equipamiento industrial que requería un trato especializado, por lo que sin duda, muchos de esos artículos resultaron dañados.

A diferencia de los robos de relojes y bicicletas, esas compensaciones al por mayor se planearon cuidadosamente con mucha antelación, ya en 1943, si bien las autoridades soviéticas eran conscientes de las reacciones adversas que podían provocar. Justo cuando empezaba a cambiar el rumbo de la guerra, el director del Instituto Soviético de Economía y Política Mundiales, Eugene Vargas (un economista soviético de origen húngaro, también conocido por su nombre húngaro, Jëno Varga), escribió un artículo en el que anticipaba las compensaciones masivas y argumentaba que podrían «alienar a la clase trabajadora» de Alemania y de otros países si se llevaban a cabo de manera incorrecta. Vargas opinaba que los pagos en especie eran preferibles a los pagos en efectivo, los cuales tal vez implicaran a banqueros y capitalismo. También pensaba que los antiguos estados del Eje que adoptaran el comunismo de corte soviético deberían quedar eximidos de pagar cualquier clase de compensación^[40]. Vargas y el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Viacheslav Molótov, concluyeron que convenía proponer un sistema mixto de compensaciones: la confiscación de propiedades alemanas

fuera del país y una reforma agrícola radical en Alemania, así como el desmantelamiento de las empresas alemanas y su población activa (que podría ser trasladada a la URSS para realizar trabajos forzados) y la reducción del nivel de vida alemán hasta ajustarlo al soviético. Tales políticas se llevaron a cabo más adelante, más o menos como las describió Vargas, en la zona soviética de Alemania^[41].

El resto de los países aliados estaban al corriente de estos planes. Stalin los mencionó por primera vez en la Conferencia de Teherán, y en la Conferencia de Yalta la delegación soviética incluso propuso la desarticulación de Alemania —Renania y Baviera se convertirían en estados separados—, así como el desmantelamiento de las tres cuartas partes del equipamiento industrial alemán, del cual un 80 por ciento iría a la Unión Soviética. Se lanzó una cifra al aire —10 000 millones de dólares—, que, según Stalin, se «debía» a la URSS. Hubo una discusión moderada y Churchill señaló que las severas sanciones impuestas a Alemania tras la Primera Guerra Mundial no habían contribuido precisamente a establecer la paz en Europa. Sin embargo, Roosevelt decidió no discutir. Su propio secretario del Tesoro, Henry Morgenthau Jr., presionaba también en favor de la desarticulación y desindustrialización de Alemania, que él imaginaba que se convertiría en una sociedad puramente agrícola^[42]. El asunto tampoco se resolvió en Potsdam y los debates acerca de las compensaciones continuaron a lo largo de 1947, y aunque la URSS presentó una factura por el total de la destrucción causada por los nazis en la Unión Soviética —128 000 millones de dólares, para ser exactos—, jamás se firmó un tratado al respecto.

Al final tampoco importó demasiado, puesto que ninguna potencia aliada era capaz de influir sobre lo que el Ejército Rojo hacía en su zona de ocupación alemana, ni en ningún otro lugar. En marzo de 1945, una comisión soviética ya había confeccionado una lista de bienes alemanes, y llegado el verano, unos 70 000 «expertos» soviéticos ya habían empezado a supervisar su traslado^[43]. Según los datos del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, recogidos por Norman Naimark, 1 280 000 toneladas de «material» y 3 600 000 toneladas de «equipamiento» se habían sacado de Alemania del Este entre la invasión y principios de agosto^[44]. Es posible que estas cifras también fueran algo improvisadas, como los 128 000 millones de dólares de Stalin, aunque se sabe con certeza que de las 17 024 fábricas de tamaño mediano y grande identificadas por la URSS en su zona, más de 4500 fueron desmanteladas o desplazadas. Otras cincuenta o sesenta grandes empresas

permanecieron intactas, pero se convirtieron en soviéticas. Entre los años 1945 y 1947 desapareció entre una tercera parte y la mitad de la capacidad industrial de Alemania del Este^[45]. En un sentido muy real, ese fue el inicio de la división de Alemania. Si bien el resto de los aliados «reclutaron» a científicos y expertos alemanes, en la zona oriental de Alemania no se llevó a cabo ningún intento de traslado comparable. Tras las compensaciones soviéticas, las economías de las dos mitades de Alemania empezaron a divergir de inmediato.

Ni siquiera todas estas cifras cuentan la historia completa. Las fábricas podían contarse, pero no había forma de calcular la cantidad de efectivo, oro o incluso productos de alimentación que salieron de la zona oriental. Los burócratas alemanes de la zona soviética intentaron seguirles el rastro. En los archivos del Departamento de Compensaciones, unas sesenta y cinco tarjetas, con entre veinte y treinta entradas por tarjeta, conforman un registro parcial. Incluyen de todo, desde «68 barriles de pintura» hasta instrumentos y lentes geodésicas del taller de óptica Zeiss de Jena. Según esos registros, el Ejército Rojo confiscó incluso la comida de los animales del zoológico de Leipzig en octubre de 1945. Unas semanas después, el Ejército Rojo confiscó también los animales, que, al parecer, se llevaron a Rusia^[46].

Además de tener que entregar sus propiedades, algunas compañías se vieron obligadas a pagar los costes de transporte. Otros tuvieron que vender sus artículos muy por debajo de su precio: el propietario de una fábrica de alfombras de Babelsburg se quejó indignado de que tuvo que bajar los precios para el Ejército Rojo. Los agricultores también se quejaron de que les pidieron que vendieran sus productos a los rusos por debajo del precio del mercado, pues de lo contrario no les pagarían por lo que repartieran^[47]. En ocasiones, el desmantelamiento de las fábricas iba acompañado de la deportación de sus trabajadores, a quienes se metía en trenes y se les decía que obtendrían nuevos contratos laborales a su llegada a la URSS^[48]. Los propietarios de las fábricas (así como el guardián del zoológico de Leipzig) pidieron una compensación por los bienes que habían salido de Berlín, aunque sus peticiones fueron en vano. Los radioyentes escribieron cartas a la emisora Deutsche Rundfunk —uno de los pocos organismos oficiales alemanes visibles del momento— formulando las mismas preguntas: ¿cómo les resarciría la administración alemana por los bienes que les habían quitado los rusos? ¿Cuándo cobraría la gente que trabajaba para los rusos?^[49]

Las propiedades privadas también desaparecieron, a menudo aduciendo

que pertenecían a los nazis, fuera cierto o no. Los rusos embargaron casas en la ciudad, segundas residencias, apartamentos y castillos, y tras ellos lo hicieron también los comunistas alemanes, quienes necesitaban «oficinas centrales para el partido», residencias donde pasar las vacaciones y viviendas para su nuevo cuadro militar^[50]. Ningún vehículo privado estaba a salvo, como tampoco ningún mueble. Al parecer, el propio mariscal Zhukov amuebló elegantemente varios apartamentos de Moscú con sus trofeos personales.

En ocasiones, los trabajadores alemanes trabajaban duramente para salvar sus fábricas y a menudo pedían ayuda al partido comunista con la esperanza de que interviniera ante los rusos. Los líderes del partido de Sajonia escribieron a las autoridades del partido en 1945 para quejarse por el desmantelamiento de la única empresa que proporcionaba vidrio a escala industrial para las fábricas locales. «Si la desmantelan —declararon—, muchas otras compañías se verán afectadas.» La empresa dirigió sin éxito un llamamiento a los comandantes soviéticos de la zona, así como a los líderes locales y provinciales del partido, por lo que finalmente escribió al partido comunista en Berlín con la esperanza de que interviniera en su favor. El departamento de economía del Comité Central del partido recibía multitud de cartas de ese estilo en 1945 y 1946. En la mayoría de los casos, no era capaz de proporcionar ayuda^[51].

Si bien la cantidad de pagos realizados fue mayor allí, el pago de compensaciones no fue exclusivo de Alemania. Como antiguos aliados de los nazis, Hungría, Rumanía y Finlandia también tuvieron que pagar cuantiosas compensaciones en forma de petróleo, barcos, equipamiento industrial, comida y combustible^[52]. La contribución húngara tuvo que ser revisada continuamente, ya que la inflación galopante de Hungría dificultaba el cálculo de los precios de los artículos. Las estimaciones actuales descubren pagos (en dólares estadounidenses de 1938) de 300 millones a la URSS, 70 millones a Yugoslavia y 30 millones a Checoslovaquia. En otras palabras, las compensaciones abonadas desviaron un 17 por ciento del producto interior bruto húngaro en 1945-1946, y otro 10 por ciento en 1946-1947. En años posteriores, los pagos por compensaciones supusieron anualmente alrededor del 7 por ciento del PIB hasta que finalizaron en 1952^[53].

La ocupación soviética conllevó también otros costes. El solo hecho de tener que alimentar y alojar al Ejército Rojo supuso una carga enorme para los húngaros, quienes en el verano de 1945 se quejaron de que el coste ascendía

ya al 10 por ciento del presupuesto del gobierno y les había dejado «las tiendas de comestibles totalmente vacías». Los húngaros también alojaron y alimentaron a unos 1600 funcionarios aliados no militares —soviéticos, estadounidenses, británicos, franceses— cuya manutención también tuvo un coste nada desdeñable. Entre los gastos que los funcionarios británicos y estadounidenses presentaron a sus anfitriones húngaros estuvieron las facturas detalladas de «coches, caballos, clubes, vacaciones, casas, partidas de golf y pistas de tenis». Un puñado de facturas de floristerías provocó un gran escándalo en 1946, cuando los detalles de estos gastos aparecieron en el periódico del partido comunista, *Szabad Nép* («El pueblo libre»): miembros de las delegaciones británica y estadounidense enviaron una gran cantidad de flores a sus novias húngaras y esperaban que el gobierno húngaro pagara por ellas^[54].

La delegación soviética no se vio implicada en ningún escándalo similar porque los funcionarios soviéticos no presentaban facturas. Trataban cuanto les rodeaba como si fuera su botín, confiscaban comida, ropa, tesoros eclesiásticos y piezas de museo. Tenían por costumbre abrir las cajas fuertes de las oficinas y cajas de almacenamiento cerradas con llave para llevarse montones de moneda húngara, el pengó, que entonces carecía de valor. Un caso conocido fue el de una fábrica de bombillas angloestadounidense que los oficiales soviéticos dismantelaron pese a las protestas de los húngaros, y el contenido de la cual fue enviado a la URSS. Durante este período de compensaciones «salvajes», se desguarnecieron aproximadamente cien fábricas.

Aún más complicado fue el asunto de las propiedades alemanas en Hungría, que, según el Tratado de Potsdam, tenían que ser cedidas a la URSS. Aunque se elaboró una lista inicial —primero veinte grandes fábricas y minas, después cincuenta compañías más—, no fue fácil determinar lo que era o no era «alemán» en Hungría. En la práctica, se confiscaron compañías austríacas y checas, así como otras que tenían algunos accionistas alemanes, si bien no eran necesariamente mayoritarios. Las propiedades de los judíos que con anterioridad habían sido confiscadas por los alemanes fueron confiscadas también por los rusos. Los rusos argumentaron que tenían un derecho moral sobre esas propiedades, puesto que «esas compañías pertenecían a la maquinaria bélica alemana y cumplieron su objetivo de destruir la Unión Soviética^[55]». No fue hasta 1946, con la inflación descontrolada y la estabilidad económica del país amenazada, cuando las

peticiones de compensaciones a Hungría empezaron a disminuir y finalmente cesaron.

Sin embargo, los países del Eje no fueron los únicos que pagaron un alto precio por la ocupación. Aunque pocos lo sabían en ese momento, Polonia, haciendo caso omiso de los acuerdos internacionales, también tuvo que pagar compensaciones. Los archivos militares soviéticos contienen registros del desmantelamiento y el transporte, entre otras cosas, del contenido de una fábrica de tractores cercana a Poznan, de una fábrica metalúrgica en Bydgoszcz, y de una imprenta en Torun, todas ellas situadas en regiones de Polonia que no habían pertenecido a Alemania antes de la guerra. La justificación para esas confiscaciones —que se trataban de propiedad «alemana»— es sumamente discutible si se tiene en cuenta que gran parte de las propiedades «alemanas» en Polonia habían sido confiscadas (igual que en el caso de Hungría) con anterioridad a polacos o judíos^[56].

Gracias a los recientes descubrimientos obtenidos de archivos, ahora se sabe que la URSS también planeó cuidadosamente el desmantelamiento y traslado de propiedades «alemanas» de la Alta Silesia, que había formado parte de la Polonia de preguerra (Baja Silesia, que curiosamente se encuentra en el norte, había pertenecido al Reich alemán de preguerra). En febrero de 1945, Stalin ordenó una comisión que investigara y creara un inventario de las propiedades «ganadas» en la guerra, con la intención de llevárselas a la Unión Soviética. En marzo, la comisión ya había ordenado el desmantelamiento y traslado del contenido de una planta siderúrgica y una fábrica de tubos de acero, así como los hornos y las máquinas herramienta de otras fábricas de Gliwice y los alrededores, que formaban parte de la Polonia de preguerra. Una sola fábrica de acero de Ucrania recibió la carga de treinta y dos trenes —1591 vagones— llenos de equipamiento.

En los meses siguientes, el Ejército Rojo procedió a vaciar fábricas de lugares tan alejados de la frontera alemana como Rzeszów, en la parte sudeste de Polonia. Se desmantelaron varias centrales eléctricas, casi siempre sin el conocimiento de las autoridades polacas. Henryk Rózanski, el por entonces viceministro de Industria, recordó más adelante que los rusos se llevaron vías ferroviarias y trenes polacos: «Se inició una especie de juego que consistía en pintar y repintar los símbolos de los trenes; un juego que provocó un serio conflicto entre los trabajadores ferroviarios rusos y polacos». En una ocasión, Rózanski viajó a Katowice, donde la gente del lugar le dijo que el Ejército Rojo estaba llevándose el contenido de una fábrica de óxido de zinc. Rózanski

se presentó allí sin avisar y se encontró con maquinaria y hornos desperdigados sobre la nieve.

Se quejó a las autoridades soviéticas locales: al fin y al cabo, aquella era una fábrica polaca que se encontraba en un territorio que había pertenecido a Polonia antes de la guerra. Jamás había sido de propiedad alemana. Nunca había formado parte de ningún tratado de compensación. Sin embargo, sus quejas fueron desoídas. Puede que Polonia fuera un aliado, pero a ojos de los soviéticos seguía siendo un país enemigo^[57].

La entrada del Ejército Rojo en Europa del Este en 1944 y 1945 no estuvo planeada cuidadosamente, y nada de lo que vino a continuación —la violencia, los robos, las compensaciones, las violaciones— formaba parte de un plan a largo plazo. La presencia de la Unión Soviética en la región fue sin duda el efecto secundario de la invasión de la Unión Soviética por parte de Hitler, de las victorias del Ejército Rojo en Stalingrado y Kursk, y de la decisión de los aliados occidentales de no seguir avanzando hacia el este cuando tuvieron la ocasión. Sin embargo, es incorrecto suponer que los dirigentes de la Unión Soviética no habían contemplado una invasión militar de la región, o que se mostraron indiferentes ante tal oportunidad. Al contrario, ya habían intentado derrocar el orden político en Europa del Este, y en más de una ocasión.

Si bien los soldados del Ejército Rojo se quedaron impresionados por la relativa riqueza de Europa del Este, a los fundadores de la Unión Soviética no les habría sorprendido lo más mínimo, pues ellos conocían muy bien la región. Lenin vivió durante varios meses en Cracovia y en el campo polaco^[58]. Trotski pasó muchos años en Viena. Todos ellos seguían la política alemana muy de cerca, y todos consideraban la política de Alemania y de Europa del Este de vital importancia para su propia política.

Para entender el motivo, sirve de ayuda saber un poco de filosofía y un poco de historia, ya que los bolcheviques leyeron las obras de Lenin y Marx, no como se leen hoy en día, como textos incluidos en un curso universitario, o como una de las muchas teorías que existen sobre la historia, sino como un hecho científico. Contenida en la obra de Lenin (y desarrollada por Trotski), se encontraba una teoría muy clara e igualmente científica sobre las relaciones internacionales, que venía a sostener algo así: la Revolución rusa era la primera de muchas revoluciones comunistas; otras llegarían muy pronto, en Europa del Este, en Alemania, en Europa occidental, y después por todo el mundo. Y una vez que el mundo estuviera gobernado por regímenes

comunistas, podría realizarse la utopía comunista.

Seguro de este futuro halagüeño, el propio Lenin se refirió a las rebeliones que se avecinaban con convicción e incluso con insensata indiferencia: «Zinoviev, Bujarin y también yo pensamos que en Italia la revolución debería estimularse de inmediato —escribió en una nota a Stalin en julio de 1920—. Mi opinión personal es que, a este fin, Hungría debería sovieterizarse, y tal vez también Checoslovaquia y Rumanía. Tenemos que considerarlo detenidamente^[59]». Un año antes, se refirió al «desmoronamiento mundial de la democracia burguesa y el parlamentarismo burgués» como si fuera un hecho inminente^[60].

Los bolcheviques no tenían intención de sentarse a esperar que esas revoluciones tuvieran lugar. Como vanguardia revolucionaria, esperaban facilitar la agitación venidera mediante la propaganda, los subterfugios e incluso la guerra^[61]. En la primavera de 1919 habían establecido la Internacional Comunista, conocida popularmente como la Komintern, un organismo dedicado a derrocar los regímenes capitalistas, según las directrices leninistas, tal como se apunta en *¿Qué hacer?* (la furiosa denuncia que Lenin hizo de la democracia social y el pluralismo de izquierda, publicada en 1920^[62]). En la práctica, como ha escrito Richard Pipes, la Komintern constituyó una «declaración de guerra a todos los gobiernos existentes^[63]».

En el caos que siguió a la Primera Guerra Mundial en Europa, la posibilidad de que todos los gobiernos existentes llegaran a desmoronarse no parecía en absoluto descabellada. Durante los primeros años de inestabilidad, parecía incluso que las profecías de Marx hubieran de cumplirse primero en su país. El Tratado de Versalles y sus sanciones punitivas crearon un descontento inmediato en Alemania. Los camaradas alemanes, en ese momento miembros del partido comunista más numeroso y sofisticado del mundo, intentaron utilizar eso a su favor sin dilación. En 1919, los comunistas alemanes llevaron a cabo una serie de levantamientos en Berlín. Semanas más tarde, dos veteranos de la Revolución rusa ayudaron a liderar una rebelión en Munich que proclamó la efímera e improbable República Socialista Bávara. Lenin reaccionó con entusiasmo ante tales acontecimientos. Enviados oficiales soviéticos fueron destinados al Sóviet de Obreros de Bavaria, y llegaron allí justo antes de que se desmoronara.

Estas rebeliones en Alemania no fueron fruto de la casualidad. Un final igualmente caótico de la Primera Guerra Mundial conllevó un ascenso

igualmente efímero del poder comunista en Hungría, otro país que había sido severamente castigado por un acuerdo de posguerra por el cual perdieron dos tercios de su territorio. Al igual que los levantamientos alemanes, la breve revolución marxista en Hungría tuvo también profundas conexiones soviéticas. Su líder, Béla Kun, había participado activamente en la Revolución rusa, había fundado la primera delegación extranjera en el seno del partido comunista soviético e incluso había entablado amistad con Lenin y su familia. Kun se marchó a Budapest en 1919 a petición de Moscú. Su breve pero notable rebelión sangrienta imitó la revolución bolchevique en muchos aspectos. Entre otras cosas, los 133 días de la República Soviética Húngara conllevaron la aparición de matones con chaquetas de cuero que se hacían llamar «los chicos de Lenin», la transformación de la policía en la «Guardia Roja» y la nacionalización de escuelas y fábricas. Sin embargo, Kun resultó ser un dirigente político descuidado, igual que había sido un conspirador descuidado (una vez se dejó un maletín lleno de documentación secreta del partido en un taxi de Viena). La República Soviética Húngara terminó de manera deshonrosa, con la invasión por parte del ejército rumano y la fundación de un régimen autoritario dirigido por el almirante Miklós Horthy^[64].

De vuelta en Moscú, los bolcheviques consideraron tales contratiempos como algo temporal. Argumentaron que, por supuesto, las fuerzas reaccionarias se volverían más fuertes frente al poder creciente de la clase obrera. Por supuesto, los imperialistas y los capitalistas lucharían con uñas y dientes para salvarse de la destrucción. Según la sorprendentemente flexible teoría marxista-leninista, el creciente poder de la contrarrevolución tan solo reflejaba la fuerza de la marea revolucionaria. Cuanto mayor fuera la oposición, más probabilidades había de que el capitalismo finalmente fracasara. Tenía que ser así: Marx lo había anunciado. Zinoviev, el primer dirigente de la Komintern, estaba tan seguro de que esa ola revolucionaria estaba a punto de nacer que en 1919 predijo: «Dentro de un año ya habremos olvidado que Europa tuvo que luchar una guerra por el comunismo, porque dentro de un año toda Europa será comunista^[65]».

Lenin también estaba seguro. En enero de 1920, justo cuando la Guerra Civil rusa empezaba a tocar a su fin, aprobó un plan para atacar la Polonia «burguesa» y «capitalista». Aunque había razones políticas, históricas e imperiales para el conflicto —la nueva frontera entre Polonia y Rusia había convertido antiguas tierras zaristas en territorio polaco, y las tropas polacas ya

estaban luchando para conseguir más territorio de Ucrania—, el verdadero *casus belli* era ideológico. Lenin creía que la guerra llevaría a una revolución comunista en Polonia y, a la larga, a revoluciones comunistas en Alemania, Italia y en todas partes, de modo que ordenó la creación de un comité revolucionario polaco (PolRevKom), que habría de empezar a prepararse para hacerse con el poder en la Polonia soviética. Los delegados del Segundo Congreso de la Internacional Comunista en Moscú ese verano celebraron los informes diarios sobre las victorias bolcheviques, que se marcaban en un mapa colgado en la pared, junto a un trono Romanov desechado^[66]. En Londres, el por entonces secretario de Estado Winston Churchill predijo con actitud pesimista que «la nación polaca emergería como un anexo comunista del poder soviético^[67]».

Para la inmensa sorpresa de todos, la guerra terminó con la derrota decisiva de los bolcheviques. El momento crucial llegó en agosto de 1920 en la batalla de Varsovia, recordada aún por los polacos como «el Milagro en el Vístula». Los polacos no solo forzaron la retirada del Ejército Rojo, sino que capturaron a unos 95 000 soldados. El resto escaparon hacia el este en lo que enseguida se convirtió en una desbandada. El joven Stalin desempeñó un papel menor en ese fracaso: como comisario político del frente sudoeste, dificultó las comunicaciones durante el contraataque polaco. Sin duda alguna, durante toda su vida sintió rencor hacia los «señores polacos» y los «aristócratas blancos» que habían infligido un golpe tan duro al Ejército Rojo^[68].

Fue solo después de esa vergonzosa derrota cuando los bolcheviques concluyeron que aún no había llegado el momento adecuado para la revolución. Lenin observó con amargura que los obreros y campesinos polacos no se habían levantado contra sus explotadores, sino que «dejaron que nuestros valientes soldados murieran de hambre, les tendieron una emboscada y los golpearon hasta la muerte^[69]». Quedó para Stalin, el sucesor de Lenin, el deber de explicar esa derrota con una nueva interpretación de la teoría marxista. En 1924 anunció a bombo y platillo que entonces era posible conseguir «el socialismo en solo un país». Por muy banal que pueda sonarnos hoy en día, en la época supuso un cambio fundamental en el pensamiento revolucionario, así como el inicio de la ruptura de Stalin con su acérrimo rival internacionalista, León Trotski.

También marcó el comienzo de un cambio en las relaciones de la Unión Soviética con el mundo exterior. A raíz del anuncio de Stalin, los países

occidentales empezaron a expandir sus relaciones con Moscú. El Reino Unido garantizó reconocimiento diplomático a la URSS en 1924. Nueve años después, el nuevo presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt, también estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En parte, se dejó convencer por Walter Duranty, el corresponsal prosoviético en Moscú del que se supo que (de forma voluntaria) no informó sobre la terrible hambruna de Ucrania el año anterior. Duranty aseguró a Roosevelt que, como había escrito en *The New York Times*, «la palabra “bolchevique” ha perdido aquí gran parte de su antiguo misterio y terror^[70]». La URSS se estaba volviendo «normal»; y lo más relevante, parecía haberse asentado dentro de sus fronteras.

Sin embargo, la revolución internacional no se había abandonado. Tan solo se había pospuesto. Y en 1944, la Unión Soviética se estaba preparando para reanudarla.

Los comunistas

Quienquiera que te difame, querrá desacreditarnos, al Partido y a la clase obrera [...]

Aquellos que sean tan estúpidos y ciegos que no lo entiendan, serán víctimas del enemigo [...]

Tú te alzas en la cumbre de nuestro Partido.

Poema escrito en honor a Walter Ulbricht^[1]

Hubo un tiempo en que sus nombres aparecían en pancartas rojas y sus retratos se llevaban en las manifestaciones. Ninguna oficina gubernamental estaba completa sin sus fotografías colgadas de la pared. No podía celebrarse ninguna fiesta nacional sin ellos. Inspiraban sobrecogimiento y miedo. Incluso sus amigos más íntimos medían sus palabras cuando ellos entraban en una habitación. Sin embargo, en ninguno de sus respectivos países aquellos hombres a los que a veces se llamó «los pequeños Stalin» —Walter Ulbricht en Alemania del Este, Bolesław Bierut en Polonia, Mátyás Rákosi en Hungría — son admirados hoy en día. Ni siquiera en su momento de mayor influencia ostentaron un poder absoluto. Los cultos que se crearon alrededor de esas figuras fueron simples versiones descoloridas del culto que se creó alrededor del propio Stalin. Sus camaradas a menudo lo saludaban como «el gran genio, el continuador de la causa inmortal de Lenin», algo que nunca se dijo de los imitadores que Stalin tenía en Europa del Este^[2]. No obstante, ningún análisis de la Europa del Este de posguerra estaría completo sin un breve examen de los hombres cuyos nombres y rostros fueron alguna vez omnipresentes en sus respectivos países.

De los tres, probablemente Walter Ulbricht fuera el menos prometedor de joven. Hijo de un sastre humilde, Ulbricht abandonó pronto la escuela y se convirtió en ebanista. Se unió a la Asociación para la Enseñanza de Jóvenes Obreros, un club socialista de los que disuadían de beber y jugar a las cartas al tiempo que fomentaban los debates concienzudos y las salidas de domingo al campo. Los miembros del club solían atarse pañuelos rojos a los bastones y cantar canciones marxistas mientras caminaban por los senderos. Al parecer, esa temprana experiencia inculcó al futuro secretario general del partido

comunista una moralidad sexual puritana, casi fanática, y un profundo respeto por los libros largos y pesados^[3].

Como el resto de su generación, Ulbricht fue llamado a filas en 1915. Pero desertó en 1918 —detestaba «el ambiente militar» y se sintió profundamente impactado por la breve revolución obrera que presencié en Leipzig ese año. Sobre la misma época, descubrió el marxismo. Como escribe uno de sus biógrafos: «Ahí encontró una fórmula sencilla y convincente que le permitió categorizar y explicar todo lo que había aprendido, oído y visto. Ahí estaba “la verdad”: la verdad que las clases dirigentes se habían propuesto eliminar y ocultar a la gente^[4]».

Ulbricht mantendría esa fe tan clara y sencilla durante el resto de su vida. Cuando los juicios amañados de Moscú empezaron a finales de la década de 1930, él apoyó ardorosamente la persecución de los «espías trotskistas del fascismo nazi» por parte de Stalin. Jamás le importó el hecho de que muchos de sus camaradas alemanes terminaran en el Gulag, y tal vez no fuera un hecho fortuito. Ulbricht se benefició directamente de la detención de muchos comunistas destacados —hombres con más educación y experiencia—, ya que su desaparición facilitó su propio ascenso al poder. En 1938, tras una serie de detenciones especialmente salvajes, se convirtió en el representante alemán del partido comunista en la Komintern y se trasladó a Moscú.

Incluso después de la firma del pacto Hitler-Stalin en 1939, él mantuvo su apoyo a Stalin. Ese momento provocó una grave crisis entre los comunistas alemanes, la mayoría de los cuales eran declarados y fervientes antinazis. Ulbricht fue uno de los pocos que no titubeó. Aun después de que Stalin enviara a varios cientos de comunistas alemanes a campos de concentración hitlerianos a petición de Hitler, Ulbricht siguió haciendo campaña contra el antifascismo «primitivo», con lo que quería decir que el antifascismo no admitía matices como pactos con los fascistas. Tal vez fuera entonces cuando se ganó la confianza del dictador soviético.

Sin duda, no fue su carisma lo que le llevó a alzarse con el poder. Un oficial nazi que se encontró con él en un campo soviético recordó que si bien «hay comunistas capaces de comportarse bastante bien en compañía de oficiales [...] los apparatchiks del partido como Ulbricht, con sus rígidos monólogos “dialécticos”, son simplemente insoportables^[5]». Elfriede Brüning conoció a Ulbricht antes de la guerra en las reuniones del partido que sus padres organizaban en el local de detrás de su tienda. «Siempre tenía prisa y nunca mantuvo una conversación personal con nosotros —escribió en sus

memorias—. “Te entraba frío solo con mirarlo”, decía mi madre^[6].» Ulbricht no era capaz de mantener charlas triviales, y más adelante se dedicó a recitar monólogos sobre temas como «la felicidad de la juventud» (tal vez ligeramente más entretenidas que sus famosos largos discursos, que dedicaba a temas como «El cometido de los departamentos políticos de las estaciones de máquinas y tractores» y «El cometido de los miembros del sindicato en la construcción democrática de la economía», que posteriormente fueron publicados en extensos volúmenes^[7]). Sin embargo, como se sabía tácitamente que Ulbricht era el hombre de la URSS en Alemania, su autoridad no se puso en cuestión hasta la muerte de Stalin.

Con el transcurso de los años, Ulbricht correspondió a la confianza que los dirigentes soviéticos habían depositado en él. Durante el primer período de la ocupación soviética de Alemania, Ulbricht no toleró ninguna discusión acerca de las violaciones y los saqueos por parte del Ejército Rojo. Según uno de sus colegas, «la carga de trabajo de Ulbricht sorprendía incluso a sus enemigos. No dejábamos de preguntarnos: “¿Cómo puede Ulbricht ocuparse de todo?”. Doce o catorce, a veces dieciséis horas al día...». Sin embargo, poco a poco empezaron a darse cuenta de que «no era tan impresionante», puesto que «al parecer, recibía directrices generales por parte de los soviéticos; y su habilidad consistía en aplicar tales instrucciones a áreas específicas^[8]». Hacia el final de su vida, llegó a imitar a Stalin incluso en su estilo personal, y sus fiestas de cumpleaños se celebraban con pompa, solemnidad y poemas dedicados a su gloria. Si la imitación es la forma más sincera de halago, entonces Ulbricht fue un gran halagador.

Comparado con Ulbricht, Bolesław Bierut fue un personaje mucho más turbio; tan opaco que ni siquiera su lugar de nacimiento se conoce con certeza. Es probable que procediera de la parte oriental de Polonia, una región que formó parte del Imperio ruso hasta 1917, y al parecer asistió a una escuela de habla rusa. Al igual que los padres de Stalin, los de Bierut deseaban que su hijo se convirtiera en sacerdote. Sin embargo, después de participar en las huelgas que estallaron por todo el Imperio ruso en 1905, fue expulsado de la escuela y tuvo que empezar a trabajar. Algunas fuentes apuntan a que es posible que perteneciera a la masonería, pero otras lo niegan. En lo que todas están de acuerdo es en que se afilió al partido en un momento muy temprano, y en que asistió a la Escuela Lenin de la Komintern en Moscú durante la década de 1920. No ocupó una posición destacada en el partido comunista polaco antes de la guerra, y apenas era conocido en su propio país. Así, como

Ulbricht, se convirtió en un agente de confianza de la Komintern y viajó en representación del partido comunista soviético por Austria, Checoslovaquia y Bulgaria. En un momento determinado llegó incluso a convertirse en miembro dirigente del partido comunista búlgaro. Su trabajo en Sofía, como en cualquier otro lugar, consistió supuestamente en asegurarse de que los dirigentes comunistas locales acataban la disciplina estalinista. De que era un agente pagado prosoviético, no cabe la menor duda^[9].

Sin embargo, el auténtico misterio acerca de Bierut tiene que ver con sus actividades durante la Segunda Guerra Mundial. Se sabe que estuvo en Varsovia en 1939, que huyó a la URSS tras la invasión alemana y que vivió en Kiev hasta mayo de 1941. Ese era un lugar poco habitual para un comunista polaco en esa época: la mayoría de ellos se habían trasladado a las regiones recientemente soviéticas de Ucrania occidental y Bielorrusia occidental, donde recibían importantes cargos políticos o culturales, o bien a otras zonas de la URSS. Después de 1941, los hechos se vuelven aún más oscuros. Una biografía confidencial de Bierut reunida por el departamento internacional del partido comunista soviético en 1944 sostiene que desde el momento en que Hitler invadió la URSS, «se carece de información acerca de Bierut^[10]». Un comunista polaco que lo conoció en Varsovia durante la guerra también recordó que «no sabía nada de su pasado. Tan solo apareció allí^[11]».

Es probable que Bierut se encontrara en Białystok cuando Hitler inició la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, y es probable que de allí viajara a Minsk. Sin embargo, a partir de entonces se le pierde la pista. Tuvo una novia y un hijo en Minsk, después de haber abandonado a su mujer y a sus hijos tiempo atrás, como hicieron tantos otros revolucionarios. También trabajó para el gobierno municipal nazi, donde probablemente —aunque no forzosamente— fuera un agente soviético. Los rumores sobre el hecho de que Bierut había colaborado con la Gestapo, e incluso de que pasó parte de la guerra en Berlín, hace mucho tiempo que circulan^[12]. Igual que las teorías de que Bierut fue tan solo un simple empleado del NKVD soviético, la policía secreta, desde el principio al final de su carrera^[13].

Tal vez ambas creencias sean ciertas: es posible que Bierut cambiara de bando unas cuantas veces. Es sabido que Stalin era partidario de ascender a quienes tenían un grave defecto de carácter o guardaban algún secreto, supuestamente porque le gustaba disponer de todos los medios posibles para controlar a sus subordinados. Y como Stalin tenía poca fe en los comunistas polacos en general, es probable que prefiriera a un posible colaborador como

Bierut a un verdadero creyente como Ulbricht. Cualquiera puede perder la fe en el comunismo, pero el chantaje es para siempre.

Fuera cual fuese la razón, Bierut mantuvo relaciones inusualmente buenas con los dirigentes soviéticos, así como contactos que no eran necesariamente evidentes o no estaban al alcance de otros. Desde el punto de vista soviético, podían estar seguros de la sumisión de Bierut. El estadista británico Anthony Eden presenció un encuentro entre Bierut y Stalin y describió al comunista polaco como «servil». Władysław Gomułka —el rival de partido más importante de Bierut— sostiene haber visto a Stalin gritando a Bierut «¡Qué clase de putos comunistas sois vosotros!», o palabras similares, en octubre de 1944, cuando al parecer Bierut se atrevió a sugerir que un ataque generalizado a la resistencia polaca antinazi tal vez fuera una buena idea. Algunos comunistas polacos querían incluso actuar conjuntamente con los partisanos polacos no comunistas, pero a Stalin no le gustó en absoluto la idea y, por consiguiente, tampoco le gustó a Bierut, quien acató las órdenes de Stalin acerca de la eliminación de la resistencia en tiempo de guerra, así como su petición de una purga interna en el partido en 1949, de la eliminación del cuerpo de oficiales polacos y de la imposición del realismo socialista sobre artistas y arquitectos polacos. En realidad, no hay prueba alguna de que Bierut contradijera a Stalin en algún asunto.

Mátyás Rákosi, el tercer «pequeño Stalin», comenzó de manera bastante distinta a sus homólogos. Ulbricht fue un obrero, Bierut fue (probablemente) un campesino, pero Rákosi fue el hijo de un comerciante judío de poca monta. También recibió una educación relativamente buena. Nacido en un municipio de habla húngara de lo que ahora es Serbia, fue el cuarto hijo de una familia de doce, según su autobiografía. Su padre se arruinó cuando él tenía seis años y la familia se trasladó varias veces a partir de ese momento. Objeto de burla por parte de sus compañeros de escuela por ser pobre, el joven Rákosi se sintió atraído por la izquierda radical desde su infancia. Durante la adolescencia, el director de la escuela a la que asistía le prohibió pronunciar discursos políticos. Rákosi se enorgullecía de sus «espantosos modales». Utilizaba expresiones deliberadamente groseras para ofender a la gente, en particular si creía que pertenecían a la clase alta^[14].

Tras un breve período de servicio militar y un par de años como preso político en Rusia, en 1918 Rákosi ayudó a fundar el partido comunista húngaro. En 1919 era uno de los líderes de la efímera República Soviética Húngara. De algún modo, durante los tres meses de vida de ese régimen, se

convirtió en comandante en jefe de la Guardia Roja, comisario de productividad y vicecomisario de comercio. Después del fracaso de la República Soviética Húngara, emigró a Austria y posteriormente a Moscú, donde en 1921 mantuvo un breve encuentro con Lenin. Más adelante, ese acontecimiento se transformaría en el mito de que Rákosi fue «amigo y colaborador» de Lenin^[15].

Al igual que Bierut y Ulbricht, Rákosi colaboró estrechamente con la Komintern durante la década de 1920 y viajó por toda Europa en representación de la organización y de la policía secreta soviética. En 1924 —descubriendo un sentido del humor que rara vez exhibía— regresó a Budapest disfrazado de mercader de Venecia. Allí ayudó a reorganizar el partido comunista, prohibido desde su desastroso período en el poder en 1919. Tras su detención en 1925, se convirtió en el centro de atención en un célebre juicio que recibió mucha publicidad. Pese a la campaña internacional que se llevó a cabo en favor de su liberación, Rákosi pasó los siguientes quince años en la cárcel, donde aprendió ruso y enseñó marxismo a otros reclusos.

Finalmente, obtuvo permiso para viajar a la Unión Soviética en 1940, cuando tras el pacto Hitler-Stalin, el régimen autoritario húngaro permitió que algunos presos comunistas viajaran a la URSS. Allí lo recibieron como a un héroe e incluso apareció junto a Stalin en la celebración de ese año de la Gran Revolución de Octubre. Muy pronto se convirtió en uno de los directores de la Radio Kossuth, que ya estaba emitiendo propaganda comunista en Hungría, y reanudó una estrecha relación con los dirigentes de la Komintern^[16]. Totalmente cómodo e integrado en la URSS, llegó incluso a casarse con una fiscal soviética, una mujer yakuto cuyo primer marido había sido oficial del Ejército Rojo^[17].

La carrera de Rákosi como el «pequeño Stalin» de Hungría se asemeja a la de sus colegas dictadores en otro sentido. Rákosi descubrió pronto que la única manera de seguir adelante y mantenerse en lo alto era acatando servilmente las órdenes de Stalin. Durante el período de posguerra, el partido comunista húngaro no tomó ninguna decisión importante sin la aprobación soviética, como Rákosi no tuvo reparos en admitir. En sus memorias se sinceró al escribir, por ejemplo, que Stalin le había pedido que se mantuviera al margen de las negociaciones que constituyeron el primer gobierno de posguerra en 1945, argumentando que Rákosi estaba demasiado vinculado al gobierno de 1919 —en otras palabras, era «demasiado» comunista— y también porque era judío, hecho que sus adversarios políticos podrían utilizar

contra él. Rákosi no rebatió ningún punto^[18].

Sin lugar a dudas, estos tres hombres fueron muy distintos en carácter y en estilo personal. Rákosi, expresivo y parlanchín, había sido una figura pública conocida —aunque no demasiado querida— en su país durante muchos años. Bierut era un absoluto desconocido para la mayoría de los polacos, incluidos la mayoría de los comunistas polacos. Ulbricht era un rostro conocido, aunque no demasiado popular dentro del partido comunista alemán, y no era muy conocido fuera de él.

Sin embargo, tal como revelan sus biografías, los tres tenían algunas cosas en común. Todos habían colaborado estrechamente con la Komintern. Todos habían sobrevivido a la guerra, ya fuera huyendo a Moscú o con la ayuda de Moscú. En la jerga que más adelante se volvió popular, todos fueron «comunistas de Moscú», es decir, comunistas de formación soviética, distintos de los comunistas que habían forjado sus carreras en sus propios países, o de los comunistas que habían pasado la guerra en Europa occidental o Norteamérica. Desde el punto de vista soviético, los dos últimos grupos eran menos de fiar: era probable que hubieran adoptado opiniones sospechosas o establecido contactos de poca confianza durante los años pasados fuera de la URSS.

Los «comunistas de Moscú» desempeñarían un papel fundamental en la formación de los primeros gobiernos de posguerra por toda Europa. Klement Gottwald, el «pequeño Stalin» checoslovaco, había sido un dirigente de la Komintern, igual que Josip Tito, el dirigente partisano yugoslavo que se convirtió en el dictador de Yugoslavia. Georgi Dimitrov, el «pequeño Stalin» de Bulgaria, fue un dirigente de la Komintern durante casi una década. Tanto Maurice Thorez, el líder del partido comunista francés durante y después de la guerra, como Palmiro Togliatti, quien desempeñó las mismas funciones en Italia, fueron también «comunistas de Moscú». Ambos estaban muy vinculados a los asuntos de la Komintern y, si se hubiera presentado la ocasión, habrían sido las marionetas designadas por Stalin en Europa occidental. Hubo una o dos excepciones: el partido comunista rumano de posguerra estuvo dirigido por Gheorghe Gheorghiu-Dej, un «comunista local» que, sin embargo, siempre se mostró dispuesto a hacer lo necesario para demostrar su lealtad a Stalin.

Si bien eran sus nombres y sus rostros los que aparecían de manera destacada en las pancartas y los carteles de la época, la mayoría de los pequeños Stalin estuvieron rodeados de otros comunistas de Moscú que

reafirmaron sus opiniones y velaron por ellos en beneficio de Moscú. Los dos adláteres más destacados de Bierut, Jakub Berman y Hilary Minc —el primero encargado de ideología y propaganda, el segundo al mando de economía—, terminarían por alinearse en contra de los comunistas de «Varsovia» o «nacionales», como Gomułka. En Hungría, Rákosi también encabezó una troika de comunistas de Moscú. Los otros dos miembros eran József Révai y Ernó Geró, también encargados de ideología y economía, respectivamente. Mihály Farkas, ministro de Defensa entre 1948 y 1953, fue otro compañero destacado. A la larga, también todos ellos se volvieron en contra de los comunistas «de Budapest».

En Alemania, el colega más importante de Ulbricht, Wilhelm Pieck, tenía un largo historial en la Komintern, ya que había sido secretario general de la organización entre 1938 y 1943. Desde los primeros días de la ocupación soviética, los comunistas alemanes que regresaron pronto a Berlín, en aviones salidos de Moscú o en compañía de tropas del Ejército Rojo, siempre tuvieron un estatus superior al de los comunistas alemanes que se refugiaron en Francia (donde muchos fueron acosados por las autoridades francesas), Marruecos (merodean al fondo de las imágenes de la película *Casablanca*), Suecia (donde Brecht vivió durante una temporada), México (en aquella época muy cordial con los comunistas) y Estados Unidos. Los dirigentes soviéticos los consideraban más dignos de confianza que a los comunistas alemanes que se habían quedado en Alemania para luchar contra los nazis. Ni siquiera los alemanes que habían sufrido como presos políticos en los campos de concentración de Hitler gozaron jamás de la confianza de las autoridades de ocupación soviéticas. Parecía que el mero hecho de haber estado en la Alemania nazi los hubiera hecho perder valor a ojos de los soviéticos.

Por toda Europa del Este, los comunistas de Moscú estaban unidos, no solo por una ideología común, sino por un compromiso común hacia el objetivo a largo plazo de la Komintern de una revolución a escala mundial, a la que seguiría una dictadura del proletariado internacional. Aunque la declaración de Stalin de «socialismo en solo un país» había puesto fin a la guerra abierta entre la Unión Soviética y Europa occidental, no le impidió a él ni a sus servicios secretos tramar un cambio violento, si bien utilizando espías y subterfugios en lugar del Ejército Rojo. De hecho, la década de 1930 —la «década baja y deshonest» de W. H. Auden— fue un período de trapicheos sumamente creativos para la política exterior soviética. En el Reino Unido, los agentes soviéticos reclutaron a Guy Burgess, Kim Philby, Donald Maclean, Anthony Blunt y (probablemente) a John Cairncross, el grupo

tristemente llamado los Cinco de Cambridge. En Estados Unidos reclutaron a Alger Hiss, Harry Dexter White y Whittaker Chambers.

En por lo menos un sentido, estos agentes angloestadounidenses tenían algo en común con los comunistas moscovitas de Europa del Este: todos ellos estaban dispuestos y ansiosos por trabajar con el NKVD. Como lo estaban también la mayoría de los comunistas europeos de la época. En eso no fueron ninguna excepción. Si bien al volver la vista atrás percibimos que su vinculación con la policía secreta soviética empañó la imagen de los partidos comunistas estadounidense y europeos, en ese momento no preocupó a los líderes de esos partidos. En términos generales, aquellos en Occidente que creían en la conveniencia de una revolución mundial también pensaban que esa revolución sería liderada por el partido comunista soviético y, por lo tanto, facilitada por la policía secreta soviética. Incluso el partido comunista de Estados Unidos aceptó dinero de la URSS, en ocasiones a través de la Komintern^[19]. Muchos intelectuales de izquierda de la época se reunían a sabiendas con agentes del NKVD de manera frecuente, casi sistemática^[20]. No había nada deshonesto, como sí lo habría en años posteriores, en aceptar el «Oro de Moscú» o en hacer algún que otro favor a los agentes secretos del NKVD, que más adelante se convertiría en el KGB. Para quienes estaban totalmente entregados a la causa, los objetivos de la URSS, de la Komintern, de los espías de la URSS y de sus propios partidos comunistas nacionales les habrían parecido del todo intercambiables.

Los hombres y las mujeres que se convertirían en los líderes de la Europa del Este de posguerra estaban unidos no solo por la ideología del movimiento comunista internacional, sino también por su cultura peculiar y sus estructuras rígidas. Fueran cuales fuesen sus orígenes nacionales, en la década de 1940 la mayoría de los partidos comunistas europeos habían copiado ya la organización estrictamente jerárquica y la nomenclatura bolcheviques. Todos ellos estaban dirigidos por una secretaría general y un organismo dirigente llamado «departamento político» o Politburó. El Politburó controlaba a su vez el Comité Central, un grupo más numeroso de apparatchiks, muchos de los cuales terminarían especializándose en determinados asuntos. El Comité Central supervisaba los comités regionales, que a su vez supervisaban las células locales del partido. Todos los de abajo informaban a los de arriba, y todos los de arriba, en teoría, sabían lo que estaba sucediendo abajo.

Quienes vivían en la URSS eran especialmente sensibles a las normas de tal jerarquía. Para los que estaban a su favor, las recompensas eran generosas.

Los exiliados políticos —*polit-emigrants* en la jerga bolchevique— durante las décadas de 1920 y 1930 habían sido una «casta privilegiada»:

Vivíamos en nuestro propio mundo, sujetos de un Estado dentro de un Estado. Recibíamos alojamiento gratuito en los hoteles, generosas pagas mensuales y ropa también gratis. Hablábamos en conferencias en clubes de fábricas y escuelas, después de las cuales nos ofrecían un banquete. Había fiestas y divertimentos gratuitos. Aquellos *polit-emigrants* que estaban enfermos como resultado de sus sufrimientos en prisiones fascistas y capitalistas eran enviados a hospitales exclusivos y a sanatorios en el mar Negro. Y cuando regresaban, gracias a su estatus especial y privilegiado, las muchachas rusas revoloteaban alrededor del *polit-emigrant* por motivos materiales^[21].

Los comunistas extranjeros de más alto rango —altos oficiales de la Komintern, líderes de partidos comunistas locales— se alojaban en el perfectamente equipado hotel Lux, cercano al Kremlin. Sus hijos iban a escuelas especiales. Markus Wolf, más adelante el jefe de espías más famoso de Alemania del Este, y Wolfgang Leonhard, más adelante su más notable desertor, asistieron al mismo instituto de Moscú para hijos de comunistas alemanes. Los que tenían un estatus ligeramente inferior conseguían empleos en periódicos en otras lenguas, o en el Socorro Rojo Internacional, que contribuía con campañas de apoyo a los comunistas encarcelados en prisiones occidentales. Otros trabajaban en centrales y fábricas desperdigadas por todo el país.

Aun ocupando posiciones de altísimo nivel, e incluso estando bien considerados, esos extranjeros privilegiados dependían por completo de la buena voluntad de sus anfitriones soviéticos, y de los caprichos de Stalin en particular. El diario de Dimitrov, el dirigente búlgaro de la Komintern, ilustra esta enorme dependencia con una reiteración casi cómica. Durante más de una década, hizo constar con pedantería cada uno de los encuentros y conversaciones que mantenía con Stalin, incluido el momento en que llamó a Stalin y el generalísimo colgó el auricular en cuanto reconoció la voz de Dimitrov^[22].

Como otros, Dimitrov era consciente de que su posición privilegiada tal vez no durara demasiado, y para algunos no duró. A finales de la década de 1930, cuando Stalin centró sus purgas en los altos cargos del partido comunista soviético, los comunistas «internacionales» en Moscú también sufrieron. En el punto álgido de paranoia por parte del NKVD, los extranjeros de la Unión Soviética se convirtieron en los objetivos más directos. El partido comunista polaco, en el que Stalin nunca había confiado realmente (había nombrado a un agente del NKVD para que se ocupara de sus asuntos en Moscú), estaba aplastado casi por completo. Al menos treinta de los treinta y

siete miembros del Comité Central del partido fueron detenidos en Moscú, y la mayoría de ellos fueron asesinados o murieron en el Gulag. El propio partido se disolvió aduciendo que estaba «saturado de espías y elementos provocadores^[23]».

Muchos otros destacados comunistas extranjeros fueron detenidos también en Moscú, entre ellas la madre de Leonhard, y todos temían ser el siguiente. En su autobiografía, cuidadosamente revisada, Markus Wolf escribió que sus padres estaban «angustiados» por las detenciones: «Cuando una noche llamaron inesperadamente a la puerta, mi padre, un hombre por lo general tranquilo, se levantó de un salto y soltó una violenta maldición. Cuando descubrió que el visitante era un vecino que había ido a pedirles algo, recuperó el *savoir-faire*, pero las manos siguieron temblándole durante por lo menos media hora^[24]». En los hoteles y residencias donde se alojaban los extranjeros, las detenciones se produjeron por oleadas: hubo una «noche polaca», una «noche alemana», una «noche italiana», y así sucesivamente. Tras estas, los pasillos del hotel Lux adquirieron una atmósfera «asfixiante», en palabras de la comunista alemana Margarete Buber-Neumann. «Antiguos amigos de acción política no se atrevían a visitarse los unos a los otros. Nadie podía entrar ni salir del Lux sin un pase especial, y se tomaba buena nota del nombre y los detalles de quienes lo hacían. Todos los teléfonos del hotel estaban controlados por la policía secreta desde la centralita, y oíamos regularmente el revelador “clic” cuando encendían el mecanismo de control...^[25]» Buber-Neumann fue detenida y enviada al Gulag en 1938, un año después de que su marido fuera detenido y ejecutado.

Si bien dentro de la Unión Soviética su existencia era precaria, lo cierto es que, durante la década de 1930 los comunistas comprometidos no estaban necesariamente más a salvo en sus respectivos países. Durante el período de preguerra, las autoridades locales solían percibir a los comunistas europeos como claros agentes de una potencia extranjera (y, por supuesto, algunos lo eran). Tras la invasión bolchevique de Polonia en 1920, el partido comunista polaco fue prohibido y muchos comunistas polacos pasaron largos períodos en prisiones polacas: una auténtica suerte, aunque en ese momento no lo supieran, ya que se encontraban a salvo de Stalin. Lo mismo sucedió en Hungría, donde el régimen autoritario de entreguerras dirigido por el almirante Miklós Horthy persiguió al partido comunista por sus vínculos con agentes soviéticos, por el recuerdo del golpe comunista fracasado de 1918 y por las desastrosas políticas de la breve dictadura de Béla Kun. En la

resistencia ilegal, los comunistas húngaros escaparon a la ley y desarrollaron lo que un veterano definió como «una organización jerárquica, severa y dura», que toleraba muy poca democracia o discrepancia interna. Además, «esa clase de organización se idealizaba y admiraba^[26]».

Por el contrario, el partido comunista alemán fue una fuerza poderosa y legal en Alemania después de 1918, y en su momento de mayor influencia logró alcanzar casi el 10 por ciento del voto nacional. Después de que Hitler ascendiera al poder en 1933, los comunistas alemanes fueron detenidos, expropiados y perseguidos como en cualquier otro lugar. Muchos pasaron la guerra en campos de concentración y muchos no sobrevivieron. Ernst Thälmann, el carismático líder del partido, fue detenido en 1933 y asesinado en el campo de Buchenwald en agosto de 1944. Si hubiera sobrevivido, sin duda los «comunistas de Moscú» habrían desconfiado de él. En 1941, Stalin le dijo a Dimitrov que Thälmann «se está sintiendo atraído por todos los bandos [...] sus cartas muestran la influencia de la ideología fascista», juicio que no evitó que Thälmann se convirtiera en uno de los héroes-mártires de la Alemania del Este de posguerra^[27].

Pese a estos obstáculos, el movimiento comunista internacional floreció en gran parte de Europa durante la década de 1930, y fue en ese período cuando los intelectuales de Europa del Este comenzaron a unirse al partido en mayor número, lo que se debió en gran parte a la falta de otras opciones. Para cualquiera que viviera en Europa del Este, la mitad occidental del continente resultaba atractiva. Estaban horrorizados por la ascensión al poder de Hitler y Mussolini, y por la incapacidad de sus propios líderes de hacer frente a cualquiera de ellos. Les repelía la debilidad y la estrechez de miras de Inglaterra y Francia, ambas naciones económicamente deprimidas y ambas gobernadas en aquel momento por hombres que estaban a favor de aplacar el fascismo. Después de 1933, la Komintern también había estado presionando a los partidos comunistas legales para que entraran a formar parte de «frentes populares», movimientos que unirían a los comunistas, socialdemócratas y otros izquierdistas contra los movimientos de derecha que estaban alcanzando el poder por toda Europa y que parecían tener éxito. Una coalición de Frente Popular gobernó Francia de 1936 a 1938, y otro Frente Popular se presentó a las elecciones de 1936 en España. Estas dos coaliciones, al igual que sus equivalentes en Europa del Este, contaban con el respaldo de la URSS.

Al mismo tiempo, fueron muchos los que terminaron desilusionados por su política nacional, tradiciones nacionales y literatura nacional. La

historiadora Marci Shore ha analizado la evolución de algunos poetas polacos desde la vanguardia artística a la izquierda política, o más bien desde las afirmaciones «Dios ha muerto» o «El realismo está acabado» a la creencia de que el comunismo soviético llenaría el vacío resultante. En 1929, el poeta Julian Tuwim —con anterioridad miembro de la centro-izquierda patriótica— se sintió profundamente desilusionado por el modo en que el patriotismo estaba siendo explotado en beneficio de la élite gobernante. Así pues, exhortó a sus compatriotas:

Tirad las armas al suelo.

El petróleo es suyo, la sangre es vuestra.

Id de capital en capital,

y quejaos a gritos:

«Señores de la nobleza, no nos engañan».

No se trataba de un *cri de coeur* marxista: Tuwim pretendía que su poema fuera una afirmación del pacifismo. Sin embargo, iba en esa dirección, y eso ayuda a explicar la razón por la que Tuwim colaboraría, hasta cierto punto, con el régimen comunista después de la guerra^[28]. Wanda Wasilewska, una de las dirigentes comunistas polacas durante la guerra, experimentó una evolución similar sobre la misma época. Su padre había sido ministro durante uno de los gobiernos polacos de entreguerras, y siendo muy joven, Wanda empezó a participar activamente en grupos socialistas mayoritarios. Fue más adelante, después de que la tambaleante democracia de Polonia se hundiera y diera lugar a una dictadura de poca monta, cuando se volvió una auténtica radical. Decepcionada con el fracaso de la política democrática centrista, participó con entusiasmo en una huelga de maestros, perdió su trabajo y se unió al movimiento^[29].

La descripción que Shore hace de este entorno se centra en Polonia, pero la misma evolución puede observarse en muchos otros países europeos, tanto orientales como occidentales. La decepción por el fracaso del capitalismo y la democracia empujó a muchos europeos a la extrema izquierda en la década de 1930. Muchos llegaron a sentir que sus opciones se limitaban a Hitler por un lado, y al marxismo, por el otro: una polarización que estuvo fomentada y alentada por parte de seguidores de ambos bandos. El comunismo alcanzó incluso cierto grado de distinción vanguardista entre los nihilistas, existencialistas o intelectuales alienados de cualquier otra clase. La figura

intelectual más sobresaliente de la época, Jean-Paul Sartre, fue un entusiasta simpatizante del partido. Ni siquiera él logró obligarse a profundizar demasiado en la brutalidad del régimen soviético. «Igual que usted, encuentro intolerable la existencia de esos campos —le dijo a Albert Camus hablando del Gulag soviético—. Pero igualmente intolerable encuentro el uso que la prensa burguesa hace de ellos a diario^[30].»

Hasta 1939, no resultaba muy difícil que cualquier antifascista comprometido y vagamente izquierdista apoyara a la Unión Soviética sin necesidad de pensar demasiado en ello. Sin embargo, ese año la política exterior soviética volvió a cambiar —radicalmente—, lo que hizo mucho más difícil simpatizar de manera irreflexiva con el partido. En agosto, Stalin firmó su pacto de no agresión con Hitler. Como se menciona en la introducción, los protocolos secretos de ese pacto dividieron Europa del Este entre los dos dictadores. Stalin se quedó con los estados bálticos y el este de Polonia, así como con la parte norte de Rumanía (Besarabia y Bucovina). Hitler recibió la parte oeste de Polonia y se le concedió permiso para ejercer su influencia en Hungría, Rumanía y Austria sin objeción por parte soviética. A raíz de ese pacto, Hitler invadió Polonia el 1 de septiembre de 1939, y Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Alemania. Menos de tres semanas después, el 17 de septiembre de 1939, Stalin invadió también Polonia. La Wehrmacht y el Ejército Rojo se encontraron frente a frente cada uno en su nueva frontera, se dieron la mano y convinieron coexistir en paz. De la noche a la mañana, los partidos comunistas de todo el mundo recibieron la orden de atenuar sus críticas al fascismo. Hitler no era exactamente un aliado, pero tampoco tenía que ser un enemigo. Así pues, los camaradas considerarían que se trataba de una guerra «entre dos grupos de países capitalistas» que están «haciendo la guerra por sus propios intereses imperialistas». Los frentes populares, que solo habían «servido para mejorar la situación de los esclavos bajo un régimen capitalista», debían abandonarse por completo.

Este cambio táctico supuso un duro golpe a la solidaridad comunista. El partido comunista alemán era implacablemente antifascista, y muchos de sus miembros no podían aceptar la idea de llegar al más mínimo acuerdo con Hitler. El partido comunista polaco estaba escindido entre quienes se alegraban de la invasión soviética del este de Polonia —un cambio que había creado empleo y oportunidades para mucha gente— y quienes se horrorizaban de que su país hubiera dejado de existir. En el resto de Europa muchos comunistas se sentían sumamente desconcertados por el nuevo lenguaje que se suponía que debían adoptar en respuesta a esos acontecimientos. La propia

Komintern vacilaba sobre su declaración, y redactó y volvió a redactar el borrador de sus nuevas «tesis» tantas veces que un miembro del Politburó se quejó mordazmente argumentando que «¡a estas horas el camarada Stalin ya habría escrito un libro entero!^[31]». En Moscú se llevaban a cabo grandes esfuerzos para mantener la moral. Hay indicios de que en febrero de 1941 Ulbricht celebró una reunión del partido comunista alemán en el hotel Lux de Moscú, donde animó al público al predecir, entre otras cosas, que la guerra terminaría con una oleada de revoluciones leninistas. El cometido de los comunistas alemanes en Moscú, les dijo, era prepararse para esa posibilidad^[32].

Sin embargo, la Unión Soviética y la Alemania nazi fueron, durante veintidós meses, auténticos aliados. La URSS vendía petróleo y grano a Alemania, y Alemania vendía armas a la URSS. La Unión Soviética ofreció a los alemanes la utilización de una base submarina en Múrmansk. El pacto Hitler-Stalin resultó incluso en un intercambio de prisioneros. En 1940 sacaron a varios cientos de comunistas alemanes de los campos del Gulag donde habían estado internados y los llevaron a la frontera. Margarete Buber-Neumann fue uno de ellos. En la frontera, escribió la mujer, aquellos curtidos comunistas alemanes intentaron congraciarse con sus viejos enemigos: «Los hombres de las SS y la Gestapo levantaron los brazos haciendo el saludo de Hitler y empezaron a cantar “*Deutschland, Deutschland über Alles*”. Vacilantes, nuestros hombres hicieron lo mismo, pero hubo algunos que no levantaron el brazo ni cantaron. Entre estos estaba el judío de Hungría^[33]». La mayoría de esos comunistas leales terminaron en prisiones y campos de concentración nazis. A Buber-Neumann la enviaron directamente de la frontera a un campo de concentración, Ravensbrück, donde pasó el resto de la guerra. Así pues, se convirtió en una doble víctima, condenada tanto al Gulag soviético como a un campo de concentración nazi. Las historias como esta se olvidaron rápidamente en Europa occidental, donde «la guerra» era la guerra contra Alemania. Sin embargo, en Europa del Este se recordaron siempre a la perfección.

Paradójicamente, la invasión de Hitler de la Unión Soviética en junio de 1941 devolvió las esperanzas al movimiento comunista internacional. Con Stalin convertido ahora en enemigo declarado de Hitler, los partidos comunistas de Europa del Este (y del Oeste) volvieron a compartir una causa común con la Unión Soviética. En la URSS, el entusiasmo hacia los comunistas extranjeros también regresó —ahora eran posibles aliados, la quinta columna dentro de la

Europa ocupada por los nazis— y las tácticas de Stalin cambiaron para adaptarse a las nuevas circunstancias. Una vez más, el movimiento comunista internacional recibió la orden de unirse con los socialdemócratas, centristas, y en esa ocasión también con los capitalistas burgueses a fin de crear «frentes nacionales» para derrotar a Hitler.

Se trazaron planes para devolver a los comunistas leales a sus países de origen, aunque no todos esos primeros esfuerzos resultaron muy exitosos. A finales de 1941, el Ejército Rojo ayudó al primer grupo de «comunistas de Moscú» a entrar en la Polonia ocupada por los nazis, donde, con equipos de radio y los contactos proporcionados por el NKVD, fundaron un nuevo Partido Obrero Polaco (Polska Partia Robotnicza, o PPR) en enero de 1942^[34]. Rápidamente se pelearon entre ellos y con el resto de la resistencia, y es probable que colaboraran con la policía secreta alemana durante al menos una operación contra el Ejército Nacional, el brazo armado de la resistencia polaca. Uno de ellos asesinó a otro en un incidente notoriamente enrevesado. Finalmente perdieron el contacto por radio con Moscú^[35]. Durante el período de silencio radiofónico eligieron a su nuevo líder, Władysław Gomułka, que no se ganó la confianza de Moscú ni entonces ni más adelante. Preocupada, la Unión Soviética envió a otro líder. Sin embargo, se hirió al lanzarse en paracaídas sobre el país y terminó disparándose. Así, Gomułka permaneció como el líder de facto del Partido Obrero Polaco durante la guerra, al menos hasta que Bierut pudo regresar a Polonia a finales de 1943.

Ahora que la Unión Soviética necesitaba con urgencia formar nuevos cuadros, de repente la Komintern se convirtió nuevamente en una institución importante. Por razones de seguridad, su oficina central se trasladó a la lejana Ufa, la capital de Bashkortostan, provincia de Asia central, donde una nueva generación de agentes de la Komintern podrían ser formados sin temor a ser atacados o bombardeados. Muy por detrás de las primeras líneas, la URSS empezó a prepararlos para el mundo de posguerra. Esa no era la primera vez que la Komintern emprendía una tarea así: una comisión especial del Politburó, de la que formó parte Stalin, había supervisado la organización del primer centro de instrucción de la Komintern en 1925 en Moscú. Para los primeros participantes se establecieron unos requisitos muy elevados. Tenían que saber inglés, alemán o francés; tenían que haber leído las obras más importantes de Marx, Engels y Plejánov, y tenían que aprobar un examen preparado por la Komintern, así como superar una revisión de antecedentes muy rigurosa. «Es algo muy importante —señalaron agentes de la Komintern

en ese momento—, ya que todo el valor de la universidad se perderá si no se selecciona a los sujetos adecuados^[36].»

Desde el principio, los cursos ahondaban en el marxismo —el materialismo dialéctico, la economía política, la historia del partido comunista ruso—, aunque también intentaban incluir formación «práctica», en ocasiones con resultados cómicos. Un intento de enseñar a los estudiantes acerca de la vida en las fábricas soviéticas («para que aprendieran la dictadura del proletariado desde dentro») terminó mal cuando la fábrica elegida, especializada en metalurgia, no pudo ofrecer empleos a los estudiantes sin formación, la mayoría de los cuales no hablaban ruso. Como resultado, estos se convirtieron en objeto de burla y en una distracción para los trabajadores^[37]. Y lo que era aún peor, casi cada partido comunista nacional tenía sus escisiones y divisiones, y siempre había alguien que argumentaba que las circunstancias locales de su país hacían imposible seguir la línea soviética. Los registros internos de la Komintern a partir de los años treinta están llenos de acusaciones y contraacusaciones. Algunos estudiantes habían «ocultado aspectos de su pasado», o bien sus orígenes burgueses, lo que los convertía en «gente inapropiada para liderar un movimiento obrero». De manera decepcionante, pocos resultaron revolucionarios modélicos^[38].

En 1941, la Komintern era una organización más experimentada, y en el período que siguió a la invasión alemana el reclutamiento de nuevos estudiantes siguió algunos patrones determinados. Los líderes de partido extranjeros en Moscú emprendieron de inmediato el complejo proceso de localizar a sus camaradas en los escondites, campos de refugiados y prisiones en los que se habían refugiado de la guerra, como también en campos de concentración y prisiones soviéticas. Quienes habían sido detenidos o habían pasado años en el Gulag solían ser reinsertados de inmediato, sin hacerles preguntas, siempre que se les encontrara con vida.

Los líderes alemanes Ulbricht y Pieck fueron particularmente diligentes para localizar a viejos camaradas repartidos por la Unión Soviética, ya fuera dentro o fuera del Gulag. Entre ellos descubrieron que se encontraba el joven Wolfgang Leonhard, al que habían deportado a Karaganda, en Kazajstán, al principio de la guerra, junto con muchos otros residentes de Moscú, donde lo consumió la inanición. De manera inesperada, una carta lo citó en Ufa en julio de 1942, sin más explicación. A partir de ese momento, casi todos los aspectos de su primer encuentro con la Komintern durante la guerra se vieron envueltos en un tupido manto de misterio. La entrada a la oficina principal

estaba flanqueada por enormes columnas, pero no había ningún cartel en la puerta, «nada que indicara que ese era el edificio donde se encontraba la oficina central de la Komintern». Nada más entrar, le ofrecieron comida —daba la impresión de que gran parte de los camaradas que llegaban allí llevaban muchos días sin comer—, que engulló en silencio. A continuación mantuvo una breve reunión con el jefe de los mandos, quien le dijo, sin darle más explicaciones, que seguiría viajando: «Le notificaré su destino».

Durante los días siguientes se encontró con multitud de viejos amigos, la mayoría hijos de comunistas alemanes como él, a los que había conocido en escuelas de Moscú a lo largo de los años y en reuniones de la Komsomol, la organización juvenil del partido comunista. Ninguno de ellos hablaba de su pasado reciente ni de sus planes de futuro, ni siquiera utilizaba el que Leonhard sabía que era su verdadero nombre. «Poco a poco descubrí que aquí dominaban principios distintos: era evidente que todo aquello de lo que no se hablaba abarcaba un campo mucho más amplio.» Al cabo de unos días fue informado, nuevamente de manera abrupta, de que había llegado el momento de partir. Sin darle otra explicación, lo subieron a un barco, cruzaron un río, lo metieron en un camión y finalmente le ordenaron que bajara y echara a andar. Por fin llegó a unos viejos edificios pertenecientes a una granja y descubrió que se trataba de la escuela de la Komintern. En el más estricto secreto, comenzó su formación^[39].

Durante los meses siguientes, Leonhard y sus compañeros atendieron las clases habituales —sobre marxismo y materialismo histórico—, en las que se hacía hincapié en la historia de los partidos comunistas de sus respectivos países y la historia de la Komintern. Tenían acceso a informes secretos y a documentos que no estaban disponibles para todo el mundo en la Unión Soviética. A causa de la enorme importancia de sus futuras misiones, los estudiantes recibían también literatura nazi y fascista de la que no conocían nada ni habían oído hablar hasta ese momento. La finalidad de ello era ayudarlos a comprender mejor a sus enemigos, como Leonhard recordó: «A menudo, uno de nosotros tenía que exponer frente al grupo varias doctrinas de la ideología nazi, mientras que otros eran los encargados de atacar y rebatir los argumentos nazis. El estudiante que tenía que exponer los argumentos nazis tenía que presentarlos de la manera más clara y convincente posible, y su rendimiento se valoraba más positivamente cuanto mejor lograba representar el punto de vista nazi^[40]».

Si bien tenían permitido leer literatura nazi, siempre los mantuvieron

alejados de los escritos de disidentes o de comunistas antiestalinistas: «Mientras que el resto de los seminarios alcanzaban por lo general un notable nivel de discusión, el seminario sobre trotskismo se limitaba a condenar furiosamente a los partisanos^[41]».

Hubo varias de esas escuelas durante la guerra, no solo para comunistas, sino también para oficiales polacos que habían sido reclutados para la División Kosciuszko, la división de habla polaca del Ejército Rojo, así como para oficiales alemanes a los que habían apresado y que estaban siendo «reeducados». Un notable número de políticos que más adelante desempeñarían un papel primordial en los estados comunistas de posguerra estudiaron en ellas o enviaron a ellas a sus hijos. El hijo de Tito, Zarko, fue compañero de Leonhard, por ejemplo, como lo fue también Amaya Ibárruri, la hija de la comunista española Dolores Ibárruri, más conocida como la Pasionaria, una famosa oradora de la Guerra Civil española.

A algunos de los profesores de esas escuelas les esperaban carreras igualmente ilustres. Jakub Berman, más adelante jefe de seguridad, ideología y propaganda en Polonia, enseñó a comunistas polacos en Ufa a partir de 1942. Entonces, como haría también después, Berman se esforzaba mucho en acatar la línea del partido. Entre otras cosas, en esa época mantuvo un estrecho contacto con Zofia Dzerzhinskaia, la esposa polaca del conocido fundador de la policía secreta, Feliks Dzerzhinski (que también era polaco). La mujer actuó como una especie de madrina para los comunistas polacos de la Unión Soviética, y Berman conservó cuidadosamente copias de sus cartas a ella. Si bien están escritas con fría formalidad y no resultan demasiado informativas, sí que arrojan algo de luz sobre cómo debió de ser la vida en Ufa durante la guerra. Berman dijo a Dzerzhinskaia que a menudo asistía a escuchar a otros conferenciantes, como Pieck, de Alemania, Togliatti, de Italia, o la Pasionaria, de España. Seguía atentamente los acontecimientos en Varsovia («es con gran entusiasmo que seguimos las noticias sobre la heroica batalla en el país»). Con ocasión del vigésimo quinto aniversario de la URSS, informó a Dzerzhinskaia con solemnidad de que la Unión Soviética «es para nosotros el mejor ejemplo de cómo organizar en el futuro el mismo estilo de vida en nuestro país^[42]».

Berman también le dijo que estaba impartiendo cursos sobre «la historia de Polonia, la historia del movimiento obrero polaco», e instruyendo a jóvenes comunistas polacos sobre política contemporánea. No eran asignaturas sencillas, puesto que Stalin había disuelto el partido comunista

polaco en 1938 y asesinado a muchos de sus líderes. (Más adelante, la historia oficial del partido explicaría que el partido comunista polaco «fue creado sobre una base de marxismo-leninismo, pero no consiguió acabar con las tendencias faccionalistas»^[43].) El sustituto del partido, el Partido Obrero Polaco de Gomułka, era aún muy pequeño, pues se había fundado en 1942. En otra serie de cartas dirigidas a su camarada Leon Kasman, Berman se mostró más abierto sobre las «dificultades» que esos hechos presentaban para cualquiera que intentara enseñar la historia del comunismo polaco. Obviamente, era necesario andarse con pies de plomo cuando se discutía sobre la década de 1930, ya que era imposible mencionar el papel de Stalin en la disolución del partido, y más imposible aún mencionar su animadversión hacia Polonia^[44].

Nada de esto evitó que Berman hiciera todo lo que estaba en sus manos para adoctrinar a jóvenes polacos y enseñarles cómo defender la Unión Soviética. En cierto momento incluso dijo a Dzerzhinskaia que había pedido a sus alumnos que escucharan las emisiones del movimiento de resistencia polaco antinazi y anticomunista, el Ejército Nacional, para que fueran capaces de «rebatir» sus argumentos. Mientras que a comunistas alemanes como Wolf y Leonhard les enseñaban a rebatir la propaganda nazi, los comunistas polacos se estaban preparando para la llegada de la lucha ideológica contra los líderes de la resistencia polaca establecida. En una de sus notas a Dzerzhinskaia, Berman se preguntó si sería posible encontrar «elementos sanos» —es decir, futuros colaboradores— entre los dirigentes campesinos e incluso entre los demócratas nacionales de extrema derecha. «Por esta razón —explicó a Dzerzhinskaia—, es absolutamente necesario, creo, continuar las tácticas del frente unido.» El partido comunista polaco no debía mostrarse tal y como era demasiado temprano. Primero tendría que encontrar aliados y colaboradores, y solo más adelante podría promover reformas al estilo soviético.

No era el único en hacer planes de ese estilo. Sobre la misma época, los líderes soviéticos también estaban preparando promover de nuevo los «frentes unidos», gobiernos de coalición que podrían gobernar de inmediato tras la liberación, por toda Europa del Este. En su largo memorando de 1944 a Molótov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Iván Maiski había especulado que las revoluciones proletarias podrían producirse en el plazo de unos treinta o cuarenta años. Sin embargo, hasta entonces recomendaba mantener Polonia y Hungría débiles, tal vez dividir Alemania —«a la larga

contribuiría al debilitamiento de Alemania»— y, en último lugar pero no menos importante, asegurar que los comunistas locales trabajaran conjuntamente con otros. «Es en beneficio de la URSS», concluyó, que los gobiernos de posguerra «se basaran en el principio de una amplia democracia, en el espíritu de la idea de los frentes nacionales^[45]».

Naturalmente, la palabra «democracia» no debe tomarse literalmente, pues Maiski también dejó muy claro que esos gobiernos creados «en el espíritu de los frentes nacionales» no serían capaces de tolerar la existencia de partidos políticos que mostraran la más mínima hostilidad hacia el socialismo. En la práctica, esto significó que en algunos países (él menciona Alemania, Hungría y Polonia) tendrían que utilizarse «varios métodos» de influencia externa para evitar que tales partidos ganaran poder. Nunca explicó cuáles serían esos métodos.

Perseguidos tanto en el este como en el oeste, comunistas europeos de todas las tendencias llegaron a vivir una cultura de conspiración, secretismo y exclusividad. En sus países de origen trabajaban en células, se conocían por pseudónimos y se comunicaban mediante contraseñas y mensajes que escondían en lugares secretos. En la URSS se guardaban sus propias opiniones, se abstendían de criticar al partido y revisaban sus lugares de alojamiento en busca de micrófonos ocultos^[46]. Dondequiera que estuvieran observaban una «rígida etiqueta» que el escritor Arthur Koestler ha descrito de maravilla en sus novelas y en sus memorias. Koestler, gran parte de cuya obra de ficción y no ficción describe su relación con el comunismo, se sintió atraído hacia el partido alemán durante la década de 1930, entre otras razones porque también le atraían el secretismo, la conspiración y la intriga: «Incluso un contacto muy superficial bastará para que el ingenuo no iniciado crea que los miembros del partido llevan una vida fuera de la sociedad, imbuida constantemente de misterio, peligro y sacrificios constantes. La emoción de estar en contacto con este mundo secreto es considerable, incluso para la gente de mentalidad en otros sentidos adulta y nada romántica. Más poderoso aún es el halago de ser considerado merecedor de cierta confianza, de que nos permitan llevar a cabo servicios de poca importancia para esos hombres perseguidos que viven en un peligro constante^[47]».

El encanto de una existencia elitista, combinado con el acceso a privilegios y a una información exclusiva, siguió siendo durante décadas una parte importante de la atracción que generaba el comunismo. En su escuela especial de la Komintern, Wolfgang Leonhard leyó por primera vez los

misimos telegramas de alto nivel que circulaban entre los jefes del partido y se dio cuenta de que contenían mucho más que la propaganda que se transmitía a las masas: «Recuerdo a la perfección la sensación con la que sostuve uno de esos boletines de información secreta entre la manos por primera vez. Experimenté gratitud por la confianza depositada en mí, y una sensación de orgullo por ser uno de esos funcionarios lo bastante maduros desde el punto de vista político para que me confiaran el conocimiento de otros puntos de vista^[48]».

Sus experiencias del terror —detenciones y purgas masivas, acompañadas de rápidos cambios tácticos— tuvieron también un profundo impacto sobre los comunistas europeos. En la escuela de la Komintern de Ufa, Leonhard fue humillado cuando lo obligaron a hacer una absurda declaración pública de autocrítica. Mientras reflexionaba sobre la experiencia, y sobre el comportamiento petulante de algunos de sus camaradas —en particular, de una mujer alemana llamada Emmi, que más tarde se convertiría en la mujer de Markus Wolf—, de repente se preguntó: «¿Es nuestra relación en la escuela tal como debería ser entre miembros del partido? Entonces me vinieron a la cabeza otros pensamientos críticos, que ya había tenido antes, durante el período de las purgas. Recordé conversaciones delicadas y tuve miedo de mí mismo. Si ya había expresado pensamientos críticos como ese, ¿cómo terminaría todo? Decidí que en el futuro tendría mucho más cuidado con lo que dijera, y que diría siempre lo mínimo necesario^[49]».

Esa clase de experiencias terminaron por convencer a Leonhard de abandonar Europa del Este y de, finalmente, dejar el partido. Sin embargo, otros que fueron humillados de manera similar no se marcharon ni lo abandonaron. Tampoco se ablandaron ni se volvieron más compasivos a causa de sus experiencias traumáticas. Lejos de volverse más humildes tras los sufrimientos experimentados durante la guerra, ya fuera en campos hitlerianos o en prisiones occidentales, los comunistas que permanecieron en el partido a menudo se entregaron con mayor fervor a la causa^[50].

Muchos de los que sobrevivieron físicamente a las purgas de la URSS —y desde el punto de vista intelectual sobrevivieron a los cambios de política— se encontraron tras la guerra no solo con una sensación incrementada de lealtad tribal, sino con un sentimiento de mayor dependencia de la Unión Soviética. Y quienes siguieron como miembros leales del partido durante las detenciones, los salvajes cambios de táctica y la confusión de la década de 1930, a menudo se erigieron como auténticos fanáticos: totalmente leales a

Stalin, deseosos de seguir el liderazgo soviético en cualquier dirección, obedecieron todas las órdenes que recibían si con ello servían a la causa^[51].

La policía

Los empleados del Ministerio para la Seguridad del Estado desarrollaron más o menos la siguiente actitud: Nos han investigado con especial atención. Somos camaradas especialmente buenos. Somos, por así decirlo, camaradas de primera clase.

WILHELM ZAISSER, ministro de Seguridad del Estado, RDA^[1]

Cuando la guerra se acercaba a su sangriento desenlace, Stalin dio por fin a sus protegidos de Europa del Este la posibilidad de demostrar su valía. Uno tras otro, al tiempo que sus países eran liberados, envió a los comunistas de Moscú de vuelta a sus países de origen junto con el Ejército Rojo. Todos ellos eran plenamente conscientes de que formaban un grupo muy reducido, y todos declararon públicamente su intención de fundar o unirse a un gobierno de coalición junto a otros partidos no comunistas. Bolesław Bierut llegó a Varsovia en diciembre de 1943, justo a tiempo para ser nombrado presidente del nuevo Consejo Nacional (Krajowa Rada Narodowa, o KRN). Ese primer intento de crear un frente popular no logró atraer a nadie, con la excepción del todavía minúsculo Partido Obrero Polaco de Władysław Gomułka y algunos socialdemócratas marginales que no se habían incorporado a la resistencia establecida. Pero unos meses después, el Consejo Nacional ayudó a formar un grupo mayor, el Comité Polaco de Liberación Nacional (Polski Komitet Wyzwolenia Narodowego, o PKWN), cuyo nombre, aprobado personalmente por Stalin, recordaba de manera deliberada al Comité de Liberación Nacional francés de De Gaulle^[2]. Aunque tenía su base en Lublin e incluía a algunos políticos auténticamente no comunistas, no existía el menor género de dudas acerca de quién estaba respaldando el Comité Polaco de Liberación Nacional. Su manifiesto del 22 de julio sonó muy liberal al prometer «la restauración de todas las libertades democráticas para todos los ciudadanos sin distinción de raza, religión o nacionalidad, siendo esas libertades: la libertad de libre asociación en los campos político y profesional, libertad de prensa e información, libertad de conciencia^[3]». Sin embargo, el documento se emitió en Moscú, y no en Polonia, y se difundió de inmediato por la radio soviética.

La creación de un Comité de Liberación Nacional planteó un dilema

inmediato para el gobierno de Londres en el exilio, que había representado a Polonia en el extranjero durante la guerra y seguía manteniendo vínculos estrechos con el Ejército Nacional y la resistencia polaca establecida. Aunque lucharon con todas sus fuerzas para seguir siendo la voz internacional de Polonia, perdieron esa batalla. A su debido momento, el comité se transformó en el Gobierno Provisional de Unidad Nacional (un grupo conocido con el nombre de «los polacos de Lublin»), al que todos los aliados terminarían reconociendo en lugar del gobierno de Londres en el exilio (los «polacos de Londres») como los legítimos gobernantes de Polonia. El gobierno provisional gobernó el país desde principios de 1945 y debía organizar las elecciones en las que se elegiría al gobierno permanente. Como Stalin tenía ganas de fomentar su legitimidad, estuvo de acuerdo en permitir que Edward Osóbka-Morawski, en rigor miembro del partido socialista y no del partido comunista, se convirtiera en el primer ministro de posguerra del gobierno provisional (Bierut no obtendría un título gubernamental formal hasta 1947). Y lo que es aún más importante, permitió que el primer ministro en el exilio, Stanisław Mikołajczyk, regresara al país y entrara a formar parte del gobierno provisional como ministro de Agricultura y viceprimer ministro. Durante un breve período de tiempo, el Partido Campesino Polaco (Polskie Stronnictwo Ludowe, o PSL) de Mikołajczyk tendría permitido funcionar como una verdadera oposición anticomunista. Oficialmente, en Polonia no había una autoridad aliada o soviética legal. En la práctica, un general del NKVD, Iván Serov, ejercía como asesor soviético del nuevo gobierno y de las nuevas fuerzas de seguridad polacas. Pronto se hizo evidente que su influencia era realmente muy amplia^[4].

Poco después de la llegada de Bierut a Polonia, los acontecimientos empezaron a desarrollarse con rapidez y en Hungría también se creó una nueva autoridad. A principios de noviembre de 1944, Mihály Farkas, Ernó Geró e Imre Nagy, tres destacados «comunistas de Moscú», fueron trasladados en aviones soviéticos a la liberada ciudad oriental de Szeged. De inmediato, organizaron una reunión multitudinaria para celebrar el aniversario de la Revolución bolchevique, durante la cual Geró exigió un «renacimiento húngaro^[5]». Mátyás Rákosi llegó a Debrecen después de que la ciudad fuera liberada en enero, también en avión desde Moscú. Sus órdenes eran establecer un gobierno provisional húngaro allí y prepararse para la conquista de Budapest por parte del Ejército Rojo. Lo hizo en colaboración con otros políticos húngaros que habían empezado a abandonar sus escondites o a regresar del extranjero. Juntos, negociaron la creación de una asamblea

nacional provisional, que seleccionó un gobierno nacional provisional. Como en Polonia, este gobernaría Hungría hasta que pudieran celebrarse elecciones.

También como en Polonia, ese primer gobierno provisional húngaro fue una coalición. Contenía cuatro partidos políticos legales: los comunistas (Magyar Kommunista Párt, o MKP), los socialdemócratas (Szociáldemokrata Párt, o SZDP), el Partido de los Campesinos y el Partido de los Pequeños Propietarios. Este último, un partido de preguerra constituido por pequeños empresarios y agricultores, se convirtió rápidamente en un partido de oposición anticomunista y enseguida atrajo a muchos seguidores. No obstante, no dominó la nueva asamblea nacional provisional ni el nuevo gobierno provisional. A pesar de que el partido comunista húngaro contaba tan solo con unos pocos cientos de miembros en ese momento, los comunistas recibieron más de un tercio de los escaños en la asamblea nacional provisional, así como varios puestos de importancia en el gabinete, que en la práctica incluían el Ministerio del Interior. Incluso Geró observó el desequilibrio: «La proporción de miembros comunistas era mayor de lo normal. Se debió en parte a la precipitación, y en parte al exceso de celo de los camaradas locales^[6]». De acuerdo con las condiciones del Acuerdo de Armisticio Húngaro, firmado en Moscú en enero de 1945, el gobierno húngaro de ese período provisional se encontraba sometido a la supervisión del Consejo de Control Aliado, un cuerpo que en teoría incluía a representantes británicos y estadounidenses pero que en la práctica estaba dirigido por el mariscal Kliment Voroshilov, un alto cargo del Ejército Rojo que, de manera sistemática, prescindía de hacer cualquier consulta a los otros aliados^[7].

Finalmente, el 27 de abril de 1945 el Ejército Rojo envió al «grupo de Ulbricht» —varias decenas de comunistas liderados por Ulbricht— a formar parte del Primer Frente Bielorruso en las afueras de Berlín, desde donde entrarían en la ciudad. Wolfgang Leonhard fue con ellos. Unos días después, el «grupo de Ackermann», formado por varias decenas de comunistas más, se preparó para entrar en Berlín desde el sur con el Primer Frente Ucraniano. A diferencia de Polonia y Hungría, en la Alemania del Este no había ningún gobierno temporal o provisional. En lugar de eso, la Administración Militar Soviética gobernó su zona de Alemania hasta la creación de la República Democrática Alemana en 1949. Pero los administradores soviéticos crearon lentamente una burocracia alemana para ayudar a dirigir el país bajo el paraguas soviético^[8]. En junio de 1947, esa burocracia, por entonces un

gobierno fantasma sometido al control de las autoridades soviéticas, fue bautizada con el insulso nombre de Comité Económico Alemán (Deutsche Wirtschaftskommission, o DWK). Muchos comunistas alemanes, en particular los «comunistas de Moscú» recibieron de inmediato puestos de importancia que desempeñar en ese comité. Con el tiempo, el Comité Económico se convirtió en la base del gobierno de Alemania del Este cuando la República Democrática Alemana alcanzó categoría de Estado en 1949.

La Unión Soviética supervisaría las elecciones locales y municipales en Alemania, como en cualquier otro lugar. Si bien la URSS fomentó activamente la refundación del Partido Socialdemócrata, el Partido Demócrata Cristiano, y el Partido Demócrata Liberal en su zona de Alemania, siguieron colocando a miembros del partido comunista en puestos de importancia en los sindicatos, asociaciones culturales y otras instituciones nuevas^[9]. Siempre que era posible, los no comunistas ocupaban puestos públicos mientras que los comunistas aceptaban empleos clave entre bastidores. En otros lugares se constituyeron nuevamente otra clase de agrupaciones políticas y semipolíticas, como organizaciones sionistas o bundistas en Polonia y Hungría, algunas de las cuales en un inicio parecieron tener cierto grado de verdadera independencia.

Por separado, todos los partidos comunistas de la región mantuvieron sus propias estructuras internas, en conformidad con el modelo soviético. Mantuvieron las jerarquías al estilo soviético: el Politburó en lo más alto, por debajo el Comité Central, y después las organizaciones locales y regionales. Estas estructuras permanecieron en paralelo pero separadas de las estructuras gubernamentales hasta 1989. A veces los miembros del Politburó eran también ministros del gobierno, pero otras veces no. A veces los miembros del Comité Central desempeñaban un papel en el aparato del Estado, pero otras veces no. No estaba claro, ni siquiera para las personas que ocupaban puestos de poder, si el partido o el gobierno tenían la última palabra en alguna cuestión en particular.

Si todo ello suena complicado es porque así debía serlo: la política en la Europa ocupada por los soviéticos estaba diseñada para ser opaca. Al término de la guerra, los partidos comunistas de Europa del Este eran claramente los grupos políticos más influyentes de la región, no por su número, sino por sus «asesores» soviéticos en el NKVD y el Ejército Rojo. Al mismo tiempo, habían recibido instrucciones estrictas de disimular o negar su filiación soviética, de comportarse como partidos democráticos normales, crear

coaliciones y de encontrar aliados aceptables entre los partidos no comunistas. Con la excepción de Alemania, donde el régimen de ocupación soviético se hizo de inmediato con el control, la influencia soviética se camufló cuidadosamente.

Durante 1945 y 1946, los gobiernos provisionales de coalición de Europa del Este intentarían, hasta cierto punto, crear una política económica en colaboración con otros políticos. Intentarían también, hasta cierto punto, tolerar las iglesias, algunos periódicos independientes y algunos negocios privados que, durante un tiempo, tuvieron permitido desarrollarse de manera espontánea y singular. Sin embargo, hubo una excepción flagrante a dicha tolerancia. Dondequiera que fuera el Ejército Rojo, la Unión Soviética siempre establecía una nueva institución cuya forma y esquema siempre seguía un patrón soviético. Para decirlo con claridad, la estructura de la nueva policía secreta jamás quedó en manos del azar, de las circunstancias ni de los políticos locales. Y si bien hubo algunas diferencias en cuanto al tiempo y el estilo, la creación de las nuevas fuerzas policiales secretas siguió patrones notablemente similares por toda Europa del Este. En su organización, métodos y mentalidad, todas las fuerzas policiales secretas de Europa del Este fueron copias exactas de su progenitora soviética: la Policía Secreta de Polonia (Urząd Bezpieczeństwa, o SB), la Agencia de Seguridad del Estado húngara (Államvédelmi Osztály, o ÁVO) y el Ministerio para la Seguridad del Estado de Alemania del Este (Ministerium für Staatssicherheit, o la Stasi, nombre con el que se designó más adelante y por el que se conoce aún hoy en día^[10]). Así mismo, la Seguridad Estatal de Checoslovaquia (Státní bezpečnost, o StB). Esta se organizó, en palabras del dirigente comunista checo Klement Gottwald, a fin de «aprovechar al máximo la experiencia de la Unión Soviética». Lo mismo podría decirse de cualquier fuerza policial secreta de cualquier país de Europa del Este^[11].

Igual que la historia de los partidos comunistas de Europa del Este, la historia de los «pequeños KGB» de Europa del Este empieza mucho antes de que terminara la guerra. La policía secreta polaca comenzó a organizarse en 1939, tras la invasión soviética de la parte oriental de Polonia. Al entrar en los territorios de lo que ahora llamaron Ucrania oriental y Bielorrusia oriental, los oficiales soviéticos a los que se había encomendado la pacificación de la región tuvieron dificultades para encontrar colaboradores locales de confianza. Reconociendo la necesidad de socios más profesionales y en los que pudieran confiar, el NKVD creó un centro de formación especial cerca de

Smolensk en el otoño de 1940. Unos doscientos polacos, ucranianos y bielorrusos de los territorios recién ocupados fueron invitados a asistir a él. Esos primeros estudiantes finalizaron su curso en marzo de 1941, y a su término a algunos de ellos los enviaron a la ciudad de Gorki para que continuaran sus estudios. Entre esa primera generación de graduados hubo al menos tres hombres —Konrad Swietlik, Józef Czaplicki y Mieczysław Moczar— que siguieron siendo líderes influyentes de los servicios de seguridad polacos durante las décadas de 1950 y 1960^[12].

Con el estallido de la guerra germano-soviética en junio de 1941, tales programas de formación se interrumpieron de manera abrupta. Sin embargo, unos meses más adelante, después de que la Unión Soviética se hubiera recuperado un poco del impacto de la invasión nazi, retomaron nuevamente la formación. Después de la batalla de Stalingrado, cuando de repente pareció que la guerra podía ganarse, intensificaron las labores de reclutamiento. Al principio los candidatos se elegían de la División Kosciuszko de habla polaca del Ejército Rojo —en su mayoría gente que había vivido antes en la zona oriental de Polonia— mediante lo que resultó un proceso misterioso para quienes fueron seleccionados. Cuando «una gélida tarde de enero de 1944» Józef Lobatiuk recibió la visita de su oficial al mando para pedirle que lo acompañara a la sede de su unidad para rellenar unos impresos, no recibió ninguna explicación. Un mes después, le pidieron que cogiera «raciones de alimentos secos para dos semanas» y que se preparara para iniciar una formación especial en Kuibishev, una ciudad rusa bien alejada de la línea de combate. De nuevo, no recibió explicación alguna^[13].

Fue solo al llegar a Kuibishev cuando Lobatiuk descubrió que lo habían enviado a una escuela de formación de oficiales del NKVD. Se sintió encantado. Años después, al describir sus experiencias para los historiadores internos de la policía secreta polaca, recordó que lo trataron «como a un invitado que llega a la casa de alguien». Tras las duras condiciones del frente, la escuela resultaba lujosa. Los «estudiantes» tenían permiso para salir los fines de semana y no tenían que cumplir tareas de vigilancia. Tenían comida suficiente. Los trataban con cortesía. En el salón, los camareros servían la comida «como si fuera un restaurante», e incluso servían la sopa directamente de las soperas^[14].

Las verdaderas lecciones no empezaron enseguida. Antes de impartirles cualquier información, los nuevos miembros fueron interrogados durante varios días por una comisión de agentes del NKVD. Les hicieron preguntas

sobre su biografía, sus antecedentes familiares y sus opiniones políticas. Les pidieron que repitieran su historia personal más de una vez. Algunos no pasaron la prueba y fueron devueltos a sus unidades, si bien nunca les dijeron el porqué. Al final se quedaron unos doscientos hombres. Estos fueron los Kujbyszewiacy —la banda de Kuibishev, como se los conoció al cabo del tiempo—, los primeros agentes de policía secreta polaca en graduarse tras su formación soviética. De inmediato empezaron a prepararse para «tareas operacionales» bajo la tutela directa del NKVD.

En ese momento de la guerra —la primavera de 1944—, aún no había un gobierno polaco aparte del gobierno en el exilio en Londres y el «Estado» clandestino que estaba relacionado con él, y tampoco había una administración abiertamente polaca en el territorio de lo que todavía era la Polonia ocupada por los nazis. Tampoco se había alcanzado ningún acuerdo internacional sobre la naturaleza de la Polonia de posguerra: la Conferencia de Teherán no había llegado a una conclusión definitiva sobre las fronteras polacas, y la Conferencia de Yalta, durante la cual Roosevelt y Churchill cederían el control de facto sobre Polonia a la Unión Soviética, aún tardaría muchos meses en celebrarse. Pero el NKVD ya estaba enseñando a los agentes polacos de Kuibishev a pensar en categorías soviéticas, de manera que cuando llegara el momento actuaran de acuerdo con las órdenes soviéticas.

Ese primer curso era muy meticuloso. Parte de la materia era teórica: el marxismo-leninismo, la historia del partido bolchevique, la historia del «movimiento obrero» polaco. También había una parte práctica: técnicas de inteligencia y contraespionaje, labores de investigación e interrogación. Cuando hacía buen día, viajaban a un campo de tiro en el Volga. Todo se enseñaba en ruso —solo uno de los formadores hablaba polaco—, lo que constituía un problema ya que la mayoría de los alumnos tenían una educación muy elemental. No disponían de libros de texto, de manera que los alumnos solían reunirse al salir de clase para comparar sus apuntes. Cuando podían, los alumnos que hablaban ruso traducían el material para aquellos que no lo habían entendido. Las clases y los seminarios se prolongaban durante diez horas al día y los sábados, durante seis.

No tuvieron demasiado tiempo para reflexionar sobre sus nuevos conocimientos. Ese primer curso terminó de manera abrupta en julio de 1944, cuando el Ejército Rojo cruzó el río Bug, la nueva frontera oriental de Polonia. Los agentes de seguridad recién graduados fueron desplegados de

inmediato. La mayoría de esos doscientos hombres fueron enviados primero a la ciudad de Lublin, donde acababa de establecerse el Comité de Liberación Nacional polaco y donde estaba a punto de formarse el gobierno provisional. Las condiciones eran duras —los hombres dormían en el suelo y utilizaban las mochilas a modo de almohadas—, pero les dispensaron una cálida bienvenida. Stanisław Radkiewicz, el primer ministro de seguridad polaco, ofreció una cena en su honor, junto a un asesor soviético. Los dos hombres entregaron estrellas a los nuevos agentes para que se las cosieran en los uniformes.

A medida que el Ejército Rojo avanzaba —primero hacia Rzeszów y Białystok, después hacia Cracovia y Varsovia—, la banda de Kuibishev lo seguía, siempre acompañada de consejeros soviéticos. En algunas zonas, primero lucharon como partisanos junto al Ejército Rojo. En ese momento de la guerra había multitud de grupos de partisanos distintos en la Polonia oriental y en la URSS occidental, algunos afiliados a la resistencia polaca del Ejército Nacional, otros al movimiento por la independencia de Ucrania, algunos formados por judíos que habían escapado al Holocausto, otros en los que había delincuentes^[15]. Sin embargo, la banda de Kuibishev, al margen de su nacionalidad, luchó en favor de la Unión Soviética. Y cuando llegaban a una provincia recién liberada, siempre seguían un plan predeterminado. Empezaban por organizar a la policía regional y local, identificar a los enemigos, pasar información al NKVD y reclutar colaboradores: «Se suponía que nosotros, la banda de Kuibishev, éramos la columna vertebral de la nueva fuerza y los maestros de los futuros cuadros», recordó uno de ellos con orgullo^[16].

No todos ellos tuvieron una carrera de éxito. Algunos fueron expulsados del servicio por robo e incompetencia. Otros fueron enviados de vuelta a la Unión Soviética, supuestamente para ocupar puestos similares en las repúblicas de Bielorrusia y Ucrania, de donde procedían muchos de ellos. Por lo menos uno se rebeló y se incorporó a la oposición anticomunista. Pero muchos ascendieron hasta lo más alto de los servicios de seguridad, y muchos otros instruirían a una nueva generación de cuadros.

Lobatiuk participó durante un tiempo en la «lucha contra el bandidaje» de posguerra, un eufemismo que significa que se unió a la acción militar organizada contra lo que quedaba del Ejército Nacional polaco, algunos de cuyos miembros seguían resistiendo en los bosques de los alrededores de Lublin, así como partisanos ucranianos. En abril de 1945, lo destinaron a la

ciudad de Łódź, donde, para su sorpresa, le informaron de que se convertiría en instructor en una nueva escuela de agentes de policía para la seguridad polaca. Él y los otros veteranos de Kuibishev que habían sido elegidos para esa tarea se repartieron las distintas asignaturas en función de quién recordaba mejor cada uno de los temas que tendrían que impartir. Aunque al salir de la URSS habían tenido que entregar sus cuadernos, los reprodujeron de memoria. Finalmente consiguieron crear un libro de texto a partir de los recuerdos de lo que habían aprendido del NKVD. Ese libro seguiría utilizándose durante los años siguientes, de manera que toda una generación de policías secretos polacos fue instruida según los métodos soviéticos^[17].

Durante los meses y años siguientes, el servicio se expandió de manera exponencial. En diciembre de 1944 había unos 2500 funcionarios de seguridad. En noviembre de 1945, eran ya 23 700, y en 1953 la cifra era de 33 200^[18]. Casi ninguno de esos nuevos miembros encajaba en lo que más adelante, en la Polonia comunista, se convertiría en el estereotipo del típico funcionario de la SB: un fanático sumamente bien instruido, con un alto nivel académico, probablemente judío. En realidad, los funcionarios de la SB durante los primeros años de la posguerra eran en su mayoría de origen étnico polaco, y casi todos católicos. En 1947, el 99,5 por ciento de la SB estaba constituida por católicos polacos. Los judíos representaban menos de un 1 por ciento del total, e incluso los bielorrusos los superaban en número^[19]. De los dieciocho miembros fundadores de la policía secreta regional de Lublin, solo uno era judío. El resto eran polacos, ucranianos y bielorrusos^[20].

Además de distar mucho de estar sumamente bien instruidos, esos nuevos miembros eran sorprendentemente incultos. En 1945, menos del 20 por ciento tenían estudios secundarios. Incluso en el año 1953, solo la mitad habían proseguido sus estudios después de cursar el último año de primaria. A lo largo de ese período, la inmensa mayoría de los miembros eran hijos de trabajadores y campesinos polacos. Solo un reducido número de ellos procedían de familias que podrían considerarse «burguesas», y ninguno podría describirse como «intelectual^[21]». Si bien la mayoría se habían unido al partido comunista antes de 1947, muy pocos habían estado realmente implicados en política.

Así pues, probablemente no era la ideología, sino la posibilidad de una rápida progresión social, lo que los motivaba, como ilustra a la perfección la historia de Czesław Kiszczak, uno de los policías secretos más famosos de Polonia. Mucho más adelante, Kiszczak se convertiría en el ministro del

Interior polaco —organizó la imposición de la ley marcial en 1981—; había nacido en 1925 en el seno de una familia venida a menos, en una zona pobre del sur de Polonia, y su padre era obrero de fábrica y había estado sin empleo durante la década de 1930. Siendo un adolescente en la Polonia ocupada por los nazis, primero lo enviaron a un campo de trabajos forzados y después, tras una serie de aventuras, terminó haciendo trabajos forzados en Austria. Entre 1943 y 1945, según él mismo cuenta, vivió en barracones de trabajadores en Viena, donde era el único polaco entre croatas, serbios y gente de otras nacionalidades, en su mayoría comunistas. Trabajó en el sistema ferroviario austríaco hasta el 7 de abril de 1945, cuando los rusos liberaron los distritos orientales de Viena. Poco después, de nuevo según sus propias palabras, «el Ejército Rojo me cogió, me sentó en un tanque y yo les enseñé la ciudad de Viena, pues conocía sus calles». Sabía bastante ruso y alemán para ser útil como traductor. A los veinte años y con una educación primaria, se convirtió en una especie de mascota del Ejército Rojo, y recorrió la derrotada ciudad de Viena montado en un tanque soviético^[22].

Finalmente, Kiszczak regresó a Polonia con un documento que declaraba que había formado parte del partido comunista austríaco. Se incorporó de inmediato al partido comunista polaco, que a su vez lo envió a la escuela de formación de policía secreta de Łódź. Según él, lo enviaron a Varsovia para que siguiera con su instrucción, y allí se unió primero al nuevo ejército polaco, y después a la inteligencia militar polaca, que en sus inicios estaba dirigida únicamente por rusos, aunque tiempo después incluyó también a algún polaco. Si bien él no lo admite, se ha especulado mucho sobre la posibilidad de que desarrollara también algún tipo de relación con la inteligencia militar soviética.

Muy poco tiempo después, en 1946, Kiszczak fue enviado a Londres. Aquello supuso de nuevo una oportunidad extraordinaria para un joven que aún no había cumplido los veintiún años. Su versión del episodio es benévola. «Queríamos que lo que quedaba del ejército polaco por entonces en el exilio regresara a Polonia, con sus armas y sus soldados. Sería un bonito gesto hacia la Polonia comunista. [...] Al principio había una intensa intención de colaboración, el gobierno apoyaba al clero, el clero apoyaba al gobierno. [...] Polonia parecía un lugar agradable para todo el mundo, daba tierra a los campesinos, prometía una educación superior, escuelas nuevas.» Aparte de eso, cuenta que su trabajo en Londres consistía en «trabajo normal de inteligencia»; recopilar información sobre el ejército británico, sobre los polacos de Londres, y en particular sobre los miles de soldados polacos que

habían luchado con la Royal Air Force o con otras fuerzas armadas británicas durante la guerra.

Gran parte de esta información biográfica resulta imposible de corroborar, ya que al parecer Kiszczak revisó los archivos en busca de documentos relacionados con él cuando fue ministro del Interior y los retiró o los destruyó. Sin embargo, se encontraron uno o dos, entre ellos el resumen de un informe que envió a su país desde Londres en julio de 1947, y que al parecer se había guardado en el expediente de otra persona. En un polaco gramaticalmente incorrecto, describe el modo en que la embajada detectaba y controlaba a los miembros polacos de las fuerzas armadas británicas que expresaban su deseo de regresar a su país. El desprecio que habían enseñado a Kiszczak a sentir hacia esos hombres, muchos de los cuales llevaban luchando desde 1939, se hace más que evidente:

La inscripción tiene lugar en una pequeña sala de unos cuatro metros por tres metros en la que hay cinco mesas, cinco sillas y dos armarios que contienen los libros del consulado. Empieza a las 10 o a las 11, y a veces solo a las 2.30, ya que los británicos nos plantean algunas dificultades en particular, y en este caso envían a soldados deliberadamente tarde para la inscripción. [...] La mayoría de estas personas harían cualquier cosa que se les pidiera, estarían de acuerdo en lo que fuera siempre y cuando alguien les garantizara un buen nivel de vida en Polonia. Quienes no se marchan y se quedan en Inglaterra por razones materialistas, probablemente prestarían ciertos servicios a cambio de dinero, ya que son los productos típicos de la Polonia [de preguerra], gente sin sentimientos profundos, sin ambición ni honor...^[23]

En el resto del informe, Kiszczak, ahora un joven de veintidós años, menospreció a los diplomáticos de la embajada mayores que él, al agregado militar que no parecía lo bastante interesado en formar contraespionaje, al coronel que intentaba desmoralizarlos a él y a otros. En otro informe que se conserva, simplemente informó sobre sus colegas de una manera más honesta. Un empleado del consulado hablaba constantemente de información que le había llegado «de fuentes desconocidas» acerca de la violencia política en Polonia, mientras que otros mantenían acaloradas discusiones sobre política y se amenazaban los unos a los otros.

Era un trabajo que fácilmente podría habersele subido a la cabeza a alguien tan joven, pero lo dejó poco después. En una entrevista, aseguró que lo hizo porque se sentía solo y echaba de menos su país: «No podía comer esas salchichas inglesas». O tal vez se debiera a que le habían asegurado con certeza que en su país tendría oportunidades aún mejores y él decidió aceptarlas. En el caos y la pobreza de la Polonia de posguerra, los miembros de la policía secreta, por humildes que fueran sus orígenes, gozaban de una riqueza y poder relativos. Y ningún otro órgano del Estado podía detenerlos

en caso de que abusaran de ese poder.

Desde el principio, cualquiera que ambicionara convertirse en miembro de la policía secreta en Europa del Este sabía que el camino para ser influyente pasaba por tener contactos soviéticos. Sin embargo, no siempre resultaba fácil saber qué contactos soviéticos eran los adecuados. En Hungría, la organización que finalmente se convirtió en el Departamento de Seguridad del Estado no tuvo un predecesor, sino dos, y cada uno de ellos estaba dirigido por un húngaro con su propio grupo de amigos y mentores soviéticos.

Una de las ramas se creó desde arriba, en Debrecen, junto con el gobierno nacional provisional, en diciembre de 1944. En teoría, el gobierno provisional era una coalición entre partidos. Pero aunque el recién nombrado ministro del Interior, Ferenc Erdei, no era comunista, en el fondo se mantenía leal al partido, y sus primeros comentarios documentados sobre los nuevos servicios de seguridad indican que sabía bien por dónde iban los tiros. En un informe dirigido a sus colegas sobre su «productiva» reunión con el general F. I. Kuznetsov, el jefe de la inteligencia militar soviética en Hungría, Erdei declaró el 28 de diciembre que no tenían por qué preocuparse por la seguridad, ya que «los guardias rusos nos ayudarán hasta que podamos encontrar a suficientes policías de confianza con uniformes adecuados^[24]». Sin embargo, le preocupaba que el general Kuznetsov no estaba lo bastante interesado en poner fin a los delitos y al vandalismo que se habían disparado en la parte liberada del país: «Debatimos mucho más sobre la policía política, sobre la cual él aportó muchos consejos generales y muchas propuestas^[25]».

Una de esas propuestas llevó al nombramiento de András Tömpe como hombre al frente del nuevo servicio. Tömpe era un veterano de la Guerra Civil española muy vinculado desde hacía años al movimiento comunista internacional y una profunda convicción de que solo él tenía la autoridad para convertirse en el nuevo jefe húngaro de la policía secreta. Empezó de inmediato a organizar su nueva fuerza, y pidió y recibió armas directamente del Ejército Rojo. Una vez preparado, partió de Debrecen en dirección a Budapest, y llegó a la parte este de la ciudad el 28 de enero, mientras la lucha continuaba en los barrios del oeste.

Desafortunadamente para Tömpe, en ese momento ya tenía un rival. Unos días antes, la rama de Budapest del partido comunista húngaro también había constituido un departamento de policía política. Su dirigente era Gábor Péter, miembro del ilegal partido comunista húngaro desde 1931 y viajero frecuente a Moscú en los años siguientes. Durante la década de 1930, Péter había

mantenido un estrecho contacto con Béla Kun y los otros veteranos de la revolución de 1919 en Moscú, así como con Rákosi. Su mujer, Jolán Simon, terminaría convirtiéndose en la secretaria particular de Rákosi.

Péter tenía también vínculos desde hacía mucho tiempo con el NKVD. Antes de la guerra, se había especializado en la logística de la clandestinidad, y entre otras cosas había ayudado a establecer contactos entre los comunistas encarcelados y sus familias, tanto en Viena como en Budapest. Según su propia versión, no exenta de autobombo, Péter había planeado hacía tiempo liderar la policía política de posguerra e interpretó sin lugar a dudas que le habían prometido ese trabajo. Puede que tuviera algún motivo para creerlo. Mientras que Tömpe parecía contar con el apoyo de los agentes de la inteligencia militar soviética con base en Debrecen, Péter, al parecer, contaba con el apoyo de sus jefes políticos. Sin duda, es cierto que a mediados de enero —antes de que Tömpe llegara a Debrecen y antes de que terminara el sitio de Budapest— Péter viajó al cuartel general del ejército soviético en las afueras de la parte oriental de Budapest para reanudar el trato con sus conocidos^[26]. En febrero, durante una presentación que ofreció a altos cargos dentro del partido húngaro, trató de dar la impresión de que ya mandaba sobre muchas cosas. Habló de sus 98 empleados («87 trabajadores y 11 intelectuales») y afirmó haber detenido ya a muchos «fascistas». En los archivos del partido comunista húngaro, se adjunta una versión en ruso de ese informe, lo que parece indicar que esperaba que ese informe tuviera lectores de habla rusa^[27].

Cuando faltaban semanas para que acabara la guerra, Tömpe y Péter chocaron. Tömpe sospechaba que Péter carecía de sofisticación ideológica. Péter acusó a Tömpe de no haberle proporcionado el mobiliario de oficina adecuado. Tömpe estaba enfadado por no haber sido invitado a un acontecimiento en el que la prensa estaría presente^[28]. Más adelante, cada uno de ellos sostuvo haber sido el primero en establecer la sede central en el lóbrego edificio del número 60 de la calle Andrássy, la sede central de la policía fascista húngara durante la última etapa de la guerra, a pesar de que esa decisión resultó ser un error que el partido comunista húngaro terminó pagando caro. (El hecho de que tanto la policía fascista como la comunista utilizaran la bodega del sótano como cárcel produjo la incómoda impresión de continuidad entre el régimen nazi y el soviético^[29].) En el período de dos años, ese conflicto de ópera bufa se había resuelto a favor de Péter. Tras las elecciones de noviembre de 1945, el Ministerio del Interior quedó

oficialmente bajo el control del partido comunista y dejó de fingir que la policía secreta era una fuerza neutral. En 1946, Tömpe se «retiró» al servicio diplomático y pasó la mayor parte del resto de su carrera en Latinoamérica^[30].

Por muy nimio que pueda parecernos ese conflicto ahora, al volver la vista atrás la exitosa lucha de Péter para hacerse con el poder supuso una derrota importante para el pluralismo político húngaro. Para empezar, ese fundamental debate sobre la naturaleza de la nueva fuerza policial tuvo lugar por completo dentro del partido comunista y se vio muy influido por los agentes soviéticos en Budapest. Ni entonces ni más adelante hubo un político no comunista, ni siquiera los que actuaban legalmente en la época, que tuviera influencia alguna sobre el funcionamiento interno de la policía secreta. La naturaleza del partido victorioso —Péter y su «policía de Budapest»— también era importante, ya que la fuerza policial de Budapest era, de hecho, una estructura fuera de la legalidad, que no estaba controlada por el Ministerio del Interior ni por el gobierno, sino únicamente por el partido comunista. En otras palabras, a partir de 1945 la policía política informaba directamente a la cúpula del partido, sin prestar la más mínima atención al gobierno de coalición provisional.

La categoría especial de la policía secreta era evidente para quienes trabajaban en ella. Si bien Péter tenía segundos del Partido Socialdemócrata y del Partido de los Pequeños Propietarios, nunca fingió escuchar sus consejos, y la presencia de estos jamás confundió a nadie en el departamento. Un agente de menor rango recordó que los miembros no comunistas estaban «completamente aislados». «Todos sabíamos que sus líneas telefónicas estaban intervenidas, así que debía tener mucho cuidado con lo que decía cada vez que me ponía en contacto con ellos^[31].» Cuando Vladimir Farkas, el hijo de Mihály, entró a trabajar para la ÁVO en 1946, recibió la orden explícita de no hablar con los dos segundos no comunistas de Péter: «No tenía permitido darles información alguna sobre mi trabajo, aunque recibiera una orden directa de alguno de ellos^[32]».

La fuerza policial tampoco prestaba atención cuando políticos no comunistas se quejaban sobre el comportamiento de la policía. En agosto de 1945, un viceministro del Departamento de Justicia escribió una carta al Ministerio del Interior quejándose de que la policía política «detiene a fiscales y jueces sin mi aprobación. [...] La práctica antes mencionada daña gravemente la autoridad del sistema judicial». La ÁVO no respondió. Un año

después, un miembro del Parlamento expuso quejas similares, pero cuando llegó el momento de debatir su carta en el Parlamento ya había huido del país^[33]. En 1946, no era en absoluto seguro formular tales críticas. Como en Polonia, la policía política húngara no debía rendir cuentas a nadie salvo a sí misma. También como en Polonia, creció con rapidez. En febrero de 1946, la organización de Péter en Budapest empleó a 848 miembros. En 1953, y rebautizada de nuevo como Autoridad de Protección del Estado (Államvédelmi Hatóság, o ÁVH), contaba con 5751 empleados en su cuartel general, y con muchos más informantes^[34].

Desde el inicio, asesores soviéticos se colocaron en la organización. El «consejero Orlov», al que un funcionario del Ministerio del Interior describió como a un agente del NKVD «vestido de civil», se instaló en el número 60 de la calle Andrassy en febrero de 1945. Otros tres policías armados —estos vestidos con el uniforme del NKVD— estaban siempre preparados para ayudarlo^[35]. Llegado el mes de marzo, ya se había establecido toda una cadena de mando. En lo más alto se encontraba el general Fiodor Bielkin, oficialmente miembro del Consejo de Control Aliado, pero en la práctica jefe del mando de inteligencia en Europa del Este del NKVD, que tenía su base en Baden, en las afueras de Viena. A partir de 1947, el NKVD mantuvo además un representante permanente en Budapest —al que se conocía como teniente Kremnov o Kamenovic—, cuya ayuda fraternal resultó más adelante esencial para la organización de los juicios políticos amañados en Hungría. Por debajo de ellos había un grupo numeroso de asesores semipermanentes. Incluso en noviembre de 1952 había todavía treinta y tres agentes de policía secreta soviéticos más trece de sus familiares en la plantilla oficial de la ÁVH húngara. Además de un sueldo relativamente alto, recibían apartamentos amueblados, gastos de viaje, acceso gratuito a instalaciones deportivas, como piscina, ajedrez, dominó, mesas de ping-pong, y servicio doméstico. Los fines de semana salían a cazar. Según un antiguo ministro del Interior, esos «asesores» soviéticos recibían a diario informes de los servicios de inteligencia y mantenían reuniones frecuentes con sus homólogos húngaros. (Sus consejos eran aceptados, pero parece que nunca se quedaron convencidos de la lealtad de la nación a la que habían elegido servir. La noche del 29 de octubre de 1956 —cuando pareció brevemente que la Revolución húngara podría terminar con una retirada soviética del país—, todos ellos, temiendo la venganza de la multitud, subieron a un avión y regresaron a Moscú^[36].)

Los jefes de la policía secreta húngara mantenían un estrecho contacto con sus mentores soviéticos. Péter establecía contacto diario con Orlov, según Farkas^[37]. Pero los rusos también mantenían otras fuentes de influencia en Budapest, a través de una pequeña comunidad de húngaros soviéticos o soviéticos y en su mayoría oculta, pero también poderosa, que habían nacido o habían pasado la mayor parte de su vida en la URSS. Uno de ellos, János Kovács, un coronel del NKVD de origen húngaro, fue el segundo de Péter de enero de 1945 hasta su muerte en 1948. Un papel aún más relevante fue el que desempeñó Rudolf Garasin, un hombre cuya biografía oficial parece no ajustarse demasiado a la influencia que ejerció más adelante, y cuya historia ilustra que los húngaros también tuvieron acceso a caminos ocultos hasta el poder de la policía secreta.

Garasin había nacido en Hungría pero de adolescente había terminado como preso político en Rusia, después de la Primera Guerra Mundial. Radicalizado tras tal experiencia, se unió a los bolcheviques, se alistó al Ejército Rojo y participó activamente en la Revolución rusa y después en la Guerra Civil rusa. Después de eso no regresó a Hungría —la breve revolución de Béla Kun ya había terminado—, sino que decidió instalarse en la Unión Soviética^[38]. Según el mismo Garasin, su carrera posterior en la URSS fue poco interesante. De acuerdo con un memorando que escribió para historiadores del partido húngaros, fue un miembro activo de la comunidad de exiliados húngaros en la URSS, estudió ingeniería y trabajó para el Ministerio Soviético de Industria Ligera. Volvió a formar parte del Ejército Rojo como oficial durante la guerra, pero tras resultar herido terminó trabajando lejos de la línea de combate. Según escribió, en la primavera de 1944 fue llamado súbitamente a Moscú y lo llevaron a conocer a un cargo político del ejército. «Mientras tomábamos té, un teniente del Ministerio del Interior apareció con una gorra azul y, sin decir palabra, me acompañó hasta un coche que me llevó a la plaza Marx-Engels. Allí otro teniente me estaba esperando, me abrió una puerta, yo la crucé y me dejó allí. No había nadie en el vestíbulo.» Finalmente, dos figuras aparecieron de la oscuridad y el misterio quedó resuelto: Rákosi y Mihály Farkas le daban la bienvenida con los brazos abiertos.

Según la descripción que Garasin hace de la escena, el camarada Rákosi regañó jovialmente al camarada Garasin por haber estado desaparecido tanto tiempo («habían tardado un año en encontrarme») y después le pidió ayuda: quería que Garasin seleccionara a voluntarios de una de las «escuelas

antifascistas» de la URSS para formar una unidad de partisanos que entraría en Hungría junto al Ejército Rojo, igual que la banda de Kuibishev había entrado en Polonia junto al Ejército Rojo. «Escuelas antifascistas» era un eufemismo para referirse a campos de rehabilitación de prisioneros de guerra, donde los oficiales y soldados húngaros detenidos aprendían a convertirse en comunistas. Garasin hizo lo que le pidieron. Le presentaron al grupo de húngaros en el Instituto 101, nombre con el que pasó a conocerse lo que había sido el cuartel general de la Komintern. Más adelante visitó la «escuela antifascista» de Krasnogorsk, donde le impresionó el entusiasmo de los candidatos. Garasin recordó que la mayoría de ellos estaban tan ansiosos por volver a Hungría y luchar contra sus antiguos aliados alemanes que se ofrecieron voluntarios sin vacilar. Garasin también conoció a los «maestros» de la escuela, muchos de los cuales se convertirían con el tiempo en dirigentes del gobierno comunista húngaro.

El intento de Garasin de formar una unidad partisana avanzó con bastante lentitud, ya que en el verano de 1944 Hungría y los partisanos húngaros no eran una prioridad para el Ejército Rojo. A los voluntarios les resultaba difícil llegar a Ucrania, justo por detrás de la primera línea, donde se suponía que debía llevarse a cabo la formación. El tren de la unidad salió tarde, hubo confusión respecto a la ropa y el equipamiento, y los comandantes locales en Ucrania no estaban preparados para su llegada. Sin embargo, finalmente empezaron a entrenar y aprendieron a utilizar explosivos y a competir en simulacros de batallas.

De vez en cuando, el equipo recibía la noticia de que alguien de más arriba estaba interesado en su progresión. Un día vieron un avión soviético trazando círculos sobre sus cabezas, intentando aterrizar, y espantaron a un grupo de vacas para que tuviera una pista despejada. Mientras el motor del avión rugía, uno de los ideólogos comunistas más conocidos, Zoltán Vas, salió de la cabina de mando y perdió las gafas en la confusión. Vas dio una larga charla muy detallada con la que les describió la prometedora situación en el frente y los animó a luchar con todas sus fuerzas. Cuando se disponía a regresar a Moscú, Garasin bromeó con que Vas debería, en el futuro, avisar al grupo sobre cuándo tenía previsto llegar, «¡para que podamos hacer prácticas de tiro contra el avión!». Al parecer, eso era lo que se consideraba sentido del humor en el frente ucraniano.

Los partisanos cambiaron de campamento varias veces a medida que el frente se desplazaba, lo cual dio lugar a varias aventuras. En sus memorias

inéditas, Garasin confesó que tuvo una relación con una mujer llamada Anna. Recordó las constantes dificultades con la provisión de comida, que se resolvieron cuando la unidad invadió un molino de la zona y confiscó sus productos, lo que provocó un intenso malestar entre los campesinos de la localidad. Otro momento de tensión se produjo durante una reunión con Rákosi, quien atacó a Garasin por haber formado una «compañía totalmente judía». Garasin se quedó «tan impresionado que me quedé inmóvil, no podía creérmelo». Reflexionó sobre ese extraño arrebato y se encargó de comunicarle a Rákosi —quien, como se ha dicho, era judío— que se equivocaba de medio a medio. Cuando los contó, descubrió que solo había seis judíos en la unidad.

Finalmente, llegó el momento de la liberación. A principios de febrero de 1945, Garasin y sus tropas cruzaron los Cárpatos y él entró en Hungría por primera vez después de treinta años. El 12 de febrero habían llegado ya a Debrecen, la ciudad del este que se había convertido temporalmente en la capital. Y ese fue el fin de la aventura. A Garasin, ciudadano soviético, se le asignó de inmediato un trabajo con el Consejo de Control Aliado. Perdió el contacto con sus partisanos, se dedicó a la propaganda y a trabajos de impresión y, según la versión oficial de los hechos, regresó a la Unión Soviética^[39].

De manera involuntaria, el relato que Garasin ofrece de su vida pinta una imagen ingeniosa y veraz de los partisanos comunistas húngaros. Más adelante serían alabados por los futuros líderes comunistas como héroes de guerra, pero en ese momento el Ejército Rojo los trató claramente como algo secundario. La historia de Garasin es también importante por lo que desconocemos de ella. De hecho, no sabemos con exactitud lo que estuvo haciendo durante las décadas de 1920 y 1930, o dónde se encontraba en los años inmediatamente posteriores a la guerra, y son muchos los que sospechan que ocupó un cargo de importancia en el NKVD soviético^[40]. Con el tiempo, Garasin se convertiría en el hombre que había «importado» las técnicas del Gulag soviético a Hungría.

La historia de la vida de Garasin ilustra también el importante papel que, desde el comienzo, en Europa del Este en general y en Hungría en particular, desempeñaron los agentes de la policía secreta, no como meros colaboradores locales o miembros reclutados, como lo habían sido en su mayoría la banda de Kuibishev, sino como ciudadanos soviéticos, y probablemente agentes de la policía secreta soviética. Garasin era húngaro de nacimiento, pero según él

mismo estaba totalmente integrado en la vida soviética. Su mujer era rusa, tuvo una educación rusa, y entre 1915 y 1945 vivió en Rusia. No es que Garasin tuviera una opinión favorable de la Unión Soviética, sino que él era soviético. Por eso no resulta sorprendente que cuando se hizo cargo de los campos de trabajos forzados de Hungría a principios de la década de 1950, los organizara deliberadamente al estilo soviético^[41].

Como hemos visto, el NKVD ya había organizado cuadros de confianza entre los comunistas alemanes antes incluso de entrar en Berlín. Había seleccionado a su agente más experimentado para que los condujera. En abril de 1945, el general Serov se despidió de Varsovia y viajó a Alemania, donde de inmediato dividió Berlín y el resto de las ciudades de la zona soviética en «sectores de operación». Sin embargo, no dio de inmediato ningún poder real a la policía alemana. Los agentes soviéticos consideraban a los alemanes — incluso a los comunistas alemanes— más necesitados de tutela que otros europeos del Este. Los policías comunes alemanes no pudieron llevar armas hasta enero de 1946. Incluso después, las autoridades alemanas controlaban a la policía civil, y todas las decisiones en cuanto al personal tenían que ser aprobadas por la Administración Militar Soviética^[42]. No fue hasta marzo de 1948 cuando el jefe del Ministerio del Interior Soviético en la zona oriental se mostró de acuerdo en informar a la cúpula del partido comunista alemán sobre a quiénes tenían intención de detener.

Con cautela, y al principio tan solo a pequeña escala, los administradores soviéticos empezaron a establecer una policía política alemana en 1947. Incluso entonces, no todos aprobaron la idea. En Moscú, el ministro del Interior soviético, Viktor Abákumov, argumentó que una nueva fuerza policial se convertiría en el objetivo de la propaganda occidental, y que se arriesgaban a ser vistos como la «nueva Gestapo». Y lo más importante, seguía sin confiar en los alemanes y se quejó de que «no había los suficientes cuadros alemanes que hubieran sido rigurosamente analizados». El reclutamiento comenzó pese a tales objeciones, tal vez, como Norman Naimark sospecha, porque el NKVD finalmente se había dado cuenta de que la limitada comprensión del alemán y de Alemania por parte de sus agentes estaba creando un enorme resentimiento. Aun así, tuvo que pasar algún tiempo para que ese nuevo departamento —conocido como K5, o en ocasiones Departamento K— adquiriera verdadero poder. Creado originariamente para vigilar a la propia policía, los empleados del K5 recibían órdenes directas de los funcionarios del Ministerio del Interior soviético, eludiendo así las nascentes estructuras

gubernamentales regionales y centrales^[43]. Uno de los pocos documentos que han sobrevivido de esa época (la mayoría de ellos fueron retirados por el KGB o tal vez destruidos en 1989 o con anterioridad) menciona una reunión de formación departamental e incluye una lista de asistentes. En lo alto de la lista aparece un grupo de asesores soviéticos^[44].

En este sentido, el K5 sí se parecía a la policía política del resto de Europa del Este: como en Hungría, Polonia y en la propia URSS, esa nueva policía política fue en sus inicios extragubernamental y actuaba al margen de la legalidad común. No fue hasta 1950 cuando el nuevo gobierno de Alemania del Este aprobó una auténtica «Ley sobre la Formación de un Ministerio para la Seguridad del Estado» que creó el Ministerio para la Seguridad del Estado^[45]. Incluso entonces, los expertos soviéticos de la Stasi fueron prudentes. Destituyeron a Erich Mielke, el primer jefe de la organización — tenía algunas lagunas sospechosas en su biografía, tras haber pasado parte de la guerra en Francia—, y pusieron a su candidato, Wilhelm Zaisser, al mando de la nueva agencia^[46].

Como la UB polaca o la ÁVO húngara, la Stasi se formó tomando como modelo el NKVD (que también cambió de nombre después de la guerra y pasó a ser el KGB), y las estructuras departamentales de las tres imitaban a las del KGB. Sin embargo, la Stasi imitó al KGB hasta un punto extraordinario. La policía secreta alemana utilizó métodos soviéticos de codificación y cifrado hasta 1954, e incluso aprendió a coser archivos policiales con hilo, como los empleados del KGB hacían en Moscú^[47]. Consultaban a los camaradas soviéticos sobre asuntos como la tinta invisible o la microfotografía^[48]. Y lo que resulta aún más importante, los agentes de la Stasi se referían a sí mismos como «chequistas», en honor a la primera organización de policía secreta bolchevique, fundada en 1918. También utilizaban un símbolo muy similar al del KGB, con la espada y el escudo, y con frecuencia rendían homenaje a los «amigos» soviéticos en su propia literatura^[49]. Un manual interno de la historia de la Stasi explicaba que «los chequistas soviéticos bajo el liderazgo de Lenin y el partido comunista soviético crearon el modelo básico de los órganos de seguridad del estado socialista». Todos los alemanes del Este, añadía el manual, sabían que «aprender de la Unión Soviética significa aprender a ganar». Los miembros de los servicios de seguridad sabían, además, que «aprender de los chequistas soviéticos significa aprender a desarmar incluso al enemigo más sofisticado^[50]».

Al principio, la Stasi reclutaba solo personal del K5 y de cuadros del partido comunista. Aun así, el 88 por ciento de los candidatos iniciales fueron rechazados por tener familiares en Occidente, por haber pasado tiempo fuera del país o por tener una biografía política inaceptable, por la causa que fuera. Como en otros lugares del bloque, los reclutadores, siguiendo el consejo de los soviéticos, preferían a los jóvenes sin estudios ni experiencia antes que a comunistas mayores con experiencia antes de la guerra^[51]. Algunos eran «graduados» de los programas de formación y adoctrinamiento establecidos en los campos de prisioneros de guerra soviéticos, pero muchos de los primeros reclutados eran adolescentes cuando terminó la guerra y no tenían ninguna experiencia. Uno de los primeros reclutados de la Stasi describe a sus colegas —«nuestra generación»— como «gente que no había estado implicada en el Tercer Reich, sino que los había formado la guerra^[52]». Muchos procedían de entornos desfavorecidos o «proletarios», y si tenían alguna formación era fundamentalmente ideológica. En 1953, el 92 por ciento eran miembros del partido comunista de Alemania del Este. En la práctica, necesitarían a instructores y encargados soviéticos durante muchos años^[53].

Wolfgang Schwanitz, un joven estudiante de derecho que empezó a trabajar para la Stasi en 1951, era en ese sentido el típico miembro nuevo del cuerpo. Más de cincuenta años después, recordó que «no sabía nada en absoluto sobre los órganos de seguridad, no había oído hablar ni había leído nada sobre ellos, y sentía curiosidad por saber qué esperaban de mí. [...] Me sentía como una virgen antes de pecar». Convencido de que era «necesario proteger a la RDA», aceptó el trabajo^[54]. Durante los meses siguientes, Schwanitz se sometió a una formación intensiva. Casi sin excepción, sus instructores fueron miembros de la policía secreta soviética: «Realmente nos llevaron de la mano, el asesor solía repasar todo lo que yo tenía que hacer durante el día, y después, por la noche, escuchaba lo que había hecho. Entonces me decía lo que había salido mal, o a veces bien». Les enseñaban habilidades prácticas —cómo reclutar a un informante, cómo montar un piso franco, cómo vigilar a un sospechoso, cómo llevar a cabo una investigación—, así como teoría marxista-leninista e historia del partido comunista. Otros recibieron menos formación: uno de los primeros miembros recuerda haber sido «arrojado al trabajo». Lo metieron en una habitación con dos o tres personas más —y con una motocicleta que compartiría con quince hombres— y le dijeron que saliera a organizar células de la Stasi en diversas ciudades. Después, las células deberían «clonarse^[55]».

Schwanitz se sintió halagado por tanta atención, como les sucedió también a muchos otros. Günter Tschirschwitz, un joven policía cuya familia había abandonado Silesia al acabar la guerra, tenía solo veintiún años cuando en 1951 le pidieron que «viniera a Berlín» para una entrevista. Allí descubrió que se reuniría con agentes de la Stasi. Sus reclutadores eran hombres mayores, comunistas de preguerra. «Me contaron historias de su pasado antifascista», me dijo. Se sintió igualmente halagado por haber sido recomendado por la célula local de su partido, cuya carta de aprobación guardó durante décadas. El joven allí descrito sin duda parecía tener un futuro prometedor: «Tiene conocimientos políticos por encima de la media. Se esfuerza por ampliar sus conocimientos y estudia en su tiempo libre. Estudia con diligencia al partido comunista alemán, y es una persona con conciencia de clase. Su actitud hacia la Unión Soviética y la RDA es siempre positiva. Es miembro del comité de la quinta célula del partido, contribuye activamente a las labores del partido y escribe para el boletín^[56]».

La recomendación lo describía también como un miembro «de confianza» y «solidario», y al final se declaraba que había sido aceptado. Según él mismo, en un momento determinado se plantearon que trabajara como interrogador, pero terminó convirtiéndose en escolta, tal vez el puesto más favorable en la policía secreta. Eso le gustó, dice, «porque no me habría gustado trabajar encerrado».

Años después, Tschirschwitz seguía sin profundizar en el conocimiento sobre el papel que la Stasi había jugado en la creación de Alemania del Este, y su sentimiento positivo sobre su formación soviética no había cambiado en absoluto. En una larga conversación sobre los años que pasó en el servicio de seguridad, recordó sobre todo los viajes que había realizado. En Praga había probado la maravillosa comida bohemia, en Viena le habían dado 200 chelines para que se los gastara en lo que quisiera y en Budapest los guardias de seguridad húngaros fueron hospitalarios. Recordó con cariño historias sobre la vez que viajó en tren hasta Moscú con Otto Grotewohl, el primer ministro de Alemania del Este después de 1949, y Wilhelm Pieck, y sobre la excelente colaboración que mantuvo con guardias de seguridad de Alemania occidental durante un viaje a Bonn en la década de 1970. Su carrera en la Stasi le había reportado una mejora en su posición social, un relativo bienestar económico y educación: todo ello gracias a los fraternales camaradas de la Unión Soviética^[57].

Los nuevos miembros de los servicios de la policía secreta de Europa

aprendieron técnicas de espionaje, técnicas de combate y métodos de vigilancia del NKVD y más adelante del KGB. De sus mentores rusos, aprendieron también a pensar como policías secretos soviéticos. Aprendieron a identificar enemigos aun cuando parecía no existir ninguno, ya que los policías secretos soviéticos conocían los métodos que sus enemigos utilizaban para ocultarse. Aprendieron a cuestionar la independencia de cualquier individuo o grupo que se considerara a sí mismo políticamente neutral, porque la policía secreta soviética no creía en la neutralidad.

También estaban instruidos para pensar a largo plazo e identificar a enemigos potenciales, así como a verdaderos oponentes del régimen. Esa era una obsesión sumamente bolchevique. El 22 de marzo, el propio Lenin había declarado que «cuanto más elevado sea el número de representantes del clero reaccionario y de la burguesía reaccionaria pasados por las armas, mejor será para nosotros. Debemos dar inmediatamente una lección a todas esas gentes, de tal manera que no se atrevan a soñar con ninguna resistencia durante décadas^[58]». En un ensayo escrito en beneficio de los cuadros futuros, uno de los historiadores de la Stasi explicó que «desde un principio la organización no podía limitarse a defenderse de los ataques del enemigo. Era y es un organismo que debe utilizar todos los medios en la lucha ofensiva contra los oponentes del socialismo^[59]».

Al mismo tiempo, a los policías secretos de Europa del Este también les enseñaban a sentir el desprecio y el odio que la Unión Soviética sentía hacia sus oponentes. Desde finales de la década de 1930, Stalin había empezado a referirse en público a los enemigos de la URSS en lo que un historiador ha llamado «términos higiénico-biológicos». Los tildaba de alimañas, de contaminación, de suciedad que tenía que «someterse a una purificación continua», como las «malas hierbas venenosas^[60]». Parte de esa ponzoña se advierte también en los informes de Czesław Kiszczak desde Londres, citados con anterioridad: «Quienes no se marchan y se quedan en Inglaterra por razones materialistas probablemente prestarían ciertos servicios a cambio de dinero, ya que son los productos típicos de la Polonia [de preguerra], gente sin sentimientos profundos, sin ambición ni honor...^[61]».

Finalmente, los camaradas soviéticos enseñaron a sus protegidos que cualquiera que no fuera comunista era, por definición, sospechoso de ser espía extranjero. Tal convicción cobraría gran fuerza en toda Europa del Este en plena guerra fría, apoyada por propaganda maniquea que mostraba al pacifista Este en una batalla constante contra el belicista Oeste. Sin embargo, en

Alemania del Este esto se convirtió en una obsesión. Allí, la proximidad de Alemania del Oeste y la relativa apertura de Berlín durante las décadas de 1940 y 1950 significó que el nuevo Estado de Alemania del Este estuviera rodeado, y también lleno, de un gran número de occidentales. La mentalidad de la Stasi estuvo determinada permanentemente por las experiencias de esa época, hasta el punto de que, más adelante, a sus miembros les costaba distinguir entre espías y vulgares disidentes. Un historiador interno de la Stasi describió la época de posguerra como un período de lucha contra los partidos políticos de Alemania del Oeste, así como la «llamada Comisión de Abogados Libres», el Grupo de Combate contra la Falta de Humanidad (Kampfgruppe gegen Unmenschlichkeit, o KGU) y otros grupos en favor de los derechos humanos activos en Berlín oriental en ese momento. Esos grupos, en la memoria colectiva de la Stasi, no habían sido diseñados para favorecer la libertad de expresión ni la democracia, sino que su propósito era más bien «aislar a la RDA en la esfera internacional» y socavar el Estado. Tenían una «fuerte base social en la RDA» solo gracias a la persistencia de las formas de producción capitalista y las maneras de pensar fascistas, por lo que había sido necesario luchar contra ellas y sus «panfletos difamatorios» con gran energía^[62].

Esta lucha contra los poderosos, no identificados y cuidadosamente enmascarados representantes de estados extranjeros adoptaría muchas formas. Desde el principio, requirió una estrecha vigilancia de cualquiera que estuviera en contacto con extranjeros, que tuviera familiares fuera del país o que hubiera viajado al extranjero en el pasado. Los alemanes del Este tenían listas con los nombres de las personas que estaban en contacto con la prensa occidental, y en particular con la Radio del Sector Estadounidense (Rundfunk im amerikanischen Sektor, o RIAS), que emitía bajo los auspicios de las autoridades de ocupación estadounidenses. También se llevaron a cabo varios esfuerzos para identificar a los informantes y espías de la emisora^[63].

Lo mismo sucedió en Hungría, donde todos los húngaros que tenían contactos extranjeros eran considerados espías. Después de que Ilona y Endre Marton, dos húngaros nativos, fueran nombrados corresponsales en 1948 de los servicios de teletipo norteamericanos, Associated Press y United Press, un grupo de policías e informantes los siguieron día y noche, según ha explicado su hija, Kati Marton. La visita a una cafetería, el coqueteo con un colega, una tarde de esquí; todo eso lo documentó la ÁVO húngara en un expediente que en el año 1950 había alcanzado las mil seiscientas páginas. Aunque no eran

espías —al contrario, algunos diplomáticos estadounidenses desconfiaban mucho de ellos—, cuando finalmente los Marton fueron detenidos en 1955, el «Plan para el interrogatorio de la señora Marton» incluía alusiones a «la gente a la que ha conocido desde 1945 y la clase de relación que estableció con ella», como también a «sus relaciones con los norteamericanos y su espionaje» y «su devoción por el estilo de vida occidental^[64]».

La lucha contra los enemigos también hacía necesario que, desde el principio, la nueva policía secreta dominara el delicado arte de hacer amigos y cultivar la relación con los informantes. Como el enemigo estaba oculto, solo podría ser descubierto mediante subterfugios y una atenta colaboración con aliados secretos, tanto en el propio bando como en el bando enemigo. Uno de los primeros documentos de instrucción de la Stasi expone de manera muy precisa la enorme importancia de esa clase de reclutamiento:

Siendo la labor específica del [Ministerio para la Seguridad del Estado] descubrir y destruir al enemigo en todos los ámbitos utilizando métodos de conspiración, la colaboración no oficial tanto con los ciudadanos de nuestra república como con los patriotas que se encuentran en el bando enemigo se hace totalmente necesaria. Aquellos ciudadanos que se implican en esta clase de colaboración están expresando un grado de confianza particularmente alto hacia el MfS [Stasi]. Como esta forma de colaboración es de importancia vital para nuestro trabajo, todos los miembros del MfS deben recibir formación para amar esta importante labor, así como para respetar y valorar a los luchadores y patriotas en la línea de combate invisible^[65].

En la práctica, esto significó que la policía secreta tenía que estar instruida en las artes de la persuasión, el soborno, el chantaje y la amenaza. Tenía que convencer a mujeres de que espíaran a sus maridos, a niños de que delataran a sus padres. Tenían que aprender, por ejemplo, a identificar y controlar a gente como Bruno Kunkel, alias Max Kunz, que empezó a trabajar en secreto para la Stasi en 1950, y cuyo expediente intacto revela hasta qué punto la policía secreta necesitaba tener controlados a sus colaboradores más próximos, a la gente que trabajaba para ella en un sistema de conspiración. El expediente de Kunkel incluye todas sus afiliaciones políticas y profesionales (grupo de juventudes comunistas, aprendiz de mecánico), así como todos los miembros de su familia y sus afiliaciones políticas y profesionales^[66]. Contiene también varios perfiles psicológicos que le realizaron colegas y superiores, no todos ellos muy halagadores («K. tiene poca fuerza de voluntad. Muestra un carácter flojo y es superficial. [...] Su conciencia de clase no está lo bastante desarrollada. Pero simpatiza con la Unión Soviética y su orden democrático antifascista»). Cuando finalmente lo contrataron, ya lo habían sometido a una investigación meticulosa, pero aun así tuvo que pronunciar un sombrío juramento:

Yo, Bruno Kunkel, declaro firmemente que me comprometo a trabajar para el organismo de seguridad estatal de la RDA. Me comprometo a localizar a aquellos individuos cuyas actividades estén dirigidas en contra de la RDA o la Unión Soviética y delatarlos de inmediato. Prometo cumplir con precisión las órdenes que me dé mi superior. Se me ha explicado que mi obligación hacia el organismo de seguridad estatal debe permanecer en secreto y me comprometo a no comunicársela a nadie, ni siquiera a los miembros de mi familia. A fin de mantener el secreto, firmaré los informes que entregue a mano con el nombre en clave de Kunz. Seré castigado severamente si divulgo esta declaración, que lleva mi firma^[67].

Firmó como «Bruno Kunkel» y como «Max Kunz», y al parecer fue un agente secreto leal, ya que poco después abandonó sus actividades conspirativas y pasó a trabajar para la Stasi a tiempo completo.

En los años siguientes, decenas de miles de hombres por toda Europa del Este tuvieron que ser convencidos para firmar documentos similares. Una vez firmados, tenían que someterse a una estricta vigilancia y demostrar que realmente guardaban secretos y que la información que aportaban era de confianza. Los informantes vigilaban a la gente, pero la policía secreta tenía que aprender a vigilar a sus informantes. Con el transcurso del tiempo, la policía secreta de Europa del Este tendría que esforzarse para mantener un nivel imposible de vigilancia contra un enemigo desconocido y a menudo inidentificable, dentro y fuera del país, dentro y fuera del partido, dentro y fuera de su propia organización. No se trataba de una forma de pensar que favoreciera la cooperación democrática.

La violencia

Está bastante claro: tiene que parecer democrático, pero todo debe quedar bajo nuestro control.

WALTER ULBRICHT, 1945^[1]

Desde el principio, la Unión Soviética y los partidos comunistas de Europa del Este persiguieron sus objetivos mediante la violencia. Controlaban los «ministerios de poder» del Interior y Defensa de todos los países, y utilizaban a los efectivos de la policía y a los ejércitos incipientes en su favor. Después del final de la guerra, no había la violencia masiva e indiscriminada del Ejército Rojo durante su marcha hacia Berlín, sino que se trataba de una violencia política mucho más selectiva y cuidadosamente dirigida: detenciones, palizas, ejecuciones y campos de concentración. Todo ello dirigido a un número relativamente pequeño de enemigos reales, presuntos, imaginados y futuros de la Unión Soviética y los partidos comunistas. Pretendían destruirlos físicamente y crear la sensación de que cualquier forma de resistencia armada era inútil^[2].

Por supuesto, no era eso lo que decían. Al menos al principio, el NKVD y las nuevas fuerzas policiales secretas declararon en voz alta la guerra a los vestigios del fascismo, mientras que los agentes soviéticos y los partidos comunistas locales dirigían su más violenta propaganda contra los colaboradores y colaboracionistas nazis. En eso no se diferenciaron de los gobiernos nacionales restaurados de Francia, los Países Bajos y el resto de la Europa anteriormente ocupada^[3]. Pero en todos los países ocupados por el Ejército Rojo, la definición de «fascista» se volvió más amplia con el tiempo, y se expandió hasta incluir no solo a colaboradores nazis, sino a cualquiera que no contara con la aprobación de los ocupantes soviéticos y de sus aliados locales. Con el tiempo, la palabra «fascista», al más puro estilo orwelliano, se utilizó para describir a los antifascistas que también eran anticomunistas. Y cada vez que la palabra expandía su significado, se llevaban a cabo detenciones.

Algunos de esos «fascistas» habían sido identificados con anterioridad. El

historiador Amir Weiner señala que el NKVD había estado elaborando listas de «enemigos» potenciales en Europa del Este —en Polonia y en los estados bálticos en particular— durante muchos años (aunque Weiner establece una distinción entre el «excelente» conocimiento de Polonia por parte del NKVD y su sumamente pobre «entendimiento» histórico y cultural^[4]). Recopilaban los nombres de periódicos, espías y diplomáticos. Cuando no disponían de nombres, el NKVD preparaba listas de la «clase de gente» que debería ser detenida. En mayo de 1941, el propio Stalin proporcionó una lista de estas para los recién ocupados territorios de Polonia oriental. Exigió la detención y el exilio no solo de «miembros de organizaciones contrarrevolucionarias polacas», sino también de sus familiares, así como de las familias de antiguos oficiales del ejército polaco, antiguos policías y antiguos funcionarios^[5].

No todas las detenciones tenían lugar de inmediato. En varias ocasiones, Stalin ordenó a los comunistas de Europa del Este que procedieran con cautela mientras establecían el nuevo orden social. El por entonces pequeño partido comunista polaco recibió un mensaje de Moscú en la primavera de 1944 en el que se ordenaba a sus líderes que trabajaran con *todas* las fuerzas democráticas («todas» aparecía subrayado) y dirigieran su propaganda a los «miembros ordinarios» de otros partidos más «reaccionarios^[6]». La política inicial de Stalin era andarse con cautela, para no molestar a los aliados y para ganarse a la gente mediante la persuasión, furtivamente. Ese es el motivo por el que se celebraron elecciones libres en Hungría, por el que algunos partidos políticos independientes fueron tolerados en todas partes y por el que, ya en 1948, Stalin pidió a los comunistas de Alemania del Este que siguieran una «política oportunista» que implicaría «avanzar hacia el socialismo no de manera directa, sino en zigzag y dando algún rodeo». Para su horror, Stalin llegó a sugerirles que tal vez deberían admitir a ex nazis en sus filas^[7]. El modelo de «frente nacional» se había inculcado a todos los comunistas locales que habían llegado en avión de Moscú o a pie con el Ejército Rojo: no debían utilizar eslóganes comunistas, no debían hablar de la dictadura del proletariado y no debían hablar sobre coaliciones, alianzas ni democracia.

Pese a esas moderadas intenciones, la violencia se aceleró con rapidez, no siempre de manera intencionada. A menudo, las órdenes de avanzar despacio no podían cumplirse porque los soldados y funcionarios soviéticos no estaban preparados intelectual ni psicológicamente para las consecuencias de una política de esa clase. Para un oficial soviético, educado en escuelas bolcheviques e instruido en el Ejército Rojo o el NKVD, cualquier

participante activo de cualquier grupo político que no fuera el partido comunista era, por definición, un sujeto sospechoso, probablemente un espía o un saboteador. Los miembros del Politburó en Moscú podían hablar en teoría sobre la creación de «democracias sociales», pero los administradores soviéticos sobre el terreno eran con frecuencia incapaces de tolerar algo que no fuera un Estado totalitario. Reaccionaron horrorizándose de manera instintiva cuando los ciudadanos recién liberados empezaron a ejercer la libertad de expresión, de prensa y asociación que la retórica del nuevo régimen parecía prometerles.

La violencia también se aceleró porque las expectativas de los nuevos administradores militares y de los comunistas locales se vieron truncadas rápidamente. Tras lo que el Ejército Rojo consideraba su marcha triunfal a través de Europa, los comunistas locales esperaban que la clase obrera se uniera a la revolución. Y cuando eso no sucedió, montaron en cólera con frecuencia ante el «incomprensible espíritu de resistencia e ignorancia total» de sus compatriotas, como lo expresó un funcionario del partido de Varsovia^[8]. Su frustración, unida a la fuerte disparidad de las culturas soviética y de la Europa del Este, también alimentó directamente la violencia política.

En algunos países no hubo un momento inicial de ocupación «liberal». En Polonia, la Unión Soviética trató al Ejército Nacional polaco y en particular a sus divisiones de partisanos de la mitad oriental del país con intensa hostilidad desde mucho antes de que terminara la guerra. La primera invasión y ocupación soviéticas de la parte oriental de Polonia en 1939 habían llegado acompañadas de detenciones y deportaciones masivas de comerciantes, políticos, funcionarios y sacerdotes polacos. La violencia culminó en el tristemente famoso asesinato de por lo menos 21 000 oficiales del ejército polaco en los bosques de Rusia occidental, una tragedia que se conoce como «la matanza de Katín», por la población en que se descubrió la primera fosa común. Entre las víctimas de Katín había muchos reservistas que, como civiles, habían trabajado de médicos, abogados y profesores universitarios: una vez más, la élite intelectual y patriótica polaca. El Ejército Nacional polaco, los exiliados y la cúpula de la resistencia conocían bien esa historia: el descubrimiento por parte de los nazis de una de las fosas comunes de Katín en 1941 había provocado una ruptura total en las relaciones diplomáticas entre el gobierno polaco en el exilio y la URSS.

No obstante, en la época de la segunda invasión soviética en 1944, el

Ejército Nacional no era una organización fundamentalmente anticomunista. Por definición, era antinazi y antifascista, habiéndose constituido en 1942 como el brazo armado del movimiento de resistencia polaco, el Estado clandestino polaco. El antifascismo era prácticamente el único sentimiento político que unía a sus soldados, entre los cuales se encontraban miembros de los partidos socialista, socialdemócrata, nacionalista y de los campesinos. En su momento de mayor grandeza, el Ejército Nacional contaba con unos 300 000 partisanos armados, lo que lo convertía en el segundo mayor movimiento de resistencia de Europa después de los partisanos yugoslavos, por lo menos hasta que la resistencia francesa se expandió después del día D. El Ejército Nacional dependía legalmente del gobierno constitucional polaco en el exilio en Londres, lo que le proporcionaba legitimidad y continuidad con la Polonia de preguerra, algo de lo que no gozaba ninguno de los movimientos de resistencia más pequeños del país^[9].

El propio Ejército Nacional actuaba sobre la base de que sus dirigentes desempeñarían un papel fundamental en la formación del gobierno provisional de posguerra, igual que los seguidores de Charles de Gaulle en Francia. Sus soldados se veían a sí mismos, con razón, como aliados, junto con Gran Bretaña, Francia y la URSS. Ante la inminente llegada del Ejército Rojo, el Ejército Nacional tomó la determinación de movilizarse contra los alemanes en retirada e iniciar una cooperación táctica con el Ejército Rojo. Las unidades del Ejército Nacional estaban sometidas a la orden de no luchar contra las tropas soviéticas desde octubre de 1943, cuando el comandante del Ejército Nacional había solicitado que el gobierno exiliado en Londres tomara una decisión «históricamente transparente» sobre el asunto^[10]. Los líderes partisanos del Ejército Nacional habían recibido instrucciones de presentarse a las tropas del Ejército Rojo y de ayudar a los soldados soviéticos tanto como les fuera posible en su lucha contra los alemanes^[11]. También debían concentrar sus esfuerzos en liberar ciudades, a fin de ostentar cierta ventaja política más adelante^[12].

Algunos de los encuentros iniciales transcurrieron sin complicaciones. En marzo de 1944, oficiales de patrulla de reconocimiento del Ejército Rojo se encontraron con sus homólogos de la 27.ª División de Infantería del Ejército Nacional de Volinia, y convinieron en colaborar en la liberación de Kovel, parte de la Polonia de preguerra, hoy en la parte occidental de Ucrania. Los polacos accedieron a subordinarse al mando operacional soviético durante la batalla, y los soviéticos accedieron a dejarles munición y a reconocer su

independencia política. Durante tres semanas, soldados polacos y soviéticos lucharon codo con codo, tomaron varias poblaciones y sufrieron multitud de bajas^[13].

Si los objetivos políticos soviéticos hubieran sido distintos, ese podría haberse convertido en un modelo de cooperación para el futuro. Sin embargo, terminó mal. En julio, el comandante de la división polaca reiteró su deseo de seguir trabajando con el Ejército Rojo, pero manifestó que no cooperaría con el nuevo comité de liberación nacional polaco, de orientación comunista, en Lublin. La cooperación tocó a su fin. La división se vio rodeada de inmediato por tropas soviéticas, que la desarmaron. Algunos de sus miembros fueron enviados a campos de trabajos forzados, otros fueron detenidos^[14]. Cooperación, traición, desarme, detención: la mayoría de los posteriores encuentros entre el Ejército Rojo y el Ejército Nacional siguieron exactamente el mismo patrón^[15].

Cuando el Ejército Rojo llevó a cabo la segunda invasión de Polonia durante la primavera y el verano de 1944, sus interacciones con el Ejército Nacional fueron de gran interés para la cúpula soviética. Lavrenti Beria, el brutal y artero jefe del NKVD, presentaba detallados informes diarios sobre la situación en Polonia a Stalin, utilizando un lenguaje que parecía elegido a propósito para alarmar al líder soviético. El 29 de junio de 1944, por ejemplo, Beria entregó a Stalin una lista de «bandas polacas» (la palabra «banda» tenía una connotación de algo levemente delictivo) que se estaban preparando para pasar a la acción en «Bielorrusia occidental» (antes la parte oriental de Polonia, el territorio ocupado por la URSS desde 1939). Esas bandas, escribió, «están organizadas según los mismos principios que la Polonia de preguerra» (la Polonia de preguerra había sido capitalista, «aristocrática» y hostil a la URSS). Observó veladamente que mantenían «una conexión directa con los círculos militares del gobierno polaco en Inglaterra», y en una nota posterior señaló que a veces incluso se reunían con enviados de Londres (lo que significaba que debían ser instrumentos de influencia occidental). Calculaba que había entre 10 000 y 20 000 hombres armados en la zona y desconfiaba profundamente de todos ellos^[16].

Beria también observó que las «bandas» parecían estar preparando una importante ofensiva contra los alemanes, lo que resultó ser cierto. A finales de junio, los soldados del Ejército Nacional en antiguos territorios polacos se estaban preparando para la Operación Tempestad, una serie de alzamientos cuyo objetivo era liberar las ciudades polacas de la ocupación nazi antes de la

llegada del Ejército Rojo. El más famoso de ellos fue el Alzamiento de Varsovia, pero también se planearon alzamientos a escala menor en Vilna y Lvov (o Wilno y Lwów, como las llamaban los polacos). Beria estaba también en lo cierto al suponer que los dirigentes del Ejército Nacional se mantenían en contacto con Londres. Si bien su comunicación con el mundo exterior era primitiva e irregular, las unidades de partisanos de los bosques orientales se consideraban a sí mismas parte de un ejército regular, controlado por el gobierno polaco en el exilio londinense. También suponían que al término de la guerra los territorios polacos ocupados por la URSS en 1939 regresarían a la soberanía polaca, y que se restablecerían las fronteras que tenía el país antes de la guerra.

Con el tiempo, los comunicados de Beria fueron más lejos. No solo insinuaban veladamente que el Ejército Nacional era una fuerza de capitalismo aristocrático, sino también que sus líderes estaban colaborando con los alemanes. Utilizando un término propio del espionaje, escribió a Stalin que los «centros» del Ejército Nacional en Varsovia y Vilna «trabajan al servicio de los alemanes, se arman a expensas de los alemanes y promueven la agitación contra los bolcheviques, los partisanos [comunistas] y los koljoses, asesinando a los comunistas que quedan en los territorios de Bielorrusia occidental^[17]». Beria desconfiaba profundamente de las intenciones del comandante local en Polonia oriental, el general Alexander Krzyzanowski, más conocido en ese momento y desde entonces por su seudónimo Wilk («lobo»). Beria escribió en julio que el general Wilk era una figura sospechosa que había llegado a la región «de manera ilegal» desde Varsovia durante el período de ocupación alemana. Y lo que era aún peor, uno de sus subordinados se había identificado ante el Ejército Rojo y había pedido a los comandantes soviéticos colaboración en la liberación de Vilna. Beria consideró escandalosa esa petición —«¡los polacos creen que tienen derecho a tomar Vilna!»— y se quejó de que «este ejército polaco desorienta a la población». Según explicó, la gente de esa región debería llevarse la impresión de que debía su liberación a la Unión Soviética, y no a Polonia^[18].

Algunos argumentos del ataque de Beria contra el general Wilk suenan a ciertos. Muchos grupos de partisanos polacos en las regiones de los alrededores de Vilna, así como en Bielorrusia y Ucrania occidentales, sospechaban abiertamente de los comunistas, y no sin razón. Esos eran los territorios que la URSS ya había ocupado y aterrorizado entre 1939 y 1941, los territorios de los que medio millón de polacos habían sido deportados al

exilio y campos de concentración soviéticos. Los supervivientes estaban resentidos, eran conocedores de la matanza de Katín y, sin duda, creían que tenían derecho a recuperar Vilna, que había sido una ciudad polaca durante muchos siglos y en ese momento se encontraba dominada por una mayoría étnica polaca. No les avergonzaba utilizar los depósitos de armas que los alemanes habían dejado al marcharse, si con ello podían ayudar a liberar su país antes de la llegada del Ejército Rojo.

Sin embargo, decir que los batallones del Ejército Nacional trabajaban «al servicio de los alemanes» era ridículo. El general Wilk, que había combatido a los alemanes desde 1939, no era en absoluto fascista. Ni él ni ningún otro alto cargo dio órdenes de oponerse al Ejército Rojo, en ese momento o más adelante. La aversión de Beria hacia hombres como Wilk era ideológica, y tal vez también una cuestión de egolatría. Detestaba la idea de que unos advenedizos polacos no comunistas pudieran cuestionar a los oficiales soviéticos.

Esa actitud se reflejaba a lo largo de toda la cadena de mando. En un informe enviado al cuartel general en julio, un comandante soviético del Primer Frente Bielorruso dio parte de un encuentro con un «partisano» polaco —como Beria, entrecomilló la descripción—, quien, para sorpresa del comandante soviético, se había comportado como su igual. Señaló que el polaco le había dicho que era «capitán comandante de una división» y que le había pedido armas y ayuda. Unos días después, otro informe de campo describió un encuentro con otro grupo de partisanos polacos que habían atrapado a varios pilotos estadounidenses a los que habían derribado. Los polacos se negaron a entregar a los pilotos al Ejército Rojo cuando se lo ordenaron. «Esos no son partisanos —se quejó el coronel de campo—, ¡son divisiones polacas leales al gobierno polaco en Londres!^[19]» En realidad, eran ambas cosas. Sin embargo, el coronel no era capaz de ampliar sus miras para incluir a un partisano que no fuera un partisano soviético.

Hacia mediados de verano, toda intención de cooperación se había abandonado y la URSS empezó a tratar abiertamente al Ejército Nacional como a una fuerza hostil. A mediados de julio de 1944, Beria informó a Stalin de que había enviado a 12 000 soldados del NKVD para que «tomen las medidas chequistas necesarias» —es decir, para que utilizaran los métodos de la policía secreta— a fin de arrancar a los partisanos del Ejército Nacional que quedaban en el bosque y «apaciguar» a la población que los había estado alojando y alimentando^[20]. Como se ha comentado, también envió al general

Iván Serov al mando de todos ellos. Serov ya había supervisado la deportación de «elementos peligrosos» de Polonia oriental y los estados bálticos en 1939-1941, y había organizado la brutal deportación de toda la población tártara de Crimea en 1944. La «pacificación» de naciones pequeñas era su especialidad^[21].

Serov actuó con rapidez. El 17 de julio, comandantes del Ejército Rojo, actuando según sus órdenes, invitaron al general Wilk a una reunión. Nada más llegar, lo desarmaron y detuvieron. Durante los dos días siguientes convocaron, desarmaron y detuvieron a muchos de los hombres de Wilk. El 20 de julio, el Ejército Rojo ya había detenido y desarmado a 6000 partisanos del Ejército Nacional, entre ellos a 650 dirigentes^[22]. Atraídos por la promesa de apoyo y mejores armas, a casi todos los cogió desprevenidos. El 14 de julio, por ejemplo, a Henryk Sawala, un joven guerrillero partisano, se le dijo que su unidad se uniría a una nueva división polaco-soviética. Su comandante le explicó que recibirían formación durante seis semanas. Después, proseguirían en su avance junto al Ejército Rojo, con el apoyo de la artillería y los tanques soviéticos. Contento ante tal expectativa, Sawala se presentó el 18 de julio ante los oficiales soviéticos que él creía que liderarían esa nueva división. Fue detenido de inmediato.

«Nos recibió un grupo de cincuenta soldados [del NKVD] y nos desarmaron», relató más adelante. Algunos de sus compañeros partisanos se opusieron a la detención, prefiriendo «morir con honor». Sin embargo, como estaban en inferioridad numérica, la mayoría decidieron evitar una matanza innecesaria y entregaron las armas de inmediato. Todos ellos, incluido Sawala, fueron conducidos, bajo vigilancia armada y sin comida, a un campo temporal a unos cuarenta kilómetros de Vilna. Mientras la batalla se prolongaba en el oeste, esos partisanos preparados —hombres que habrían estado encantados de luchar contra los alemanes en retirada— se vieron obligados a vivir hacinados durante días, sin hacer nada: «Dormíamos los unos junto a los otros como sardinas en lata —recordó—, comiendo tan solo pan y arenques^[23]».

Finalmente, los convocaron a una reunión y les propusieron un trato. Un soldado vestido con el uniforme del ejército polaco —Sawala recordó que «era difícil entenderlo porque utilizaba más palabras rusas que polacas»— los exhortó a incorporarse a la división polaca del Ejército Rojo y a rechazar al «traicionero» gobierno de Londres. Jerzy Putrament, un escritor comunista polaco, se levantó y repitió el mismo mensaje. La respuesta no fue positiva.

Los partisanos arrojaron barro a la cara de Putrament y pidieron el regreso de su comandante. El agitador que hablaba mal en polaco abandonó entonces su tono educado y les espetó que todos ellos terminarían «partiendo piedras» en algún lugar si no se unían al Ejército Rojo de inmediato. Ahora furiosos, la mayoría de los hombres se negaron a hacerlo. Como era de esperar, los deportaron más hacia el este, a campos de trabajos forzados para prisioneros de guerra. A algunos los enviaron aún más lejos, al sistema del Gulag. Sawala terminó en un campo de Kaluga, al sudoeste de Moscú^[24]. El ataque al Ejército Nacional se vio complementado con violencia dirigida a cualquiera que pudiera simpatizar con la difícil situación del Ejército Nacional, incluidos los familiares. En total, el NKVD detuvo entre 35 000 y 45 000 personas en los antiguos territorios orientales de Polonia durante los años 1944-1947^[25].

Mientras se adentraban en territorios que incluso la URSS reconocía como polacos, los comandantes soviéticos no dejaron de recelar del Ejército Nacional ni de sus dirigentes. Al contrario, a medida que avanzaban por Polonia, los rusos se volvieron más crueles, más contundentes y efectivos. Cuando llegaron a la ciudad de Poznan, en la parte occidental del país, necesitaron tan solo una semana para detener a decenas de miembros del Ejército Nacional, encarcelarlos y someterlos a interrogatorios y torturas brutales. Después de eso, el NKVD llevó a cabo ejecuciones colectivas de miles de personas en los bosques de las afueras de la ciudad^[26]. Al mismo tiempo, el Ejército Nacional dejó de tratar al Ejército Rojo en su avance como a un aliado en potencia, y los partisanos del Ejército Nacional dejaron de identificarse ante los nuevos invasores. Algunos abandonaron las armas y se integraron en la población civil. Otros se quedaron en el bosque y esperaron a ver qué sucedía a continuación.

Las historias sobre lo sucedido en Polonia oriental llegaron rápidamente a Varsovia. Si bien los líderes del Ejército Nacional en la capital polaca mantenían tan solo un contacto esporádico con Londres, y aunque sabían poco acerca de cómo se estaba desarrollando la guerra, sí estaban al corriente de que el Ejército Rojo estaba deteniendo y desarmando a sus camaradas. En una atmósfera de confusión y pánico, el 1 de agosto iniciaron el valiente pero desastroso Alzamiento de Varsovia en un intento por derrocar a los nazis y liberar Varsovia antes de que el Ejército Rojo llegara a la parte central de la ciudad. Los alemanes contraatacaron brutalmente. Aviones británicos y estadounidenses, en su mayoría tripulados por aviadores polacos y sudafricanos, dejaron caer comida y munición para los rebeldes, aunque no

fue suficiente para garantizarles el éxito. El Ejército Rojo, por entonces justo al otro lado del río, se apostó en la periferia de la zona este y no hicieron nada. Stalin denegó el permiso a los aviones aliados cargados con ayuda para los rebeldes para aterrizar en territorio soviético^[27].

Aunque Stalin más adelante fingiría no saber nada del alzamiento, los espías del Ejército Rojo observaron el combate en Varsovia con gran atención y llevaron a cabo un estricto seguimiento del sentir de la población. A principios de octubre, cuando la rebelión se acercaba a su terrible y trágico final, un coronel del Ejército Rojo describió la situación en uno de los muchos informes detallados que llegaron a Moscú. Aunque cientos de miles de personas habían muerto y, en la práctica, la ciudad había dejado de existir — cuando el alzamiento hubo terminado, los alemanes dinamitaron sistemáticamente los edificios que habían quedado en pie y trasladaron a los supervivientes a campos de trabajo forzado—, su principal preocupación fue la relación entre lo que quedaba del Ejército Nacional y la mucho más pequeña Guardia Popular, la Gwardia Ludowa, el brazo armado del partido comunista. Se quejó de que el primero no compartía armas con la segunda. Y lo que era aún peor, los dirigentes del Ejército Nacional estaban difundiendo propaganda negativa sobre la URSS:

En comunicados, enfatizan la ayuda insignificante que los rebeldes han recibido en cuanto a lanzamientos de suministros desde el aire por parte de los soviéticos, y al mismo tiempo elogian los esfuerzos angloamericanos. Así, queda claro que esta organización está preparando acciones contra el Ejército Rojo. [...] También se están difundiendo rumores de que el Ejército Polaco [las tropas polacas bajo mando soviético] está formado por espías soviéticos que nada tienen en común con los intereses nacionales polacos^[28].

Cuando el alzamiento hubo terminado —después de que Varsovia quedara destruida, los líderes del Estado clandestino polaco estuvieran muertos o en campos de prisioneros alemanes, y unas 200 000 personas fueran asesinadas—, el tono de los informes de los oficiales de rango superior al cuartel general y el de los informes de Beria a Stalin se volvió más severo. El 1 de noviembre, Beria presentó un informe a Stalin en el que describía «la actividad antisoviética de las organizaciones revolucionarias de bandidos polacos blancos nacionalistas», en referencia a la cúpula del Ejército Nacional^[29]. Ese mismo mes, los altos cargos soviéticos recomendaron «incrementar las medidas de represión» contra todos los miembros armados del Ejército Nacional. Tropas del Ejército Rojo fueron retiradas del frente, se procuraron más efectivos del NKVD y también fuerzas de la nueva policía secreta polaca fueron enviadas a enfrentarse, literalmente, a la resistencia polaca^[30]. Gracias, sobre todo, a los refuerzos del NKVD, 3692 miembros del

Ejército Nacional quedaron arrestados en la tercera semana de noviembre de 1944. El 1 de diciembre, la cifra ascendía a 5069^[31].

El crudo enfrentamiento en la capital radicalizó a la población polaca. Muchos de los que habían esperado un final romántico y triunfal de la guerra ahora se sumieron en el nihilismo. En años posteriores, el Alzamiento de Varsovia se recordaría a menudo como un heroico último asalto en favor de la independencia de Polonia, y sus líderes se convertirían en héroes, primero de la resistencia anticomunista, y después del Estado poscomunista. La Varsovia contemporánea está llena de monumentos al levantamiento, y las calles y plazas de Varsovia llevan los nombres de sus líderes y combatientes. Sin embargo, en el invierno de 1944-1945, cuando se hizo evidente la realidad de la destrucción de la ciudad y a medida que aumentaba la brutalidad del Ejército Rojo, todos consideraron que el alzamiento había sido un terrible y desastroso error. Andrzej Panufnik, un músico y compositor muy patriótico, había estado fuera de la ciudad cuidando a su madre enferma cuando se produjeron los hechos. Cuando su padre regresó de la ciudad y empezó a describirle el «valiente sacrificio de hombres, mujeres y niños», Panufnik «tuvo el convencimiento de que el Alzamiento había sido un error terrible basado en la falsa esperanza de que los rusos acudirían al rescate^[32]». Szymon Bojko, un polaco que servía en la División Kosciuszko, la división polaca del Ejército Rojo, llegó a la ciudad en los últimos días del alzamiento y la vio arder desde el otro lado del río. «Experimenté una sensación de desastre —recordó después—. Nada político. Solo un mal presentimiento^[33].» En palabras del historiador Andrzej Friszke, el fracaso creó «un profundo pesimismo, una crisis de fe en Occidente, y la cruda evidencia de la dependencia que el país tenía de Rusia^[34].»

El pesimismo se volvería aún más profundo unos meses después, cuando la noticia del acuerdo de Yalta llegó a Polonia. Los polacos analizaron minuciosamente el lenguaje impreciso del tratado, en particular la petición de unas «elecciones libres y sin obstáculos» que no podrían ser controladas ni impuestas. Yalta se entendió, entonces y más adelante, como una traición occidental. Finalmente, la realidad se hizo evidente: los aliados occidentales no iban a ayudar a Polonia. El Ejército Rojo se mantendría en el poder en el Este^[35].

Después de Yalta, los líderes del Ejército Nacional jamás volvieron a tener la misma autoridad. Tras el alzamiento, la organización había reconstruido sus estructuras bajo el liderazgo del general Leopold Okulicki. Sin embargo, sin

los aliados occidentales y sin las decenas de miles de jóvenes combatientes que habían muerto en Varsovia, muchos polacos perdieron la fe en su capacidad de luchar contra la URSS. Consciente de haber perdido su legitimidad, Okulicki disolvió oficialmente el Ejército Nacional en enero. En su último mensaje, profundamente emotivo, pidió a sus soldados que no perdieran la fe:

Intentad ser los guías de la nación y los creadores de un Estado polaco independiente. En esta actividad, cada uno de nosotros debe ser su propio comandante. Con la convicción de que obedeceréis esta orden, de que os mantendréis leales solo a Polonia, a fin de facilitar vuestro futuro trabajo, y con la autorización del presidente de la república polaca, os eximo de vuestro juramento y disuelvo las filas del [Ejército Nacional]^[36].

Tras haber pedido a sus compatriotas que renunciaran a su pertenencia a la resistencia, el propio Okulicki se retiró. El resto de los dirigentes del Ejército Nacional también se mantuvieron ocultos, a la espera de un futuro mejor. Sin embargo, ese futuro no llegó. A finales de febrero, el NKVD estableció contacto con Okulicki y sus comandantes, y los invitó a una reunión con el general Serov en la periferia de Varsovia. Conscientes de que la policía secreta soviética conocía sus identidades, convencidos de que el Tratado de Yalta obligaba a la Unión Soviética a incluir a algunos no comunistas en el nuevo gobierno polaco, y con la esperanza de una salida mejor, asistieron a ella.

Ninguno de ellos regresó. Al igual que el general Wilk antes que ellos, dieciséis hombres fueron detenidos, trasladados a Moscú, encarcelados en la Lubianka (la prisión más conocida de la Unión Soviética) y acusado con arreglo a las leyes soviéticas de «preparar un alzamiento armado contra la URSS en alianza con los alemanes». En otras palabras, fueron acusados de tendencias «fascistas». La mayoría de ellos fueron condenados a largas penas en campos de concentración. Tres de esos hombres, entre ellos Okulicki, terminaron muriendo en prisión.

Las detenciones cumplieron el doble objetivo de dar una lección a la resistencia polaca y comunicar al mundo exterior las intenciones soviéticas. También enviaron un mensaje a los comunistas polacos, algunos de los cuales habían confiado ganarse a los partidarios del Ejército Nacional de manera legítima. En notas que escribió más adelante, Jakub Berman señaló que las detenciones habían «sorprendido y preocupado» a sus camaradas, que habían planeado debilitar a los dirigentes del Ejército Nacional mediante una política de «divide y vencerás», obligándolos a pelearse entre sí de manera que, al final, Okulicki y el resto se hubieran vuelto impopulares. Sin embargo, la

detención de los dieciséis hombres unió a una gran parte de la sociedad en contra de los comunistas^[37].

El repentino secuestro de la cúpula de la resistencia polaca también provocó la primera ruptura seria en la alianza entre la URSS y las potencias anglosajonas. En una carta dirigida a Roosevelt, Churchill describió esas detenciones como un momento decisivo: «Este caso debe servirnos para establecer las bases entre nosotros y los rusos sobre el significado que debe atribuirse a términos como democracia, soberanía, independencia, gobierno representativo y elecciones libres y sin restricciones^[38]». Como los acontecimientos posteriores demostrarían, Churchill hizo bien en cuestionar la interpretación que los rusos hicieron de las palabras que componían el acuerdo de Yalta, el cual pasó rápidamente de parecer impreciso a no tener ningún sentido.

Después de la detención de la cúpula del Ejército Nacional, parte de la población polaca decidió que no le quedaba otra cosa que hacer sino aprender a vivir bajo un régimen de corte soviético. Sin embargo, otros sacaron la conclusión opuesta y decidieron que no quedaba otra cosa que hacer sino luchar. En la primavera de 1945, un numeroso grupo de partisanos antinazis y anticomunistas, las Fuerzas Armadas Nacionales (Narodowe Siły Zbrojne, o NSZ), una agrupación nacionalista a la derecha política de la resistencia, había decidido tomar ese camino. En lugar de seguir las órdenes del Ejército Nacional de terminar con la lucha, sus dirigentes decidieron continuar batallando. Mientras el grueso del Ejército Rojo avanzaba hacia el oeste en dirección a Alemania, se reagruparon en los bosques de Polonia oriental, en particular alrededor de Lublin y Rzeszów, donde se entregaron a la nueva lucha^[39]. Su objetivo, tal como se desprende de manera bastante detallada de un documento de la policía secreta polaca, era «la matanza de los trabajadores del Departamento de Seguridad Pública», mediante «desapariciones silenciosas (ahogamientos, secuestros, torturas) o disparándoles directamente^[40]».

En el vacío que se produjo tras la disolución del Ejército Nacional empezaron a formarse nuevos grupos. El más famoso fue Wolność i Niezawisłość —»Libertad e Independencia«—, más conocido como WiN. Jan Rzepecki, su líder, había sido oficial del Ejército Nacional. A diferencia del Ejército Nacional de línea predominante, él y sus colegas decidieron permanecer en la clandestinidad tras el fracaso del Alzamiento de Varsovia. Mantuvieron sus identidades en secreto, siguieron observando las estrategias

de conspiración y se comunicaron mediante códigos y contraseñas. Su intención era permanecer como organización civil, aunque mantuvieron el contacto con partisanos armados de toda clase. Hasta octubre de 1946 subvencionaron un periódico, *Polska Niezawisła* («Polonia Independiente»), cuyo director defendía que los polacos no deberían sentirse tentados a aceptar un statu quo que él definía como «terror soviético^[41]». El NKVD identificó y detuvo a Rzepecki poco después, en noviembre de 1945. Lo interrogaron y lo obligaron, o convencieron, para que revelara el nombre de sus colegas. Lo dejaron libre con la condición de que persuadiera al resto de los miembros de la resistencia de que revelaran su identidad, lo que algunos hicieron.

Empezando de cero, WiN se reconstituyó una vez más. Su «Segunda Ejecutiva» despegó en diciembre de 1945 y duró casi un año, manteniendo cierta comunicación con el mundo exterior a través de largas cadenas de correos y mensajeros que se pasaban notas inescrutables de uno a otro durante muchas semanas. Finalmente, después de que una mujer que trabajaba para WiN fuera capturada en la frontera y descubrieran que llevaba un mensaje cifrado, la cadena se deshizo y los cabecillas fueron de nuevo capturados y torturados para conseguir más nombres. Con el tiempo se constituyeron una Tercera Ejecutiva y una Cuarta Ejecutiva, pero la policía secreta polaca se infiltró en ambas desde el principio, probablemente siguiendo un plan soviético (los bolcheviques habían creado una falsa «oposición» rusa durante la década de 1920 para atraer también a espías extranjeros). Después de que la Cuarta Ejecutiva fuera disuelta, la policía secreta creó su propia pseudo-WiN, que mantenía el contacto con extranjeros ingenuos, así como con aquellos polacos que estaban en la inopia e ignoraban que la «organización clandestina» era una operación policial. WiN existió en ese estado lamentable hasta 1952, aunque algunos de sus antiguos miembros lograron vivir escondidos durante largos períodos.

La historia de WiN se utiliza a menudo como ejemplo de lo inútil de la resistencia anticomunista en el período inmediatamente posterior a la guerra, y sin duda en la época se percibió así. Sin embargo, también es posible considerar la triste historia de WiN como un testimonio del deseo de resistencia de los polacos. Unos 10 000 miembros de la organización fueron detenidos, torturados y encarcelados. Otros cientos fueron ejecutados. Pese a la presión a la que estaba sometido el grupo, y pese a la obsesión con que sus miembros fueron perseguidos, en su momento de máximo apogeo WiN tuvo entre 20 000 y 30 000 miembros^[42].

Entre los grupos de resistencia polacos de posguerra, WiN era poco usual por su tamaño y por el hecho de mantener algunos vínculos teóricos con la cadena de mando del antiguo Ejército Nacional. La mayoría de los otros grupos eran muy pequeños y a menudo estaban constituidos en su totalidad por jóvenes que se inspiraban en una idea del Ejército Nacional, al que no habían podido unirse por motivo de su edad, o que se hacían llamar NSZ sin saber en realidad lo que era esa organización ni lo que representaba. Un grupo de partisanos de trece miembros que se bautizó como Juventudes del Ejército Nacional empezó a reunir armas en los bosques al sur de Cracovia después de 1945, por ejemplo, y estuvo practicando con ellas en secreto hasta que todos sus miembros fueron detenidos en 1950^[43].

Mientras las tropas soviéticas avanzaban hacia el oeste para el asalto final de Berlín, la situación se volvió todavía más complicada. Cuando el Ejército Rojo abandonaba una región, a menudo sucedía que grupos partisanos de todas las tendencias políticas volvían a instalarse en ella: grupos de las NSZ, ex soldados del Ejército Nacional, partisanos ucranianos que luchaban por la independencia de Ucrania. Todos ellos resueltos a combatir contra el Ejército Rojo y sus aliados polacos, aunque a veces se enfrentaban también entre sí. A pesar del caos, algunos permanecieron fieles a los ideales de la vieja resistencia. Otros pasaron a depender de los robos para mantenerse con vida y degeneraron en bandas semidelictivas. Entre ellos estallaban con frecuencia violentas batallas, sobre todo entre polacos y ucranianos.

Si bien la URSS había «pacificado» la zona oriental de Polonia en el verano de 1944, a la primavera siguiente el este se vio sacudido por lo que, en rigor, debería describirse como una guerra civil. Para los comunistas y sus aliados, las poblaciones y los bosques de los alrededores de Lublin se volvieron inseguros, y durante un tiempo incluso la propia ciudad fue una zona peligrosa. Según un informe presentado en mayo de 1945, el trabajo de «todos los órganos de partido y del gobierno» se había detenido por completo en la zona. En cuatro distritos locales, la policía había dejado de existir, bien porque los partisanos la habían desarmado, o porque directamente habían asesinado a sus miembros^[44]. Poco después, a Stalin, que aún celebraba la rendición alemana, se le informó, en términos sumamente alarmistas, de que «en Polonia la resistencia contraria al Estado continúa activa en todas partes^[45]». Otros cinco regimientos del NKVD, además de un batallón motorizado, fueron debidamente convocados para ayudar una vez más a la desventurada policía secreta polaca^[46].

En agosto de 1945, el ministro de Seguridad Pública, Stanisław Radkiewicz, asistió a una reunión regional del Departamento de Seguridad en Lublin y escuchó algunas verdades dolorosas. Un alto cargo de seguridad de la zona calculó que no más del 20 por ciento de la población de su distrito apoyaba al nuevo régimen. Otro explicó que no habían conseguido introducir a ningún agente en el movimiento partisano anticomunista armado porque «no quieren cooperar». Otros opinaron que la situación mejoraría porque los campesinos se habían cansado de ayudar a los partisanos, algunos de los cuales robaban comida a menudo. Sin embargo, todos los presentes estuvieron de acuerdo en que las «bandas» seguían siendo un problema importante. Algunas se escondían en los bosques, otras trabajaban en las granjas durante el día, pero «cuando se daban la señal acordada, se reunían y llevaban a cabo un acto delictivo^[47]». Agredían a menudo a policías de seguridad, miembros del partido comunista y otras personas que colaboraran con ellos.

Sin embargo, aunque continuaba con su lucha, la resistencia armada parecía ser consciente de su trágica situación. Sus miembros estaban exhaustos tras la larga batalla con los alemanes. Muchos llevaban ya cinco o seis años viviendo en los bosques. Con frecuencia muy jóvenes, habían perdido meses o años de escolarización. Sabían que la rendición significaba el fin de su sueño de independencia nacional, pero también eran conscientes de que estaban luchando contra un enemigo nuevo y más indeterminado. En el ejercicio de sus funciones, se les pedía que asesinaran no a ocupantes alemanes, sino a comunistas y policías polacos. A algunos de ellos, tales obligaciones les parecieron fraticidas y quisieron abandonar la causa. A otros les sentó mal su abandono. En 1946, una banda armada dio una paliza a dos maestros de escuela, ambos antiguos miembros del Ejército Nacional, acusándolos de «colaboración» por el hecho de haber vuelto a su vida cotidiana^[48]. Finalmente, decenas de miles aceptaron la primera de una serie de «amnistías», entregaron las armas y regresaron a la vida civil.

A muchos, la experiencia les marcó amargamente. Lucjan Grabowski, el joven guerrillero de la región de Białystok, permaneció con su unidad del Ejército Nacional hasta que le pidieron que asesinara a uno de sus miembros acusado de traición. Como sospechaba que el hombre era inocente, se negó a cumplir la orden. «Fueron tiempos terribles, de hermanos matándose entre sí por cualquier razón.» Finalmente, «empecé a cobrar conciencia de algunos hechos a los que hasta entonces no había prestado atención y en los que no

había pensado demasiado. Muchos de mis amigos, antiguos partisanos, se habían marchado a Occidente. Otros habían empezado a ir a la universidad, o estaban terminando en el instituto y trabajando. Y yo seguía luchando, por quinto año consecutivo». Grabowski entregó las armas junto a otros cuarenta hombres, en su mayoría de WiN. Todos tenían lágrimas en los ojos: «Salimos del edificio de la policía secreta sin armas, y siendo personas distintas a las que habíamos sido unas horas antes^[49]».

Otros siguieron luchando. Grupos reducidos de hombres —una o dos docenas— permanecieron en los bosques durante muchos años. Un pequeño grupo de partisanos de las NSZ se entregó en 1956, tras la muerte de Bolesław Bierut. Michał Krupa, que actuaba en solitario, permaneció escondido hasta que finalmente lo localizaron y lo detuvieron en 1959^[50]. Sin embargo, muchos de los que continuaron combatiendo lo hicieron conscientes de que era en vano.

Entre ellos se encontraba un dirigente de la resistencia conocido con el seudónimo Mewa. Según la policía de seguridad polaca que rastreó sus movimientos, Mewa, que luchó con el Ejército Nacional durante la guerra, había regresado a la lucha armada en 1945, presa de la desesperación y la desilusión: mostraba tendencias suicidas y un perfil psicológico sobre él aseguraba que «quiere morir». Muchos de los trescientos miembros de su banda —algunos antiguos miembros del Ejército Nacional, algunos desertores de la división polaca del Ejército Rojo— se sentían del mismo modo. La mayoría de ellos procedían del sudeste de Polonia, y tenían la moral por los suelos. En mayo de 1945 celebraron una misa al aire libre y prometieron lealtad al gobierno polaco en el exilio en Londres: un gobierno que ni sus aliados ni nadie reconocía como legítimo, como todos los presentes sabían muy bien.

A partir de ese momento, el grupo de Mewa fue decreciendo lentamente. En los meses siguientes, muchos de los hombres de Mewa regresaron a las granjas de sus familias o decidieron abandonar la zona y dirigirse a los antiguos territorios alemanes, ahora parte de la Polonia occidental, a fin de comenzar una nueva vida. Algunos de los que se quedaron empezaron a robar a la población ucraniana, que en ese momento aún constituía un porcentaje elevado de los habitantes del sudeste de Polonia. En más de una ocasión, incendiaron aldeas ucranianas, que quedaron reducidas a cenizas. El documento de archivo sobre sus acciones dice mucho acerca de su desesperación. En enero de 1945 atacaron al director de una fábrica, un

comunista polaco, y robaron 100 zlotys. En abril robaron dos caballos. En julio asesinaron a un campesino ucraniano y arrojaron el cadáver al río. A finales de 1945, la policía local estaba trabajando con empeño, si bien no muy competentemente, para disolver el grupo de Mewa. Infiltraron a dos agentes en la banda, y pronto descubrieron que uno se había vuelto en su contra y que el otro había sido descubierto y asesinado. Su cuerpo también fue arrojado a un río. Durante el año y medio que estuvo activo, el grupo llevó a cabo 205 ataques y asesinó a muchos funcionarios comunistas locales hasta que finalmente, en julio de 1947, Mewa fue capturado. Como él mismo debía de suponer, lo condenaron a muerte^[51].

Una década después, la ambigüedad de ese momento fue capturada a la perfección en *Cenizas y diamantes*, el clásico del cineasta Andrzej Wajda sobre este período. La película narra la historia de un partisano enfrentado a un dilema: tiene que elegir entre una joven a la que acaba de conocer y el asesinato político que le han ordenado que cometa. Elige el asesinato, pero mientras lo lleva a cabo recibe un disparo. En la escena final, sale corriendo, tropieza y finalmente muere en un campo lleno de basura. La metáfora fue lo suficientemente clara para el público polaco: las vidas de los jóvenes que se habían unido a la resistencia habían terminado en la montaña de basura de la historia.

Si bien resulta difícil calcular cifras precisas, el propio NKVD estimó que en 1945, solo entre enero y abril, arrestó a unas 215 540 personas en Polonia. De esa cantidad, 138 000 fueron alemanas o *Volksdeutsche*, gente de la zona que aseguraban ser de ascendencia alemana. En ese período de cuatro meses, detuvieron también a unos 38 000 polacos, que fueron enviados a campos de concentración de la URSS. Unos 5000 murieron «en el transcurso de la operación y la investigación^[52]». Entre ellos debieron de encontrarse miles de hombres de Mewa que lucharon hasta el final, conscientes de que perderían.

Una vez finalizada la guerra no hubo una resistencia continua ni armada a la ocupación soviética de Alemania del Este. Hitler había esperado que la hubiera: antes de suicidarse exhortó a los alemanes a luchar hasta la muerte, a incendiar ciudades, a sacrificarlo todo en una última lucha violenta. También ordenó a la Wehrmacht que creara batallones de jóvenes que habrían de llevar a cabo una lucha partisana contra el Ejército Rojo tras su muerte.

Esos batallones de jóvenes eran los «Hombres Lobo», que aparecieron con tanta frecuencia en la propaganda nazi y en la aliada, pero que en realidad fueron tan mitológicos como su nombre daba a entender. Tras la muerte de

Hitler y la derrota de Alemania, simplemente se disolvieron: se había roto el hechizo. Erich Loest, más adelante un destacado novelista de Alemania del Este, era un joven líder de las Juventudes Hitlerianas de veinticinco años y un oficial subalterno de la Wehrmacht cuando lo reclutaron para el movimiento de los Hombres Lobo. Le informaron sobre su nueva función durante las últimas semanas de la guerra e incluso recibió instrucción como guerrillero a fin de prepararlo para la ocupación rusa. Sin embargo, cuando los rusos entraron en Mittweida, su ciudad natal en Sajonia, la lucha de la resistencia era lo último que le ocupaba el pensamiento. En lugar de combatir contra el Ejército Rojo, su familia lo ayudó a huir a la granja de su tía al oeste, donde podría rendirse con toda seguridad a los estadounidenses.

En los años inmediatamente posteriores a la guerra, Loest jamás comentó su formación como Hombre Lobo —«No soy estúpido», me dijo—, y nunca lo detuvieron. Otros tuvieron menos suerte. Durante los últimos días de la guerra, las SS ordenaron a todos los adolescentes de Mittweida que asistieran a una conferencia sobre los Hombres Lobo. No se impartió formación ni se hizo ningún juramento, pero sí se pasó una lista de asistencia entre los presentes. Las autoridades soviéticas encontraron la lista después del final de la guerra. «No había habido nada más que esa conferencia, pero todos fueron detenidos. Detenidos durante un año», explicó Loest^[53].

La base legal para esas detenciones fue la orden 00315 de la Administración Militar Soviética, emitida el 18 de abril de 1945. Ese mandato ordenó el internamiento inmediato, sin investigación previa, de «espías, saboteadores, terroristas y activistas del partido nazi», así como el de aquellas personas que mantuvieran dispositivos de impresión y radiodifusión «ilegales», personas que poseyeran armas, y antiguos miembros de la administración civil alemana. La orden se asemejaba a las regulaciones establecidas en las otras zonas de ocupación aliada, en las que los nazis «activos» también eran interrogados masivamente^[54]. La diferencia entre la zona soviética y otras zonas era de grado: en la práctica, el orden soviético posibilitaba detener a casi cualquiera que ostentara una posición de autoridad, hubiera sido o no nazi. Policías, alcaldes, empresarios y agricultores prósperos eran buenos candidatos, pues no podían haber tenido tanto éxito a menos que hubieran colaborado.

En el momento de la Conferencia de Potsdam a principios de agosto, la definición de quién podía ser recluido se había ampliado aún más. En un feo palacio Hohenzollern rodeado de verdes jardines, los aliados —Stalin y ahora

Harry Truman y Clement Attlee (tras la muerte de Roosevelt y la derrota electoral de Churchill)— emitieron una nueva declaración que establecía que «dirigentes nazis, simpatizantes nazis influyentes y altos cargos de organizaciones e instituciones nazis, así como *cualquier otra persona peligrosa para la ocupación o sus objetivos* será detenida y recluida» (la cursiva es mía^[55]). Para la URSS, esa era una formulación ideal: «Cualquier otra persona peligrosa para la ocupación o sus objetivos» constituye, sin duda, una categoría muy amplia, y podía ampliarse para incluir a quienquiera que el NKVD aborreciera por cualquier motivo.

Como era de prever, el Ejército Rojo estableció tribunales militares y juicios sin abogados ni testigos que continuaron durante varios años. Estos eran totalmente distintos a los juicios de Nuremberg, que crearon de manera conjunta todos los aliados para juzgar a los líderes nazis de más alto rango, y estaban al margen de la ley internacional. En ocasiones, las condenas se dictaban en base al artículo 58 del código penal soviético, el estatuto utilizado para detener a los presos políticos en la Unión Soviética y que tampoco guardaba ninguna clase de relación con la ley alemana. A veces, las sentencias se traducían al alemán, pero se escribían en alfabeto cirílico, de modo que los acusados no las podían leer. A menudo, los presos se veían obligados, tras recibir duras palizas y otra clase de torturas, a firmar documentos que no entendían. Wolfgang Lehmann, a los quince años, firmó un documento en el que se declaraba que había hecho volar dos camiones, aunque en el momento no supo lo que firmaba. Otros juicios se celebraron en Moscú, donde los presos fueron condenados *in absentia* por jueces soviéticos. Semanas después descubrirían lo que había sucedido^[56].

Algunos de los detenidos efectivamente habían sido nazis, aunque no necesariamente figuras importantes. Se llevaron a cabo muy pocos esfuerzos para separar a los verdaderos criminales de los burócratas u oportunistas de poca monta. Sin embargo, además de a los nazis, las detenciones pronto alcanzaron también a miles de personas que eran demasiado jóvenes para haber sido nazis —Manfred Papsdorf fue detenido cuando tenía trece años—, y a muchas otras que, como los adolescentes de Mittweida, tan solo eran culpables de haber estado en el lugar equivocado en el momento equivocado^[57]. Unos cuantos fueron detenidos por mostrar un entusiasmo excesivo por la liberación. En 1945, Gisela Gneist tenía quince años y estaba embelesada por la idea de democracia, una palabra que oía a menudo en la radio de las Fuerzas Armadas estadounidenses. Gneist vivía en Wittenberg y

estaba resentida con los soldados soviéticos de su ciudad, algunos de los cuales habían establecido un burdel en el piso superior de su edificio. Gneist deseaba algo mejor y junto a otros adolescentes creó un «partido político», con sus códigos secretos elementales. No tenían ni idea del peligro potencial, ni una ideología muy elaborada. «Mi idea de libertad —recordó— era que la gente debería poder expresarse libremente. No sabía lo que era el comunismo, nunca había oído hablar de él^[58].»

Gneist fue detenida en diciembre de 1945, junto a una veintena de «compañeros de partido», todos adolescentes. La metieron en una «celda sin ventanas» junto a otras veinte mujeres, algunas de las cuales habían ido a la escuela con ella. El retrete era una botella de leche. Había bichos por todas partes, y piojos. Un funcionario soviético la interrogó en ruso durante varios días seguidos, en presencia de un traductor muy poco competente. También la golpeó en la espalda y en las piernas hasta hacerle sangre. Gneist, que aún no había cumplido los dieciséis años, finalmente confesó: admitió haber formado parte de una «organización contrarrevolucionaria». Un tribunal militar la declaró culpable en enero de 1946 y la condenó, como si fuera una auténtica criminal de guerra, a una pena de encarcelamiento en Sachsenhausen^[59].

Por muy sorprendente que pueda resultar a quienes no estén familiarizados con este curioso giro de la historia, Sachsenhausen, un famoso campo de concentración nazi, experimentó una metamorfosis después de la guerra y tuvo una segunda vida, como sucedió también con el igualmente famoso campo de concentración de Buchenwald. Las tropas estadounidenses que liberaron Buchenwald en abril de 1945 habían obligado a los ciudadanos más destacados de Weimar a pasear por los barracones del campo y observar a los supervivientes famélicos, las fosas comunes y los montones de cadáveres apilados como leña junto a ellas. Cuatro meses después, las tropas soviéticas que posteriormente se hicieron con el control de la región de Weimar habían vuelto a instalar a prisioneros en esos mismos barracones, y finalmente los enterraron en fosas similares. Llevaron a cabo la misma práctica en muchos lugares. Auschwitz fue otro de los muchos campos de trabajos forzados de Polonia que se reutilizó de algún modo después de la guerra^[60].

Los rusos rebautizaron el campo de Buchenwald como «Campo Especial Número Dos», y Sachsenhausen se convirtió en el «Campo Especial Número Siete^[61]». En total, habría diez campos construidos o reconstruidos en la Alemania ocupada por los nazis, además de varias prisiones y otros lugares de

encarcelamiento menos formales. Estos no eran campos comunistas alemanes, sino más bien campos soviéticos. La administración central del Gulag del NKVD los controlaba a todos directamente desde Moscú, en algunos casos hasta los últimos detalles. El NKVD enviaba instrucciones desde Moscú sobre cómo celebrar la festividad del 1 de mayo en sus campos alemanes, por ejemplo, y seguía muy de cerca la condición «político-moral» de los guardias^[62]. Todos los altos mandos de los campos eran personal militar soviético, aunque en algunos también había empleados alemanes, y los campos estaban diseñados siguiendo el modelo soviético. Un interno de Kolymá o de Vorkutá se habría sentido de inmediato como en casa.

Sin embargo, los campos especiales alemanes no eran campos de trabajos forzados al estilo de los que el NKVD dirigía en la propia Unión Soviética. No estaban vinculados a fábricas ni a otros proyectos de construcción, como solían estarlo los campos soviéticos, y los prisioneros no salían a trabajar. Por el contrario, los supervivientes a menudo describen el insoportable aburrimiento que sufrían al tener prohibido trabajar, salir de los barracones, caminar o moverse. En el campo de concentración de Ketschendorf, los internos suplicaban que les dejaran trabajar en las cocinas para realizar alguna actividad (y, por supuesto, para tener acceso a más comida^[63]). En Sachsenhausen había dos zonas, y solo en una de ellas tenían permitido trabajar. Esa era, con mucho, la preferida de los prisioneros^[64].

Los campos especiales tampoco eran campos de exterminio al estilo de los contruidos por los nazis. No había cámaras de gas, y no enviaban a los prisioneros a Sachsenhausen para ser asesinados de inmediato. No obstante, eran sumamente letales. De las aproximadamente 150 000 personas que fueron encarceladas en campos del NKVD en Alemania del Este entre 1945 y 1953 —de las cuales 120 000 eran alemanas y 30 000 ciudadanos soviéticos—, alrededor de una tercera parte murieron de inanición y enfermedad^[65]. Los prisioneros eran alimentados con pan negro y húmedo, y con una sopa de col tan desagradable que Lehmann, a quien más adelante enviaron al Gulag, recordó que «en Siberia, la comida era mejor y más frecuente^[66]». No había medicamentos ni médicos. Los piojos y otros parásitos contribuían a la rápida propagación de las enfermedades. En el invierno de 1945-1946 hizo tanto frío que en la zona de mujeres de Sachsenhausen las prisioneras quemaban listones de las camas para entrar en calor^[67]. Como ocurrió en tantas instituciones penales soviéticas, los prisioneros no morían asesinados, sino porque eran desatendidos, porque nadie les prestaba atención y, en ocasiones,

porque se olvidaban de ellos.

El objetivo explícito de los campos especiales soviéticos en Alemania oriental no eran los trabajos forzados o el asesinato, sino el aislamiento: los campos especiales estaban destinados a apartar a la gente sospechosa del resto de la sociedad, al menos hasta que los nuevos ocupantes soviéticos se hubieran situado. Se consideraban una medida preventiva más que punitiva, diseñada fundamentalmente para mantener aislada a la gente que pudiera oponerse al sistema, y no para encarcelar a quienes ya lo habían hecho. En el Gulag soviético se permitía cierto grado de contacto con el mundo exterior, y los internos podían incluso recibir visitas de vez en cuando. En cambio, durante los tres primeros años de existencia de los campos alemanes de posguerra, los prisioneros no podían enviar ni recibir cartas, y no tenían acceso a ninguna información del mundo exterior. En muchos casos, sus familiares no sabían qué les había sucedido ni dónde estaban. Simplemente habían desaparecido.

Con el transcurso del tiempo, las condiciones fueron mejorando, en parte gracias a la presión exterior. La desaparición repentina de tantos jóvenes desesperó a sus familiares, que bombardearon a los funcionarios con peticiones de información. Por lo general, las autoridades alemanas no eran de gran ayuda. En 1947, un funcionario de la zona avisó a los familiares de la región de Turingia que «tal vez descubrirían algo más si le preguntaran al fiscal ruso en Weimar^[68]». Los funcionarios soviéticos remitían a su vez las peticiones a la cadena de mando y, en medio del caos general, la gente se perdía. Un estudiante alemán desapareció en 1945 y, finalmente, sus padres lo encontraron en 1952^[69]. Eso sucedió cuatro años después de que la Administración Militar Soviética en Alemania hubiera accedido a permitir que los prisioneros comunicaran su paradero a los miembros de su familia^[70]. En ese mismo año, el NKVD había elevado la cuota de alimentos para los campos a fin de reducir la alta tasa de mortalidad y de aplacar a los dirigentes de Alemania del Este que pedían cambios a las autoridades soviéticas^[71].

Esas detenciones, junto a la detención de soldados de la Wehrmacht en la Unión Soviética (algunos permanecerían allí hasta la década de 1950), se convirtieron en una importante fuente de conflicto entre la población y las nuevas autoridades. Sin embargo, también contribuyeron a crear una nueva serie de normas en cuanto a comportamiento público. La mayoría de los recién liberados alemanes no eran comunistas y no sabían qué esperar de las fuerzas de ocupación soviéticas. La detención y el encarcelamiento de miles

de jóvenes debido a la más remota sospecha de cualquier forma de política «antisoviética» marcaron de inmediato la pauta para otros. Para muchos fue una primera lección sobre la necesidad de censurarse en público. Si una adolescente como Gisela Gneist podía ser detenida por hablar sobre democracia, entonces una implicación política más seria conllevaría sin duda una pena mucho mayor.

Los ex prisioneros y sus familiares estaban todavía más asustados. Tras su liberación, raramente hablaban de lo que les había sucedido. Lehmann, que había estado en el campo alemán de Ketschendorf y en el Gulag soviético, no le comentó a su mujer que había estado en ellos hasta después de 1989^[72]. El uso de una violencia selectiva y la creación de campos para enemigos potenciales del régimen también formaron parte de una política soviética más amplia. El Ejército Rojo y el NKVD sabían que en sociedades tan vacilantes e inestables como las que constituían la Europa del Este en la época de posguerra, las detenciones masivas podrían resultar contraproducentes. Sin embargo, las detenciones dirigidas cuidadosamente a gente que se expresara sin reservas podrían tener una repercusión mucho mayor: si detienes a una de esas personas, otras diez quedarán atemorizadas.

Los rusos que llegaron a Budapest en enero de 1945 sabían muy poco acerca de la nación cuya capital acababan de conquistar. La mayoría de ellos supusieron que habían llegado a un país habitado en su totalidad por colaboradores nazis —Hungria había sido un aliado de Alemania durante la invasión de la URSS—, y con frecuencia les costaba creerse que los trataran como a liberadores. Como en Alemania, seguían órdenes de detener a todos los fascistas a los que pudieran identificar. Sin embargo, mientras que en Alemania habían buscado a Hombres Lobo y en Polonia habían perseguido al Ejército Nacional, en Hungría parecían no saber cómo identificar con exactitud a un fascista.

Como resultado, las primeras detenciones que llevaron a cabo en Hungría fueron con frecuencia arbitrarias. Paraban a hombres por la calle, les decían que se los llevarían a hacer unos «trabajitos» —*malenkaya rabota* en ruso, una expresión que se «hungarizó» como *málenkij robot*— y se los llevaban en convoyes. A continuación se adentraban en territorio de la Unión Soviética y no regresaban hasta al cabo de muchos años. Al principio daba la impresión de que cualquiera serviría. Un testigo presencial de una población del este de Hungría recordó que a los pocos días de haber entrado en su ciudad, los soldados empezaron a reunir a gente: «No solo hombres, sino también

muchachos, niños de dieciséis o diecisiete años, incluso a uno de trece. Por mucho que gritáramos y suplicáramos, ellos no reaccionaban, tan solo nos apuntaban con sus armas y ordenaban a la gente que saliera de sus casas, a veces sin llevarse nada, ni ropa, ni comida, tal como estaban en ese momento. [...] No sabíamos adónde se los llevaban, ellos solo decían “*málenkij robot, málenkij robot*^[73]”».

A algunos se les consideraba sospechosos porque parecían adinerados o porque poseían libros. George Bien, en ese momento un joven de dieciséis años, fue detenido junto a su padre porque tenía una radio de onda corta. Lo interrogaron como a un espía, lo obligaron a confesar y a firmar un documento en ruso de treinta páginas, del que no entendió una sola palabra. Bien terminó en los campos de Kolymá y no regresó a su país hasta 1955^[74].

Las tropas soviéticas también parecían haber recibido órdenes de buscar a alemanes, quienes, según sus informaciones, debían de ser bastantes. En la práctica, esto se tradujo en que a todos aquellos cuyos nombres sonaban alemanes (muy comunes en los antiguos territorios de los Habsburgo) los trataban de inmediato como criminales de guerra. József Révai, que se convertiría en uno de los comunistas húngaros más importantes, se quejó a Rákosi a principios de enero de que los soldados rusos parecían tener un «cupo» que debían cubrir, y que se llevaban como a alemanes a «personas que no sabían ni una palabra de alemán; gente que era probadamente antifascista estaba internada^[75]». El resultado de esas políticas fue que entre 140 000 y 200 000 húngaros fueron detenidos y deportados a la URSS después de 1945. La mayoría de ellos terminaron en los campos del Gulag^[76].

Muchos otros se quedaron en Hungría. El internamiento — encarcelamientos sin juicio— se había convertido en algo común en Hungría a finales de la década de 1930, pero ahora se había extendido. Los «tribunales populares» se crearon para juzgar, sentenciar y en algunos casos ejecutar a colaboradores nazis. Algunos de esos juicios se convirtieron en importantes actos públicos, con la esperanza de concienciar a los húngaros sobre los crímenes del pasado. Incluso en ese momento, muchos se dieron cuenta de que los húngaros de a pie los descalificaban como ejemplo de «justicia de los vencedores». Unos años después, algunos de los veredictos serían anulados con el argumento de que había llegado la hora de abandonar el «carácter de represalia de los castigos^[77]».

Tampoco se percibían como justos. Si bien las decisiones sobre los internamientos y los juicios estaban nominalmente bajo control húngaro, en

general se asumía que el NKVD tenía influencia en los tribunales. A. M. Belianov, el oficial soviético en quien se había delegado la responsabilidad de supervisar los asuntos de seguridad en Hungría, reprendió en una ocasión a un político húngaro por la lentitud con que se desarrollaban los juicios: «Instó a que los tribunales populares trabajaran con mayor rapidez, los criticó por negociar y hablar demasiado. Quería que anunciaran el veredicto justo después del alegato de la acusación. Le dije que había estudiado el sistema judicial soviético y que, en casos políticos, a los testigos se les escuchaba públicamente en los tribunales. Él sonrió de mala gana y me mostró sus grandes dientes amarillos, que eran como los de un tigre...^[78]». El Ejército Rojo también celebraba sus propios juicios cerca de Viena, en una elegante villa en la ciudad vacacional de Baden. Allí no se fingía la soberanía húngara: los tribunales militares soviéticos simplemente condenaban a húngaros por delitos políticos acogándose al artículo 58 del código penal soviético, igual que en Alemania^[79].

La cifra de acusados fue muy elevada y la naturaleza de los cargos muy amplia. Mediante una serie de nuevos decretos, las nuevas fuerzas policiales húngaras habían recibido la orden de detener, entre otros, a antiguos miembros de movimientos de extrema derecha, incluido el movimiento fascista de la Cruz Flechada, que había gobernado Hungría durante la etapa final de la guerra, de octubre de 1944 hasta marzo de 1945; a militares que habían servido a las órdenes del almirante Horthy, el dirigente autoritario en la Hungría de entreguerras, desde 1920 hasta la toma de poder por parte de la Cruz Flechada; así como a propietarios de bares, estanqueros, barberos y todos aquellos que —según otra formulación irremediabilmente amplia— *«debido a su contacto regular con el público eran los principales difusores de propaganda fascista»* (la cursiva es mía). En la práctica, cualquiera que hubiera trabajado para cualquiera de los gobiernos de preguerra, o que hubiera elogiado esos partidos, a sus dirigentes o políticos, corría un serio riesgo. El NKVD, junto con la nueva policía de seguridad, consiguió también listas de jóvenes que habían sido miembros de la *levente*, organización paramilitar de jóvenes del almirante Horthy, y empezaron a localizarlos, como ya habían hecho con las Juventudes Hitlerianas y los presuntos Hombres Lobo en Alemania. En total, las policías de seguridad húngara y soviética internaron a unos 40 000 húngaros entre 1945 y 1949. Solo alrededor de Budapest, el nuevo régimen construyó dieciséis campos de internamiento con una capacidad de 23 000 prisioneros^[80].

No todos los que fueron detenidos habían colaborado con los nazis. Al contrario, desde el momento en que el Ejército Rojo entró en Hungría, la nueva policía secreta húngara —respaldada, por supuesto, por el partido comunista húngaro y sus mentores soviéticos— empezó a localizar e identificar una clase distinta de «fascistas». Aunque durante la guerra la resistencia húngara nunca fue tan numerosa ni estuvo tan bien organizada como la polaca, hubo células de oposición antialemana incluso en las esferas más altas de la sociedad. Inmediatamente después de la guerra (mucho antes de lo que suele recogerlo la cronología húngara), el NKVD y la policía secreta húngara convirtieron a esos antifascistas en un objetivo. Eran demasiado independientes, creían en la soberanía nacional y sabían cómo crear organizaciones clandestinas. Muchos apoyaban al Partido de los Pequeños Propietarios, que desempeñó un papel importante en el gobierno provisional y terminó ganando las elecciones de 1945.

En una Europa del Este de posguerra verdaderamente democrática, se habrían convertido, como el Ejército Nacional polaco, en la élite política. Sin embargo, incluso antes de que el gobierno húngaro estuviera por completo bajo el control comunista, los antiguos miembros de la resistencia antialemana sabían que estaban siendo vigilados. István Szent-Miklós, miembro de una de estas agrupaciones secretas, escribió más adelante que sus amigos y él «nos sentíamos en cierto modo perseguidos, pero no encontrábamos ninguna razón concreta para ello», justo después de haber terminado la guerra. A diferencia de sus homólogos polacos, estos no eran partisanos armados: el grupo de Szent-Miklós, según él mismo escribió, no tenía «una estructura formal, ni listas de nombres, juramentos, emblemas, carnets, unas normas claramente definidas, ni siquiera una filosofía integral^[81]». Muchos habían formado parte de grupos anteriores como la Comunidad Húngara, una sociedad secreta antifascista (y también antisemítica) o el Movimiento por la Independencia Húngara, que era más un círculo de debate antialemán que una organización de resistencia bien establecida. Entre los miembros del grupo había algunos de los fundadores del Partido de los Pequeños Propietarios de posguerra, y como tales intentaban colaborar con un régimen que creían que podría llegar a convertirse en una democracia. Con el tiempo, el grupo se redujo a un puñado de amigos vagamente antisoviéticos que se reunían en casa de uno u otro para compartir inquietudes.

Finalmente se convirtieron en objeto de especial interés no por algo que hubieran hecho, sino porque la policía se hizo con un escrito en el que se

resumían sus actividades de resistencia durante la guerra. Entonces los vigilaron aún más de cerca, como Szent-Miklósy describió:

A principios del otoño [de 1946] mi vecino subarrendó la habitación contigua a mi salón a la sección Político-Militar. Desde allí hicieron un agujero en la pared y colocaron un micrófono. Como el agujero quedó detrás de mi pesado sofá colonial holandés, el auricular no captaba las voces de mi habitación con gran claridad. Entonces adaptaron mi teléfono para que transmitiera las voces, y colocaron otro micrófono en el vestíbulo donde, en un sofá Biedermeier, se sentaba la hija adolescente de nuestros vecinos con su pretendiente, un agente de la MPS [policía militar] disfrazado de estudiante universitario^[82].

Szent-Miklósy fue detenido en diciembre de 1946. Lo llevaron a la sede central de la policía secreta en la calle Andrásy, donde lo torturaron. Lo obligaron a permanecer de pie, con la frente apoyada en ángulo contra la pared y los brazos extendidos durante horas, y a gritar: «He asesinado a mi mujer y a mi madre», quienes, según le informaron, también habían sido detenidas. Lo juzgaron junto a otro numeroso grupo de conspiradores. Todos fueron acusados de hacer campaña en favor del derrocamiento del «Estado democrático» y encarcelados durante diez años. Durante el juicio, Szent-Miklósy llegó al punto de «confesar» delitos que no había cometido. Su detención fue una suerte de ataque preventivo característico de la época: ni él ni su círculo habían hecho nada relevante, pero las autoridades temían que pudieran hacerlo.

Poco después se produjo un ataque preventivo similar contra el clero librepensador. La víctima principal de esa ofensiva fue un monje franciscano carismático y enérgico, el padre Szaléz Kiss. El padre Kiss dirigía un numeroso y conocido grupo de jóvenes cristianos llamado Kedim, en la ciudad de Gyöngyös, a tan solo ochenta kilómetros al este de Budapest, y en sus inmediaciones. A lo largo del año 1945, la nueva policía secreta húngara empezó a prestar especial atención a Gyöngyös porque los comunistas habían obtenido unos resultados particularmente malos allí en las elecciones de ese año, y porque el Partido de los Pequeños Propietarios, de base campesina, los había obtenido especialmente buenos.

Sus mentores soviéticos se interesaron todavía más cuando, a principios de septiembre de 1945, unos individuos armados asesinaron a varios soldados del Ejército Rojo destacados en la región. Obligada a reaccionar de algún modo, la nueva policía secreta húngara inició una de sus primeras importantes investigaciones. Detuvieron y arrestaron a unas sesenta personas, entre ellas miembros adolescentes del Kedim, y las interrogaron exhaustivamente. Su objetivo era establecer una red elaborada de conexiones: entre Kedim y el Partido de los Pequeños Propietarios, entre el Partido de los Pequeños

Propietarios y las «potencias anglosajonas», entre la embajada de Estados Unidos y el padre Kiss, y entre el padre Kiss y los jóvenes que, presuntamente, asesinaron a los soldados rusos. Al juntarlos, en teoría esos vínculos dejaban al descubierto un «grupo simpatizante con el terror fascista» que, al menos en la imaginación de la policía secreta, estaba intentando reinstaurar el antiguo régimen.

El registro de esos interrogatorios, bien preservados en un archivo de Budapest, no es de lectura fácil. Uno de los principales sospechosos, un joven estudiante de derecho llamado József Antal, en un primer momento lo negó todo. Más adelante hizo una confesión larga y confusa, probablemente después de haber sido torturado. Antal, de quien un amigo dijo que «había participado en la resistencia contra la ocupación alemana», constituyó un vínculo fundamental en esa red, puesto que trabajaba en la sede del Partido de los Pequeños Propietarios y conocía al padre Kiss. En su enrevesada declaración recordó una conversación con un político del Partido de los Pequeños Propietarios acerca de la «guerra por venir» entre Rusia y las potencias anglosajonas, y dio la impresión de que había empezado a organizarse para ese «conflicto armado» en colaboración con el padre Kiss. Se hace alusión a pistolas y granadas guardadas en las oficinas del Partido de los Pequeños Propietarios, así como a un almacén de armas «en un castillo» que el padre Kiss conocía^[83].

Inmediatamente después, Antal se retractó de su confesión. Sin embargo, la policía obtuvo una declaración igualmente enrevesada de Otto Kizmann, un miembro de Kedim de diecisiete años que confesó haber asesinado a un soldado ruso. Kizmann, que probablemente también fue torturado, fue mucho más lejos. Declaró que el padre Kiss «nos enseñó las tarjetas de visita de personas influyentes que nos traerían armas», que el sacerdote «nos dijo que consiguiéramos nosotros mismos las armas hasta que llegaran los envíos extranjeros», y que les había dicho que «asesinar a un ruso no era pecado». Relatos igualmente salvajes fueron arrancados de un amigo de Kizmann, László Bodnár, también de diecisiete años, quien afirmó que el padre Kiss habría prometido que los ayudaría a huir de Hungría en avión^[84].

El padre Kiss no confesó ninguno de esos improbables delitos. Al contrario, dijo a sus interrogadores: «Hice todo lo posible para convencer a los jóvenes de que escondieran las armas y no cometieran asesinatos, porque es el delito más espantoso». Dijo también que en una ocasión se había reunido con un representante de la embajada estadounidense, un hombre que le había

dado algunos periódicos de su país. Jamás había recibido, ni intentado recibir, ningún arma estadounidense. De todos modos, fue condenado a muerte, al igual que Kizmann, Bodnár y un muchacho de dieciséis años. Las sentencias se ejecutaron en diciembre de 1946. Otros miembros de la «conspiración» fueron a la cárcel y, en algunos casos, a campos de prisioneros de la Unión Soviética.

La «conspiración del padre Kiss», como la detención de Gisela Gneist en Alemania o de los dieciséis dirigentes del Ejército Nacional en Polonia, fueron un presagio de lo que estaba por llegar. La investigación que se llevó a cabo estuvo claramente inspirada por las autoridades militares soviéticas, como sucedería con tantas investigaciones posteriores. Como era común en las investigaciones soviéticas, se establecieron conexiones entre distintas organizaciones —Kedim, el Partido de los Pequeños Propietarios, la Iglesia, la embajada de Estados Unidos—, basándose en encuentros fortuitos, relaciones distantes o la imaginación de los investigadores. La sombra del «fascismo» se cernía sobre todos aquellos atrapados en la red. Las víctimas fueron en su mayoría jóvenes adolescentes y veinteañeros, un grupo de edad que seguiría despertando un enorme interés para la policía secreta de todo el bloque en años venideros.

En la primavera de 1946, en el momento de la sentencia, el caso recibió una enorme publicidad. El 4 de mayo, el periódico del partido comunista húngaro, *Szabad Nép*, publicó una fotografía del padre Kiss esposado, bajo el titular «Conspiradores fascistas confiesan y se declaran culpables de asesinatos». El editorial que lo acompañaba llevaba por título simplemente «Ahorcadlos^[85]». El caso también apareció en la prensa no comunista, pero tratado con más cuidado. En un primer momento, *Kis Újság* («Pequeña gaceta»), el periódico del Partido de los Pequeños Propietarios, en esa época el partido más numeroso en el Parlamento húngaro, se limitó a publicar el comunicado de prensa oficial de la policía. Al día siguiente se hizo eco de las palabras del líder del Partido de los Pequeños Propietarios y primer ministro húngaro, Ferenc Nagy, quien declaró que «si se demuestra que la información publicada en los comunicados oficiales de la policía es cierta, aunque sea parcialmente, entonces exigimos que se lleve a cabo la más estricta investigación y que los culpables reciban el más duro de los castigos^[86]». Al cabo de unos días, Nagy se refirió al incidente de un modo menos ambivalente, señalándolo como «conspiración fascista». Hubo de pasar mucho tiempo antes de que alguien se atreviera a sugerir públicamente que

ese episodio pudo no ser en absoluto cierto.

Se produjeron otros casos, cada uno de ellos acompañado de propaganda igualmente morbosa, y sostenido sobre evidencias igualmente ambiguas. Los internamientos llegaron en oleadas consecutivas, de 1945 en adelante, sin descanso. Primero fue el turno de los «criminales de guerra», fascistas y cualquiera de quien se sospechara que lo fuera; a continuación, el del personal militar y civil del régimen de Horthy; después, el de miembros de partidos políticos legales, en particular del Partido de los Pequeños Propietarios; posteriormente, el de los socialdemócratas; por último, el de los propios miembros del partido comunista. Aunque la definición de «enemigo del Estado» cambió con el tiempo, los mecanismos para ocuparse de esos enemigos quedaron establecidos desde un buen principio^[87].

En teoría, en 1946 Hungría —como Checoslovaquia o Alemania del Este en ese mismo momento— era una democracia. El gobierno estaba dirigido por la mayoría del Partido de los Pequeños Propietarios, que no eran comunistas. Gobernaban en coalición con comunistas, socialdemócratas y otros. Sin embargo, el partido comunista húngaro, y no el Estado húngaro, ejercía el control de los órganos de seguridad, igual que el partido comunista checoslovaco lo hacía sobre los órganos de seguridad checos, el partido comunista alemán manejaba los órganos de seguridad de Alemania del Este y el partido comunista polaco a los órganos de seguridad polacos. En toda Europa del Este, su control sobre la policía secreta otorgaba a los partidos comunistas minoritarios una influencia desproporcionada sobre los acontecimientos políticos. Mediante el uso selectivo del terror, conseguían enviar claros mensajes a sus oponentes, así como a la población en general, sobre la clase de comportamiento y la clase de gente que habían dejado de ser aceptables en el nuevo régimen.

La limpieza étnica

El partido bolchevique es un modelo del partido de la auténtica clase obrera internacional. Desde el día de su creación, ha luchado contra toda forma de nacionalismo.

Panfleto educativo, publicado en Moscú en 1950

Volví a mi pueblo natal por primera vez en 1965. En el pasado conocía todos sus caminos, hasta el último árbol torcido. Durante los primeros minutos, no supe lo que estaba mirando. Las lágrimas afloraron a mis ojos, y durante un largo rato no fui capaz de decir palabra. Habían destrozado nuestra hermosa Nitreba y habían plantado un bosque...

IVÁN BISHKO, ucraniano deportado de su pueblo en 1946^[1]

Uno de los mitos que el movimiento comunista internacional propagó sobre sí mismo fue el de su indiferencia hacia las distinciones étnicas y nacionales. Los comunistas eran internacionalistas por definición, «soldados de un único ejército internacional», sin divisiones nacionales entre ellos. Raphael Samuel, hijo de un combativo comunista británico y más adelante también miembro del partido, describió el comunismo de su infancia como «universalista»:

Aunque teníamos en cuenta las peculiaridades nacionales (en las que creíamos solo a medias), considerábamos que la transición del capitalismo al socialismo sería «idéntica» en cuanto a contenido en todos los países. El comunismo, al igual que la cristiandad medieval, era uno e indivisible, una hermandad internacional de fe...^[2]

En realidad, no hubo un líder en tiempo de guerra tan dispuesto a manipular y fomentar los conflictos nacionales como Stalin, con la excepción, por supuesto, de Hitler. Lenin nombró a Stalin «Comisario de Nacionalidades» en 1917, y el futuro generalísimo adquirió una experiencia e interés en el asunto que jamás perdió. Desde la década de 1930 en adelante, dirigió oleadas de terror contra los grupos étnicos minoritarios que vivían en la URSS, entre ellos polacos, chechenos, tártaros de Crimea, alemanes del Volga y, en los últimos años antes de su muerte, judíos. Tras la invasión nazi de 1941, también recurrió en gran medida a los símbolos nacionales y nacionalistas rusos —uniformes tradicionales del ejército, la Iglesia ortodoxa— para inspirar a los ciudadanos soviéticos «internacionalistas» a luchar contra los alemanes. Entendía a la perfección los usos políticos del

nacionalismo: los emotivos llamamientos a la defensa de la patria inspiraron a los soldados del Ejército Rojo mucho más de lo que lo habría hecho cualquier mensaje formulado con un lenguaje marxista internacionalista.

El conflicto étnico se recogía también en el acuerdo firmado por los tres dirigentes aliados en Potsdam en julio de 1945. Una generación posterior de líderes europeos reaccionaría con horror ante la noción de «limpieza étnica». Sin embargo, Stalin, Truman y Attlee fomentaron decididamente el traslado masivo de poblaciones. El acuerdo de Potsdam solicitaba de manera poco contundente el «traslado a Alemania de la población alemana [...] que se encontraba en Polonia, Checoslovaquia y Hungría», una frase que afectaba a millones de personas^[3]. Cuando aceptaron desplazar la frontera de Polonia con la URSS hacia el oeste, aceptaron también tácitamente que se produciría un traslado de millones de polacos a Polonia desde Ucrania, y de millones de ucranianos a Ucrania desde Polonia. Aunque el traslado de húngaros desde Checoslovaquia y de eslovacos desde Hungría no constaba en los acuerdos de Potsdam, la comunidad internacional no puso objeción cuando se produjeron. Por su parte, la Unión Soviética ya había sido responsable de la deportación masiva de unas 70 000 personas de origen étnico alemán de Rumanía a la URSS en enero de 1945, seis meses antes de que se firmara el Tratado de Potsdam^[4].

La única estipulación adicional que se hizo en Potsdam fue que «todos los traslados que se produzcan deberán llevarse a cabo de manera ordenada y humana». Sin embargo, cuando se hubo firmado el tratado, esos traslados de población «ordenados y humanos» ya habían degenerado en desplazamientos masivos de personas caóticos y crueles. El conflicto étnico —violento, profundo y enconado, entre muchos grupos distintos en muchos países— fue el verdadero legado de Hitler en Europa del Este, hasta tal punto que cualquier debate sobre la expulsión de los alemanes de Polonia occidental, los Sudetes, Hungría y Rumanía después de 1945 tiene que iniciarse recordando lo que había sucedido durante los cinco años anteriores. Insisto: el objeto de la ocupación alemana de Polonia había sido destruir la civilización polaca, convertir a los polacos en una fuerza de trabajo analfabeta y eliminar la clase polaca instruida. Los polacos habían sido deportados de ciudades históricamente polacas como Poznan y Łódz, así como de Gdynia, la nueva ciudad portuaria que el Estado polaco había construido en los años veinte. Habían sido reemplazados por colonos alemanes, se habían convertido en ciudadanos de segunda clase, en algunos lugares habían perdido el derecho a

hablar en polaco en la calle o de enviar a sus hijos a escuelas polacas. Miles de ellos terminaron trabajando como mano de obra esclava en Alemania o como presos en uno de los muchos campos de trabajo esclavo que los alemanes habían construido con ese propósito en territorio polaco.

La ocupación del territorio checo fue más suave, aunque también sumamente degradante. Por todo el país, retiraron estatuas y monumentos históricos, asesinaron a líderes locales y se mofaron del concepto de nación. La ocupación alemana de Hungría al finalizar la guerra fue más corta, aunque también muy cruel. Incluso los primeros períodos de incómoda colaboración entre Hungría y Alemania y entre Rumanía y Alemania resultaron humillantes para esas poblaciones, puesto que la colaboración con los alemanes había evolucionado rápidamente en dominación por parte de los alemanes. En todas partes, el Holocausto dejó un terrible legado de culpa y odio, tanto entre judíos como no judíos.

Las tensiones de posguerra fueron peores en las regiones donde la población local de origen alemán había ayudado a los nazis a mantenerse en el poder. El partido nazi había fundado en secreto el fascista Partido Alemán de los Sudetes, que obtuvo el 85 por ciento de los votos de la población de origen alemán en las elecciones checas de 1938. Los agradecidos alemanes de los Sudetes habían dado una entusiasta bienvenida a sus nuevos dirigentes nazis tras la división del país en el marco del acuerdo de Munich más adelante ese año, hecho que ofendió a los checos del país^[5]. Algunos de los alemanes que habitaban la ciudad polaca de Bydgoszcz —alrededor de una quinta parte de la población de preguerra— ayudaron activamente a los nazis en la matanza de los ciudadanos más destacados de la ciudad en 1939, entre ellos sacerdotes, profesores e incluso boy scouts. Con ello no se ganaron demasiadas simpatías tampoco después de la guerra^[6].

Como resultado de esa historia reciente, el deseo de venganza por parte de los europeos del Este contra la población alemana que vivían entre ellos era comprensible, tal vez incluso justificable. Sin embargo, no siempre fue justo. No todos los alemanes habían sido nazis, y no todos ellos habían atacado a sus vecinos. Muchos habían vivido en paz junto a checos o húngaros, y habían sido buenos ciudadanos de Checoslovaquia y Hungría durante siglos. Otros, como los habitantes de la Baja Silesia y Prusia Oriental —territorios que indiscutiblemente formaron parte de la Alemania de preguerra y que ahora pertenecían a Polonia—, vivían en ciudades y pueblos que habían sido parte de estados alemanes durante siglos.

Para muchos individuos, la pérdida de sus casas, muebles, ganado y reliquias familiares supuso una tragedia de la que jamás se repusieron. Sin embargo, las personas de etnia alemana no eran tratadas como individuos. Eran tratadas como alemanes. Gerhard Gruschka, un joven silesiano que se había negado a unirse a las Juventudes Hitlerianas porque interfería con sus deberes como monaguillo, fue encerrado en un campo de trabajos forzados cercano a Katowice donde los comandantes polacos lo obligaban a cantar la canción de Horst Wessel mientras ellos lo abucheaban^[7]. La población de etnia alemana de Hungría que había sido obligada a unirse a la Wehrmacht en contra de su voluntad al finalizar la guerra recibió las mismas órdenes de expulsión arbitrarias que quienes se habían unido voluntariamente a las SS en 1943^[8]. Herta Kuhrig, hija de un comunista alemán de los Sudetes, fue expulsada de su patria junto a las hijas de fascistas alemanes^[9]. No se establecían distinciones entre claros colaboradores y antifascistas declarados, algunos de los cuales habían sufrido la misma discriminación que la población local.

Conscientes de lo mucho que los odiaban, los primeros alemanes abandonaron Europa del Este apresuradamente, mucho antes de que comenzaran las expulsiones. No hubo la más mínima organización en ese traslado masivo de personas, muchas de las cuales huyeron de sus hogares despavoridos, tras lo cual se vieron implicadas de inmediato en la batalla, o presa del frío y el hambre. Decenas de miles intentaron escapar cruzando el mar Báltico, pero murieron ahogados cuando los aviones aliados hundieron los barcos en que viajaban. Los 100 000 alemanes que vivían en la ciudad de Łódź —la mayoría de ellos colonos recientes— empezaron a marcharse de la ciudad a pie o a caballo la mañana del 16 de enero de 1945, por carreteras y campos cubiertos de nieve. Muchos se vieron atrapados en el bombardeo soviético de la ciudad que comenzó ese mismo día^[10]. Unos días después, la condesa Marion Dönhoff empezó a prepararse para abandonar su antigua propiedad familiar en Prusia Oriental. La mayoría de sus vecinos aún no se habían marchado: esperaban la orden de evacuación nazi, que jamás llegó. Mientras el Ejército Rojo se aproximaba con sorprendente velocidad, los prusianos del Este empezaron a cargar sus pertenencias en carros y a lanzarse a las calles de Preußisch Holland (ahora Pasłęk), como Dönhoff recordó: «La ciudad parecía una plataforma giratoria atascada. Los carros habían salido de dos extremos y obstruyeron los accesos de manera que no había forma de ir hacia atrás ni hacia delante». Ella se llevó tan solo «una alforja con productos de tocador, vendas y mi antiguo crucifijo español». Comió en su casa por

última vez, se levantó, dejó la comida y los platos sobre la mesa y salió a la calle. No se molestó en cerrar la puerta con llave. Nunca volvió a su casa^[11].

Las verdaderas expulsiones de los alemanes, cuando comenzaron unos meses después, no estuvieron mucho más organizadas. Los checos hablan de la primavera de 1945 como la época de expulsiones «salvajes», una palabra que no consigue capturar la profundidad emocional asociada a esos desalojos masivos. El presidente checoslovaco de preguerra, Edvard Benes, había abogado por la deportación de la población de etnia alemana de su país desde que se exiliara en Londres en 1938. Durante siete años, viajó a Moscú, Londres y Washington intentando vender esa idea. También fomentó la deportación de alemanes de Hungría (en parte para hacer sitio a los húngaros que esperaba expulsar de su propio país). Sin embargo, pese a las discusiones elevadas y todos los preparativos —y a pesar de la instrucción sobre la manera «ordenada y humana» en que debían llevarse a cabo los traslados que estaba a punto de darse en un palacio de Potsdam— la primera oleada de expulsiones de los Sudetes se llevó a cabo como una vorágine de furia, venganza, nacionalismo y cólera popular.

En un comunicado de radio emitido en Brno el 12 de mayo de 1945, justo después de la rendición nazi, Benes declaró que los alemanes habían dejado de comportarse como humanos durante la guerra, y que como nación «deben pagar por ello con un enorme y severo castigo. [...] Debemos liquidar el problema alemán de manera definitiva». A raíz de esta declaración, los checoslovacos causaron disturbios en el centro de Brno, exigiendo que los colaboradores alemanes fueran entregados a la policía. Unos días después, el reciente Comité Nacional de Brno desalojó a la fuerza a más de 20 000 hombres, mujeres y niños de sus hogares y los obligó a marchar hacia la frontera austríaca a pie, con las pertenencias que fueran capaces de cargar^[12]. Cientos de ellos murieron antes de llegar. Según las estadísticas checas, 5558 alemanes se suicidaron solo en 1946^[13].

Sobre la misma época, las expulsiones espontáneas empezaron también en la parte occidental de Polonia, cerca de Poznan, desencadenadas por la escasez de vivienda, así como por un deseo de venganza. En la región todavía vivían muchos alemanes, cada vez más polacos regresaban a sus casas, los edificios estaban destruidos. En Wielkopolskie, la región circundante a Poznan, los primeros administradores locales que aparecieron en escena fueron agentes de la policía secreta comunista. Seleccionaban a deportados alemanes, los subían a camiones y los enviaban a los campos de tránsito

organizados apresuradamente, donde permanecían hasta que lograban organizar el transporte para trasladarlos a Alemania. No era el momento de mostrar buenos sentimientos. Los soldados polacos y la policía de seguridad tenían instrucciones de celebrar «la expulsión de la escoria alemana de tierras polacas. [...] Cada uno de los funcionarios, cada uno de los soldados debe ser consciente de que hoy está cumpliendo una misión histórica, que varias generaciones han estado esperando^[14]».

En este período temprano, cuando los sentimientos estaban todavía a flor de piel, las poblaciones locales a menudo se vengaban implementando la misma clase de leyes y restricciones que los alemanes les habían impuesto a ellos. En el verano de 1945, los checos obligaban a los alemanes a llevar brazaletes blancos marcados con la letra «N» —de *Nemec*, que significa «alemán» en checo—, les pintaban esvásticas en la espalda y les prohibían sentarse en los bancos de los parques, caminar por la acera y entrar en cines y restaurantes^[14]. En Budapest, grupos de supervivientes judíos atacaron y golpearon a antiguos funcionarios fascistas que iban de camino o regresaban de procesos por crímenes de guerra, y en un par de ocasiones estuvieron a punto de lincharlos^[16].

Los polacos obligaron a los alemanes a hacer trabajos forzados —como los que ellos habían realizado durante la ocupación nazi—, a veces en antiguos campos de concentración nazis. En algunos casos, ahora eran antiguos prisioneros los que controlaban a antiguos guardias, y los golpeaban y torturaban del mismo modo que ellos habían sido golpeados y torturados. Como un historiador polaco escribe, la utilización que se hizo durante la posguerra de esos campos, aunque ahora pueda escandalizarnos, tenía mucho sentido en la época: estaban intactos en un momento en que pocas cosas lo estaban. En realidad, se les dieron múltiples usos, uno detrás de otro^[17]. Más de 11 000 prisioneros —en su mayoría polacos, y algunos soviéticos, entre ellos cientos de niños— vivieron en un pequeño campo de trabajos forzados nazi en la ciudad de Potulice, cerca de Bydgoszcz, por ejemplo, hasta enero de 1945. Inmediatamente después de su liberación, el campo fue ocupado por soldados rusos, que utilizaron los barracones, así como las pieles de la curtiduría donde los prisioneros habían trabajado durante la guerra reparando botas. Unas semanas después, el primer comandante polaco del campo después de la guerra, Eugeniusz Wasilewski, encontró a varios soldados que seguían viviendo allí cuando se apoderó de la propiedad en el mes de febrero. Les pidió que hicieran sitio para los alemanes y colaboradores nazis —entre

ellos, los antiguos guardias y comandantes alemanes del campo de Potulice —, a los que acababa de detener.

Wasilewski, antes de la guerra miembro de la marina mercante y, al parecer, un miembro poco entusiasta del partido comunista, pasó a dirigir el campo hasta el mes de julio. La mayoría de sus empleados eran ex prisioneros, y muchos de ellos querían venganza. Según todas las informaciones, Wasilewski intentó evitar los malos tratos más atroces en Potulice, y un ex prisionero convertido en guardia se quejó de que era demasiado poco severo: «En mi época las cosas estaban peor». Sin embargo, el campo pasó de 181 prisioneros a 3387 durante los siete meses en que él estuvo al mando, y las condiciones empeoraron de manera inevitable^[18]. Una epidemia de tifus estalló después de que Wasilewski se marchara en noviembre, y en los años siguientes los empleados del campo fueron acusados de fraude, desatención y alcoholismo^[19]. Durante los cinco años de la existencia del campo, casi 3000 alemanes murieron de hambre y enfermedad.

Aunque no hay registros de archivo de tales abusos en Potulice, antiguos guardias y prisioneros también han descrito, en entrevistas y memorias, escenas de tortura y abusos allí y en otros campos destinados a los deportados alemanes. A los alemanes les negaban comida, los golpeaban, les vertían excrementos en la cabeza, les arrancaban los dientes de oro a la fuerza y les quemaban el pelo. Los obligaban a repetir «Soy un cerdo alemán» y a exhumar los cadáveres de prisioneros soviéticos y polacos asesinados recientemente. La comandante de la prisión de Gliwice, Lola Potok —una mujer judía que había sobrevivido a Auschwitz pero había perdido a la mayor parte de su familia, entre ellos su madre, sus hermanos y un hijo pequeño—, interrogaba a los alemanes sobre su afiliación nazi, y los azotaba tanto si confesaban como si no, argumentando que si no admitían su colaboración estaban mintiendo. Según su propio relato, tras varios meses «se recuperó», recuperó la compostura y empezó a tratar a los alemanes como a seres humanos. No lo hizo porque los perdonara, sino porque no quería volverse como ellos, explicó^[20].

Con el tiempo, las expulsiones de los alemanes de Polonia, Hungría y Checoslovaquia —y más adelante también de los húngaros de Checoslovaquia— se volvieron más ordenadas. El presidente checoslovaco emitió los Decretos de Benes, que dieron un barniz de legalidad a lo que habían sido expulsiones espontáneas. Esos decretos autorizaron la confiscación de propiedades alemanas y húngaras en Checoslovaquia; la

expulsión de residentes alemanes y húngaros; el reasentamiento de checos y eslovacos en territorio alemán y húngaro; y la retirada de la nacionalidad checoslovaca a alemanes y húngaros. Cuando esos decretos obtuvieron el carácter de ley, los traslados se volvieron más regulares, se proporcionó comida y los expulsados recibieron permiso para llevarse muebles y ropa. Se crearon comisiones para abordar asuntos espinosos sobre la propiedad y la identidad. Este último era particularmente serio en las regiones de Polonia de etnias mixtas, donde los alemanes «polonizados» casados con mujeres polacas a menudo querían quedarse en el país, como fue también el caso de otras minorías étnicas como los casubianos y masurianos, cuyos miembros habían sido considerados «alemanes» por los nazis.

Más confusa era la situación de aquellas personas que durante la guerra se habían declarado *Volksdeutsche*, «de origen alemán», una categoría inventada especialmente para los habitantes de origen étnico germánico aunque no necesariamente alemanes de la Europa ocupada por los nazis. Los *Volksdeutsche* eran rumanos, húngaros, checos, polacos u otros con nombres de sonoridad alemana y tal vez antepasados alemanes. Ello no implicaba necesariamente que supieran alemán, y la mayoría de ellos no habían estado en Alemania. Cuando los nazis les pidieron que firmaran en las listas de *Volksdeutsche*, es probable que lo hicieran con orgullo étnico, pero es igualmente probable que lo hicieran por miedo, o tan solo motivados por el deseo de que los trataran mejor. Algunos fueron intimidados. En Polonia, una comisión decidió en noviembre de 1946 «rehabilitar» a los *Volksdeutsche* y permitirles volver a ser «polacos», pero solo si podían demostrar que habían firmado la lista de *Volksdeutsche* bajo coacción, y solo si se habían comportado «de manera conforme a su origen polaco» durante la guerra. Aun así, de vez en cuando la policía de seguridad autorizaba redadas de *Volksdeutsche* y los obligaba a trabajar en campos de trabajos forzados junto a verdaderos alemanes^[21].

En Hungría, donde mucha gente tenía apellidos de sonoridad alemana, la única institución que realmente sabía quién había firmado la lista de *Volksdeutsche* era la Oficina del Censo, y al principio su director se negó a proporcionar esa información. Incluso después de recibir una visita de la policía secreta húngara en abril de 1945, los empleados de la Oficina del Censo se opusieron: la oficina nunca había proporcionado ningún dato, ni para investigaciones criminales, ni durante la guerra, ni siquiera cuando el gobierno de ocupación alemán había intentado descubrir la identidad de los judíos en 1944. Finalmente, la oficina transigió después de que la policía

secreta detuviera a diez de sus empleados, y de que les comunicaran que las autoridades soviéticas de la zona estaban implicadas en esas detenciones y estarían encantadas de llevar a cabo cuantas fueran necesarias^[22].

Cuando hubo terminado, el reasentamiento de las poblaciones alemanas de Europa del Este constituyó un extraordinario desplazamiento masivo, probablemente el mayor de toda la historia europea. A finales de 1947, alrededor de 7,6 millones de «alemanes» —entre ellos gente de origen étnico alemán, *Volksdeutsche* y colonos recientes— habían salido de Polonia. Unos 400 000 de ellos murieron en el camino de regreso a Alemania, de hambre, por enfermedad, o porque se encontraron atrapados en el fuego cruzado del frente que avanzaba^[23]. Otros 2,5 millones habían salido de Checoslovaquia y otros 200 000 fueron expulsados de Hungría^[24]. Poblaciones alemanas también fueron deportadas, o se marcharon voluntariamente, de Ucrania, los estados bálticos, Rumanía y Yugoslavia. En total, unos 12 millones de alemanes abandonaron Europa del Este en el período de posguerra y se reasentaron en Alemania oriental y occidental.

Tras la caminata, una vez al otro lado de la frontera, los refugiados alemanes no recibieron una calurosa bienvenida. Allí donde se asentaran, ya fuera en la zona de ocupación oriental u occidental, enseguida formaron una clase marginada. Hablaban dialectos orientales, tenían costumbres y hábitos distintos y, por supuesto, no poseían capital de ninguna clase. En 1945, no había habido tiempo de crear servicios para ellos, y muchos terminaron vagando sin rumbo en busca de comida. Epidemias de tifus y disentería arrasaron la población de expulsados y se extendieron al resto. Este problema fue tan grave en la zona soviética que las autoridades solicitaron a los dirigentes locales que por lo menos mantuvieran a los desplazados en un único lugar y evitaran «que la población siguiera vagando». Los representantes de las zonas británica y estadounidense también solicitaron que cesaran las expulsiones o que, por lo menos, se ralentizaran^[25].

Al volver la vista atrás, a menudo se culpa a los gobiernos que expulsaron a los alemanes del caos inicial y de los miles de muertes. Sin embargo, la responsabilidad debería estar más repartida. Por supuesto, las expulsiones jamás se habrían producido sin la guerra, sin la invasión alemana de la región y sin el brutal maltrato al que Alemania sometió a la población de Europa del Este. Las cifras fueron también altas porque un elevado número de «colonos» alemanes se habían trasladado a la región durante la guerra y, sin duda, muchos de los alemanes candidatos a la expulsión en 1945 no tenían familia

ni raíces en la región. Entre los expulsados de Polonia se encontraban personas de origen étnico alemán —a veces de Alemania, a veces de otras partes de Europa— que se habían instalado en casas y granjas polacas o judías tras el asesinato o el desalojo de sus propietarios. Los funcionarios alemanes o empresarios alemanes y sus familias, muchos de los cuales se habían aprovechado de los privilegios que tenían a su alcance en la Europa ocupada por los nazis, también se vieron obligados a marcharse. No tenían ningún derecho moral sobre las tierras o propiedades polacas, aunque algunos después se consideraron «expulsados» y por consiguiente «víctimas». Erika Steinbach, una política alemana que más adelante se convertiría en la dirigente de la Bund der Vertriebenen, la poderosa y relevante organización de expulsados, era hija de un cabo alemán, originario de Hesse, que estuvo destinado en la ciudad polaca de Rumia durante la guerra. Su familia había sido «expulsada» —o más bien huyó— porque eran ocupantes, y regresaron a su Hesse natal, donde Steinbach creció^[26].

La política de expulsión también contó con la entusiasta aprobación de todos los aliados occidentales, que habían pensado mucho en ella incluso antes de la Conferencia de Potsdam. En 1944, Churchill había dicho en la Cámara de los Comunes que «la expulsión [de los alemanes] es el método que, hasta ahora, en cuanto hemos podido ver, será el más satisfactorio y duradero» para alcanzar la paz futura. Roosevelt también aprobó la política de limpieza étnica, y citó los intercambios de población entre Turquía y Grecia en los años 1921-1922 como precedente^[27].

Sin embargo, las expulsiones también contaron con el pleno apoyo de la Unión Soviética. En una conversación privada mantenida durante la guerra, Stalin había aconsejado a la cúpula checoslovaca que los «echaran a todos [a los alemanes de los Sudetes]. Así aprenderán lo que significa gobernar a otros». También aconsejó a los polacos «crear las condiciones necesarias para los alemanes que quieran escapar^[28]». Y lo más importante, los policías polacos, checoslovacos, rumanos y húngaros que organizaron las deportaciones de alemanes contaban con el apoyo soviético y trabajaban en territorios que, en rigor, estaban controlados por el Ejército Rojo. Stalin sabía que tanto los polacos como los checoslovacos habían hablado de expulsar a los alemanes antes del final de la guerra, y ya habían ayudado a los rumanos. Pero la decisión de trazar nuevamente las fronteras de Polonia, reemplazando los territorios orientales ocupados por la Unión Soviética por tierras anteriormente alemanas en el oeste, implicó que los polacos no tuvieran otro

remedio que seguir llevando a cabo las expulsiones, y a una escala mucho mayor de lo que nadie habría imaginado: al final, la expulsión de los alemanes solo fue posible con la ayuda soviética.

El Ejército Rojo también fue el responsable directo de las expulsiones y deportaciones de alemanes de Rumanía y Hungría. La persecución de los alemanes en Hungría tuvo su origen en una orden soviética del 22 de diciembre de 1944 que obligaba a todos los alemanes en Hungría a presentarse al frente para realizar trabajos forzados. Los preparativos para una deportación a gran escala comenzaron en febrero de 1945, cuando la delegación soviética de la Comisión de Control Aliada ordenó al Ministerio del Interior que «preparara una lista de todos los alemanes que vivían en Hungría» (la orden que llevó al enfrentamiento con la Oficina del Censo y a la detención de sus administradores^[29]). Llegado ese momento, el NKVD ya había llevado a cabo la deportación de los alemanes de Rumanía^[30].

Además, la expulsión de los alemanes gozó de una innegable popularidad en todos los países donde se efectuó, hasta el punto de que los partidos comunistas locales rápidamente asumieron su control —y finalmente se atribuyeron el mérito— allí donde les fue posible. El partido comunista polaco se ganó una credibilidad muy necesaria a partir de su papel protagonista en las deportaciones, e incluso llegó a ganarse cierta aprobación comedida por parte de la derecha política, que había abogado durante mucho tiempo por la creación de un Estado polaco «homogéneo», siendo la homogeneidad un objetivo político muy aceptable en la Europa de esa época^[31]. El historiador Stefan Bottoni también considera que la doble estrategia del partido comunista rumano en relación con las minorías rumanas —un trato severo a los alemanes combinado con esfuerzos para integrar a las comunidades húngara, eslava y judía— también lo ayudó a ganar legitimidad^[32].

La implicación comunista checoslovaca en las expulsiones fue incluso más popular y posiblemente más importante, puesto que logró que el partido pareciera seguir una línea convencional. Al fin y al cabo, la policía tan solo defendía con excepcional vigor una política gubernamental popular. Klement Gottwald, el secretario general del partido comunista checoslovaco, llegó al punto de pedir a la nación que se vengara, no solo por la guerra reciente, sino por la batalla de la Montaña Blanca de 1620, en la que Bohemia había sido derrotada por el Sacro Imperio Romano y sus aliados, en su mayoría alemanes: «Debéis prepararos para el castigo de Montaña Blanca, para el

regreso de las tierras checas a la población checa. Expulsaremos para siempre a todos los descendientes de la nobleza alemana extranjera...^[33]». El periódico regional del partido comunista eslovaco utilizó una retórica similarmente nacionalista contra sus minorías húngaras, a veces esforzándose por darle un acento marxista: «Las ricas y productivas áreas del sur de Eslovaquia, de donde los señores feudales húngaros los expulsaron obligándolos a desplazarse a las montañas, serán devueltas al pueblo eslovaco^[34]».

Todas las instituciones que se crearon ad hoc para facilitar la deportación de los alemanes pronto demostraron tener otros usos. En Polonia, muchos de los campos de deportación que se construyeron o adaptaron para contener a los expulsados alemanes se transformaron con el tiempo en campos o prisiones destinadas a los oponentes del régimen. En Checoslovaquia, el partido comunista creó una organización paramilitar para que ayudara con las expulsiones: la misma organización paramilitar que ayudaría al partido comunista a dar su golpe de Estado en 1948^[35]. En un sentido muy literal, las expulsiones sentaron las bases institucionales para la imposición del terror que llegaría un año o dos después.

Como sus policías habían organizado las expulsiones, los partidos comunistas locales a menudo se vieron en la afortunada posición de redistribuir las propiedades alemanas. Apartamentos, muebles y otros bienes cayeron de repente en sus manos, y todos ellos podrían ser bien utilizados como regalos a simpatizantes del partido. Los alemanes también dejaron tras de sí granjas y fábricas que podrían ser nacionalizadas de inmediato, para satisfacción de la población, y controladas por funcionarios checos o polacos. Estas confiscaciones masivas ayudaron a preparar el terreno desde un punto de vista psicológico para que la población aceptara una nacionalización más generalizada, que no tardaría en llegar. Muchos habían observado con satisfacción a los alemanes perder sus casas y negocios, y sentían que era «justo» apoderarse de propiedades de los enemigos de la nación. Así pues, ¿por qué no iba a ser «justo» apoderarse de propiedades de los enemigos de la clase obrera?

Gracias a los esfuerzos de organizaciones relevantes y poderosas de antiguos expulsados alemanes, la expulsión de los alemanes se ha convertido, en años recientes, en el ejemplo más conocido y debatido de limpieza étnica en la Europa de posguerra. Sin embargo, este fue tan solo uno de los muchos proyectos de limpieza étnica masiva que se llevarían a cabo después de la

guerra.

Casi exactamente al mismo tiempo que los alemanes eran expulsados de Silesia y los Sudetes, se estaba produciendo otro intercambio de población en la frontera polaco-ucraniana. Curiosamente, los acuerdos que rigieron este intercambio —la segunda mayor serie de deportaciones después de la guerra— no se firmaron entre Polonia y la Unión Soviética, sino entre Polonia y la República Soviética de Ucrania, una entidad que en ese momento carecía de soberanía, en particular en asuntos de relaciones internacionales. Un historiador ucraniano considera que esto fue algo deliberado. Si los otros aliados se hubieran opuesto a los traslados de poblaciones —o si la violencia asociada a ellos se hubiera desbordado— Stalin siempre habría podido negar cualquier responsabilidad legal: «No fuimos nosotros, fueron los ucranianos^[36]».

Como Stalin sabía muy bien, en ese momento se estaba librando una encarnizada guerra étnica en el sudeste de Polonia y el oeste de Ucrania. Este no es el lugar para una discusión extensa sobre los aciertos y los errores de ese conflicto en particular: bastará con decir que tuvo sus orígenes en la arraigada rivalidad económica, religiosa y política que se había visto exacerbada y distorsionada por la ocupación nazi y dos invasiones soviéticas, en 1939 y de nuevo en 1943-1944. Tampoco contribuyeron a la paz y a la armonía en Polonia oriental y Ucrania occidental los partisanos de distintas nacionalidades —polacos, judíos, ucranianos, soviéticos— y de distintas convicciones políticas que rivalizaban para hacerse con el poder. La violencia alcanzó su máximo nivel de horror y tragedia en la región de Volinia, anteriormente polaca y ahora ucraniana, en 1943, cuando los partisanos ucranianos alineados con el Ejército Insurgente Ucraniano (Ukrainska Povstanska Armia, o UPA) fueron conscientes de que los alemanes estaban perdiendo y de que el Ejército Rojo se acercaba. Creyeron que podía estar llegando el momento de establecer su propio Estado. El dirigente local, Mykola Lebed, instó a sus seguidores a «limpiar todo el territorio revolucionario de población polaca». En el verano de 1943, sus hombres —muchos de los cuales habían presenciado o habían participado en las deportaciones soviéticas de polacos en 1939 y en el asesinato de judíos durante el Holocausto— mataron salvajemente a unos 50 000 polacos, casi todos civiles, y obligaron a decenas de miles a marcharse de Volinia^[37].

Quienes llevaron a cabo la masacre ese verano habían asimilado tanto las lecciones nazis como las soviéticas, como ilustra a la perfección la

descripción que una adolescente polaca hace de una ejecución masiva en su pueblo. A ella, su hermana, sus dos hermanos y sus vecinos los habían reunido en un bosque a las afueras de su pueblo de Volinia y les habían ordenado que no se movieran de allí. Lo que siguió fue trágicamente similar a muchas otras ejecuciones masivas que habían ocurrido en esa región tan solo unos meses antes:

Me tumbé como si fuera a dormir. Tenía una bufanda larga y me cubrí la cabeza con ella, para no ver nada. Los disparos estaban cada vez más cerca y esperé la muerte. Pero entonces oí que los disparos volvían a alejarse, y que no me habían alcanzado [...] [mi hermana y yo] nos levantamos y vimos que nuestros hermanos, de nueve y trece años, tenían heridas de bala en la cabeza. Aún hoy tengo cargo de conciencia porque les dije que se quitaran el sombrero, tal vez si los hubieran llevado puestos habrían sobrevivido. [...] [Pero después] ¿adónde ir? Avanzamos entre los arbustos en dirección a Lubomal. Nos encontramos con una anciana ucraniana que iba con una niña. Mi hermana le preguntó si nos llevaría a su casa con ella, pero no quiso. [...] Por suerte, la casa más cercana estaba cerrada y vacía, así que bebimos agua del abrevadero y seguimos nuestro camino. Mi vida errante acababa de comenzar^[38].

Los polacos se vengaron. Un partisano polaco, Waldemar Lotnik, recordó uno de esos contraataques que tuvieron lugar ese mismo verano: «Habían asesinado a siete hombres dos noches antes; esa noche asesinamos a dieciséis de los suyos, entre ellos un colegial de ocho años [...] éramos trescientos y no encontramos resistencia ni sufrimos bajas. La mayoría de nosotros conocíamos a mucha gente de Modryn, así que sabíamos quiénes eran los partidarios de los nazis y quiénes los nacionalistas ucranianos. Los escogimos». Una semana después, los ucranianos reaccionaron, incendiaron una aldea, violaron a todas las mujeres y asesinaron a todos aquellos que no lograron escapar. Los polacos contraatacaron de nuevo, en esa ocasión acompañados por hombres «tan llenos de odio por haber perdido a generaciones de sus familias en los ataques ucranianos que juraron que responderían con “ojo por ojo, diente por diente”, y mantuvieron su palabra^[39]».

Teniendo en cuenta esta historia reciente, así como que la realidad de los cambios fronterizos tardó algún tiempo en asumirse, no sorprende que tanto polacos como ucranianos se opusieran a la deportación. Al principio, los bandos soviético y polaco convinieron que el intercambio de población sería estrictamente voluntario, y varias personas de ambos bandos se subieron voluntariamente a trenes en los que cruzaron la frontera en el otoño de 1944. Pero llegó el invierno, el grueso del Ejército Rojo se desplazó hacia el oeste para la batalla final de Berlín, y los voluntarios empezaron a escasear. Los partisanos del Ejército Nacional polaco, creyendo que la URSS pronto se vería obligada a devolver antiguos territorios polacos a Polonia —sin duda

estaba a punto de estallar otra guerra mundial—, siguieron conspirando en Ucrania occidental durante 1945. «El territorio de Ucrania occidental no permanecerá en manos de la Unión Soviética, fue y será territorio polaco —dijo un habitante de Polonia a un informante del NKVD—. América jamás se lo permitiría a la Unión Soviética, porque al principio de la guerra declaró que Polonia sería la misma que había sido hasta 1939. Y, por consiguiente, no merece la pena trasladarse [a Polonia]^[40].»

Enfrentándose a esa negativa y consciente del conflicto étnico que seguía activo, Stalin endureció su política hacia los ciudadanos de origen étnico polaco que vivían en las antiguas regiones polacas de lo que era ahora la República Soviética de Ucrania. Nikita Jruschov, el entonces secretario del partido comunista ucraniano, escribió a Stalin en septiembre de 1944 proponiéndole cerrar todas las escuelas y universidades polacas de Ucrania occidental, prohibir todos los libros de texto polacos, y empezar a reunir a polacos para que trabajaran en proyectos industriales en otras zonas de la URSS^[41]. Como resultado de estas políticas (como también del fracaso estadounidense de salir al rescate, y el fracaso del estallido de la Tercera Guerra Mundial), finalmente los polacos empezaron a tomar medios de transporte en dirección al oeste. Aunque el NKVD seguía identificando y arrestando a miembros de las organizaciones de «polacos blancos» en territorio soviético todavía en febrero de 1946, al parecer esas fueron las últimas células de resistencia declarada^[42]. En octubre de 1946, según documentos soviéticos, 812 668 polacos habían salido de la Ucrania soviética en dirección a Polonia^[43]. En total, 1 496 000 polacos abandonarían la URSS en dirección a Polonia, procedentes de Lituania y Bielorrusia, además de Ucrania^[44].

Esto supuso un importante cambio cultural: los polacos que salieron de Lituania, Bielorrusia occidental y Ucrania occidental abandonaron pueblos y ciudades que habían sido de habla polaca durante siglos. Muchos se desplazaron a pueblos y ciudades en los que, durante siglos, se había hablado alemán. La antigua Universidad Jan Kazimierz de Lwów, ahora llamada Lvov, dejó atrás sus edificios y trasladó los libros y profesores que quedaban a Breslavia, ahora Wrocław, donde se instaló en lo que permanecía en pie de la igualmente antigua universidad de esa ciudad. Campesinos que habían cultivado la notoriamente fértil «tierra negra» de Ucrania se encontraron reasentados en el territorio mucho más arenoso de Silesia, que requería maquinaria compleja y métodos de cultivo distintos. Algunos polacos

reasentados entraron en casas alemanas en las que las teteras estaban aún sobre los hornillos, o en las que los antiguos propietarios, como la condesa Dönhoff, no se habían molestado en lavar los platos después de la última comida.

Posteriormente, el gobierno polaco desarrollaría una elaborada mitología sobre esa «tierra recuperada» (*ziemie odzyskane*, expresión que en polaco suena muy similar a «tierra prometida», *ziemia obiecana*) y sobre los reyes eslavos que habían gobernado allí durante la Edad Media. Sin embargo, muchos de quienes llegaron a la «tierra recuperada» se sintieron como intrusos. Sus primeras cosechas se malograron, puesto que no estaban acostumbrados a las nuevas condiciones. Se resistían a hacer inversiones, ya que temían el regreso de los alemanes. El hecho de que polacos de toda Polonia viajaran a las antiguas ciudades alemanas en 1945 y 1946 para robar lo que los alemanes hubieran dejado atrás es significativo: ese no es el modo en que la gente trata el lugar que considera su hogar.

Los ucranianos que se encontraban en el lado occidental, polaco, de la nueva frontera estaban incluso más airados y se resistían más a marcharse. Después de haber oído historias sobre la hambruna ucraniana de 1932-1933, planeada por Stalin para, en parte, sofocar el nacionalismo ucraniano, la mayoría de ellos no depositaban grandes ilusiones en el régimen soviético. No querían marcharse a la Ucrania soviética y algunos de los que se fueron no tardaron en intentar regresar. Durante 1945 y 1946, partisanos del Ejército Insurgente Ucraniano, así como de la Organización de los Nacionalistas Ucranianos (Organizatsia Ukrainiskij Natsionalistiv, u OUN), asaltaron las oficinas de repatriación, causaron daños en las carreteras y vías de tren por las que habían de pasar los deportados e incluso incendiaron pueblos a los que habían ido a vivir polacos procedentes de Polonia^[45].

Los comunistas polacos contraatacaron. En abril de 1945, el grupo de operaciones especiales de Rzeszów, que incluía a miembros de la milicia, la policía, la policía secreta y el ejército polaco, emprendió un plan de deportaciones forzosas con la intención de «limpiar» de ucranianos cinco regiones polacas. Sus esfuerzos resultaron vergonzosamente infructuosos. El apoyo local al Ejército Insurgente Ucraniano y a la Organización de los Nacionalistas Ucranianos fue tan fuerte que en un momento dado los dirigentes de Rzeszów pidieron a los jefes de su policía secreta «más aviones de reconocimiento». Ya que no lograban atrapar a ucranianos por tierra, pensaron que tal vez se les diera mejor localizarlos desde el aire^[46].

En 1947, el gobierno polaco ya no estaba interesado en una simple limpieza étnica de la región. Se enfrentaba a una crisis mucho más crucial: tenía que preservar su poder en el sudeste de Polonia. La administración local era imposible, y en algunos lugares los partisanos ucranianos habían aunado fuerzas con lo que quedaba de WiN, el movimiento de independencia polaco^[47]. En marzo, los partisanos ucranianos provocaron una crisis al asesinar al viceministro de Defensa de Polonia, el general Karol Swierczewski, tras una batalla en la que participaron unos 150 partisanos armados con artillería y ametralladoras. Después de eso, los periódicos comunistas polacos prácticamente estallaron de indignación con manifestaciones de carácter étnico nada internacionalistas, en las que tildaban a los ucranianos de «verdugos», «bandidos», «carniceros» y «mercenarios extranjeros», y los acusaban de haber asesinado a un aguerrido hijo de la nación polaca con «balas fascistas^[48]» (aunque Swierczewski fue durante mucho tiempo oficial del Ejército Rojo y uno de los comunicados internos sobre su muerte menciona «informar a su familia en Moscú»^[49]).

A raíz de ese asesinato, el régimen polaco finalmente se movilizó para deportar a los ucranianos, no a la Unión Soviética —allí podrían causar problemas—, sino a antiguos territorios alemanes del norte y el oeste de Polonia. Anunciando a bombo y platillo su intención de llevar «seguridad» a la parte este del país —un objetivo que, sin duda, la mayoría de los polacos aprobaban—, a finales de abril iniciaron la Akcja Wisła, la Operación Vístula, una importante operación militar en la que participaron cinco divisiones de infantería, 17 000 soldados, 500 miembros de la milicia, zapadores, pilotos y tropas del Ministerio del Interior. Divisiones militarizadas del NKVD soviético y el ejército checoslovaco proporcionaron apoyo a lo largo de las fronteras^[50]. A finales de julio, esta enorme fuerza había conseguido desalojar a unos 140 000 ucranianos de sus casas, los había subido a furgones mugrientos y los había trasladado a las zonas del norte y el oeste de Polonia. Fue un proceso sangriento y tormentoso, tanto como los asesinatos de Volinia tres años antes. Un ucraniano, en esa época un niño, recuerda que los soldados polacos interrumpieron la boda de su primo:

De repente, los soldados rodearon la casa donde celebrábamos el banquete y la incendiaron con bombas. Asesinaron al novio y a varios invitados que no pudieron escapar; arrojaron los cuerpos ensangrentados a un carro que ya contenía los que habían asesinado en Zagrod. Cuando estaban a punto de marcharse, la novia apareció de repente, con su vestido blanco y el velo. Les suplicó que le dejaran el cuerpo de su marido, Iván. Los soldados rieron, le ataron las muñecas con una cuerda, la ataron al carro y partieron. Al principio, la joven corrió, después se cayó y fue arrastrada por el suelo de tierra. Los soldados le dispararon y finalmente cortaron la cuerda y la dejaron en la carretera^[51].

Sin su red de apoyo entre el campesinado ucraniano, los partisanos ucranianos no pudieron mantener la resistencia. A los que no asesinaron, los capturaron, interrogaron, y a menudo torturaron en Jaworzno, otro antiguo campo nazi que hasta entonces se había utilizado para recluir a los alemanes (como muchos campos nazis, tuvo una vida larga y cumplió muchas funciones). Los ucranianos se dispersaron por toda Polonia. En la década de 1990, una vez conocí a un grupo de sus descendientes que vivían cerca de Elk, en la región de los lagos de Masuria. Apenas hablaban ucraniano. Como las autoridades polacas dictaron que ninguna población del país podía contener más de un 10 por ciento de ucranianos, poco a poco habían ido perdiendo su lengua, su cultura y sus señas de identidad.

Unas semanas después de que terminara la Operación Vístula, la Unión Soviética inició una acción similarmente brutal sobre los territorios colindantes con la Ucrania soviética. Durante unos pocos días de octubre de 1947, la policía secreta soviética detuvo a 76 192 ucranianos en Ucrania occidental y los deportó al Gulag^[52]. Varios historiadores han barajado la posibilidad de que las dos operaciones estuvieran relacionadas. Ambas estaban destinadas a destruir para siempre la comunidad ucraniana occidental, sumamente orgullosa y cohesionada, y que había mostrado tanta resistencia ante polacos y rusos por igual. La Operación Vístula se aseguró de que ningún ucraniano soviético que se librara de la detención pudiera utilizar Polonia como refugio seguro^[53]. Ambas operaciones fueron populares. Los campesinos polacos a los que los partisanos ucranianos habían atormentado quedaron encantados de verlos partir, y agradecidos a las tropas soviéticas y polacas que los habían dispersado.

La Operación Vístula fue un ejemplo especialmente brutal de intercambio de población dentro de un país, pero no fue el único. Cuando el gobierno checoslovaco fracasó en su intento de conseguir la aprobación de los aliados, tanto en Potsdam como en la posterior Conferencia de Paz de París, para deportar a los húngaros de Eslovaquia, recurrió a una solución similar. Sobre el papel, no se produciría la deportación de los húngaros de Eslovaquia, sino tan solo un intercambio de población «voluntario». A fin de fomentar esas partidas «voluntarias», a los húngaros de Eslovaquia se les privó de la ciudadanía, del derecho de utilizar su lengua en lugares oficiales y del derecho de asistir a oficios religiosos en húngaro. Entre 1945 y 1948, unos 89 000 húngaros fueron «convencidos» así de abandonar Eslovaquia y marcharse a los Sudetes, donde reemplazaron a los alemanes, o de cruzar la frontera

hasta Hungría. Unos 70 000 eslovacos llegaron procedentes de Hungría en su lugar^[54].

De fuera de la región no llegó una sola palabra de protesta. Un historiador húngaro ha manifestado que se debió a que «el destino de la minoría húngara no interesaba a nadie^[55]». A decir verdad, el destino de ninguna de las minorías interesó jamás a nadie. El mundo apenas se había enterado de la guerra étnica entre Polonia y Ucrania, y aún menos de la Operación Vístula. Tampoco tuvo noticia de los 100 000 húngaros que huyeron o fueron expulsados de Rumanía, de los 50 000 ucranianos que se marcharon de Checoslovaquia en dirección a Ucrania o de los 42 000 checos y eslovacos que regresaron de Ucrania a Checoslovaquia después de la guerra^[56].

Llegado el año 1950, no quedaba mucho de la Europa del Este multiétnica. Tan solo perduraba la nostalgia; la nostalgia ucraniana, la nostalgia polaca, la nostalgia húngara, la nostalgia alemana. En 1991 fui a visitar una minúscula aldea cercana a la ciudad de Zablocko, en Ucrania occidental. Allí habitaba una pareja ucraniana que en 1945 había vivido atemorizada por las visitas nocturnas de partisanos de toda clase, angustiada por la lucha y cansada de la guerra. Deseosos de un poco de paz, decidieron abandonar su querido pueblo a orillas del río San, en Polonia oriental. Cargaron sus pertenencias a un carro y emprendieron el camino hacia el este. Finalmente se instalaron en una casa de madera en lo alto de una montaña, hasta hacía poco propiedad de una familia polaca, y allí se quedaron. Medio siglo después, su nieta, que jamás había visto Polonia, aún suspiraba por ir allí. «¿Es tan rica y hermosa como dicen?», me preguntó.

Al final, la mayoría de los deportados alemanes fueron a Alemania, los polacos fueron a Polonia y los ucranianos pudieron ir a la Ucrania soviética. Sin embargo, los judíos de Europa del Este, ya desplazados en lugares ocultos, campos de concentración y en el exilio, no tenían una tierra natal a la que pudieran volver en 1945. Los que regresaron a sus antiguos hogares encontraron destrucción física, devastación psicológica, y cosas aún peores. En realidad, su destino después de la guerra resulta incomprensible si no se tiene en cuenta que regresaron a ciudades y pueblos que habían estado —y seguían estando— sumidos en la violencia étnica, política y criminal.

Acostumbrados a la idea de que tras la liberación llegó la paz, son muchos los europeos occidentales a quienes les cuesta asumir esa realidad. Tampoco resulta fácil seleccionar los mitos y sentimientos que se han asociado al asunto de la experiencia judía en la Europa del Este de posguerra en los años

transcurridos desde entonces. Todas las polémicas sobre la cuestión étnica durante la posguerra se ven inflamadas, de tiempo en tiempo, por políticos contemporáneos que quieren utilizar el pasado para influir sobre el presente. Las asociaciones de antiguos expulsados desempeñaron un papel fundamental y en ocasiones incómodo en la política de Alemania occidental durante las décadas de 1970 y 1980 —incluido el momento crítico de 1989—, y a veces hicieron campaña a favor de un cambio en la frontera polaco-alemana y de que les devolvieran sus hogares. Polacos y ucranianos se pelean de vez en cuando por el recuerdo del Ejército Insurgente Ucraniano, al que los primeros consideran asesinos y los segundos veneran ahora como luchadores por la libertad. En 2008, las tensiones entre Eslovaquia y Hungría alcanzaron tal extremo que los húngaros, enfadados por la detención de activistas húngaros en Eslovaquia, llegaron a bloquear varios pasos fronterizos en señal de protesta.

Sin embargo, no hay polvorín emocional mayor que la historia de los judíos en la Europa del Este de posguerra, y en particular la de los judíos en la Polonia de posguerra. La enmarañada relación de los judíos de Europa del Este con el comunismo de la Europa del Este constituye una parte importante de la cuestión: algunos judíos desempeñaron un papel relevante en varios de los partidos comunistas de la Europa del Este de posguerra, y por ello se les consideró beneficiarios de los nuevos regímenes, aunque otros judíos sufrieran a manos de esos mismos regímenes. En ocasiones, los europeos del Este y los judíos se han enzarzado en una suerte de martirologio competitivo. Los primeros lamentan el hecho de que el mundo conozca el Holocausto, pero no su propio sufrimiento a manos tanto de los nazis como de la Unión Soviética. En ocasiones, los segundos han interpretado todo debate sobre el sufrimiento que cualquier otro grupo padeció durante la guerra como un desprecio de su experiencia excepcionalmente trágica. Ha habido polémicas sobre dinero, propiedad, culpa y responsabilidad.

Un ejemplo de cómo se interpretan estas emociones surgió en la década de 1990, cuando un fiscal de lo que se convirtió en el Instituto Polaco de la Memoria Nacional se dispuso a investigar el inusual caso de Salomon Morel, quien —todos están de acuerdo en ello— fue un judío polaco y partisano comunista. De febrero a septiembre de 1945, Morel fue también el comandante de Zgoda, un campo de trabajos forzados para alemanes en la población de la Alta Silesia de Swietochłowice, en lo que había sido un campo satélite de Auschwitz. Después permaneció como empleado de la policía secreta polaca y finalmente se convirtió en coronel y comandante de

una prisión de Katowice. Morel emigró a Israel a principios de la década de 1990.

En cuanto al resto de la vida de Morel, casi todo se presta a discusión. Según los investigadores y fiscales polacos, Morel se incorporó a la policía de seguridad polaca después de la guerra. Primero trabajó en la cárcel del castillo de Lublin, donde ayudó en los interrogatorios a los dirigentes del Ejército Nacional polaco. Después lo trasladaron a Zgoda. Durante su ejercicio allí, se hizo famoso por su crueldad con los prisioneros, en su mayoría alemanes, y entre los que se encontraban mujeres y niños. Les negaba la comida, permitía que sus condiciones de higiene se deterioraran, los torturaba por placer y a veces los golpeaba hasta la muerte. Como resultado de las lamentables condiciones, una epidemia de tifus azotó el campo en verano y alrededor de 1800 prisioneros murieron. Según documentos de archivo, el Ministerio del Interior declaró a Morel responsable de la epidemia, por lo que cumplió un arresto domiciliario de tres días y se le privó de parte de su sueldo.

En 2005, un fiscal polaco, tras decidir que Morel era culpable de crímenes de guerra, envió una solicitud de extradición —una de varias— al Estado de Israel, donde Morel vivía entonces. A modo de respuesta, el fiscal recibió una carta furiosa del Ministerio de Justicia israelí. Según la carta, Morel no era un criminal de guerra, sino una víctima más de la guerra. Había presenciado el asesinato de sus padres, hermano y cuñada a manos de un agente de la policía polaca durante la guerra. Su hermano mayor había sido asesinado por quien la carta describe como «un polaco fascista». Según el funcionario del ministerio israelí, el campo de Swietochłowice, cuando él lo dirigía, no contenía más de seiscientos prisioneros, todos ellos ex nazis. Las condiciones de higiene eran satisfactorias. El juicio del funcionario israelí no estaba motivado por hechos, sino por emociones: Morel, declaró, había sufrido «delitos de genocidio cometidos por los nazis y sus colaboradores polacos», el caso contra él estaba motivado por el antisemitismo polaco y no sería extraditado^[57].

El intercambio de cartas provocó una fuerte animadversión entre ambas partes. Los polacos sentían que los israelíes estaban ocultando al clásico criminal comunista. Los israelíes sentían que los polacos estaban atacando a la clásica víctima judía. Y, sin embargo, la historia de Morel no era en absoluto clásica. Lejos de convertirse en un «símbolo» de injusticia para polacos o israelíes, la historia de su vida debería haberse tratado como una excepción.

Para empezar, la historia de Morel es excepcional porque, a diferencia de

muchos judíos de Europa del Este, sobrevivió al Holocausto. No es fácil determinar con exactitud hasta qué punto es extraño, puesto que no disponemos de cifras exactas de los supervivientes. No todos los judíos se registraron como tales en la Europa del Este de posguerra, y no todos quisieron estar en contacto con organizaciones judías. Muchos se habían cambiado el nombre para pasar por «arios», y lo mantuvieron después de la guerra. Pero según las mejores estimaciones, parece que menos del 10 por ciento de los 3,5 millones de judíos que habían vivido dentro de las fronteras de la Polonia de preguerra sobrevivieron a la guerra. Puede que 80 000 sobrevivieran en la Polonia ocupada por los nazis. El resto habían pasado la guerra en la Unión Soviética, y cuando la guerra terminó, la mayoría regresaron a sus casas. En junio de 1946 había unos 220 000 judíos dentro de las fronteras polacas de posguerra. Eso constituía, en la época, menos del 1 por ciento de la población total de Polonia, que ascendía a unos 24 millones^[58].

Los cálculos son todavía más difíciles de realizar en Hungría, donde había una larga tradición de asimilación judía, matrimonios mixtos y conversiones. Como resultado, las cifras de judíos húngaros en 1945 varían considerablemente, de 143 000 hasta 260 000. De nuevo, esto suponía un pequeño porcentaje de la población total húngara, de 9 millones de personas. Pero como las deportaciones nazis durante el último período de la guerra, incluido el famoso traslado masivo a Auschwitz, habían afectado principalmente a los judíos de las provincias, casi todos los judíos húngaros que quedaban vivían en Budapest^[59]. En la ciudad, que entonces tenía unos 900 000 habitantes, los judíos eran una minoría muy visible que se hacía oír. Con sus redes familiares y profesionales intactas, los judíos húngaros empezaron rápidamente a desempeñar un papel importante en la vida pública. No fue el mismo caso en Polonia, como tampoco lo fue en Alemania. Solo unos 4500 supervivientes judíos permanecieron en la zona de ocupación soviética de Alemania tras la guerra, una fracción minúscula de una población de 18 millones. Eran, y siguieron siendo, casi invisibles^[60].

Salomon Morel fue también atípico por el hecho de que permaneció en Europa del Este después de la guerra. La inmensa mayoría de los judíos que regresaron a sus países después de la guerra se quedaron solo el tiempo necesario para descubrir si sus familiares seguían vivos y para comprobar lo que quedaba de sus pertenencias. La mayoría se sintieron desconsolados por lo poco que encontraron. En un memorando de 1946, las autoridades judías

polacas explicaron que muchos judíos se estaban marchando del país sobre todo porque, sencillamente, les resultaba imposible vivir en pueblos o ciudades que se habían convertido en «los cementerios de sus familias, parientes y amigos^[61]». Algunos se marcharon porque tenían parientes en el extranjero, con frecuencia los únicos parientes que seguían vivos. Otros, en particular aquellos que habían tenido experiencias de guerra en la URSS, se marcharon porque odiaban el comunismo y temían, con razón, que los negociantes y comerciantes judíos no tendrían futuro en un Estado comunista.

Sin embargo, otros partieron por miedo. Polonia, Hungría, Checoslovaquia y Alemania oriental, como el resto de Europa del Este, eran lugares violentos después de la guerra. Resultaba peligroso ser un funcionario comunista, peligroso ser anticomunista, peligroso ser alemán, peligroso ser polaco en un pueblo ucraniano, peligroso ser ucraniano en un pueblo polaco. También podía resultar peligroso ser judío. Algunos judíos fueron bien recibidos en sus lugares de origen tras la guerra, y tratados con justicia y amabilidad. Un judío polaco que se había unido al Ejército Rojo regresó a su hogar y recibió la bienvenida de vecinos que lo alimentaron y lo protegieron de las unidades locales del Ejército Nacional, que estaban dando caza a comunistas. Otros judíos polacos con conexiones con el partido comunista ayudaron a rescatar a partisanos gentiles del Ejército Nacional del NKVD. Emil Sommerstein —un activista sionista que fue liberado del Gulag soviético en 1944 a condición de que se uniera al gobierno provisional polaco como ministro de Asuntos Judíos— actuó en secreto para enviar a correos del Ejército Nacional a Londres disfrazados como judíos ortodoxos^[62].

Existen también pruebas tanto anecdóticas como de archivo acerca de ataques brutales y mortales a judíos en los meses y años inmediatamente posteriores a la guerra en Hungría y Polonia —como también en Checoslovaquia y Rumanía—, si bien no existe acuerdo sobre su magnitud. Las cifras de «muertes judías» en Polonia durante ese período oscilan entre 400 y 2500^[63]. Este desacuerdo estadístico tal vez no sorprenda, puesto que, para empezar, no hay un consenso sobre cuántos judíos habían sobrevivido, pero refleja un conjunto de incertidumbres más profundas. Con algunas importantes excepciones, esos ataques fueron aislados y, a diferencia de los ataques a los alemanes en Polonia o a los húngaros en Eslovaquia, no formaron parte de una política gubernamental oficial. Algunos estuvieron motivados por el regreso de los judíos a las casas ocupadas por otras personas, algunos por disputas políticas, y no siempre estuvo claro de qué

clase fue cada uno de ellos. Los judíos que regresaron y reclamaron sus casas, ¿fueron asesinados por sus propiedades, o por ser judíos? Los judíos que se unieron a los servicios de seguridad, ¿fueron asesinados por ser comunistas o por ser judíos? ¿Los robos a judíos fueron actos de antisemitismo o delitos comunes?

Menos ambiguos, al menos en este sentido, fueron los disturbios de carácter antisemita, en ocasiones llamados pogromos, que también tuvieron lugar en ese período. Desde 1945 en adelante, estallidos de violencia antijudía recorrieron las ciudades polacas de Rzeszów, Cracovia, Tarnów, Kalisz, Lublin, Kolbuszowa y Mielec; en las ciudades eslovacas de Kolbasov, Svinna, Komarno y Teplicany; así como las de Ózd y Kunmadaras en Hungría^[64]. Sin lugar a dudas, los dos disturbios más destacados ocurrieron en Kielce, Polonia, el 4 de julio de 1946, y en la ciudad húngara de Miskolc unas semanas después, entre el 30 de julio y el 1 de agosto.

En Kielce, el motivo aparente del disturbio —por difícil que resulte creer que algo así fuera posible en el siglo xx— fue un rumor de calumnia de la sangre. Un niño polaco, probablemente para evitar el castigo por haber llegado tarde a casa, dijo a sus padres que los judíos lo habían secuestrado con la intención de realizar con él un ritual de sacrificio. Según dijo, lo habían retenido en el sótano del edificio del Comité Judío de Kielce, una especie de residencia y centro cívico en el que en ese momento vivían varias decenas de supervivientes judíos. Su padre, borracho, informó a la policía local, y la policía inició solemnemente la investigación. Sin embargo, aunque los ocupantes del edificio explicaron a la policía que el edificio no tenía sótano, por lo que difícilmente habrían podido retenerlo allí, los rumores empezaron a extenderse por toda la ciudad.

Una multitud se congregó frente al edificio del comité. Allí llegó también una unidad del ejército: cuarenta soldados del Cuerpo de Seguridad Interna. Para sorpresa de los líderes judíos que había en el edificio, los soldados abrieron fuego, no contra la multitud amenazante, sino contra los judíos. Y en lugar de dispersar a la multitud, se unieron a ella, junto con policías y miembros de la milicia ciudadana. Cuando terminaron su turno, los trabajadores de una fábrica de la zona también se sumaron. Durante ese día asesinaron a judíos en distintas partes de la ciudad, en las afueras y en trenes cuyos pasajeros judíos tuvieron la trágica suerte de llegar a Kielce en ese momento. Al anochecer había por lo menos cuarenta y dos personas muertas y decenas de heridos. Hasta hoy, este sigue siendo el peor estallido de

violencia antisemita en la Europa del Este de posguerra^[65].

Si bien hubo rumores de calumnia de la sangre en Miskolc en los días previos a los disturbios —y aunque una serie de historias sobre niños judíos y cristianos habían desencadenado la violencia en Kunmadaras y Teplicany—, el ataque de Miskolc estuvo motivado en realidad por la detención de tres estraperlistas, dos de los cuales eran judíos. La historia de su detención se propagó rápidamente por la ciudad, posiblemente gracias a la policía, y la mañana del 31 de julio había una multitud esperando a los hombres, que iban a ser escoltados de una cárcel de la localidad a un campo de internamiento. La multitud llevaba carteles en los que se leía: «Muerte a los judíos» y «Muerte a los estraperlistas». Cuando los prisioneros aparecieron, la turba se abalanzó sobre ellos, mató a uno y golpeó al otro hasta el punto de que tuvieron que llevarlo al hospital. El tercero —que no era judío— consiguió escapar.

Esa tarde, la policía, que había estado especialmente distraída durante el disturbio de la mañana, detuvo a dieciséis personas por el linchamiento público. Indignada por las detenciones, otra multitud enfurecida asaltó y ocupó la comisaría de policía al día siguiente. En esa ocasión, un agente de la policía judío fue asesinado.

Estos dos acontecimientos fueron recibidos con auténtica sorpresa e indignación, y recibieron mucha atención nacional y, en el caso de Kielce, también internacional. Los pogromos dieron lugar a nuevas oleadas de emigración. Como explicó un judío que vivía en Łódź en esa época: «Aunque sentíamos que nuestra existencia estaba anclada en arenas movedizas, no permitimos que esa sensación afectara a nuestra conciencia. Queríamos volver a vivir como seres humanos. El pogromo de Kielce nos despertó de nuestras ilusiones. No podíamos quedarnos allí ni un momento más^[66]».

La población no judía también estaba molesta. Intelectuales y políticos de todas las tendencias escribieron angustiados textos de repulsa en los que lamentaron esos vestigios de antisemitismo, tan repulsivos en países en los que el recuerdo del Holocausto estaba aún tan fresco. El Estado polaco realizó una investigación judicial y llevó a algunos de sus autores a juicio, y como resultado hubo nueve sentencias de muerte. En Hungría, el Comité Central del partido comunista debatió abiertamente el antisemitismo, probablemente por primera y última vez, el día después del disturbio de Miskolc^[67]. Sin embargo, los resultados de las posteriores pesquisas policiales e investigaciones internas no satisficieron a nadie.

En ambos casos, elementos del régimen fueron en parte responsables. En Kielce, la policía y los servicios de seguridad no solo fracasaron a la hora de evitar el disturbio, sino que se unieron a la multitud, junto con el ejército: la participación policial había desatado la violencia de la muchedumbre. En Miskolc, es probable que la policía local diera el chivatazo a la gente de que los especuladores estarían en el centro de la ciudad, y sin duda desaparecieron cuando empezó la violencia. Y lo más importante, Rákosi, aunque era judío, había estado en Miskolc tan solo una semana antes, el 23 de julio, cuando pronunció un discurso en un acto multitudinario y denunció a los especuladores: «Quienes especulan con el florín, quienes estarían dispuestos a minar las bases económicas de nuestra democracia, deberían ser condenados a la horca». Además, el partido comunista húngaro colgó carteles y distribuyó folletos con caricaturas de «especuladores» que parecían caricaturas de judíos^[68]. Al parecer, el partido pretendía dirigir la ira popular sobre la hiperinflación y las malas condiciones económicas hacia los «especuladores judíos», y desviarla del partido comunista^[69].

En ningún caso existen evidencias de archivo de una planificación cuidadosa elaborada con anterioridad, y mucho menos de una coordinación internacional, como algunos han apuntado. Aunque hubo agentes y asesores soviéticos en ambas ciudades —un agente del NKVD soviético estuvo incluso presente en los disturbios—, y pese al hecho de que esos pogromos tuvieron lugar en el mismo período, no es posible por ahora establecer una participación soviética directa en su organización^[70]. Tampoco está claro que los comunistas rusos o locales sintieran que los disturbios les habían beneficiado. Aunque tanto las autoridades húngaras como polacas cargaron la culpa a los movimientos anticomunistas y a la Iglesia —una calumnia que en ese momento pareció calar hondo—, en sus debates internos reconocían los disturbios como señales de su propia debilidad. Al fin y al cabo, en Kielce las distintas divisiones de los servicios de seguridad habían discutido entre sí, no habían obedecido órdenes y no habían sido capaces de controlar a la muchedumbre, lo que decía muy poco a favor de su competencia. Tras los disturbios, varios líderes del partido locales perdieron su trabajo^[71]. Los comunistas húngaros también estaban incómodos por los hechos de Miskolc. Rákosi culpó de los disturbios a «la infiltración fascista en nuestro partido», y prometió evitar que se extendiera^[72].

Sin embargo, es innegable que ambas series de disturbios contaron con bastante apoyo popular. Como si estuvieran en la oscura Edad Media, los

rumores de que los judíos estaban asesinando a niños cristianos o de que los especuladores judíos estaban robando a los campesinos cristianos de repente se afianzaron en varias ciudades de provincias de Europa del Este, pese a que sus compatriotas contemplaban la situación horrorizados. Hay quien ha apuntado que la explicación de ese momento de locura es económica: el historiador polaco Jan Gross señala que los asesinatos masivos de los judíos durante la guerra creó «un vacío social que fue llenado de inmediato por la pequeña burguesía polaca autóctona^[73]». Inseguro sobre su estatus, temeroso de perder lo que había ganado hacía tan poco y amenazado por los regímenes comunistas, ese estrato social, conjetura Gross, dirigió toda su ira hacia los judíos que regresaron. Sin duda hubo algo de eso, y muchos presenciaron el mismo fenómeno en otros países. Heda Kovály, una superviviente judía, regresó a la casa solariega de su familia en Checoslovaquia en 1945: «Llamé a la puerta y, al cabo de un rato, un hombre gordo y sin afeitar gritó: “¡Así que has vuelto! ¡Oh, no! ¡Lo que nos faltaba!”. Di media vuelta y me adentré en los bosques. Pasé las tres horas que faltaban hasta que llegara el próximo tren en dirección a Praga paseando sobre el musgo, bajo los abetos, escuchando los pájaros^[74]». Temiendo una reacción negativa de la población, en Hungría el partido comunista se negó a recomendar la devolución de los bienes judíos. En marzo de 1945, *Szabad Nép* recomendó a los judíos que mostraran «comprensión» hacia los gentiles que ahora ocupaban sus apartamentos, aunque esos gentiles fueran colaboradores del régimen fascista. Funcionarios del partido en Budapest también sugirieron que los judíos que regresaban deberían «llegar a un acuerdo» con los habitantes de sus casas, algo que, teniendo en cuenta las circunstancias, era sin duda imposible^[75].

Otros creen que tanta animosidad tuvo que deberse a algo más profundo que una simple competencia económica. Como el historiador polaco Dariusz Stola señala, los polacos —igual que los checos, húngaros, rumanos y lituanos— habían visto, oído e incluso olido el Holocausto hasta un punto inimaginable en Europa occidental, incluida Alemania:

La reacción psicológica a esa clase de experiencia es complicada y completamente irracional; el recuerdo es una suerte de convulsión, los sentimientos asociados son intensos y están descontrolados, y, lo más importante, no son necesariamente sentimientos de pena o compasión [...] No soy psicólogo, pero me inclino hacia esta teoría, porque no veo ninguna otra explicación para determinadas formas de comportamiento execrable, por ejemplo, cuando alguien lanza una granada contra un orfanato de niños judíos^[76].

Stola se refiere aquí a un infame incidente: la noche del 12 de agosto de 1945, un asaltante desconocido lanzó una granada contra un orfanato judío en el pueblo de Rabka, y después siguió disparando durante dos horas.

Sorprendentemente, no hubo muertos. Sin embargo, poco después cerraron el orfanato y trasladaron a los niños^[77].

La explicación de Stola, aunque fue expresada en 2005, no está tan alejada de las opiniones de muchos intelectuales polacos de la época. En 1947, Stanisław Ossowski, un reputado filósofo y sociólogo, llegó a la misma conclusión. Escribió: «La compasión no es la única respuesta imaginable a la desgracia padecida por otros [...] Aquellos para quienes el destino tiene reservada la aniquilación, fácilmente pueden resultar repugnantes y por tanto quedar al margen de las relaciones humanas». También observó, como otros han hecho desde entonces, que quienes se habían beneficiado de algún modo material de la destrucción de los judíos solían sentirse incómodos o incluso atormentados por la culpa, por lo que intentaron legitimar sus acciones: «Si la desgracia de una persona beneficia a otra, surge la necesidad de convencerse a uno mismo, y a los demás, de que el desastre estaba justificado desde un punto de vista moral^[78]».

Fuera cual fuese el motivo de la hostilidad persistente, sin duda contribuyó a convencer a los judíos para abandonar Europa del Este y emigrar a Estados Unidos, Europa occidental y, sobre todo, a Palestina. Unos 70 000 salieron de Polonia en dirección a Palestina durante los tres meses posteriores a los disturbios de Kielce. Recibieron la ayuda y el apoyo de varias organizaciones sionistas, fundadas o apoyadas por grupos de Palestina o Estados Unidos, que se habían establecido con ese propósito. Conforme a las condiciones de ese acuerdo, los judíos polacos cruzaron los pasos fronterizos acordados de Silesia, después continuaron a pie y en camiones de transporte a través de Checoslovaquia y finalmente llegaron a uno de los puertos mediterráneos, donde se embarcaron rumbo a Palestina (aunque algunos se echaron atrás y se quedaron en otros países^[79]).

Con el transcurso del tiempo, estos desplazamientos masivos empezaron a avergonzar al régimen polaco —la inmigración a Palestina, país bajo mandato británico, seguía siendo ilegal, y la prensa británica había empezado a hacerse eco del asunto—, y se detuvo durante un breve período de tiempo. Sin embargo, cuando se hubo establecido el Estado de Israel, los judíos volvieron a tener permiso para marcharse, en buena parte porque el Estado polaco, que entonces estaba inmerso en el proceso de imponer la centralización económica, estuvo más que contento de librarse de los pequeños empresarios de la comunidad judía. A fin de promover la emigración, el nuevo gobierno de Israel negoció también un convenio comercial ventajoso para el gobierno

polaco, con el que le garantizaba una entrada de divisas estables. El gobierno rumano cerró un trato similar con Israel, y es probable que la Unión Soviética aprobara ambos acuerdos^[80]. En Hungría, el Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta —una importante organización benéfica sionista— pagó al gobierno húngaro 1 millón de dólares sobre esa misma época. A cambio, 3000 judíos húngaros pudieron partir hacia Israel de manera inmediata^[81].

Entre bastidores, varios estados de Europa del Este se mostraron incluso más favorables, mucho más de lo que sus dirigentes reconocerían más adelante. Todos ellos, con la excepción de Yugoslavia, habían votado en favor de la partición de Palestina en 1947: en ese momento, la Unión Soviética apoyó la creación del Estado de Israel, en buena parte porque Stalin creía que Israel no tardaría en unirse al bando comunista. En Europa del Este también se respiraba entusiasmo hacia Israel, tanto que a finales de 1947 los gobiernos polaco, checoslovaco y húngaro abrieron campos de entrenamiento para la Haganá, la organización paramilitar judía que constituyó el núcleo de lo que más adelante se convertiría en las Fuerzas de Defensa israelíes. La policía secreta y el ejército húngaros entrenaron a unos 1500 judíos húngaros, y entretanto alrededor de 7000 judíos polacos viajaron a Bolków, una pequeña población de Silesia, donde recibieron entrenamiento tanto del Ejército Rojo como de soldados del ejército polaco, y finalmente también de luchadores de la Haganá. En ese momento, el programa contaba con apoyo local y nacional. En junio de 1948, el Comité Central del partido comunista polaco asignó al grupo «una determinada cantidad de armas y un terreno de entrenamiento para la instrucción militar». En Bolków, la instrucción se llevaba a cabo al aire libre, los voluntarios marchaban por el pueblo cantando, y cuando los reclutas se marcharon a Palestina, vía Praga y Marsella, «hubo flores y pancartas [...] incluso los polacos simpatizaron con su lucha por la libertad», explicó un ex recluta. El programa duró hasta principios de 1949, y estaba destinado a tener beneficios a largo plazo: la policía secreta polaca tenía listas de quienes habían asistido a los cursos de instrucción. Y a los que eran miembros del partido comunista les pidieron que colaboraran como informantes «incluso después de marcharse a Israel^[82]».

Cuando Israel se convirtió en Estado, los viajes dejaron de ser clandestinos. En 1948, la agencia de viajes del Estado polaco, Orbis, organizó el primer trayecto de tren regular, de nuevo vía Checoslovaquia, Austria e Italia. Después de uno o dos viajes exitosos (una vez que los judíos quedaron

convencidos de que «realmente iban a Israel, y no a Siberia»), el número de solicitudes para emigrar volvió a aumentar^[83]. Las cifras descendieron nuevamente a principios de la década de 1950, casi con toda seguridad por la presión soviética: el apoyo inicial de Stalin a Israel había derivado hacia la sospecha y la paranoia. No obstante, en 1955 no quedaban más de 80 000 judíos en Polonia: más de dos tercios de los supervivientes se habían marchado. Las cifras fueron similares en otros países de Europa del Este. Entre 1945 y 1957, el 50 por ciento de los judíos rumanos salieron de su país, junto con el 58 por ciento de los judíos checoslovacos y el 90 por ciento de los judíos búlgaros. Entre un cuarto y un tercio de los judíos húngaros también se marcharon de Hungría^[84].

De los que se quedaron, un número desproporcionado decidió hacerlo porque eran comunistas, porque tenían grandes expectativas puestas en el régimen comunista, o porque tenían trabajo en el aparato de Estado comunista. Es lógico: en una época en que se arrestaba y asesinaba a anticomunistas de toda clase, los judíos anticomunistas se marcharon de Europa del Este. Y este es el último hecho insólito sobre Salomon Morel: fue excepcional porque era un judío que no solo se quedó, sino que se incorporó a la policía de seguridad. Muy al contrario de la creencia popular en Europa del Este, la mayoría de los judíos polacos no se incorporaron a la policía secreta. ¿Cómo podrían haberlo hecho? La mayoría de ellos se habían marchado o estaban planeando marcharse del país.

Es cierto que un reducido número de judíos ocupó puestos muy prominentes, de gran responsabilidad, tanto en el partido comunista como en el aparato de seguridad de Polonia. Entre ellos estuvieron Jakub Berman y Hilary Minc, los máximos asesores de Bolesław Bierut en asuntos de ideología y economía, respectivamente; Julia Brystiger, que dirigió del departamento de la policía secreta dedicado a la penetración de la Iglesia católica; Józef Rózanski, el despiadado y principal interrogador de la policía secreta, y su segundo, Adam Humer; el hermano de Rózanski, Jerzy Borejsza, un escritor que llegó a controlar gran parte de la industria editorial de posguerra; y Józef Swiatło, un agente de alto rango de la policía secreta que más adelante desertó. Este relevante grupo jamás constituyó una mayoría. La mejor estimación, según el historiador Andrzej Paczkowski, los sitúa sobre un 30 por ciento de la cúpula de la policía secreta durante el período de los primeros años de posguerra. Después de 1948, la cifra descendió todavía más. De cualquier modo, sin duda atrajeron un porcentaje desproporcionado de

resentimiento anticomunista^[85].

En Hungría, la situación fue diferente porque todos los destacados comunistas húngaros —Rákosi, Geró, Révai— eran de origen judío, como muchos de los fundadores de la policía política y del Ministerio del Interior, entre ellos Gábor Péter. Sin embargo, no está nada claro que en Hungría los judíos apoyaran a los comunistas. Solo una cuarta parte de la población judía votó al partido comunista en las elecciones de 1945. Y aunque el número de líderes visibles judíos del partido siguió siendo elevado durante los primeros años de posguerra, el porcentaje de judíos en el aparato estatal empezó a disminuir después de 1948, cuando el partido comunista húngaro —como el partido comunista de Alemania del Este y el partido comunista rumano— se dispuso a reclutar a miembros de bajo rango del régimen anterior, en particular policías, en un claro intento de conseguir mayor popularidad en ese entorno y de combatir el estereotipo de los comunistas como «élite», «extraños» o, desde luego, «judíos». («En realidad no son malos tipos —dijo Rákosi a un periodista estadounidense, refiriéndose a antiguos miembros del partido fascista—. Nunca estuvieron en activo. Lo único que tienen que hacer es firmar una promesa, y los dejamos entrar.»^[86])

Y lo más importante, la presencia de judíos en posiciones destacadas en los partidos comunistas de Europa del Este no produjo en ningún lugar una serie de políticas que pudieran considerarse «projudías». Al contrario, los comunistas, incluidos los comunistas judíos, tenían sentimientos encontrados con respecto a la historia y a la identidad judías, incluso mientras se producía el Holocausto. Durante su estancia en Moscú en 1942, Jakub Berman empezó a oír historias horribles sobre lo que estaba sucediéndoles a los judíos de Varsovia. Cuando le llegara el momento, su hermano sería gaseado en Treblinka. Sin embargo, se armó de valor para evitar la pena: los verdaderos comunistas no podían permitir que los nazis definieran sus políticas. En una de las cartas que escribió a Leon Kasman —que también era judío—, advirtió a su amigo que no se dejara desviar ni distraer por la tragedia que estaba teniendo lugar. «La situación de los judíos en Polonia es terrible —escribió—. Sin embargo, a mi parecer, no se puede poner demasiado esfuerzo en ello [...] porque, aunque la cuestión de la movilización de las masas judías en Polonia para que adopten una postura de lucha activa en contra del ocupante es importante y válida, [...] deberíamos dirigir nuestra atención hacia otras cosas^[87]».

Después de la guerra, esta ambivalencia no hizo sino aumentar. En 1945 y

1946, Rákosi estaba preocupado por el hecho de que demasiados juicios antifascistas se centraban en «gente que había hecho algo a los judíos^[88]», lo que tal vez no resultara popular. Rákosi solía incluir comentarios de carácter antisemita en las conversaciones, y en una ocasión ofendió al portavoz del Parlamento, Béla Varga, hasta tal punto que Varga le espetó: «Su madre era judía y no reniega de ella». También se atrevía a pronunciar negaciones categóricas. Cuando el primer ministro del Partido de los Pequeños Propietarios, Ferenc Nagy, hizo un comentario durante una reunión del Consejo de Ministros sobre el elevado número de judíos entre los políticos húngaros después de la guerra, Rákosi observó con serenidad que el partido comunista no tenía ese problema: «Afortunadamente, todos nuestros líderes son católicos^[89]». Incluso Alemania del Este, con una comunidad judía casi inexistente, hizo distinciones desde un buen comienzo entre los honores conferidos a antiguos «luchadores contra el fascismo», refiriéndose en su mayoría a comunistas, y antiguas «víctimas del fascismo», refiriéndose en su mayoría a gitanos y judíos. En palabras de Jeffrey Herf, «los viejos estereotipos antisemitas del judío como capitalista y debilucho pasivo seguirían persistiendo en el contundente discurso comunista del antifascismo de Alemania del Este^[90]».

Parte de esta turbulenta relación entre los comunistas de Europa del Este y los judíos de Europa del Este podría atribuirse al antisemitismo de la gente, incluso al antisemitismo de la gente judía. Parte de este reflejaba el antisemitismo del propio Stalin, que se volvió más profundo con el tiempo y culminó en una purga de judíos soviéticos que ocupaban cargos importantes, y que llevó a cabo poco antes de morir. Sin embargo, en el nivel más profundo, la inquietud de la gente con respecto a los judíos y la «judeidad» reflejaba las inseguridades del partido comunista sobre su popularidad. Conscientes de que muchos de sus compatriotas los consideraban ilegítimos —conscientes de que los consideraban agentes soviéticos, para ser más precisos—, hicieron uso de símbolos nacionales, religiosos y étnicos tradicionales para obtener más apoyo. Tal fue el caso durante 1945 y 1946, cuando aún creían que tenían una oportunidad de ascender al poder a través de las elecciones. Mientras Rákosi desataba su retórica contra el estraperlo y los judíos, el partido comunista húngaro también defendía la celebración anual de la «revolución burguesa» de 1848, por lo que insistió, para consternación de algunos antiguos miembros del partido, en que sus seguidores llevaran banderas nacionales húngaras, además de las banderas rojas del partido. Como Rákosi explicó: «Aún tenemos un problema con

nuestro carácter patriótico. Muchos camaradas temen que nos estemos desviando del camino marxista. Tiene que hacerse hincapié de manera efusiva en que elegimos el estandarte rojo y la bandera nacional [...] la bandera nacional es la bandera de la democracia húngara^[91]».

Los comunistas alemanes hicieron lo mismo y resucitaron la bandera de la Alemania imperial aun cuando todavía no había finalizado la guerra, con el fin de atraer a ex soldados a su causa. También dirigieron la mirada al pasado para honrar a héroes tradicionales alemanes; por ejemplo, celebraron un Año Goethe en Weimar en 1949 y organizaron una competición cuatrienal en honor a Bach en Leipzig. Los polacos también organizaron un Año Chopin en 1949. En agosto de 1944, Edward Osóbka-Morawski, el dirigente del gobierno provisional de Lublin, llegó a celebrar una misa pública en honor del «milagro del Vístula», la victoria polaca sobre los bolcheviques en las afueras de Varsovia en 1920, una fiesta nacional de un evidente cariz antirruso. El ya de por sí extraño acontecimiento se tornó aún más extraño por la presencia del general Nikolái Bulganin, en ese momento el representante del Sóviet de Comisarios del Pueblo, y más adelante primer ministro soviético^[92].

La indulgencia comunista del antisemitismo formaba parte de esta manera de pensar. Muchos esperaban que pasando por alto o incluso flirteando con el antisemitismo, su partido parecería más «nacional», más «patriótico», menos soviético, menos extraño y más legítimo. En Polonia, la tesis de que la impopularidad del partido se debía a la presencia de «demasiados judíos» tuvo su origen en el propio partido. En 1948, cuando ya había perdido apoyo, Władysław Gomułka, el líder de los comunistas polacos durante la guerra y el gran rival de Bierut, escribió un largo memorando a Stalin en el que mantenía que los judíos del partido comunista estaban dificultando que el partido ampliara su base: «Algunos de los camaradas judíos no sienten ningún vínculo con la nación polaca ni con la clase obrera polaca [...] o mantienen una actitud que podría describirse como de “nihilismo nacional”». Como resultado, declaró: «Considero absolutamente necesario no solo detener el crecimiento del porcentaje de judíos en el aparato del estado y del partido, sino también hacer disminuir lentamente ese porcentaje, en particular en los niveles más altos de ese aparato^[93]».

Como el sentimiento antialemán en los Sudetes, las emociones contra los ucranianos en Polonia y el sentimiento antihúngaro en Eslovaquia, finalmente el antisemitismo se convirtió en una herramienta más, en otra arma dentro del arsenal del partido. En este sentido, la historia de posguerra de los judíos

pertenece al mismo capítulo que los métodos más enérgicos de limpieza étnica. En su búsqueda de la popularidad, los partidos comunistas estaban dispuestos a exagerar el odio hacia los alemanes, hacia los húngaros, los ucranianos y, aun en la región más devastada por el Holocausto, el odio hacia los judíos. El partido comunista polaco retomaría este asunto más adelante, cuando expulsó a la mayoría de sus miembros judíos en 1968.

¿Y Salomon Morel? Al final resultó ser una figura «clásica» de este período en un único sentido: como mucha gente que experimentó los horrores de la guerra y la confusión de los años de posguerra, desempeñó papeles distintos en distintos relatos nacionales en momentos distintos. Fue una víctima del Holocausto, un criminal comunista, un hombre que perdió a toda su familia a manos de los nazis y un hombre consumido por una furia sádica contra los alemanes y los polacos: una furia que tal vez, o tal vez no, tuviera su origen en su condición de víctima, y que quizá estuviera relacionada con su comunismo, o quizá no. Fue profundamente vengativo y violento en grado sumo. Recibió medallas del Estado polaco comunista, fue perseguido por el Estado poscomunista polaco y defendido por el Estado israelí, pese a que no había expresado ningún interés en trasladarse a Israel hasta medio siglo después de la guerra, y aun entonces no lo hizo hasta que empezó a temer que pudieran procesarlo. Al final, la historia de su vida no demuestra nada sobre los judíos ni sobre los polacos. Solo demuestra lo difícil que resulta juzgar a la gente que vivió en la parte más destrozada de Europa durante las peores décadas del siglo xx.

Los jóvenes

¡Su grupo de acción antifascista tiene que disolverse de inmediato...! ¡Se supone que debe esperar instrucciones del Comité Central!

WALTER ULBRICHT, 1945^[1]

Quienes tienen la juventud, tienen el futuro.

Eslogan de los Jóvenes Pioneros Alemanes

En 1947, Stefan Jedrychowski, un veterano comunista, miembro del Politburó, ministro del gobierno, escribió un memorando a sus colegas sobre un asunto que significaba mucho para él. Con el título algo aparatoso de «Notas sobre la propaganda anglosajona», el memorando se quejaba, entre otras cosas, de que los servicios de noticias británicos y estadounidenses tenían más influencia en Polonia que sus equivalentes soviéticos y polacos; de que las películas estadounidenses recibían críticas demasiado amables; y de que se tenía un acceso excesivo a las modas estadounidenses. Sugirió con firmeza que las modas soviéticas se mostraran y anunciaran más, que se establecieran límites estrictos al British Council y otras organizaciones que enseñaban inglés en Polonia, y que las actividades de las embajadas occidentales estuvieran sometidas a un control más estricto.

Pero, sobre todo, a Jedrychowski le molestaba la aparente influencia de Polska YMCA, la sección polaca de la Asociación Cristiana de Jóvenes, una organización fundada en Varsovia en 1923 y después prohibida por Hitler. En abril de 1945, la Polska YMCA había retomado su actividad con la ayuda de la oficina central de la YMCA internacional en Génova, y una considerable dosis de entusiasmo popular. La YMCA era manifiestamente apolítica. Sus tareas principales en Polonia eran la distribución de ayuda exterior —ropa, libros, comida—, y ofrecer actividades y clases a los jóvenes. Jedrychowski, sin embargo, sospechaba motivos ocultos. La propaganda de la YMCA, escribió, estaba dirigida «cuidadosamente [...] evitando acentos políticos directos», lo que, por supuesto, la volvía más peligrosa. Recomendó que el camarada Stanisław Radkiewicz, ministro de Seguridad del Estado, realizara una auditoría financiera a la organización y vigilara con atención las

publicaciones que ofrecía y la clase de cursos que impartía^[2].

Él no era el único que estaba preocupado. Sobre la misma época, el Ministerio de Educación recibió también un informe de los líderes del movimiento de jóvenes comunistas, entonces conocido con el nombre de Unión de Jóvenes Luchadores (Związek Walki Młodych, o ZWM), que detestaban a la YMCA aún más que Jedrychowski. A los jóvenes comunistas les molestaban las clases de inglés de la YMCA, sus clubes y sus juegos de billar. Se quejaban de que, en Gdansk, la organización financiaba residencias estudiantiles y refectorios, y repartía ropa usada. En Cracovia había alquilado un edificio por un período de setenta y cinco años. Aunque no lo admitían, todo eso era mucho más de lo que ellos eran capaces de conseguir^[3].

Puede que tuvieran preocupaciones más sombrías: durante el período que siguió a la Revolución bolchevique, un agente británico llamado Paul Dukes había utilizado la YMCA de Moscú como tapadera para sus actividades de espionaje, aunque sin mayor éxito^[4]. Sin embargo, a los comunistas polacos no les habría hecho falta descubrir ese caso en particular para que la YMCA de Varsovia les resultara molesta. La odiaban porque estaba de moda, si es que había algo parecido a la moda en la Varsovia de posguerra. La YMCA de Varsovia era, por ejemplo, el lugar de residencia de Leopold Tyrmand, novelista, periodista y *flâneur*, así como del primer y más importante crítico de jazz polaco. Tyrmand tenía alquilada una habitación en el edificio, medio destruido después de la guerra, que él mismo describió como «de dos metros y medio por tres metros y medio. En otras palabras, un agujero. Pero acogedor». Alrededor no había más que barro, polvo y las ruinas de Varsovia, lo que daba al edificio, una residencia para hombres solteros, el aire de «un hotel de lujo». No tenía mucho, pero estaba limpio y era tranquilo^[5].

Por las noches, Tyrmand se ponía sus calcetines de color llamativo y pantalones estrechos, hechos a medida para él por un sastre que también vivía en la residencia de la YMCA, y asistía a los conciertos de jazz que se celebraban en el piso inferior. Allí, «entre la cafetería, la sala de lectura y la piscina, paseaban las mejores chicas, vestidas al estilo swing, de moda en la época». Las divisiones de la YMCA en Varsovia y en Łódź eran conocidas por esos conciertos. Un asistente a ellos recordó que el hecho de conseguir una entrada para un concierto de la YMCA era «un sueño... cultural, elegante, enormemente divertido, aun sin alcohol». Sobre todo estaba el entretenimiento: «No sabíamos nada sobre Katín, ni sobre cómo se vive en un país libre, no teníamos pasaporte, no recibíamos libros ni películas nuevas,

pero sentíamos una necesidad natural de encontrar entretenimiento, diversión [...] y eso era lo que nos proporcionaba el jazz». El propio Tyrmand escribió más adelante que la YMCA representaba una «verdadera civilización en medio de una Varsovia devastada y troglodita, una ciudad donde se vivía en ratoneras. Sobre todo, valorábamos el ambiente como de universidad, la deportividad, el buen humor^[6]».

Sin embargo, con enemigos como Jedrychowski y la Unión de Jóvenes Luchadores, la organización no podía durar. En 1949, las autoridades comunistas declararon a la YMCA una «herramienta del fascismo burgués» y la disolvieron. Con una furia extraña y orwelliana, jóvenes activistas comunistas bajaron al club con martillos y destrozaron todos los discos de jazz. El edificio fue cedido a algo llamado la Liga de los Amigos de los Soldados. Sus inquilinos fueron acosados, primero mediante ruidos al amanecer, después con cortes en el suministro del agua y la electricidad, con el objetivo de obligarlos a marcharse. Finalmente, los jóvenes comunistas arrojaron las pertenencias de todos por las ventanas del edificio y se llevaron sus camas.

Aun así, no todos se marcharon, principalmente porque no tenían adónde ir. Tyrmand se quedó. Llegaron nuevos inquilinos, a veces con sus mujeres e hijos. En 1954, el edificio era un lugar ruidoso y sucio, con ropa colgada en los pasillos y olor a comida flotando en el ambiente. Familias enteras dormían en habitaciones minúsculas. El edificio se había convertido en algo parecido a un «barrio bajo parisino —escribió Tyrmand—. La animada comodidad de la vieja YMCA ahora no es más que un recuerdo lejano de una prehistoria idílica^[7]».

La reconstrucción de la Polska YMCA en los primeros tiempos de posguerra fue un clásico ejemplo de lo que hoy en día se llama «sociedad civil», un fenómeno que ha recibido otros nombres en el pasado^[8]. En el siglo XVIII, Edmund Burke escribió con admiración sobre las «pequeñas secciones», las pequeñas organizaciones sociales de las que, según él, emergían los valores cívicos (y que él creía amenazados por la Revolución francesa). En el siglo XIX, Alexander de Tocqueville escribió con similar entusiasmo sobre las «asociaciones» que «los estadounidenses de todas las edades, posiciones sociales y maneras de ser forman constantemente». Concluyó que ayudaban a protegerse contra las dictaduras: «Si los hombres quieren mantenerse civilizados o desean civilizarse, el arte de asociarse debe crecer y mejorar». En tiempos más recientes, el politólogo Robert Putnam ha redefinido el

mismo fenómeno como «capital social», y ha llegado a la conclusión de que las organizaciones de voluntariado constituyen la esencia de lo que llamamos «comunidad».

En 1945, los bolcheviques también habían desarrollado una teoría de la sociedad civil, si bien era totalmente negativa. A diferencia de Burke, Tocqueville y sus propios intelectuales rusos, creían, en palabras del historiador Stuart Finkel, que «la esfera pública en una sociedad socialista debería ser unitaria y unívoca». Desestimaban la noción «burguesa» de discusión abierta, y detestaban las asociaciones independientes, los sindicatos y las agrupaciones de cualquier clase, a las que se referían como divisiones «separatistas» o «sistemas de casta» dentro de una sociedad. En cuanto a los partidos políticos burgueses, consideraban que carecían de sentido. (Como Lenin había escrito, «los nombres de los partidos, tanto en Europa como en Rusia, a menudo se eligen con fines publicitarios, los “programas” de los partidos se redactan, la mayoría de las veces, con el único objetivo de estafar a la población^[9]».) Las únicas organizaciones que podían existir dentro de la legalidad eran extensiones de facto del partido comunista. Incluso las organizaciones totalmente apolíticas tuvieron que ser prohibidas: hasta que la revolución hubo triunfado, no podía existir una organización apolítica. Todo era político. Y si no era abiertamente político, entonces era político en secreto.

Partiendo de este supuesto, también se seguía que ningún grupo organizado estaba libre de sospecha. Las asociaciones cuyos intereses eran el fútbol o el ajedrez podían ser «tapaderas» de algo más siniestro. El académico de San Petersburgo, Dimitri Lijachov —más adelante el crítico literario más célebre de Rusia—, fue arrestado en 1928 porque pertenecía a un círculo de debate filosófico cuyos miembros se saludaban entre sí en griego. Mientras estuvo en prisión, Lijachov coincidió, entre muchos otros, con el director de los boy scouts de Petrogrado, una organización que más adelante sería considerada muy sospechosa también en Europa del Este^[10].

Esta profunda desconfianza de la sociedad civil era fundamental en el pensamiento bolchevique, mucho más de lo que normalmente se considera. Finkel señala que incluso cuando la cúpula soviética experimentaba con la libertad económica durante la década de 1920 (durante la Nueva Política Económica de Lenin), la destrucción sistemática de sociedades literarias, filosóficas y espirituales no disminuyó en lo más mínimo^[11]. Incluso para los marxistas ortodoxos, el libre comercio era preferible a la asociación libre,

incluida la asociación libre de grupos apolíticos de intereses deportivos o culturales. Esto fue así durante el gobierno de Lenin, durante el de Stalin, durante el de Jruschov y durante el de Brézhnev. Aunque muchas otras cosas sí cambiaron, la persecución de la sociedad civil continuó hasta después de la muerte de Stalin, durante las décadas de 1970 y 1980.

Los comunistas de Europa del Este heredaron esa paranoia, ya fuera porque la habían observado y se la habían adjudicado durante sus muchas visitas a la Unión Soviética, porque sus colegas de la policía secreta la habían adquirido durante su formación, o, en algunos casos, porque los generales y embajadores soviéticos de sus países al término de la guerra los habían instruido explícitamente para sentir paranoia. En algunos casos, las autoridades soviéticas de Europa del Este ordenaron directamente a los comunistas locales que prohibieran determinadas organizaciones o clases de organizaciones.

Como en la Rusia posrevolucionaria, la persecución política de activistas cívicos en Europa del Este no solo precedió a la persecución de políticos, sino que adquirió prioridad frente a otros objetivos soviéticos y comunistas. Incluso entre 1945 y 1948, cuando teóricamente las elecciones todavía eran libres en Hungría y cuando Polonia todavía contaba con un partido legal en la oposición, determinadas clases de asociaciones cívicas ya se estaban viendo amenazadas. En Alemania, los altos cargos soviéticos no intentaron prohibir oficios religiosos ni ceremonias religiosas durante los primeros meses de la ocupación, pero con frecuencia se opusieron firmemente a las reuniones de grupos religiosos, veladas religiosas, e incluso organizaron asociaciones religiosas o de beneficencia que se reunían fuera de la iglesia, en restaurantes u otros espacios públicos^[12]. Pese a la creencia de Marx de que «la base determina la superestructura» —lo que significa que la economía determina la política y la cultura—, los ataques a la sociedad civil precedieron a los cambios económicos más radicales que se dieron en la región. Si bien no sucedió exactamente al mismo tiempo en todos los países de la Europa ocupada por los soviéticos, los patrones fueron muy similares. En muchos lugares, el comercio privado seguía siendo legal cuando la pertenencia a un grupo de jóvenes católicos no lo era.

El significado que la sociedad civil tenía para los nuevos partidos comunistas se hace más que evidente en la historia de los movimientos juveniles de la región, tal vez porque no había otro grupo social que los comunistas consideraran más importante. En parte, esto se debe a que sus

opponentes fascistas habían considerado muy importantes a los jóvenes y habían gozado de gran éxito a la hora de organizarlos. Ya en 1932, el jefe del partido comunista alemán, Ernst Thälmann, exhortó a sus camaradas a «adoptar deportes, disciplina y camaradería, juegos de scouts y marchas», igual que los nazis: «“¿Por qué no aprovechamos los sentimientos romántico-revolucionarios de las masas de jóvenes trabajadores? ¿Por qué somos tan secos y aburridos en nuestro trabajo?” [...] Tenemos que crear imanes para atraer a la juventud proletaria...^[13]».

La obsesión con los jóvenes también reflejaba la profunda creencia en la mutabilidad de los seres humanos que era frecuente en los círculos comunistas durante la década de 1940 (y en los círculos de izquierda por toda Europa). La famosa reticencia de Stalin sobre la genética derivaba precisamente de su convencimiento de que la propaganda y la educación comunista podían alterar el carácter humano de manera permanente. Defendió a charlatanes como el antigenetista Trofim Lisenko, quien mantenía que las características adquiridas podían ser heredadas, y quien falsificó sus experimentos para demostrarlo. Cualquier científico cuya obra rebatiera las teorías de Lisenko se arriesgaba a la persecución en la Unión Soviética mientras Stalin estuviera vivo^[14]. El razonamiento de Stalin era claro: si los jóvenes podían ser moldeados y reconducidos mediante la educación y la propaganda, y si después podían pasar esos comportamientos adquiridos a sus hijos, entonces la creación de una «nueva» raza de hombre comunista —el *Homo sovieticus*, sobre el que trataré más adelante— era posible.

La Polska YMCA fue solo uno de los muchos grupos de jóvenes que resurgieron de los escombros de la guerra. En una época anterior a la televisión y a las redes sociales, y en un momento en el que muchos no tenían acceso a la radio, periódicos, libros, música o teatro, los grupos de jóvenes tenían una importancia para los adolescentes y los adultos jóvenes que hoy en día resulta difícil de imaginar. Organizaban fiestas, conciertos, campamentos, clubes, acontecimientos deportivos y grupos de discusión como no se encontraban en ningún otro lugar.

En Alemania en particular, la desaparición de las Juventudes Hitlerianas y su división femenina, la Liga de las Chicas Alemanas, dejó un importante vacío. Hasta el mismo final de la guerra, casi la mitad de los jóvenes de Alemania habían asistido a reuniones de las Juventudes Hitlerianas y de la Liga de las Chicas Alemanas por las noches. Aunque esas organizaciones habían quedado totalmente desprestigiadas, habían satisfecho una necesidad

real, y en cuanto cesó la batalla antiguos miembros y antiguos oponentes de los grupos de jóvenes nazis empezaron, de manera espontánea, a formar organizaciones antifascistas en pueblos y ciudades tanto de Europa del Este como del Oeste.

Esos primeros grupos fueron alemanes, no soviéticos, y estuvieron organizados por los propios jóvenes. A su alrededor, los adultos estaban desesperados. Uno de cada cinco escolares había perdido a su padre. Uno de cada diez tenía a un padre que era prisionero de guerra. Alguien tenía que empezar a reorganizar la sociedad, y en ausencia de autoridades adultas, unos cuantos jóvenes muy enérgicos asumieron esa responsabilidad. En Neukölln, un distrito del oeste de Berlín, una organización de jóvenes antifascistas que había sido creada el 8 de mayo —el día antes del armisticio—, el día 20 de mayo contaba ya con seiscientos miembros y había creado cinco orfanatos y limpiado de escombros dos pabellones de deportes. El 23 de mayo, el grupo montó una representación en el teatro de Neukölln, a la que asistieron oficiales soviéticos, además del público general^[15].

Wolfgang Leonhard, que por entonces había llegado a Berlín en el avión de Walter Ulbricht, conoció a algunos de los miembros del grupo de Neukölln. Eran los primeros activistas no soviéticos que veía jamás: «Se sentía la autenticidad del entusiasmo combinado con un realismo sano. Sin esperar directrices, los miembros [del grupo] se habían dado cuenta enseguida de que lo primero que debían hacer era organizar el suministro de comida y agua para aliviar las necesidades más urgentes de la población». Entre otras cosas, se quedó maravillado por sus debates efectivos y formales: «Allí se conseguía más en media hora que en todas las reuniones interminables a las que solía asistir en Rusia^[16]». Grupos similares empezaron a organizar la distribución de comida y limpieza de escombros por todo Berlín, que estaba totalmente bajo control soviético durante los primeros meses después del armisticio. Los Aliados occidentales llegaron en julio, y solo entonces la ciudad quedó dividida en zonas de ocupación. Llegado ese momento, el concejo municipal de Berlín calculó que 10 000 adolescentes de toda la ciudad se habían unido a grupos antifascistas surgidos de manera espontánea^[17].

Sin embargo, no bien se hubieron formado, estos grupos despertaron la atención y las sospechas de las autoridades soviéticas en Alemania. El 31 de julio, la Administración Militar Soviética emitió una declaración que «permitía» la formación de grupos antifascistas que estuvieran dirigidos por

los alcaldes de las ciudades, pero solo «en relación con solicitudes oficiales». En otras palabras, a menos que hubieran recibido permiso explícito, todas las organizaciones, uniones y clubes deportivos de jóvenes —incluso grupos socialistas— quedaban prohibidos. Por otro lado, otra declaración ordenó a todas las agrupaciones juveniles que fomentaran la «amistad» con la Unión Soviética. Después de tres meses de existencia espontánea, estos grupos autoorganizados empezaban a quedar bajo el control del Estado.

Leonhard, que se había encontrado con una sociedad civil espontánea por primera vez en su vida, fue uno de a quienes se les encomendó la tarea de destruirla. Poco después de su llegada a Berlín, Ulbricht dirigió su atención hacia los «comités antifascistas, grupos antinazis, oficinas socialistas, comités nacionales u organizaciones similares» que hubieran surgido sin autorización. Leonhard escribe que al principio se alegró del interés de Ulbricht en esos grupos, pues se había quedado sumamente impresionado tras su encuentro con los antifascistas de Neukölln, y «dio por hecho que la tarea que Ulbricht estaba a punto de asignarle consistiría en establecer contacto con ellos y apoyar su labor». Se equivocó. Ulbricht le dijo que todos esos comités habían sido creados por los nazis. La mayoría eran organizaciones tapadera. Le dijo a Leonhard que estaban diseñadas para evitar el desarrollo de una democracia real, y emitió una orden: «Tienen que ser disueltas, y de inmediato...» Leonhard, «con gran pesar», aceptó la tarea. Solo más adelante entendió el porqué:

Era imposible que el estalinismo permitiera la creación independiente desde abajo de movimientos u organizaciones antifascistas, socialistas o comunistas, porque existía el peligro constante de que tales organizaciones escaparan a su control e intentaran oponerse a las directrices establecidas desde arriba... Fue la primera victoria del aparato sobre los movimientos independientes de los estratos antifascistas y de tendencia izquierdista de Alemania^[18].

Pero si Ulbricht y sus compañeros soviéticos no querían comités espontáneos, sí querían que los jóvenes se unieran a los grupos autorizados que se habían registrado debidamente con las autoridades soviéticas. Como Alemania se consideraba una democracia «burguesa» y los partidos políticos no comunistas aún tenían permitida su existencia, dejaron que algunos grupos de jóvenes no comunistas se registraran, a condición de que se sometieran por completo a la regulación. Los demócratas cristianos de centro-derecha pudieron registrar una «sección juvenil» oficial del Partido Demócrata Cristiano en julio. En 1946, los administradores soviéticos dictarían instrucciones que permitían también la formación de determinados grupos artísticos y culturales^[19].

El partido comunista también formó su propia sección de jóvenes, suponiendo de manera optimista que muchos jóvenes alemanes desearían incorporarse a ella. Sin embargo, no fue así, o al menos no en el número que se esperaba. En un informe presentado ante los dirigentes del partido, el joven (aunque ya no tanto; en ese momento tenía treinta y tres años) Erich Honecker, un miembro de confianza —había llegado en el primer avión desde Moscú con Ulbricht— informó a sus superiores de que los avances eran lentos. Le preocupaba que los jóvenes alemanes «identifican la política con el antiguo partido nazi», y temía que muchos estaban «buscando soluciones individuales a sus problemas» o «cayendo en una adicción al placer y a las transacciones en el mercado negro^[20]».

Otros opinaban que la juventud alemana no era lo suficientemente política. Robert Bialek —quien ahora se había marchado de Breslavia y se había recuperado temporalmente de su decepción con los soldados soviéticos que habían violado a su mujer— también se quejó de que los jóvenes alemanes seguían pensando y hablando en términos nazis. Bialek había sido nombrado dirigente de la sección juvenil del partido comunista en Sajonia, donde argumentaba en favor de incorporar las antiguas Juventudes Hitlerianas en la nueva organización, a fin de que resultara más atractiva. Aquellos eran los líderes natos de Alemania, declaró: «Podíamos condenar al ostracismo a los antiguos líderes del Movimiento de las Juventudes Hitlerianas, pero no podíamos eliminar, ni aun por orden del mariscal Zhukov, la autoridad que esos líderes han ejercido^[21]».

Sin embargo, mientras las juventudes comunistas languidecían, la fuerza y el atractivo de otros grupos, en particular agrupaciones cristianas, no dejaban de crecer. En el páramo moral de la Alemania posterior al nazismo, la Iglesia parecía un oasis ético y espiritual. Ernst Benda, más adelante jurista, juez y finalmente el presidente del Tribunal Constitucional de Alemania occidental, se afilió a la sección juvenil de los demócratas cristianos de Berlín oriental en esa época precisamente porque creía que su doctrina derivaba de «verdades sencillas»: «Sé totalmente honesto, no mientas, sé sincero, sé justo con tu oponente político, sé justo: lo que implica justicia social^[22]».

Manfred Klein, un joven al que el partido había reclutado con gran esfuerzo cuando aún se encontraba en un campo de prisioneros soviético, también empezó a regresar a la Iglesia en el otoño de 1945. Cuando volvió a Berlín después del final de la guerra, en un principio ayudó a Honecker a organizar el movimiento de juventudes comunistas, pero pronto se sintió

incómodo. «Con solo veinte años, nos sentíamos bastante impotentes cuando nos enfrentábamos al rigor de ese sistema y a su lógica aparentemente completa e irrefutable —escribió en sus memorias—: «Habiéndome criado en el catolicismo y habiendo realizado labores con las juventudes católicas, tenía muchas reservas». Finalmente se afilió a las juventudes del Partido Demócrata Cristiano. Eso enfureció a sus antiguos colegas comunistas, hasta que se dieron cuenta de que Klein podría resultarles de utilidad. «Eres más espabilado de lo que creía», le dijo Honecker, con una gran sonrisa. Los camaradas soviéticos también aprobaron su decisión: ahora esperaban que se convirtiera en agente dentro del entorno demócrata cristiano, y que trabajara para ellos^[23].

En diciembre de 1945, los jóvenes comunistas se dieron cuenta de que debían cambiar de táctica. Puesto que estaban fracasando en su intento de atraer a jóvenes en el mismo número que otros grupos, decidieron cambiar las reglas del juego. Honecker le pidió a Bialek que empezara a organizar subrepticamente un movimiento popular «espontáneo» para crear un movimiento juvenil alemán «unificado». El impulso para la unificación de todas las juventudes alemanas bajo un mismo grupo aglutinador tendría su origen en Sajonia e incluiría peticiones, reuniones y conferencias. Los líderes de las juventudes también enviarían cartas a las autoridades soviéticas pidiendo un único grupo de juventudes no afiliado a ningún partido. Una vez que los dirigentes militares soviéticos hubieran accedido a ese plan, los líderes de las juventudes «burguesas» no tendrían otra opción que secundarlo: todos los jóvenes pertenecerían entonces al nuevo grupo, y la relativa debilidad de los jóvenes comunistas no sería tan evidente^[24].

Esa fue una idea nacida del fracaso: como el partido comunista no podía competir por los jóvenes, sus dirigentes decidieron eliminar la competición. Aunque alemán en su origen —al parecer, la idea fue de Honecker—, el plan enseguida tuvo una buena acogida entre los altos cargos soviéticos. En enero de 1946, Wilhelm Pieck, en ese momento presidente del Comité Central del partido, tomó nota de una deliberación que tuvo lugar en Karlshorst, la sede de la administración soviética en Berlín: «La creación de una organización de jóvenes antifascista unificada: de acuerdo, pero habrá que decidirlo en Moscú». Diligentemente, Ulbricht retomó el asunto en su siguiente viaje a Moscú, y a principios de febrero regresó con el permiso de Moscú. Así nació la Juventud Libre Alemana (Freie Deutsche Jugend, o FDJ).

La llamada «espontánea» de Bialek a la unidad tomó a los otros líderes de

juventudes por sorpresa. En una reunión que se organizó para tratar el asunto, Honecker afirmó que eran «muchos» los grupos que estaban pidiendo un grupo de juventudes libres alemanas unificadas. Cuando los dirigentes de las juventudes socialdemócratas y demócratas cristianas dijeron que a ellos no les habían llegado tales peticiones, les mostraron varias cestas que contenían cientos de cartas. «La sorpresa fue un éxito —recordó Klein—. En ese momento no habíamos tenido en cuenta tal sugerencia.» A continuación se organizó un congreso inaugural y un grupo de jóvenes —demócratas cristianos, socialdemócratas, comunistas— aceptó asistir a él. También acudieron los líderes de las juventudes católicas y luteranas, aunque con recelo. Klein comentó la reunión con Jakob Kaiser, entonces el líder de los demócratas cristianos en Berlín, quien le dijo que se implicara en el asunto, pero le aconsejó que fuera precavido: «Nadie sabe durante cuánto tiempo funcionará todo esto^[25]».

Esa primera reunión se celebró en Brandemburgo en abril de 1946 y empezó de manera optimista. Comenzó con una canción («La balada de los jóvenes libres») y la selección unánime de un presidium formado por Klein, Honecker y Bialek. Se pronunciaron varios discursos de bienvenida. El coronel Serguéi Tulpanov, el comisario de Cultura de las fuerzas de ocupación soviéticas, dijo a los jóvenes que «la ideología de Hitler ha dejado huellas profundas en la conciencia de la juventud alemana» y felicitó a los presentes, con cierta condescendencia, por haber logrado salir de ello: «Sabemos lo mucho que os habéis esforzado para libraros de todo eso^[26]». Tras los discursos de bienvenida llegaron otros discursos: sobre los logros de la juventud, la importancia de la inclusión de chicas, la necesidad de una industria nacionalizada, la perfidia de Occidente. Muchos de los oradores llamaron a los presentes «camaradas». Uno o dos representantes de los jóvenes católicos se levantaron para hablar: «Sí, queremos unirnos —dijo uno—, unirnos en el amor por Alemania^[27]».

Aunque el ambiente en la sala era conciliador, el que se respiraba por los pasillos lo era un poco menos, y al tercer día ya se había enrarecido. Esa mañana, algunos de los delegados comunistas más radicales mantuvieron una reunión en una sala aparte, durante la cual uno de ellos se quejó de los líderes de los grupos religiosos. Creía que debían ser expulsados. Bialek le respondió que no se preocupara, porque los jóvenes religiosos estarían controlados en todo momento: «Daremos diez latigazos cada día a los religiosos hasta dejarlos tirados en el suelo. Cuando volvamos a necesitarlos, los

acariciaremos un poco hasta que se les curen las heridas^[28]».

Desafortunadamente, uno de los líderes católicos oyó esta conversación, tomó nota del diálogo e informó a sus compañeros. Klein y varios líderes católicos anunciaron entonces que se negaban a formar parte de la nueva organización. A continuación llegaron gritos de una y otra parte, hasta que un oficial soviético intervino. El comandante Beilin prometió a los católicos que podrían gozar de cierta autonomía dentro de la organización, con lo cual accedieron a formar parte de ella: en 1946, los ocupantes soviéticos estaban dispuestos a que su zona de ocupación por lo menos tuviera una apariencia democrática y polifacética.

Ese deseo no duró mucho. Al final, el Congreso eligió a sesenta y dos miembros para el consejo central de la nueva organización, de los cuales más de cincuenta eran comunistas o socialistas. Además, los comunistas se adjudicaron los puestos de mayor importancia. Honecker, un comunista entregado por completo a la causa, se convirtió en el líder de la Juventud Libre Alemana y se mantuvo en ese cargo hasta mucho tiempo después, cuando ya no podía considerarse un joven (se retiró de la Juventud Libre Alemana en 1955, a los cuarenta y tres años). Una escuela de formación de la Juventud Libre Alemana se inauguró rápidamente en Bogensee. Allí, recordó Klein, «las verdaderas intenciones de Honecker y sus camaradas se hicieron evidentes enseguida [...] los chicos y las chicas recibían formación en la ideología marxista-leninista-estalinista y aprendían las directrices exactas sobre lo que debían hacer para ayudar al socialismo a ganar en sus iniciativas y en el país^[29]».

Las intenciones de los camaradas soviéticos también quedaron muy claras. En agosto de 1946, las autoridades de Sajonia dieron la voz de alarma porque las iglesias de la zona habían organizado sus propios retiros y campamentos de verano para jóvenes. Las fuerzas soviéticas llegaron al rescate. Los soldados se adentraron en el bosque y, en palabras de un informe presentado en la época, «devolvieron a los niños a sus casas^[30]». En octubre se produjeron alarmantes cortes de electricidad durante una concentración de jóvenes demócratas cristianos en Berlín occidental. Todos los presentes eran conscientes de que en esa época la electricidad de Berlín era suministrada por una central eléctrica situada en la zona de la ciudad bajo control soviético. Con actitud desafiante, la concentración continuó a la luz de las velas^[31].

Otros grupos simplemente se dispersaron. En la primavera de 1946, las autoridades soviéticas descubrieron que un grupo no registrado de jóvenes

evangelistas, Decididos por Cristo (Entschieden für Christus), estaba activo en Sajonia, donde mantenían debates sobre la Biblia y reuniones de oración. «Esto demuestra que el control sobre la actividad de las organizaciones alemanas es débil», declararon las autoridades sajonas, y prohibieron de inmediato la organización^[32]. Otro grupo que había creado una célula «independiente» de la Juventud Libre Alemana en Leipzig corrió una suerte similar. Aunque los dirigentes del grupo argumentaron que sus miembros tenían una orientación más intelectual que los «obreros» de la mayoritaria Juventud Libre Alemana, y que por consiguiente necesitaban su propia organización, su grupo fue disuelto de manera igualmente abrupta^[33]. Un informe soviético objetó que muchos de los grupos que tenían una afiliación religiosa «actúan muy alejados del marco de la religión» y estaban implicados en «trabajos de carácter político-cultural con los jóvenes», que es, por supuesto, lo que han hecho siempre los grupos juveniles religiosos.

En el invierno de 1946, las autoridades soviéticas de Karlshorst también informaron a la novísima administración cultural alemana —parte de la burocracia alemana establecida para promulgar la política soviética— de que cualquier grupo artístico y cultural, estuvieran dirigidos a niños, jóvenes o adultos, eran ilegales a menos que estuvieran afiliados a «organizaciones de masas» como la Juventud Libre Alemana, la organización sindical oficial o la unión cultural oficial, la Kulturbund: «De lo contrario, no pueden ser controlados». Una inspectora alemana a la que enviaron para evaluar la situación de las «asociaciones» descubrió que había muchos grupos que no estaban alineados con las organizaciones de masas. La mujer pareció quedarse especialmente horrorizada por la gran cantidad de clubes de ajedrez independientes que encontró. Solicitó a las autoridades culturales soviéticas y alemanas que eliminaran a todos esos grupos —clubes de ajedrez, clubes deportivos, clubes de canto—, tarea que no se finalizó hasta 1948-1949. Otras organizaciones apolíticas fueron prohibidas de inmediato. Los clubes de excursionismo estaban estrictamente prohibidos, por ejemplo, supuestamente porque las Juventudes Hitlerianas tenían una predilección especial por salir de excursión (si bien los Wandervögel, los famosos clubes de excursionismo y naturaleza fundados a finales del siglo XIX, mostraron en el pasado afinidades con la izquierda, además de protonazis^[34]).

Klein siguió trabajando dentro del sistema. Aunque estaba frustrado por su papel como «representante cristiano para salvar las apariencias» en la Juventud Libre Alemana, invirtió mucho tiempo en intentar organizar al resto

de los cristianos y agruparlos en un bloque de votantes. Ejerció presión para mantener la Juventud Libre Alemana abierta a muy distintas clases de jóvenes, aunque sin éxito. Casi justo un año después de su fundación, ese breve experimento soviético-alemán en la política juvenil no partidista había llegado a su fin. El 13 de marzo de 1947, el NKVD detuvo a Klein, junto a otros quince jóvenes líderes demócratas cristianos. Un tribunal militar soviético lo condenó a un campo de trabajos forzados soviético, en el que permaneció durante nueve años.

El 19 de junio de 1946, *Szabad Nép*, el periódico del partido comunista húngaro, publicó una historia espantosa: un oficial ruso había sido asesinado en el Oktogon, una intersección de ocho vías en el centro de Budapest. Durante el tiroteo, también murieron otro soldado ruso y una mujer descrita como «una joven húngara de clase obrera». *Szabad Nép* explicó que el asesino, un joven llamado István Péntes, había sido miembro de un grupo rural de jóvenes católicos, Kalot, y por tanto «enemigo de nuestra recuperación económica y nuestra libertad». Los investigadores encontraron su cuerpo calcinado en un ático con vistas a la plaza y concluyeron que había formado parte de una conspiración mayor: «Los traidores que perdieron sus tierras, los parásitos del pueblo húngaro trabajador, lo intentarán todo, previendo el tratado de paz y la reforma monetaria, para hacer imposible la vida de nuestra nación^[35]».

Se perdió muy poco tiempo en extraer otras conclusiones sobre lo que rápidamente pasó a conocerse como «los asesinatos del Oktogon». A la mañana siguiente, *Szabad Nép* ocupó su primera plana con un editorial titulado «Juventud y democracia»: «Ya va siendo hora de que quitemos las armas y las granadas de las manos de nuestra engañada juventud [...] Después del ataque del lunes, debemos decirle a la derecha de nuestra democracia que la lucha contra los fascistas es una lucha nacional, un deber nacional^[36]». El entierro de los dos soldados del Ejército Rojo al día siguiente recibió una cobertura mediática igualmente extensa. «Cientos de miles» participaron en la ceremonia de los soldados fallecidos, según *Szabad Nép*. Guiados por oficiales húngaros y soviéticos, los dolientes llevaron carteles con eslóganes como «Muerte a los traidores» y «Liquidad a los asesinos fascistas». Un editorialista insistió sobre la necesidad de dar un trato más estricto a la juventud engañada: «Detengamos toda la crítica reaccionaria [...] Evitemos que determinados círculos religiosos enseñen a nuestra juventud a cometer asesinatos^[37]».

En su oración fúnebre, el general Vladimir Sviridov, el presidente de la Comisión de Control Aliada que había llegado recientemente a Hungría, también habló. Aunque «el Ejército Rojo ofreció a los húngaros la posibilidad de establecer una nueva vida de acuerdo con los principios democráticos», declaró, determinadas «fuerzas reaccionarias, como perros salvajes, atacaron al mayor protector de la población húngara, el Ejército Rojo». Sviridov criticó severamente a los políticos húngaros: «Aquí en vuestro país, al que llamáis amigo de la Unión Soviética, malhechores fascistas tienden emboscadas a los soviéticos. Aquí en vuestro país, pagáis toda la sangre vertida por el Ejército Rojo con balas^[38]».

Entre bastidores, todos sabían que los verdaderos motivos del asesinato del Oktogon eran, y siguen siendo, un misterio, si es que en realidad fue un asesino. En sus memorias, el político del Partido de los Pequeños Propietarios, Ferenc Nagy, a la sazón primer ministro, declaró que Péntes había sido miembro de las juventudes socialdemócratas, no del católico Kalot, y que había actuado por celos. Supuestamente, el soldado soviético había estado coqueteando con su novia^[39]. Otro político de la época opinó que el asunto había sido un «simple triángulo amoroso», lo que explicaba que Péntes, un pobre estudiante, se hubiera suicidado después: tal fue su sufrimiento por haber asesinado a la mujer a la que amaba. Algunas versiones de la historia sostenían que no había habido ningún asesino. Los dos soldados rusos habían abierto fuego el uno contra el otro y a Péntes lo había asesinado la policía secreta, que quemó su cuerpo para ocultar el delito. Casi todo el mundo coincidía en que la investigación se había retrasado, había sido torpe y había estado politizada^[40].

Al final, no importó lo que en realidad había ocurrido. Los asesinatos del Oktogon, que sucedieron poco después de la condena del padre Kiss —el sacerdote acusado de organizar el asesinato de soldados rusos—, fueron atribuidos a Kalot porque era una asociación de éxito. Y aún peor, Kalot tuvo mucho más éxito que la Alianza de Jóvenes Demócratas de Hungría (Magyar Demokratikus Ifjúsági Szövetség, o Madisz), con la que había mantenido un amargo conflicto durante los dieciocho meses anteriores. «Kalot» era un acrónimo que significa Secretaría Nacional Católica de Jóvenes Agricultores (Katolikus Agrárifjúsági Legényegyesületek Országos Testülete), y precedió a Madisz durante una década. Fundada en 1935 por dos jesuitas enérgicos, el padre Töhötöm Nagy y el padre János Kerkai, Kalot había seguido desempeñando su labor durante la guerra, manteniendo su carácter católico y

su credibilidad en las zonas rurales al apoyar la reforma agraria, la educación del campesinado y una forma suave de socialismo. Kalot no tenía la distinción urbana de Polska YMCA, ni la pasión encendida de los primeros grupos antifascistas de Alemania. Algunos de sus líderes en tiempos de guerra fueron acusados de antisemitismo^[41]. Pero Kalot era auténtico, trabajaba para mejorar la vida de los campesinos, y había mantenido una independencia suficiente con respecto a los anteriores regímenes autoritarios y fascistas como para no verse en peligro tras su desmoronamiento. Sobre todo, era popular. A finales de 1944, Kalot contaba con medio millón de integrantes, repartidos entre 4500 organizaciones locales.

Madisz, por el contrario, era una asociación totalmente nueva, iniciada por orden de Ernó Geró, uno de los colaboradores más cercanos de Mátyás Rákosi. Las intenciones de Geró eran similares a las de Honecker en Alemania: quería crear una organización que «unificara a trabajadores, campesinos y estudiantes» bajo una bandera «universal» y «no partidista». También deseaba evitar que otros partidos políticos constituyeran sus propios grupos de juventudes^[42]. Ese plan fracasó casi de inmediato. En una de las primeras reuniones de la organización en Budapest en enero de 1945, un líder de Madisz se quejó de que «todo el mundo cree que Madisz es una organización que actúa como tapadera» del partido comunista. Pidió a sus camaradas que lucharan contra esa imagen: «Debemos decir a la gente que por ahora tenemos un carácter comunista solo porque los no comunistas aún no se han unido a nosotros. Tenemos que reclutar a gente de organizaciones religiosas, de los scouts, y de movimientos socialdemócratas...». Los jóvenes se apuntarían si llegaran a entender la crudeza de las opciones que se abrían ante ellos: «Quienes no están con nosotros están contra nosotros [...] quienes están contra nosotros son fascistas^[43]».

Otro joven dirigente, András Hegedüs, propuso que Madisz utilizara métodos más sutiles para atraer a los jóvenes. «Las masas están necesitadas de cultura, tenemos que atraparlas mediante la cultura —argumentó—. Estamos ante una oportunidad de oro, porque de momento no hay cine y nadie puede ofrecer otras posibilidades culturales a las masas. Más adelante será más difícil.» Hegedüs —quien se convertiría en primer ministro de Hungría durante un breve período en 1956— estaba interesado en la cultura no por la cultura en sí, «sino para conseguir atraer a gente hacia el movimiento [...] y limpiar las ruinas no lo conseguirá, no es lo bastante placentero^[44]».

Madisz alcanzó bastante éxito durante esa primera época, en particular en Budapest, y especialmente gracias a sus buenas relaciones con el Ejército Rojo, daba a sus miembros acceso a alimentos y a documentos de identidad que podrían evitarles la deportación. Sin embargo, los intentos del grupo de organizar reuniones multitudinarias casi siempre fracasaron. Cuando solo cuarenta personas acudieron a una concentración en enero, sus dirigentes culparon de ello a la «mala propaganda^[45]». Seis meses después, cuando aún les resultaba difícil atraer a los jóvenes a las reuniones, sus dirigentes se preguntaron, al estilo de Rákosi, si no habría «demasiados judíos» en la organización, sobre todo en algunos distritos. Algunos sentían que había sido un error «permitir a los sionistas caminar junto a nosotros» en los recientes desfiles del Primero de Mayo. Aquello dio una impresión equivocada^[46].

Fuera de Budapest resultaba incluso más difícil conseguir que la gente reconociera el liderazgo natural de Madisz. Entre los jóvenes de las zonas rurales, Kalot era claramente la organización principal, hasta tal punto que en un momento determinado Madisz intentó negociar un trato: Madisz gestionaría las actividades culturales y deportivas de Kalot, y Kalot podría seguir controlando las actividades religiosas. Como era de esperar, los dirigentes de Kalot rechazaron la oferta.

Al observar que Kalot y otras organizaciones de jóvenes establecidas no se unían a Madisz, otros partidos políticos legales de Hungría, particularmente los socialdemócratas y los Pequeños Propietarios, empezaron a organizar sus propios grupos de juventudes. Los estudiantes universitarios y de secundaria también formaron su propia organización, la Liga de Asociaciones Universitarias y de Escuelas Superiores Húngaras (Magyar Egyetemisták és Főiskolai Egyesületek Szövetsége, o Mefesz). A medida que estos grupos empezaron a multiplicarse, y cuando se hizo más que evidente que ni la propaganda ni los métodos de persuasión podrían convencerlos para unificarse bajo la organización de Madisz, las tácticas del grupo se volvieron más agresivas. Las amenazas eran cada vez más frecuentes. En junio de 1945, las autoridades de Madisz escribieron una carta a los líderes del Partido de los Pequeños Propietarios para exigirles que pidieran permiso antes de formar nuevas organizaciones culturales. «Rogamos que respeten estas normas en el futuro —pedía la carta—, porque de lo contrario aplicaremos los métodos más radicales.» (La carta iba firmada «con respeto democrático^[47]».)

Por todo el país, los miembros de Madisz, en ocasiones ayudados por dirigentes de partidos comunistas locales y la policía, intentaron confiscar

propiedades de Kalot y evitar que organizara reuniones. La Iglesia católica registró veintisiete ocasiones en las que las autoridades locales intentaron prohibir un grupo de Kalot de la zona y multitud de episodios de acoso. Kalot respondió a esas amenazas con una serie de pautas dirigidas a sus líderes juveniles, con las que les advertían que no reclutaran en exceso ni pusieran mucha presión sobre los miembros actuales: «Los miembros que quieran marcharse deberían poder hacerlo, dejad que se vayan sin hacer ningún comentario, y quienes quieran unirse a nosotros deberían ser bien recibidos, pero no hagáis ningún comentario acerca de las dificultades de otras organizaciones para reclutar a miembros^[48]».

De todos modos, el antagonismo creció. En agosto de 1945, los dirigentes de Madisz ya comentaban entre ellos un plan para «acabar con Kalot». El periódico de Madisz publicó una serie de artículos en los que atacaba a Kalot, cuestionaba sus actividades durante la guerra y, en particular, su colaboración con el movimiento paramilitar de jóvenes durante el período de entreguerras, el *levente*. A este grupo, pese a no ser especialmente ideológico, se le había asignado la tarea de combatir contra el Ejército Rojo al término de la guerra, y sus líderes habían sido condenados a muerte. Kalot respondió con un folleto en el que contestaba a las acusaciones —la Iglesia católica se había opuesto a *levente*, igual que Kalot—, pero la policía secreta confiscó la tirada argumentando que era «propaganda antisoviética^[49]».

Temiendo por la seguridad de sus miembros, en Kalot hubo quienes intentaron llegar a acuerdos. En enero de 1946, el padre Kerkai, uno de los cofundadores de Kalot, pidió a un funcionario soviético que organizara una visita de los líderes de Kalot a la URSS para que pudieran «familiarizarse» con el sistema soviético. Tres meses después, Kalot —sin atender a las objeciones de la jerarquía de la Iglesia— aceptó unirse a otro nuevo grupo, el Consejo Nacional de Jóvenes de Hungría. Creado también por los jóvenes comunistas, este grupo se estaba perfilando como una organización «coordinadora» que todos podrían aceptar.

József Mindszenty, que acababa de convertirse en primado de Hungría y, poco a poco, iba adquiriendo la reputación de anticomunista que lo haría famoso, se opuso a la decisión de Kalot de entrar a formar parte de esa nueva alianza: «Ha metido a un movimiento no político en el pantano de la política cotidiana», se quejó al padre Kerkai. A modo de respuesta, Kerkai señaló que Hungría iba a tener que aprender a vivir «en el territorio del poder soviético» durante mucho tiempo, y que debían encontrar un *modus vivendi*, de una

forma u otra^[50]. El otro dirigente de Kalot, el padre Nagy, incluso viajó a Roma para asegurarse el apoyo del Vaticano en contra de Mindszenty en ese asunto^[51].

En el período que siguió a los asesinatos del Oktogon, muy pronto se hizo evidente que no se encontraría tal *modus vivendi*. El 2 de julio, el general Sviridov pidió abiertamente la disolución de «movimientos juveniles reaccionarios» en una reunión del Consejo de Control Aliado, argumentando que «educan a sus miembros en un espíritu fascista». En privado, se quejó a Moscú sobre el «fortalecimiento de los círculos reaccionarios» en Hungría, y dijo al gobierno húngaro, sin rodeos, que debía hacer algo con las «organizaciones fascistas clandestinas» que habían encontrado refugio en esos partidos políticos y movimientos juveniles legales.

Sin esperar al acuerdo general por parte del gobierno, el ministro del Interior comunista, Lázsló Rajk, hizo suya la causa de Sviridov. Entre el 18 y el 23 de julio, Rajk prohibió más de 1500 organizaciones. La prohibición abarcó mucho más allá de los grupos de jóvenes. Durante la primera oleada prohibió, entre otros, el Club de Atletismo húngaro (descrito por *Szabad Nép* como «la exclusiva asociación deportiva de las más altas y profundamente antidemocráticas esferas»), la Comunidad Laboral Prohaszka, que era la organización de servicios a la comunidad del obispo Prohaszka; la Asociación de Estudiantes Universitarios, varios sindicatos demócratas cristianos («que se habían hecho famosos por reventar huelgas en el pasado»), y algo llamado la Gran Orden de Emericana, que al parecer celebraba ceremonias místicas al estilo del Ku Klux Klan. En la siguiente oleada, Rajk prohibió la Asociación Naval húngara, algunos clubes de caza locales, la Asociación de Veteranos de Guerra del conde Széchenyi y la Asociación de Trabajadores del Tabaco Demócratas Cristianos. Entre los grupos prohibidos había asociaciones y gremios de profesionales, de quienes se dijo que trabajaban «al servicio de intereses capitalistas», como también organizaciones sociales «reaccionarias», organizaciones católicas y protestantes y sindicatos no comunistas. De muchos de esos grupos se aseguró que trabajaban en secreto a favor de intereses «fascistas» o extranjeros. Finalmente, Rajk prohibió todas las divisiones locales de Kalot^[52].

Tras la prohibición, varios miembros de Kalot intentaron reorganizar su grupo bajo el auspicio del comunismo, pero sus esfuerzos fueron baldíos. En 1947, el padre Nagy huyó de Hungría y se refugió en Argentina. En 1949, la policía de seguridad húngara detuvo al padre Kerkai y lo condenó a un campo

de trabajos forzados. Lo dejaron en libertad una década después, en 1959, cuando estaba medio ciego y demasiado enfermo para seguir influenciando a la gente joven y convertirla en «reaccionaria^[53]». En 1950, todas las organizaciones juveniles húngaras se vieron obligadas a unirse y formar una única organización, la Unión de la Juventud Trabajadora (Dolgozó Ifjúság Szövetsége, o DISZ), con lo que se puso fin a la sopa de letras de acrónimos juveniles, y también al pluralismo.

Con el paso del tiempo, los ataques comunistas a la sociedad civil cambiarían y se volverían más sofisticados. A fin de competir por una auténtica sociedad civil, los regímenes crearían una imitación de grupos cívicos «oficiales», organizaciones que en ocasiones parecían independientes pero que en realidad estaban controladas por el Estado.

También se propusieron destruir algunas de las instituciones más poderosas de la sociedad civil, no mediante una prohibición directa, sino con artimañas o con estrategias subversivas: la sustitución de los principales líderes por partidarios del régimen, o el uso de determinadas células comunistas dentro de organizaciones menos rígidas. Finalmente, esos métodos se utilizarían en iglesias y con el clero de toda la región, y mucho después, durante las décadas de 1970 y 1980, se emplearon contra los disidentes. Pero primero se probaron con los grupos juveniles más recalcitrantes, sobre todo con el movimiento de los scouts polacos y las universidades populares de Hungría.

El movimiento scout estaba sorprendentemente arraigado en Europa del Este, especialmente en los estados cuyas fronteras se habían trazado de nuevo tras la Primera Guerra Mundial. Los líderes de esos «nuevos» estados — Polonia, Checoslovaquia, Hungría— deseaban que los jóvenes se implicaran en el rejuvenecimiento nacional y en los proyectos de reconstrucción de la época. Haciendo hincapié en la salud, el trabajo y el servicio comunitario, el moderno movimiento scout de lord Baden-Powell parecía señalar el camino. El movimiento scout, escribió un entusiasta polaco en un panfleto de 1924, no solo definía el vago concepto de «carácter» para los jóvenes polacos, sino que les ofrecía un medio concreto para conseguirlo^[54].

En Polonia, los scouts habían alcanzado un nivel adicional de significado afectivo y político durante la guerra. Tras la invasión del país en septiembre de 1939, los dirigentes del movimiento habían tomado la trascendental decisión de pasar a la clandestinidad y unirse a la resistencia. Bajo el nombre Szare Szeregi («las Filas Grises»), los scouts se convirtieron en mensajeros,

agentes de enlace, operadores de radio, enfermeras y finalmente en guerrilleros del Ejército Nacional. Niños scouts de tan solo diez o doce años lucharon y murieron en el Alzamiento de Varsovia. Hombres y mujeres jóvenes, a veces vestidos aún con sus uniformes grises hechos jirones, llegaron a campos de concentración soviéticos después de que el alzamiento fracasara y el Ejército Nacional fuera derrotado^[55]. «Ese era un movimiento scout distinto al de hoy, nosotros nos educamos en el espíritu de Polonia», escribió uno de ellos^[56].

Las Filas Grises de la resistencia se disolvieron tras el final de la guerra, junto con el resto del Ejército Nacional. Pero tropas de scouts empezaron a reformarse abiertamente en territorios liberados incluso antes de que terminara la guerra en Białystok y otras ciudades del este. Casi en el mismo momento de la liberación de Cracovia, varios líderes bien conocidos del movimiento scout de preguerra empezaron a organizar nuevas tropas en la ciudad. No informaron de ello al gobierno provisional de Lublin. ¿Por qué habrían de hacerlo? Antes de la guerra no habían tenido que informar a nadie sobre sus actividades. A finales de 1946, el movimiento tenía 237 749 miembros, tanto chicos como chicas. El entusiasmo estaba por las nubes, como recordó un scout: «El escultismo, durante los primeros meses que siguieron a la independencia, estalló como una potente bomba. Scouts y líderes del movimiento aparecieron de la nada. Todas las noches ardían hogueras y se cantaban canciones de los scouts en multitud de patios. Los jóvenes estaban sumamente entusiasmados, llenos de energía^[57]». Otro rememoró un campamento de verano al que asistió en julio de 1946:

Recuerdo el encanto y el ambiente especial de las tradicionales hogueras durante ese campamento; en debates animados y espontáneos, utilizando palabras sencillas, la gente hablaba de lo que había vivido en los últimos años, de sus planes de futuro, del significado de la vida, de la amistad [...] y cuando, junto a las ardientes brasas del fuego que se consumía, juntamos las manos para pronunciar la oración tradicional de los scouts, nuestros rostros tenían un gesto pensativo, serio, pero resplandecían de felicidad...^[58]

Para empezar, los scouts polacos se propusieron ser apolíticos. En ese momento de reconstrucción nacional tan solo querían ser útiles. Una ex scout recordó haber trabajado en orfanatos durante la semana, mientras que los fines de semana su tropa viajaba a los antiguos territorios alemanes alrededor de los lagos de Masuria para ayudar a crear bibliotecas escolares, catalogar monumentos históricos, e incluso a «formar parte del comité para el cambio de idioma», que en ese momento estaba traduciendo topónimos y nombres de calles alemanes al polaco^[59]. Sin embargo, las primeras señales de desaprobación oficial aparecieron casi de inmediato. A finales de 1944 y

principios de 1945, las autoridades polacas de Lublin crearon un «consejo scout» de carácter temporal para supervisar las actividades del movimiento. Si bien el consejo contaba con algunos líderes de tropa de la época anterior a la guerra, enseguida introdujo algunos sutiles cambios al juramento scout, que ahora mencionaba servir a «la Polonia democrática» y eliminaba «el servicio a Dios». También creó una organización aglutinadora, la Unión de Scouts Polacos (Związek Harcerstwa Polskiego, o ZHP), en la cual, teóricamente, debían tener cabida todas las tropas. Su finalidad era que los grupos que se formaban de manera espontánea quedaran supeditados a la administración comunista, por lo que no funcionó^[60].

A finales de 1945 había una tensión evidente entre los funcionarios del gobierno que intentaban controlar y dirigir el movimiento (escribieron una nueva versión del juramento, en el que los scouts se comprometerían a crear «un mundo mejor») y los grupos de base del movimiento, no todos ellos dispuestos a mantener a la unión dominada por Varsovia informada de sus actividades. Algunos conocidos líderes de las Filas Grises habían entrado a formar parte de la cúpula del movimiento, y aunque también ellos se mantuvieron oficialmente apolíticos, hubo algunos incidentes políticos. En Bydgoszcz, unos scouts que pasaron por delante del cuartel general de la policía secreta durante un desfile en 1945 se quedaron atónitos al oír el ruido de dos disparos procedente de una de las ventanas. Dos scouts murieron. Nadie nunca fue condenado por los asesinatos^[61]. En una «concentración de jóvenes» en Szczecin en 1946, una discusión a gritos entre varios scouts y jóvenes comunistas terminó en una pelea. Al menos dos chicas scout recibieron una brutal paliza^[62]. Scouts de todo el país fueron detenidos después de participar en las manifestaciones del 3 de mayo, el día de la Constitución del país.

En distintas ocasiones durante 1947, las autoridades polacas consideraron poner fin al movimiento scout de manera definitiva. Sin embargo, les preocupaba que tal prohibición pudiera provocar que miles de jóvenes se unieran a la resistencia, o se adentraran en los bosques a combatir con los partisanos^[63]. De modo que esperaron. Y, finalmente, adoptaron una táctica que, como ya hemos observado, se convertiría en una herramienta habitual en el arsenal comunista de Europa del Este: decidieron destruir el movimiento desde dentro. Los comunistas húngaros tomaron una decisión similar sobre el igualmente problemático movimiento scout de su país sobre la misma época.

Al igual que sus homólogos húngaros y alemanes, los grupos políticos de

juventudes polacas se habían unificado en una sola organización, la Unión de Jóvenes Polacos (Związek Młodzieży Polskiej, o ZMP), en febrero de 1948. Después de ellos, les llegó el turno a los scouts. El Ministerio de Educación emprendió una «reorganización» del movimiento nacional que consistió en unificar a hombres y mujeres scout, destituir a líderes mayores y sustituirlos por otros más jóvenes e inexpertos, e ideológicamente maleables. Esos cambios se introdujeron de manera gradual. Primero sustituían a un alto cargo; después él o ella nombraba a un nuevo segundo; después el segundo nombraba a un nuevo dirigente regional, y así sucesivamente. Los nuevos dirigentes scouts nacionales empezaron sutilmente a cambiar las actividades del movimiento. Además de las actividades tradicionales —excursionismo, acampadas, técnicas de supervivencia—, ahora las tropas debían «participar en la vida diaria del país». Las enviaban a plantar árboles, a ayudar con el tendido de cables telefónicos y a trabajar en guarderías. Estaban dirigidas para convertirse, en palabras de un burócrata, en una versión más joven del «Servicio polaco» (Służba Polska), las brigadas de trabajo no especializado que viajaban de una obra a otra. A algunos de sus miembros los enviaron a fábricas o talleres para que aprendieran un oficio^[64].

Los scouts dejaron de ser una organización intergeneracional. Mientras que en el pasado las tropas de scouts polacas habían incluido a chicos y chicas adolescentes y veinteañeros, ahora «ascendían» a los jóvenes de dieciséis años o más a puestos en la Unión de Jóvenes Polacos, con lo que el escultismo se convirtió en una actividad para niños. A nivel organizativo y financiero, los scouts se convirtieron con el tiempo en una subdivisión de la Unión de Jóvenes Polacos y dejaron de ser una organización separada. Como tal, su labor principal era la educación política de los niños. En la práctica, empezaron a parecerse y a actuar como los Pioneros Soviéticos, la organización juvenil. Incluso se vestían con camisas blancas y corbatas rojas parecidas^[65]. En 1950, el juramento scout cambió por tercera vez. La nueva versión obligaba a los scouts a jurar por la Polonia popular, y a prometer fomentar «la paz y la libertad de las naciones».

Los propios scouts eran conscientes de lo que estaba sucediendo. Como uno de ellos recordó más adelante: «Todos los meses se infiltraba gente nueva de manera gradual en el movimiento Scout. Había uno, Kosinski, que dijo ser un líder de los scouts. Ese hombre tenía lo mismo de líder scout que yo de bailarín de ballet. Era un agente [de la policía secreta]. Un hombre horrible^[66]». A quienes les importaba, poco a poco fueron abandonando el

movimiento y se dedicaron a otras actividades. Quienes eran demasiado jóvenes para recordar cómo había sido la organización en el pasado no se quejaban, y sus padres, que preferían que sus hijos se conformaran y no se metieran en líos, no decían nada.

Los que decidían buscar alternativas podían pagar un precio más alto^[67]. Algunas tropas se pasaron a la clandestinidad, se hicieron con armas —aún había muchas en esa época— y empezaron a entrenar para la lucha. La policía secreta descubrió a uno de esos grupos en la ciudad de Krotoszyn en 1947. El grupo se había llamado Zawisza, un nombre que hacía alusión a la caballería. Su líder, un joven de dieciocho años, se suicidó en el momento de la detención. Los otros miembros, algunos de tan solo quince años, fueron detenidos y condenados. Otro grupo de antiguos scouts fue «liquidado» en Radzyminsk, también en 1947. La policía secreta envió sus carnets de la Unión de Scouts Polacos al ministro de Educación como forma de advertencia: esto es lo que podría suceder si no se controla a los jóvenes de manera estricta, atenta y enérgica^[68]. Sin embargo, los objetores que no se habían armado también podían recibir un castigo severo. En 1950, una joven de diecisiete años de la ciudad polaca de Lublin, decidió pedir a los miembros de su grupo de scouts que se reunieran de manera informal, para comentar temas de los que no les hablaban en la escuela. Ella y sus siete amigos fueron detenidos en 1951, y todos fueron condenados a entre dos y cinco años: todo aquello que tuviera la apariencia de una tropa scout auténtica tenía que ser destruido para que los scouts de imitación pudieran reemplazarlos^[69].

Si acaso, el movimiento de las universidades populares de Hungría constituyó un desafío aún más complejo para los comunistas húngaros que el que el movimiento scout había supuesto para sus colegas polacos. Mientras que el escultismo estaba relacionado con el patriotismo de preguerra y el bando «reaccionario» (es decir, centrista) del espectro político, las universidades populares eran un proyecto populista, de izquierdas. Las universidades populares originales habían sido fundadas antes de la guerra por un grupo de poetas y escritores románticos y reformistas. Diseñadas para educar a los hijos de los campesinos, las universidades estaban pensadas para funcionar como escuelas, clubes y espacios de residencia en las ciudades para los estudiantes de las zonas rurales. No eran escuelas corrientes, sino que tenían algo del espíritu de los *kibutz*, puesto que enfatizaban la vida en comunidad, la toma de decisiones en grupo, de manera democrática, el baile tradicional y el canto. Aunque tenían una marcada tendencia socialista, y

aunque varios de sus miembros más destacados se habían afiliado al partido comunista durante la guerra, no eran instituciones soviéticas ni pertenecientes al partido.

Después de la guerra, los fundadores de la Universidad Györffy, la primera universidad popular que retomó su programa en junio de 1945, tenían la impresión de que podrían seguir con el mismo espíritu. En diciembre de 1944, algunos de los estudiantes y profesores durante la época de preguerra empezaron a reunirse regularmente en una vieja escuela alemana en la parte liberada de Budapest, y comenzaron a planear el nuevo plan de estudios. El gobierno provisional aplaudió ese entusiasmo y en cuanto le fue posible proporcionó a la universidad un nuevo edificio, un jardín con árboles frutales y una casa de veraneo en el lago Balaton. Sin embargo, los líderes de Györffy pretendían seguir siendo independientes. En una conferencia organizada para celebrar su inauguración, el líder universitario antes de la guerra, Lajos Horváth, pidió a los presentes, muchos de los cuales eran miembros del partido comunista, que «lucharan por la autonomía de la universidad, y la protegieran del partido, así como del Estado». En los meses siguientes, él y otros ayudaron a fundar Nékosz, la Asociación Nacional de Universidades Populares, que con el tiempo construiría varias instituciones similares por todo el país^[70].

De hecho, la «autonomía» de Nékosz estuvo predestinada al fracaso desde el principio, ya que ni Györffy ni el resto de las universidades tenían ningún medio de financiación independiente. Sus edificios eran del gobierno — castillos, antiguos cuarteles militares, villas confiscadas—, y sus estudiantes se mantenían gracias a subsidios gubernamentales^[71]. La influencia estatal llegaba con el dinero estatal, y la cúpula comunista tenía objetivos distintos a los de los líderes de las universidades populares. En un principio, el conflicto se ocultó. Los dirigentes comunistas apoyaban públicamente el movimiento universitario. Tanto Rajk, el ministro del Interior, como Révai, el ministro de Cultura, daban conferencias frecuentes en las universidades, y Rajk contribuyó a fundar la Universidad Petőfi en Budapest. La primera generación de estudiantes estaba encantada solo por estar allí. Miklós Jancsó, un licenciado de Nékosz que se convirtió en director de cine (uno de los alumnos de las universidades populares que se introdujeron en la industria cinematográfica), plasmó la pasión y el afán del movimiento de las universidades populares en su película de 1968, *Vientos brillantes* (*Fényes Szelek*^[72]), cuyo título procede del himno de Nékosz:

¡Eh, nuestro estandarte se agita con los vientos brillantes!

¡Eh, en él está escrito, que Viva la Libertad!

¡Eh, vientos, soplad! Vientos brillantes, soplad,

porque mañana cambiaremos el mundo en su totalidad!

Después, un grupo de estudiantes universitarios le preguntó a Jancsó por qué había incorporado tanta música en el guión, la primera mitad del cual contiene más canciones que diálogo. Él respondió que era realismo puro: «En esa época, después de la guerra, era muy común que los jóvenes cantaran juntos por la calle». Iván Vitányi, otro alumno de las universidades populares, también recordó que «hijos e hijas del campesinado nos pasábamos el día cantando^[73]».

El entusiasmo estuvo motivado en parte por la sensación de oportunidades que experimentaron esos primeros estudiantes, pues esos centros ofrecían educación a gente que no había recibido ninguna. Algunos eran los primeros de su familia que sabían leer y escribir bien. En marzo de 1948, las 158 universidades populares contenían a 8298 personas, de las cuales entre el 35 y el 40 por ciento procedían de un entorno rural o campesino, y entre el 18 y el 25 por ciento eran de clase obrera. La mayoría eran hombres, pero algunas de las mujeres que se licenciaron se convirtieron en figuras muy destacadas, entre ellas varias actrices. Algunas ofrecían educación secundaria, otras certificados de aptitud pedagógica, y otras podían proporcionar educación superior. El plan de estudios era con frecuencia de izquierdas, pero no necesariamente marxista. En su primer año, la Universidad Gyórfy organizó seminarios sobre las revoluciones de 1848 y la historia de la música; clases de inglés, francés y alemán, además de ruso; ofreció la oportunidad de estudiar el «realismo húngaro» y la historia de la industria húngara. Los estudiantes recibían entradas de teatro gratuitas y se les animaba a utilizarlas, y tenían listas de libros que debían leer en su tiempo libre^[74]. Otro de los centros de formación, la Academia Vasvari, animaba a sus alumnos a estudiar en el extranjero durante medio año^[75].

Si las hubieran dejado, las universidades populares se habrían complacido en producir una nueva generación de intelectualidad progresiva. Sin embargo, el partido comunista húngaro tenía un objetivo más restringido. Se dieron cuenta de que las universidades podrían ayudar a solucionar dos de sus problemas más acuciantes: su profunda impopularidad en el campo, y la falta de miembros del partido de origen rural. En febrero de 1945, Geró escribió

una nota a Rákosi en la que señalaba que Hungría tenía «escasez de cuadros, particularmente de líderes». Más concretamente, «el mayor problema es que muchos de ellos son de origen judío». Aunque, como se ha observado, Geró y Rákosi eran judíos, ambos temían que los campesinos húngaros se posicionaran en contra del partido comunista si era «demasiado judío». Las universidades populares parecían proporcionar una respuesta: formarían a los campesinos para convertirlos en comunistas «del pueblo», que era una especie de eufemismo para «no judíos», y por lo tanto «hungarizar» el partido comunista^[76].

La transformación de las universidades empezó primero en el seno de la cúpula, que desde el principio estuvo formada por un puñado de comunistas. Estos decidieron entonces hacerse con el control. András Hegedüs, un estudiante de las universidades populares que había sido fundador de Madisz, el movimiento juvenil respaldado por el comunismo, reconoció en una entrevista años después que la célula comunista de la Universidad Györfy era «más bien militante» y que «hasta cierto punto, intimidaba al resto del grupo». Otro estudiante, también miembro del partido, declaró que era una «norma general que un pequeño grupo organizado pudiera imponer su voluntad sobre un grupo más grande y heterogéneo^[77]». En el seno de las universidades, los comunistas se apoderaron lentamente de los mecanismos democráticos de autogobierno. Desde esa posición de influencia incorporaron un elemento más político a la vida estudiantil. Organizaron a los estudiantes para que trabajaran como defensores de la reforma agraria y la producción cooperativa en el campo, y participaran en los multitudinarios mítines del partido comunista que precedieron a las elecciones de 1945 y 1947. También modificaron el plan de estudios para que encajara mejor en la línea del partido comunista. En 1946, el cuestionario de acceso a la Universidad Györfy obligaba a los solicitantes a responder algunas preguntas claramente tendenciosas: «En tu pueblo, ¿la gente que va a la iglesia es mejor que la que no va? ¿Puedes describir a un sacerdote reaccionario? ¿Los jóvenes de tu pueblo son religiosos?^[78]». Las sesiones de crítica y autocrítica terminaron dominando las reuniones y los coloquios vespertinos de las universidades. Durante ese mismo período, el líder de la Universidad Györfy, László Kardos, quien era bastante dado a utilizar clichés comunistas —hablaba de «mantener relaciones amistosas con la juventud democrática del mundo»—, empezó a desempeñar un papel mucho más relevante en la que hasta entonces había sido una institución poco rígida, casi anárquica y nada jerárquica^[79]. Sin embargo, el cambio que los ex alumnos nostálgicos recordaron con mayor

amargura fue el de los ataques por parte de la prensa, que se volvieron cada vez más duros —acusaban a los estudiantes de lealtad insuficiente, de falta de profesionalidad y, paradójicamente, de antisemitismo—, como también el de los «tribunales» de los alumnos internos, que empezaron a expulsar a quienes no cumplían las normas cada vez más estrictas de corrección política. A todos los alumnos se les pedía que estuvieran atentos a cualquier error ideológico, en ellos mismos y en los otros, y que buscaran pruebas de «romanticismo campesino», que ahora se consideraba algo malo, así como de «decadencia pequeñoburguesa». Alajos Kovács, profesor en una de las universidades en esa época, recordó que «estábamos atónitos, ni siquiera sabíamos por qué nos atacaban, no lográbamos entender qué había sucedido. A causa de esa incompreensión, empezamos a intentar entender —de manera masoquista y contraproducente— qué había salido mal, qué habíamos hecho mal nosotros^[80]». Uno de esos «juicios» constituye la dramática conclusión de la película *Vientos brillantes*.

Los idealistas podrían haber seguido luchando, y en realidad hubo muchas luchas por el poder en la organización mayor de Nékosz. Pero en 1949, al régimen se le agotaría la paciencia. Las universidades fueron nacionalizadas de manera abrupta y terminante, con el argumento de que tenían que volverse más «profesionales». Fueron absorbidas por el resto del sistema universitario estatal, los edificios se utilizaron para otras instituciones, las listas de lecturas y las salidas al teatro se terminaron, y los idealistas mecanismos de autogobierno, que de todos modos ya hacía tiempo que habían dejado de funcionar, quedaron disueltos. La decisión se justificó mediante una referencia a la teoría marxista. Como dijo Rákosi, «lo aprendí todo sobre el socialismo de aquellos viejos libros. Aprendí sobre organizaciones de masas, asociaciones de jóvenes, organizaciones de mujeres, sindicatos [...] En esos libros no aparece una sola palabra sobre universidades populares, de modo que no me parece que sean necesarias^[81]».

En otras palabras, las universidades populares eran una institución desconocida para Marx, Lenin y Stalin, y no existía nada parecido a ellas en la Unión Soviética. Así pues, fueron destruidas, junto a tantos otros grupos que Marx, Lenin y Stalin jamás habían mencionado. Al final, los scouts polacos, las universidades populares de Hungría, los jóvenes demócratas cristianos alemanes y un amplio abanico de instituciones —convencionales e idiosincrásicas, políticas y apolíticas, de clubes de tiro y equipos de esgrima a conjuntos de baile tradicional y organizaciones de beneficencia católicas—

tuvieron el mismo destino. Los nacientes estados totalitarios no podían tolerar ninguna competencia por las pasiones, el talento y el tiempo libre de sus ciudadanos.

La radio

Un día de invierno, cometí la estupidez de escribir en el texto del guión: «Un frente atmosférico frío se acerca a nosotros desde Rusia». El locutor lo leyó en alto [...] y a la mañana siguiente recibí una llamada: «Ve a ver al director». Fui a ver al director, que me hizo pasar de inmediato. «Zalewski —me dijo—, creí que eras más inteligente. A partir de ahora, recuerda que del Este solo llegan cosas cálidas y agradables.» En ese momento no me pareció gracioso...

ANDRZEJ ZALEWSKI, antiguo empleado de radio polaco^[1]

«*Hier Spricht Berlin*», «Aquí habla Berlín». Con esas palabras, las radios de Berlín volvieron a la vida. Era el 13 de mayo de 1945. Habían estado en silencio durante casi dos semanas, desde que el almirante Doenitz había anunciado la muerte de Adolf Hitler el día 1 de mayo. En ese momento se había producido la capitulación de Alemania y la Administración Militar Soviética había ocupado el edificio de la Reichsrundfunk de Masurenallee, en la parte oeste de la ciudad. El edificio, que se había diseñado especialmente como emisora de radio y contaba con uno de los estudios de grabación más modernos de Europa, se había librado de la destrucción por estar alejado del centro y, lo más importante, porque el Ejército Rojo decidió protegerlo. Mientras que el resto de Berlín estaba en ruinas, la mayor parte del equipo de la Grossdeutscher Rundfunk permanecía intacto, y muchos de los trabajadores de la emisora seguían con vida^[2]. En ese sentido, la emisora de radio fue un caso prácticamente excepcional entre las instituciones berlinesas.

Esa primera emisión duró solo una hora. Empezó con los himnos nacionales soviético, estadounidense, británico y francés, seguidos de una alocución del mariscal Stalin. Los oyentes escucharon entonces los términos de la rendición incondicional, además de declaraciones de Churchill, Roosevelt y otra vez de Stalin. A continuación llegaron noticias de todo el mundo —entre ellas información sobre el arresto de Himmler y los planes acerca de los juicios por crímenes de guerra— intercaladas con fragmentos de música militar soviética. La parte final de la emisión informó sobre las victorias de celebración en Moscú:

... Millones de moscovitas contuvieron la respiración y salieron corriendo hacia los altavoces.

Cuando los primeros compases de la melodía de la emisora empezaron a sonar, más y más personas llegaron a la plaza Roja, al Kremlin, y esperaron la gran noticia frente al mausoleo de Lenin. Cuando finalmente oyeron que la Alemania de Hitler se había rendido sin condiciones, la celebración empezó [...] Un voz feliz y melodiosa gritó: «¡Tres hurras por el gran Stalin!». El grito se propagó por toda la plaza...^[3]

La radio era importante para los moscovitas, que la escuchaban en sus oscuros apartamentos. El Ejército Rojo dedujo que también lo sería para los alemanes, que también la escucharían en sus oscuros apartamentos. Desde el momento de su llegada, los ocupantes soviéticos invirtieron mucho en la programación y el equipo de la nueva emisora de radio, y en los días siguientes a la primera emisión, la nueva emisora de Berlín amplió su repertorio con sorprendente velocidad. El 18 de mayo, la orquesta de la Deutsche Oper interpretó a Beethoven (en representación de la música alemana) y a Tchaikovski (en representación de Rusia) en uno de sus grandes estudios de grabación. Dos días después, la Deutschland Rundfunk emitió de nuevo a Beethoven y a Tchaikovski, además de Strauss y Borodin^[4]. El 23 de mayo, la radio emitió su primer programa infantil^[5]. Los oyentes podían seguir también boletines informativos periódicos.

Toda esa actividad estaba supervisada por un grupo de funcionarios soviéticos que dirigieron la nueva emisora y se convirtieron también en sus primeros censores. Controlaban también a un grupo de alemanes, entre ellos a tres miembros del grupo de Ulbricht: Hans Mahle, un comunista de larga afiliación que más adelante fundaría la televisión de Alemania del Este; Matthäus Klein, un oficial de la Wehrmacht que se había «convertido» en los campos de reeducación soviéticos para soldados alemanes; y, al joven Wolfgang Leonhard, que entonces tenía veinticuatro años. Muy pronto se unió a ellos Markus Wolf, de veintidós años, compañero de Leonhard en la escuela de la Komintern y futuro espía de renombre en Alemania del Este.

Al igual que la policía secreta de Europa del Este, la «nueva» emisora de radio alemana ya tenía una historia antes de 1945. Aunque los rusos no habían esperado encontrar unas instalaciones tan excelentes ya a su disposición, sin duda habían pensado en formar a algunos de los locutores con anterioridad. Klein y Mahle habían estado trabajando durante años con agentes de propaganda política del Ejército Rojo, de cuyas filas saldrían más adelante los primeros encargados del ámbito cultural soviéticos. Ya en 1941, los funcionarios soviéticos que hablaban alemán y los comunistas alemanes reunieron conjuntamente folletos que arrojaban desde aviones sobre las líneas alemanas. En noviembre de ese año, también empezaron a publicar varios

periódicos dirigidos a los prisioneros de guerra alemanes.

Después de la batalla de Stalingrado, en julio de 1943, los comunistas alemanes de Moscú fundaron el Comité Nacional para una Alemania Libre. A ellos se unieron algunos prisioneros de guerra que se habían convertido a la causa soviética. Juntos, los dos grupos publicaron un periódico —dirigido por Rudolf Herrstadt, quien más adelante se convertiría en un destacado director de Alemania del Este—, que repartieron por territorios conquistados por el Ejército Rojo y por campos de prisioneros de guerra. También comenzaron con las emisiones de radio frecuentes. A diferentes horas, distintas emisoras transmitían en alemán noticias de Moscú e invitaban constantemente a las tropas alemanas a deponer las armas y derrocar a Hitler. Mahle trabajó en varias de esas emisoras, entre ellas algunas que fingían ser emisoras nazis a fin de desinformar^[6]. Wolf se convirtió en locutor y comentarista, trabajo que propició su acercamiento a Walter Ulbricht. Su mujer, Emmi —la mujer que en el pasado había obligado a Leonhard a hacer una humillante confesión pública—, se paseaba por los campos de batalla con un megáfono, pidiendo a gritos a los soldados alemanes que abandonaran las armas^[7].

Aunque el Comité Nacional era una organización tapadera soviética, sus dirigentes tomaban muchas precauciones para no parecer «demasiado comunistas», en particular durante 1943 y la primera mitad de 1944, cuando todavía esperaban que un golpe de Estado derrocaria a Hitler. Como se ha comentado, sus miembros adoptaron la bandera blanca, negra y roja de la Alemania imperial en lugar de los colores de la República de Weimar o de la URSS. Se creó también una Liga de Oficiales Alemanes independiente para que trabajaran con el comité a fin de fomentar la participación de antiguos miembros de la Wehrmacht que podrían mostrarse reticentes a trabajar directamente con los comunistas alemanes^[8].

Algo de ese espíritu calculador infectó también a la nueva emisora de radio de Berlín en la primavera de 1945. Klein y Mahle habían conocido a muchos de los prisioneros de guerra y sabían que la mayoría de los alemanes tendrían alergia a cualquier cosa que pareciera demasiado radical o demasiado soviética. A un nivel superficial, mantuvieron mucho de lo que resultaba familiar sobre la radio alemana, como su estilo más bien pesado y su denso contenido de cultura seria y música clásica. Mantuvieron al personal de producción de la época nazi e incluso a muchos de sus locutores, y eliminaron tan solo a los que estaban vinculados a una propaganda nazi más feroz. Como Wolf escribió a sus padres en junio, «hay seis de nuestros hombres y un

funcionario, y seiscientos de “ellos” [...] hacer la criba es posible solo hasta cierto punto porque se necesita a muchos de ellos, en realidad a la mayoría^[9]». Sin embargo, jamás hubo ninguna duda acerca de la orientación política de la emisora. Y sus dirigentes tampoco tenían ninguna duda de que su visión política terminaría triunfando. Mahle entendió que su labor consistía en proporcionar un «espejo» para las masas durante un período intermedio, durante el que desarrollarían una «visión democrática de sí mismos». Durante ese proceso, habría «voces divergentes» y debates abiertos y, por supuesto, los medios deberían expresarlos, pues «haciendo pública la discusión, se formará la conciencia de las masas y se fortalecerá su propia conciencia democrática^[10]».

En ese período temprano, no todos los medios de comunicación siguieron unas directrices tan claras, y sobre todo los periódicos ofrecían muchos puntos de vista distintos. En septiembre de 1945, *Der Tagesspiegel*, un periódico económicamente liberal, empezó a publicar en Berlín bajo los auspicios de los estadounidenses, pero siguió estando disponible de manera gratuita por toda la ciudad hasta 1948, igual que el conservador *Die Welt*, que empezó a publicarse en el sector británico de Alemania occidental en 1946. Incluso dentro de la zona soviética, todos los partidos políticos legales —socialdemócratas, demócratas cristianos y demócratas liberales— al principio tuvieron permiso para publicar sus propios periódicos, con la condición de que aceptaran una determinada cantidad de material soviético^[11]. Esos periódicos y otros supondrían una competencia importante para los periódicos de patrocinio soviético más importantes, el *Tägliche Rundschau*, la voz del Ejército Rojo en Berlín, y el *Berliner Zeitung*, dirigido por Herrstadt y un coronel soviético^[12]. Más adelante, los periódicos independientes se topaban con problemas. *Neue Zeit*, el periódico demócrata cristiano, sería castigado por incorrección política con una reducción de su tirada (las autoridades controlaban el periódico). *Das Volk*, el periódico socialdemócrata, se fusionaría con el periódico del partido comunista, *Deutsche Volkszeitung*, y se transformaría en el *Neues Deutschland*, el órgano oficial del partido comunista de Alemania del Este desde 1946 hasta su desaparición, en sus inicios dirigido también por Herrstadt.

Sin embargo, la radio siempre fue diferente. Aunque su tendencia era sutil y su actitud hacia las «opiniones divergentes», más indulgente de lo que lo sería más adelante, la radio de Alemania del Este fue un monopolio procomunista y prosoviético desde el principio. En años posteriores, Mahle

recordaría que «el Comité Central consideraba que la radio debía desempeñar un papel directo, clave y organizativo en la transformación de la vida en Alemania», y durante 1945 y 1946 la radio fue, sin duda, el medio de comunicación más accesible^[13]. Obreros, campesinos y gente de toda clase la escuchaban, especialmente en un período de escasez de periódicos y problemas en su distribución, y los comunistas se propusieron utilizarla en su beneficio.

En un primer momento, lo lograron. En Berlín, la radio adquirió de inmediato la categoría de ser la única autoridad aparentemente «alemana» de la ciudad —en realidad, era la única voz pública que hablaba claramente en alemán—, como también sucedió en el resto del país. La población la valoraba tan positivamente que los alemanes escribieron miles de cartas a la emisora durante sus primeros años de existencia, preguntando sobre toda clase de cosas, desde la política exterior rusa al precio de las patatas. Algunos pedían más música clásica, otros que sonara menos. Llegaban elogios —a un oyente le gustaba un programa sobre Hölderlin, a otro un programa sobre cuentos—, pero también quejas. En realidad, esas misivas —que a menudo comenzaban con la fórmula «Querida radio»— podían resultar brutalmente sinceras. Muchos querían saber cuándo sus hijos, maridos y hermanos regresarían de los campos de prisioneros en la URSS. Después de un programa sobre ese tema, multitud de oyentes se quejaron de que la radio había ofrecido una imagen edulcorada de esos prisioneros, la mayoría de los cuales «regresan de Rusia abatidos y enfermos^[14]».

De acuerdo con la costumbre soviética, la emisora llevaba a cabo un estricto seguimiento de todas esas cartas, y contaba cuántas se centraban en un tema en particular (232 trataban de la escasez de alimentos en julio de 1947, por ejemplo) y calculaba minuciosamente si el número de cartas «negativas» aumentaba o disminuía^[15]. Al menos durante sus dos primeros años de existencia, se esforzó para dar respuesta a las preocupaciones más acuciantes de sus oyentes y para convencerlos de que el futuro bajo un régimen comunista sería mejor.

Tal vez el intento más famoso de vender sutilmente el comunismo a las masas de oyentes fuera el programa insignia de Markus Wolf, *Usted pregunta, nosotros respondemos*. Desde 1945, y durante meses, Wolf proporcionó respuestas en directo a cartas que enviaban sus oyentes alemanes. Aunque las preguntas que recibía abarcaban una amplia variedad de temas, y aunque a menudo requerían respuestas objetivas («¿Qué pasará con el zoo de Berlín?»),

él casi siempre ofrecía un matiz ideológico, tal y como había aprendido a hacer en la escuela de la Komintern en Ufa. Durante la emisión del 7 de junio, por ejemplo, respondió con entusiasmo a un oyente que le había escrito para comentarle lo muy asombrado que estaba por la energía y la actitud del Ejército Rojo, especialmente porque «siempre se nos ha dicho que en Rusia, quienes consiguen cosas no son valorados». Wolf respondió que «todos los que se creen el cuento de que en la URSS se nivela a la baja es porque han caído en la trampa de la propaganda de Goebbels», y elogió el sistema soviético, que celebraba la «creatividad del trabajador».

Otra oyente quiso saber qué podrían comer próximamente en Alemania, aparte de comida racionada. En primer lugar, Wolf recordó que «no vamos a pasar hambre» —en ese aspecto los alemanes podían considerarse afortunados— y después observó que «las dificultades se van superando con la ayuda del Ejército Rojo», y finalmente aseguró a la mujer que «el departamento de nutrición del ayuntamiento está haciendo cuanto está en sus manos para importar verduras, ensaladas y demás a Berlín». Incluso utilizó la pregunta sobre el zoo para recordar a los oyentes lo mucho que había empeorado la situación durante los últimos días de Hitler, y acto seguido les prometió que los mejores tiempos estaban por llegar: el zoo tenía todavía 92 animales, entre ellos «un elefante, dieciocho monos, dos hienas, dos leones jóvenes, un rinoceronte, cuatro toros exóticos y siete mapaches^[16]».

Las respuestas de Wolf raramente alababan el comunismo de manera abierta, y nunca utilizaba un lenguaje marxista. Sin embargo, casi siempre elogiaba al Ejército Rojo o el sistema soviético, tan favorables en comparación con sus equivalentes alemanes. Y todas ellas contenían la promesa explícita de que la vida, que se había vuelto insoportable bajo el régimen nazi y durante los años finales de la guerra, mejoraría rápidamente.

Otros programas siguieron un camino similar. A finales de 1945, un locutor visitó Sajonia para investigar la situación de «la juventud» en esa región y descubrió varios hechos alentadores. Varios ex miembros de las Juventudes Hitlerianas le dijeron que estaban «encantados de no tener que hacer el saludo a sus líderes». Todos se mostraron agradecidos por que hubiera terminado la guerra. Las escuelas aún no habían reabierto sus puertas y había muchas privaciones, pero el reportero predijo «un futuro libre y hermoso para nuestros jóvenes». La palabra «comunismo» no se mencionó^[17]. Otro reportero visitó Sachsenhausen y ofreció una historia verdaderamente desgarradora de los últimos días en el campo. Aunque al final

se daba las gracias efusivamente al Ejército Rojo, esa emisión tampoco tuvo un contenido particularmente ideológico^[18].

Sin embargo, con el paso del tiempo, el tono de la emisora cambió. Tras las elecciones municipales de Berlín en 1946 —que supusieron el primer golpe duro al partido comunista de Alemania del Este—, la propaganda adquirió un tono más estridente y la afiliación comunista de los comentaristas se hizo más evidente. Los oyentes detectaron de inmediato ese cambio, lo que se reflejó en sus cartas. «Querida radio —escribió un oyente en 1947—, poco a poco te estás volviendo aburrida. Tus programas de noche empiezan a ser repetitivos.» Otro se quejó de la estridencia del lenguaje: «Parece que sintonicemos Radio Moscú».

En parte, el nuevo tono estaba inspirado por los funcionarios soviéticos que trabajaban junto al personal de la radio. Hasta 1949, siguieron leyendo (y censurando) textos prefabricados antes de que fueran emitidos, y estuvieron muy implicados en la situación económica de la radio, a la que, en los primeros tiempos, ofrecían importantes subvenciones. En 1945 y 1946, la radio consultó a los funcionarios soviéticos sobre decisiones acerca de contratación, de gastos, y de la coordinación de la política de noticias con los periódicos^[19]. Tal implicación no era ningún secreto: en las ocasiones solemnes, Mahle mostraba una reverencia oficial a sus colegas soviéticos. Como dijo durante una recepción, para la radio era «un honor darles las gracias, en particular al mariscal Zhukov». También recordó a sus locutores que la radio era «la mayor institución cultural de la zona soviética» y los instó a que siguieran tan implicados como les fuera posible: la radio «necesita reuniones frecuentes con sus amigos y poderosos patrocinadores^[20]».

Pero la impopularidad del partido comunista entre los alemanes en general y los berlineses en particular daría finalmente a Mahle y a sus colegas alemanes razones para la preocupación. En 1946, la emisora de radio se encontraba compitiendo directamente con la Radio del Sector Estadounidense (Rundfunk im amerikanischen Sektor, o RIAS), que emitía programas más animados y, algo más importante, mejor música. Cuando la emisora notó que estaba perdiendo en su competición contra la radio occidental, y cuando los comunistas de Alemania del Este empezaron a reconocer que las condiciones de vida estaban mejorando con mayor rapidez en las zonas occidentales de Alemania, los encargados de la radio iniciaron un debate interno que se prolongaría durante muchos años: ¿cómo ganarse a las masas?

A algunos les preocupaba que la emisora fuera demasiado elitista, que

estuviera perdiendo su conexión con el partido, y que no entendiera lo que «las masas» querían escuchar. «Queremos que las masas nos escuchen —dijo un miembro del partido durante una discusión interna—, pero ¿las escuchamos nosotros a ellas?» La radio debía ser un «megáfono para la gente», declaró. Muchos se mostraron de acuerdo en que debía haber más opiniones «corrientes» en la radio y muchos menos discursos del partido. Sabían que quienes les escribían cartas pensaban que la emisora era aburrida, y temían que fuera cierto. En 1948, durante un debate sobre cómo promover el primer «Plan Bienal» del partido, algunos locutores argumentaron que una simple emisión del discurso de Ulbricht no sería suficiente: «Si queremos que los oyentes no se aburran, la radio tiene que encontrar la manera de informar sobre el plan de una manera animada». Se encargó el trabajo a los mejores reporteros, que tuvieron que salir a entrevistar a gente sobre cómo poner en práctica el plan. En una discusión posterior sobre representaciones teatrales, los miembros de la radio estuvieron de acuerdo en que «los escritores deben ser capaces de crear escenas animadas y auténticas a partir de un material que con frecuencia es muy árido», y tienen que aprender a combinar la técnica artística con la ideología porque «la tarea especial de la radio es formar a cada vez más escritores^[21]».

Otros no estuvieron de acuerdo. Mientras la impopularidad del partido comunista seguía creciendo, algunos miembros de la radio, del partido, y en particular de la sede de la administración soviética en Karlshorst empezaron a ofrecer una nueva visión. Los encargados de cultura rusos observaron que la combinación de ideología y cultura no siempre funcionaba: comentaron que durante una «semana cultural» que se organizó, la gente fue a escuchar la música y pasó por alto las conferencias^[22]. Y empezaron a temer que los intentos de dar un tono más ligero a la ideología terminarían por diluirla. Otros opinaban que las largas emisiones de extensos discursos, por aburridas que fueran, debían mantenerse en el repertorio de la radio. De lo contrario, ¿cómo iba la gente a conocer a sus líderes? Su conclusión: tenía que haber más ideología, y no menos; en la radio, y en todas partes.

En Polonia no se produjo la ocupación soviética de emisoras de radio, porque en Polonia no había emisoras de radio que ocupar. Al final de la guerra apenas quedaban equipos de radiodifusión en todo el país, ya que los ocupantes nazis habían confiscado la mayoría de ellos. La radio polaca dejó de emitir en septiembre de 1939, con el sonido del Nocturno de Chopin en do sostenido menor, interpretado por Władysław Szpilman, autor de *El pianista*. Las

transmisiones se retomaron brevemente el 8 de agosto de 1944, tras el comienzo del Alzamiento de Varsovia. Durante dos meses, la Radio Błyskawice («Radio Relámpago») del Ejército Nacional emitió heroicamente cuatro boletines diarios que trataban los acontecimientos militares, así como asuntos de literatura y cultura. Sin embargo, enmudeció durante la primera semana de octubre, cuando el Ejército Nacional capituló.

La radio regresó a Polonia de manera definitiva bajo los auspicios soviéticos y con la ayuda de los soldados soviéticos. La Radio Pszczółka («Radio Abeja») empezó a retransmitir con equipamiento soviético desde un vagón de tren cerca de Lublin el 11 de agosto de 1944, y avanzó hacia la ciudad con el Ejército Rojo. Una vez en Lublin, la emisora de radio se estableció en un apartamento privado en la calle Chopin. El «estudio» estaba en la sala de estar, mientras que otra habitación servía como recepción y, por la noche, como habitación de los locutores. Las primeras emisiones —todas en directo— consistieron en comunicados militares y actualizaciones de la situación, en su mayoría dirigidas a los jefes de operaciones y los partisanos que tal vez llevaran radios. En las liberadas Lublin, Rzeszów y Białystok, los empleados de la emisora de radio también instalaron *radiowezły* —sistemas de altavoces exteriores— para que la población pudiera reunirse en las plazas y lugares públicos para escuchar las emisiones varias veces al día. En ese momento la radio empezó a incorporar música en directo interpretada por los muchos artistas refugiados que regresaron a la ciudad tras el fracaso del Alzamiento de Varsovia^[23].

Como en Alemania, algunos de esos primeros locutores de radio fueron comunistas. No fueron tan destacados ni conocidos por los rusos como aquellos que dirigieron la nueva emisora de radio en Berlín, pero por entonces los comunistas polacos destacados y de confianza no abundaban demasiado. El primer director de la radio polaca, Wilhelm Billig, fue miembro del partido antes de la guerra e ingeniero. Más adelante se convirtió en el director de la agencia de investigación nuclear polaca (y mucho tiempo después ayudó al movimiento anticomunista Solidaridad^[24]). Las primeras retransmisiones informativas fueron escritas por encargados de propaganda del gobierno provisional de Lublin, quienes después las pasaban a la emisora para que las leyera.

Algunos de esos primeros empleados terminaron trabajando en la radio por casualidad. Stefania Grodzińska, más adelante una reconocida actriz y escritora, vio un micrófono por primera vez en su vida el 2 de septiembre de

1944, y se convirtió en locutora de la radio polaca el 3 de septiembre. En sus memorias describe esas primeras semanas de improvisación en la emisora de Lublin:

En la calle Chopin, además de los locutores, había algunos técnicos. El más popular de ellos era un tal señor Nierobiec, que vivía en un pueblo de las afueras de Lublin y que se desplazaba cada día a la ciudad para ir a trabajar. Debía su fama a una gran jarra que siempre llevaba encima, llena de licor ilegal. Colgado del cuello de la botella había un cuaderno con un bolígrafo, además de una taza. Quien quisiera un trago apuntaba su nombre y la cantidad en el cuaderno: por ejemplo, «Sikirycki, media taza». El día de cobro, Nierobiec se colocaba junto al cajero con su cuaderno y recogía nuestras contribuciones^[25].

Como reflejan los informes de la época comunista, los meses siguientes constituyeron un período heroico para la radio polaca. «Cuando el país fue liberado —declaró un informe posterior— los técnicos de la radio polaca siguieron trabajando justo detrás de la primera línea de combate, intentando salvar el equipo de radio que quedara», reparando con valentía los transmisores y colaborando gustosos con el Ejército Rojo. A finales de 1945, Billig declararía públicamente que la radio había conseguido salir adelante gracias tan solo «a la noble y desinteresada ayuda de la Unión Soviética».

Billig no se equivocó en cuanto a la rapidez de la reconstrucción. En un período de tres años, los técnicos de radio polacos habían construido doce estaciones emisoras de radio y diez transmisores. También hizo bien en dar las gracias a la Unión Soviética, hasta cierto punto. Durante el transcurso de 1945, el dinero soviético compró un transmisor en Raszyn, un barrio de Varsovia, que podría transmitir a nivel nacional, y los técnicos soviéticos llegaron para ayudar en su construcción. Según Billig, el propio Stalin aprobó la construcción del transmisor de Raszyn, y no hay motivos para dudar de él, o para dudar de que la Unión Soviética quisiera reconstruir la radio polaca. Sin embargo, a menudo daba la sensación de que el Ejército Rojo tenía instrucciones más ambivalentes. En teoría, es posible que la Unión Soviética quisiera fomentar una radio «comunista», pero sobre el terreno el NKVD también temía que los polacos crearan emisoras de radio rivales, del Ejército Nacional, o que tal vez manipularan sus radios para recibir señales «enemigas» desde Londres.

Aunque, en principio, estaban entregados a reconstruir la radio polaca, en realidad los funcionarios soviéticos sospechaban de cualquiera que quisiera construir o solicitara equipo de transmisión. Una carta dirigida a la oficina central de la radio y enviada desde la ciudad silesia de Zabrze en junio de 1945 se quejó de que el comandante local soviético había prohibido hacer transmisiones a los antiguos empleados de la emisora. Quien la escribió se

mostró diplomático: «Creemos que se trata de un malentendido y que el asunto se resolverá de manera positiva gracias a la amistad polaco-soviética». Cuando las autoridades locales intentaron establecer una emisora de radio en Gliwice alrededor de la misma época, las tropas soviéticas las amenazaron con pistolas. Las autoridades de la Baja Silesia también tuvieron problemas para convencer a los comandantes soviéticos de que entregaran radios y dispositivos de transmisión. Cuando lograron obtener algo de equipo, la policía secreta polaca se lo confiscó de inmediato^[26].

En los primeros tiempos, las autoridades soviéticas trataron con gran cuidado incluso la redistribución de los aparatos de radio confiscados por los alemanes. En agosto de 1944 —justo cuando Radio Abeja empezaba a funcionar—, los comandantes del Ejército Rojo emitieron una orden en la que pedían a todos los polacos de los territorios liberados que se deshicieran de cualquier equipo de transmisión o recepción que poseyeran, «sea de la clase que sea e independientemente del uso que se le dé», y lo entregaran al Comité Polaco de Liberación Nacional. Quien violara esas órdenes sería tratado como «un agente enemigo^[27]». Unos meses después, el comité emitió una versión más drástica de esa orden: Bolesław Bierut declaró que, a partir del 30 de octubre, quien poseyera una radio y no tuviera licencia para ello sería condenado a muerte. Por lo menos llegó a ejecutarse una condena de esa clase. El 1 de mayo de 1945, Stanisław Marinczenko de Poznań fue ejecutado por posesión ilegal de una radio Philips^[28].

Las actitudes hacia los diarios, publicaciones periódicas y el mundo editorial en esa época eran también desiguales. En teoría, el gobierno provisional apoyaba la libertad de prensa. Todos los partidos políticos legales podían tener sus propios periódicos; el partido comunista empezó a publicar el suyo, que finalmente se llamó *Trybuna Ludu* («Tribuna del Pueblo»), en 1944, pero había algunos otros. A lo largo de 1944, el Ejército Nacional y otros grupos de resistencia también publicaron decenas de diarios y publicaciones breves, y uno o dos periódicos vieron la luz gracias a la iniciativa de periodistas, particularmente el *Zycie Warszawy* («Vida de Varsovia»). Sin embargo, el papel escaseaba —el 70 por ciento de las fábricas de papel habían sido destruidas, y producían una quinta parte de su producción de antes de la guerra—, y en diciembre de 1944, a causa de la nacionalización de las fábricas que quedaban, la mayoría del papel de prensa estaba controlado por el gobierno y la mayor parte de la industria editorial estaba en manos de una única compañía, Czytelnik^[29]. En junio de 1945 se

aprobó un proyecto de ley para limitar la propiedad privada de la industria editorial, y en 1946 los periódicos contrarios al régimen tendrían problemas para conseguir papel de prensa. Sin embargo, *Gazeta Ludowa*, el «Periódico del Pueblo», el más directo de todos los periódicos legales y el órgano del partido político más directo, el Partido de los Campesinos, siguió publicando con valentía críticas abiertas al gobierno. Los funcionarios encargados de la propaganda no controlaban necesariamente la prensa del partido: algunos periodistas comunistas consideraban que no tenían que escuchar a los burócratas de la propaganda porque ellos ocupaban un puesto más alto en la jerarquía del partido, así que ni siquiera los periódicos del partido acataban siempre la disciplina^[30].

La radio polaca no era tan audaz, aunque inicialmente tampoco era tan profesional. Durante 1945, la guerra no solo ocupó los programas de noticias sino también todo lo demás. Los locutores recordaban sus experiencias, pedían a la gente que hicieran lo mismo y leían largas listas de familiares desaparecidos en directo. Algunos contaban historias de la guerra para niños. Una emisión del 2 de febrero aconsejó a los habitantes de Varsovia que mantuvieran el toque de queda, ya que los «bárbaros hitlerianos» aún no se habían rendido, aunque la línea de combate ya se había desplazado hacia el oeste. Otros temas habituales eran la reconstrucción de fábricas y escuelas, así como el recibimiento a los soldados que llegaban de otros países^[31].

La radio, al igual que las otras nuevas instituciones estatales de Polonia en ese momento, también cumplía otras funciones, además de las que se suponía que debía cumplir. En junio de 1945, los estudios de Bydgoszcz apenas tenían equipo y producían muy pocos programas, por ejemplo, pero empleaban a un cocinero que preparaba la comida para cien personas al día^[32]. Los jefes de las radios de todo el país pedían constantemente más financiación, en particular para los músicos, muchos de los cuales pasaban hambre. La lista de enfermedades que sufrían los empleados de radio incluía la tuberculosis, el reuma, las afecciones oculares y problemas de piel, según las cartas que escribían a Moscú^[33].

Al igual que la población celebró la aparición de los tranvías de Varsovia, el regreso de la radio polaca se celebró como una señal de renovación nacional, y pronto atrajo a talentos artísticos. En su primera actuación en directo, Władysław Szpilman interpretó con gran emoción el *Nocturno en do sostenido menor* de Chopin, la misma pieza que había tocado justo antes de que la radio dejara de emitir en 1939. Pese a haber perdido a toda su familia

en Treblinka y en el gueto de Varsovia, Szpilman siguió componiendo. Continuó trabajando en la radio hasta 1963^[34].

Aunque la radio se presentaba a sí misma como la voz de toda la nación, lo cierto es que la presión interna para que se ajustara a las opiniones políticas cada vez más severas y limitadas iba en aumento. Después de que la emisora de Bydgoszcz no transmitiera información sobre la celebración de la victoria soviética el 9 de mayo, el jefe de la emisora se sintió obligado a defenderse. En una carta a Billig, explicó que su equipo era «primitivo, de segunda mano», y que ese día no funcionó. Sin embargo, el comandante militar soviético y la policía secreta de la zona no se creyeron la historia. Sostuvieron que la emisión no se produjo a causa del «personal técnico desleal», y enviaron a un técnico soviético de Raszyn para que investigara^[35]. Las presiones de ese estilo, junto a la amenaza de violencia generalizada, explican el motivo por el que el tono de las emisiones polacas fue volviéndose más favorable al régimen a medida que avanzaba el año. Además, quienes colaboraban tenían ventajas materiales —comedores y asistencia médica—, mientras que los que desobedecían a los dirigentes de Varsovia perdían su trabajo y, con él, la cartilla de racionamiento.

Si al principio no habían sido comunistas, a finales de ese año muchos locutores ya habían aprendido a utilizar el lenguaje comunista. El mismo director de la radio de Bydgoszcz que se había defendido de las acusaciones de deslealtad el 9 de mayo escribió una carta un mes después, en la que explicaba que ahora se reunía con el nuevo departamento de «propaganda» del gobierno local al menos tres veces por semana. En septiembre pidió (y le concedieron) un coche y un megáfono. Eso permitiría a los trabajadores de la radio viajar a lugares a los que no llegaba la señal: se comunicarían gritando eslóganes a través del megáfono^[36]. En otoño, la emisora de radio de Katowice aseguró a Varsovia que estaba realizando más programas orientados hacia «el mundo del trabajo» y la clase obrera. Sobre la misma época, los locutores de Varsovia empezaron a planificar la programación para celebrar la Revolución de octubre y pregonar los beneficios de la planificación centralizada. En noviembre, cuando las autoridades centrales de la radio se reunieron para planificar sus futuras emisiones, un ejecutivo argumentó que deberían realizar más programas en los que se elogiara el papel de la policía política y la milicia: «La prensa descubre cada vez más casos de robos y asesinatos a manos de “bandas” [...] las víctimas suelen ser activistas democráticos, la gente que Polonia más necesita».

En esa misma reunión, los locutores comentaron el próximo congreso del Partido de los Campesinos, la única fuerza independiente que quedaba en la política polaca en ese momento. Muchos opinaron que debía transmitirse información sobre el congreso, pero otros creyeron que «tenemos que ser cautos en nuestra actitud hacia el Partido de los Campesinos», puesto que aún no estaba claro que el partido se hubiera «liberado de los elementos negativos y se hubiera incorporado al ámbito democrático». En esa época, el Partido de los Campesinos todavía era legal. Sin embargo, en la opinión de los locutores, eso no les daba automáticamente derecho a que su mensaje fuera transmitido por la radio.

A finales de ese año, las funciones de la radio estaban claras, al menos para sus altos ejecutivos. En un discurso pronunciado ante sus empleados en diciembre de 1945 —el mismo en el que habló de la ayuda «noble y desinteresada» de la URSS—, Billig expuso su opinión sobre el futuro de la radio. Habló de la necesidad de más aparatos de radio —«necesitamos que nos escuchen campesinos, obreros, la intelectualidad trabajadora»— y explicó que dos nuevas fábricas producirían unos 15 000 en el próximo año. Dejó de lado las quejas sobre el hecho de que en la radio polaca se hablaba demasiado. Mientras que la radio de preguerra se había centrado en el mero entretenimiento de la élite, dijo a sus trabajadores, la nueva radio podría desempeñar «un colosal papel propagandístico. Es un arma asombrosa». Y era un arma que podía llegar a toda la población.

Billig explicó que la radio podría ayudar a «crear la nueva clase de persona que está cobrando vida en Polonia [...] el objetivo principal de la radio es la movilización de la sociedad para llevar a cabo la tarea básica que la historia nos ha puesto delante: la reconstrucción del país, el fortalecimiento de la democracia, la unificación de la nación^[37]». Durante los años posteriores a ese discurso, la radio polaca trabajaría con empeño para asegurarse de que la nación definía esas palabras —reconstrucción, democracia, unificación— del mismo modo que el partido comunista.

La radio de Alemania del Este empezó con comunistas formados en Moscú. La radio polaca empezó con equipo soviético. La radio húngara empezó con un decreto, escrito en ruso y publicado por el gobierno provisional de Budapest el 20 de enero de 1945, el segundo día de su existencia. El decreto restableció la Agencia de Prensa húngara, así como la Radio Magyar, la emisora de radio nacional. Nombró a Gyula Ortutay director de ambas. Antes de nada, Ortutay se dirigió a la sede de la radio en Budapest, que se había

utilizado como cuadra durante los últimos días de la guerra. El equipo estaba destrozado, el cuerpo putrefacto de un caballo muerto yacía en un porche lateral, y el cráter de una bomba ocupaba el patio. Ortutay colgó un cartel en la entrada del edificio derruido: «Gente de la radio: el día 21 estaremos esperando a los que sigáis vivos en el refugio que hay enfrente del ascensor^[38]».

Desde el punto de vista soviético, Ortutay era el hombre ideal para llevar a cabo esa labor. Conocido etnógrafo, crítico literario e intelectual socialista que había trabajado para Radio Magyar antes de la guerra, resultó que Ortutay también era un miembro secreto del partido comunista, uno de los que participaban entonces en la política húngara. En público, Ortutay se describía como miembro del Partido de los Pequeños Propietarios, uno de los cuatro partidos a los que habían permitido tener una existencia legal después de la guerra, y durante 1945 y 1946 mantuvo una relación estrecha con importantes políticos del Partido de los Pequeños Propietarios. Al mismo tiempo, recibía órdenes en secreto de la cúpula comunista húngara, que le proporcionó un carnet del partido con un nombre falso durante una ceremonia secreta celebrada en marzo de 1945.

Por supuesto, los dirigentes soviéticos en Hungría estaban al corriente de las filiaciones secretas de Ortutay. Desde un punto de vista oficial, los términos del armisticio daban al Consejo de Control Aliado responsabilidad sobre los medios de comunicación húngaros, y tras el final de la guerra, este organismo permitió que cada uno de los partidos políticos legales creara su periódico. El partido comunista húngaro creó su buque insignia, *Szabad Nép*, pero el partido socialdemócrata, el de los pequeños propietarios y el de los campesinos también tuvieron permitido crear los suyos. Muy pronto, *Kis Újság*, el periódico del Partido de los Pequeños Propietarios, se convirtió en el más popular del país^[39]. Sin embargo, en Hungría, como en el resto de los países, los comunistas estaban más interesados en la radio, y la presencia de Ortutay les garantizaba una influencia suplementaria en las emisiones. Rápidamente, la radio húngara pasaría a contar únicamente con equipo, transmisores y técnicos soviéticos, así como con asesores soviéticos. Y también muy pronto reflejaría una visión del mundo marcadamente soviética.

Nada de esto se hizo evidente de inmediato, ni para la población ni para los empleados de la radio que leyeron el cartel de Ortutay y regresaron al trabajo. En las ruinas de Budapest, empezaron a planificar el relanzamiento de la radio húngara con enorme energía. Las condiciones eran difíciles. Los

registros del día a día de Radio Magyar recogen que en mayo «Lajos Hernádi, pianista, pidió un descanso de siete minutos a causa del frío extremo que hacía en el estudio^[40]». El «sueldo» inicial de los trabajadores era un tazón diario de sopa, pero disfrutaban de otras ventajas: recibían un carnet de identidad, impreso en ruso y en húngaro, que podía ayudar a su propietario a evitar las redadas callejeras y las oleadas de deportaciones^[41]. Aun así, no siempre resultaba fácil ir a trabajar en una ciudad en la que no había transporte público. Una leyenda de la radio cuenta que una mañana, a la hora de la emisión aún no había llegado nadie al edificio. La mujer de la limpieza colocó un disco en el gramófono y lo dejó en marcha hasta que los trabajadores llegaron^[42].

Como en Polonia y en Alemania, muchos de los técnicos habían trabajado en emisoras antes de la guerra, y otros llegaron a la radio por casualidad. Áron Tóbiás se incorporó tras terminar en el instituto, en el verano de 1946, con la esperanza de ganar el dinero suficiente para ir a la universidad. Su trabajo consistía en seleccionar «historias breves de escritores famosos húngaros para que las leyera actores los sábados por la tarde», una tarea que para un chico de dieciocho años resultaba sumamente glamurosa. Nunca fue a la universidad y siguió trabajando como periodista radiofónico hasta 1955^[43]. Entre otros que también fueron reclutados estaba Gyula Schöpflin, miembro del partido comunista desde la década de 1930, quien se convirtió en el primer director de programación. En sus memorias —desertó de Hungría en 1949—, Schöpflin recordó que aunque, en teoría, en 1945 Hungría seguía siendo una democracia multipartidista, las decisiones de Ortutay en cuanto al personal estaban influidas por su pertenencia secreta al partido comunista: «La contratación y el despido de la gente tenían una naturaleza totalmente política». Ortutay también estableció directrices políticas en lo relativo a la programación: «Evitar todo lo que pueda perturbar la armonía y el acuerdo entre las grandes potencias; ser conscientes de las políticas partidarias; publicitar y promover la política internacional antifascista; promover el programa de gobierno democrático, reconstrucción y reforma agraria; resaltar siempre las tradiciones progresistas húngaras e internacionales...». Schöpflin visitaba la sede húngara del partido «al menos una vez a la semana», para pedir «directrices, líneas del partido detalladas» para sus transmisiones. Nunca obtuvo demasiada ayuda, sobre todo porque la radio ya estaba bajo el control directo del Consejo de Control Aliado y, por ende, de la Unión Soviética. Los comunistas húngaros no se preocuparon por ello, pues dieron por hecho que, al fin y al cabo, ya se encontraba bajo control soviético^[44].

No obstante, si los camaradas húngaros no se dieron cuenta enseguida de la importancia de la radio, los camaradas soviéticos sí lo hicieron. Aunque habían prohibido la posesión de radios hasta el final de la guerra, expidieron una licencia para la nueva emisora, designaron a un funcionario soviético como «asesor» permanente (y censor principal), y permitieron que la emisora se preparara para empezar a radiar^[45]. El 1 de mayo de 1945, la radio ya estaba preparada. A mediodía, por los altavoces colocados estratégicamente por Budapest, sonó la señal de la nueva emisora —algunos versos de una canción revolucionaria anti-Habsburgo del siglo XIX— y el programa comenzó. Hablaron los líderes de cada uno de los cuatro partidos políticos legales; se leyeron noticias; sonó música. Se interpretaron algunas importantes obras musicales húngaras —una pieza de Bartók y después ópera húngara— seguidas de la ópera rusa *Boris Godunov*. A continuación se transmitió una emisión de una hora en ruso, dirigida a los soldados soviéticos^[46].

Durante la mayor parte de 1945, las transmisiones radiofónicas casi siempre se mantuvieron dentro de los límites marcados por Ortutay, a juzgar por los temas que se trataban —la reforma agraria, la asociación de amistad húngaro-soviética, la fundación de nuevos sindicatos, los juicios por crímenes de guerra y la historia de los partisanos comunistas—, aunque los locutores seguían leyendo en directo las obras de escritores «burgueses» (es decir, no comunistas), y seguía sonando música conocida^[47]. Es de suponer que la influencia directa soviética explica la preponderancia de los programas en ruso (por ejemplo, *Aprendemos a cantar en ruso*) y tal vez refleja la frustración que debió de sentir el Ejército Rojo al ocupar un país en el que se hablaba una lengua imposible. A finales de año, la joven fuerza policial secreta húngara también había establecido su presencia en la emisora. Los agentes solían pedir copias de las transcripciones que contuvieran material «políticamente interesante». Los agentes de la policía secreta vigilaban las oficinas de la radio —otra señal de la importancia política de la radio— y registraban a quienes entraban y salían del edificio. Tiempo después enviaron a una unidad de la policía secreta para que vigilara el departamento técnico, supuestamente porque los ingenieros, muchos de los cuales habían trabajado en la emisora en el pasado, no eran de fiar desde el punto de vista político^[48].

Sin embargo, la mayor parte del tiempo los supervisores soviéticos de Radio Magyar confiaban en la intuición de los empleados comunistas de la emisora para asegurar una correcta programación. Aunque no se hubieran

formado en la Komintern, habían interiorizado mucho la línea del partido y emitían opiniones sobre esa base. Por ejemplo, en un momento determinado, Mátyás Rákosi ordenó a Schöpflin que radiara en directo el juicio de László Bárdossy, el primer ministro durante la guerra que tomó la desastrosa decisión de aliar a Hungría con Alemania y declarar la guerra a la Unión Soviética. El juicio tuvo lugar unos días antes de las primeras elecciones húngaras y, como Schöpflin recordó, fue un desastre para la radio: «Bárdossy se comportó como un caballero, respondió con valentía, con dignidad y sin sentimiento, en respuesta a los gritos descontrolados del juez [...] Yo estaba convencido de que era culpable, pero ese intento nuestro de transformar la opinión pública fracasó». Schöpflin —que no era en absoluto el más doctrinario de los camaradas de Budapest— dejó de transmitir en directo en mitad del juicio. Bárdossy resultaba demasiado atractivo y sus palabras hacían demasiado daño a la causa comunista. A partir de ese momento, Schöpflin solo emitió fragmentos grabados del juicio^[49].

Durante un tiempo, Ortutay consiguió mantener al menos la apariencia de diversidad política. Hasta 1945, Radio Magyar había sido propiedad de una sociedad financiera que creaba noticias en beneficio del gobierno. Esa misma sociedad también era propietaria de la agencia de prensa, de una agencia de publicidad, de los servicios de imprenta y de algunos bancos pequeños. Después del final de la guerra, sus propietarios, a quienes la opinión pública asociaba con el régimen de Horthy durante el período de entreguerras, presionaron con firmeza para recuperar lo que era suyo. Recibieron apoyo del Partido de los Pequeños Propietarios, que quería compensarlos, pero que también argumentaba que la mayoría de las acciones de la nueva emisora deberían pertenecer al gobierno.

Ortutay luchó contra ambas ideas, y venció. A finales del verano, los antiguos propietarios fueron privados de sus derechos, sus propiedades fueron confiscadas y la radio pasó a pertenecer por completo a una compañía de titularidad estatal llamada MKH Rt^[50]. A su vez, esa compañía no estaba dirigida por el gobierno —en el que en ese momento aún había una serie de políticos—, sino por una junta integrada por las principales fuerzas políticas húngaras. Había dos miembros de cada uno de los cuatro partidos legales —comunista, socialista, de los campesinos y de los pequeños propietarios—, así como dos miembros de los sindicatos.

Parecía una formación imparcial, pero en realidad los dos sindicalistas eran comunistas, de modo que los comunistas contaban con cuatro miembros

en la junta. Muchos de los otros delegados pertenecían al ala de extrema izquierda de sus respectivos partidos, de modo que se pusieron de parte de los comunistas. Otros, como Ortutay, mantenían una afiliación secreta con el partido comunista. A principios de 1946, tan solo un año después del fin de la guerra, en realidad el partido comunista húngaro controlaba al personal de la radio, la junta de la radio, y, en consecuencia, el contenido de la radio, aunque ni a la población ni a la clase política se les comunicara jamás tal situación. Cuando un año después, el partido decidiera reforzar el contenido ideológico de la radio, nadie sería capaz de impedirselo.

La política

El establecimiento del orden en Europa y la reconstrucción de las vidas económicas nacionales deberán alcanzarse por medio de procesos que les permitirán a los pueblos liberados destruir los últimos vestigios del nazismo y fascismo y crear instituciones democráticas que ellos mismos elijan [...] En estas elecciones todos los partidos democráticos y antinazis deberán tener derecho a postular a sus candidatos.

Protocolos del Tratado de Yalta,
13 de febrero de 1945

Una sombra se cierne sobre los escenarios que hasta hoy alumbraba la luz de la victoria de los aliados [...] A los partidos comunistas, que eran muy reducidos en los Estados orientales de Europa, se les ha otorgado un poder muy superior a lo que representan, y están procurando hacerse con un control totalitario en todas partes.

WINSTON CHURCHILL, de su discurso en Fulton,
Missouri, 5 de marzo de 1946

Entre la firma del Tratado de Yalta, con su promesa de elecciones libres en Europa del Este, y el discurso de Winston Churchill sobre el «Telón de Acero», que predijo el ascenso del totalitarismo, transcurrió un año. Durante ese año, tuvieron lugar multitud de cambios. El Ejército Rojo llevó a agentes de la policía secreta formados en Moscú a todos los países ocupados, colocó a comunistas locales al mando de las emisoras de radio nacionales y empezó a desarticular a grupos de jóvenes y otras organizaciones civiles. Arrestaron, asesinaron y deportaron a personas de las que sospechaban que eran antisoviéticas, e impusieron brutalmente una política de limpieza étnica.

Esos cambios no se llevaron a cabo en secreto ni se ocultaron al resto del mundo. El primer ministro británico utilizó la expresión «telón de acero» por primera vez, no en su famoso discurso pronunciado en Fulton, sino cuando la guerra estaba tocando a su fin en mayo de 1945, tan solo tres meses después de Yalta. En una carta dirigida a Truman, Churchill escribió que «sobre el frente ruso ha caído un telón de acero. No sabemos lo que ocurre detrás de él^[1]». El amor de Churchill por el lenguaje grandilocuente ocultaba la verdad. Él sabía lo que estaba sucediendo «detrás del telón de acero», porque, para su fastidio, sus interlocutores polacos se lo habían estado contando.

De hecho, la cálida relación entre las potencias anglosajonas y la Unión Soviética había empezado a romperse mucho antes. «La alianza entre nosotros y la facción democrática de los capitalistas funciona porque esta tuvo interés en evitar el dominio de Hitler —le dijo Stalin a Georgi Dimitrov antes de que terminara la guerra—. En el futuro nos enfrentaremos también a esta facción de los capitalistas.» Las tensiones empeoraron a medida que se acercaba el final de la guerra. Si bien el primer encuentro entre el ejército estadounidense y el Ejército Rojo en el río Elba fue un momento de celebración y apretones de manos, a continuación llegaron discusiones insignificantes sobre dónde y a quiénes debían rendirse los alemanes —al final hubo dos ceremonias—, y una abrupta decisión por parte de los estadounidenses de finalizar el programa de Préstamo y Arriendo, que había estado financiando la compra de artículos estadounidenses por parte de la URSS durante la guerra^[2]. El primer uso de la bomba atómica en agosto desató otra oleada de paranoia soviética. A finales de ese mes, los soldados rusos y estadounidenses sostuvieron frecuentes tiroteos en Berlín^[3].

Sin embargo, los acontecimientos en Europa del Este y particularmente en Polonia fueron el verdadero desencadenante de una desconfianza mutua más profunda que pronto se conocería como guerra fría. En otoño de 1944, George Kennan ya había concluido que aquellos miembros del gobierno polaco en el exilio que seguían luchando por la democracia «eran, a mis ojos, los representantes fallidos de un régimen condenado al fracaso, aunque nadie podía ser tan brusco como para decírselo^[4]». Seis meses después, en mayo de 1945, Harry Hopkins, uno de los asesores de mayor confianza de Roosevelt, viajó a Moscú para reunirse con Stalin y transmitirle la preocupación del presidente Truman acerca de «nuestra incapacidad para llevar a efecto el Acuerdo de Yalta en Polonia». A modo de respuesta, Stalin criticó furiosamente la decisión sobre el programa de Préstamo y Arriendo y declaró que la URSS necesitaba tener una Polonia «amiga» —es decir, prosoviética—, en sus fronteras^[5].

Sin embargo, Stalin había aceptado los protocolos de Yalta y se celebrarían elecciones, aun en esas extrañas circunstancias. Durante el período inicial de ocupación soviética y gobierno de coalición en Europa del Este —aproximadamente, de 1945 a 1947—, algunos (no todos) partidos políticos no comunistas aún podían existir legalmente. Aún podían publicarse algunos periódicos no comunistas. Se llevaban a cabo campañas políticas. El grado de libertad política variaba de un país a otro, como también variaba el

grado en que se manipulaban o, directamente, se falsificaban las elecciones. Sin embargo, al menos muy al principio, la Unión Soviética intentó mantener la apariencia, y hasta cierto punto la realidad, de elección democrática.

También esperaba beneficiarse. Como he señalado, tanto la Unión Soviética como sus aliados en Europa del Este creían que la democracia funcionaría en su favor. Este es un hecho importante, que a menudo se pasa por alto y que conviene repetir: si bien la sinceridad de esa expectativa varió de un país a otro, la mayoría de los partidos de la región celebraron elecciones poco después de que terminara la guerra porque pensaron que ganarían, y no les faltaban motivos para pensar así. Inmediatamente después de la guerra, casi todos los partidos políticos de Europa defendían políticas que, según la perspectiva actual, eran muy de izquierdas. Incluso los demócratas cristianos de centro-derecha en Alemania occidental y los conservadores británicos estaban dispuestos a aceptar un papel preponderante del Estado en la economía de finales de la década de 1940, incluyendo la nacionalización de algunas industrias. Por todo el continente, casi todos abogaban a favor de la creación de extensos estados de bienestar. Los partidos comunistas habían obtenido muy buenos resultados en las elecciones europeas en el pasado y parecían listos para repetirlos. El partido comunista francés obtuvo el mayor número de votos en las elecciones parlamentarias de 1945. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo más hacia el este?

Los comunistas europeos también tenían razones ideológicas para confiar en la victoria. Según Marx, tarde o temprano la clase obrera cobraría conciencia de su destino, y, tarde o temprano, depositaría su fe en el partido comunista. Una vez que esto hubiera sucedido, los partidos comunistas se alzarían con el poder de manera natural, elegidos por las mayorías obreras. En una entrevista posterior, el comunista polaco Leon Kasman explicó:

Sabíamos perfectamente que antes de la guerra el partido tenía el apoyo de una parte minoritaria de la población, pero creíamos que se trataba de una minoría progresista, que abriría el camino hacia el progreso nacional. También sabíamos que si tomábamos el poder y hacíamos política de manera correcta, nos ganaríamos las simpatías de la gente que no confiaba en nosotros, que no nos creía o que estaba en nuestra contra^[6].

Ulbricht, en un discurso ante su partido a principios de 1946, expresó un optimismo similar:

Nos han preguntado: ¿También celebraréis elecciones en la zona soviética? Respondemos: Sí, por supuesto, ¡y veréis como organizamos esas elecciones! Las organizaremos con el sentido de la responsabilidad que requieren unas elecciones de esa clase, y las organizaremos de manera que nos aseguraremos de que haya una mayoría de clase obrera en todos los pueblos y ciudades^[7].

Al menos en público, Ulbricht nunca contempló la posibilidad de que las elecciones podían no conducir a una mayoría obrera.

Stalin, en cambio, era más escéptico, o tal vez fuera que nunca había llegado a entender a lo que los europeos se referían con «democracia» y «elecciones libres». Durante la guerra, comentó a una delegación polaca de Londres encabezada por Stanisław Mikołajczyk, por entonces el líder del gobierno polaco en el exilio, que «hay ciertas personas —tanto de izquierdas como de derechas— a las que no podemos permitir que formen parte de la política polaca». Mikołajczyk señaló que en democracia no era posible dictar quién podía estar en política y quién no. A modo de respuesta, «Stalin me miró como si estuviera [...] loco y terminó la conferencia^[8]».

Más adelante, en agosto de 1944, Stalin dijo bruscamente a un grupo de líderes de exiliados polacos que la Unión Soviética consideraría favorablemente la formación de una «coalición» de «partidos democráticos» en Polonia, aunque, por supuesto, esos asuntos «tendrían que decidirlos los propios polacos». Por «coalición» se refería a una coalición preelectoral, cuyos miembros no competirían entre sí. Por «democráticos» se refería a prosoviéticos^[9]. Claramente, prefería una clase de «elecciones» que no implicaran ninguna competencia. En esas circunstancias, incluso los comunistas polacos tenían opciones de victoria. Como le dijo a Władysław Gomułka en 1945, «con la debida agitación y una buena actitud, podéis obtener un número de votos considerable^[10]».

Varios países siguieron atentamente la fórmula de Stalin y celebraron elecciones sin competencia. Yugoslavia celebró exactamente esa clase de elecciones —Tito no necesitó la insistencia soviética para perseguir a sus oponentes— en noviembre de 1945. Los resultados oficiales establecieron que el 90 por ciento de los votantes habían votado al Frente Popular yugoslavo, el único partido en las papeletas. El embajador soviético en Belgrado elogió efusivamente esa acción, y dijo a Viacheslav Molótov que esas elecciones habían «fortalecido» al país. Las valoró como un éxito enorme^[11]. En Bulgaria, el partido comunista también organizó una coalición formada por varios partidos de orientación izquierdista llamada el Frente Patriótico en las elecciones de noviembre de 1945^[12]. En ambos países, la verdadera oposición —partidos de centro y de centro-derecha que se negaron a formar parte de la coalición— pidieron a sus compatriotas que boicotearan los comicios, y muchos lo hicieron. De todos modos, los partidos comunistas se declararon victoriosos.

Pese a los grandes esfuerzos del NKVD y de los comunistas locales, no todos los políticos de la región estuvieron dispuestos a formar parte de una coalición electoral unificada, como tampoco toda la clase obrera cobró conciencia de su destino rápidamente. En 1945 y 1946, la economía de la región seguía siendo un caos. La violencia política había generado odio y resentimiento hacia la Unión Soviética. El resultado fue que, en lugar de confirmar las predicciones de Marx, la primera ronda de elecciones libres y parcialmente libres resultó catastrófica para los comunistas en gran parte de la región. Tras ellas, las tácticas de los partidos comunistas se volvieron mucho más severas.

En Polonia, Stalin se movió con cuidado al principio, al menos en lo relativo a las elecciones. Sus enviados no intimidaron de inmediato a la clase política polaca para que organizara elecciones de partido único, como sucedió en Yugoslavia o Bulgaria. Después de la detención y la deportación de los dieciséis líderes del Ejército Nacional, las potencias occidentales observaban la política polaca con mucha más atención, y tal vez Stalin consideró que era importante mantener la farsa de un gobierno provisional de coalición. Quizá con esas consideraciones en mente, en la primavera de 1945 Stalin permitió que un último líder polaco no comunista, Stanisław Mikołajczyk —el político que había intentado discutir con él sobre democracia—, regresara al país y trabajara legalmente.

A diferencia de los comunistas polacos, ninguno de los cuales había participado en la política electoral polaca de antes de la guerra, Mikołajczyk era una figura muy conocida entre los ciudadanos. Antes de 1939 había sido presidente del Partido Campesino Polaco (Polskie Stronnictwo Ludowe, o PSL), un grupo con una base rural, un programa socialdemócrata y legitimidad real. Tras la doble invasión por parte de alemanes y soviéticos en septiembre, Mikołajczyk se había marchado a Londres, donde se había incorporado al gobierno polaco en el exilio. Después de que el general Władysław Sikorski muriera en un extraño accidente de avión en Gibraltar en 1943, Mikołajczyk se convirtió en primer ministro en el exilio. En virtud de ese cargo, negoció con Stalin, Roosevelt y Churchill sobre la posición de Polonia una vez finalizada la guerra, y su enfado y su mal humor fueron en aumento a medida que las negociaciones fracasaban. Durante una reunión especialmente desagradable con Stalin y Churchill en Moscú en octubre de 1944, descubrió por casualidad que pese a las tranquilizadoras palabras del propio Roosevelt al respecto, los aliados ya habían cedido la parte oriental de Polonia a la Unión Soviética en la Conferencia de Teherán (la reunión en la

que Churchill sugirió que Polonia podría «desplazarse hacia el oeste, como el soldado que da dos pasos lateralmente hacia la izquierda»). Mikołajczyk gritó a Churchill y exigió un cambio de política. El primer ministro también le gritó: «¡Si sigue discutiendo conseguirá que nos hartemos de usted!»^[13].

Después de la detención de los dieciséis líderes del Ejército Nacional en marzo de 1945, Mikołajczyk mantenía pocas esperanzas en la posibilidad de una democracia en Polonia. De todos modos, decidió regresar al país. Como Krystyna Kersten señala, Mikołajczyk «se engañó al pensar que Stalin iba en serio cuando declaró que su objetivo no era una Polonia comunista, sino una Polonia democrática y cordial con la URSS^[14]». Por ello fue criticado por muchos polacos, tanto en Londres como en Polonia, que sintieron que su regreso concedía una legitimidad espuria a un gobierno que ya estaba de facto bajo control soviético. Un periódico de los exiliados hizo algunas predicciones funestas: «La historia nos enseña que nadie puede detener el totalitarismo dictatorial ni siquiera mediante los acuerdos de mayor alcance [...] El único camino hacia la liberación es un cambio a tiempo en la opinión mundial a nuestro favor^[15]». Mikołajczyk señaló que el Tratado de Yalta había garantizado «unas elecciones libres y sin obstáculos, lo antes posible, sobre la base del sufragio universal y el voto secreto». Y él estaba dispuesto a cumplir esa promesa al pie de la letra^[16].

En junio de 1945, Mikołajczyk viajó a Moscú, donde participó en los debates que llevaron a la creación del gobierno polaco provisional. En esa reunión estuvieron presentes los «polacos de Lublin» —Bierut, Gomułka y otros políticos prosoviéticos que se habían unido al Comité Polaco de Liberación Nacional—, así como otros líderes del PS. El acuerdo al que llegaron creó, como ya se ha comentado, un Gobierno Provisional de Unidad Nacional, que tendría que gobernar Polonia hasta que pudieran celebrarse elecciones. El PSL controlaba a un tercio de los delegados de este organismo. El partido también recibió varios puestos ministeriales y una remesa de papel para que pudiera empezar a imprimir su periódico. En sus memorias cargadas de resentimiento, escritas en el exilio, Mikołajczyk recordó que aunque ese acuerdo «trajo aún más desilusión a una gran mayoría de la población polaca [...] estaba por llegar el día en que habríamos aceptado gustosamente los derechos resumidos en ese acuerdo. Porque al final, el [PSL] ni siquiera obtuvo su tercera parte. No obtuvo nada^[17]».

Durante un breve período de tiempo, sus seguidores tal vez tuvieran razones para mantener la esperanza. Las primeras incursiones de Mikołajczyk

en el campo polaco fueron triunfales. Miles de personas fueron a recibirlo al aeródromo cuando su avión aterrizó en Varsovia en junio de 1945. Una multitud siguió el desfile de vehículos por toda la ciudad y después se reunió frente a la nueva sede del gobierno provisional en un barrio del sur, sin dejar de aclamarlo. Cuando visitó Cracovia unos días después, sus exultantes seguidores levantaron su vehículo y lo pasearon por las calles. A continuación levantaron al propio Mikołajczyk y lo llevaron a hombros. Sin embargo, incluso esas muestras de euforia tenían lugar en un escenario de peligro. Cuando salió de su primera reunión con los dirigentes del partido en Cracovia, la noche después de su llegada a la ciudad, Mikołajczyk encontró una descarga de ametralladora. No pretendía asesinarlo, sino asustarlo, y lo consiguió. Más adelante descubrió que todos los asistentes a esa reunión fueron arrestados después de que él se marchara^[18].

En los meses siguientes, Mikołajczyk y sus entregados seguidores llevaron a cabo lo que, desde la perspectiva actual, fue una campaña política extraordinariamente valiente y sorprendentemente sincera. Él y su partido lucharon primero por el derecho a ejercer una política de oposición; después para dejar su impronta en el primer referéndum público; y finalmente para obtener escaños en las primeras elecciones parlamentarias de posguerra. En 1947 habían perdido las tres batallas, pero no sin asustar a los comunistas polacos y a sus asesores soviéticos con la fuerza y la escala de los apoyos recibidos.

Desde el principio, los comunistas polacos hicieron cuanto estuvo en sus manos para aislar a Mikołajczyk y el PSL. La «coalición» electoral que Stalin había propuesto bruscamente a Mikołajczyk pronto vio la luz. Ese bloque prosoviético contenía a los comunistas, al un tanto renuente Partido Socialdemócrata y, para gran confusión, a dos partidos falsos: una imitación del Partido de los Campesinos, controlado por los comunistas con la intención de crear confusión entre los votantes, y un «Partido Democrático» diseñado para hacer lo mismo. El auténtico PSL se negó a formar parte de esa coalición deliberadamente confusa, de modo que fue el único partido legal que se quedó fuera. Como resultado, Mikołajczyk atrajo el apoyo de todos los anticomunistas del país, desde los socialistas más moderados a los nacionalistas más radicales.

Al cabo de unos meses, la cúpula comunista se dio cuenta de su error. En una reunión del Comité Central del partido comunista en el invierno de 1946, Gomułka pronunció un discurso en el que atacó abiertamente al PSL por

primera vez. Describió la cúpula del partido como el nuevo «enemigo» reaccionario, confabulado con los imperialistas occidentales. Insinuó que el PSL podía ser mucho más peligroso que los partisanos anticomunistas que aún se escondían en los bosques^[19]. Włodzimierz Brus, en ese momento un joven economista perteneciente al partido comunista, asistió a la reunión:

Mucha gente se quedó sorprendida por la ferocidad de ese mensaje, en primer lugar porque tuvieron la sensación de que su [propio] apoyo en el país no era lo bastante fuerte, de manera que preferirían alguna clase de tregua, y no un enfrentamiento. Y en segundo lugar, estaban cansados después de la larga guerra, de los sacrificios, las pérdidas y las víctimas [...] Creo que yo mismo me quedé un poco sorprendido por la ferocidad de ese ataque.

Sin embargo, como Brus observó, otros presentes en la reunión recibieron el mensaje de Gomułka «con cierta satisfacción». Finalmente, el partido «destruiría a la reacción^[20]».

El propio Mikołajczyk llevó la cuenta de los ataques verbales y físicos que recibió su partido. Este, teóricamente legal, sufrió un acoso severo — violencia policial, torturas y asesinatos— desde el principio. Ya en noviembre de 1945, envió la primera de lo que sería una larga serie de quejas oficiales a la jefatura de la policía secreta polaca, quejándose de «arrestos masivos de miembros del PSL en Tarnobrzeg, además de confiscación de bienes». Ese mismo mes, agentes de la policía y funcionarios del partido comunista impidieron la asistencia a una reunión del PSL en Trzebenice; advirtieron a los habitantes de los pueblos de alrededor de Olesnica que quien acudiera a esas reuniones se arriesgaba a ser arrestado; robaron documentos de una oficina del partido cercana a Łowicz. El 9 de enero de 1946, Mikołajczyk elaboró una lista de los dieciocho activistas que habían sido detenidos en la ciudad de Breslavia. Ese mismo mes, más adelante, anotó ochenta arrestos en Łódź^[21].

A menudo, los miembros del PSL eran detenidos por las acciones de la resistencia armada. En marzo de 1946, por ejemplo, los comunistas locales organizaron una reunión política en la ciudad de Łapanów, al sudeste de Cracovia, a la que el PSL no estaba invitado. De camino a casa, varios políticos comunistas y miembros de la policía secreta sufrieron una emboscada por parte de partisanos armados con ametralladoras. Siete hombres muertos y tres resultaron heridos en el tiroteo. Al día siguiente la policía empezó a detener a miembros locales del PSL al azar, argumentando que si no habían estado en la reunión debían ser culpables. También incendiaron la propiedad de un dirigente local del partido, cuya casa y establo quedaron reducidos a cenizas. Mikołajczyk se quejó de que los funcionarios

«actúan siguiendo el camino más fácil, sin investigar ni intentar encontrar a los culpables [...] Indiscutiblemente, es un abuso de poder^[22]».

En medio de esta agitación, el PSL empezó a publicar *Gazeta Ludowa* («Periódico del pueblo»), un logro extraordinario en sí mismo. Los editores tenían un acceso muy limitado al papel y no disponían de los medios para enviar las suscripciones. De manera periódica, pedían a sus lectores que se limitaran a un solo ejemplar por persona —no podían comprar más para sus amigos—, puesto que siempre había escasez. Como Mikołajczyk recordó: «Recibíamos peticiones de suscripciones como para tener que imprimir 500 000 ejemplares de *Gazeta Ludowa*, pero nunca nos facilitaron papel de prensa para imprimir más de 70 000. Los comunistas sabotaban centenares de ejemplares de nuestro periódico en las plantas y servicios de distribución [...] a los suscriptores particulares se les advertía que si no cancelaban su suscripción, serían despedidos de sus trabajos^[23]». A diferencia de la radio, *Gazeta Ludowa* no podía llegar a la inmensa mayoría de los polacos. Pero sus artículos, que aparecían bajo titulares tan explícitos como «Se le está cayendo la máscara» y «La UB [policía secreta] tortura a los polacos», describían la realidad de manera muy gráfica a quienes conseguían hacerse con un ejemplar. *Gazeta Ludowa* publicaba nombres, fechas y descripciones de los arrestos, y sus periodistas se quejaban del trato que recibía Mikołajczyk durante las reuniones parlamentarias. Aunque su partido supuestamente ocupaba un tercio de los escaños, cada vez que hablaba —o cuando lo hacía alguno de sus diputados— la sala estallaba en abucheos y silbas, de manera que era imposible oír una sola palabra^[24].

Los ataques al PSL no consiguieron eliminar el partido. Al contrario, los entierros de miembros del PSL asesinados empezaron a atraer a multitudes rebeldes. Los sacerdotes —que en aquel momento aún podían expresar su opinión— comenzaron a predicar abiertamente contra el gobierno. En una parroquia, un sacerdote supuestamente declaró que «si alguien nos pregunta quién es la llamada reacción, debemos responder con firmeza que nosotros, los cristianos, somos la reacción, y que le ganaremos la batalla al marxismo». Un miembro del Comité Central observó, en unos comentarios a sus colegas, que «la idea de un bloque [la coalición de izquierdas] no se ha popularizado lo suficiente entre las masas». Incluso el Partido Socialdemócrata, por lo general débil y acobardado, empezó a quejarse de que la policía secreta estaba tratando al PSL con mano demasiado dura^[25].

Conscientes de que estaban perdiendo apoyos, los comunistas polacos

intentaron una táctica dilatoria. En lugar de celebrar elecciones en el otoño de 1945, como hicieron los húngaros, búlgaros y yugoslavos, Jakub Berman, el principal ideólogo del partido, convenció a Bierut para que celebrara un referéndum a principios del verano de 1946. La finalidad, dijo años después, había sido «sondear» la opinión pública para «separar el grano de la paja», y para obligar a la gente a elegir sencillamente si estaba a favor o en contra de Mikołajczyk^[26]. Las preguntas que se plantearon a la población estaban diseñadas para obtener una respuesta positiva. Fueron tres: ¿Apoya la abolición del Senado [una institución de antes de la guerra que no desempeñaba una función muy relevante]? ¿Apoya la reforma agraria y la nacionalización de las grandes industrias, conservando a la vez la propiedad privada? ¿Desea conservar los nuevos territorios de Polonia y sus nuevas fronteras occidentales?

La respuesta correcta a todas las preguntas era «sí». Por consiguiente, la campaña electoral comunista tuvo un eslogan sencillo: «¡Tres Veces Sí!». Mikołajczyk aceptó el reto y ordenó a sus seguidores que votaran «sí» a las dos últimas preguntas. Como Berman reconoció, le resultó difícil argumentar contra los territorios occidentales, y tanto la nacionalización como la reforma agraria eran entonces medidas populares, sobre todo teniendo en cuenta que la pregunta contenía la contradictoria frase «conservando a la vez la propiedad privada^[27]». Sin embargo, Mikołajczyk pidió a sus seguidores que votaran «una vez no» a la pregunta inútil acerca del Senado.

En realidad, a nadie le importaba lo más mínimo si Polonia tenía o no una segunda cámara parlamentaria. Así, el voto se convirtió en una lucha de poder entre el partido comunista y el PSL de Mikołajczyk, y el partido hizo todo lo posible para ganar. Probablemente, Polonia no había tenido ni ha vuelto a tener desde entonces una campaña electoral como esa: el partido comunista imprimió 84 millones de carteles, folletos y panfletos, una cantidad de propaganda extraordinaria en una época en la que aún había escasez de papel. Se emitió la orden de pintar todos los muros y las vallas del país con el eslogan: «¡Tres Veces Sí!». En la radio y en eventos públicos se leyeron llamamientos dirigidos a todos los sectores de la población: mujeres, campesinos, obreros, intelectuales. A veces eran vulgarmente nacionalistas: «¡Tres Veces Sí no gusta a los alemanes!» o «Sí es la señal de tu identidad polaca». Otras veces eran populistas y sentimentales. A los polacos se les pedía que votaran «Tres Veces Sí: si no queréis que regresen los terratenientes» o «Tres Veces Sí: en nombre de la prosperidad y felicidad de

nuestros hijos^[28]».

Cuando la campaña alcanzó su punto culminante, tras la propaganda llegaron las amenazas. El jefe de la policía secreta de Łódź formado en Kuibishev, Mieczysław Moczar, le dijo al líder local del PSL que arrestaría a todo aquel que hiciera campaña bajo el lema «Una vez No». El régimen también decidió que la campaña de referéndum podría ser el momento oportuno para llevar a cabo juicios abiertos y bien publicitados de los líderes del Ejército Nacional, durante los cuales los abogados de la acusación insinuaron misteriosos vínculos entre la resistencia partisana y el PSL. Por supuesto, todos los oponentes del régimen —armados y no armados— apoyaban al PSL (aunque el PSL se mantenía alejado de los partisanos que quedaban), y algunos de ellos estaban yendo más lejos de manera encubierta, haciendo campaña a favor de un voto de «Dos Veces No» o incluso «Tres Veces No». El régimen se alarmó. A medida que se acercaba el día de la votación, organizaciones militares y paramilitares —el ejército, los guardias de frontera, la Milicia Popular y la policía secreta— recibieron la orden de salir a organizar reuniones y manifestaciones. Cualquiera que fuera sospechoso de apoyar el voto «equivocado» corría el riesgo de ser arrestado, interrogado, o algo peor.

Sin embargo, la propaganda fracasó. La noche antes de la votación, unos 20 000 seguidores se reunieron en Varsovia para presenciar un partido de fútbol entre Polonia y Yugoslavia, uno de los primeros partidos internacionales que se celebraban desde la guerra. Durante el intervalo de la media parte, un grupo de políticos comunistas dieron un paso al frente para intentar animar a los presentes a votar. Al darse cuenta de que otra acción neutral se convertía en un acontecimiento político, los espectadores empezaron a aplaudir y a silbar —señales de desaprobación en Polonia. Alguien inició el rumor de que Mikołajczyk estaba en el estadio y la multitud empezó a corear su nombre. El equipo yugoslavo parecía desorientado («atónito» en palabras de un espectador)—, pero el partido continuó (Polonia perdió). Hacia el final, dos camiones llenos de jóvenes activistas, miembros de la Unión de Jóvenes Luchadores, aparecieron de repente frente al estadio, y los jóvenes empezaron a gritar «Viva la Polonia Popular y Viva el Ejército Nacional» mientras la multitud salía del estadio, con lo que se ganaron múltiples abucheos^[29].

A la mañana siguiente —el 30 de junio de 1946—, más de 11 millones de personas, el 85,3 por ciento de las personas con derecho a votar, acudieron a

las urnas, una cifra extraordinaria. Al principio, el partido se alegró, creyendo que esas cifras significaban que la nación estaba con ellos. Brus, el joven economista, estaba de servicio, recibiendo informes sobre los resultados de las provincias. Recordó que cuando sus camaradas oyeron las cifras, pasaron de mostrarse «cautelosos a sumamente entusiasmados». No se había producido un boicot, como algunos habían temido. Si las clases obreras y los campesinos estaban yendo a votar, tenían que ser buenas noticias. De inmediato, los líderes del partido empezaron a hablar de celebrar unas precipitadas elecciones parlamentarias^[30].

La euforia se desvaneció rápidamente. En efecto, millones de personas habían acudido a las urnas, pero la mayoría habían seguido el consejo de Mikołajczyk. Los resultados fueron demoledores. Según documentos de archivo ahora disponibles, solo un cuarto de la población había votado «Tres Veces Sí». Una amplia mayoría había votado «no» al menos a una de las preguntas^[31]. Los comunistas reflexionaron sobre los preocupantes resultados durante diez días. Finalmente, presentaron una serie de cifras totalmente manipuladas que invirtieron esas proporciones. El PSL se quejó de la evidente falsificación. No tenían acceso a las cifras reales, pero sabían a través de sus sondeos informales que la mayoría no había votado «Tres Veces Sí». Los comunistas, imperturbables, mantuvieron su postura en relación con sus resultados falseados. Eso creó el marco para unas elecciones parlamentarias aún más sucias, que no se celebraría de inmediato, sino que se retrasaría seis meses.

¿Qué había sucedido? En el debate que llevó a cabo la fracasada campaña de referéndum, el partido comunista concluyó con amargura que la producción masiva de folletos había sido contraproducente, y que los eslóganes que habían pintado de manera generalizada habían molestado a la gente. La propaganda había sido abrumadora y demasiado vulgar. Como un inspector del nuevo Ministerio de Propaganda escribió en un informe interno:

Tras el anuncio del Referéndum Popular, lo más importante debería haber sido mantener la moderación y la cautela al tiempo que se apoyaban las tres respuestas positivas, que eran tan obvias y claras como que el sol luce en el cielo. La agitación descontrolada en busca del «sí» creó la sospecha de que debía de estar sucediendo algo más^[32].

En el futuro, se dijeron los unos a los otros, los agitadores deberían estar mejor formados para responder a las dos quejas que se oían en público con más frecuencia: ¿por qué se les habían arrebatado los territorios del este de Polonia? ¿Y por qué aún había soldados soviéticos en territorio polaco? Los agitadores incompetentes tenían que ser despedidos de inmediato. A partir de

ese momento se emplearían conversaciones, y no carteles ni folletos^[33].

Aunque aceptó los «errores» de los propagandistas, al partido comunista aún le costaba entender cómo era posible que los obreros y los campesinos pudieran haberlos rechazado en tal medida. Profundamente comprometidos con una ideología que supuestamente debería haberles dado la victoria —al fin y al cabo, se suponía que los obreros tenían que apoyar el Estado obrero—, les costaba entender a sus compatriotas. Incluso los polacos que vivían en los nuevos territorios occidentales habían votado no a su anexión^[34]. Un miembro del comité del partido de Varsovia concluyó que sus compatriotas estaban infectados por un «pensamiento confuso» hasta un nivel inconcebible:

Esto está relacionado con una especie de incomprensible espíritu de resistencia y una ignorancia absoluta, incluso por parte de esos individuos para quienes el régimen democrático ha sido una bendición. ¿Por qué, por ejemplo, los distritos con una mayoría de trabajadores de Radom votaron tres veces «no» en muchos casos? ¿Por qué los campesinos de Ilza y Jedrzejów votaron «no» en su mayoría? ¿Cómo puede explicarse que incluso el ejército y la policía, en muchos casos, dieran respuestas negativas?^[35]

El referéndum supuso un punto de inflexión importante, incluso aún más que las elecciones parlamentarias que llegaron después. Para empezar, sirvió para cobrar conciencia de algo que aún tardaría muchos años en asumirse: la propaganda tenía sus límites. No solo los comunistas polacos, sino comunistas de toda clase llegarían finalmente a la conclusión de que «más» no significaba «mejor». Y lo más importante, los comunistas de Polonia sabían ahora que no tenían ninguna opción de una victoria electoral «limpia». Tendrían que amenazar e intimidar a los seguidores de Mikołajczyk, o falsear por completo los resultados de las elecciones.

Al final, hicieron ambas cosas. Durante los seis meses que transcurrieron entre el fallido referéndum y las elecciones parlamentarias de enero de 1947, la policía arrestó a la cúpula del PSL de Cracovia en pleno; registraron y saquearon la sede del partido en Varsovia; interrogaron y después arrestaron a todo el departamento de prensa del PSL. El embajador estadounidense en Varsovia escribió en un telegrama diplomático que «incluso las reuniones organizadas por el PSL dedicadas a la amistad polaco-soviética han sido disueltas^[36]». Todas las reuniones electorales públicas fueron organizadas directamente por el ejército, porque, como dijo Brus, «un uniforme del ejército es mucho más efectivo que un propagandista vestido de civil^[37]». Con el pretexto de fomentar la seguridad, se enviaron destacamentos conocidos como «grupos propagandísticos de seguridad» por todo el país con la finalidad de «proteger» a la población de los partisanos armados.

A medida que se acercaba el día de la votación, las tácticas del régimen se volvieron más descaradas. Una semana antes de las elecciones, los candidatos del PSL fueron borrados de las papeletas electorales en diez de los cincuenta y dos distritos electorales, en su mayoría de las zonas rurales del sudeste, tradicionalmente un bastión del Partido de los Campesinos. La noche anterior a las elecciones, el partido comunista envió miles de telegramas falsos a dirigentes del PSL, todos idénticos: «MIKOŁAJCZYK MUERTO ANOCHE EN ACCIDENTE DE AVIÓN». En sus memorias, Mikołajczyk describió el día de la votación, el 17 de enero de 1947, como «un día negro para la historia polaca»:

Los millones a los que se les obligó a votar abiertamente se presentaron en sus fábricas, oficinas y otros lugares establecidos, y mientras sonaba música de banda los guardias armados los acompañaron a sus lugares de votación [...] Les ordenaron que sostuvieran las papeletas —todas con el número tres [el número del bloque comunista]— en alto, por encima de la cabeza, mientras hacían largas colas, para que los guardias pudieran verlas bien.

Sin embargo, explicó Mikołajczyk, no todos obedecieron: «Cientos de miles de personas valientes llevaban escondidas papeletas con el número del Partido de los Campesinos, y al acercarse a las urnas se las arreglaron para arrugar la papeleta con el número tres e introducir la que ellos quisieron en el sobre...^[38]». Otros se escabulleron de la fila y regresaron más tarde, cuando los soldados ya se habían ido. Aunque no sirvió de nada. Según los resultados oficiales, el 80 por ciento de los votantes polacos eligieron la papeleta del «bloque democrático». Solo un 10 por ciento votaron al PSL. Mikołajczyk dimitió en señal de protesta. El Parlamento eligió a Bierut como presidente de Polonia y a Józef Cyrankiewicz, un socialdemócrata que quería que su partido se unificara con el comunista, como primer ministro del país. Los embajadores británico y estadounidense presentaron una queja oficial y boicotearon el día de la sesión inaugural del Parlamento, pero todos los esfuerzos fueron en balde^[39].

Nueve meses después, en octubre de 1947, Mikołajczyk huyó de Polonia, se dirigió al sector británico de Alemania y después voló a Inglaterra. Declaró que le habían advertido en secreto que corría el riesgo de ser arrestado de inmediato. Aunque los británicos parecieron tratarlo como si fuera un poco histérico, probablemente tuviera razón. Su homólogo búlgaro, Nikola Petkov, el líder del Partido Agrario de la oposición, había sido arrestado, juzgado y ejecutado en el verano de 1947. Su homólogo húngaro, Ferenc Nagy, líder del Partido de los Pequeños Propietarios de la oposición, había sido chantajeado para que se exiliara sobre la misma época. El PSL mantuvo el nombre, pero dejó de desempeñar cualquier clase de papel en política, y después de su

desaparición en Polonia no volvería a haber ninguna oposición política legal durante más de treinta años^[40].

En realidad, el fracaso electoral del partido comunista polaco no pudo ser del todo inesperado, al menos en Moscú: Stalin tenía depositadas pocas esperanzas en la lealtad política de los polacos. Sin embargo, la Unión Soviética tenía mucha más fe en el atractivo electoral de los partidos comunistas en otros lugares. En el este de Austria, donde el Ejército Rojo seguía destacado, Stalin creyó que el partido comunista obtendría buenos resultados en las elecciones de otoño, y las expectativas también eran altas en Rumanía. Sin embargo, en ningún lugar eran tan elevadas como en Budapest.

De hecho, el partido comunista húngaro estaba totalmente seguro de su éxito en las primeras elecciones nacionales después de la guerra, las primeras votaciones realmente libres y justas en la historia húngara. El pleno derecho al sufragio se hizo por primera vez extensivo a las mujeres, los campesinos y a la gente sin educación^[41]. La campaña fue abierta, y se llevó a cabo a través de la prensa y en público. Seis partidos presentaron candidatos, cada uno en una lista separada: el Partido de los Pequeños Propietarios, un partido, como hemos visto, similar en su sociología y filosofía al PSL polaco, los socialdemócratas, el partido comunista y tres partidos más pequeños.

Mátyás Rákosi esperaba una victoria contundente. El desempleo y el descontento llegaban a tales niveles que era fácil conseguir que las multitudes enfadadas y hoscas salieran a la calle, y el partido lo hizo con tanta frecuencia como le fue posible. Por todo el país los líderes comunistas organizaron manifestaciones masivas, gritaron consignas y colgaron carteles. Su presencia era tan abrumadora en las calles de Budapest que Rákosi predijo con seguridad la victoria de la coalición de izquierda —el partido comunista más los socialdemócratas— incluso en las elecciones municipales de Budapest, que tuvieron lugar unas semanas antes de las nacionales. Juntos, los dos partidos de izquierda conseguirían «tal vez el 70 por ciento, tal vez más», dijo al Comité Central. El general Voroshilov, entonces el oficial soviético de más alto rango en Hungría y jefe del Consejo de Control Aliado, sospechaba que Rákosi estaba exagerando, y se quejó a Molótv de que al dirigente comunista le gustaban demasiado las manifestaciones multitudinarias^[42]. Era cierto, Rákosi podía hacer salir a 300 000 personas a la calle, pero «ni siquiera había iniciado una meticulosa labor educativa entre sus miembros». Voroshilov también tenía la sensación de que Rákosi no estaba lo bastante «centrado» en la economía; una manera sutil de decir que sus políticas económicas ya

estaban empezando a fracasar^[43].

En el seno del partido, pocos se atrevían a contradecir a Rákosi. A Jenő Széll, que entonces trabajaba en la oficina de propaganda del partido comunista (y que en 1956 se rebeló contra el régimen comunista), se le encargó que dirigiera la propaganda electoral en la ciudad de Pápa, al oeste de Hungría. Antes de las votaciones, Széll fue invitado a una reunión regional para informar sobre los progresos. Mientras escuchaba una apasionada descripción del apoyo masivo tras otra, empezó a preocuparse: «Todos decían que el partido comunista iba muy por delante, que los dos partidos de los trabajadores obtendrían una mayoría absoluta [...] Y yo me dije: “Eres un desdichado, Széll, o sigues la corriente y mientes, o dices la verdad y te metes en un lío^[44]”».

Széll se armó de valor y respondió honestamente. Dijo a los activistas allí reunidos que la coalición de izquierda contaba con pocos apoyos en Pápa. El Partido de los Pequeños Propietarios tenía mucha fuerza allí, y podía llegar a alzarse con una mayoría absoluta (como así sucedió). Rákosi desechó esa información y comentó que el camarada Széll estaba equivocado, que solo había coincidido con reaccionarios, que la propaganda se incrementaría en Pápa, que la población cambiaría de opinión. Al final, el camarada Széll se daría cuenta de que todo saldría bien.

Sin embargo, no salió todo bien. La primera sorpresa llegó la noche de las elecciones municipales de Budapest, el 7 de octubre de 1945. Cuando se leyeron los resultados, los comunistas descubrieron que el Partido de los Pequeños Propietarios había recibido más del 50 por ciento de los votos. Rákosi, «pálido como un cadáver, se hundió en la silla sin decir palabra». Las elecciones nacionales del 4 de noviembre no fueron mejor. Cuando los resultados llegaron a la sede del partido, Széll vio a un alto cargo comunista «volverse blanco, azul, verde, con los labios cada vez más grises». La contrarrevolución estaba llegando, declaró el hombre, mientras salía a trompicones de la sala: «El Terror Blanco llegaría después^[45]». Rákosi, tal vez más preparado en esa ocasión, reaccionó con mayor seguridad. Entró en la sala, como también recordó Széll, «con una gran sonrisa, preguntando: “¿Cuáles son las noticias, camaradas?”».

Le contamos con abatimiento cuáles eran las noticias y le enseñamos los resultados. «Vamos, camaradas —dijo—, estos son solo unos cuantos distritos, unos cuantos distritos reaccionarios podridos, no os dejéis engañar por estos resultados.» [...] Me di cuenta de la clase de político que era [...] Era plenamente consciente de que era un fracaso absoluto, pero interpretó su papel a la perfección. Dijo que se marcharía a casa, a dormir, y «vosotros, camaradas, preparad un informe

global de los resultados y que quede listo antes de las seis de la mañana». «Buen trabajo», dijo, y se marchó aparentemente de buen humor [...] Estoy seguro de que la cúpula inició reuniones de inmediato para descubrir cómo corregir ese fracaso^[46].

El Partido de los Pequeños Propietarios había arrasado con el 57 por ciento de los votos. El partido socialista quedó segundo, con el 17,4 por ciento. El partido comunista quedó en un triste tercer lugar, con el 16,9 por ciento.

Aunque habían sospechado que el optimismo de Rákosi era exagerado, las autoridades soviéticas en Budapest se quedaron preocupadas por la magnitud de la derrota, y buscaron chivos expiatorios. En el informe que remitió a Moscú, el comandante Tugarev del departamento político del Ejército Rojo culpó a «la situación económica del país» —inflación y escasez de carbón—, así como a «los líderes de derecha» que se las habían arreglado de algún modo para responsabilizar a los comunistas de esos fracasos. Acusó a los Pequeños Propietarios de utilizar eslóganes antisoviéticos y violencia, y se detuvo en profundidad en el comportamiento pérfido del cardenal József Mindszenty, primado de la Iglesia católica húngara. Tugarev temía que culparan al Ejército Rojo —los robos, las violaciones y las deportaciones les habían pasado factura— y que hubiera consecuencias para él. Los húngaros, declaró, habían «provocado» a los soldados soviéticos para que se comportaran mal. Habían dado alcohol a los soldados, enviado a los soldados a desvalijar casas y después se habían quedado los objetos robados a cambio de comida y más alcohol. El partido comunista, a causa de su estrecha vinculación con la Unión Soviética, fue considerado responsable^[47].

Voroshilov señaló más directamente a sus aliados. Le dijo a Stalin que en el partido comunista húngaro se habían infiltrado «elementos criminales, arribistas y oportunistas, gente que anteriormente había apoyado a los fascistas, o que eran miembros de organizaciones fascistas». Y aún más importante, Voroshilov explicó de manera eufemística que «es perjudicial para el partido que sus líderes no sean de origen húngaro». Por supuesto, con eso se refirió a que había demasiados judíos^[48]. Al cabo de unos años, Rákosi desataría oleadas de terror contra los chivos expiatorios identificados en el informe de Voroshilov: el Partido de los Pequeños Propietarios, Mindszenty, la Iglesia y los comunistas judíos, o al menos contra algunos de ellos.

Durante un breve período de tiempo, el Partido de los Pequeños Propietarios intentó beneficiarse de su victoria. Zoltán Tildy, el líder del partido, y Ferenc Nagy, ahora el presidente del Parlamento, dijeron a Rákosi

que los Pequeños Propietarios querían la mitad de los escaños en el nuevo gobierno —algo razonable, puesto que habían obtenido más de la mitad de los votos—, y que la otra mitad se repartiera entre los partidos restantes. También intentaron quitarles el Ministerio del Interior a los comunistas y controlar ellos mismos al menos algunas de sus funciones.

Perdieron ambas propuestas. Voroshilov —siguiendo instrucciones de Molótov en Moscú— pidió a Rákosi que comunicara a Tildy y a Nagy que, aunque el partido comunista había recibido solo un 17 por ciento de los votos, ese 17 por ciento representaba a la clase obrera, «la fuerza más activa del país». Además, «el enorme peso de restablecer la economía recae sobre la clase trabajadora», por lo que la clase trabajadora merecía desempeñar un papel mucho mayor en el gobierno. Aparte de eso, explicó, Tildy y Nagy tenían que entender que «Hungría atraviesa una situación especial. Aunque es un país derrotado, Hungría, gracias a la noble Unión Soviética, ha recibido la oportunidad de rejuvenecer rápidamente de manera democrática». Una presencia fuerte de la clase trabajadora en el nuevo Parlamento era «garantía de que Hungría cumpliría sus obligaciones con la Unión Soviética^[49]».

En circunstancias normales, ningún partido político elegido democráticamente habría prestado la más mínima atención a tales tonterías de tono amenazador. Pero en noviembre de 1945 habían arrestado al padre Kiss. El recuerdo de los arrestos masivos seguía fresco. La policía ya había empezado a eliminar a los grupos de juventudes, y la propaganda comunista se había infiltrado en la radio. Los asesores soviéticos estaban enfadados... y Tildy cedió. Los comunistas recibieron el Ministerio del Interior —una de sus estrellas, László Rajk, se convirtió entonces en ministro del Interior— y Rákosi se convirtió en viceministro. Tildy se convirtió en primer ministro, pero conservó el puesto solo hasta febrero, cuando fue reemplazado por Nagy.

Después de eso, el Partido de los Pequeños Propietarios empezó a deshacerse con asombrosa rapidez. Sometida a una presión constante, su cúpula cometió un error tras otro. En los meses siguientes, los comunistas formaron coaliciones temporales con los otros partidos, atacando primero a un político de los Pequeños Propietarios o a una facción y después a otra, utilizando manifestaciones masivas y lenguaje severo en sus periódicos y en la radio. A principios de marzo, la coalición de izquierda organizó una campaña en los medios de comunicación y después una manifestación multitudinaria para pedir la expulsión de los «elementos reaccionarios» del Partido de los Pequeños Propietarios. Dos días después, Nagy cedió y expulsó

a esos «reaccionarios» para tranquilizar a la multitud. Más adelante, otra facción de los Pequeños Propietarios, dirigida por Dezsó Sulyok, decidió separarse y adoptar el nombre de Partido Húngaro por la Independencia. Sulyok esperaba distanciar a sus colegas de Tildy y Nagy, que se habían convertido en figuras odiadas por los medios de izquierda, y a quienes sus propios colegas consideraban débiles. Los arrestos de los simpatizantes del Partido de los Pequeños Propietarios, incluidos los miembros de la antigua resistencia antifascista y de los líderes de grupos de jóvenes, se aceleraron durante 1946.

En otoño empezaron a circular enigmáticos rumores sobre una inminente investigación policial. Al principio de manera encubierta, y después pública, los periódicos, los políticos y finalmente las autoridades soviéticas en Hungría acusaron a Béla Kovács, el secretario general del partido y amigo íntimo de Nagy, de estar planeando un golpe de Estado. Después de que el embajador soviético describiera a Kovács abiertamente como «conspirador», Rákosi aconsejó a Nagy que lo despidiera. Sin embargo, Kovács se tomó unas «vacaciones» en el campo y la policía húngara no se dio prisa por arrestarlo. Así pues, las autoridades militares del Ejército Rojo pasaron a la acción el 26 de febrero de 1947 y arrestaron a Kovács: «En su propia casa, le leyeron la orden del jefe militar sobre su arresto; registraron la casa, confiscaron sus archivos y se lo llevaron^[50]». Kovács permanecería en la Unión Soviética, en prisión, durante ocho años.

Trozo a trozo, el Partido de los Pequeños Propietarios fue mermando por la acción de la «táctica del salami», como pasó a llamarse más adelante. Después de que Kovács desapareciera, otros empezaron a marcharse voluntariamente. Los líderes del Partido de los Pequeños Propietarios y de los otros partidos legales no comunistas fueron saliendo del país uno detrás de otro. En mayo de 1947, el propio Nagy hizo lo mismo, aunque nunca ha estado claro si realmente fue esa su intención. Resulta curioso que eligiera un momento políticamente tan tenso, cuando su partido se estaba deshaciendo y sus colegas exiliándose, para tomarse unas vacaciones. También es curioso que se marchara con su mujer pero dejara a su hijo pequeño en Hungría. Habiendo obtenido la dudosa promesa por parte de Rákosi de no promulgar una nueva ley de nacionalización en su ausencia, Nagy condujo hasta Suiza, aparentemente para examinar los métodos suizos de agricultura («Mi plan no era holgazanear en elegantes balnearios», explicó en sus memorias).

Casi en el mismo momento en que salió del país, Nagy recibió una serie

de llamadas de Budapest, primero para ordenarle que regresara, y después para advertirle de que no lo hiciera. Su secretario estaba arrestado; lo estaban investigando por formar parte de una conspiración; era posible que no consiguiera llegar a Budapest en caso de intentarlo, y «también era posible que le sucediera alguna desgracia durante el camino», tal vez en la frontera. «No se tome la situación tan a la ligera», le advirtió Rákosi cuando Nagy, furioso, tachó la acusación de conspiración de «asquerosa invención». Tras varios días de tormento, Nagy finalmente eligió el exilio. Escribió una carta de dimisión, que entregó a cambio de su hijo: «Al fin, mientras sostenía a mi hijo entre los brazos, entregué al emisario comunista mi carta de dimisión, el documento que tanto deseaban, para que su golpe de Estado fuera “legal”^[51]».

Con Nagy fuera de juego —y mientras otros muchos políticos huían detrás de él—, el resultado de las elecciones de 1947 era previsible. Aun así, los comunistas no estaban dispuestos a correr ningún riesgo. Antes de la jornada electoral, eliminaron a miles de personas de las listas electorales, y no solo a sus «enemigos», sino a los amigos y familiares de sus enemigos, como también a todos aquellos que acababan de regresar de los campos de prisioneros de guerra. Durante un acto de campaña celebrado en julio, un destacado activista expuso las intenciones del partido con claridad. En total, esperaban excluir a entre 700 000 y 800 000 votantes. «Camaradas —explicó—, no deberíais ser demasiado respetuosos con la ley [...] Tenemos que utilizar una campaña de murmuraciones para extender la idea de que los socialdemócratas se unirán a los comunistas después de las elecciones. También debemos extender el rumor de que aquellos pueblos en los que el partido comunista resulte vencedor obtendrán una ayuda económica adicional por parte del gobierno^[52].»

Otros sugirieron que los activistas deberían «olvidarse» de proporcionar documentos de inscripción a determinados votantes. En su distrito, Jenő Széll se aseguró de que el partido comunista ocupara el primer lugar en las papeletas al pedirle a una «señora de confianza» que eligiera el nombre del partido sacándolo de un sombrero durante un proceso de selección supuestamente neutral (la tarjeta estaba doblada de manera distinta). Y también hubo algunos que organizaron pandillas de matones para que desbarataran las reuniones de los otros partidos. Dezsó Sulyok, entonces el líder del Partido Húngaro por la Independencia, recordó lo que sucedió cuando intentó hablar en una reunión pública:

Empezamos a oír gritos: «¡Arrojadlo por la ventana! ¡Golpeadlo hasta matarlo! ¡Colgadlo! ¡Traidor!». [...] Cuando finalmente llegó mi turno, el ataque de la multitud se intensificó. Como no podía decir ni una palabra entre tanto ruido [...] nos levantamos y empezamos a cantar el himno papal, parte de los presentes empezaron a insultarnos, otros cantaron la «Internacional». Esa fue nuestra ocasión para escapar. Mientras la multitud cantaba la «Internacional», bajamos rápidamente del estrado. [...] Sin embargo, la multitud nos vio y volvió a gritar: «¡No dejéis que se marchen, retenedlos, arrojadlos por la ventana!».

Más adelante se quejó al ministro del Interior, Rajk, quien no se mostró comprensivo. «Como comunista —respondió Rajk— puedo decirle que si por mí fuera, estarían todos muertos^[53]». Sulyok no tardó en abandonar el país.

Llegado el día de la votación, el 31 de agosto de 1947, unas 500 000 personas habían sido eliminadas de las listas electorales, alrededor de un 8,5 por ciento del total de los votantes. Otras 300 000 no fueron a votar, probablemente porque se sintieron demasiado intimidadas. Para asegurarse, los comunistas llevaron a cabo un último fraude: distribuyeron decenas de miles de papeletas de más de color azul entre brigadas electorales especiales —supuestamente eran votantes que no se encontraban en sus respectivos distritos, sino de «vacaciones»—, que corrieron de un distrito a otro emitiendo múltiples votos. Las brigadas no se esforzaron en disimular lo que hacían. Se desplazaron en camiones del ejército húngaro e incluso en vehículos soviéticos, riendo y cantando, yendo de un pueblo a otro, aparentemente felices de formar parte de esa farsa^[54].

En el país hubo algunos contestatarios. Una de ellas fue Sára Karig, miembro del Partido Socialdemócrata desde 1943 y de la resistencia antinazi desde 1944. Como amiga y colega del diplomático sueco Raoul Wallenberg, Karig había ayudado a cientos de judíos húngaros a escapar del gueto, a conseguir documentación falsa, a esconder a sus hijos en orfanatos y a salir del país. También había ayudado a los comunistas húngaros a conseguir documentación falsa. (Su apartamento de Budapest, según un testimonio, había sido «una fábrica de certificados de nacimiento».) Después de la guerra se mantuvo activa en política y en 1947, aún como socialdemócrata, fue nombrada jefa de la oficina electoral de uno de los distritos centrales de Budapest. En virtud de ese cargo, estableció una línea telefónica informal diseñada para ponerse en contacto con los centros de votación de todo el distrito a fin de controlar cuántas personas estaban yendo a votar. Al final del día, supo que se había cometido un fraude. Informó a la policía sobre varios casos de doble votación. Los autores del fraude —todos miembros del partido comunista— fueron detenidos y puestos en libertad casi de inmediato.

Al día siguiente, Karig también fue detenida. La detuvieron en la calle, sin

previo aviso, la arrastraron hasta una limusina soviética negra y la trasladaron directamente a la sede del Ejército Rojo en Baden, cerca de Viena. Estuvo detenida durante tres meses, la interrogaron y torturaron, la acusaron de espionaje y finalmente le comunicaron que, aunque no pesaban cargos en su contra, sería expulsada del país por constituir «un obstáculo al proceso democrático de Hungría». La mujer terminó en Vorkutá, uno de los campos del Gulag soviético más alejados. En Budapest, ni sus amigos, ni sus familiares, ni sus colegas de partido recibieron ninguna información sobre ella. Rákosi y Rajk negaron conocer su paradero. Incluso las autoridades soviéticas de Budapest respondieron con inocencia que no sabían nada de ella; ¿tal vez hubiera emigrado a Occidente?

Karig no regresó a Hungría hasta 1953, después de la muerte de Stalin^[55]. Entretanto, la represión de la protesta de Karig había dado su fruto: al cabo de un año, el gobierno húngaro había abandonado toda intención real de una democracia parlamentaria. El partido comunista húngaro gobernaba en solitario.

Al igual que sus homólogos de todo el bloque, Ulbricht y su séquito creían que la izquierda podía ganar y ganaría el voto popular en Alemania. En septiembre de 1945, Wilhelm Pieck escribió con seguridad que los trabajadores de Alemania no solo «entienden que Hitler [ha llevado] al desastre», sino que también entendían que la Unión Soviética aseguraría «un crecimiento y unas perspectivas sólidas para Alemania». Por consiguiente, apoyarían a los políticos allegados a la Unión Soviética. Unos meses después, Pieck también argumentó que, sin duda, las elecciones proporcionarían la victoria para un «régimen proletario^[56]».

Los comunistas alemanes se mantuvieron cautos en un aspecto. Como el partido comunista húngaro y el partido comunista polaco, preferían presentarse a las elecciones en coalición con los socialdemócratas alemanes. Si podían diluir la línea entre la izquierda moderada y la izquierda dura, pensaron, se ganarían fácilmente a los trabajadores alemanes. Finalmente, todos los partidos socialdemócratas de Europa central se verían obligados a disolverse en el seno de los partidos comunistas. Pero la primera unificación «voluntaria» de la izquierda —la abolición de la socialdemocracia como algo separado y distinto del comunismo— tuvo lugar en Alemania del Este.

No fue un proceso sencillo. La socialdemocracia tenía una historia muy larga y digna en Alemania y en Europa del Este, y muchos socialdemócratas eran profundamente antisoviéticos y anticomunistas. Por su parte, los

comunistas alemanes también habían despreciado a los socialdemócratas durante mucho tiempo^[57]. A principios del siglo xx, el propio Lenin mantuvo la famosa pelea con Karl Kautsky, el fundador de la socialdemocracia alemana, quien cometió la temeridad de argumentar en contra de la revolución y a favor de conseguir el poder mediante elecciones. En un famoso panfleto de 1918, «La revolución proletaria y el renegado de Kautsky», Lenin despreció a su colega alemán tildándolo de «charlatán» que decía «bobadas» y soltaba «absurdeces» sobre la estupidez de la democracia burguesa^[58]. En toda Europa del Este los socialdemócratas tenían por lo general un programa menos radical que los comunistas. Abogaban por lo que ahora llamaríamos el Estado del bienestar, no la dictadura del proletariado, y querían evolución, y no revolución. Sin embargo, los comunistas odiaban a los socialdemócratas fundamentalmente porque eran más populares que ellos, tanto antes de la guerra como después.

No obstante, la experiencia del fracaso político y la derrota a manos del partido nazi había desmoralizado al venerable Partido Socialdemócrata alemán. En la Alemania de Weimar, la izquierda se había dividido y la derecha se había aprovechado de tal división. Ahora eran muchos los que creían que el fracaso de la unificación de la izquierda había llevado a Hitler al poder. Otto Buchwitz, un socialdemócrata de muchos años, en marzo de 1946 declaró su apoyo a la unificación de los socialdemócratas y los comunistas. El «reformismo» ha fracasado, escribió. Había llegado el momento de que su partido abrazara «el socialismo revolucionario» en asociación con los comunistas.

La influencia soviética también desempeñó un papel importante. Otto Grotewohl, el líder de los socialdemócratas en la zona este de Alemania, declaró en agosto de 1945 que su partido tenía derecho a la independencia y que no presentaría una lista unitaria de candidatos con los comunistas. Comunicó lo mismo a Kurt Schumacher, el líder socialdemócrata en la zona oeste, en el mes de octubre. Dos meses después, en diciembre, pronunció un discurso en una reunión conjunta de socialdemócratas y comunistas, en el que expuso diez razones por las que se oponía a la unificación. Sobre todo, declaró: «Entre nuestros miembros ha surgido una profunda desconfianza hacia el partido comunista hermano»^[59].

En muy poco tiempo cambió de parecer. En febrero de 1946 dijo a un funcionario británico que estaba sumamente preocupado. Personalmente estaba sometido a una gran presión —dijo «sentirse acariciado por las

bayonetas rusas»— y el partido también tenía problemas, su «organización en las provincias se había visto debilitada por completo», explicó, y ya no tenía sentido resistirse a la unión con los comunistas^[60]. La opinión de Grotewohl había cambiado porque las tácticas del partido comunista habían cambiado, como lo habían hecho también las de la Administración Militar Soviética en el otoño de 1945. La imposibilidad de los comunistas de ganar las elecciones en Hungría, los pobres resultados del partido comunista austríaco (que había obtenido solo cuatro escaños parlamentarios en las elecciones nacionales de noviembre, pese a las altas expectativas), y la popularidad del Partido Socialdemócrata en las zonas de ocupación occidentales de Alemania contribuyeron a convencer primero a los comunistas de Alemania del Este y después a sus ayudantes soviéticos de que había llegado la hora de la unificación de la izquierda. A principios de 1946, a los comandantes del Ejército Rojo se les encomendó la tarea de hacer respetar la fusión de los dos partidos de izquierda a nivel local. Durante los meses siguientes, unos 20 000 socialdemócratas fueron «acosados, encarcelados e incluso asesinados» si ponían objeciones^[61]. La concejala de Berlín, Ruth Andreas-Friedrich, una socialdemócrata entregada, escribió una entrada en su diario en la que se preguntaba: «¿Quiénes somos nosotros para alzarnos contra la presión de una potencia mundial? En la zona oriental el proceso de unión avanza de manera firme e implacable^[62]».

Grotewohl, como el socialdemócrata Cyrankiewicz en Polonia, tal vez se hubiera dado cuenta de que si colaboraba tenía muchas opciones de conseguir un cargo de responsabilidad (como así fue; de 1949 y hasta su muerte en 1964 fue el primer ministro de la RDA). Ya fuera motivado por miedo o por oportunismo, o por ambas cosas, aceptó la unificación. En un congreso especial sobre la unificación celebrado los días 21 y 22 de abril de 1946, nació el Partido Socialista Unificado de Alemania (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, o SED). «No es un sistema monopartidista, sino la consolidación de un frente democrático antifascista unido —escribió *Neues Deutschland*, el periódico del partido comunista—. Junto a este partido, que representa a millones, a la larga no habrá sitio para ningún grupo escindido.» En su diario, Andreas-Friedrich resumió mordazmente esa declaración: «No es un sistema monopartidista, pero tampoco hay sitio para ningún otro partido^[63]».

Aunque Grotewohl cedió bajo la presión, no todo su partido hizo lo mismo. Durante una tumultuosa reunión de los socialdemócratas de Berlín,

Grotewohl fue silenciado con gritos de «¡Lacayo!» o «¡No queremos una unificación forzada! ¡No permitiremos que abusen de nosotros!» y más:

Las protestas se intensifican. Se vuelven más y más enardecidas, más apasionadas. Las palabras del orador se diluyen en ellas como en una marea viva. «Traidor... fraude... dimisión... basta ya...». [...] Alguien empieza a cantar: «Adelante, hermanos, hacia la luz y la libertad...». Sus labios forman las palabras automáticamente. Y automáticamente los camaradas se suman a cantar. Los rostros de todos resplandecen de orgullo y entusiasmo. «Esta vez no aceptamos la derrota. Por primera vez en trece años hemos defendido nuestra libertad^[64]».

Más del 80 por ciento de los socialdemócratas de Berlín votaron en contra de la unificación con el partido comunista, votación que dejó a ambos partidos en una situación sumamente extraña. Aunque había dejado de existir en la mayor parte de Alemania del Este, el Partido Socialdemócrata de la ciudad de Berlín seguía siendo una fuerza importante. Y no solo eso, el SPD de Berlín (Sozialdemokratische Partei Deutschlands) se había vuelto radicalmente anticomunista y mantenía vínculos estrechos con el igualmente anticomunista SPD occidental. Kurt Schumacher abrió una «Oficina Oriental» (Ostbüro) para asistir a los socialdemócratas del Este que estaban bajo la presión soviética. Ulbricht arremetió contra Schumacher en largos discursos, llamándolo «una fuerza reaccionaria» que fomentaba «una política de división^[65]».

En este contexto, la primera campaña electoral alemana de posguerra, puesta en marcha en septiembre de 1946, resultó ser un curioso espectáculo. Desde el principio, la Administración Militar Soviética y su división de propaganda, dirigida por el coronel Tiulpanov, planeó la campaña con gran decisión. «Todas las decisiones del SED —declaró Tiulpanov— deben ser aprobadas por la cúpula de la Administración Militar Soviética.» Tiulpanov convenció a altos cargos para que suspendieran temporalmente el programa de reparaciones, aumentaran la provisión de materias primas a la zona, e incluso que aumentaran las raciones de comida para niños, bebés y mujeres embarazadas^[66].

Aunque en un principio se mostró escéptica sobre los talentos políticos de sus aliados alemanes, a finales de verano la Administración Militar Soviética empezó a sentirse más segura de la victoria. Con acceso ilimitado al papel, los comunistas alemanes, al igual que los comunistas polacos, imprimieron cientos de miles de carteles y más de un millón de folletos. Otros partidos tuvieron que pelear mucho para conseguir algo de papel. El SED utilizó deliberadamente eslóganes anodinos —«¡Unidad, Paz y Socialismo!» o «Alemana Unificada: ¡Aseguremos nuestro futuro!»— y evitó la palabra

«comunismo», así como cualquier referencia a la URSS. En las cinco provincias de la zona rusa, los dirigentes soviéticos hicieron campaña abiertamente a favor del SED. En algunas regiones, los mandos locales se reservaron el derecho de apoyar o vetar a determinados candidatos, y de dar su aprobación o rechazar mítines electorales^[67].

Aun así, el resultado no fue nada tranquilizador. El SED no obtuvo mayoría a nivel regional y se vería obligado a compartir el poder con los «burgueses» demócratas cristianos y demócratas liberales. En Berlín, donde los socialdemócratas hicieron campaña por separado del SED «unificado» — y donde las elecciones se celebraron simultáneamente en las mitades este y oeste de la ciudad—, los resultados fueron catastróficos. Los socialdemócratas ganaron con contundencia, con el 43 por ciento de los votos en el sector soviético y el 49 por ciento general. El SED obtuvo solo un 19,8 por ciento, por detrás incluso de los demócratas cristianos, quienes consiguieron el 22,2 por ciento^[68].

El partido intentó dar un enfoque positivo a los resultados. El titular del *Neues Deutschland* anunció la «Gran victoria electoral del SED en la zona». Sin embargo, entre bastidores la cúpula estaba decepcionada y los rusos, furiosos. En Moscú, los líderes soviéticos debatieron un cambio de política y consideraron destituir a Tiulpanov. En la sede del Ejército Rojo de Karlshorst, algunos incluso expresaron sus dudas acerca de que la democracia pudiera «crearse solo mediante la bayoneta», y pidieron una política más liberal^[69].

En lugar de liberalizarse, la Administración Militar Soviética tomó medidas más enérgicas. Una de las personas que sintió esa presión fue Ernst Benda. En 1946, Benda era un estudiante de derecho en la Universidad Humboldt de Berlín Este y el presidente de la Asociación de Estudiantes del Partido Demócrata Cristiano (Christlich Demokratische Union, o CDU). La democracia cristiana le pareció una opción evidente en ese momento: «Después de la experiencia que habíamos tenido con el régimen nazi, era necesario participar activamente en política y aportar tus convicciones religiosas a la política, para intentar crear política en base a tus creencias^[70]».

El partido proporcionó a Benda una pequeña oficina en su sede de Jägerstraße, cerca de la universidad, donde pudo escuchar los debates internos de los dirigentes del partido. En ese momento, la CDU estaba dividida entre una facción fuertemente «prooccidental» y antisoviética, dirigida por Konrad Adenauer en el Oeste, y otro grupo, liderado por Jakob Kaiser en el Este, cuyos miembros creían que todavía era posible alcanzar un acuerdo entre el

Este y el Oeste y evitar así la división permanente de Alemania. El partido no tenía nada de «conservador» en el sentido contemporáneo: «Si observáramos el programa del partido [la CDU de Berlín Este] hoy —explicó Benda en 2008—, lo encontraríamos a la izquierda de la izquierda».

Sin embargo, incluso la democracia cristiana de izquierda de Benda —en ese momento abogaba por la creación de un Estado del bienestar y cierta centralización de la economía, junto con empresas y negocios privados— lo llevó a tener conflictos con los comunistas de la universidad. Se opuso cuando, con motivo de una reunión del partido comunista en 1947, la universidad quedó cubierta de banderas rojas, y junto a otros activistas, repartió folletos en los que exigía saber dónde se suponía que estaban estudiando: «¿En la Universidad Humboldt o en la Escuela Superior del partido?». La mayoría de los miembros del consejo de estudiantes —que se dividió entre líneas de partido más o menos similares a las del Gran Berlín— cooperaron con Benda y sus amigos de la CDU. «No es importante a qué partido se vota, es más importante a qué partido no se vota —dijo Benda durante un mitin electoral en la universidad—. Y todo el mundo entendió lo que quise decir con ello [...] Entonces se estaba a favor o en contra de los comunistas. Si estabas en su contra, daba igual que fueras socialdemócrata, democristiano o cualquier otra cosa.»

A principios de 1948, esa clase de protestas sucedían incluso de manera más frecuente. También se resolvían con mayor represión. Manfred Klein, el líder de CDU que había intentado cooperar con los líderes de la Juventud Libre Alemana, fue detenido en la primavera de 1947, y las protestas en las universidades de Rostock, Jena y Leipzig provocaron más detenciones. Otro líder estudiantil, Arno Esch, fue condenado a muerte por un tribunal militar soviético^[71]. Las medidas enérgicas tardaron un poco más de tiempo en aplicarse en Berlín —la parte oriental de la ciudad aún estaba siendo vigilada atentamente por su equivalente occidental—, pero al final llegaron. Paul Wandel, rector de la Universidad Humboldt y comunista de hacía muchos años, expulsó a tres destacados activistas estudiantiles. El consejo estudiantil, que aún estaba dirigido por una mayoría no comunista, votó en favor de declararse en huelga.

El final, tanto para Benda como para los demócratas cristianos orientales, llegó poco después:

Un día de marzo de 1948 oí que uno de mis amigos, un estudiante de la CDU, había sido detenido en Friedrichstraße [la estación de metro que llevaba a Berlín Oeste] [...] Recuerdo claramente que me dirigí de inmediato a la sede de la CDU y llamé a otro amigo, también

funcionario en nuestro grupo de estudiantes, que estaba en algún lugar de Dahlem, en el sector estadounidense. Lo llamé, le dije lo que había oído y le pregunté: «¿Qué podemos hacer?». Entonces, justo después de que preguntara eso, alguien interrumpió nuestra conversación desde fuera [...] En cuatro palabras, me dijo: «*Seien Sie nur vorsichtig*: Solo tenga mucho cuidado...». Lo entendí de inmediato: alguien cuyo trabajo consistía en seguir las conversaciones telefónicas había aprovechado esa oportunidad para ponerme sobre aviso.

Benda colgó el auricular, salió de la oficina y se dirigió inmediatamente a la estación de metro; no a Friedrichstraße, donde sus colegas acababan de ser detenidos, sino a Kochstraße, otro punto de cruce de fronteras. Después de unos minutos había entrado en el sector estadounidense. No regresó a Berlín Este hasta pasados cuarenta años^[72].

A finales de 1947, Mikołajczyk había escapado de Polonia y estaba viviendo en Gran Bretaña. Nagy estaba en el exilio, de camino a Estados Unidos. Jakob Kaiser había dimitido como líder del Partido Demócrata Cristiano en la zona soviética de Alemania y no tardaría en marcharse, junto con Benda y otros muchos colegas, hacia Berlín Oeste. Habían transcurrido menos de tres años desde el final de la guerra, pero casi toda la oposición legal y organizada a los regímenes comunistas había sido eliminada. A menudo se comenta que 1948 —el año del bloqueo de Berlín— marcó el inicio de la guerra fría, así como la aparición del «estalinismo» en Europa central. Pero la estalinización —o soviétización o totalitarización— de Europa del Este ya estaba muy avanzada mucho antes de 1948.

En otoño de 1947, Stalin había dejado de fingir ante el resto del mundo que se ceñiría a los términos del Tratado de Yalta. Durante la guerra había clausurado la Komintern como un gesto de buena voluntad hacia los Aliados occidentales. Entonces creó una nueva organización —la Oficina de Información Comunista, o Kominform—, en parte como gesto de agresión hacia esos mismos Aliados.

Aunque se había comentado la posibilidad de crear nuevamente un órgano internacional de partidos comunistas «revolucionarios», el impulso inmediato para la creación de la Kominform fue la noticia de que el presidente Truman y su secretario de Estado, el general George C. Marshall, estaban lanzando un plan para ayudar a restablecer las economías europeas con grandes inversiones y sustanciosos créditos. En su discurso de la Doctrina Truman en 1947, Truman había declarado que «las semillas de los regímenes totalitarios se nutren del sufrimiento y la necesidad». El resultado final de ese pensamiento fue el Plan Marshall, un generoso fondo para la recuperación de Europa. Propuesto en junio de 1947, el Plan Marshall estaba destinado a

reconstruir la economía europea y —según el punto de vista que se adoptara— ayudar a eludir la amenaza de una revolución comunista o ayudar a consolidar el capitalismo occidental. En la época, un defensor estadounidense del proyecto escribió que «el plan creará un entorno económico en Europa favorable para el crecimiento y el desarrollo de procesos democráticos y prosperidad económica». Y aún más relevante, el plan «puede evitar un colapso de la estructura política y económica de Europa», y disminuir así las posibilidades de que se produjeran revoluciones comunistas en Europa occidental, lo que en ese momento se percibía como una auténtica amenaza^[73].

En un principio, la Unión Soviética se quedó totalmente desconcertada por el Plan Marshall. Cuando se anunció el programa, el gobierno polaco, desesperado por incorporarse a él, pidió de inmediato consejo a Moscú. Molótov respondió que aún no disponía de información sobre el asunto^[74]. La reacción instintiva del gobierno yugoslavo fue de rechazo, pero también escribió a Moscú para pedir consejo^[75]. Entretanto, el gobierno checoslovaco —creyendo que tenía elección— votó para aceptar la oferta y asistir a una conferencia sobre la ayuda del Plan Marshall en París. Stalin convocó en Moscú a Klement Gottwald, el dirigente del partido comunista checoslovaco, y a Jan Masaryk, el ministro de Asuntos Exteriores checo, no comunista. Les dijo que los estadounidenses estaban «intentando formar un bloque occidental para aislar a la Unión Soviética», pero que no lo conseguirían. Les ordenó rotundamente que se desvincularan de la reunión: «Es necesario que cancelen su participación en la Conferencia de París *hoy mismo*; es decir, el 10 de junio de 1947». Así lo hicieron^[76].

La Kominform fue la respuesta de Stalin al desafío de Truman. Simbólicamente, la institución fortalecería «su» bloque, permitiendo así a sus miembros responder mejor ante la «propaganda» de Occidente en el futuro. Con su creación, el concepto de un camino hacia el comunismo exclusivamente «polaco» (o alemán, o checo, o húngaro) quedaba eliminado. Todos los partidos comunistas importantes del mundo adoptarían una única línea, en Europa del Este y en la del Oeste. Diez partidos comunistas fueron invitados a formar parte de ella; partidos de Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía, la URSS y Yugoslavia; partidos occidentales de Francia, Italia y del Territorio libre de Trieste (en ese momento un territorio disputado que finalmente se dividió entre Italia y Yugoslavia) también se incorporaron.

No todos los que estuvieron presentes en la primera reunión de la organización, en septiembre de 1947, en el chalet de montaña de Szklarska Poreba, en Polonia, eran conocedores de su propósito. Gomułka, el anfitrión polaco del foro, resaltó la «naturaleza informal de la reunión» en su primer discurso y habló con ingenuidad de «la necesidad de intercambiar experiencias entre los partidos comunistas». Sin embargo, no se intercambiaron experiencias. En lugar de eso, la delegación soviética se hizo con el control e impuso su orden del día. Andréi Zhdánov, el comisario de Cultura de Stalin, pronunció un discurso enardecido en el que habló de los «nuevos alineamientos de fuerzas», de «la formación de dos bandos» y del «plan americano para esclavizar a Europa». Finalmente, ofreció a los allí reunidos su proyecto de resolución, en el que se describía una Europa dividida entre «la política de la URSS» y sus aliados por un lado, la cual estaba «dirigida a debilitar el imperialismo y a fortalecer la democracia», y «la política de EE.UU. y Gran Bretaña, dirigida a fortalecer el imperialismo y ahogar la democracia», por el otro^[77].

La creación de la Kominform se describe a veces como una emboscada, una reafirmación inesperada del poder soviético que selló el destino de todos los presentes. Otros la han considerado un momento crucial, el momento en que la Unión Soviética abandonó su tolerancia hacia el pluralismo en el bloque del Este. En la interpretación revisionista de la historia de la guerra fría, la reunión de Szklarska Poreba también suele describirse como una reacción asustada a la agresividad de Occidente, y en particular al imperialismo manifiesto del Plan Marshall.

Sin embargo, una lectura detenida de los informes presentados por los delegados en la reunión proporciona una visión muy diferente. Según su propia versión, casi todos los partidos comunistas presentes en la reunión ya se habían hecho con el poder. Gomułka alardeó de que «pese al carácter de coalición del gobierno», los miembros del partido comunista polaco ocupaban puestos «en el Ministerio de Seguridad y el Ministerio de Defensa Nacional, desde los órganos directivos más altos a los más bajos, y en los órganos de seguridad, también en las bases». También habló extensamente sobre la eliminación de los socialistas polacos por parte del partido comunista, alardeó del fracaso del PSL de Mikołajczyk y describió jubiloso el nuevo y mutilado «partido de los campesinos» partidario del régimen que lo había sustituido^[78].

El orador húngaro, József Révai, no dio la impresión de estar menos satisfecho. «Como resultado de las últimas elecciones —dijo a los otros

delegados—, nos hemos convertido en el partido ganador, cuando durante veinticinco años fuimos, básicamente, un pequeño grupo de resistencia.» Habló de la «liquidación de Ferenc Nagy» y de la disolución del Partido de los Pequeños Propietarios, en el que «el imperialismo americano y británico habían depositado sus esperanzas». Los rumanos también hablaron del éxito de su «bloque de partidos democráticos», que había «hecho posible la intensificación del proceso de desarrollo democrático» y la eliminación de los oponentes. Incluso el dirigente comunista checo, Rudolf Slánský, alardeó de que su partido, aunque aún no tenía el control absoluto (aunque lo alcanzaría meses después), ya había creado un «régimen de democracia popular» en Checoslovaquia^[79].

La Kominform no resultó ser una institución permanente ni especialmente influyente. Jamás consiguió demasiado en cuanto a la coordinación del bloque, y en 1956 se disolvería. El Comecon —Consejo de Ayuda Mutua Económica, fundado en 1949— duraría más y también causaría daños más permanentes, puesto que alteró las relaciones comerciales con el bloque del Este durante décadas. Sin embargo, la creación del Comecon no marcó el final de una época. A raíz de la reunión en Szklarska Poreba, los partidos comunistas de Europa del Este eliminaron incluso la ficción de una oposición.

En la práctica, esto supuso la eliminación de cualquier vestigio de socialdemocracia. La socialdemocracia alemana ya había sido derrotada. En 1948, los socialdemócratas polacos también se vieron obligados a unirse al partido comunista polaco. El partido unificado se llamó Partido Obrero Unificado Polaco (Polska Zjednoczona Partia Robotnicza, o PZPR), aunque por lo general se conoció como el partido comunista entonces y más adelante. Los comunistas húngaros también incorporaron a los socialistas húngaros en 1948. El nombre del nuevo partido —Partido de los Trabajadores Húngaros (Magyar Dolgozók Pártja, o MDP)— se eligió en Moscú: los húngaros habían propuesto «Partido Obrero-Campesino Húngaro», pero los rusos se opusieron a la inclusión de la palabra «campesino». Naturalmente, el MDP se apoderó de todas las pertenencias del antiguo partido socialista, entre ellas sus periódicos, y expulsó a aquellos miembros que no se mostraban lo bastante entusiastas^[80]. Coloquialmente, a sus miembros también se les llamaba «comunistas».

Esos cambios tuvieron resonancia en otras instituciones. Justo antes de la unificación de sus dos partidos, Rákosi, el líder del partido comunista, y Árpád Szakasits, el líder socialdemócrata, llegaron a la emisora de radio

húngara para lo que se suponía que sería una entrevista en directo. A su llegada, se encerraron en una habitación durante una hora. Salieron cuando faltaban dos minutos para que empezara el programa y entregaron al locutor no solo una lista de las preguntas que debía preguntarles, sino también de sus respuestas. «No lo estropees —le susurró su jefe al oído—, y tendrás una prima de quinientos florines^[81].» La farsa de una competición democrática ya se había abandonado. A continuación, la farsa de la libertad de prensa también se esfumó.

Los políticos de todo el bloque se acomodaron a un patrón similar. Como el resto de los partidos hermanos, el partido comunista checoslovaco se dio cuenta de que sus apoyos estaban decayendo. En 1946, el partido había ganado el 38 por ciento de los votos parlamentarios. Pero en 1947 (en parte debido a la impopular decisión de no participar en el Plan Marshall) el partido sabía que sus candidatos tendrían suerte si obtenían un 20 por ciento. Como sus compañeros, los pequeños Stalin, Gottwald planeó un camino no democrático hacia el poder. Dio un golpe de Estado constitucional en febrero de 1948 y después procedió a eliminar a la oposición que quedaba^[82].

Lo mismo había sucedido en Bulgaria: tras la victoria de la coalición de izquierda que era el Frente Patriótico Búlgaro, los comunistas búlgaros habían disuelto los partidos no comunistas de la coalición (Stalin dijo a Dimitrov que «las elecciones han terminado y su oposición puede irse al diablo») y habían asesinado a su único oponente real, Nikola Petkov, quien había superado el terror y el fraude electoral y se había alzado con un tercio de los votos en las elecciones búlgaras de 1946^[83].

En algunos países, algunos de los «partidos del bloque» o «partidos de coalición» pudieron seguir en funcionamiento para mantener una suerte de fachada democrática. Polonia mantuvo su mutilado Partido de los Campesinos. Alemania del Este toleró a los autorizados «demócratas cristianos» y «demócratas libres» (FDP), que no eran nada de eso. No obstante, incluso los líderes de esos partidos eran conscientes de que su papel estaba sumamente limitado, por no decir totalmente anulado. Publicaban periódicos y revistas favorables al régimen, recibían prebendas y privilegios gubernamentales y jamás amenazaron la hegemonía de los partidos comunistas. A finales de 1948, la política no había finalizado en las democracias populares. Sin embargo, la política se había convertido en algo que se desarrollaba, no entre varios partidos, sino en el seno de un único partido. Y así se mantendría.

La economía

El nuevo ser humano socialista debería pensar como Lenin, actuar como Stalin y trabajar como Stajánov.

WALTER ULBRICHT

La definición de socialismo: una lucha incesante contra una serie de dificultades que no existirían en ningún otro sistema.

Chiste húngaro de la década de 1950

En el pensamiento marxista clásico, la base determina la superestructura. En otras palabras, los marxistas tradicionales creían que la forma de la economía de una sociedad —la división del trabajo, los medios de producción, la distribución del capital— determinaba su política, cultura, arte y religión. Según este modo de pensar, ningún país puede cambiar su sistema político sin cambiar primero su sistema económico.

Esa era la teoría. En la práctica, los nuevos jefes comunistas de Europa del Este se enfrentaban a un problema al estilo del de la gallina y el huevo. Creían que la economía tendría que transformarse a fin de crear una sociedad comunista. Sin embargo, sabían que no podrían transformar la economía debido a la oposición popular. Por consiguiente, durante los primeros meses que siguieron a la guerra las prioridades de los partidos comunistas fueron políticas: se establecieron las fuerzas policiales, la sociedad civil quedó controlada, los medios de comunicación fueron sometidos. Como resultado, en 1945 en Europa del Este no hubo ninguna revolución económica. En lugar de eso, se produjo una revolución institucional, tras la cual el Estado fue haciéndose con el control de la economía poco a poco. Los nuevos regímenes empezaron por las medidas que supusieron que se aceptarían más fácilmente.

El primer cambio y el más fácil de todos fue la reforma agraria. En toda la región había extensas fincas vacías y sin dueño. Las propiedades judías que habían sido confiscadas por los nazis y las propiedades alemanas que habían quedado abandonadas después de que sus dueños hubieran muerto o huido, estaban ahora en barbecho. En la parte este de Alemania, la mayoría de los terratenientes habían escapado hacia el oeste previendo la llegada de las

tropas soviéticas. Como una enorme extensión de esas tierras parecía no pertenecer a nadie, pocos se opusieron cuando el Estado se apropió de ellas.

En 1945, el concepto de reforma agraria tampoco resultaba una política particularmente «comunista», y no se relacionaba necesariamente con la Unión Soviética. En Hungría, la redistribución de la tierra había sido un objetivo importante para muchos reformistas liberales antes de la guerra, y se consideraba algo muy distinto de la creación forzosa de granjas colectivas. En Polonia, tanto los comunistas como los no comunistas esperaban que el eslogan «reforma agraria» fuera popular, motivo por el que los comunistas lo habían incluido en el referéndum, aunque apenas habían pronunciado la palabra prohibida: «colectivización». Lejos de anunciar un profundo cambio económico, las primeras reformas agrarias fueron un claro intento de conseguir apoyos por parte del campesinado más pobre, como había sucedido en la URSS, donde el primer eslogan de la Revolución bolchevique había sido «¡Paz, Tierra y Pan!». Desde el mismo momento de su llegada, las tropas del Ejército Rojo habían tratado de imponer enérgicamente la misma política, confiscando tierras de los propietarios ricos y redistribuyéndolas entre los campesinos más pobres^[1]. Sin embargo, en Europa del Este esa sencilla fórmula no tuvo el impacto que los dirigentes soviéticos esperaban o al que sus colegas comunistas aspiraban.

Aunque finalmente terminaría por afectar a todo el mundo, la reforma agraria en Alemania se centró inicialmente en los latifundios de los junkers, los antiguos aristócratas prusianos. *Junkerland im Bauerhand* —«las tierras de los junkers en manos de los agricultores»— fue el efectivo eslogan de Wilhelm Pieck para ese proyecto. El 3 de septiembre de 1945, las fuerzas de ocupación soviéticas promulgaron un decreto por el cual quedaban expropiadas las tierras de cualquiera que, en la provincia prusiana de Sajonia, poseyera más de cien acres de territorio, así como las de cualquiera que estuviera activamente relacionado con el partido nazi. El decreto afectaba a unos 7000 latifundios. A continuación, las tierras se redistribuyeron en pequeñas parcelas. Dos tercios fueron a parar a medio millón de jornaleros sin tierras, gente de ciudad desempleada y refugiados del Este. El resto quedó en manos del Estado^[2].

Por supuesto, algunos de los beneficiarios de ese programa estaban muy agradecidos a los funcionarios soviéticos que lo habían puesto en marcha. Los salones municipales se adornaban con banderas y flores, se cantaban canciones, los comunistas eran elogiados. Sin embargo, esa clase de

recibimiento fue poco frecuente. En la mayoría de los casos, el proceso estuvo plagado de injusticias e incongruencias. Algunas de las comisiones creadas para ayudar en la redistribución terminaron controladas por antiguos nazis. Otras comisiones utilizaron los procedimientos para saldar cuentas, o incluso para manipular la distribución de tierras en beneficio de sus miembros. En algunas áreas, la reforma agraria llevó a la ampliación de los territorios en lugar de a su reducción. Algunos «nuevos agricultores» recibieron tierras, pero no herramientas, animales de tiro ni semillas. Enseguida empezaron a pasar hambre.

No todos los que perdieron sus tierras, ni siquiera los que ocupaban los latifundios de los junkers, encajaban en el estereotipo de aristocracia altanera. Eran tantos los cabezas de familia que habían muerto o estaban en la cárcel que los comités terminaron expropiando tierras de mujeres y niños que, con ello, quedaron totalmente empobrecidos. Erich Loest, que en ese momento trabajaba como mozo de labranza en Sajonia, describiría más adelante el modo en que a dos amables y ancianas hermanas aristócratas les quitaron su finca de Sajonia. Su expulsión hizo que se ganaran las simpatías de mucha gente, sobre todo cuando fueron reemplazadas por un grupo de refugiados de Silesia que no tenían el menor interés en la preciosa casa que acababan de recibir. «No cantó ningún coro ni tocó ninguna banda —escribió Loest—. A nadie se le ocurrió colgar guirnaldas. Fue completamente distinto de lo que los pintores pintaban en las obras hechas por encargo, o lo que los escribientes inscribían.» Los silesianos echaban de menos su hogar y querían regresar a sus granjas^[3]. Y como se produjeron muchas situaciones de ambivalencia similar, la adscripción al partido comunista en el campo no aumentó con la rapidez que se esperaba^[4].

La reforma agraria fue recibida con sospechas aún mayores en Polonia, donde la «colectivización» tenía una connotación particularmente negativa. En la parte este del país, mucha gente tenía familia y amigos al otro lado de la frontera con la Ucrania soviética, cuyos campesinos habían experimentado primero la reforma agraria, después la colectivización y por último la hambruna. Tanto temían ese panorama que muchos campesinos polacos se opusieron a la redistribución parcial de la tierra —aun sabiendo que podrían beneficiarse personalmente— argumentando que la reforma podría convertirse en un preludio de la colectivización de todas las tierras (como, en efecto, sucedió en muchos lugares). Incluso como idea teórica, la reforma agraria nunca había sido tan popular en Polonia como en el resto de los

países. Algunos intentos de reforma agraria durante las décadas de 1920 y 1930 habían fracasado en parte porque las grandes extensiones solían estar bien administradas, y muchos reformistas opinaban que las granjas pequeñas eran menos productivas^[5]. En cualquier caso, la mayor parte de las vastas extensiones del país se encontraban en la zona este de Polonia, que ahora formaba parte de la Unión Soviética.

Conscientes de ello, los comunistas polacos procedieron con cautela, y al principio las parcelas pequeñas y medianas quedaron excluidas. El decreto sobre reforma agraria de 1944 exigió la confiscación inmediata de las tierras de «los ciudadanos del Reich que no sean de nacionalidad polaca», así como las de «los ciudadanos polacos que aleguen tener la nacionalidad alemana» (*Volksdeutsche*), «los traidores» (una designación convenientemente imprecisa) y todas las granjas que tuvieran más de cien hectáreas^[6]. En total, se confiscaron unos 10 000 latifundios, y otros 13 000 vieron reducido su tamaño^[7]. Alrededor del 20 por ciento de todas las extensiones agrarias quedaron afectadas.

Sin embargo, esa política —enfocada directamente a los ricos, a los alemanes y a los colaboradores— no resultó tan popular como algunos habían esperado. En mayo de 1945, Gomułka así lo reconoció en una reunión celebrada en Moscú. «En este asunto no hemos llevado a cabo una labor de agitación suficiente», explicó con delicadeza. Si bien la reforma agraria debería haber conseguido que los campesinos estuvieran agradecidos al régimen, Gomułka comentó que seguían recelosos y dispuestos a escuchar a «fuerzas reaccionarias». A fin de combatir ese problema, el partido comunista polaco había decidido alzar la voz en contra de la colectivización. «En este punto ni siquiera tiene sentido plantearse la posibilidad de granjas colectivas en Polonia, por lo que decimos claramente a los agricultores que nuestro partido está en contra de las explotaciones colectivas, que nuestro partido no se opondrá a la voluntad de la población», manifestó. El jefe de la Komintern, Dimitrov, se sintió molesto por esas declaraciones. ¿Y si algunos agricultores quisieran la colectivización?, espetó. Entonces, ¿qué sucedería? «No nos encontramos en esa situación», respondió Gomułka^[8].

La reforma agraria tenía muchas más probabilidades de ser popular en Hungría, donde la economía rural seguía siendo prácticamente feudal. Aproximadamente, el 0,1 por ciento de los terratenientes seguían controlando el 30 por ciento de las extensiones agrícolas húngaras en 1939, muchos de los cuales vivían en antiguos castillos situados en enormes latifundios. Sin

embargo, las granjas de muchos campesinos eran minúsculas y los agricultores, muy pobres. Los reformistas agrarios populistas habían sido muy numerosos durante el período de entreguerras en Hungría, aunque por lo general se opusieron a la colectivización de estilo soviético y propusieron la creación de cooperativas privadas que sustituyeran a los extensos latifundios aristocráticos^[9].

Después de la guerra, la mayoría de los políticos húngaros habían llegado a un incómodo consenso sobre la necesidad de una reforma agraria, pero no se habían puesto de acuerdo sobre su magnitud ni sobre en qué momento llevarla a cabo. Los ocupantes soviéticos resolvieron ambos asuntos por ellos, pues obligaron al gobierno provisional a llevar a cabo la reforma agraria de inmediato, en la primavera de 1945, arguyendo que la redistribución de la propiedad animaría a los campesinos húngaros que seguían luchando contra el Ejército Rojo a deponer las armas y regresar a su país. Las autoridades soviéticas también tomaron una decisión rápida en cuanto a la magnitud de la reforma, que fue muy extensa y muy severa. El decreto sobre la reforma agraria de marzo de 1945 ordenó la expropiación de todas las propiedades — tierra, ganado y maquinaria— que ocuparan más de 570 hectáreas, junto con las extensiones pertenecientes a «alemanes, traidores y colaboracionistas». Las propiedades de la Iglesia no quedaron exentas de tal medida^[10].

Todas esas propiedades se redistribuyeron entre unos 750 000 campesinos y jornaleros húngaros sin tierras. Entonces se declaró una moratoria de diez años sobre todas las ventas de terrenos para evitar que los campesinos, o quien fuera, crearan de nuevo extensos latifundios. En 1948, la reforma fue más allá: los agricultores más acaudalados perdieron el derecho a arrendar tierras a otros agricultores. Al contrario, cualquier parcela de tierra sin utilizar tenía que ser arrendada a jornaleros y a granjas colectivas a precios muy bajos^[11].

Muchos campesinos agradecieron a los comunistas sus nuevas tierras. Sin embargo, muchos otros se sentían incómodos con el concepto de «propiedad de otro», especialmente porque el clero predicaba a menudo en contra de ello. Los campesinos húngaros aún guardaban malos recuerdos de la revolución comunista de Béla Kun en 1919 y, como los polacos, sabían algo de lo que había sucedido en Ucrania. András Hegedüs, el dinámico joven líder de Madisz, fue enviado a las zonas rurales del país para crear agitación en favor de la reforma y se encontró con gran variedad de reacciones, desde la gratitud a la hostilidad. En algunos pueblos le dijeron que nadie quería tierras, y en esa situación «podíamos estar seguros de que en el pueblo había un sacerdote

reaccionario». En ocasiones tuvo que utilizar la fuerza. En un municipio, donde siempre lo presentaban erróneamente como «el camarada que llegó a Debrecen en avión» (en realidad, no había estado en el avión de Mátyás Rákosi procedente de Moscú), uno de los administradores locales, miembro de la nobleza, le dijo a Hegedüs que no estaba dispuesto a colaborar. «Tuve que informar de ello al mando soviético —recordó Hegedüs— que vino conmigo y quien dijo al hombre que lo colocaría contra una pared y le dispararía si no cumplía con lo que se había pedido en menos de veinticuatro horas.» En ocasiones lo amenazaron, una vez con ahorcarlo. Incluso entonces, sabía que «la cúpula del partido sobrestimaba el impacto político que la distribución de las tierras tenía sobre los campesinos^[12]». En gran parte del país, la reforma agraria hizo aumentar los apoyos, no al partido comunista, sino al Partido de los Pequeños Propietarios, cuya postura en lo relativo a las zonas rurales resultaba mucho más atractiva a la nueva clase de pequeños terratenientes. Fortalecidos por la reforma agraria, se apoyaron más en su «propio» partido y en la Iglesia, y no en el grupo «más urbano» de los comunistas, aunque habían sido estos quienes habían impulsado las reformas^[13].

Si bien en 1945 y 1946 no se mencionó la colectivización, los partidos comunistas de Hungría y Alemania recuperaron la idea en 1948 y 1956, respectivamente, como hicieron también otros europeos del Este, aunque nunca los polacos. Los húngaros empezaron con un programa de colectivización voluntaria, que se aprovechó de una oleada de bancarrotas agrícolas. Entre 1950 y 1953 persiguieron a los kulaks con ahínco, pidiéndoles impuestos sobre la tierra y primas de seguros muy elevadas al tiempo que los obligaron a aceptar precios bajos por sus productos. La palabra «kulak» es un préstamo del ruso que significa «campesino rico», y en húngaro suena extraña y artificial. Sin embargo, al igual que «trotskista» o «fascista», se convirtió rápidamente en un término político que también podía utilizarse para referirse a «cualquier persona que no gustara al partido comunista». Los alemanes también impusieron la colectivización «voluntaria» después de 1956, con lo que se aseguraron de que miles de alemanes del Este huyeran al Oeste. Por entonces, muchos otros refugiados económicos habían hecho lo mismo^[14].

Ulrich Fest tenía solo diez años cuando terminó la guerra. Su padre había desaparecido en combate. Wittenberg, la ciudad en la que su familia había regentado una tienda de comestibles durante generaciones, se encontraba

ahora en la zona de ocupación soviética. Como Fest recordó:

Allí todo estaba destruido. Los escaparates estaban destrozados y la gente se había llevado todos los comestibles de la tienda. No quedaba nada [...] las puertas estaban cerradas, pero la gente se había colado escalando por los escaparates. Cerramos la entrada con listones de madera y después colocamos un panel —un panel de cristal— a modo de fachada, una especie de mirilla, en realidad [...] de dos metros por metro y medio, aproximadamente. Eso se convirtió en la fachada de la tienda...^[15]

Ante tal catástrofe, su madre y su abuelo supieron de inmediato lo que debían hacer: reabrieron la tienda y siguieron con su negocio. No estaban solos.

En el período de entreguerras, Europa del Este no había sido una zona tan rica e industrializada como la mitad oriental del continente^[16]. Los negocios eran a pequeña escala, el comercio estaba limitado y las infraestructuras eran deficientes. Muchos estados de la región, sobre todo la Alemania nazi, habían llevado a cabo formas de corporativismo que concedían al Estado un papel destacado en las operaciones de negocios, sobre todo en los negocios importantes. No obstante, en su nivel más básico, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y el resto de las naciones de Europa del Este habían sido sociedades reconocidas como capitalistas. Los pequeños talleres, las pequeñas fábricas y los pequeños comercios habían estado en manos privadas. Parte de la distribución al por mayor se había hecho a través de cooperativas como en Europa occidental y Estados Unidos, pero por lo general se trataba de cooperativas privadas, organizadas por los comerciantes en su propio beneficio. Todas tenían sistemas establecidos de derecho comercial, corporativo y contractual, mercados bursátiles en funcionamiento, y derechos de propiedad.

Después de la guerra, en un primer momento los pequeños negocios como el de los Fest pudieron seguir en activo. Eso no se debió a que las autoridades admiraran o apreciaran los pequeños negocios. El propio Lenin, que supo detectar la importancia de las empresas a pequeña escala para una economía de libre mercado saneada, escribió que, «desafortunadamente, la producción a pequeña escala sigue muy extendida por todo el mundo, y la producción a pequeña escala engendra capitalismo y burguesía^[17]». Aunque no lo dijeran en público, la mayoría de los líderes comunistas sentían la misma aversión que Lenin hacia los negocios pequeños. En una reunión del Comité Central en octubre de 1946, por ejemplo, los dirigentes comunistas alemanes no discutieron si los comercios privados deberían pasar a ser controlados por el Estado, sino cuándo debería llevarse a cabo. Uno de los presentes argumentó

en contra de actuar rápidamente: un desmantelamiento demasiado veloz del sector conllevaría caos, lo que empujaría a la gente a los brazos de los reaccionarios. Otro pidió más celeridad, arguyendo que los pequeños comerciantes estaban empezando a albergar peligrosas ideas sobre el liberalismo económico: «Tenemos que demostrar a los minoristas que una economía planificada es una forma superior de economía popular^[18]».

Todos los presentes estaban claramente en contra de las empresas privadas, aunque sabían que no podía notárseles. La población podría reaccionar mal ante una nacionalización repentina de todo el comercio. Y lo más importante, todos los presentes sabían que el comercio privado seguía siendo necesario porque no había nada más. En las ruinas de las ciudades de Europa del Este, no había forma de evitar que la gente hambrienta comerciara, y en realidad no había medios alternativos para distribuir comida. En las partes más devastadas de la región, habría sido difícil organizar siquiera un sistema de racionamiento. El escritor italiano Primo Levi, tras ser liberado de Auschwitz, marchó penosamente hacia la ciudad más cercana:

El mercado de [Cracovia] había florecido como fenómeno espontáneo inmediatamente después del paso del frente y, en pocos días, había ocupado un barrio entero. Se vendía y se compraba de todo y toda la ciudad se encaminaba allí: los burgueses vendían muebles, libros, cuadros, vestidos y platería; campesinas embutidas en sus mejores galas ofrecían carne, huevos, pollos, queso; niños y niñas, con la nariz y las mejillas rojas por el viento helado, buscaban compradores de las raciones de tabaco...^[19]

Sin embargo, cuando las autoridades de ocupación de toda la región empezaron a imponer el racionamiento, las leyes fiscales y la regulación, esa clase de mercado adquirió una reputación sórdida y pasó a llamarse «mercado negro». La gente que trabajaba en él dejó de ser comerciante para convertirse en estraperlista. A fin de limpiar las plazas y explanadas de lo que a sus ojos era un capitalismo turbio y descontrolado, las autoridades comunistas se dispusieron a nacionalizar el comercio minorista y mayorista de inmediato y en prácticamente todos los países de la región. En el este de Alemania, por ejemplo, las autoridades soviéticas resucitaron una cooperativa de antes de la guerra, Konsum, y la establecieron para que funcionara exactamente como una compañía estatal. En lugar de servir a sus miembros como lo había hecho antes de que los nazis la cerraran, Konsum obtuvo un acceso privilegiado a los productos al por mayor y pudo decidir a quién venderlos^[20].

Aunque, en rigor, sus negocios eran legales en 1945 y 1946, los pequeños capitalistas de Europa del Este entendieron desde un buen principio que estaban operando en un entorno hostil. En el relato de Fest sobre la historia de

su familia, la decisión de su abuelo de reabrir la tienda durante ese período tiene las características de una lucha heroica. Justo después de la guerra, los Fest tuvieron que pelear para conseguir remesas de harina y azúcar de las oficinas estatales (Handel und Versorgung), que, rápidamente, habían asumido la distribución de productos básicos, todos ellos asignados mediante cartillas de racionamiento. «Apenas conseguíamos suficientes mercancías para abastecer a la gente que quería comprar», recordó Fest. Así pues, él y su familia recogían las cartillas de racionamiento de sus clientes y las llevaban a Konsum, donde las utilizaban para comprar los alimentos que no habían sido capaces de conseguirles ellos. No se beneficiaban de esa actividad, que veían como un favor a sus clientes. Esperaban que los ayudara a ganarse su fidelidad y que con ello pudieran mantener la tienda abierta^[21].

En la misma calle de la tienda de los Fest, un poco más abajo, el negocio de la familia de Ulrich Schneider, una tienda de ropa y productos textiles, estaba experimentando una transformación similar. La tienda de los Schneider también había sido el negocio familiar durante varias generaciones y también era el centro de enormes esperanzas y miedos. Durante los últimos días de la guerra, su padre había escondido sus existencias —abrigos, vestidos, rollos de tela— en casas y establos de amigos. Lo que quedó en la tienda fue saqueado por los rusos en mayo de 1945. El Ejército Rojo ocupó la casa familiar como sede provisional y utilizó los escaparates para colocar a sus muertos en ataúdes. Schneider y sus padres se mudaron a un apartamento de encima de la tienda. En agosto su padre —que no había formado parte del partido nazi y de algún modo había evitado el arresto y la detención por parte de los soviéticos— recibió un permiso del régimen de ocupación para retomar su negocio.

Como los Fest, los Schneider cerraron los escaparates con tablones de madera y dejaron unas pocas aberturas para que algunos de sus artículos —lo que pudieran rescatar de las buhardillas y los sótanos del vecindario— pudieran mostrarse y venderse. Sacaron varias máquinas de coser de sus escondites y empezaron a hacer arreglos y muñecas de trapo. «No había nada más que hacer», recordó Schneider.

Unas semanas después, el padre de Schneider comenzó a hacer viajes frecuentes a los montes Metálicos, la cordillera en la frontera checo-alemana, tradicionalmente la cuna de la industria textil. Aunque la región estaba a cientos de kilómetros de distancia, iba hasta allí en un carro tirado por un caballo: «Era muy duro, porque había controles por todas partes y los rusos lo retenían siempre». No tenía otras opciones porque no había otro lugar donde

conseguir productos. Pero lo que traía consigo, sin duda lograba venderlo^[22].

La esperanza de que la situación mejoraría fue lo que mantuvo a los Fest, los Schneider y a otros pequeños empresarios en activo durante los años 1945 y 1946. Sin embargo, en 1947 se hizo evidente que la situación no iba a mejorar. La feria de Leipzig, que se reanudó ese año por primera vez desde la guerra, resultó ser una gran decepción y marcó un momento decisivo para los comerciantes textiles como los Schneider. Aunque la feria, un acontecimiento central en la vida comercial de Alemania desde la Edad Media, fue acogida con gran revuelo y propaganda, no se vendieron tejidos de ninguna clase. En el pasado «te reunías allí con otras empresas, o te ponías al día sobre ciertos asuntos... lo que había, lo que era nuevo», explicó Schneider. Sin embargo, la feria se había convertido en un acontecimiento propagandístico, no un lugar en el que intercambiar información sobre el negocio.

El año 1947 también marcó un punto de inflexión en Polonia. Después de las elecciones parlamentarias de enero, los «victoriosos» comunistas emprendieron una serie de reformas diseñadas para aumentar el número de trabajadores industriales, que supuestamente habrían de apoyarles en el futuro, y para reducir la industria y los negocios privados, que no los apoyaban en absoluto. Esa fue la «batalla por el comercio» que inició el ministro de Economía, Hilary Minc. Nombrado personalmente por Stalin, Minc era un comunista de preguerra que había desarrollado un gran talento para expresarse con la jerga económica marxista. «La lucha por la conquista del mercado no implica la eliminación de los elementos capitalistas de mercado —dijo en el pleno del Comité Central en abril—, tan solo implica una lucha por el control de esos elementos por parte del Estado Democrático Popular^[23].» En otras palabras, habría un «libre mercado», pero se mantendría bajo el firme control del gobierno, lo que significa que, por supuesto, no sería libre.

En la práctica, Minc intentó acabar con el comercio privado, aunque nunca lo dijo. La «batalla por el comercio» adoptó la forma de una estricta regulación de precios y unos impuestos altos, junto con sanciones penales por no rellenar los impresos correspondientes, y con un extenso sistema de permisos y licencias. Todos los empresarios tenían que tener licencias que les permitieran demostrar que eran «profesionales cualificados», por confuso que eso resultara en pleno caos de posguerra. Se establecieron limitaciones en el número de personas que un empresario podía contratar, así como en la cantidad de productos que podían entrar y salir del país e incluso de Varsovia.

Como en Alemania, los polacos también nacionalizaron la industria mayorista. Los negocios privados no podían comprar ni vender determinados productos, entre ellos comida, a precios al por mayor.

Oficialmente, la prensa comunista anunció a los cuatro vientos el enorme éxito de la «batalla por el comercio», y la historiografía oficial polaca siguió haciéndolo hasta la década de 1980. Sin embargo, el economista Anders Åslund observa que ese éxito fue efímero: «Es difícil sumarse al entusiasmo, puesto que la “batalla por el comercio” asestó un golpe salvaje al comercio en general». Entre 1947 y 1949, el número de empresas de comercio y distribución privadas se redujo a la mitad, y el sector estatal no fue capaz de reemplazarlas. A causa del fin de las ventas al por mayor, las tiendas y los negocios privados que quedaban, sobre todo en las pequeñas poblaciones, no tenían acceso legal a productos de ningún tipo^[24]. La imposición de esas nuevas reglas era imprevisible. «De un día para otro, actividades económicas específicas perdían la base legal de su existencia», recuerda el economista^[25]. Pero el resultado fue totalmente previsible: el rápido desarrollo de más mercados negros (ahora clandestinos), la distribución caótica de los productos y una escasez permanente de todo en general. Una antigua auditora de una cooperativa agrícola —una sofisticada descripción de lo que, en la práctica, era una mayorista controlada por el Estado— recuerda que era difícil saber si la escasez en su sector se debía a los robos o a la incompetencia. Parte de su trabajo consistía en revisar los libros de cuentas de las sucursales regionales de su compañía, que estaban plagados de errores: «No siempre sabía los motivos por los que faltaba dinero [...] las dependientas no tenían formación, y no sabían sumar ni calcular». En 1950, la cooperativa había expulsado a los directivos «de sangre azul» de antes de la guerra y los había reemplazado por miembros de confianza de la clase obrera, en un caso por un peluquero. Como no es de extrañar, la situación no mejoró^[26].

De la noche a la mañana, el imperio de la ley desapareció, puesto que, para muchos, la única manera de permanecer en el negocio era quebrantando la ley. Los pequeños empresarios dejaron de ser respetables y se convirtieron en *prywaciarze*: empresarios piratas, figuras semiilegales. La hija de un talentoso ingeniero que dirigía una fábrica muy pequeña en esa época recuerda que le daba vergüenza decir a sus amigos a lo que se dedicaba su padre^[27]. Algunos empresarios se apartaron un poco de las normas que limitaban el número de empleados al contratar a miembros de su familia, o adaptaron las normas que limitaban el tamaño de sus negocios nombrando a

familiares «propietarios». Los empresarios privados también aprendieron a evitar las grandes inversiones —atraían demasiada atención por parte de las autoridades fiscales— y a centrarse en los planes de negocios que pudieran emprenderse y finalizarse rápidamente, por si cambiaba la situación legal. Los planes a largo plazo resultaban imposibles.

Con el tiempo, los empresarios también aprendieron a trabajar juntos. Muchos pasaron a denominarse «artesanos», designación que les permitía mantener pequeños negocios y talleres sin el estigma de ser considerados «capitalistas». También formaron gremios, instituciones estatales que en ocasiones actuaban a favor de los intereses de sus miembros. Los gremios intentaron organizar que los negocios tuvieran acceso a las materias primas a los precios oficiales, controlados por el Estado. También modificaron las normas de registro para que los mecánicos de coches, fontaneros y otros pudieran convertirse en «artesanos». Un antiguo jefe gremial —en rigor, un empleado estatal— recuerda haberse «apartado un poco de las normas» en más de una ocasión, con la esperanza de que tarde o temprano el sistema mejorara: «Creía que la gente cambiaría, y que a medida que estudiara más, que aprendiera más, el sistema se volvería más inteligente». Lamentablemente, no fue así^[28].

En Hungría, la nacionalización del comercio minorista se llevó a cabo más lentamente, entre otras razones porque en 1945 y 1946 el partido comunista no contó inicialmente con una mayoría parlamentaria suficiente para controlar todos los aspectos de la política económica y no fue capaz de imponer normas e impuestos severos. De todos modos, el partido inició una «guerra al comercio», no mediante normativas, sino mediante los órganos propagandísticos y la policía. En el verano de 1945, las invectivas del partido comunista contra los pequeños empresarios, los pequeños comerciantes y los mercados callejeros se volvieron aún más agresivas, hasta que fueron casi tan violentas como sus ataques a los fascistas. En julio, el jefe de la policía de Budapest declaró que pretendía «liberar a los trabajadores de Budapest de las hienas del mercado negro». En septiembre, unos seiscientos policías, acompañados de seiscientos soldados soviéticos y trescientos detectives, habían detenido a mil quinientos «estraperlistas», en su mayoría durante dos redadas llevadas a cabo en los grandes mercados callejeros de Budapest.

La campaña de propaganda en contra de los comercios pronto se extendió más allá de los mercados callejeros. A finales de julio, *Szabad Nép* publicó una serie de fotografías en las que aparecían trabajadores colocando vías de

tranvía mientras algunas personas estaban sentadas en cafeterías cercanas, sorbiendo café; en otras palabras, disfrutando mientras la clase obrera trabajaba. Las redadas policiales en cafeterías, bares y restaurantes de Budapest no tardaron en producirse. La policía clausuró incluso el Café New York, una institución muy querida de antes de la guerra; confiscó la comida que encontró en el almacén y, supuestamente, la repartió entre los prisioneros de guerra que regresaban al país^[29].

Por medio de sobornos y conexiones, algunos restaurantes permanecieron abiertos. Pero eso llevó a otra campaña y a otra serie de redadas un año después. En junio de 1946, *Szabad Nép* informó de que diez restaurantes «de lujo» habían sido cerrados porque «al servir los productos cárnicos más caros para satisfacer las necesidades de unos pocos ponían en peligro la paz y la calma social». Y tal vez fuera cierto: la campaña comunista pretendía ser popular, y entre algunas personas probablemente lo fuera. En una época de escasez, inflación y mucha hambre, el resentimiento hacia quienes podían comer carne debía de ser muy intenso^[30].

Otros artículos intentaron que los restaurantes privados tuvieran una imagen no solo inmoral, sino también ridícula. Algunos se burlaban de la costumbre «burguesa» de dejar propina, y uno se mofó del frac, la indumentaria tradicional de los camareros de Budapest:

Este uniforme pasado de moda aún está muy extendido, los camareros aún lo llevan, como si mantuvieran el espíritu de los lacayos del pasado [...] En un futuro próximo los sindicatos abolirán el uso de las chaquetas de frac por parte de los camareros [...] esperemos que esta prenda incómoda y perjudicial desaparezca, y en su lugar se utilice un uniforme mejor, más apropiado, cómodo y distinguido.

La policía secreta siguió investigando los negocios privados en busca de cualquier forma de fraude o de falta. La policía detuvo al panadero de un barrio elegante al descubrir que «no añadía ni un gramo de sal» a sus panes, aunque había recibido cuatrocientos kilos de sal como parte de su ración mensual^[31]. Lo consideraron sospechoso de vender sal en el mercado negro. Otro de sus objetivos fue el propietario del Baghdad Café, cuya estética se consideraba inmoral. «La entrada del restaurante conduce al visitante a un armario con espejos en la pared, junto a un cuadro en el que aparecen mujeres vestidas con trajes de noche, en posiciones eróticas, con los muslos descubiertos», observaba el informe policial. Y lo que era aún peor, «dos de los trabajadores son negros». Esta última observación descubría no solo racismo, sino una profunda desconfianza hacia un establecimiento capaz de contratar a empleados extranjeros tan exóticos^[32].

Con la esperanza de conservar sus negocios, los restauradores probaron varias estrategias para mantenerse a flote. La propietaria de una cafetería se convirtió en vendedora ambulante; otros se afiliaron al partido comunista, con la esperanza de que eso los librara de sospechas políticas. Finalmente, muchos propietarios de cafeterías se ofrecieron voluntarios para ser «nacionalizados» con la finalidad de asegurarse el futuro como «directores» de sus antiguos negocios. Una de esas solicitudes, presentada por la señorita Lászlóné Göttler en 1949, suena como un anuncio de venta:

Por la presente solicito a la Dirección de la Compañía Nacional que se haga cargo de mi restaurante, en funcionamiento desde 1923 en la calle Benierky, número 19, Sashalom, y que me mantenga a mí como encargada [...] Es un establecimiento de barrio que consta de un pub para el invierno y una sala aparte, una galería al aire libre, una terraza, una barra y un quiosco en el jardín. Hasta el día de hoy ha sido una fuente de considerables ingresos, se encuentra cerca de la fábrica de conservas y está libre de impuestos impagados...^[33]

A algunos les salió bien. Klára Rothschild, propietaria desde 1934 del Clara Salon en Váci Utca, la calle comercial más exclusiva de Budapest, consiguió mantenerse como encargada de su tienda después de su nacionalización, en buena medida gracias a su popularidad entre las mujeres de los líderes del partido. Rothschild seguía la moda de París y la adaptaba a los gustos de Budapest. Gracias a su elevada posición social tenía permitido viajar a París para mantenerse al corriente de las tendencias francesas^[34].

Con el tiempo, casi todos los restaurantes privados de Budapest se convirtieron en cafeterías «populares» o pubs «proletarios» de propiedad estatal. Los nombres también cambiaron: en lugar del New York Café, adoptaron nombres cortos, de resonancia húngara —Bufet Adam o Cafetería Rápida—, o simplemente un número. Los camareros y las propinas desaparecieron. Las colas sustituyeron el buen servicio. En una ciudad que se había alimentado de café exprés y pasteles de nata durante décadas, esos fueron cambios realmente revolucionarios.

La reforma agraria llegó en primer lugar porque se tenía por una medida popular. El comercio minorista llegó después porque los comunistas sabían que su eliminación sería impopular. Pero la industria —en particular, la industria pesada— era el primer premio. La industria siempre había interesado a los comunistas mucho más que los sectores «atrasados» como la agricultura o los sectores «irrelevantes» como el comercio al por menor. Según la visión marxista del mundo, la industria era el futuro. Las plantas siderúrgicas, las fundiciones y las fábricas de maquinaria modernizarían el país, eliminando las formas de pensar anticuadas. El objetivo de la

industrialización era, en último término, político: cuando todos fueran obreros de la industria, entonces todos apoyarían al partido comunista, o eso decía la teoría. Entretanto, la destrucción de la clase de los propietarios privaría a la oposición de fuertes aliados.

Los cambios más profundos tuvieron que esperar hasta que el período de las reparaciones y los robos generalizados hubo terminado. A raíz de los pobres resultados electorales, la URSS aceptó ralentizar la marcha del cobro de las reparaciones en Hungría en 1946, y en 1948 las demandas de reparaciones disminuyeron en un 50 por ciento^[35]. Las reparaciones a gran escala de Alemania también finalizaron en 1948, en gran parte gracias a los ruegos de Walter Ulbricht y de otros, conscientes de lo mucho que habían dañado la reputación del partido comunista^[36]. En Polonia y en Checoslovaquia jamás había habido un reconocimiento oficial de pagos por reparaciones, por lo que tampoco hubo un reconocimiento oficial de su fin. Aun así, en 1947-1948, las modalidades más visibles de robo por parte del bando soviético y del Ejército Rojo habían cesado.

Sin embargo, el daño ya estaba hecho. En el período de posguerra, todo había estado disponible y ninguna propiedad se había considerado sacrosanta. En ese ambiente, la primera oleada de nacionalizaciones a gran escala se ganó cierto apoyo popular. Mucha gente había dejado de sorprenderse ante las confiscaciones masivas. Otros opinaban que solo la titularidad estatal podría aportar orden al caos económico. En octubre de 1945, por ejemplo, el gobierno provisional polaco nacionalizó repentinamente todas las tierras comprendidas dentro de los límites de la ciudad de Varsovia, casas y fábricas incluidas^[37]. Un decreto así se habría considerado escandaloso antes de 1939 y hoy en día resultaría impensable. Pero en 1945, a muchos polacos la nacionalización de terreno urbano, en su mayor parte cubierto de escombros, les pareció una opción bastante lógica^[38]. El decreto del gobierno provisional de enero de 1946, que disponía la nacionalización de todas las fábricas del país que tuvieran cincuenta trabajadores o más, tampoco encontró demasiada resistencia. De todos modos, muchas de esas fábricas no tenían propietario, y sus antiguos encargados habían muerto o huido. Cuando esos negocios pasaron a ser propiedad del Estado, la situación se volvió más estable: al menos estaba claro quién era su propietario^[39].

En Alemania, en un primer momento el partido comunista recientemente unificado describió la nacionalización de la gran industria no como una política económica, sino como una muestra de política antifascista. Al igual

que los junkers, los industriales alemanes fueron acusados de complicidad con el nazismo: si antes de la guerra habían poseído algo de importancia, entonces merecían perderlo. Como precaución, el partido comunista decretó que la nacionalización de la industria debería ser la política del «bloque antifascista», y ningún partido político legal tenía permitido oponerse a ella. En un principio, el líder del Partido Demócrata Cristiano de Alemania del Este, Jakob Kaiser, se mostró reacio. Aunque estaba de acuerdo con ella (más adelante se convertiría en un defensor de la nacionalización en Alemania occidental), temía que si la zona soviética implementaba la nacionalización en solitario, tal política dividiera Alemania en dos economías distintas, como finalmente sucedió. Presionado por la Administración Militar Soviética, Kaiser finalmente accedió. Como última acción de propaganda, los comunistas decidieron celebrar un referéndum sobre la nacionalización en 1946. Ansiosos por no fastidiar su referéndum, como habían hecho los polacos, limitaron el voto al estado de Sajonia, y restringieron las opciones a una pregunta: ¿los votantes querían dejar «las fábricas de los criminales de guerra y criminales nazis en manos del pueblo»? La respuesta fue positiva^[40].

La nacionalización húngara se llevó a cabo por etapas. En primer lugar las minas de carbón, después los conglomerados industriales más extensos y finalmente los bancos. En marzo de 1948, el gobierno nacionalizó las fábricas de más de cien trabajadores, dejando el 90 por ciento de la industria pesada y el 75 por ciento de la ligera en manos del Estado. En 1948 quedaba muy poca industria privada importante en el país^[41].

Ese «éxito» tuvo un precio político, en Hungría igual que en el resto de los países. En la práctica, la nacionalización tuvo un efecto muy insignificante en la vida diaria de los obreros: cobraban los mismos sueldos, hacían el mismo trabajo, tenían los mismos motivos de queja. ¿Qué diferencia había entre que sus capataces trabajaran para un capitalista o para el Ministerio de Industria? Fortalecido por las bondades de su causa —al fin y al cabo era un empleado «del pueblo»—, un gerente estatal podía ser aún más arrogante que un propietario particular. En lugar de conseguir que el partido comunista cobrara popularidad, con frecuencia la nacionalización creó desconfianza entre los trabajadores e incluso fue causa de algunas huelgas. El historiador Padraic Kenney describió lo que sucedió a continuación en la ciudad textil de Łódź:

En la fábrica de Jarisch, los huelguistas argumentaron acertadamente que las acciones [del director de la fábrica] perjudicaban a los trabajadores y al Estado. Al establecer unas normas demasiado elevadas, sin tener en cuenta la capacidad del trabajador o de la máquina, hizo que para

muchos trabajadores resultara imposible ganar bonificaciones (que con frecuencia constituían gran parte de su sueldo). También ofendió la dignidad de los trabajadores al utilizarlos a ellos en lugar de a caballos para arrastrar carros^[42].

Los conflictos en Łódź alcanzaron su punto culminante en septiembre de 1947, cuando alrededor del 40 por ciento de los trabajadores de la ciudad fueron a la huelga. No todas las fábricas de Polonia siguieron el mismo patrón. Kenney también señala que en la antigua ciudad alemana de Breslavia, poblada casi en su totalidad por refugiados, hubo muchas menos huelgas porque los lazos sociales eran mucho más flojos. Sin embargo, Łódź no fue una excepción. Los mineros y los trabajadores de las fábricas fueron a la huelga en Silesia en 1946. Una huelga en los puertos de Gdansk y Gdynia ese mismo año terminó con dos hombres muertos^[43].

No fue algo inusual: la nacionalización politizó los conflictos laborales habituales en casi todas partes. Cuando los trabajadores de las fábricas estaban molestos por cuestiones de sueldo o condiciones en las fábricas de titularidad estatal, dirigían sus protestas directamente al Estado. En 1947, cuando las huelgas se desataron en Csepel, un barrio obrero de Budapest, los trabajadores secuestraron veinte camiones y condujeron hasta el centro de la ciudad para pedir que el gobierno les subiera el sueldo. Esa tarde, el ministro del Interior László Rajk fue a Csepel acompañado por el jefe del sindicato gubernamental. Los dos hombres fueron increpados por los trabajadores. La respuesta no se hizo esperar: la policía política entró de inmediato en la fábrica en huelga y arrestó a 350 personas. Poco dispuesta a asumir riesgos, después de eso la policía intensificó su confianza en sus informantes y empezó a «limpiar» también otras fábricas. Tomaron nota de las muestras de descontento —«Nos trataban mejor en la época reaccionaria anterior que ahora, en supuesta democracia», se quejó un trabajador, según los archivos policiales— y empezaron a identificar y despedir a los trabajadores «conflictivos». En 1948, la fundición de acero de Diósgyőr abrió 113 procedimientos disciplinarios «políticos» solo entre mayo y junio. A partir de 1949, cualquier debate sobre la convocatoria de huelgas se consideraba un delito «antidemocrático» contra el Estado, y los trabajadores podían ser expulsados del partido solo por sugerir el asunto^[44].

A la larga, la nacionalización de la economía prolongó la escasez y las distorsiones económicas provocadas por la guerra. La planificación centralizada y los precios fijos distorsionaron los mercados, dificultando el comercio entre individuos y también entre empresas. Esos problemas se vieron agravados por monedas nacionales débiles, inexistentes o que

competían entre sí. En 1944 y 1945, el zloty polaco «de ocupación», el rublo soviético y el reichsmark nazi circulaban por Polonia. La levadura y el alcohol servían también como moneda en algunos lugares^[45]. En su zona de Alemania, en agosto de 1945 los funcionarios soviéticos habían cerrado todos los bancos y expropiado todas las cuentas bancarias. Los propietarios de las cuentas solo tenían acceso a aquellas que contenían menos de 3000 reichsmarks. Con tales movimientos, eliminaron a los alemanes más ricos de su zona, privaron a la economía privada de capital y aceleraron la bancarrota en todos los sectores.

Como los británicos, franceses y estadounidenses, las autoridades militares soviéticas en Berlín también emitieron una nueva moneda para su zona de Alemania. La llamaron la «m-mark», decretaron que solo podría cambiarse en reichsmarks a la par, y que se utilizaría para pagar a las tropas y adquirir alimentos. Aunque nunca lo admitieron en público, empezaron de inmediato a imprimir m-marks tan rápidamente como les fue posible: 17 500 millones entre febrero y abril. Con el tiempo, los otros aliados se verían obligados a llevar a cabo una reforma monetaria en 1946, solo para evitar la hiperinflación^[46].

En Hungría, la combinación de una moneda flotante, la amenaza de una nacionalización inminente, el alto coste de las reparaciones y la inseguridad económica general provocaron, durante aproximadamente un año y medio, el que tal vez fuera el período de hiperinflación más extrema que se haya producido jamás en cualquier país, y en cualquier época. En su apogeo, en el verano de 1946, el pengő húngaro se contaba en miles de millones. Su valor se reducía a la mitad a diario, y los precios cambiaban a cada hora. Un artista de Budapest, Tamás Lossonczy, llevó un diario en esa época:

Ayer, a las diez de la mañana fui al Ministerio de Cultura a recoger el dinero de un cuadro mío que habían comprado para el museo. El trato era de diez gramos de oro. De camino hacia allí, pregunté por el precio del oro a un joyero. Por la mañana, un gramo de oro estaba entre 190 000 y 200 000 millones de pengös. Un dólar equivalía a 170 000 millones de pengös.

A Lossonczy le pagaron 2 billones de pengös. Sin embargo, cuando la transacción terminó era por la tarde:

... A las dos de la tarde el precio del oro había subido a 280 000 millones y el dólar a 260 000 millones. Quería utilizar el dinero para colocar cristales en las ventanas de mi estudio, lo que costaba once dólares, lo que, según los tipos de cambio de ayer por la tarde eran 2 billones 680 000 millones, por lo que tendría una pérdida de 860 000 millones^[47].

Inevitablemente, los trueques reemplazaron al dinero. Unos días después, Lossonczy registró la venta de uno de sus cuadros por «veinte kilos de harina

de trigo». En agosto, el gobierno finalmente llevó a cabo una reforma monetaria. Una unidad de la nueva moneda, el florín, equivalía a 400 000 cuatrillones de pengös^[48].

No todas las distorsiones se reflejaban en la inflación. Pese a la airada propaganda, las acciones policiales y la presión política, el mercado negro semilegal seguía en expansión, adoptando formas muy distintas, desde los antiguos vendedores ambulantes como los que Primo Levi vio en Cracovia, hasta sofisticadas operaciones de contrabando. En los meses que siguieron a la guerra, la mayoría de los alemanes del Este pasaban varias horas al día «trabajando» (o «comprando») en el mercado negro. Los berlineses de entonces pasaban los fines de semana en el campo, buscando comida que comprar o que intercambiar^[49]. Los alimentos básicos estaban racionados en casi todas partes. Sin embargo, mientras que esto aseguraba una subsistencia básica y mantenía a la gente con vida, también implicaba que los precios del mercado negro y del mercado libre se disparaban, con lo que se creaba un descontento aún mayor. Como un agente de propaganda polaco describió: «La falta de productos y la distribución ineficiente generan mucho descontento. Un trabajador de Łódź no puede aceptar que sus hijos puedan ver pasteles solo desde lejos, y no está satisfecho de que alguien como él, que trabaja mucho, gane tan poco, mientras que algunos parásitos ganan un dineral en el mercado libre y el Estado no les quita nada^[50]».

A medida que la nacionalización avanzaba, la escasez de productos empeoraba, lo que causaba dificultades a las fábricas, así como a los compradores. Presa de la desesperación, la planta química de Leuna, en Alemania del Este, empezó a cambiar fertilizante por comida:

Catorce vagones de tren cargados con patatas y verduras que tenían que ser transportadas ilegalmente fuera de la zona de Haldensleben fueron enviados de vuelta. A ningún funcionario le resultó extraño que la planta de Leuna enviara un tren entero lleno de fertilizante a modo de intercambio con los agricultores de Nordge[r]mersleben y Groß S[an]tersleben, aunque los agricultores de esos pueblos aún no han satisfecho los pedidos obligatorios de patatas y verduras^[51].

Aunque esta historia sucedió en 1947, podría haber tenido lugar en 1967, o incluso en 1987. La escasez y los desequilibrios plagaron las democracias populares desde el principio y se prolongaron hasta el final. Las economías de Europa del Este crecieron después de la guerra porque estaban empezando de cero —empezaron, literalmente, de la nada—, pero pronto quedaron rezagadas con respecto a las de Europa occidental. Y nunca lograron alcanzarlas.

Por extraño que pueda resultar, los economistas del partido casi siempre entendieron perfectamente lo que iba mal. Los documentos de archivo del Ministerio de Comercio e Industria polaco, el feudo de Minc, contienen multitud de cartas de burócratas perspicaces de todo el país: uno tras otro, explican pacientemente los efectos negativos de incrementar el control estatal. Muchos de ellos argumentan que los negocios privados eran más productivos que los negocios del mismo tipo pero de titularidad estatal. La rápida nacionalización tanto de empresas grandes como pequeñas estaba empeorando la situación económica. Una carta enviada en la primavera de 1947 al ministro de una institución llamada Oficina Central de Asesoramiento Técnico argumentó que las empresas privadas «son entidades más pequeñas que las empresas estatales [...] y por consiguiente tienen la capacidad de llevar a cabo los encargos de manera más rápida y efectiva, y normalmente a precios más bajos, que las empresas estatales. Este es el resultado de que las sociedades privadas y cooperativas están interesadas directamente en los beneficios y en una rápida rotación del capital^[52]».

La carta, que en realidad era una petición de clemencia para el negocio privado, también contenía una lista de productos que las empresas privadas estaban produciendo, como bombas, termómetros, piezas de maquinaria, balanzas y material para la construcción. «A modo de resumen —concluyó la Oficina Central de Asesoramiento Técnico—, confirmamos que las sociedades privadas y cooperativas nos abastecen de una gran variedad de artículos, para que podamos orientarnos mejor y con mayor rapidez en la línea de llevar a cabo la producción más rentable.»

Las empresas individuales también intentaron dar argumentos en contra de la nacionalización, y en ocasiones buscaron apoyos para su causa dentro del gobierno. En junio de 1946, los encargados de la editorial Anczyc de Cracovia, una empresa especializada en libros ilustrados de gran calidad —y propiedad de la misma familia durante setenta años—, escribieron una carta al Ministerio de Educación. En ella argumentaron que el «carácter democrático» de su empresa, el excelente trato que daba a sus trabajadores y su experiencia única en artes gráficas deberían eximirlos de las leyes de nacionalización: «Ahora, cuando estamos reconstruyendo la cultura y el arte polacos [...] pondremos en riesgo nuestras publicaciones artísticas y científicas ilustradas si eliminamos la influencia individual del propietario^[53]». Los propietarios de Anczyc adjuntaron cartas de apoyo de varias instituciones —la Sociedad de Amantes de los Libros de Cracovia y de la Universidad Jaguelónica—, así

como de sus propios empleados, quienes declararon que aunque «en principio» estaban a favor de la nacionalización, estaban convencidos de que «la titularidad privada no perjudicará nuestra situación material». Este apoyo masivo convenció al Ministerio de Educación, que transmitió la petición de la editorial a varias instituciones. Pese a todos los apoyos, sus esfuerzos resultaron en vano. Un burócrata del Ministerio de Información y Propaganda decretó que «la empresa, con el pretexto de actuar en beneficio de la industria editorial y de la alta calidad de su trabajo [...] quiere mantenerse como una empresa rentable y explotar el exceso de trabajo de los trabajadores técnicos y empleados». La editorial se nacionalizó en 1949 y los bienes del dueño fueron confiscados^[54].

Las muestras de que las empresas privadas podían resultar rentables y populares entre sus trabajadores resultaron igualmente molestas para los comunistas alemanes, que llevaron a cabo un estudio del sector privado en 1950 y transmitieron los resultados al departamento de economía del Comité Central. A los miembros del comité debió de resultarles una lectura deprimente. Los inspectores del partido descubrieron que la productividad era más alta en las compañías privadas que los trabajadores parecían más satisfechos en las compañías privadas, y que los propietarios particulares seguían siendo muy populares. En una empresa, el propietario «dio 12 500 marcos a sus empleados por Navidad»; otro garantizó a sus empleados una paga extraordinaria de dos semanas y un lote de comida para las fiestas, que incluía mantequilla y azúcar.

Aunque algunas de esas fábricas contenían células del partido comunista, el informe observó que en el seno de las fábricas privadas «el asunto de la lucha de clases apenas se trataba» y que los trabajadores estaban poco preparados. Sorprendentemente, uno había declarado que el propietario de la fábrica «no es un explotador, sino un emprendedor». Otro dijo que si su empresa fuera nacionalizada «ganaríamos menos y no habría fiesta de Navidad». La respuesta de los burócratas fue francamente ideológica: los miembros del Comité Central decidieron que «la labor educativa y propagandística en las empresas privadas debe mejorarse de manera sistemática». La labor sindical también debía reforzarse^[55].

Su respuesta al éxito relativo del comercio minorista privado no fue distinta. No hay «comercio» en la zona soviética de Alemania, se quejó un economista en 1948, solo «distribución». Sin embargo, en lugar de crear unas mejores condiciones para el comercio —lo que habría implicado liberalizar

los precios y permitir el crecimiento de un comercio minorista y mayorista privado—, el gobierno decidió crear un sustituto: una cadena de tiendas «libres» de titularidad estatal, la Handelsorganisation. En esas tiendas «HO», la gente podía comprar bienes de consumo y alimentos que no se encontraban en ningún otro lugar, sin cupones de racionamiento, a precios que, se aseguraba, eran de mercado.

La población recibió esas tiendas con sentimientos encontrados, según recogió el informe del partido. Una mujer las aprobaba porque «ahora podremos comprar alimentos básicos del día a día». Otros se quejaban de que «las tiendas son muy bonitas, pero no con esos precios», ya que «un trabajador no puede comprar nada en ellas con el dinero que gana», o de que «son solo para gente que tiene mucho dinero^[56]».

Pronto se hizo evidente que ni siquiera esas tiendas libres podían competir con el sector privado, un problema que siguió intrigando a los economistas del partido. En otra reunión del departamento económico del Comité Central unos años después, el grupo analizó las cifras. El número de personas empleadas en el sector privado había caído en picado, lo que no era sorprendente teniendo en cuenta las presiones económicas y políticas que soportaban los propietarios particulares. Aun así, la facturación del sector privado estaba aumentando. Los burócratas especularon con la posibilidad de que el comercio minorista privado hubiera mantenido sus «conexiones empresariales» con la industria privada, lo que tal vez estuviera contribuyendo a que las tiendas consiguieran «productos sin control» del sector estatal. El sector privado también parecía más flexible, y tenía una base de clientes más estable.

Conclusión: debería formarse una comisión. Deberían concederse menos permisos para la creación de comercios mayoristas privados. Deberían elevarse los impuestos sobre los beneficios y el espacio comercial no podría alquilarse a empresarios particulares. El comité concluyó que el comercio minorista privado debía «rebajar su volumen de ventas en un 10 por ciento». Si la realidad no se ajustaba a la ideología, entonces lo haría por la fuerza^[57]. En 1949, el Politburó de Alemania del Este decretó incluso que todas las empresas estatales tendrían, además de su cúpula económica, un subdirector responsable de política que tendría que «dar ejemplo de disciplina y vigilancia constante», mantener a los trabajadores informados sobre todos los acontecimientos nacionales y sobre la Unión Soviética: «Los empleados tienen que ser convencidos de que la victoria de las fuerzas democráticas

progresistas en Alemania solo puede lograrse con el apoyo de la URSS^[58]».

La respuesta no fue distinta en otras esferas, o en otros países de Europa del Este. Las peticiones de los huelguistas, el descontento de la población y los malos resultados económicos no convencieron a los comunistas para relajar el sistema. En lugar de apartarse de la ideología, reforzaron con denuesto su propaganda, incrementaron la velocidad de la «reforma» y buscaron nuevas vías para persuadir a sus compatriotas de que aceptaran las reglas del nuevo sistema. Como sucedió en el ámbito político, el fracaso generó un mayor radicalismo.

Más control, y no menos, era lo que los partidos comunistas de la región creían que terminaría con las huelgas, solucionaría las carencias y elevaría el nivel de vida hasta equiparlo con el de Occidente. Así, uno tras otro, los gobiernos de Europa del Este empezaron a diseñar planes complejos, plurianuales y centralizados al estilo soviético, fijando objetivos para todo, desde la construcción de carreteras hasta la producción de zapatos. Hungría lanzó su Plan Trienal en agosto de 1947, y anunciaría un Plan Quinquenal en 1950. Polonia también lanzó un Plan Trienal en 1947, y un Plan Sexenal en 1950. Alemania lanzó un Plan Bienal en enero de 1949 y después un Plan Quinquenal para el período de 1951-1955.

Los objetivos fijados en esos primeros planes a menudo parecían sacados de la manga, y el conocimiento sobre los mecanismos de fijación de precios era poco sofisticado, por llamarlo de algún modo. Uno de los primeros burócratas economistas de Polonia intentó llevar un control de los fluctuantes precios del carbón y el pan durante los meses previos a que entrara en vigor el primer plan, creyendo que eso lo ayudaría a fijar los precios «adecuados» para todos los productos; precios que, por supuesto, jamás tendrían que volver a cambiarse, pensó, ya que en una economía comunista no habría inflación. En un momento determinado, los polacos también se plantearon si en Polonia deberían establecer para los productos básicos los mismos precios que tenía la URSS, que en teoría ya había descubierto el secreto de fijar los precios correctamente^[59].

Las cifras eran igualmente arbitrarias a escala microeconómica. Jo Langer, la mujer de un destacado comunista eslovaco, trabajaba en una empresa de exportación de Bratislava en 1948, y fue testigo de la imposición de planificación desde la base hacia arriba:

Mi primera gran sorpresa llegó cuando, en diciembre, el jefe del departamento de planificación me pidió que elaborara una tabla que mostrara exactamente cuántos cepillos de dientes (con qué

clase de cerdas, de qué colores, etc.) planeaba enviar a Suiza, Inglaterra, Malta, Madagascar y otros países durante la primera mitad del año siguiente. Respondí que no tenía posibilidades de saberlo, ya que nuestros empleados eran simples mortales y como tales estaban expuestos a la enfermedad y a la muerte [...] Mis objeciones se pasaron por alto y me pidió que elaborara la previsión sin demora.

Langer escribe que «con la conciencia intranquila» presentó sus estadísticas inventadas. Su jefe se quedó satisfecho:

Entonces su personal estuvo ocupado en dibujar un nuevo gráfico que resumiera datos similares recibidos de los otros departamentos. En Praga, el gráfico se incorporó a una tabla de diseño más artístico que finalmente llegó a manos de puestos superiores. Por el camino se cotejó con creaciones parecidas de otras ramas económicas, lo que finalmente dio lugar a un Plan con mayúscula: la base definitiva de nuestra economía nacional^[60].

A pesar de su origen fantasioso, los comunistas tenían una gran fe en los planes, que se convirtieron en el centro de masivas campañas de propaganda nacional. Colgaron enormes pancartas en edificios y fábricas, en las que pedían a la gente «Cumplid el Plan» o «Trabajad por el Plan» o «Conseguid la victoria socialista con el Plan». La palabra *Aufbau* —«construcción» o «creación»— se usó con frecuencia y de manera decidida también en pósters, pancartas y panfletos. Las emisoras de radio debatían el plan hasta la obsesión. En 1948, los guionistas de la radio de Alemania del Este recibieron la orden de comentar «repetidamente» los cuatro números que se habían plasmado en el plan: el aumento del 35 por ciento en la producción, el aumento del 30 por ciento en la productividad, el incremento del 15 por ciento en los sueldos y la reducción del 7 por ciento en los presupuestos.

A fin de no aburrir a los oyentes (o, como las autoridades de la radio describieron de manera más delicada, para no «provocar apatía»), los guionistas también recibieron la orden de amenizar la repetición de esas cuatro cifras con entrevistas e informes sobre el terreno. Les sugirieron que presentaran perfiles de empresas que habían cumplido con creces sus planes de producción, y que ofrecieran una «crítica positiva» de los retrasos. Así, el éxito debía contrastar con el fracaso (fracaso reversible, por descontado), lo que supuestamente haría los programas más interesantes^[61]. En las oficinas de la radio polaca, las «discusiones sobre el Plan Sexenal» aparecieron en todas las listas de las prioridades políticas de todos los programas, desde los deportivos a los culturales, de 1950 hasta 1956.

Los planes se promocionaron también como la solución a multitud de problemas. La radio de Alemania del Este dijo a sus oyentes en 1948 que se preocuparan por las reformas monetarias en Alemania del Oeste, que por entonces estaban afectando a Alemania del Este: «El cumplimiento y el

sobrecumplimiento [del plan] nos llevará a buen puerto en esta problemática difícil pero necesaria sobre la reforma monetaria^[62]». Además, los planes no iban dirigidos exclusivamente a la industria. «Lo que necesitamos por parte de nuestros artistas —escribió un periódico de Alemania del Este— son obras de arte que contribuyan a nuestra lucha diaria para cumplir el Plan Quinquenal^[63].» Los burócratas culturales alemanes diseñaron planes anuales y trimestrales, y también emitieron informes anuales y trimestrales sobre su cumplimiento. En ellos se incluyeron los objetivos generales —«propagar el desarrollo económico y cultural en la Unión Soviética», por ejemplo—, así como otros más específicos. Un plan de 1948 obligó a que todos los museos del país diseñaran rápidamente una exposición que describiera y explicara el Plan Bienal^[64].

En Polonia, la reconstrucción de Varsovia se convirtió en uno de los objetivos principales del Plan Sexenal, que se lanzó en enero de 1950. Para celebrar la ocasión, se publicó un espléndido álbum de fotos de trescientas cincuenta páginas escrito por el propio Bolesław Bierut. El álbum contenía imágenes de Varsovia tal y como estaba —con montañas de escombros, niños escondidos entre las ruinas, mujeres tendiendo la ropa en balcones destrozados—, y dibujos de cómo sería la ciudad: austeros rascacielos de arquitectura de realismo socialista, imponentes edificios gubernamentales y amplios paseos. Habría espacio para «reuniones y manifestaciones multitudinarias», palacios de deportes y parques^[65].

Sin embargo, el Plan Sexenal de Polonia perdió ímpetu incluso antes de que transcurrieran los seis años. Se fue atascando hasta detenerse tras la muerte de Stalin en 1953, y mucho de lo que se había planeado jamás se terminó. Si bien la reconstrucción de la ciudad siguió adelante, muchos de los edificios del álbum de Varsovia no llegaron a construirse, mientras que otros sufrieron drásticas modificaciones. Y por ello, toda una generación posterior de varsovianos se sintió agradecida.

Segunda parte

LA FASE FINAL DEL ESTALINISMO

Los enemigos reaccionarios

Enseñamos que es correcto dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Pero cuando el César se sienta en el altar, respondemos de manera cortante: no puede.

Cardenal STEFAN WYSZYNSKI, 1953

A finales de 1948, los partidos comunistas de Europa del Este y sus aliados soviéticos ya habían impuesto enormes cambios en las nuevas democracias populares. Habían eliminado a los más capaces de sus oponentes potenciales. Habían tomado el control de las instituciones que consideraban más valiosas. Habían creado, de la nada, la policía política. En Polonia, la oposición armada había sido destruida y la oposición legal, desmantelada. En Hungría y en Alemania del Este, los movimientos «antifascistas» espontáneos habían dejado de existir, y los partidos de auténtica oposición habían sido eliminados. En Checoslovaquia, un exitoso golpe de Estado había otorgado el poder absoluto a los comunistas. Partidos fieles al comunismo gobernaban ahora Bulgaria, Rumanía y Albania. La socialdemocracia, pese a sus profundas raíces en la región, había desaparecido del escenario político, junto con las grandes empresas privadas y muchas organizaciones independientes.

Aun así, el paraíso socialista aún quedaba muy lejos. Los regímenes habían atraído a algunos colaboradores y a algunos partidarios convencidos, y estaban intentando educar a más. Muchas decenas de miles de personas se habían unido al partido y a sus organizaciones de masas afiliadas, como los movimientos juveniles, las organizaciones de mujeres y los sindicatos oficiales. Sin embargo, los partidos comunistas eran impopulares, y el apoyo que recibían era aún inestable, incluso en las instituciones de mayor confianza. A millones de europeos del Este la ideología comunista aún les resultaba ajena, y aún pensaban que el partido representaba una potencia extranjera. Los partidos comunistas de Europa del Este no habían ganado legitimidad mediante elecciones y tampoco la habían ganado a través de sus políticas económicas. Sus economías ya se habían quedado rezagadas con respecto a las de Occidente. Los alemanes del Este, en particular la población de Berlín oriental, lo vieron claramente después de la reforma monetaria de

1948 en Alemania occidental. Sin embargo, cualquiera que tuviera familiares en Occidente, o que tuviera acceso a la radio de allí también lo sabía.

Ni siquiera Stalin confiaba plenamente en sus seguidores de Europa del Este, de modo que concluyó que tendrían que recurrir a métodos más severos para mantenerse en el poder. Durante aproximadamente los cinco años siguientes, los estados de Europa del Este imitarían con exactitud las políticas internas e internacionales soviéticas con la esperanza de eliminar a sus oponentes para siempre, conseguir un mayor crecimiento económico e influir sobre una nueva generación de adeptos convencidos mediante la propaganda y la educación pública. Hasta la muerte de Stalin en 1953, los partidos comunistas de la región perseguirían una serie de objetivos idénticos utilizando exactamente las mismas tácticas. Esa fue la fase final del estalinismo.

Aunque la retórica de esa época siempre sonó sumamente segura, el período comenzó con una crisis. En marzo de 1949, Bolesław Bierut, ahora el líder incontestable del partido comunista polaco, apuntó a ese problema en una carta que escribió a Viacheslav Molótov, y que después llegó a manos de Stalin. En primer lugar, Bierut elogió a los agentes de la policía secreta polaca que habían «repelido los ataques del enemigo» en 1945 y 1946. Los agentes de seguridad polacos de formación soviética no solo habían derrotado a la resistencia y «destruido el PSL de Mikołajczyk», sino que se habían convertido en «un instrumento afilado del poder del pueblo en la lucha contra el enemigo de clase y la penetración del espionaje extranjero». Sin embargo, no estaba satisfecho. Pese a sus muchos logros, la policía secreta aún no había conseguido «reorganizar de manera contundente su labor para llevar a cabo una batalla más exitosa contra las actividades del enemigo». Entre esos enemigos, Bierut mencionó no solo los movimientos de resistencia, sino también a los «clérigos», los socialdemócratas polacos, los antiguos miembros del Ejército Nacional e incluso a antiguos comunistas que «habían sido excluidos del partido^[1]».

A continuación, Bierut expuso las muchas «insuficiencias» de la policía secreta y recomendó soluciones. Entre ellas mencionó el cierre total de la frontera terrestre occidental y la frontera marítima del norte; la infiltración en los grupos de «enemigos» potenciales; mayor seguridad para las fábricas y las oficinas del partido; y una cuidadosa labor «táctica» entre el clero, utilizando «métodos coercitivos» en algunos casos, o la «neutralización» en otros. El tono de la carta de Bierut es sumamente paranoico, y se refiere en múltiples

ocasiones a espías, agentes angloamericanos y enemigos de diversos tipos:

En el transcurso de los últimos meses ha sido posible observar indicios de autosatisfacción, de que se ha subestimado la capacidad del enemigo para reconstruir sus redes de organización, de que se ha producido una observación insuficiente de las actividades del enemigo, así como una tendencia a adoptar mecánicamente viejos métodos de lucha que son claramente insuficientes en la situación actual...^[2]

En cierto sentido, la paranoia de Bierut estaba justificada. Sin duda, muchos clérigos polacos sentían una gran insatisfacción, como la sentían también muchos ex miembros del Ejército Nacional, ex comunistas y ex partidarios de la socialdemocracia. Una gran parte de la sociedad polaca era notablemente más proestadounidense que prosoviética, y eran muchos los que se sentían más vinculados a los ideales del disuelto Ejército Nacional que a los del nuevo ejército polaco, visiblemente dominado por oficiales soviéticos.

Sin embargo, es probable que la paranoia de Bierut se viera intensificada por la paranoia del propio Stalin, que aumentó considerablemente durante 1948 y 1949, y por algunas de las mismas razones. Millones de ciudadanos soviéticos habían experimentado la riqueza y la libertad de Europa occidental por primera vez durante la Segunda Guerra Mundial y después habían regresado a su tierra, un mundo privado de bienes materiales. «Las bicicletas son viejas, de antes de la guerra —escribió Joseph Brodsky sobre su infancia durante la posguerra—, y a quien tenía un balón de fútbol lo considerábamos un burgués^[3].» La insatisfacción, incluso entre los comunistas más convencidos, era real. Stalin lo sabía y la policía secreta soviética, también. Durante una conversación telefónica privada, intervenida y grabada por el KGB, un general soviético que había regresado a casa desde el frente contó a un colega que «absolutamente todo el mundo expresa abiertamente su descontento con esta vida. En los trenes, en todas partes, no se habla de otra cosa^[4]».

Como resultado de las conquistas durante la guerra y de la represión sangrienta de los movimientos de resistencia, la Unión Soviética también había desarrollado categorías nuevas de residentes sumamente sospechosos. Como sus fronteras se habían desplazado varios cientos de kilómetros hacia el oeste, millones de habitantes de las Polonia, Rumanía y Checoslovaquia de preguerra y de los estados bálticos eran ahora ciudadanos soviéticos. Muchos de ellos estaban naturalmente en contra de lo que percibían como una nueva forma de imperialismo ruso, y eso la policía también lo sabía. En el año 1945, el KGB consideraba a todos los ciudadanos de los nuevos territorios occidentales agentes de influencia extranjera, saboteadores y espías en

potencia. Incluso después de que la mayoría de los presos políticos fueran liberados del Gulag tras la muerte de Stalin, los nacionalistas bálticos y ucranianos permanecieron en prisiones soviéticas hasta bien entrada la década de 1960^[5]. A fin de contener el descontento generalizado, y tal vez para intimidar a los nuevos ciudadanos soviéticos y asegurarse su docilidad, Stalin ordenó una importante oleada de arrestos durante 1948 y 1949, comparable en número al Gran Terror de 1937-1938. Tras una tregua después de la guerra, los campos del Gulag empezaron a llenarse nuevamente. Alcanzarían su punto máximo, en términos de cantidad y de trascendencia económica, entre 1950 y 1952^[6].

La acentuada paranoia de Stalin también contribuyó a provocar la guerra fría, que a su vez alimentó aún más su ansiedad. Las dudas que se tenían en Occidente sobre las intenciones soviéticas en Europa se habían consolidado ya cuando Churchill pronunció su discurso sobre «el Telón de Acero» en 1946, y se habían convertido en la norma cuando en 1947 el presidente Truman declaró la intención de Estados Unidos de «apoyar a los pueblos libres que se resisten a ser dominados por minorías armadas o por presiones externas», frase que se conoció más tarde como la Doctrina Truman^[7]. Con el tiempo, «el apoyo a los pueblos libres» adoptaría muchas formas, desde las más imaginativas —se soltaron globos con panfletos de propaganda sobre la frontera Este-Oeste— hasta otras más pragmáticas^[8]. Sin duda, el «arma» más efectiva de la guerra fría fue Radio Free Europe, un servicio de radiodifusión establecido en Munich, fundado por el gobierno estadounidense pero con empleados exiliados, que transmitían en su lengua. Radio Free Europe resultó un medio efectivo no porque ofreciera contrapropaganda, sino porque radiaba de manera fiable las noticias del día^[9].

El miedo occidental de las intenciones soviéticas, combinado con la paranoia de Stalin, llevó a una serie de profundos cambios diplomáticos y militares, todos ellos muy bien descritos en muchas de las excelentes descripciones que hay de la guerra fría^[10]. En abril de 1949, los europeos occidentales ratificaron el Tratado del Atlántico Norte y crearon la OTAN. En octubre de 1949, Stalin abandonó la farsa de que se produciría la reunificación inminente de Alemania, y la República Democrática Alemana —también conocida como Alemania del Este, RDA o DDR, por Deutsche Demokratische Republik— se convirtió en un Estado independiente. El rearmamento de Alemania, impensable unos años atrás, se fue acelerando progresivamente en ambos lados de la frontera, dentro del país, con la

creación del Bundeswehr en el Oeste, la Fuerza de Defensa Federal y el Ejército Popular Nacional en el Este. Se tomaron medidas extraordinarias para asegurarse la lealtad de otros ejércitos de Europa del Este. En noviembre de 1949, un general soviético, Konstantin Rokosovski, fue nombrado ministro de Defensa de Polonia. Si bien era de origen polaco (y aunque su familia aún insiste efusivamente en que nació en Varsovia), Rokosovski había forjado su carrera en el Ejército Rojo, y nunca entregó su pasaporte soviético. Su presencia en el gobierno polaco sirvió para establecer, simbólica y prácticamente, el control soviético sobre las fuerzas armadas y la política exterior de Polonia^[11]. Otros oficiales soviéticos, algunos de los cuales solo hablaban ruso, recibieron también puestos de responsabilidad en las fuerzas armadas polacas y húngaras. En ambos ejércitos, oficiales jóvenes de procedencia obrera o campesina fueron ascendidos rápidamente, mientras que a otros mayores se les facilitó la salida^[12].

Sin embargo, en 1948 la Unión Soviética también recibió otros tres golpes a su prestigio en Europa del Este. El primero fue la llegada de la primera cantidad de ayuda financiera del Plan Marshall, unos 4000 millones de dólares que serían repartidos durante los dos años siguientes. El Fondo Marshall no fue la única razón de la recuperación económica de Europa occidental, que ahora empezaba a acelerarse, pero sí supuso un estímulo anímico y financiero fundamental. El «dinero Marshall» se convirtió en una de las explicaciones más comunes para la diferencia en los niveles de bienestar que se estaban produciendo entre las mitades este y oeste del continente^[13].

El segundo golpe fue el resultado de una provocación soviética que salió mal. Después de que los Aliados occidentales anunciaran una reforma monetaria y la introducción del marco occidental (que más adelante se convertiría en el *deutsche mark*) en las zonas de ocupación en junio de 1948, la Unión Soviética respondió con lo que se conocería como el bloqueo de Berlín. Las autoridades de ocupación soviéticas cortaron la electricidad, así como el acceso por carretera, ferrocarril y barcaza a Berlín Oeste e interrumpieron el suministro de comida y combustible. La reforma monetaria aceleró las divergencias económicas entre Alemania del Este y del Oeste, pero el propósito del bloqueo no fue solo protestar por el nuevo marco occidental. Sin duda tenía como objetivo sacar a los estadounidenses de Berlín, y tal vez también de Alemania. El Ejército Rojo tenía confianza en su éxito. Un administrador soviético recordó después que cuando se anunció el bloqueo,

los empleados del cuartel general soviético en Karlshorst lo celebraron con entusiasmo, creyendo que ese sería el principio del fin: ¡finalmente los Aliados occidentales se marcharían de Berlín!^[14]

Como es bien sabido, no sucedió así. En lugar de eso, entre el 24 de junio de 1948 y el 12 de mayo de 1949, los Aliados occidentales organizaron un puente aéreo de gran capacidad que transportaba toneladas de comida y combustible al sector occidental de Berlín a diario, lo suficiente para abastecer a dos millones de personas. El compromiso aliado con el puente aéreo de Berlín, y con el mantenimiento de una presencia occidental en Alemania, sorprendió sobremanera a la cúpula soviética. Los servicios de inteligencia soviética habían subestimado las posibilidades de éxito del puente aéreo y habían pronosticado con seguridad una rápida retirada de los occidentales. Al cabo de unas semanas, los analistas se vieron obligados a cambiar de parecer. La magnífica organización asombró a los rusos que estaban en Berlín. Para un funcionario soviético, parecía que «el avión volara bajo sobre Karlshorst a propósito, para impresionarlos. Uno nos sobrevolaba mientras otro desaparecía por el horizonte, y después aparecía un tercero, uno tras otro, sin interrupción, ¡como una cinta transportadora!^[15]». El éxito del puente aéreo finalmente obligó a la cúpula soviética a levantar el bloqueo, y en los meses siguientes, Berlín Oeste empezó a movilizarse para convertirse formalmente en parte de Alemania occidental. La inteligencia soviética de la región empezó a informar a Stalin sobre las amenazas de una guerra inminente. Y él optó por creerlas^[16].

El tercer golpe importante al prestigio de Stalin llegó del interior del bloque. Josip Broz Tito, el «pequeño Stalin» de Yugoslavia, era el único líder comunista de Europa del Este a quien no le preocupaba ser una figura sumamente impopular. Aunque tenía multitud de enemigos, y aunque se deshacía de ellos con bastante brutalidad, el partido comunista yugoslavo también tenía sus propias fuentes de legitimidad. Habiendo liderado la resistencia antinazi, y después de haber creado su propio ejército y policía secreta, Tito —de manera excepcional en la región— no necesitaba del apoyo militar soviético para mantenerse en el poder. Tampoco deseaba una gran interferencia soviética. Si bien las tensiones llevaban algún tiempo gestándose, la ruptura se hizo oficial en junio de 1948, cuando el resto del bloque se puso de acuerdo en expulsar a Yugoslavia de la Kominform.

Si el éxito del puente aéreo de Berlín había agravado la paranoia sobre posibles conspiraciones occidentales y redes de espionaje anglo-

estadounidenses, la salida de Tito del bloque alimentó los temores soviéticos de disensiones internas. Porque, si Tito podía escapar a la influencia de Stalin, ¿por qué no podrían hacerlo otros? Si los yugoslavos podían diseñar sus propias políticas económicas, ¿por qué no iban a hacerlo los polacos o los checos? Con el tiempo, el «titoísmo» o el «desviacionismo derechista» se convirtió en un delito político muy grave: en el contexto de Europa del Este, un «titoísta» era alguien que quería que su partido comunista nacional mantuviera cierta independencia del partido comunista soviético. Como el trotskismo, el término podía llegar a aplicarse a cualquiera que se opusiera (o pareciera oponerse, o fuera acusado de oponerse) a la línea política establecida. Los titoístas también se convirtieron en los nuevos chivos expiatorios. Si Europa del Este no era tan próspera como la del Oeste, entonces seguro que ellos tenían la culpa. Si las tiendas estaban vacías, era por los titoístas. Si las fábricas de Europa central no producían a los niveles esperados era porque los titoístas las habían saboteado.

Dentro de las fronteras del bloque oriental, el año 1948 marcó un momento decisivo también en política interior: fue el año en que los aliados de Europa del Este de la Unión Soviética abandonaron sus intentos de adquirir legitimidad a través de un proceso electoral y dejaron de tolerar cualquier forma de verdadera oposición. Todo el poder del Estado policial se volvió contra los enemigos que el régimen creía tener en la Iglesia, en la ya derrotada oposición política e incluso en el seno del propio partido comunista.

Los opositores al régimen sufrieron violencia, arrestos e interrogatorios, pero esas no fueron las únicas tácticas. A partir de 1948, los partidos comunistas iniciaron también esfuerzos destinados a corromper las instituciones de la sociedad civil desde dentro, en particular las instituciones religiosas. La intención no era destruir las iglesias, sino transformarlas en «organizaciones de masas», vehículos para la distribución de propaganda estatal, igual que los movimientos de jóvenes, los movimientos de mujeres comunistas o los sindicatos comunistas^[17]. En esa nueva etapa, los partidos comunistas sentían que ya no bastaba con amedrentar a sus oponentes. Tenían que aparecer señalados públicamente como traidores o ladrones, ser sometidos a humillantes juicios amañados, sujetos a incesantes ataques por parte de los medios, y encerrados en prisiones nuevas y más severas, y en campos especialmente diseñados para ellos.

El renovado ataque a los enemigos del comunismo fue el elemento más visible y drástico de la fase final del estalinismo. Sin embargo, la creación de

un extenso sistema de educación y propaganda, planeado para evitar que en el futuro surgieran nuevos enemigos, constituyó un factor igualmente importante para los comunistas de Europa del Este. En teoría, esperaban crear no solo una nueva clase de sociedad, sino una nueva clase de individuo, un ciudadano que ni siquiera fuera capaz de imaginar alternativas a la ortodoxia comunista. Durante una agitada discusión sobre la pérdida de oyentes de la radio de Alemania del Este, un alto mando comunista argumentó que «es necesario que en cada detalle, en cada programa, en cada departamento se analice la línea del partido y se utilice en el trabajo diario^[18]». Eso fue precisamente lo que se hizo en la sociedad: a partir de 1948, las teorías del marxismo-leninismo se explicarían, expondrían y analizarían en guarderías, escuelas y universidades; en la radio y los periódicos; mediante elaboradas campañas, manifestaciones y acontecimientos públicos multitudinarios. Todas las fiestas oficiales se convirtieron en ocasiones para adoctrinar, y todas las organizaciones, desde la cooperativa de alimentos Konsum en Alemania a la Sociedad Chopin de Polonia, se convirtieron en vehículos de distribución de la propaganda comunista. La población de los países comunistas participaba en campañas por «la paz», recogía dinero para ayudar a la comunista Corea del Norte y desfilaban para celebrar las fiestas comunistas^[19]. Desde fuera — y para algunos también desde dentro—, la fase final del estalinismo parecía un sistema político cuyos intentos por hacerse con el control total podrían resultar exitosos.

Desde los primeros tiempos de la ocupación soviética, la Iglesia siempre se había visto sometida a acoso, y a cosas peores. Los líderes religiosos, por ser importantes e influyentes miembros de la sociedad civil, habían sido algunas de las primeras víctimas de la oleada de violencia inicial por parte del Ejército Rojo. Multitud de sacerdotes católicos polacos fueron enviados a campos soviéticos. Los campos alemanes de posguerra contenían a miembros del clero católico y protestante, además de un considerable número de líderes de juventudes católicas. Las autoridades de ocupación soviéticas habían hecho todo lo posible para prohibir los campamentos religiosos y retiros para jóvenes. En Hungría, la oleada de violencia contra los grupos de jóvenes había empezado con el arresto del padre Kiss, el sacerdote acusado de organizar el asesinato de los soldados del Ejército Rojo en 1946, y había seguido con la prohibición del grupo de jóvenes católicos Kalot, campañas difamatorias contra el clero calvinista y luterano, y muchas otras formas de acoso legal y personal. Ya en mayo de 1945, un obispo luterano, Zoltán Túróczy, fue juzgado por un tribunal popular y condenado a la cárcel,

supuestamente para amedrentar a otros^[20].

Los líderes comunistas odiaban y temían de manera instintiva a los líderes religiosos, y no solo por su propio ateísmo doctrinal. Los líderes religiosos eran una fuente alternativa de autoridad moral y espiritual. Contaban con recursos económicos independientes y contactos poderosos en Europa occidental. Los sacerdotes católicos en particular eran temidos, tanto por sus estrechos vínculos con el Vaticano como por el poder que parecían tener las sociedades y organizaciones benéficas católicas. En muchos países, sobre todo en Alemania y Polonia, los líderes de la Iglesia también habían estado relacionados con la oposición antifascista o antihitleriana durante la guerra, lo que les proporcionó una posición y una legitimidad adicionales al término de la guerra. El poder organizativo de la Iglesia, además de su poder ideológico, era extraordinario. Poseía edificios a los que la gente descontenta podía acudir a reunirse, e instituciones en las que podían conseguir empleo. Todos los domingos, sacerdotes y pastores tenían su público asegurado. Las publicaciones de la Iglesia también tenían un grupo de lectores fiel. Todo ello convertía a la Iglesia en un elemento clave que prestaba apoyo a organizaciones sociales, benéficas y educativas de toda clase.

Desde el principio, tanto los nuevos regímenes como sus aliados soviéticos habían mostrado una buena dosis de cautela al tratar con las iglesias. En 1945, el Ejército Rojo no se dedicó a cerrar, saquear o destruir iglesias de manera sistemática como lo habían hecho los bolcheviques durante la Revolución rusa y la Guerra Civil, y tampoco fusiló en masa a sacerdotes^[21]. En muchas ocasiones, los soldados del Ejército Rojo en Alemania hicieron todo lo posible para facilitar la reapertura de instituciones religiosas: iglesias, escuelas, incluso facultades de teología. Permitieron que las nuevas emisoras de radio transmitieran sermones y autorizaron la impresión de biblias y otra literatura religiosa. Todo ello fue deliberado. Querían distinguir a los nuevos ocupantes de sus predecesores nazis, como un funcionario soviético en Alemania escribió en un análisis posterior: «Al dar a las iglesias libertad total para llevar a cabo sus actividades, las autoridades de ocupación soviéticas demostraron su tolerancia hacia la religión» y eliminaron «una parte importante del arsenal de la propaganda antisoviética^[22]». Sin embargo, su completa ignorancia acerca de la religión teñía sus acciones de cierta arbitrariedad. Por ejemplo, en 1949 el alto mando soviético de la zona comenzó a sospechar de los jóvenes que se estaban preparando para celebrar la confirmación luterana en la ciudad de Nordhausen

y pidió saber «qué falta hace tal propaganda adicional». Bramó que no entendía el propósito de una ceremonia de confirmación: «¿Es el de agitar contra el marxismo y Rusia?», se preguntó^[23].

La deferencia hacia la Iglesia fue incluso mayor en Polonia, donde los líderes comunistas, ansiosos por ser percibidos como «polacos» y no «soviéticos» (o, de hecho, judíos), en un primer momento rindieron tributo a los símbolos nacionales polacos de toda índole, incluyendo a la jerarquía eclesiástica. Altos cargos comunistas desfilaban junto a altos cargos clericales en las procesiones anuales del Corpus Christi, y los líderes comunistas asistían a misa con frecuencia. Entre bastidores, la cúpula del partido polaco describía estas acciones como una política de «sortear» a la Iglesia: primero reformarían otras instituciones, intentarían alejar de ella a la población y esperarían a que los religiosos practicantes de mayor edad terminaran por desaparecer.

Como en Alemania, el nuevo gobierno deseaba que algunas instituciones católicas oficiales reabrieran en Polonia como muestra de que se había restaurado la «normalidad» y de que la presencia del Ejército Rojo no constituía una nueva ocupación. La institución católica más importante del país, la Universidad Católica de Lublin, abrió sus puertas en agosto de 1944, una decisión que enfureció al gobierno de Londres en el exilio, puesto que implicaba un reconocimiento tácito del statu quo. Poco después, la archidiócesis de Cracovia recibió permiso oficial para publicar *Tygodnik Powszechny* («Universal Semanal»), el semanario católico de corte intelectual que se convirtió rápidamente en el más importante del país. El escritor e intelectual comunista Jerzy Borejsza organizaba reuniones de intelectuales comunistas y católicos en Cracovia con la esperanza de orquestar un alto el fuego entre la Iglesia y el partido^[24].

En Hungría, el partido también intentó parecer complaciente, aunque es necesario acentuar la palabra «intentó». En noviembre de 1945, Mátyás Rákosi dijo en una reunión del Comité Central dedicada a asuntos relacionados con la Iglesia que «tenemos que obrar con cuidado, tenemos que decidir cómo y de qué manera atacar^[25]». «Obrar con cuidado», al menos en un primer momento, significaba que los comunistas húngaros jamás atacaron a la Iglesia abiertamente y que las brigadas comunistas ayudaron a reconstruir iglesias dañadas por los bombardeos, por lo que fueron elogiadas públicamente^[26]. Sin embargo, los líderes religiosos aparecían en los medios oficiales como «reaccionarios» corruptos que pretendían restaurar el régimen

de Horthy.

Los ataques a las iglesias también se llevaron a cabo ocultos tras la apariencia de otros programas. Durante la reforma agraria, el Estado húngaro privó deliberadamente a la Iglesia católica de más de tres cuartas partes de sus tierras, y a la Iglesia protestante de más de casi la mitad^[27]. En público, las autoridades describían esa confiscación de propiedades de la Iglesia como una consecuencia legítima de la reforma económica y no como un ataque abierto a la religión. No se pagó ninguna compensación. Los sacerdotes y otros funcionarios eclesiásticos asumieron la dudosa posición de empleados del Estado cuando las organizaciones religiosas pasaron a depender por completo de las subvenciones estatales por primera vez.

Sin embargo, a finales de 1947 la mayoría de los partidos comunistas de la región, conscientes de que seguían siendo impopulares, se dispusieron a abandonar las sutilezas. Los jóvenes tardaban demasiado en convertirse en comunistas entusiastas, y la población religiosa no se extinguía lo bastante rápido. En septiembre, József Révai, en ese momento responsable de ideología, ya había empezado a hablar de «poner fin a la reacción del clero^[28]». En octubre, los jefes de la policía secreta regional polaca se reunieron en Varsovia y prestaron atención a Julia Brystiger, la directora del Departamento V, el departamento de la policía secreta responsable del clero, quien declaró que «la batalla contra la actividad enemiga del clero es, sin duda, una de las tareas más difíciles a las que nos enfrentamos». Brystiger, una de las agentes de la policía secreta más odiadas, expuso varios nuevos métodos de ataque, desde la investigación e introducción «sistemáticas» en las iglesias de las provincias hasta el reclutamiento de miembros del clero como informantes y la utilización de «jóvenes activistas» para controlar la religiosidad de profesores y educadores^[29]. A su debido tiempo, esas tácticas se convirtieron en la práctica habitual en todo el bloque.

En Alemania del Este, la policía secreta y la fuerza policial ordinaria, la Volkspolizei (la policía popular), perdieron muy poco tiempo en redirigir su atención hacia los «enemigos» en los grupos religiosos de jóvenes. En diciembre de 1949, el inspector general de la Volkspolizei ya había identificado lo que quedaba de la Junge Gemeinde, el movimiento de jóvenes protestantes, como una organización hostil cuyo objetivo principal era la destrucción de la Juventud Libre Alemana (Freie Deutsche Jugend, o FDJ). En una conversación con la cúpula de la FDJ, el inspector declaró que «si los delincuentes se reúnen al amparo de un culto religioso, por supuesto los

atacaremos contundentemente con todos los medios legales^[30]». Rápidamente, el lenguaje se volvió aún más severo. Walter Ulbricht se refirió a la Junge Gemeinde como un «centro de agentes» que estaba «en contacto con los supuestos grupos de juventudes» de Berlín Oeste. En Berlín Este, los administradores recibieron la disposición especial de «frustrar y destrozar el trabajo llevado a cabo por grupos reaccionarios dentro de la Iglesia y la Junge Gemeinde, en favor de los imperialistas extranjeros, para perjudicar la construcción socialista, sabotear la lucha por la paz y evitar la unidad de Alemania^[31]».

Antes de 1949, el acoso se había dirigido a un puñado de influyentes jóvenes líderes cristianos. Sin embargo, ahora la propaganda en contra de la Iglesia se volvió mucho más evidente. El régimen prohibió la *Kreuz auf der Weltkugel* —una cruz sobre un círculo, que simbolizaba el mundo—, símbolo de la Junge Gemeinde. Pandillas de la FDJ aparecían en reuniones de la Iglesia e interrumpían su desarrollo. (Un informe de la FDJ describe con satisfacción un «c circuito en motocicleta» alrededor del lugar donde se había reunido un grupo cristiano^[32]). La FDJ también organizó reuniones en institutos para «protestar contra el terror fascista en Alemania occidental» y para «descubrir y eliminar a los elementos hostiles» de los edificios, refiriéndose a los estudiantes católicos y protestantes. «Tribunales» escolares interrogaban a los niños sospechosos de tener inclinaciones religiosas. Eran acontecimientos importantes, públicos y con frecuencia muy espectaculares. Uno de esos espectáculos tuvo lugar en el teatro de una escuela de Wittenberg: los alumnos que se negaban a incorporarse a la FDJ o que insistían en ir a la iglesia fueron nombrados, condenados y expulsados, uno a uno, delante de toda la escuela. Muchos de ellos bajaron del estrado llorando^[33].

En 1954, el Estado introdujo la *Jugendweihe*, una alternativa secular a las ceremonias de confirmación protestante, una ceremonia que se suponía que impartía a los jóvenes «conocimiento útil en cuestiones básicas de la cosmovisión científica y la moralidad socialista [...] educándolos en el espíritu del patriotismo social y el internacionalismo patriótico, y ayudándolos a prepararse para la participación activa en la construcción de una sociedad socialista desarrollada y la creación de las condiciones previas básicas para la transición gradual hacia el comunismo». Los pastores protestaron, pero aunque al principio solo atrajo a, aproximadamente, una sexta parte de los jóvenes, en la década de 1960 más del 90 por ciento de ellos

participarían en esa ceremonia^[34].

Muchos niños fueron expulsados de la escuela por negarse a renunciar públicamente a la religión —los cálculos oscilan entre 300 y 3000—, y muchos más fueron expulsados de las universidades. Algunos de ellos se marcharon a Alemania del Oeste o a Berlín Oeste, donde el Ministerio del Interior de Alemania occidental ofreció enseñanza y alojamiento para aquellos que se vieron obligados a marcharse de la escuela, una política que, naturalmente, incrementó la paranoia en la mitad oriental del país^[35]. Otros miembros de familias religiosas nunca intentaron siquiera ingresar en la universidad. Después de haberse negado a afiliarse a la FDJ en la escuela, Ulrich Fest, el tendero de Wittenberg, supo que ni él ni sus amigos podrían optar a estudios superiores: «Éramos un grupo muy reducido en el que todos pensábamos “no, eso no es para nosotros”^[36]».

Los acontecimientos siguieron un patrón similar en Hungría: primero comentarios aciagos sobre espionajes, después acoso, prohibiciones y arrestos. Rákosi inició 1948 acordando con Révai que «antes de que termine el año tenemos que poner fin a la reacción clerical^[37]». Cientos de escuelas religiosas fueron nacionalizadas en un período de meses, a veces teniendo que hacer frente a airadas protestas. En un tristemente famoso incidente en el pueblo de Pócspetri, los vecinos del lugar se reunieron para protestar por la pérdida de su escuela y la policía los golpeó con porras. Una pistola se disparó y un policía resultó muerto. A continuación, detuvieron a un notario y a un sacerdote del lugar, y el notario fue condenado a muerte y ejecutado. Las sospechas (que ahora se sustentan en algunas pruebas documentales) de que el incidente había sido provocado y organizado por la policía política han pendido sobre el caso desde entonces. En ese momento, el incidente fue utilizado en la guerra propagandística contra las escuelas religiosas. En junio, más de 6500 se vieron obligadas a renunciar a su identidad religiosa y a convertirse en escuelas estatales^[38].

El cierre de monasterios no se hizo esperar. Las monjas de la ciudad de Győr dispusieron de seis horas para recoger sus cosas y marcharse. En el sur de Hungría, ochocientos monjes y unas setecientas monjas fueron expulsados de monasterios en plena noche; les dijeron que podían llevarse veinticinco kilos de ropa y libros, los subieron a camiones de transporte y los sacaron de allí a la fuerza. En todo el país, unas ochocientas monjas recibieron la noticia de que no podían seguir trabajando en hospitales, decreto que obligó a muchos de esos hospitales a reducir sus servicios. Algunas monjas volvieron

a vivir con sus familias o fueron a trabajar a fábricas, y a otras las deportaron a la Unión Soviética^[39]. Sándor Keresztes, un ex político católico que estaba bajo vigilancia policial constante —tenía ocho hijos, lo que de por sí ya se consideraba sospechoso—, contrató discretamente a un grupo de monjas para que repararan medias de nailon, de modo que pudieran permanecer juntas y no pasar hambre^[40].

En Polonia, el cambio de táctica del partido en 1948 coincidió con la muerte del primado católico August Hlond. Tras su fallecimiento, la creencia generalizada entre el clero de que el régimen pronto fracasaría y de que las potencias occidentales tendrían que forzar la salida de la URSS de Europa del Este empezó a desvanecerse^[41]. La Iglesia estaba más que desmoralizada por los arrestos de sacerdotes, por las órdenes que prohibían la enseñanza del catecismo en las escuelas y por la clausura de seminarios. Los hospitales y asilos católicos también se cerraron, junto con las organizaciones de beneficencia que aún estaban activas. A principios de 1950 se violó un nuevo tabú cuando el régimen lanzó un ataque sobre Caritas, la entidad de acción caritativa católica más importante. Caritas administraba más de 4500 orfanatos, se ocupaba de 166 700 huérfanos, mantenía 241 comedores de caridad y distribuía ayuda del exterior, mayoritariamente de Estados Unidos, la cual había contribuido a reconstruir iglesias, escuelas y conventos. En los meses que siguieron al fin de la guerra, Caritas había sido una de las pocas fuentes de medicamentos en Polonia. Sin embargo, su poder, prestigio e independencia contribuyeron a que el ataque del partido fuera especialmente virulento. En enero de 1950, la agencia de prensa polaca anunció que Caritas había quedado bajo el control de «aristócratas» y simpatizantes nazis, y que la mayoría de sus dirigentes estaban siendo investigados por malversación de fondos. Caritas quedó de inmediato bajo la administración estatal y su cúpula directiva fue sustituida. En realidad, la entidad fue nacionalizada. Asombrado, el episcopado polaco negó en bloque todas las acusaciones vertidas contra Caritas y denunció el ataque:

No se trata de una preocupación por el bienestar de la población, sino que se pretende la destrucción de Caritas como institución de la Iglesia y, al mismo tiempo, la acumulación de insinuaciones y calumnias en contra del catolicismo, a fin de desbaratar la Iglesia en Polonia. Tal efecto se consigue mediante la campaña de gran envergadura que se ha llevado a cabo en la prensa y la radio, y mediante la organización de conferencias y reuniones. [...] En algunos casos se ha organizado también la persecución de sacerdotes. Los han sacado de la cama a primera hora de la mañana gente armada con rifles, que otras veces no permitieron la celebración de la santa misa o forzaron la interrupción de los oficios religiosos [...] algunos sacerdotes comparecieron frente al tribunal aún con sus vestiduras litúrgicas^[42].

Los sacerdotes que se opusieron a la nacionalización de Caritas fueron castigados con severidad. Un sacerdote que leyó una protesta en voz alta a sus feligreses fue multado con 75 000 zlotys, una fortuna en esa época^[43]. Después de que un grupo de padres de Katowice escribieran una carta para mostrar su oposición al cierre de la escuela católica, los sacerdotes de la zona empezaron a ser arrastrados repetidamente hasta las oficinas de la policía secreta. Un informe interno de la Iglesia observó que «sería difícil encontrar en la diócesis de Katowice a un solo sacerdote que no haya sido llamado, y no una, sino dos, tres, cuatro o más veces, a la Seguridad del Estado, donde, después de largos interrogatorios, a veces de cinco o seis horas, los obligaron a firmar varios protocolos y declaraciones^[44]».

Después de eso, las altas jerarquías eclesiásticas disuadieron a otros de llevar a cabo formas de protesta similares. En 1954, solo quedaban ocho escuelas de primaria católicas en todo el país, de las cuales seis estaban a punto de cerrar. Las otras dos siguieron abiertas solo porque no había alternativas en su zona. Los hospitales y asilos católicos también se habían eliminado, junto con los últimos grupos religiosos independientes, como Bratni Pomoc («Ayuda fraternal»), la organización benéfica estudiantil más antigua del país. Algunos monasterios y conventos permanecieron abiertos, pero también estuvieron sometidos a presiones. Las monjas ya no podían estudiar en escuelas de enfermería que antes habían pertenecido a sus órdenes, y los monjes eran vigilados constantemente. De manera excepcional en Europa del Este, la Universidad Católica de Lublin siguió abierta. Sin embargo, su rector fue arrestado por prohibir la Unión de Jóvenes Polacos en el campus, y la facultad recibió fuertes presiones para ceder^[45].

En todo el bloque, los sacerdotes fueron arrestados en oleadas casi arbitrarias —en 1953, alrededor de mil estaban presos en Polonia— y se les vigilaba con sumo recelo. Un párroco de Krotoszyn fue investigado por ser «enemigo confirmado de la realidad actual, lo que descubre en sus sermones de doble significado, conversaciones individuales y confesiones^[46]». A un informante de Budapest le pareció que su tono era «cauto, comedido», aunque también percibió claramente un sentimiento contrarrevolucionario en un sermón sobre el heroico comportamiento de san Pablo. También le resultó sospechoso que un coro de la iglesia interpretara «una canción poco conocida llena de quejas y plegarias desesperadas^[47]». Entre los encarcelados en Alemania hubo varios sacerdotes, como Johannes Hamel en Halle, y el diácono Herbert Dost en Leipzig, que tenían muchos seguidores entre los

jóvenes, y algunos líderes laicos como Erich Schumann, a quien acusaron de violar la Constitución alemana^[48]. Las campañas para desacreditar a la Iglesia se debatían en las esferas más altas. En Hungría, el Politburó acordó que los gerentes de las fábricas deberían «organizar seminarios sobre el papel de la Iglesia como apoyo principal del capitalismo», y que la policía secreta debería lanzar «campañas de murmuraciones» en lugares de trabajo y áreas residenciales que culpara de los objetivos de producción no alcanzados al sabotaje clerical^[49].

Sin embargo, los ataques más aterradores no fueron los que se llevaron a cabo en secreto. A finales de la década de 1940, los líderes religiosos más importantes de la región también sufrieron ataques. En el invierno de 1952-1953, figuras destacadas de la archidiócesis de Cracovia se vieron sometidas a un juicio macabro en el que hubo pruebas falseadas, tinta invisible y documentos falsos^[50]. La investigación del arzobispo József Grósz, el segundo cargo católico más alto en Hungría, también provocó arrestos de sacerdotes y seglares acusados de «conspiración armada» y complots terroristas^[51]. Con anterioridad se había desprestigiado también a un sacerdote calvinista húngaro, László Ravasz, y a un obispo luterano, Lajos Ordass. Este último fue detenido en agosto de 1947 y condenado a dos años de prisión acusado de tráfico ilegal de moneda extranjera^[52]. De todas esas causas «criminales», destacaron dos por la obsesión y la determinación con las que fueron perseguidas. Se trató de los ataques sobre los dos líderes religiosos más importantes de Europa del Este: el cardenal József Mindszenty, a quien el Vaticano nombró primado húngaro en 1945, y el cardenal Stefan Wyszynski, su homólogo polaco, nombrado en octubre de 1948.

De una u otra manera, el clero tenía que funcionar dentro de un sistema político que lo describía como a su mayor enemigo. Algunos pensaron que cierto grado de cooperación e incluso de colaboración con los partidos comunistas sería su única opción para sobrevivir, y la única manera de proteger a los fieles. Otros discreparon con vehemencia. Nadie tenía el beneficio de la experiencia, y en ese momento no estaba claro cuál sería la opción «correcta» o «moral». Tal ambigüedad se hace evidente al examinar con atención las historias de los cardenales Mindszenty y Wyszynski, dos hombres extraordinarios que tomaron decisiones muy distintas.

Sociológicamente, ambos tenían mucho en común. Los dos eran hijos de devotos agricultores provinciales de recursos modestos, y los dos debían su educación y su carrera a la Iglesia. En sus memorias, Mindszenty escribe con

gratitud sobre la decisión de sus padres de enviarlo al instituto, lo que no era común entre jóvenes como él^[53]. El recuerdo más temprano de la niñez de Wyszynski era mirar los dos cuadros que colgaban en su habitación: la Virgen negra de Czestochowa, una figura a la que su padre adoraba, y la santísima Virgen de Ostra Brama, la imagen más venerada por su madre^[54].

Ambos hombres eran patriotas, y ambos tenían una trayectoria reconocida en su resistencia a la tiranía. El efímero gobierno comunista húngaro de 1919 había arrestado a Mindszenty durante un breve período de tiempo, y el gobierno fascista húngaro de la Cruz Flechada había vuelto a arrestarlo en 1944, cuando se negó a jurar lealtad a su líder, Ferenc Szálasi^[55]. Wyszynski también había trabajado como profesor «clandestino» en Varsovia durante la ocupación nazi, después de que cerrara la universidad. Durante la guerra siguió vinculado estrechamente al Ejército Nacional, y durante el Alzamiento de Varsovia fue capellán en la región de Zoliborz y en el hospital de Laski, al norte de la ciudad.

Ambos estaban al corriente de política y eran conscientes de los peligros que corrían en sus puestos. Tras su nombramiento en 1948, Wyszynski observó con ironía que a menudo le ofrecían libros sobre el martirio, así como estampas de mártires. Los que le rodeaban esperaban la llegada de la policía en cualquier momento: «Mi arresto inmediato parecía un hecho tan seguro que incluso el chófer estaba buscando otro trabajo^[56]». En ese mismo año, también temiendo ser arrestado, Mindszenty hizo una declaración en la que perdonaba por adelantado a cualquier católico que pudiera verse obligado a firmar cartas o peticiones en contra de él: «No deseo que ningún católico pierda su medio de sustento por mi culpa. Si los fieles católicos firman cartas de queja contra mí, pueden hacerlo sabiendo que no lo hacen por propia voluntad. Recemos por nuestra querida Iglesia y nuestra preciosa Hungría^[57]».

Durante sus primeros años en el cargo, ambos reflexionaron sobre el papel de la Iglesia bajo un régimen comunista, comentaron las posibles opciones con sus colegas y rezaron para descubrir el camino. También ambos actuaron de buena fe, según lo que creían que era mejor para las instituciones religiosas y para los creyentes. Sin embargo, como sus respectivas memorias ilustran, finalmente llegaron a conclusiones muy distintas sobre cuál era el mejor camino a seguir. Para dos personas profundamente religiosas, las opciones no eran fáciles ni evidentes.

De los dos, Mindszenty fue el más político, el más directo y el que se

manifestó más abiertamente en contra del comunismo. Sus conflictos con el gobierno húngaro empezaron muy temprano. En 1945, durante una visita al Vaticano, la primera que realizaba como primado, Mindszenty obtuvo una promesa de ayuda humanitaria a Hungría por parte de católicos estadounidenses. Eso enfureció a los comunistas, quienes intentaron evitar que la ayuda llegara a Hungría. Mindszenty denunció esa maniobra públicamente: «Estas donaciones de Estados Unidos fueron una muestra de la solidaridad global de la Iglesia mundial. Al bolchevismo mundial no le gustaron en absoluto». Se mostró igualmente rotundo sobre la indiferencia del partido comunista hacia el imperio de la ley. Antes de las elecciones de octubre de 1945, hizo pública una carta en la que no mencionaba el nombre de ningún partido, pero sí denunciaba la violencia policial y las detenciones arbitrarias, manifestando que «da la impresión de que una dictadura totalitaria está empezando a reemplazar a la anterior». Rákosi convocó una reunión de emergencia después de que la carta de Mindszenty se hiciera pública, y en algunos lugares la policía intentó evitar que los sacerdotes la leyeran en alto en la iglesia^[58].

Cuando empezó a intensificarse la presión sobre los grupos de jóvenes católicos y protestantes, Mindszenty asumió la responsabilidad de defenderlos abiertamente en público. En mayo de 1946, desfiló junto a la Asociación de Padres Católicos en manifestaciones contra la proposición de cierre de las escuelas religiosas. En marzo de 1947 condenó públicamente la abolición de la religión en todas las escuelas, y advirtió de que «prometer libertad de religión mientras se crean instituciones no confesionales es el colmo de la hipocresía». Después de que los obispos húngaros declararan 1947 un año santo —año mariano—, Mindszenty participó en las celebraciones. Cientos de miles de peregrinos acudieron a verlo a las reuniones masivas que se celebraron por todo el país, pese a los obstáculos que se crearon a propósito, como trenes «estropeados» y carreteras «cerradas». Mindszenty arengó a las masas con discursos vehementes y provocadores: «Las parroquias católicas deben estar alerta en estos tiempos de lucha. [...] No hacemos daño a nadie y tampoco lo haremos en el futuro. Pero si existe el intento de destruir la justicia y el amor, las bases que nos sostienen, entonces tenemos el legítimo derecho a defendernos^[59]».

Mindszenty no se anduvo con rodeos y no transigió ni negoció. Respondió a todos los ataques contra la Iglesia con contraataques. No se mostró dispuesto a firmar ningún acuerdo con el Estado hasta que el régimen

accediera a devolver los edificios y fondos que les habían confiscado, a restablecer las asociaciones que habían disuelto y a establecer relaciones diplomáticas con el Vaticano. Evidentemente, esas no eran condiciones que el partido comunista estuviera dispuesto a aceptar, y en otoño de 1948 la prensa del partido lanzó una campaña bajo un nuevo eslogan: «¡Aniquilaremos el mindszentismo!».

Después de Navidad fue arrestado. Lo despojaron de inmediato de sus vestiduras y todas sus pertenencias, lo interrogaron repetidamente y lo torturaron durante semanas. Mindszenty escribe que lo golpearon en la planta de los pies y que lo patearon sobre el suelo de su celda. Finalmente se vio sometido a un humillante juicio amañado, durante el cual «confesó» públicamente una serie de delitos absurdos, como haber planeado el robo de las joyas de la Corona húngara y conspirado para que el archiduque Otón de Habsburgo regresara al trono de Hungría. Después de eso permaneció en prisión hasta octubre de 1956^[60].

Wyszynski corrió una suerte distinta, no solo porque Polonia fuera diferente, sino porque el primado polaco eligió otra clase de tácticas. Por naturaleza, se sentía más inclinado a llegar a acuerdos. Aunque también él fue acosado desde el primer momento en que ocupó su cargo —se convirtió en primado tras la muerte de Hlond en 1948, justo cuando la campaña de propaganda contra la Iglesia empezaba a acelerarse—, optó por evitar el conflicto abierto. Se abstuvo de dar sermones encendidos y de criticar públicamente al régimen, y prefirió protestar entre bastidores. En sus memorias, lamentó que la población no siempre se diera cuenta de sus tácticas ocultas: «La gente no sabía nada sobre la multitud de cartas, memorandos y quejas entregadas [...] en defensa de los derechos de la Iglesia». Incluso intentó identificar algunos puntos de acuerdo potencial con la ideología comunista, señalando la tradicional defensa por parte de la Iglesia de la «justicia social», y declarándose a favor de la reestructuración económica y de la reforma agraria, que según él tendrían que haberse producido mucho antes. Reconoció que su «ateísmo intolerante» dificultaba la cooperación con los comunistas, pero de todos modos trató de encontrar puntos en común^[61].

Desde el momento en que tomó posesión de su cargo, Wyszynski empezó a negociar lo que más adelante se conocería como el «acuerdo de entendimiento mutuo» entre las autoridades estatales y la Iglesia. Tres obispos se desplazaban regularmente para reunirse con dirigentes comunistas. Prosiguieron con esas reuniones incluso cuando se impusieron restricciones

severas en las actividades de la Iglesia e incluso cuando los comunistas empezaron a crear obstáculos y provocar demoras. Wyszynski firmó el célebre —o tristemente célebre, según el punto de vista— documento en abril de 1950. Entre otras cosas, obligaba a los líderes eclesiásticos polacos a «decir al clero que su trabajo pastoral, de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, debería fomentar el respeto por las leyes y prerrogativas del Estado entre los fieles^[62]». En realidad, la Iglesia se comprometió a no apoyar a la resistencia, ni a los grupos de resistencia anticomunista de ninguna clase. El acuerdo fue controvertido, y se mantuvo así durante años. A muchos les pareció que habían llegado demasiado lejos con un compromiso vergonzoso que contribuía a legitimar el régimen y a debilitar la Iglesia. Un sacerdote al que sometieron a un interrogatorio policial en 1950 tuvo conocimiento del acuerdo cuando todavía estaba en la cárcel. Más adelante escribió que había supuesto que era una mentira diseñada para doblegar su voluntad de resistir. Era imposible, impensable, que un primado católico polaco hubiera firmado algo tan sumamente colaboracionista.

El propio Wyszynski tardó mucho en tomar la decisión de firmar el acuerdo, y en ocasiones pareció arrepentirse de haberlo hecho. En 1953 dijo en una conferencia del episcopado que todos sus intentos de cooperar con el régimen y de complacerlo se habían percibido como una simple «debilidad»: «El gobierno nunca ha dejado de mirar a la Iglesia a través de una lente política. La Iglesia es el Vaticano, los obispos son agentes y espías». Pareció casi aliviado cuando finalmente lo arrestaron en septiembre de 1953 porque con ello su postura quedó un poco más clara, como le comentó a un sacerdote: «Obreros, campesinos, intelectuales, gente de toda condición y de todos los lugares de la nación están en la cárcel, y es bueno que el primado y los sacerdotes también lo estén, porque nuestra labor consiste en estar con la nación^[63]».

Wyszynski entendía el motivo por el que tanta gente desaprobaba el acuerdo entre la Iglesia y el Estado, y también sabía que Mindszenty se había negado a firmar un documento similar. Su decisión de negociar no implicaba que se hiciera ilusiones con respecto a la naturaleza del régimen: sabía que firmando un acuerdo no ganaba otra cosa que un poco de tiempo. Sin embargo, tiempo era justamente lo que quería. La Iglesia polaca había sufrido terriblemente durante la guerra, escribió después: miles de sacerdotes polacos fueron arrestados, miles murieron en campos de concentración alemanes y soviéticos, y el clero necesitaba tiempo para recuperarse. La Iglesia debía

evitar a toda costa la destrucción que había padecido la Iglesia ortodoxa rusa tras la Revolución rusa: «Teníamos que ganar tiempo y fortaleza para defender las posturas de Dios^[64]». Consideró el acuerdo como un compromiso necesario que proporcionaría a la Iglesia un poco de espacio para respirar y, por lo menos, dificultaría que el régimen se quejara de que la Iglesia era obstinada o recalcitrante.

Esas dos posturas distintas dieron lugar a resultados diferentes. La confrontación abierta de Mindszenty tuvo el mérito de la claridad. En esa época fue muy admirado por su insistencia en la verdad, y por ello sigue siendo admirado hoy en día. Las escuelas e instituciones religiosas habían sido destruidas, gente inocente había sido arrestada y asesinada, y él tuvo el coraje de denunciarlo. Su franqueza lo convertiría más adelante en un importante símbolo del anticomunismo en Hungría y en el resto del mundo. Cuando los rebeldes húngaros lo liberaron en 1956, una multitud eufórica fue a recibirlo a las puertas de la prisión^[65]. Sin embargo, su valor no evitó que la Iglesia húngara sufriera una severa represión. Después de su detención, tortura y humillante juicio, los obispos húngaros se vieron obligados a firmar un «acuerdo de entendimiento mutuo» similar al que Wyszynski había firmado de mala gana, pero con unas condiciones mucho peores^[66]. La versión húngara no solo reconocía la constitución de la República Popular húngara, sino que también instaba a sus fieles a contribuir a cumplir el Plan Quinquenal. De manera explícita, advertía a los sacerdotes de que no se opusieran a la colectivización de la agricultura. A la semana siguiente de haberlo firmado, el Estado emitió el decreto que disolvió las órdenes monásticas de Hungría^[67].

Las tácticas más acomodaticias de Wyszynski tuvieron el mérito de la flexibilidad. Persiguió evitar la confrontación, evitar que los sacerdotes entraran en la cárcel, y mantener tantas instituciones religiosas abiertas como fuera posible. Su postura no tenía la claridad moral de la de Mindszenty, ni la misma capacidad de inspiración, y sus sermones comedidos dejaban a la población desconcertada sobre la verdadera actitud de la Iglesia hacia el comunismo. Sin embargo, esa forma de actuar suya que evitaba la confrontación tal vez ayude a explicar por qué Wyszynski fue arrestado relativamente tarde, en 1953 en lugar de en 1949, por qué nunca fue juzgado, y por qué la Iglesia polaca salió relativamente intacta del período estalinista, al menos en comparación con la húngara, la checoslovaca y la alemana. Wyszynski creía que su tono conciliador había conseguido que a los

comunistas les resultara más difícil atacar a la Iglesia católica polaca. En realidad, no pudieron acusarlo de intransigencia reaccionaria cuando había aceptado tantas de sus peticiones. Al menos hasta la década de 1980, la actitud de Wyszyński marcó la pauta que siguieron otros clérigos polacos, la mayoría de los cuales aceptaron públicamente la autoridad legal del partido. Durante todo el período comunista, la inmensa mayoría de los sacerdotes polacos procuraron evitar los conflictos políticos al tiempo que siguieron llevando a cabo sus funciones tradicionales. En comparación, las iglesias húngaras, tanto la católica como la protestante, se sintieron mucho más desmoralizadas durante el período estalinista, y la policía secreta se infiltró más a fondo en ellas durante las décadas de 1970 y 1980. A diferencia de la Iglesia católica de Polonia y las iglesias protestantes de Alemania, las húngaras no desempeñaron un papel institucional importante en la oposición política al comunismo que se desarrolló durante la década de 1980.

Ambas actitudes tuvieron sus ventajas y sus inconvenientes y, por supuesto, las diferentes decisiones de los dos destacados líderes católicos de la región tuvieron influencia sobre el clero ordinario y los fieles laicos. Algunos eligieron la rebeldía y la cárcel. Otros eligieron el camino poco satisfactorio de la negociación, el acuerdo y la protesta entre bastidores, con el convencimiento de que era lo mejor para sus feligreses. Hans-Jochen Tschiche, un clérigo luterano de Alemania del Este, se dijo que «somos la Iglesia, no solo para los fuertes, sino para la mayoría. La Iglesia es para los débiles y temerosos, y si entro en un conflicto serio con el Estado, eso puede resultar demasiado peligroso para ellos^[68]».

Sin embargo, esas no eran las únicas opciones que tenían los fieles en el nuevo régimen. Rápidamente surgieron también otra clase de oportunidades.

Desde los primeros días de la ocupación soviética, los nuevos servicios de la policía secreta intentaron incorporar en secreto a sacerdotes y gente religiosa a sus filas, igual que intentaron incorporar a miembros de muchas otras profesiones. Sin embargo, en el caso del clero, la colaboración secreta no era suficiente; también querían que el clero actuara abiertamente en favor del régimen, como una facción del partido comunista. Esa fue una idea explícitamente soviética^[69]. Según Józef Świątło, un alto cargo de la policía secreta que desertó en 1953, el propio general Serov había propuesto «no la disolución de la Iglesia, sino convertirla lentamente en una herramienta de la política soviética». La idea consistía en «introducirse en ella, dividirla en tantas facciones enfrentadas como fuera posible —como sucedió en Rusia

antes de 1929— y menoscabar su autoridad en el exterior^[70]». Ese había sido el destino de la Iglesia ortodoxa en Rusia, que en la década de 1930 ya se había convertido en una institución estatal.

El propio Stalin expuso claramente esa política en octubre de 1949, en una reunión de la Kominform en Karlsbad, cuando ordenó a los partidos del bloque comunista que adoptaran tácticas más severas, empezando por Checoslovaquia:

Es necesario que aislemos a la jerarquía católica y abramos una brecha entre el Vaticano y los creyentes. Según el éxito que tengamos en Checoslovaquia, desarrollaremos actividades católicas en Polonia, Hungría y en el resto de los países. También debemos sacar el máximo partido del asunto de la situación económica de los simples sacerdotes. Nuestras medidas separarán a esos simples sacerdotes de la jerarquía. Los gobiernos deberían obligar a los sacerdotes a prestar el juramento de ciudadanía, los partidos comunistas deberían obligar a los sacerdotes a propagar las ideas de Marx, Engels y Lenin a través de sermones y clases de religión, y cada vez que estén en contacto con sus fieles. Tenemos que sostener una guerra sistemática contra la jerarquía; las iglesias deberían estar por completo bajo nuestro control en diciembre de 1949^[71].

En Hungría, las autoridades siguieron esas tácticas, y lo hicieron conjuntamente con las masivas «campanas por la paz» que se lanzaron en todo el país en 1948. Ese movimiento en favor de la paz, como se ha dicho, no se pareció a los movimientos espontáneos, de base, que con el tiempo aparecieron en algunos países de Europa occidental; estuvo organizado desde arriba, por el gobierno, y llevado a cabo con la ayuda de activistas del partido comunista que organizaban desfiles, carreras y conferencias, todo en favor de la paz, y que recaudaban dinero para bonos de paz. Los periodistas recibieron el encargo de escribir sobre la campaña de la paz, y los diseñadores tuvieron que crear carteles y folletos para promoverla.

En Hungría, como en el resto de los países, los activistas también iniciaron una importante campaña para pedir la paz. Las peticiones se hicieron llegar a escuelas, oficinas y fábricas, donde los miembros del partido competían entre sí para ver quién conseguía más firmas. En la primavera de 1950, esta campaña alcanzó una intensidad rayana en la histeria. A principios de mayo, 24 583 «activistas por la paz» habían recogido 6 806 130 firmas en favor de la paz mundial, un porcentaje enorme en un país que en ese momento tenía unos 9 millones de habitantes^[72].

A los sacerdotes también se les pidió que firmaran la petición, y algunos lo hicieron. Otros eludieron o se apartaron de la campaña argumentando que no sabían si sus votos les permitían firmar una petición política. Finalmente, el arzobispo Grósz, que tras el arresto de Mindszenty lo había sustituido como primado de Hungría, resolvió el asunto. Declaró públicamente que la Iglesia

católica siempre había fomentado la paz. Sin embargo, solo el Vaticano estaba en disposición de decidir si un clérigo católico podía unirse a una organización internacional o firmar algún tratado. En consecuencia, no firmaría esa petición por la paz, ni ninguna otra, y los sacerdotes húngaros tampoco deberían hacerlo^[73].

Esa declaración proporcionó al partido comunista y a sus simpatizantes la munición que necesitaban. Los periodistas del partido acusaron de inmediato a la Iglesia de belicista. György Lukács, el filósofo húngaro que a veces colaboraba con el partido comunista y a veces no, atacó la decisión «hipócrita» del arzobispo. La cúpula del partido comunista estuvo encantada: la Secretaría del partido decidió que el movimiento por la paz debería «ser utilizado para conseguir que los simples sacerdotes se enfrentaran a sus superiores^[74]». Intensificarían la presión sobre el clero de rango inferior y ofrecerían recompensas a quienes desafiaran al arzobispo Grósz y aceptaran participar en el «movimiento por la paz».

Se identificó rápidamente a los posibles colaboradores y József Révai organizó la «concentración por la paz», que se convertiría en la reunión inaugural de la organización de «sacerdotes por la paz». Todo lo que aconteció en esa reunión estuvo planeado con antelación, incluidas las declaraciones finales, que finalmente serían firmadas por 279 sacerdotes y monjes, alrededor de un 2 por ciento del clero del país. Incluso el estado de ánimo de los participantes se decidió con antelación. En una reunión del Comité Central, János Kádár —quien se convertiría en el dictador de Hungría después de la revolución de 1956— declaró que «el ambiente de la reunión no debería ser demasiado ameno ni demasiado cauteloso»:

Debería crearse un clima de guerra. Hay que enfatizar los errores de la política de Mindszenty, criticar las políticas del episcopado hacia las autoridades [...] los sacerdotes deberían informar sobre las amenazas que reciben por sus convicciones democráticas y por su participación voluntaria en esta reunión. [...] Los discursos deberían contener comentarios contra los obispos, los oradores deberían pedir que el episcopado cambie su opinión acerca de la democracia y la paz, los oradores no deberían ser demasiado radicales, para no poner en peligro la sensación de unidad de la reunión^[75].

Un nivel similar de planificación se llevó a cabo en la organización de los sacerdotes polacos «progresistas», como el partido comunista polaco los llamaba. (Coloquialmente —y con ironía—, a este grupo de clérigos se les conocía como «los sacerdotes patrióticos».) Estos clérigos polacos no estaban adscritos al movimiento por la paz, como en Hungría, sino más bien a la organización «oficial» de veteranos de guerra, la Unión de Combatientes por la Libertad y la Democracia (Związek Bojowników o Wolność i Demokrację,

o ZBoWiD), creada por el partido comunista porque los verdaderos grupos de veteranos, vinculados mediante relaciones informales y estrechos lazos afectivos al Ejército Nacional, eran demasiado peligrosos para que el régimen pudiera tolerarlos.

Los sacerdotes que se adscribieron de inmediato recibieron privilegios como el acceso a médicos y sanatorios, así como a material de construcción para sus iglesias. Tras la disolución de Caritas en enero de 1950, las posibles recompensas por colaboración fueron aún mayores. Los sacerdotes que cooperaban con el Estado podían controlar el activo, las oficinas y los proyectos de Caritas. En ese momento, la policía secreta polaca había empezado a fomentar la creación de publicaciones y organizaciones católicas «oficiales». Existía ya un periódico católico «oficial», *Dzis i Jutro* («Hoy y mañana»), como también Pax, un partido pseudopolítico católico «oficial», sobre el cual hablaré más adelante. A raíz de esos cambios, los sacerdotes progresistas organizaron una campaña de afiliación y planearon una conferencia nacional, a la que asistieron unos trescientos cincuenta sacerdotes en 1952^[76].

Sin embargo, la Iglesia se defendió. En Hungría, el consejo episcopal destituyó de sus funciones a los sacerdotes por la paz. En Cracovia, el cardenal Sapieha solicitó un encuentro personal con los sacerdotes progresistas y les ordenó que renunciaran a formar parte del movimiento. En ambos países, los sacerdotes partidarios del régimen fueron, en ocasiones, acosados por la población. En un pueblo húngaro, los fieles «dejaron de confesarse y de tomar la comunión con los sacerdotes por la paz», e interrumpieron a gritos sus sermones^[77].

Como resultado de tal hostilidad, los movimientos nunca se convirtieron en organizaciones de masas para la distribución de literatura procomunista y el apoyo del régimen. Crecieron, pero no tanto como el régimen había esperado: en su apogeo, el movimiento contaba con unos 1000 sacerdotes progresistas polacos y otros 1000 simpatizantes. El grupo húngaro jamás publicó una cifra oficial de sus miembros: en un momento determinado, la cúpula del partido habló de más de 3000, aunque Radio Free Europe, la emisora respaldada por Estados Unidos con sede en Munich, más adelante situó la cifra de verdaderos activistas en 150. Ambos grupos publicaron periódicos —*La voz del Capellán* en Polonia y *Cruz* en Hungría— y mantuvieron reuniones con regularidad.

Los motivos de quienes decidieron mantenerse al margen de esos

movimientos resultan fáciles de entender: tanto su jerarquía como su sistema de valores estaban en contra de ello. Mucho más difíciles de entender son las razones de quienes se afiliaron. El historiador József Gyula Orbán considera que una pequeña proporción, alrededor de una décima parte, colaboró motivada por un deseo real de cooperar con las nuevas esferas de poder. Algunos eran marxistas o socialistas de izquierdas que tenían algo de fe en el programa económico del partido. Otros esperaban que colaborando con los comunistas mejorarían la vida de sus parroquianos. El historiador de la Iglesia polaca, el padre Tadeusz Isakowicz-Zaleski, también especula con que algunos de los sacerdotes progresistas, en particular los supervivientes de los campos de concentración alemanes, estaban psicológicamente debilitados por sus experiencias durante la guerra y, por consiguiente, fueron manipulados fácilmente por los comunistas^[78].

Es evidente que otros fueron chantajeados o golpeados para ser sometidos. El que se convirtió en líder del grupo húngaro, el obispo Miklós Beresztóczy, había sido arrestado en 1948 y torturado brutalmente. Otro sacerdote se incorporó al movimiento después de haber sido acusado de provocar un incendio (en su parroquia se había incendiado un montón de paja), con la esperanza de librarse de la cárcel. Swiatło, el desertor de la policía secreta, defendió que los servicios de seguridad polacos estaban decepcionados con el movimiento: «Los sacerdotes patrióticos son criaturas de los [servicios de seguridad], en muchos casos destrozadas física y moralmente por los campos soviéticos o nazis^[79]». Algunos de los que asistían a las reuniones oficiales no eran más que agentes de la policía secreta vestidos con sotana. Los observadores de Hungría, en las primeras reuniones de sacerdotes por la paz, descubrieron a «misteriosos» franciscanos a los que nadie había visto antes y a los que no volvieron a ver.

También hubo otros que se adhirieron con la esperanza de conseguir ascensos y privilegios, y sin duda la policía secreta buscó a aquellos sacerdotes que estaban descontentos, cuyas ambiciones se habían visto frustradas o que tenían algún conflicto con sus superiores. El padre Henryk Werynski, un sacerdote polaco que en el pasado había sido un firme defensor del régimen de preguerra, encajaba muy bien en esa categoría. Antes de la guerra, Werynski había trabajado para la agencia de prensa católica y tenía una fuerte ambición política y literaria. Después de la guerra cambió de bando, y a partir de ese momento su carrera avanzó a un ritmo muy rápido.

En un principio, Werynski aceptó convertirse en agente activo de la

policía secreta. Le pagaban un sueldo mensual de 5000 zlotys y le garantizaban que sus artículos en favor del gobierno saldrían publicados en todos los periódicos católicos, que hasta ese momento los habían rechazado. A cambio, él los ayudaba a identificar a otros sacerdotes potencialmente «progresistas». Werynski les pasaba información sobre todos sus colegas de Cracovia, tanto clérigos como seglares, daba parte a las autoridades de manera regular y expresaba su gratitud en público. En una reunión del comité de sacerdotes progresistas celebrada en Krynica en 1951, declaró que el gobierno de preguerra, «aunque admirado por muchos sacerdotes, jamás los cuidó tan bien» como los comunistas^[80]. Según Swiatło, Werynski había llegado al punto de proporcionar información a los agentes de policía obtenida a través de la confesión. Swiatło declaró que él mismo había dado un cupón a Werynski para comprar una sotana^[81].

El miedo, la política opresiva del estalinismo y las dudas sobre el futuro debieron de afectar también a muchos sacerdotes. El arresto y la «confesión» incoherente del cardenal Mindszenty aterrorizaron a los sacerdotes católicos de todo el bloque soviético. La nacionalización de Caritas y otras organizaciones benéficas de Polonia, la disolución de monasterios en Hungría y la destrucción de escuelas religiosas en todos los países pudieron hacer pensar a muchos que había llegado el principio del fin de la Iglesia tradicional. El cardenal polaco Sapieha se sentía tan desmoralizado en esa época que emitió un comunicado en el que declaró que, si lo arrestaban, nadie debería confiar en la autenticidad de cualquier declaración o «confesión» que se hiciera pública después^[82]. En ese ambiente, la decisión de colaborar tal vez no resultara tan discutible desde el punto de vista moral como lo fue más adelante.

Motivos igualmente variopintos explican no solo la colaboración clerical pública, sino también la secreta. Sándor Ladányi, un historiador de la Iglesia luterana húngara e hijo de un pastor luterano, señala que aunque muchos sacerdotes que se convirtieron en informantes habían sido torturados, y aunque muchos otros habían sido simples arribistas como Werynski — sacerdotes, estudiantes de teología, profesores que se sentían frustrados con su carrera o que querían estudiar en el extranjero—, hubo muchas otras razones para la colaboración. Los sacerdotes y los pastores estuvieron sometidos a presiones constantes para hablar con la policía secreta —a más presión que otros— y algunos cooperaron de manera voluntaria, con la esperanza de desviar el interés de las autoridades mientras ellos se esforzaban

en ayudarlos lo menos posible. Algunos accedieron a convertirse en informantes, pero no dijeron nada. Varios expedientes sobre informantes húngaros concluyen con la afirmación de que el nombre de determinado sacerdote debería ser eliminado, puesto que «la información que proporciona no es buena». También hubo quienes fueron chantajeados, abiertamente o de manera más sutil. Los clérigos protestantes en particular se consideraban más vulnerables al chantaje porque tenían familia. Podía peligrar la educación de sus hijos o la medicación de sus mujeres (a los sacerdotes católicos, que no tenían mujeres ni hijos, se les consideraba más difíciles de «convertir» y, por consiguiente, a menudo se les trataba con más dureza)^[83].

En realidad, los sacerdotes por la paz y los sacerdotes patrióticos no resultaron de gran valor para el régimen. Entre bastidores, las autoridades húngaras criticaban a los sacerdotes por la paz por hacer «avances insuficientes en la lucha contra la reacción clerical». En Polonia, ni el partido ni la población abrazaron realmente el movimiento: con el tiempo, la expresión «sacerdote patriótico» se convirtió en un insulto. A medida que se fueron alejando de la corriente dominante de la Iglesia, lo que hacía más fácil que la gente dejara de prestarles atención, también se volvieron menos útiles para el régimen como altavoces de propaganda. No obstante, parece que su presencia tuvo un efecto descorazonador, incluso debilitante sobre el resto del clero, y los líderes religiosos les dedicaron buena parte de su tiempo y energía. El cardenal Wyszynski mantuvo reuniones frecuentes con los sacerdotes progresistas, entre ellas algunas durante los meses previos a su arresto en 1953. Durante un breve período de tiempo, la posibilidad de una «conversión» generalizada de los sacerdotes católicos a la causa comunista debió de parecerles perfectamente plausible.

Sobre todo, la existencia de un clero procomunista y decidido contribuyó a la confusión moral de ese período. ¿La Iglesia estaba a favor o en contra del comunismo? ¿La nueva organización de Caritas en Polonia era auténtica o falsa? ¿Estaban los sacerdotes por la paz realmente a favor de la paz, y de ser así, no deberían contar con el apoyo de todo el mundo? Los sacerdotes colaboracionistas también fomentaron la colaboración de otros: si los «santos varones» podían aceptar obsequios y favores de parte del régimen a cambio de cooperación, ¿por qué no iban a hacerlo los demás?

Los enemigos internos

El partido promete solo una cosa: después de la victoria, un día en que ya no pueda perjudicar, el material de los archivos secretos se hará público. Entonces el mundo sabrá qué había detrás de esa farsa de títeres...

ARTHUR KOESTLER, *El cero y el infinito*, 1941^[1]

Una persona que está siendo golpeada ofrecerá la confesión que los agentes que lo interrogan quieran, reconocerá ser un espía inglés o estadounidense, o lo que quieran oír. Pero de esa forma jamás será posible saber la verdad.

LAVRENTI BERIA, en una reunión secreta
del Politburó después de la muerte de Stalin
en 1953, documentos de archivo publicados después de 1991^[2]

Los «clérigos reaccionarios» fueron objetivos evidentes en la obsesiva atmósfera de la fase final del estalinismo. Sin embargo, hubo muchos otros enemigos potenciales. Tras una serie de huelgas y desastres económicos, la policía secreta polaca decidió que necesitaba «un estudio exhaustivo de la población activa obrera y a todos los niveles de la administración [...] información relativa a las influencias políticas que podían encontrarse entre la población activa, en el pasado y en el presente». Rebuscaron en sus archivos e identificaron veinticinco categorías de «enemigos». En ellas se incluía a cualquiera que hubiera estado en el Ejército Nacional, que hubiera participado de un modo mínimamente activo en el movimiento democrático de preguerra o en otro partido político, o que hubiera servido en las fuerzas armadas polacas en el extranjero. Muchos de los que habían sido liberados de la cárcel en 1947 o que habían aceptado la amnistía después de la guerra se convirtieron de inmediato en sospechosos. Finalmente, la lista llegó a contener cuarenta y tres categorías. En 1954, según Andrzej Paczkowski, el «registro de elementos criminales y sospechosos» constaba de 6 millones de nombres, o dicho de otro modo, uno de cada tres adultos. En 1948 había 26 400 presos políticos en el país; a mediados de la década de 1950, 35 200, y en 1954, 84 200 encarcelados por toda Polonia^[3].

En el resto del bloque, se desplegaron procedimientos similares. En Hungría, la policía secreta siguió centrada en los enemigos «potenciales». En Alemania del Este, la Stasi trató de identificar espías occidentales, reales o

imaginarios. En Checoslovaquia, la policía persiguió a todos aquellos que se hubieran opuesto al golpe de Estado de 1948, o a cualquiera sospechoso de haberse opuesto. Los rumanos iniciaron una operación especial en mayo de 1950, dirigida a los ministros que pudieran quedar del gobierno de 1919-1945, entre ellos hombres muy ancianos, así como a los sacerdotes católico-romanos y greco-católicos^[4].

En esta segunda oleada de investigaciones y arrestos, los campesinos y propietarios de tierras fueron también víctimas frecuentes. En el otoño de 1952, la policía secreta arrestó a decenas de miles de campesinos polacos que no habían cumplido los requisitos de la entrega obligatoria de grano^[5]. Entre 1948 y 1953, unos 400 000 campesinos húngaros fueron arrestados por no cumplir sus cuotas de producción, y nada menos que 850 000 fueron multados^[6]. En 1949, casi 3000 propietarios de tierras fueron expulsados de sus propiedades en cuestión de minutos para imponer la colectivización^[7].

Sin embargo, los arrestos de estilo soviético crearon problemas de estilo soviético: ¿dónde deberían mantener a esos enemigos tan poco dignos de confianza? En Polonia, las autoridades se limitaron a permitir el hacinamiento en las prisiones, con lo que las condiciones se deterioraron rápidamente. Wacław Beynar, un ex guerrillero del Ejército Nacional, fue arrestado en 1948 y trasladado a una celda asfixiante de la prisión de Rakowiecka, en Varsovia. El ambiente en la celda era tan húmedo que los prisioneros, entre ellos muchos veteranos del Alzamiento de Varsovia, se quitaban las camisas y las agitaban en alto para crear la ilusión de que corría la brisa. No había retrete en la celda, y los sacaban solo dos veces al día a hacer sus necesidades, un sistema que pronto se convirtió en una forma de tortura para quienes sufrían diarrea por culpa de la comida de la cárcel. Durante los interrogatorios, Beynar fue golpeado «de manera primitiva», con puñetazos en la cara, patadas en el costado, y le anunciaron una condena de muerte, que él escuchó sin inmutarse: «No podía creerlo, que yo era un criminal».

Finalmente, Beynar fue indultado de la pena, sentenciado a una larga condena de cárcel y enviado a Wronki, una prisión mucho más grande cerca de Poznań que albergaba a unos 4000 «criminales», en su mayoría políticos. A llegar, «todos llorábamos como niños», recordó, aunque el preso que sufrió más fue uno que había estado en el campo de Dachau. Para él, aquello fue como un *déjà vu*^[8]. Otro compañero de cárcel fue Stanisław Szostak, al que detuvieron junto al general Wilk en las afueras de Vilna en 1944, y volvieron a detenerlo en Szczecin en 1948, y lo metieron en una celda con

colaboradores nazis. Wronki, recordó, estaba «plagada de piojos, no corría el aire, era caliente en verano y fría en invierno». Ni Beynar ni él saldrían de allí hasta 1956^[9]. El castillo de Lublin, una imponente estructura medieval que se había utilizado como prisión de emergencia y lugar de ejecución de soldados del Ejército Nacional en 1944 y 1945, también siguió abierto hasta 1954. Se creía que su penumbra, suciedad y silencio incrementaban el terror de los prisioneros^[10].

No todos fueron a prisiones de su país. Decenas de miles de polacos fueron enviados directamente al Gulag, al igual que sucedió a muchos alemanes. Muchos de estos últimos habían sido apresados por el NKVD — con frecuencia en las calles de Berlín Oeste— y sometidos a juicios en la URSS. Varios cientos de casos de alemanes detenidos en Alemania después de la guerra, juzgados en Moscú y allí ejecutados han sido documentados desde entonces^[11]. Los húngaros adoptaron también otra práctica penal soviética y empezaron a enviar a antiguos aristócratas, oficiales de antes de la guerra, antiguos terratenientes y «gente de poca confianza en asuntos de política» que vivían cerca de la frontera austríaca o yugoslava de Hungría no a prisión, sino al exilio en pequeños pueblos del este del país. Esa política de traslado tuvo dos ventajas adicionales: dejó libres grandes apartamentos en ciudades importantes para las nuevas legiones de burócratas del partido que necesitaban alojamiento adecuado, y proveyó a las comunidades rurales de una nueva fuente de mano de obra no cualificada, aunque no necesariamente productiva^[12]. En Rumanía, una política similar provocó el traslado de unas 44 000 personas que vivían cerca de la frontera rumano-yugoslava. Familias enteras fueron subidas a trenes, trasladadas a una región escasamente poblada, la estepa de Baragan, y abandonadas en los campos para que se valieran por sí mismas^[13].

Otras terminaron en campos de concentración. En 1949, los campos del Gulag del NKVD en Alemania (descritos en el capítulo 5) se habían desarticulado porque estaban atrayendo demasiada atención por parte de Occidente y creando mala publicidad para el régimen de ocupación soviético. Sin embargo, sobre la misma época otros gobiernos de Europa del Este fundaron nuevos sistemas de campos. Aunque no formaban parte del Gulag soviético, sí siguieron su modelo. Como en la URSS, los presos tenían que trabajar a cambio de comida y se suponía que debían resultar «útiles» a la economía.

Entre 1949 y 1953, el régimen checoslovaco mantuvo un grupo de

dieciocho de esos campos cerca de Jáchymov, en el noroeste de Bohemia, donde los presos trabajaban en minas de uranio, extrayendo materia prima para el nuevo programa de armas nucleares soviético. Los presos no recibían ropa ni protección especial para combatir la radiación, y la tasa de mortalidad era elevada^[14]. El régimen rumano también creó una red de campos, los más conocidos de los cuales se construyeron a lo largo del canal Danubio-mar Negro, un proyecto de construcción respaldado por la Unión Soviética, de dudosa rentabilidad económica. En su apogeo, el canal «empleó» a unos 40 000 presos, aproximadamente una cuarta parte de los 180 000 reclusos rumanos^[15]. El régimen búlgaro también construyó varios campos de trabajos forzados notablemente crueles (y los mantuvo durante los años sesenta y hasta bien entrada la década de 1970, cuando hacía ya tiempo que la mayoría de los campos soviéticos habían sido desarticulados)^[16]. Pese a su orientación política «antiestalinista», la Yugoslavia de Tito también construyó campos, entre ellos uno en una isla del Adriático, donde el agua escaseaba y la principal tortura era la sed^[17].

Incluso en esta lista de instituciones siniestras, Recsk, el campo de trabajos forzados más conocido de Hungría, ocupa un lugar especial. El internamiento —el encarcelamiento sin juicio— había sido una característica del sistema húngaro desde el principio, y se habían construido campos de internamiento en los alrededores de Budapest y de otras ciudades importantes^[18]. Sin embargo, en 1950-1951, el régimen consideró que esos arreglos temporales no eran lo bastante severos ni lo bastante seguros para ocuparse de los criminales políticos más peligrosos. En busca de una solución mejor, la cúpula húngara pidió consejo a Rudolf Garasin.

Tras sus hazañas durante la guerra como guerrillero parcialmente exitoso (descritas en el capítulo 4), Garasin había regresado a la Unión Soviética. Allí, según su biografía oficial, trabajó como subdirector de una imprenta estatal hasta 1951, cuando, de manera repentina, volvió a Hungría y ocupó una serie de altos cargos en el gobierno, primero en el Ministerio de Justicia y después en el Ministerio del Interior^[19]. En un cuestionario interno del partido, más adelante se describió con un poco más de detalle y declaró haber sido «comandante de una unidad de construcción militar siberiana en los bosques de los alrededores de Novosibirsk» durante los primeros años de la década de 1940, una época en la que «la construcción en los bosques de los alrededores de Novosibirsk» era llevada a cabo casi exclusivamente por el Gulag soviético^[20]. En los archivos gubernamentales húngaros, su nombre

también aparece relacionado con Mátyás Rákosi, con quien discutió «la situación en los campos de trabajo» en varias ocasiones. En junio de 1953, por ejemplo, envió a Rákosi un informe que contenía estadísticas e información sobre la gente que había sido internada, así como sobre el número de personas empleadas por la dirección del campo^[21].

Si bien nunca se manifestó públicamente, los miembros destacados del partido, los funcionarios gubernamentales y los presos consideraban que Garasin era el hombre que había «importado» las técnicas del Gulag soviético a Hungría^[22]. Su reaparición en Budapest en 1951 coincidió con la creación de una nueva Junta Directiva de Obras Públicas —el acrónimo húngaro es KÖMI— en diciembre. Se suponía que ese nuevo departamento debía apoyar «por una parte, los intereses de la economía popular, y por otra parte, los intereses de la imposición del cumplimiento de la ley^[23]». En otras palabras, al igual que el Gulag soviético, la KÖMI pretendía crear compañías rentables que utilizaran la mano de obra prisionera en fábricas, canteras y proyectos de construcción. Al principio el departamento formaba parte del Ministerio de Justicia, igual que Garasin. En 1952, tanto Garasin como el departamento fueron trasladados al Ministerio del Interior. En enero de 1953, la KÖMI «empleaba» ya a unos 27 000 presos.

Recsk fue solo uno de los campos del imperio de Garasin, un amplio departamento que también incluía campos de tránsito y de internamiento famosamente desorganizados en Kistarcsa, Kazinbarcika y Tiszalök. Pero Recsk tenía a los presos más prominentes y distinguidos, y la existencia de Recsk siempre estuvo envuelta en el secreto más absoluto. No se le adjudicó un número oficial, como a los otros campos, y los presos tenían prohibido el contacto con el exterior. Hay muy pocos documentos disponibles sobre los primeros tiempos del campo, probablemente porque quien tomó la decisión de construirlo fue János Kádár, el posterior dirigente de Hungría^[24].

Recsk también se convirtió, en la memoria nacional del país, en un símbolo, no solo de secretismo, sino de los absurdos giros que el destino tenía preparado para la población durante la fase final del estalinismo. Recsk tuvo una existencia breve —abrió en 1950 y fue desarticulado en octubre de 1953—, pero durante ese período acogió a personas condenadas por motivos políticos, económicos, o por ningún motivo en particular. Muchos de los presos eran del Partido de los Pequeños Propietarios o socialdemócratas, en particular socialdemócratas que se habían opuesto a la fusión de su partido con el partido comunista. Otros eran antiguos aristócratas, o gente con

contactos en el extranjero, aunque fueran contactos muy remotos. Un preso, Aladár Györgyey, era un estudiante de historia del arte que durante un tiempo entabló amistad con un estudiante de intercambio francés^[25]. Otro hombre fue enviado al campo después de que su coche chocara con el de Rákosi. Llegaba tarde a una boda y conducía con prisa^[26]. György Faludy, el poeta húngaro, fue enviado a Recsk después de regresar al país tras su exilio en Estados Unidos. Participó activamente en el Partido Socialdemócrata, trabajó para su periódico, allí se relacionó con varias personas que se vieron arrastradas a los juicios amañados de la época, y fue condenado acusado de ser un espía estadounidense^[27].

Como en las oleadas de detenciones anteriores, un elevado número de reclusos de Recsk habían sido miembros de la resistencia antifascista durante la guerra. Uno de ellos, miembro de un grupo que en 1944 rompió con el régimen húngaro para combatir contra los alemanes, fue golpeado durante un interrogatorio por un guardia que le gritó: «Alguien que fue capaz de organizar una conspiración en 1944 fácilmente será un enemigo del pueblo después de 1945^[28]». El régimen quiso quitárselos de encima antes incluso de que hubieran empezado a plantearse retomar la lucha.

En comparación con los enormes campos soviéticos a la sombra de los cuales fue construido, Recsk era muy pequeño. En su momento de máximo funcionamiento, albergaba solo a 1700 presos, y muchos de los edificios del campo o cercanos a él —en los que vivían los empleados, por ejemplo— no eran más que amplias casas de labranza que habían quedado abandonadas antes de la guerra. El propio campo se encontraba en una parcela de bosque que se había limpiado; la cantera estaba a un corto paseo de distancia; los guardias vivían en una pequeña casa en las proximidades. El día que lo visité, en 2009, no quedaba gran parte de los barracones. Un par habían sido reconstruidos para crear el museo del lugar, pero el resto han desaparecido, y su presencia se reduce a una señal en el mapa. Los arqueólogos de la zona han marcado también los otros lugares importantes —el lugar que ocupaba la celda de castigo, los cimientos de los otros barracones, la entrada al campo—, pero la impresión más abrumadora es la que produce el barro, el mismo barro del que Faludy dijo que era tan denso que los hombres perdían las botas en él.

Al igual que los campos soviéticos que le sirvieron de modelo, Recsk fue construido desde cero por los prisioneros, quienes entonces cortaban madera y trabajaban en la cantera para «ganarse» la comida, que comían de pie, al aire libre, bajo el sol, la nieve o la lluvia, como Faludy también recordó:

Nos tomábamos la media pinta de café de cebada que nos daban para desayunar, la sopa y las verduras que nos daban para almorzar, y las verduras de la cena de pie, en la ladera que había frente a la cocina del campo, donde los calderos y los cocineros se protegían de la lluvia bajo una lámina de chapa ondulada sostenida sobre cuatro postes. Bebíamos la sopa caliente, pescábamos con la cuchara las verduras (y automáticamente contábamos los pequeños pedazos de carne de caballo que añadían tres veces a la semana)...^[29]

Como en el Gulag, en Recsk había una jerarquía —los antiguos socialdemócratas recibían un trato mejor que los antiguos miembros de los partidos de centro-derecha, por ejemplo, y algunos presos tenían permitido colaborar y convertirse en capataces. Los presos los llamaban *nachalniks*, palabra rusa que significa «jefe». También como en el Gulag, había sofisticados sistemas de control y castigo. Con frecuencia, los presos tenían que esperar de pie a que los contaran, hiciera el tiempo que hiciese. Eso solía durar bastante, porque los guardias tenían un conocimiento muy precario de los números. Quienes desobedecían alguna de las normas podían ser trasladados a un barracón de castigo y privados de comida, o podían ser obligados a pasar la noche tumbados sobre una tabla en una celda «húmeda», en la que el agua penetraba por los lados, a veces hasta llegar a la altura de la rodilla. A fin de observar todas esas innovaciones soviéticas, y en teoría para ofrecer sugerencias de mejora, los asesores soviéticos visitaban periódicamente el campo, al igual que Rákosi. Como en la URSS, se ocuparon de crear una realidad ficticia: lavaron a los presos, ordenaron el lugar e incluso plantaron flores alrededor del perímetro del campo.

Cuando el Gulag empezó a desarticularse tras la muerte de Stalin, también Recsk dejó de funcionar después del fallecimiento del líder soviético. La recompensa de Garasin —o tal vez su castigo— por haber importado un campo de concentración de corte soviético a Hungría fue convertirse, durante los años siguientes, en el embajador húngaro de Mongolia. Sus archivos del partido contienen peticiones de ayuda a sus camaradas húngaros; necesitaba dinero para someterse a operaciones de garganta que solo podían realizarse en Moscú, y su pensión era muy baja. El día de su septuagésimo cumpleaños, alguien escribió una carta para recomendar que el Politburó húngaro le concediera una medalla. Poco después murió^[30].

En la lista de «enemigos» que Bolesław Bierut envió a Viacheslav Molótov en la primavera de 1949 había una categoría muy especial: «los miembros del partido excluidos del partido». A principios de 1950, esa categoría de enemigo cobró una importancia mucho mayor. En todo el bloque, el partido comunista y a veces los líderes militares se convirtieron en el centro de sospechas y arrestos, y de juicios amañados. Hasta entonces, leales miembros

del partido y generales condecorados resultaron ser traidores o espías. Entre los comunistas con un largo historial de lealtad que ahora entraban en esa categoría se encontraban László Rajk, el ministro del Interior húngaro, y Gábor Péter, el fundador y jefe de la policía secreta; Rudolf Slánský, secretario general del partido comunista checo; Władysław Gomułka, secretario general del partido comunista polaco; Paul Merker, miembro destacado del Politburó de Alemania del Este; y Ana Pauker, la ministra de Asuntos Exteriores rumana. También habría víctimas albanesas y búlgaras.

El espectáculo de la revolución devorando a sus hijos no era nuevo. Precisamente, las mismas obsesiones habían consumido a la cúpula soviética a finales de la década de 1930, el período de la Gran Purga y el Gran Terror. A los diplomáticos, observadores y periodistas que fueron testigos de los juicios amañados de ese período —con las humillantes confesiones de revolucionarios admirados internacionalmente como Lev Kámenev, Grigori Zinoviev y Nikolái Bujarin—, les habían parecido un espectáculo grotesco, la prueba de que las ansias locas de poder de Stalin no conocían límite. Fitzroy Maclean, un diplomático británico que presenció el juicio de Bujarin, describió los hechos representados como «confesiones públicas fantásticas, orgías de autohumillación» acompañadas de los «desvaríos sanguinarios del fiscal». Una tras otra, aquellas figuras destacadas comparecieron ante el tribunal, con los ojos vidriosos, y confesaron «un largo catálogo de improbables fechorías^[31]».

Se han escrito multitud de libros que han intentado explicar la lógica subyacente a los juicios amañados de 1936, 1937 y 1938. Obviamente tuvieron como objetivo crear terror político, pero el momento en que se produjeron, los métodos y las políticas siguen creando polémica. Las teorías abundan. Mucho después de haber huido de Alemania del Este, Wolfgang Leonhard —entonces el profesor Leonhard— abordó el asunto en una famosa conferencia anual en la Universidad de Yale, como parte de su curso sobre historia soviética. Entre las posibles explicaciones para la Gran Purga, Leonhard mencionó la locura de Stalin, el histórico miedo de Rusia a una invasión extranjera y un pico de manchas solares muy activas durante la década de 1930^[32]. Durante su transcurso, los juicios de 1949 y 1950 en Europa del Este arrojaron algo de luz sobre los juicios anteriores celebrados en Moscú. Por lo menos, el hecho de que estuvieran cuidadosamente orquestados en colaboración con los asesores soviéticos, y que imitaran a los juicios de Moscú anteriores demuestra que Stalin consideró esos juicios un

éxito político, una táctica que merecería la pena repetir en sus nuevos estados clientelares.

Sin duda, ambas series de juicios marcaron momentos similarmente decisivos en las respectivas historias de la Unión Soviética y Europa del Este. En Rusia a finales de la década de 1930 y en Europa del Este a finales de los años cuarenta, la política económica del partido estaba fracasando, y los propios miembros del partido se estaban desilusionando. Los juicios desviaron la culpa de los múltiples fracasos económicos de Stalin (en los años treinta) y de los pequeños Stalin (en los años cuarenta). Al mismo tiempo, libraron a los líderes del partido de sus enemigos internos más peligrosos al aterrorizar a los posibles adversarios del partido y conseguir silenciarlos. Los juicios amañados tuvieron también una función pública, además de lo que pudieran lograr en los círculos internos: como prácticamente todas las instituciones estalinistas, tuvieron un propósito educativo. Si la Europa comunista no había superado a la Europa capitalista, si los proyectos de infraestructura presentaban fallos o sufrían retrasos, si el suministro de comida era insuficiente y el nivel de vida bajo, los juicios amañados tenían una explicación para todo ello: los espías extranjeros, los saboteadores nefandos y los traidores que se hacían pasar por leales comunistas habían secuestrado el progreso.

Los agentes de la policía secreta soviética estuvieron implicados en los juicios amañados de Europa del Este desde el principio. Una plétora de pruebas documentales y de los casos que se tenía conocimiento demuestran sin lugar dudas que los funcionarios de Moscú ordenaban los arrestos, ayudaban a elegir a las víctimas y organizaban los interrogatorios. En el congreso del partido comunista checoslovaco en mayo de 1949, Fiodor Bielkin, el general en jefe del NKVD en Hungría, se llevó a un lado al ministro de Defensa húngaro, Mihály Farkas, y le dijo que Moscú «había llegado a la conclusión de que Rajk era el *rezident* [jefe de espías] en Hungría de una organización trotskista europea que estaba en contacto con los americanos». Con esa jerga del partido le transmitió el mensaje de que «los documentos del juicio amañado ya se estaban preparando^[33]».

En Polonia, el destino de Gomułka se pronosticó en un memorando de abril de 1948 preparado para Mijaíl Suslov, el secretario del Comité Central soviético, titulado «Sobre la orientación ideológica antimarxista en la cúpula del Partido Obrero Polaco». Los autores, tres burócratas soviéticos del partido especializados en ideología, se quejaron de las «tendencias nacionalistas» de

algunos comunistas polacos que «guardaban silencio sobre las experiencias y los logros de la Unión Soviética» y «pasaban por alto las enseñanzas leninistas-estalinistas». Identificaron a Gomułka como el líder de esa tendencia, desestimaron con desprecio su noción de «marxismo polaco» y se quejaron sobre su rechazo categórico a colectivizar la agricultura polaca. De hecho, consideraban a Gomułka sospechoso de «desviacionismo a la derecha», otra forma de decir «titoísmo», lo que en sí mismo era otra forma de insinuar que tal vez no fuera lo bastante leal a la URSS. Temían que el Partido Obrero Unificado pudiera estar acercándose a la «socialdemocracia», y expresaron una gran preocupación sobre la dirección ideológica del ejército polaco, cuyos líderes tampoco fueron nunca lo bastante prosoviéticos para el gusto de Moscú, aunque el general Rokossovski estuviera entonces firmemente al mando^[34].

Al quedar enterado de esas conclusiones, Gomułka visitó Moscú en diciembre para argumentar tales acusaciones. Después escribió su infame memorando (citado en el capítulo 6) en el que se quejó de que el partido comunista polaco había sido tomado por judíos y declaró que siempre había visto a la Unión Soviética como «el mejor amigo de Polonia» y a Stalin como un gran «maestro»^[35]. Pese a esos esfuerzos, los colegas más cercanos de Gomułka pronto fueron arrestados —entre ellos, el general Marian Spychalski, también miembro del Politburó—, al mismo tiempo que un numeroso grupo de oficiales del ejército polaco. Bierut siempre mantuvo a Stalin informado sobre la evolución de sus casos. El propio Gomułka fue arrestado en 1951^[36].

Los ideólogos soviéticos prepararon un documento similar sobre el partido comunista checoslovaco, que también enviaron a Suslov en 1948. Titulado «Sobre varios errores del partido comunista en Checoslovaquia», este documento es más amplio, más teórico y más laberíntico que su equivalente polaco, e identifica problemas profundos en muchas esferas. Sin embargo, lanza algunas pullas a Slánský, acusándolo de haber cometido errores en la captación de miembros para el partido comunista^[37]. Ese documento preparó el terreno para el mensaje de Stalin a Klement Gottwald, enviado vía emisario en julio de 1951, en el que ordenaba con firmeza al jefe del partido comunista checoslovaco que arrestara a Slánský^[38]. Eso resultó sumamente incómodo para Gottwald: el partido comunista checoslovaco acababa de lanzar una campaña nacional para celebrar el quincuagésimo cumpleaños de Slánský. Una mina de carbón había cambiado de nombre y,

con gran orgullo, había adoptado el de «mina del guerrillero Slánský», y otras fábricas reclamaban el mismo privilegio^[39].

Como no confiaba en que sus colegas de Europa del Este estuvieran haciéndolo bien, Moscú envió a agentes de la policía secreta soviética — Byelkin a Budapest y Alexander Beschasnov a Praga, donde la policía local se había estado oponiendo a los «consejos» soviéticos sobre ese y otros asuntos— para que dirigieran las investigaciones^[40]. Los acompañaron equipos de consejeros preparados para planear y orquestar los juicios. En Praga, Beschasnov y su grupo vivieron juntos en una casa de las afueras, donde emplearon a cuatro traductores a tiempo completo y desde donde enviaron informes frecuentes a Stalin^[41]. En Budapest, los investigadores húngaros estuvieron siempre acompañados de mentores soviéticos. Cuando un oficial polaco llegó de Varsovia para que los húngaros le informaran sobre sus «progresos», se quedó sorprendido por la presencia de un general pelirrojo del NKVD, recién llegado de Moscú, que parecía saber mucho más que los húngaros sobre «los motivos reales de todo este asunto», aunque no se dirigió directamente a los polacos durante el tiempo que pasaron allí^[42].

Las identidades de los arrestados y la naturaleza de sus supuestas conspiraciones también estaban en consonancia con las obsesiones de Stalin en ese momento. Si bien no había unas normas fijas, ciertas personas tenían más posibilidades de ser arrestadas que otras. Los «desviacionistas derechistas» y «titoístas» en potencia como Gomulka eran sospechosos. También lo eran los «desviacionistas izquierdistas», también llamados «cosmopolitas» o «sionistas»; en otras palabras, judíos. Como hemos comentado, esta última categoría de enemigo ocupaba el primer lugar en la paranoia de Stalin tras el establecimiento del Estado de Israel en 1948, momento en el cual inició una extensa campaña contra los judíos soviéticos. Los médicos judíos —quienes, supuestamente, estaban intentando matar o envenenar a los líderes del partido— se convertirían en una de sus obsesiones durante los últimos años. En Europa del Este es posible que tuviera también motivaciones más pragmáticas. Él y sus secuaces estaban seguros, no sin motivo, de que la persecución de los comunistas judíos sería bien recibida por todo el mundo.

Los comunistas que habían pasado la guerra fuera de Moscú, ya fuera en sus países de origen o en Europa occidental, se convirtieron también en objetivo. Cualquiera que tuviera alguna conexión con partidos comunistas extranjeros, cualquiera que hubiera combatido en las Brigadas Internacionales

de la Guerra Civil española, y cualquiera que tuviera lazos familiares en otro país corría también el riesgo de ser considerado un desviacionista izquierdista o derechista. Rajk había luchado en España y había pasado la guerra en Budapest. Merker, un judío que esperaba el fin de la guerra en México, era otro objetivo evidente. Gomułka había pasado la guerra en Varsovia (que fue cuando Bierut estuvo conspirando contra él: ya en junio de 1944, le había dicho a la cúpula de la Komintern que Gomułka no estaba cualificado para ser secretario del partido comunista y había pedido ayuda a Moscú para que lo reemplazaran)^[43].

Las perspectivas soviéticas no siempre se siguieron con precisión. En todo el bloque, los líderes también intentaban ganar tiempo, alteraban las órdenes y organizaban arrestos y juicios de acuerdo con sus propias necesidades políticas. Gottwald retrasó el arresto de Slánský hasta que él mismo se sintió amenazado. El juicio de Gomułka nunca se llevó a cabo: aunque se alegró de detener al popular jefe del partido, Bierut jamás lo torturó ni lo sometió a un juicio amañado, pese a las presiones a las que se vio sometido. Tal vez temió que Gomułka pudiera salir reforzado, y no perjudicado, de un juicio amañado, y tal vez dudó que su rival, en muchos sentidos una figura más segura, pudiera ser obligado a confesar crímenes imaginarios. Bierut quizá temiera las consecuencias a largo plazo de la destrucción de Gomułka, igual que da la impresión de que Gottwald temió las consecuencias a largo plazo de la desaparición de Slánský. Aunque ninguno de los dos tuvo nunca ningún reparo en arrestar y torturar a sacerdotes o altos cargos militares, el asesinato del secretario general del partido comunista —puesto que ocupaban Gomułka y Slánský en ese momento— podría resultar sumamente peligroso para todos. Cualquiera de ellos podría ser el próximo, como observa un historiador húngaro: «Cuando el hacha se dirigió a la cabeza del partido, el movimiento desencadenó en los otros líderes del partido [...] un mecanismo de defensa, cuyo objetivo era la supervivencia^[44]».

En Alemania del Este, la cúpula tenía otras razones para dudar y, de hecho, los altos mandos comunistas alemanes se libraron en gran medida al principio, cuando los arrestos comenzaron por todo el bloque. En ese momento, el Consejo de Control Aliado aún tenía una presencia importante en Alemania y los acontecimientos de Berlín estaban en el punto de mira de las noticias internacionales. Más adelante, después del establecimiento oficial de Alemania del Este —la República Democrática Alemana— empezó una purga tardía en el partido. Aproximadamente, una decena de comunistas

alemanes fueron detenidos, y varios de ellos fueron finalmente ejecutados. Pero como tanto a la cúpula soviética como a la de Europa del Este les preocupaba cómo serían recibidas en Alemania del Oeste, nunca se llevó a cabo un juicio amañado. Aparte de la posible mala publicidad, el «éxito» de tales juicios dependía de la creación y descripción de una conspiración, y en ese momento había demasiados comunistas alemanes viviendo en Occidente que serían capaces de distinguir una «conspiración» artificiosa y declararla una farsa.

Sin embargo, incluso los países que nunca celebraron juicios amañados se prepararon para ellos, y llevaron a cabo arrestos e interrogatorios bajo dirección soviética. A medida que progresaban las investigaciones, se requería más coordinación internacional. La policía secreta soviética consideraba que, para ser exitosos, los juicios requerían una trama compleja, una conspiración que implicara a muchos actores, de modo que los asesores soviéticos presionaron a sus colegas de Europa del Este para que vincularan a los traidores de Praga, Budapest, Berlín y Varsovia en una sola historia. Para ello, necesitaban a una figura central, alguien que hubiera conocido a algunos de los protagonistas y que, de manera plausible, o relativamente plausible, pudiera ser acusado de haber captado a todos ellos. Finalmente encontraron a un hombre que cumplía esos requisitos: un licenciado en Harvard y funcionario del Departamento de Estado estadounidense, un hombre algo excéntrico llamado Noel Field.

Durante toda su vida, Field fue un hombre conocido. Desde entonces, se le ha descrito como espía estadounidense, agente, agente doble y provocador enviado por la CIA para provocar confusión entre los comunistas de Europa del Este^[45]. En su declaración de «rehabilitación» de 1954 —descubierta recientemente por la historiadora húngara Mária Schmidt—, Field declaró simplemente ser comunista y trabajar con el NKVD. Algunos otros documentos demuestran lo mismo. Field escribió que llevaba trabajando en secreto para la URSS desde 1927, viviendo «una vida ilegal totalmente separada de mi vida oficial», y que se había relacionado con otros miembros del partido comunista estadounidense, entre ellos Alger Hiss y Whittaker Chambers^[46].

Aunque también conocía a Allen Dulles —un agente de inteligencia estadounidense en Suiza durante la guerra y más adelante el director de la CIA— y era posible que hubiera mantenido contacto con él, no existen pruebas de que Field se convirtiera en un agente estadounidense como los

fiscales húngaro, checo y polaco alegarían. Sin embargo, desde el punto de vista soviético, Field era la víctima perfecta. Había abandonado el Departamento de Estado en 1936. Había pasado la guerra en Ginebra, trabajando para el Comité de Servicio Unitario, una organización que ofrecía ayuda a los refugiados que habían huido de Hitler. Naturalmente, muchos de esos refugiados eran comunistas y tenían amigos y conocidos por toda Europa del Este.

Curiosamente, Field cayó en manos soviéticas porque quiso sacar provecho de esos amigos y conocidos. En la primavera de 1949, Field estaba desempleado y temía regresar a Estados Unidos, donde su nombre ya se había mencionado durante las sesiones públicas sobre Alger Hiss. Viajó de Berlín Este a Praga y a Varsovia, al parecer en busca de trabajo, mientras los unitarios estaban cerrando su oficina suiza^[47]. Regresó a Praga en mayo, e inmediatamente desapareció. Su mujer, Herta, fue a buscarlo, y en agosto también desapareció. El hermano de Field, Hermann, y su hijastra, Erica Wallach, también desaparecieron, él en Varsovia y ella en Berlín Este.

Las tendencias comunistas de Field no evitaron que los fiscales soviético y de Europa del Este tejieran una elaborada red de teorías alrededor de él y de su familia, ni que inventaran historias sobre él que rayaban en lo fantástico. En realidad, para hacer justicia a este extraño fragmento de la historia de Europa del Este sería necesario un libro tan extenso como este. Bastará con decir que, después de 1949, el hecho de conocer a Field o de haber coincidido con él brevemente era suficiente para incriminar a cualquiera que viviera en la Europa comunista, por muy alto que fuera el rango que ostentara o por excelentes que fueran sus conexiones. Incluso a quienes no fueron arrestados les alcanzó la sombra de Field. Jakub Berman, el jefe de ideología de Polonia —solo por detrás de Bierut en la jerarquía del partido comunista—, vivió durante años siendo objeto de fuertes sospechas porque su secretaria, Anna Duracz, había coincidido con Field en una ocasión.

El arresto de Field en Budapest desencadenó una rápida sucesión de acontecimientos. Poco después de su encarcelación se produjo el arresto y el interrogatorio de Tibor Szónyi, un activista antinazi que había vivido en Suiza durante la guerra y había conocido a Field y a Rajk. Los investigadores húngaros se sintieron satisfechos porque aquello implicaba a Rajk, junto a muchos otros, por asociación. Once alemanes del Este que supuestamente habían conocido a Field fueron arrestados en Berlín en 1950, incluido Merker. Dos años después, cuando Slánský y trece colegas confesaron titoísmo,

sionismo, traición y conspiración, también se afirmó de ellos que habían estado organizados por el «conocido agente» Noel Field.

Aunque él era la figura central en el caso, Field nunca fue juzgado. Sin embargo, otros confesaron, en público y con profusión de detalles, que habían sido guiados por su malvada mano. En su juicio, Szónyi declaró que Field y Dulles lo habían convencido para imponer un «espíritu chovinista y proamericano» en la diáspora húngara en Suiza^[48]. Rajk confesó que Field, Tito y él habían planificado el asesinato de la cúpula húngara. Béla Szász confesó una absurda conspiración que implicaba a una niñera danesa a la que conocía superficialmente y a un inglés al que había visto una vez mientras estaba en el exilio, en Argentina. Su culpabilidad quedó demostrada por el hecho de que había pasado brevemente por Suiza durante la guerra, si bien nunca se reunió allí con Field ni nunca oyó hablar de él^[49]. Gejza Pavlik, un checo arrestado por los húngaros en 1949, confesó que se había unido a un numeroso movimiento trotskista organizado por Field y la CIA que estaba planeando introducirse en la cúpula del partido comunista checoslovaco^[50]. En Praga, Slánský confesó que, bajo la influencia de Field, había «permitido que elementos hostiles se introdujeran en los niveles más altos del Comité Central» y que había organizado un «centro en contra del Estado» con el apoyo de masones, sionistas y titoístas, entre otros. Otto Šling, un jefe del partido regional checo, confesó haber trabajado para el servicio secreto británico desde la guerra. Bedřich Geminder, el jefe del departamento internacional del partido, confesó que mantenía contactos con «diplomáticos israelíes». Que fueran realmente diplomáticos, y no espías, importaba muy poco. En un mundo en el que Field era un cerebro criminal, cualquier cónsul extranjero, por inexperto que fuera, era un peligroso agente secreto^[51].

Los asesores soviéticos escribían los guiones de esos juicios amañados y ayudaban a «convencer» a las víctimas para realizar las confesiones necesarias, utilizando técnicas que habían puesto en práctica con anterioridad. El arte de forzar confesiones ya estaba perfeccionado en el sistema soviético, donde los «métodos habituales», como los describió un informe posterior, empezaban con «un interrogatorio interminable a la víctima, y mientras que los funcionarios trabajaban por turnos, él o ella tenía permitidos muy pocos momentos de descanso». Además de eso se daban también «palizas, tortura por hambre o sed, encierros en la habitación oscura, se inculcaba el miedo sobre la situación de la familia del preso, se producían enfrentamientos sutilmente orquestados, se utilizaba a soplones, se colocaban micrófonos

ocultos en las celdas y muchos otros métodos retorcidos^[52]». Casi siempre se hacía referencia a esa clase de tortura mediante eufemismos. Bierut y su adlátere, Berman, a menudo ordenaban a la policía que creara «las condiciones necesarias para que digan la verdad^[53]». A los interrogadores checos les dijeron que «la gente de esa clase es muy obstinada y no podemos darle tiempo para que se prepare para los juicios^[54]».

Los métodos precisos variaban de una persona a otra y de un caso a otro. A Szász lo obligaron a permanecer de pie «siete veces, veinticuatro horas», y durante su encarcelamiento le rompieron cinco costillas. «Ya fuera cumpliendo órdenes o simplemente por diversión, me utilizaban para aliviar el aburrimiento. Me ordenaban que me quedara inmóvil, después me gritaban o pateaban la puerta, y con la excusa de que me había movido, se abalanzaban sobre mí y empezaban a darme patadas por todas partes...^[55]» Las diligencias de los interrogatorios polacos contienen registros de guardias que quemaban las manos o los pies de los presos, les arrancaban el pelo, los obligaban a arrodillarse y mantener los brazos en alto durante horas, o los obligaban a sostenerse sobre una pierna también durante horas^[56]. Al general Spychalski lo encerraron desnudo en una celda oscura, húmeda y cubierta de moho^[57]. La policía checa se ensañó de tal modo con una embarazada que la mujer perdió el bebé. A otra mujer checa, también embarazada, la obligaron a dormir sin ropa, sin colchón y sin manta durante diez días. Cuando pidió que la viera un médico, le dijeron que «sería mucho mejor si no trajera al mundo a otra bestia como yo^[58]».

Los interrogatorios también estaban diseñados para «romper» a la víctima psicológicamente. A los presos les enseñaban fotografías de sus mujeres en prisión, o les decían que sus hijos sufrirían si no confesaban, o los convencían para que depositaran su confianza en un interrogador «amable» o en un compañero de celda en apariencia comprensivo. En el caso de los comunistas de Europa del Este, a los interrogadores les resultaba particularmente efectivo volver al pasado una y otra vez. Se retomaban continuamente incidentes que habían sucedido décadas atrás. Los años que el sospechoso había pasado en la resistencia se comentaban con detalle, al igual que sus experiencias durante la guerra. Esa obsesión con el pasado era deliberada, como István Rév ha observado de manera brillante. Al fin y al cabo, nadie que hubiera estado en la resistencia comunista podría estar totalmente seguro de lo que había sucedido durante esos años de conspiración. Jamás podría estar seguro sobre con quién había hablado realmente, o sobre qué juegos secretos se habían

puesto en marcha sin su conocimiento:

Si la investigación de los juicios políticos comenzaba con preguntas relacionadas con el reclutamiento de los acusados para su incorporación a las filas de la policía política «fascista» no era solo por cuestiones de precisión cronológica, sino para que los acusados se sintieran inseguros e indefensos. El propio acusado jamás ha estado en posesión de todos los hechos relevantes; la lógica de la ilegalidad solo proporcionaba información parcial y fragmentaria, abierta siempre a la duda. [...] Jamás podía estar totalmente seguro, no podía responder claramente a todas las preguntas, todas sus actuaciones previas podían ser presentadas y descritas de un modo nuevo^[59].

A casi cualquiera que hubiera trabajado alguna vez en la clandestinidad podían hacerle dar un traspié, confundirlo o engañarlo. Casi cualquiera estaba expuesto a que lo hicieran sentir culpable por algo que podía haber dicho sin pensar, o hecho sin querer. Algunos lo manifestaron abiertamente, en ese momento o más adelante. Durante su largo interrogatorio, Gomułka fue acosado con infinidad de preguntas repetitivas. Día tras día, mes tras mes, le pedían que relatara las mismas historias una y otra vez, desde ángulos distintos, y cada vez con interrogadores distintos, todos ellos preocupados por incidentes «controvertidos» que habían sucedido en un pasado por entonces lejano. Le preguntaban cómo había conocido a alguien en concreto, cuándo fue la primera vez que había oído el nombre de determinada gente. Le pedían que recordara hechos que habían ocurrido diez años atrás. En ocasiones invertían todo un día en hablar de una sola persona o un solo hecho^[60].

En varias ocasiones le hicieron preguntas sobre Spychalski, que había sido el líder de la milicia comunista durante la guerra y en virtud de ese cargo había dirigido una operación contra el Ejército Nacional, supuestamente en colaboración con la Gestapo. Le preguntaron sobre unos comentarios recientes que, presuntamente, Spychalski había hecho sobre la necesidad de liberar al ejército polaco de asesores soviéticos. También lo interrogaron con sumo detalle sobre el asesinato del comunista Marcelli Nowotko, que ocurrió durante la ocupación nazi y que probablemente fue llevado a cabo por uno de los camaradas comunistas de Nowotko. Gomułka también fue acusado de contratar conscientemente a gente «que no era de fiar». A modo de respuesta, dijo a sus interrogadores que lo había hecho porque creía que esas personas que no eran de fiar eran agentes soviéticos y se sintió obligado a aprovechar sus talentos.

El interrogatorio le pasó factura. Los interrogadores de Gomułka lo describieron al principio como «tranquilo». Sin embargo, después se volvió «atrevido» y «llorón». De vez en cuando escribía cartas de tono lastimero al Comité Central: «A día de hoy sigo sin conocer los motivos de mi arresto o el estado de mi causa, aunque ya han pasado once meses desde que me pusieran

en aislamiento». A continuación se quejaba de dolor en las piernas, falta de ejercicio y atención médica deficiente. Escribía cartas de lamento a su hijo y se preguntaba si lo habrían olvidado: «Tarde o temprano sufriré una crisis nerviosa». Todo eso se comunicó a Moscú. Más adelante, cuando Stalin ya había muerto y Gomulka fue liberado —a su debido tiempo sucedería a Bierut como jefe del partido comunista—, Nikita Jruschov preguntaría con amabilidad sobre el estado de salud de Gomulka, e incluso se ofrecería para enviar a médicos soviéticos que lo ayudaran en su recuperación.

Detrás del «atrevimiento» y el «llanto», sin duda había miedos mucho mayores. Gomulka conocía el comunismo lo suficiente para saber que la tortura y la muerte podían llegar a continuación. Sin embargo, según él mismo, y según otras versiones de los interrogatorios de Slánský, Spychalski y otros, también se hace evidente que el recuerdo del pasado —de un pasado de conspiración, turbio y confuso— le creó un trauma emocional y psicológico aun cuando no fue víctima de ningún maltrato físico. Al parecer, los camaradas soviéticos habían entendido que podían conseguir que la gente con la que trataban se sintiera insegura, incómoda e incluso culpable por sus vidas. Eso sucedía así tanto a quienes habían sido arrestados como a los que no; o a los que todavía no. Antes de ser encarcelado, el comunista checo Oskar Langer dijo a su mujer: «Tal vez estos hombres no sean culpables en el sentido corriente de la palabra. Pero ahora mismo el destino y los intereses de los individuos tienen una importancia secundaria. Lo que está en juego es nuestro futuro, y tal vez el futuro de la humanidad^[61]». Quizá en un plano superior, que los mortales no eran capaces de entender, los arrestos fueran de algún modo necesarios. «A oscuras —escribió Rév— siempre es difícil explicar las actuaciones de manera clara, pues nadie sigue las reglas normales.»

Otros también se sentían intranquilos. En realidad, una siniestra sensación de *déjà vu* invadía a comunistas, simpatizantes comunistas y antiguos simpatizantes comunistas tanto en Europa del Este como del Oeste. Arthur Koestler, el escritor germano-húngaro, se quedó llorando junto a su radio, en Londres, «afectado» durante dos días por las confesiones públicas de su viejo camarada Otto Katz, juzgado en Praga^[62]. Él y otros habían presenciado todo eso antes, pero muchos habían reprimido esos malos recuerdos en aras de la lucha contra el fascismo. Ahora la duplicidad del régimen soviético los miraba directamente a los ojos una vez más. Y una vez más, todas las consignas del partido resultaban vacías e inquietantes. «Mi vida se acerca a su

fin —dijo la víctima checoslovaca, Geminder—, y lo único que puedo hacer es emprender un camino de verdad y así salvar al partido. [...] Camino hacia la horca con pesadumbre, pero relativamente tranquilo [...] el aire se vuelve más puro y se aparta un obstáculo en el victorioso camino hacia el socialismo. El partido siempre tiene razón...^[63]»

El impacto político de los arrestos y las condenas de altos cargos comunistas entre 1949 y 1953 no es fácil de medir. En esa época, los juicios amañados eran un espectáculo familiar en Europa del Este. Los soldados del Ejército Nacional en Polonia se habían sometido a ellos; sacerdotes y pastores se habían sometido a ellos; el propio cardenal Mindszenty había confesado públicamente haber planeado desatar la Tercera Guerra Mundial. Sin embargo, la imagen de los heroicos líderes de la nación confesando delitos absurdos en público causó a los ciudadanos una sensación de miedo y confusión^[64]. Si las acusaciones no eran ciertas, entonces eso significaba que el partido había alcanzado nuevos niveles de paranoia. Pero si lo eran, entonces en el país se habían introducido enemigos y espías. Incluso entre los miembros de la policía secreta las confesiones produjeron una extraña mezcla de miedo e incredulidad. El interrogador de Szász llamaba jocosamente a la porra con la que golpeaba a los presos «el educador de la gente», y sin embargo su cinismo se mezclaba con «una especie de fe ciega, fanática y sentimental^[65]».

A largo plazo, los juicios plantearon dudas sobre la formalidad e incluso la cordura de la cúpula comunista, aunque no necesariamente se expresaran en la época. Un historiador cuenta la historia de dos hermanas húngaras, ambas leales comunistas, que cada una por su lado empezaron a desencantarse con el régimen durante los juicios. Pese a vivir en el mismo apartamento, cada una estaba convencida de que la otra seguía creyendo en el régimen, y ambas seguían repitiendo las consignas estalinistas, incluso la una a la otra, igual que hacían cuando estaban fuera de casa^[66]. Al igual que los acusados, la población también debía actuar como si creyera en la verdad de lo que se decía, aunque en realidad tuviera sus dudas.

A corto plazo, los arrestos de importantes comunistas contribuyeron a la paranoia generalizada que alcanzó nuevas cotas en 1949, permaneció elevada hasta la muerte de Stalin en marzo de 1953 y tuvo un relevante impacto sobre la población, la cúpula y la policía secreta. Como se suponía que los acusados eran espías extranjeros, sus arrestos estuvieron acompañados de una oleada de propaganda antioccidental y antiestadounidense especialmente feroz. En

1952, el departamento de propaganda del Comité Central del partido comunista polaco entregó un panfleto a agitadores del partido que contenía algunos discursos. Uno de ellos, utilizando un lenguaje típico de la época, proclamaba que «los imperialistas americanos están reconstruyendo la Wehrmacht neonazi y preparándola para invadir Polonia», mientras que la Unión Soviética estaba «ayudando a desarrollar tecnología, cultura y arte polacos^[67]». Sobre la misma época, los activistas de Alemania del Este también recibieron panfletos con las instrucciones sobre cómo explicar correctamente la política de Alemania occidental a su audiencia de Europa del Este:

Pero ¿quiénes son esos políticos «alemanes»? Son capitalistas monopolistas cuyas propiedades fueron confiscadas en la República Democrática Alemana, junto con sus compinches en Alemania occidental. Son los junkers que perdieron sus tierras y se trasladaron a Alemania occidental. Creen que pueden recuperar sus propiedades mediante otra guerra. Ellos son los criminales de guerra y militaristas que sueñan con nuevas hazañas de «heroísmo», y los lacayos de los angloamericanos, como Adenauer, Blücher, Kaiser, Schumacher, etc^[68].

Tanto los propagandistas polacos como los alemanes recibieron instrucciones sobre cómo llevar a cabo la «batalla contra el escarabajo», campañas nacionales para conseguir eliminar de las cosechas polacas y alemanas una plaga de escarabajos de la patata de Colorado que invadió Europa central ese verano; un azote del que tanto *Trybuna Ludu* como *Neues Deutschland* culparon directamente a Estados Unidos: los pilotos estadounidenses, dijeron, habían lanzado miles de esos parásitos desde sus aviones sobre Alemania del Este, y estos habían seguido su camino hacia el este. Se pidió a los escolares polacos que formaran brigadas para encontrarlos, atraparlos y matarlos, y los trabajadores de las fábricas pasaban los fines de semana en los campos buscándolos^[69]. Los alemanes del Este, que les dieron el nombre de *Amikäfer*, o «escarabajos Ami» (por americanos), invitaron a periodistas extranjeros de China, Polonia, Checoslovaquia, Francia e Italia a observar los daños causados por los *Amikäfer*. A continuación, los periodistas y sus colegas alemanes firmaron una nota de protesta conjunta: «Los escarabajos de Colorado son más pequeños que las bombas atómicas, pero también son un arma del imperialismo estadounidense contra la pacífica población obrera. Nosotros, periodistas al servicio de la paz, condenamos por la presente este nuevo método criminal de los belicistas americanos^[70]».

Si bien ese lenguaje ahora suena ridículo, en su época tuvo consecuencias reales y trágicas. En Hungría se culpó furiosamente de la escasez de comida no a los escarabajos, sino a los kulaks, campesinos acaudalados que, supuestamente, estaban escondiendo sus productos para debilitar al régimen.

«Los enemigos del Estado intentan evitar que hagamos pan para toda la nación», declaró un noticiario de 1950. Ese mismo año, se inició una elaborada causa contra un campesino que encendió un pequeño fuego en el campo para cocinarse la comida, tiró la olla y no pudo controlar las llamas. Aunque nadie resultó herido y la cosecha no sufrió daños, el campo del hombre se quemó. El fiscal de la zona investigó el caso y en un principio se sintió inclinado a considerarlo un accidente.

Sin embargo, el fiscal cambió de opinión cuando, en plena noche, recibió la visita de unos agentes de la policía secreta que le comunicaron que el caso implicaba a un kulak, un delito de incendio provocado y un delito contra el Estado. A la mañana siguiente, funcionarios del Ministerio de Justicia también fueron a verlo para decirle que tenía tres días para finalizar el proceso, que estaba siendo observado muy atentamente por los más altos mandos. En medio de ese estallido de publicidad a nivel nacional, el hombre fue condenado con gran rapidez. Oyó una condena de pena de muerte que se ejecutó de inmediato. Como su hija recordó: «Cuando entramos en la sala del tribunal vimos cómo preparaban la horca para esa tarde^[71]». Era evidente que las autoridades habían estado esperando un caso así, como se desprende de la correspondencia personal de Rákosi durante ese período. Desde 1948 se había estado quejando de condenas excesivamente benévolas para los campesinos acusados de delitos como la acumulación de alimentos o la matanza ilegal de animales. «Debemos tener en cuenta la extracción social en esos veredictos», escribió en una nota dirigida a Ernő Gerő^[72].

En ese período, la formación temprana de la policía secreta de Europa del Este finalmente empezó a dar sus frutos: les habían enseñado que todas las organizaciones independientes eran sospechosas por definición, que probablemente todos los contactos extranjeros implicaban espionaje, y ahora las pruebas en las esferas más altas demostraban que esas advertencias habían sido acertadas. Después de cada arresto de un alto cargo comunista, los familiares, colegas, jefes y empleados de la víctima pasaban a ser sospechosos, y muchos eran arrestados. Tras el arresto de Pál Justus, un socialdemócrata que estaba implicado en el juicio de Rajk, la policía secreta fue, uno tras otro, por la mujer de Justus, su secretaria, sus amigos, y después por los conocidos de sus amigos, entre los cuales estaba György Faludy. «Irán también a por usted, camarada Faludy», le dijo su chófer con frialdad, y unos días después así sucedió^[73]. Casi todo el mundo creía que podría ser acusado, y casi todo el mundo tomó medidas para demostrar su inocencia. En las

oficinas del periódico donde trabajaba Faludy, el personal se había reunido para escuchar la lectura de la sentencia de Rajk en la radio:

Esas quemadas de herejes se consideraban ocasiones festivas y alegres, y en cierto sentido lo eran: representaban los puntos culminantes a largas semanas de incertidumbre, y ponían fin a las campañas de arresto de manera que todo el mundo podía sentirse a salvo al menos durante unas semanas, hasta que empezara una nueva oleada de arrestos. Pero si al hereje que moría en la hoguera todos lo tenían por un fiel creyente, el público —es decir, todo el país— se sentía implicado en la misma sospecha, por lo que era conveniente estar presente en esas reuniones colectivas junto a la radio y en la posterior reunión del partido a menos que se quisiera ser acusado de complicidad^[74].

Incluso aquellos que no fueron arrestados se convirtieron en unos parias. Jo Langer estaba de vacaciones fuera de Praga cuando se enteró de la detención de su marido. Sus compañeros de viaje enseguida mostraron «impresión, curiosidad, solidaridad, ayuda, abrazos con lágrimas en los ojos, sí. No muchas palabras. Sobre todo, ningún comentario. Estábamos seis en el hotel cuando recibí la llamada, todos buenos amigos. Pero en un momento así, y en esa época, ¿quién se atrevía a fiarse de otras cinco personas? Como tampoco podíamos fiarnos de las paredes». En los meses y años siguientes, Langer perdió su trabajo, su apartamento, y a la mayoría de sus amigos. Ella y su hija pequeña sobrevivieron a duras penas. Solo unos pocos valientes estaban dispuestos a hablarle a la mujer de un enemigo del Estado^[75].

A principios de la década de 1950, en otras palabras, se habían creado ya las circunstancias favorables para que la policía secreta de la región finalizara la labor que había empezado en 1945: la eliminación de todas las instituciones sociales o civiles que aún seguían en funcionamiento, así como de cualquiera que simpatizara con ellas. Entre aquellos que finalmente fueron destruidos se encontraban los masones húngaros.

Los masones tenían raíces profundas en Europa del Este, donde habían estado vinculados desde hacía tiempo a proyectos de modernización y, en un principio, a la Ilustración. La primera logia húngara se inauguró en 1749 —la masonería se importó al país simultáneamente desde Polonia y Francia— y los masones constituyeron una fuerza importante en la Revolución húngara de 1848. Tratados con escepticismo en el período de entreguerras y prohibidos por los nazis, los masones se habían mantenido inactivos hasta 1945, cuando un grupo de ellos fundó la primera logia después de la guerra. Los setenta y seis nuevos miembros eran, en palabras de un miembro actual, «burgueses comunes»: médicos, abogados, profesores de universidad, funcionarios. Con la bendición del alcalde provisional, también él masón, recuperaron su antiguo edificio, una construcción espléndida en el centro de Budapest^[76]. Por

definición, era una organización internacional, y recibían ayuda del exterior. Empezaron a organizar conciertos, conferencias y actos benéficos.

A finales de 1950, la organización había dejado de existir. Había sido prohibida y la policía secreta había saqueado el edificio y confiscado sus libros y sus cuadros^[77]. Ya se estaban llevando a cabo importantes investigaciones sobre las actividades de todos los masones más destacados. De estas, la más importante y exhaustiva fue la investigación de Géza Supka, gran maestro de la logia principal de Budapest. Supka, que en 1950 tenía sesenta y siete años, había tenido una carrera larga y admirable. Licenciado en Arqueología, había sido el director del Museo Nacional, miembro del Parlamento y el fundador de una destacada publicación literaria y, después de la guerra, también de un periódico centrista de breve andadura. Dedicó gran parte de su vida a causas benéficas y patrióticas.

No obstante, a ojos de los servicios de seguridad, Supka representaba una peligrosa amenaza a la seguridad nacional húngara. En su extenso y detallado expediente policial, un resumen de su vida escrito en 1950, se le describe como a «un representante de los intereses anglosajones en Hungría» y como a un traidor que planeaba derrocar el régimen: «Según los informes de nuestros agentes, Supka había recibido una nota en agosto de 1949 del conde Géza Teleki en Estados Unidos en la que le aconsejaba que mantuviera contacto frecuente con las personalidades políticas en las que ambos pudieran confiar tras el cambio de régimen. Supka establece contactos extensos a tal fin...^[78]».

Durante los años anteriores, la policía secreta húngara había detenido e interrogado a muchos de los amigos y conocidos de Supka. Muchos de ellos habían colaborado, como recoge el informe policial. Un periodista que había trabajado para su periódico fue amenazado —o torturado— para que declarara que Supka era un «hombre de los americanos», que había estado reclutando «simpatizantes para su movimiento» desde 1944, que leía con frecuencia periódicos extranjeros y que después de la guerra había visitado a menudo la embajada estadounidense «para hablar con su jefe». El periodista declaró que había visitado la embajada de Estados Unidos en compañía de Supka, y que había observado que Supka mantenía unas relaciones sospechosamente buenas con todos allí. Y aún más grave, «tengo conocimiento de su participación en cócteles con los anglosajones». Sobre la misma época, la policía secreta empezó a abrir el correo de Supka, a copiar las cartas y colocarlas de nuevo en sus sobres. Entre las «pruebas» copiadas que había contra él se encontraban notificaciones procedentes de París sobre

la renovación de sus suscripciones a revistas.

Sin embargo, el elemento más angustioso del expediente lo constituye una serie de informes frecuentes, casi diarios, de alguien muy cercano a Supka. Aunque su nombre no aparece en el expediente policial, el informante debió de ser un amigo íntimo o un secretario personal, ya que el conocimiento de los movimientos de Supka, de sus conversaciones y pensamientos es muy preciso. Supka confió muchas veces en ese informante, que después pasó informes completos a las autoridades. El informe resultante proporciona de manera involuntaria una visión de la vida de un hombre que sabe que está en peligro, que sabe que está siendo vigilado, pero que mantiene una fe ingenua en la buena voluntad de la gente cercana a él, incluido el informante.

A medida que el ambiente de Budapest se volvía más sofocante, Supka, en un principio, se planteó emigrar. «Los cambios políticos tardarán en llegar», dijo al informante el 20 de diciembre de 1949, y se preguntó si debería marcharse del país, como algunos de sus amigos estaban haciendo, entre ellos el vicepresidente del banco nacional. Sin embargo, no estaba seguro, y temía solicitar un pasaporte, ya que eso atraería la atención de las autoridades. El informante envió esa información al agente que se ocupaba del caso de Supka, quien le ordenó que regresara «para descubrir el contenido exacto de la conversación entre él y ese vicepresidente del banco, y al mismo tiempo vigilar a Supka e informar en cuanto observe que lleva a cabo algún preparativo para emigrar».

El informante obedeció. También siguió informando sobre la opinión de Supka acerca de una gran variedad de asuntos. En enero, Supka le dijo que estaba decepcionado con la diplomacia estadounidense en China, que era demasiado indecisa: él había esperado que los estadounidenses fueran más firmemente anticomunistas. Sin embargo, se alegró del nombramiento del general Bradley como sustituto de Eisenhower porque Bradley era masón como, según dijo, también lo eran Truman y MacArthur. (El funcionario encargado del caso Supka añadió aquí una anotación: «Todos estos informes sustentan nuestra creencia de que Supka mantuvo un estrecho contacto con agentes de las potencias imperialistas».)

Supka también dijo al informante que Hungría tenía dos vínculos fuertes con Occidente: la Iglesia y la masonería. Tenía confianza en que esta última podría eludir la vigilancia por parte de la policía secreta. Sin embargo, unos días después el informe recoge que «cuando nuestro agente se marchó a las doce menos cuarto de la noche, un joven desconocido de la embajada

británica llegó al apartamento de Supka, y le llevó un boletín y algunos periódicos...». El funcionario se aferró a ese detalle como prueba de su teoría: «Supka es el representante más destacado de las potencias imperialistas en Hungría. En base a su declaración, concluimos que el centro de su actividad es el movimiento masón [...] la persona llegada de la embajada del Reino Unido demuestra que Supka mantiene vínculos directos y frecuentes con las potencias occidentales».

A principios de la primavera de 1950, el informante empezó a ofrecer detalles de los pensamientos y movimientos de Supka casi a diario. Supka dijo al informante que estaba preparado para que lo detuvieran en cualquier momento, y que ya se había puesto en contacto con amigos bien relacionados que esperaba que lo ayudaran si finalmente sucedía. Le dijo que sabía que habían eliminado su nombre de listas de invitados, puesto que la gente estaba empezando a desconfiar de él, y que sabía que estaba siendo vigilado. Sin embargo, había decidido no emigrar, por razones de edad y de salud, y pidió al informante que lo ayudara a evitar un arresto que le parecía inevitable. Estaba intentando conseguir un destino académico en una alejada zona rural, y tal vez el informante podría ayudarlo a encontrar un lugar apropiado.

En julio, Supka y el informante comentaron la situación en Corea y el hecho de que varios masones hubieran sido arrestados. En septiembre comentaron el acuerdo Iglesia-Estado y la posibilidad de una guerra estadounidense en Europa. En junio de 1951, Supka dijo al informante que la policía había visitado su casa y confesó que volvía a temer que lo deportaran. Entre otras cosas, también discutieron la desertión de Gyula Schöpflin, el antiguo director de la radio, a Gran Bretaña, el juicio de Rajk, sobre el cual Supka tenía muchas dudas, y el estado de salud de Supka, que no era bueno. Aun así, Supka recibía muchas visitas. La mujer de la limpieza proporcionó todos los nombres al informante, que los pasó al funcionario encargado de su caso.

Después de eso, Supka cayó en una depresión, pues temía su arresto. Obtuvo unos informes médicos de un doctor, con lo que esperaba conseguir evitar ser detenido o deportado. Intentó comunicarse con conocidos en la cúpula del partido comunista. Se puso en contacto con un par de masones que parecían haber hecho las paces con el régimen —uno de ellos vestía un traje nuevo y conducía un coche también nuevo— y les comentó los rumores de que a la gente como él la estaban enviando a trabajar a granjas colectivas de la Unión Soviética. En agosto de 1952 dijo al informante que ya pocas veces

salía de su apartamento. Supka no quería ver el mundo del presente, declaró el informante en su informe a la policía secreta, porque se había vuelto totalmente distinto de lo que había imaginado:

Añadió que a menudo se preguntaba si había valido la pena luchar contra tantas cosas, ahora que sabía que todo terminaría de ese modo. Tiene casi setenta años y es incapaz de adaptarse a las condiciones actuales. Esto hace que todo aquello en lo que creía sea irrelevante. Aún cree en la libertad, y aunque está al corriente de lo que sucede en Estados Unidos, sabe que en Inglaterra la libertad civil sigue viva. Cree que no verá el día en que estalle la Tercera Guerra Mundial que creía inevitable, pero está convencido de que un mundo construido sobre la libertad, no la falsa libertad de la falsa Revolución de Octubre, llegará algún día. Su mayor pena es que se prohibiera la logia masónica, lo que para él supuso un serio ataque a la libertad civil. [...] Durante toda su vida ha sido un hombre antirreligioso y anticlerical, pero, aun así, no podía estar de acuerdo con la persecución a la Iglesia y a los sacerdotes [...] sus simpatías estaban con los perseguidos.

Aunque fue imposible una celebración colectiva, los amigos de Supka fueron a visitar al antiguo gran maestro en pequeños grupos el día de su septuagésimo aniversario. Después de eso cayó enfermo con frecuencia, según los informes del informante, aunque aún gustaba de discutir sobre política. Géza Supka murió en mayo de 1956, cinco meses antes de la Revolución húngara. Unas cuatrocientas personas asistieron a su entierro. Como el informante describió, «hubo varias coronas y algunas personas dejaron hojas de acacia sobre ellas, símbolo de la masonería...».

Homo Sovieticus

Observamos la procesión, las masas llevaban banderas rojas, las chicas iban con sus vestidos blancos. Grigoriev estaba con nosotros, el asesor soviético del Consejo de Control Aliado. [...] Cuando la plaza estuvo llena de gente, él se volvió hacia mí y preguntó: «Dime, estos 200 000 proletarios aquí reunidos [...] hace seis meses mostraban el mismo entusiasmo hacia los fascistas de la Cruz Flechada, ¿verdad?».

GYULA SCHÖPFLIN en sus memorias^[1]

Los juicios amañados, los arrestos y los ataques al clero atrajeron la atención nacional e internacional durante la época de la fase final del estalinismo. Sin embargo, la presión desde arriba fue solo uno de los métodos utilizados por el régimen para convencer a sus compatriotas de su derecho a gobernar. También intentaron crear entusiasmo y colaboración desde abajo. Si los primeros años de posguerra se habían caracterizado por ataques violentos a las instituciones de la sociedad civil, después de 1948 los regímenes empezaron a crear un nuevo sistema de escuelas y organizaciones de masas controladas por el Estado que rodearían a sus ciudadanos desde el momento de su nacimiento. Una vez dentro de ese sistema totalitario, se daba por sentado que los ciudadanos de los estados comunistas jamás desearían ni podrían salir de él. Habrían de convertirse, como expresó sarcásticamente un viejo disidente soviético, en miembros de la especie *Homo sovieticus*, «hombre soviético». El *Homo sovieticus* no solo no se opondría al comunismo, sino que nunca concebiría siquiera la posibilidad de oponerse al comunismo^[2].

En la fase final del estalinismo, nadie estaba exento de esa instrucción ideológica: ni siquiera los ciudadanos más jóvenes. Aunque los adolescentes habían sido una prioridad para los comunistas, ahora su atención se extendió también a los niños de jardín de infancia. Como Otto Grotewohl, el nuevo primer ministro de Alemania del Este, declaró en 1949, los niños alemanes más pequeños eran «nuestro mejor y más puro material humano». Eran «la reserva de oro para nuestro futuro». No debían «caer en las garras de las fuerzas reaccionarias», y no deberían «crecer de manera desordenada, sin

recibir cuidado y atención^[3]».

La idea de los niños pequeños como tábulas rasas o trozos de arcilla que el régimen podría moldear a voluntad no era nueva en Alemania: los nazis habían utilizado metáforas muy similares (como también los jesuitas, entre otros). Pero el contenido que los comunistas alemanes verterían en las mentes supuestamente vacías de los niños no sería de ideología nazi. Ya en junio de 1945, un periódico de Berlín escribió sobre el daño que años de educación nazi había hecho a los niños:

Consideremos los siguientes hechos. El principio del mayor grado de sensibilidad y memoria de un niño se da entre los cinco y los siete años. Añadamos a eso la duración del gobierno nazi y obtenemos el espantoso resultado de que todos los jóvenes [...] han crecido exclusivamente bajo la influencia de las mentiras que les han sido inculcadas en la escuela y por las Juventudes Hitlerianas^[4].

De inmediato, las fuerzas de ocupación soviéticas prohibieron los jardines de infancia privados y que los antiguos nazis y «compañeros de viaje» nazis —una categoría bastante imprecisa— enseñaran en los jardines de infancia. Cuando esa orden provocó la consiguiente escasez de profesores, el régimen de ocupación soviético, que sin duda tenía asuntos más urgentes entre manos, organizó cursos de seis meses para formar a nuevos profesores de preescolar^[5].

Pero todavía más cambios estaban por llegar. En realidad, el alcance y la naturaleza de la influencia que la Unión Soviética deseaba ejercer sobre la educación sorprendió a muchos europeos del Este y en particular a los educadores alemanes, muchos de los cuales habían previsto con entusiasmo que un régimen de izquierda apoyaría la pedagogía progresista y de vanguardia defendida durante la década de 1920 y que destacaba la espontaneidad, la creatividad, y que hoy en día se consideraría educación «centrada en los alumnos». En Budapest y en Berlín había habido jardines de infancia Montessori desde antes de la Primera Guerra Mundial; Janusz Korczak, un educador progresista y autor de libros infantiles, había experimentado con la idea de «autogobierno» en sus orfanatos de Varsovia, en los que animaba a los niños a escribir sus propias normas y a formar sus propios parlamentos^[6].

Por el contrario, los educadores de Europa del Este descubrieron que los métodos de enseñanza «correctos» no los encontrarían en manuales Montessori, sino en las obras de teóricos de la educación soviéticos, fundamentalmente en los escritos de Antón Makárenko, uno de los autores favoritos de Stalin. En la década de 1930, Makárenko había sido el director de

la colonia Gorki, un reformatorio para jóvenes delincuentes. Sus métodos priorizaban la presión del grupo, la repetición y el adoctrinamiento, y hacían hincapié en la convivencia y el trabajo colectivo. Los pasajes más elocuentes de *Poema pedagógico*, su libro sobre la colonia Gorki, están dedicados a las virtudes del trabajo colectivo: «Era un placer, quizá el placer más dulce del mundo: sentir este vínculo mutuo, la fuerza y la elasticidad de las relaciones, esa potencia de la colectividad vibrante en la quietud saturada de fuerza^[7]».

Al igual que Trofim Lisenko, el fraudulento biólogo estalinista que creía en la herencia de los caracteres adquiridos, Makárenko creía en la mutabilidad de la naturaleza humana. Cualquier niño, por poco prometedor que fuera su entorno, y por muy reaccionarios que fueran sus padres, podía ser transformado en un buen ciudadano soviético. Si se le introdujera en un equipo, se le dijera que todos trabajan por el bien del grupo, si se repitieran consignas en su presencia, aprendería. Si bien Makárenko era, sin duda, más sofisticado que sus seguidores, el «makárenkismo» (como el «lisenkismo») se parecía mucho a un vulgar lavado de cerebro ideológico.

Los educadores progresistas se vieron obligados a batirse rápidamente en retirada. «Yo insistí en exceso en la necesidad de las actividades independientes de los niños, subestimé la necesidad de un liderazgo político, y creí [erróneamente] que la gente podía ser educada mediante la adquisición de experiencia», declaró una teórica de la educación alemana en sus memorias cargadas de arrepentimiento. También lamentó no haber seguido los consejos de Erich Honecker, quien, sin duda, no era un experto en educación infantil, «abordaba todos los asuntos desde una visión de clase claramente político-ideológica» y llegaba así a las «conclusiones correctas^[8]». Sobre la misma época, Korczak —quien había muerto trágicamente en Treblinka, junto a sus huérfanos— fue denunciado en Polonia por divulgar «una educación en el espíritu del servilismo mecánico hacia el orden existente^[9]».

Tras solo seis meses de formación, la legión de nuevos profesores de jardín de infancia en Alemania habría tenido dificultades para entender esos debates teóricos, y aún muchas más para aplicarlas en las aulas. Sin embargo, los puntos esenciales, como sus colegas de todo el bloque no tardaron en descubrir, no eran difíciles. La política debía constituir una parte esencial del plan de estudios de todos los niños, desde el jardín de infancia en adelante. Entre los temas aceptados estaban la historia de la clase obrera, la Revolución rusa y los logros de la Unión Soviética. Los niños debían participar en las

diversas campañas del partido en favor de «la paz», de Corea del Norte y del Plan Quinquenal. Los profesores que no enseñaban esos temas o que no reivindicaban esas campañas se arriesgaban a perder sus puestos de trabajo.

Naturalmente, parte del material tuvo que cambiarse para adaptarse a los niños más pequeños. En Polonia, el culto a Stalin se transmitía a través del estudio de una versión totalmente ficticia de la infancia del dictador soviético, que en realidad había sido bastante penosa. A los niños polacos les enseñaban a llamarlo por el mote que tenía de niño, Soso (también les enseñaban a referirse a Feliks Dzerzhinski, el aterrador fundador de la policía secreta soviética, con el nombre de «Franek»), y leían sobre sus numerosas hazañas y sus logros de juventud. Las revistas populares entre los niños contenían relatos diseñados para despertar su admiración hacia Stalin, como la historia de un niño que pregunta a su madre el significado de la palabra «generalísimo». La madre le explica que como «toda la nación soviética amaba profundamente a su líder», la URSS le había concedido ese título especial como gesto de gratitud. Impresionado por esa profunda fe, el niño decide aprender a escribir la difícil palabra «generalísimo» y la memoriza para siempre.

Las maravillas de la planificación central se expresaban a través de libros como *Bronek, el niño de seis años, y el Plan Sexenal*^[10]. Los males del capitalismo se transmitían mediante relatos como la historia del señor Twister, un estadounidense que visita Leningrado y se sorprende al ver a un hombre negro en su hotel, o a través de poemas sobre los planes de guerra de Estados Unidos:

*Los locos americanos
sueñan con la batalla
y pintan en los mapas
los frentes con sangre humana.*^[11]

Los novelistas también trabajaban duro para ofrecer a los niños de la época nuevo material de lectura. A finales de la década de 1940 y durante los años cincuenta, Alex Wedding —un comunista cuyos libros habían sido quemados por Hitler en 1933— publicó una serie de libros infantiles en Alemania del Este. El primero de ellos fue *Die Fahne des Pfeiferhansleins*, la historia de una rebelión de campesinos durante el siglo xv, en la que aparece un líder rebelde que toca la flauta, un *Pfeifer*, y que sueña con «una patria

libre» sin gobernantes ni gobernados. La rebelión termina mal, pero los rebeldes no abandonan la esperanza: «Algún día el sol de la libertad se filtrará entre las nubes. Algún día incluso nuestro exilio terminará, y volveremos a ver a nuestra patria, una hermosa tierra, libre del gobierno arbitrario de duques y nobles [...] y entonces la bandera del *Pfeifer* ondeará en todas las torres...^[12]».

Algunos relatos infantiles ya existentes se reescribían para acomodarlos al nuevo espíritu ideológico. Una entrañable tira infantil polaca —*Las aventuras de la cabra Matolek*— reapareció con algunos cambios sutiles. Antes de la guerra, Matolek había observado Varsovia y visto el Castillo Real y la aguja de una iglesia. Después de la guerra, solo veía el Palacio de la Cultura, un altísimo monumento a Stalin. Antes de la guerra, policías vestidos con gabardina habían agitado sus porras frente a Matolek por infringir las normas de tráfico. Después de la guerra, como recordó un lector, «amables milicianos socialistas le indican la dirección correcta». La Matolek original descubrió un tesoro que dio a «los niños pobres de Polonia». Como bajo el régimen comunista no había niños pobres, la Matolek de posguerra dio el tesoro a los «queridos» niños de Polonia^[13].

Los libros de texto también tuvieron que ser modificados para que reflejaran la nueva realidad. En noviembre de 1945, en un momento en el que sus burócratas aún estaban recogiendo zapatos y jerséis del organismo de socorro de las Naciones Unidas y entregándolos a profesores desesperados, el Ministerio de Educación polaco ordenó la escritura de una nueva historia de la educación, diseñada para enfatizar «la lucha por la educación democrática», y también estableció un comité para que escribiera nuevos libros de texto sobre historia^[14]. Como ese proceso de reescritura no se llevó a cabo con la suficiente rapidez, se tomaron medidas más drásticas: durante un breve período, entre 1950 y 1951, en las escuelas polacas solo se permitieron los textos de historia soviéticos^[15]. En Alemania del Este, los esfuerzos de reescritura resultaron más exitosos. El programa de historia para los niños de trece años describía el período de posguerra de este modo:

Con la ayuda de las autoridades de ocupación soviéticas, las fuerzas democráticas [...] consiguieron quitarles el poder a capitalistas y terratenientes monopolistas en la parte este de Alemania y establecer un orden democrático antifascista. Este orden democrático antifascista [...] goza del apoyo y la ayuda de la gran Unión Soviética socialista, que respeta los derechos nacionales del pueblo alemán y representa sus intereses nacionales^[16].

Lo más urgente era reconvertir —o reemplazar— a los profesores, y no solo a los maestros de jardín de infancia. El régimen militar soviético

proclamó la «renovación democrática de la escuela alemana» en agosto de 1945, con una orden que también exigía «una nueva clase de profesor democrático, responsable y capaz». Poco después, la política educativa para la zona soviética de Alemania se dejó en manos de los comunistas de Moscú más leales y de más alto rango: Anton Ackermann, un líder del Comité Nacional para una Alemania Libre durante la guerra; Paul Wandel, miembro del partido comunista soviético, no alemán; y Otto Winzer, miembro del grupo de Ulbricht^[17]. A su debido momento, las autoridades soviéticas utilizarían la reforma educativa como un método de desnazificación, así como un medio para ofrecer a jóvenes ambiciosos y partidarios del régimen una vía de ascenso rápido^[18]. Toda una generación de *Neulehrer* —«nuevos profesores», a menudo con una formación mínima— ocuparon los puestos de los anteriores, y de ellos se esperaba que mostraran su gratitud al nuevo régimen siguiendo cada uno de sus preceptos.

Por el contrario, a la mayoría de los profesores polacos los dejaron tranquilos en medio del caos de los años inmediatos de posguerra, pese a los estrechos vínculos entre la resistencia en tiempo de guerra y la profesión docente. En gran parte de Polonia se evitó que los niños asistieran a la escuela durante la ocupación nazi —la intención de los alemanes había sido convertir a los polacos en una nación de siervos analfabetos— y muchos niños no sabían leer ni escribir. El hecho de restablecer la normalidad mediante la escolarización se convirtió en una prioridad nacional. En septiembre de 1945, el ministro de Seguridad Estatal, Stanisław Radkiewicz, firmó un mandato interno en el que declaró que a la luz de «la destrucción sembrada en las escuelas», la policía secreta debería «arrestar a profesores solo cuando fuera absolutamente necesario». Si tenían que ser encarcelados, sus casos deberían ser investigados y revisados lo antes posible^[19].

Sin embargo, con el tiempo quienes no se sometieran a la ideología serían intimidados, amenazados y finalmente despedidos. Sus acciones y comportamiento serían vigilados por agentes de la policía secreta, por directores de escuelas enviados desde otras zonas, por los mismos colegas, o incluso por sus alumnos. En 1946, el Ministerio de Educación descubrió que en la pequeña población de Człuchów, el hijo adolescente de un agente de la policía secreta había estado amenazando a sus profesores y a sus compañeros de clase. Alardeando de que tenía «acceso al edificio de la UB cuando quisiera, sin necesitar un pase», le dijo a un niño que lo «encerrarían», y amenazó a otro por tocar un villancico «religioso» («Noche de paz») al piano.

Después de que un profesor describiera «el avance histórico de Rusia hacia Constantinopla» en una clase de geografía, el joven comentó lleno de alegría a un compañero de clase que «el viejo se acaba de condenar». Aunque solía suspender («no sirve para las matemáticas [...] y en francés es una nulidad»), él alardeaba de que, gracias a la influencia de su padre, aprobaría sin hacer ningún trabajo. Cuando finalmente la directora de la escuela llamó a sus padres para quejarse de su actitud, dos horas después la mujer recibió una citación para que se presentara en las oficinas de la policía secreta de la zona^[20].

Ese caso en particular se resolvió en favor de la escuela, entre otras razones porque ni siquiera a la policía secreta le gustaba que los hijos de sus empleados amenazaran a compañeros de clase con el arresto. Sin embargo, otras historias tuvieron un final menos feliz, por ejemplo cuando se hacía responsables a los profesores de la visión política de sus alumnos. Podían perder sus puestos de trabajo por haber ejercido supuestamente «una mala influencia» sobre los niños que mostraban opiniones «reaccionarias» o anticomunistas^[21]. En enero de 1947, un grupo de unos treinta agentes armados de la policía secreta entraron en un instituto polaco cerca de Sobieszyn, irrumpieron en una clase y ordenaron a todos los presentes que levantaran los brazos y salieran. Algunos estudiantes fueron separados, interrogados y golpeados; las protestas del director del instituto fueron desoídas. Un agente explicó con brusquedad que los estudiantes procedían de familias «de bandidos» y que varios profesores de ese centro ya habían sido arrestados. En otras palabras, la redada había sido diseñada para castigar a la institución por no mantener el ambiente ideológico adecuado^[22].

Sin embargo, en 1948 el clima había cambiado notablemente y el Ministerio de Educación polaco se dispuso a «verificar» los «valores, ideológicos y profesionales» de todos los directores de escuela, profesores y educadores, «intensificar la ofensiva ideológica entre profesores y estudiantes», a «concienciar» a futuros profesores^[23]. Sobre la misma época, un burócrata de la educación alemán declaró que la educación soviética, después de treinta años de experimentación, finalmente había alcanzado su cenit: la experiencia de la Unión Soviética demostraba que una educación «basada en el humanismo socialista» podría resultar exitosa. Todos los profesores alemanes que desearan convertirse en «pedagogos progresistas cualificados» debían «adquirir, estudiar y aprender a aplicar la ciencia pedagógica marxista tal como la fundaron Marx y Engels; como la

extendieron Joseph Dietgenz, August Bebel y Karl Liebknecht; y como siguieron desarrollándola Lenin y Stalin^[24]». Programas similares se desarrollaron para los profesores de todo el bloque. Entonces se prestó gran atención a la clase social de los nuevos cuadros de profesores, y se llevaron a cabo enormes esfuerzos para conseguir a profesores que fueran de la extracción social «adecuada». Según el Ministerio de Educación polaco, el 52 por ciento de los nuevos profesores en formación en 1948 eran de clase obrera, el 32 por ciento eran campesinos y el 7 por ciento eran hijos de «artesanos». Si estas estadísticas son correctas, ese año solo el 9 por ciento de los profesores procedían de familias «intelectuales»^[25].

La proletarización del profesorado resultó una tarea delicada. En Alemania del Este, varios rectores universitarios intentaron reagruparse en mayo de 1945 para reconectar con la «tradición universitaria alemana», pero su iniciativa fue descartada casi de inmediato por los funcionarios soviéticos, que se quedaron horrorizados por su «visión del mundo filosófica reaccionaria», así como por sus anteriores conexiones nazis. Una oleada de desnazificación llegó después, tanto obligatoria como voluntaria, cuando multitud de profesores alemanes huyeron al Oeste. Cuando llegó el momento de iniciar el semestre de invierno en enero de 1946, tres cuartas partes del profesorado de las universidades de Berlín, Leipzig, Halle, Greifswald y Rostock se habían marchado, y los funcionarios soviéticos empezaron a desempeñar un papel muy activo en la captación de nuevos profesores^[26]. Como no disponían de los recursos necesarios para dirigir el sistema universitario ellos mismos, crearon un órgano alemán, la Administración Central de Educación, a la que enviaban peticiones a menudo poco realistas. En marzo de 1947, la Administración Militar Soviética emitió una orden «sobre la formación de la nueva generación de académicos» que pidió a la Administración Central de Educación que encontrara a «doscientos antifascistas activos» en un período de diez días. Como un miembro alemán de la administración señaló, «no podemos, en toda Alemania, conseguir a doscientos antifascistas activos que además estén cualificados académicamente». Finalmente, los alemanes dieron con setenta y cinco nombres de profesores «de actitud abierta en cuanto a política», pero los administradores soviéticos rechazaron a treinta y dos de ellos. Del resto, la mayoría tenían más de cincuenta años y por lo tanto no eran candidatos demasiado adecuados para un programa de formación^[27].

A partir de 1948, las autoridades de Alemania del Este, así como las de

Hungría y Checoslovaquia, iniciaron un ataque más sistemático sobre las facultades de historia, filosofía, derecho y sociología, las cuales se vieron transformadas en vehículos para la transmisión ideológica, igual que en la Unión Soviética. La historia se convirtió en historia marxista, la filosofía se convirtió en filosofía marxista, el derecho se convirtió en derecho marxista y la sociología, por lo general, desapareció. La mayoría de los especialistas en humanidades que quedaban se marcharon en ese momento, aunque las autoridades soviéticas llevaron a cabo grandes esfuerzos para conservar a los científicos. Como un burócrata de la cultura dijo, «cuando un filósofo o un historiador reaccionario se marcha [a Alemania occidental], sonreímos. Pero la situación es distinta con los físicos, matemáticos o técnicos, a quienes necesitamos y a los que no podemos reemplazar^[28]». Sin embargo, los científicos formaban parte del sistema educativo y los cambios también les afectaban. Cuando un químico decidió marcharse a Occidente, contó sus razones a dos funcionarios comunistas. Entre otras cosas, estos informaron de que «no puede seguir aceptando la responsabilidad de educar a sus hijos en nuestros institutos^[29]». El resultado final fue la transformación casi total de las universidades de Alemania del Este. En un período de tiempo relativamente corto, una nueva generación de profesores mucho más jóvenes —ya fueran más ideologizados, más cínicos o más fáciles de intimidar— cubrieron todos los puestos docentes y controlaron también todos los futuros nombramientos académicos.

La situación en Polonia fue diferente, en parte porque la guerra, el Alzamiento de Varsovia y la masacre de Katín habían destrozado en mayor medida a la clase intelectual polaca. En 1939, los nazis habían enviado a todo el cuerpo docente de la Universidad Jaguelónica de Cracovia, la más antigua del país, a Sachsenhausen (donde fueron encarcelados junto a más de mil estudiantes de las universidades de Praga y Brno)^[30]. No resultaba fácil despedir a un profesor polaco porque era probable que no encontraran a nadie ni remotamente cualificado para sustituirlo, y por lo tanto hubo muchos menos apasionados jóvenes ideólogos en las facultades que en Alemania del Este. En 1953, los estudiantes de derecho de Cracovia todavía podían estudiar la mayoría de sus asignaturas, entre ellas historia del derecho polaco, teoría del derecho y lógica, con profesores de antes de la guerra. Solo uno o dos cursos obligatorios sobre marxismo-leninismo eran impartidos por los profesores recién designados. Como John Connelly señala en su concluyente estudio sobre las universidades de Europa del Este durante la fase final del estalinismo, la cultura de la vida académica polaca también era distinta.

Muchos académicos que sobrevivieron habían trabajado en las «universidades volantes» durante la guerra, enseñando a los alumnos de manera clandestina, y los hábitos patrióticos eran fuertes. Era bastante común que los jefes académicos rindieran falsas alabanzas al régimen, pero enseñaban, daban clase, contrataban y despedían sin tener en cuenta alguna la política. Incluso a finales de la década de 1940 y a principios de la de 1950, era frecuente que los profesores mayores protegieran a los estudiantes y a sus colegas más jóvenes de las investigaciones policiales^[31]. Los vínculos de familia, lealtad e influencia académica a menudo resultaban más fuertes, al menos entre bastidores, que el miedo al partido o a la policía secreta.

Sin embargo, la proletarización del conjunto de los estudiantes fue, para los partidos comunistas, mucho más importante. Los profesores burgueses morirían algún día y entonces serían reemplazados por miembros entusiastas de la clase obrera. En polaco, el término que describía esta oleada de acciones afirmativas académicas era *awans społecznyny*, una expresión burocrática más bien fea que significa, aproximadamente, «avance social». La expresión cobró una relevancia enorme con el tiempo, y se usó tanto en referencia a una política —el rápido ascenso de los hijos de los obreros y los campesinos a la educación superior— como a la clase «socialmente avanzada» que surgió como resultado. Una forma similar de avance social fue uno de los objetivos principales de todos los países de Europa del Este. En una conferencia en el congreso de 1949 del partido alemán, Grotewohl propuso elegir y ascender a «trabajadores y campesinos» de entre los Jóvenes Pioneros. Dijo que estos habían «experimentado un aprendizaje distinto desde que eran muy pequeños», y por consiguiente podrían ser transformados y convertidos en «una intelectualidad verdaderamente nueva, democrática y socialista [...] a la que necesitaremos para dirigir nuestra economía y llevar a cabo medidas socialistas^[32]».

Los intentos de crear una «intelectualidad nueva, democrática y socialista» que sustituyera a la antigua intelectualidad, sospechosa y burguesa, fueron de lo admirable hasta lo absurdo. En Polonia, donde escuelas de todo signo habían cerrado a la fuerza durante la ocupación nazi, el índice de analfabetismo después de la guerra era de un asombroso 18 por ciento. El partido inició una campaña masiva «para acabar con el analfabetismo» en 1951, que estuvo precedida por una reforma educativa que priorizaba la educación técnica^[33]. El éxito de ese programa convenció a muchos intelectuales de las buenas intenciones del partido. Un antiguo maestro

polaco, aun sin ser comunista, pasó la primera parte de su carrera enseñando a leer y a escribir a refugiados de Ucrania y se quedó maravillado: «Se convirtieron en personas distintas». El hecho de participar en la campaña lo ayudó a convencerse de que el partido, aunque cometía errores, tenía buenas intenciones^[34].

Sin embargo, el solo hecho de enseñar a leer y a escribir no crearía una nueva élite. En todo el bloque se llevaron a cabo otras formas de acción afirmativa más agresiva. Los hijos de trabajadores y campesinos tenían acceso privilegiado a plazas universitarias, programas de formación, trabajos y ascensos. En Alemania del Este, los burócratas de la educación reclutaban activamente a trabajadores y campesinos para que se incorporaran a cursos especiales diseñados para hacerlos ascender rápidamente. Los estudiantes podían acceder a esos cursos preuniversitarios si sus padres pertenecían a la clase social correcta y si podían presentar «referencias políticas de organizaciones democráticas», ya fueran sindicatos o grupos de juventudes^[35]. En Polonia, activistas de la Unión de Jóvenes Polacos se hicieron con el control del proceso de admisión en las universidades a través de la institución de «secretarios técnicos», funcionarios destinados a las oficinas de los decanos donde «mediante un trabajo abnegado contribuían a la mejora de la acción». Gracias a esos esfuerzos, entre 1945 y 1952 el número de estudiantes de origen obrero y campesino en las universidades de Alemania del Este aumentó del 10 al 45 por ciento del total. En 1949, la cifra de estudiantes de extracción obrera y campesina ascendía hasta el 54,5 por ciento^[36].

Los comunistas polacos también crearon sus propias instituciones alternativas de educación superior para acelerar la velocidad de ese avance social. A estudiantes polacos que no habían recibido educación secundaria se les ofreció la posibilidad de obtener un grado de bachiller —el *matura*, similar a un certificado de enseñanza media— en seis meses, en la Escuela Central del Partido. Con ese «pequeño» *matura*, como lo llamaban, podían acceder a la universidad. Aunque otras instituciones ofrecían títulos que podían conseguirse más rápidamente —muchos jóvenes acababan el curso preparatorio de dos años que les permitía ingresar en la universidad sin haber terminado el instituto—, la Escuela Central del Partido tenía criterios distintos: «la conciencia política» se consideraba mucho más importante que la capacidad de leer y escribir correctamente.

El resultado fue previsible. En 1948, la Secretaría del Comité Central se

quejó de que alrededor del 20 por ciento de los estudiantes del curso de la Escuela Central del Partido —hombres muy jóvenes, de clase obrera, sin educación secundaria— no podían terminar el curso porque no tenían la competencia suficiente para tomar apuntes^[37]. Al parecer, más de cincuenta estudiantes de la Universidad Humboldt en Berlín Este padecieron crisis nerviosas durante la década de 1950^[38]. Los profesores, sobre todo en Polonia, advertían en privado a los jóvenes obreros que empezaban el curso de que no conseguirían aprobar, por lo que sería mejor que volvieran a sus fábricas. También hubo casos de estudiantes polacos que falsificaron sus orígenes sociales: «Hijos e hijas de comerciantes, kulaks y coroneles de preguerra llegaban a los exámenes vestidos con monos sucios» y fingían ser obreros, como un informe expuso con indignación^[39]. En Hungría, varios estudiantes de familias burguesas recibieron instrucciones de pasar algún tiempo trabajando como obreros y después solicitar de nuevo el acceso a la universidad. Las pequeñas muestras de lealtad, como convertirse en líder de un grupo de jóvenes, ayudaban también a conseguir una plaza en la universidad^[40]. Sin embargo, siguieron existiendo grandes diferencias entre los estudiantes universitarios de origen obrero o campesino y los hijos de intelectuales de preguerra —los primeros vivían en destartaladas residencias estudiantiles, mientras que los segundos vivían en sus casas— y ambos grupos solían guardar las distancias^[41].

En Alemania, algunos de los intentos de reconversión de los obreros para que ocuparan puestos relacionados con la cultura también terminaron en fracaso. En un momento determinado, el escritor Erich Loest recibió el encargo de enseñar a un grupo de trabajadores de una fábrica a convertirse en *Volkskorrespondenten*, «corresponsales del pueblo». La lógica era clara: si el proletariado pudiera formarse en periodismo, entonces los periódicos adoptarían la ideología correcta, y los periodistas burgueses dejarían de ser necesarios. Al menos eso sostenía la teoría. En la práctica, la tarea de Loest —formar a trabajadores para que fueran críticos de teatro— resultó muy poco exitosa:

Había quince personas —doce mujeres, tres hombres—, todos obreros. En su empresa les habían preguntado: «Necesitamos gente para este grupo, ¿a quién le gusta ir al teatro?». Y ellos levantaron la mano y fueron seleccionados. «Muy bien, Hildegard, ahora eres miembro de este grupo.» Íbamos juntos al teatro y después, o al día siguiente, no reuníamos. Y yo les explicaba, o intentaba explicarles, en qué consistía una crítica teatral. Después escribimos una crítica juntos. Entonces yo tenía veinticinco años y me había gustado ir al teatro. [...] Fue horrible. Todos quedamos descontentos. Yo quedé descontento, y ellos aún más. [...] Se suponía que debían escribir una crítica teatral, pero no fueron capaces de hacerlo y no lo aprendieron conmigo. Después de medio año, la cosa se hundió. Seguimos durante un invierno^[42].

Sin embargo, en un sentido más restringido, esas políticas resultaron exitosas: a la larga cambiaron la composición de la intelectualidad urbana. Un polaco recuerda que en su elitista escuela de Varsovia, durante la década de 1950, casi todos procedían del campo. Cuando el profesor preguntó a los niños adónde irían de vacaciones ese verano, ellos respondieron casi al unísono: «Me quedaré con mis abuelos en el campo». Tardó varios años en darse cuenta de que en gran parte de las capitales europeas la inmensa mayoría de la gente ya no tenía abuelos que vivieran en pequeñas granjas y cultivaran patatas^[43]. La política de avance social también produjo una generación de líderes del partido comunista leales, aunque no necesariamente de talento. Como un historiador explica, algunas personas observaron desde el principio que el sistema podía ofrecerles una vía clara para el ascenso, sin que importaran su origen ni sus habilidades, siempre que se atuvieran a las normas:

Eran personas activas en el partido, siempre tenían algo que decir en las reuniones y las consultas; y siempre era algo «en línea» y «correcto», como decíamos entonces. Defendían la postura de los directores y de la organización del partido, participaban en las actividades «culturales» y hacían otras contribuciones de carácter social. Fuera cual fuese la calidad de su trabajo y su formación profesional, avanzaban con rapidez, aunque no necesariamente en su lugar de trabajo. Con frecuencia ascendían en la administración, o los enviaban fuera a realizar cursos [...] a veces terminaban en el aparato del partido^[44].

Un vistazo al contexto sociológico de la cúpula comunista de Europa del Este en la década de 1980 pone de manifiesto que muchos activistas de origen modesto finalmente llegaron a lo más alto. Mieczysław Rakowski nació en una familia de campesinos, trabajó de tornero cuando era un adolescente, recibió un doctorado del Instituto de Ciencias Sociales de Varsovia en 1956 y se convirtió en primer ministro de Polonia en 1988. Miloš Jakeš nació en una familia de campesinos, trabajó en una fábrica de zapatos, se licenció en la Escuela Superior del Partido en Moscú y fue nombrado secretario general del partido comunista checoslovaco en 1987. Egon Krenz era hijo de refugiados de Prusia Oriental, se convirtió en el líder de los Jóvenes Pioneros en la década de 1970, y en octubre de 1989 fue nombrado primer ministro de Alemania del Este, un puesto que ocupó hasta diciembre de 1989. Estos hombres fueron algunos de los mayores beneficiarios del «avance social». Y todos ellos alcanzaron la cima del poder demasiado tarde para poder disfrutar de él.

Durante las jornadas escolares y laborales, el sistema educativo comunista podía mantener a los niños, estudiantes, jóvenes y jóvenes trabajadores a salvo de las fuerzas reaccionarias. Pero después de la escuela —los fines de

semana, en verano—, podían quedar expuestos a multitud de ideas perjudiciales. Makárenko creía que los niños y los adolescentes soviéticos debían estar ocupados en todo momento, con el trabajo colectivo, el deporte o el estudio. A finales de la década de 1940, los burócratas de Europa del Este se esforzaban por alcanzar el mismo ideal. En una conferencia de profesores polacos celebrada en 1951 se dedicó mucho tiempo a la educación extracurricular. Los presentes se mostraron de acuerdo en que debía utilizarse «para profundizar y ampliar la educación que se proporcionaba en la escuela [...] con el objetivo de crear las condiciones para la vida colectiva, y para apoyar los rasgos de la personalidad socialmente útiles y que se ajustaban a la moralidad socialista».

Uno de los oradores manifestó que, más concretamente, los programas extraescolares debían proteger a los niños de las malas influencias: «El fracaso a la hora de organizar el tiempo que los niños pasan fuera de la escuela crea las condiciones que alientan la actividad hostil por parte de sacerdotes reaccionarios, así como de otros elementos reaccionarios y agentes imperialistas». Algunos ejemplos de tal actividad negativa que se presentaron en la conferencia incluían «la organización del servicio de guardería en el sótano de la basílica de Varsovia», así como «la participación de sacerdotes en varias actividades deportivas y otras actividades para los niños» (aunque en ese momento muy pocos sacerdotes estaban en condiciones de hacerlo)^[45].

A fin de mantener a los niños y a los jóvenes trabajadores alejados de esos contactos reaccionarios, los centros educativos de todo el bloque crearon un extenso programa de equipos, organizaciones y clubes a los que asistir después de la escuela o en horario vespertino, todos ellos bajo control estatal, aunque no necesariamente políticos. Algunos de esos programas extraescolares eran incluso deliberadamente apolíticos, e incluían un poco de todo, desde música y bailes tradicionales a pintura y labores. Los clubes de ajedrez eran especialmente populares. La idea era atraer a niños a lugares donde pudieran ser influenciados de manera sutil. Al menos, los organizadores obtenían la satisfacción de saber que los niños estaban cantando, cosiendo o dándose jaque los unos a los otros en salas donde el retrato de Stalin colgaba de la pared, y bajo la supervisión de educadores ideológicamente comprometidos y de confianza. Todas esas actividades eran gratuitas y, por lo tanto, muy atractivas para los padres trabajadores^[46].

También se ofrecían actividades de carácter más abiertamente político. En Polonia, la Sociedad de los Amigos de los Niños organizaba no solo clubes de

actividades extraescolares, sino «acciones masivas» como la decoración de árboles de Año Nuevo de la comunidad (en contraposición a los árboles de Navidad). En Hungría, los Jóvenes Pioneros organizaban clubes michurinistas, que experimentaban con algodón y otras plantas al estilo de Iván Michurin, un botánico colega de Lisenko y contrario a los principios de la genética^[47]. Los Jóvenes Pioneros Alemanes también participaban en clubes de técnicos y de jóvenes naturalistas, todos ellos creados para guiar a los niños por caminos profesionales que pudieran ser útiles al partido^[48].

Pero el verdadero premio para los entregados educadores comunistas eran las vacaciones de verano, dos largos meses de inactividad que ofrecían atractivas posibilidades a quienes querían influenciar a los jóvenes. En los campamentos de verano, los jóvenes no solo estaban lejos de sus familias y de otras influencias reaccionarias, sino que se encontraban en un ambiente que, en teoría, el partido y los movimientos de jóvenes podían controlar hasta el último detalle. Por supuesto, los campamentos de verano no eran nada nuevo en esa parte del mundo. Sin embargo, en Europa del Este, solo el Estado estaba autorizado para organizar campamentos de verano para jóvenes; y el Estado se los tomaba tremendamente en serio. En Alemania, los campamentos de verano tenían la importancia suficiente para ser debatidos en el Politburó y el Comité Central. En Polonia, el Ministerio de Educación estableció una Comisión sobre el Asunto de las Vacaciones de Verano de Niños y Jóvenes en 1948^[49].

Al principio, solo podían optar a esas experiencias los niños con una ideología más correcta. Durante los primeros años que siguieron a la guerra, alrededor de solo un 10 por ciento de los niños alemanes asistieron a campamentos de verano. Sin embargo, el Politburó alemán pronto se dio cuenta de que eran los niños que tenían una ideología «incorrecta» los que más necesitaban los campamentos, en los que podrían enseñarles «a establecer una firme amistad con todos los seres humanos amantes de la paz, en particular con las gentes de la gran Unión Soviética y con el mejor amigo y profesor de todos los niños, el gran Stalin». Así pues, en 1949 los comunistas alemanes lanzaron una nueva campaña —*Frohe Ferientage für alle Kinder* («Vacaciones Felices para Todos los Niños»)— y obligó a las compañías estatales a patrocinarla. Llegado el verano de 1951, sobre el 75 por ciento de los niños de la zona soviética de Alemania asistían a alguna clase del programa de verano de varios días.

Una vez que esos campamentos estuvieron en funcionamiento, no se dejó

ningún detalle al azar. En Alemania, el Consejo Central de la Juventud Libre Alemana y el Comité Central del partido comunista redactaron las directrices a seguir por los directores de los campamentos. Estos organismos lo decidieron todo, desde el número de horas que debían pasar haciendo natación durante las tres semanas de campamento (dieciocho) hasta el número de horas que debían pasar cantando (dos y media). Los asistentes serían instruidos en las virtudes del Plan Quinquenal, y aprenderían la historia de la Komsomol, la asociación de jóvenes soviéticos, «la vanguardia de la juventud democrática mundial». Se organizarían lecturas en grupo de *Así se templó el acero*, una novela del escritor soviético Nikolái Ostrovski. Los días comenzarían con gimnasia y con un pase de lista matinal, y algunos días deberían observarse ceremonias especiales: el 18 de julio, el día de las Brigadas Internacionales; el 6 de agosto, el aniversario del bombardeo de Hiroshima; el 18 de agosto, el día que Ernst Thälmann había sido asesinado en Buchenwald^[50].

Los juegos tradicionales —el pilla-pilla, el escondite, el capturar la bandera— también se adaptaron a la nueva era. En 1950, por ejemplo, un observador describió así un juego en un campamento de verano alemán:

Los niños y las niñas estaban escondidos en las pendientes, debajo de los arbustos y árboles, y avanzaban a gatas, camuflados. [...] Dio la casualidad de que nos encontramos con una líder de los Pioneros que llevaba un brazalete rojo y le preguntamos a qué estaban jugando los niños. Nos explicó que estaban divididos en dos ejércitos, el Ejército Popular y el ejército capitalista. Señaló el estandarte de la Juventud Libre Alemana clavado en lo alto de una montaña, que iba a ser conquistada por el ejército capitalista. [...] En otra colina, el «Ejército Popular» gritaba al ejército capitalista: «No luchéis para los capitalistas, pasaos al Ejército Popular», y consignas similares. Durante la batalla tenían que arrancar los brazaletes de sus oponentes. Un pionero que no llevara su brazalete se consideraba muerto.

Más adelante, el director de un campamento explicó que esos juegos de guerra preparaban a los niños para «luchar por la paz»: «¡Los niños deben saber defenderse!^[51]».

Sin embargo, las enseñanzas no se limitaban al ámbito de los juegos. Sobre la misma época, el consejo central del movimiento de jóvenes húngaro también dio instrucciones a los directores de los campamentos de verano en Hungría. Entre otras cosas, les aconsejó sobre los métodos correctos para tratar con los campistas rebeldes. Esos grupos debían disolverse, pero «no con violencia». A fin de ganarse el respeto de los campistas, los líderes de cada grupo deberían dar ejemplo: todas las mañanas deberían levantarse y vestirse antes que nadie.

Si todo lo demás fracasaba, entonces deberían aplicarse castigos; pero

solo castigos que, como defendía Makárenko, tuvieran un impacto positivo en todo el grupo. El castigo de la «excomunió» estaba muy recomendado, por ejemplo: si un campista se negaba a participar en actividades en grupo, los otros debían negarse a llamarlo «camarada» y a hablar con él. Esa presión del grupo no solo conseguiría que el campista recalcitrante cambiara de opinión y volviera a unirse al grupo, sino que los otros se darían cuenta de que ser llamado «camarada» era un gran honor, y se esforzarían para ser merecedores del título^[52].

A medida que los campamentos se extendían, la calidad disminuyó. Una cosa era declarar que todos los niños debían asistir a los campamentos de verano, y otra muy distinta construirlos y ofrecerlos sin haber formado a los instructores con suficiente antelación. La inspección de algunos campamentos de verano diurnos en zonas rurales de Hungría en 1950 puso de manifiesto que, aunque en teoría los niños estaban ocupados desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, en la práctica se marchaban a su casa mucho antes. Algunos se marchaban antes de almorzar. Cuando los directores del campamento estaban preparando la importantísima ceremonia del arriado de bandera al final del día, «ya no quedaba nadie». Los inspectores se quejaron de que los directores del campamento no tenían organización ni iniciativa: «En ninguno de esos campamentos vimos actividades de grupo bien organizadas, ni se dedicaban horas a la educación». Y lo que era aún peor, algunos directores «no entendían la importancia de luchar contra los clérigos reaccionarios [...] el director de un grupo tocaba el órgano en la iglesia». La solución que se propuso fue: «una educación más ideológica^[53]».

Como resultado de esos problemas, las oportunidades de empleo para los activistas jóvenes y entusiastas eran prácticamente ilimitadas, aunque el trabajo no fuera sencillo. Krzysztof Pomian era el director de los jóvenes comunistas polacos en Mokotów, un barrio de Varsovia, a principios de la década de 1950:

El hecho de ser un líder de juventudes implicaba reuniones interminables, que se prolongaban hasta bien entrada la noche, incluso para los niños. Reuniones, sesiones de canto en grupo, marchas, manifestaciones, comprobar si todos habían asistido a la celebración del Primero de Mayo, a la del 22 de julio. [...] Quienes asistían a esas reuniones con sentido de la responsabilidad se las tomaban muy en serio, otros se las tomaban con cierta cautela. [...] Camisas verdes, corbatas rojas, cantar el «Himno de la Juventud» antes de las clases: todo ello era más fácil para mí porque procedía de una familia comunista, y la «liturgia» comunista obligatoria no me molestaba tanto como a otros^[54].

Aun así, quienes se ceñían a las normas podían mantenerse como «líderes de juventudes» durante muchos años. Honecker finalmente dimitió como líder

de la Juventud Libre Alemana en 1955, a los cuarenta y tres años, tras lo cual se integró perfectamente en la cúpula del partido comunista de Alemania del Este. Józef Tejchma, un activista de la Unión de Jóvenes Polacos desde 1948 hasta 1956, cuando tenía veintinueve años, se convirtió en ministro de Cultura en 1974. András Hegedüs, quien asistió a las reuniones fundacionales de las juventudes comunistas húngaras en 1945, fue nombrado, de manera inesperada, primer ministro de Hungría una década después, justo antes de verse obligado a huir del país tras la Revolución húngara. Para quienes estaban dispuestos a acatar las normas del juego, las recompensas podían ser altas, como también el precio que pagar^[55].

Los niños y los jóvenes ofrecían las perspectivas más atractivas para los propagandistas del partido: eran, literalmente, el futuro del partido. Sin embargo, los activistas del partido también sentían que tenían la misión especial de ganarse a los obreros de la industria, los hombres y mujeres (pero mayoritariamente hombres) en cuyo nombre se había llevado a cabo la revolución. A fin de concienciar a la clase obrera, convirtieron las fábricas y los lugares de trabajo también en centros para la educación ideológica, utilizando algunas de las técnicas —conferencias, estandartes, carteles, concentraciones— que habían utilizado en las escuelas. A finales de la década de 1940, el propio trabajo se había redefinido como una actividad política. El hecho de trabajar en una fábrica, particularmente en la industria pesada, se convirtió en una forma de servicio, no solo al Estado o a la economía, sino al propio partido.

De hecho, la ideología llenó un vacío muy importante en la economía de la época. En las fábricas de titularidad estatal, un mejor rendimiento no comportaba un aumento de sueldo; los sueldos los determinaban los burócratas del gobierno central y no había incentivos para rendir más o mejor. La tentación de no trabajar —o de trabajar lentamente y mal— era muy fuerte. Los nuevos encargados de las fábricas sabían que tenían que encontrar la manera de motivar a la gente, y lo hicieron relacionando el rendimiento de los individuos directamente con el Plan Quinquenal o Sexenal: las industrias tenían una «norma» diaria o cuota, las fábricas tenían una cuota diaria, los trabajadores tenían una cuota diaria, y los trabajadores cobrarían en función de si alcanzaban o no esa cuota. También se enfrentarían en «competiciones socialistas», trabajando a toda prisa no solo para alcanzar sus cuotas, sino para rebasarlas, y así cumplir con creces el plan nacional.

Una vez más, esa idea no era nueva. Las competencias socialistas se

habían utilizado en la Unión Soviética antes de la guerra en respuesta a los trabajadores igualmente desmotivados, la baja productividad y la necesidad urgente de crecimiento económico. Al igual que sus homólogos de Europa del Este a finales de la década de 1940, los líderes soviéticos de principios de los años treinta estaban deseosos de demostrar la superioridad de su modelo económico, el cual aún creían que pronto dejaría atrás al Occidente capitalista. A fin de motivar a su aletargada clase trabajadora, los propagandistas soviéticos se habían centrado en un selecto grupo de individuos altamente eficientes (o supuestamente altamente eficientes). Se trataba de los «trabajadores de choque», los Héroes del Trabajo. Extraían más carbón, producían más barras de hierro y construían más kilómetros de carretera que nadie. Su modelo era Alexéi Stájanov, un minero del Donbass que el 31 de agosto de 1935 supuestamente extrajo 102 toneladas de carbón en cinco horas y cuarenta y cinco minutos, catorce veces la cuota de producción que tenía asignada. La hazaña de Stájanov llegó a oídos de Stalin, y a partir de entonces se convirtió en una figura de culto. Había artículos, libros y carteles sobre Stájanov, además de calles Stájanov y plazas Stájanov. Una población ucraniana pasó a llamarse Stájanov en su honor. Los Héroes del Trabajo también cambiaron su nombre por el de estajanovistas, y en toda la Unión Soviética se celebraban competiciones estajanovistas.

Los comunistas de Europa del Este habrían conocido el culto a Stájanov, y algunos de ellos imitaron ese modelo con gran precisión. El Stájanov de Alemania del Este fue Adolf Hennecke, un minero del carbón que asombró a sus camaradas en 1948 cuando extrajo el 287 por ciento de su cuota de producción. La cifra estaba muy lejos de la alcanzada por Stájanov —no podía esperarse que un alemán superara a un ruso—, pero, de todos modos, el nombre de Hennecke pronto apareció en carteles y panfletos. El 13 de octubre, aniversario de su gran hazaña, fue durante varios años una fiesta nacional.

Polonia también tuvo a su «trabajador de choque» minero, Wincenty Pstrowski. Alcanzó el 273 por ciento de su cuota en 1947, y después se granjeó el afecto de las autoridades al proponer un reto: «¿Quién puede extraer más carbón que yo?». Pstrowski fue una figura bastante menos relevante que Hennecke. Aunque tenía un pasado ideológico limpio —había emigrado de Polonia durante la guerra y se había afiliado al partido comunista en Bélgica—, no era un propagandista en quien se pudiera confiar plenamente. En las reuniones públicas solía rememorar lloroso sus años en el exilio en lugar de aleccionar a la entusiasta multitud sobre las bondades de la

entrega en el trabajo. Y aún peor, murió de manera inesperada en 1948, probablemente a causa de una intervención dental que salió mal. (Había querido salir mejor en las fotografías, pero al parecer se le diagnosticó septicemia cuando su cirujano le extrajo demasiados dientes de una sola vez.)

[56] Después de su muerte, los polacos inventaron un breve poema sobre él:

Chcesz sie udac na sad boski

Pracuj tak jak górnik Pstrowski.

Una traducción aproximada sería: «Si quieres un atajo al cielo, trabaja tan duro como el minero Pstrowski», lo que en polaco rima. Los húngaros compusieron versos parecidos sobre su «trabajador de choque» más famoso: «Ya no me interesan las chicas, ahora prefiero mirar a Ignác Pióker». Pióker fue un trabajador de fábrica que logró el 1470 por ciento de la cuota en 1949, y en 1951 ya había terminado su Plan Quinquenal personal, con cuatro años de antelación^[57]. Pero no todos estaban satisfechos. Durante un tiempo, algunos trabajadores de Europa del Este compitieron entre sí para alcanzar los logros de Hennecke, Pstrowski y Pióker, y no solo en las fábricas. En Alemania, un historiador relata que:

... una muchacha de diecisiete años clasificó 20 000 cigarrillos en un solo día, superando la marca anterior de 14 000. Un joven de dieciséis años instaló 20 tubos de radio por hora. Un revisor de tren encabezó el «Movimiento 500», por el cual todas las locomotoras tenían que recorrer 500 kilómetros cada día. Un supervisor de camiones lo superó: inició el «Movimiento 100 000», por el cual los camiones recorrerían 100 000 kilómetros sin ser reparados. Y hay que mencionar también el «Movimiento 4000», que reclutó a vacas Heroínas del Trabajo que contribuían con 4000 litros de leche cada año^[58].

Como los planes y las cuotas existían en todos los ámbitos, los «trabajadores de choque» se encontraban, o se creaban, en una gran variedad de campos y profesiones. En Alemania del Este se celebraban competencias académicas Hennecke entre escolares y concursos Hennecke entre estudiantes universitarios, quienes rivalizaban entre sí para terminar sus estudios en un tiempo récord^[59]. Había también «brigadas de héroes», como la «brigada de jóvenes» húngara de la fábrica siderúrgica de Sztálinváros, que producía con tanta rapidez que se quedó sin ladrillos. Cuando se dieron cuenta de que necesitaban 14 000 ladrillos más, los jóvenes activistas vinculados a la brigada salieron a su rescate: «Vieron el problema y movilizaron a jóvenes de otras partes de la obra [...] de las 10.30 de la mañana a las 2.30 de la madrugada la brigada transportó ladrillos hasta allí donde se necesitaban, hundiéndose en el barro hasta las rodillas, bajo una fuerte lluvia. Eso ayudó a la brigada a cumplir su promesa y a terminar un mes antes^[60]».

Durante un breve período de tiempo, los Héroes del Trabajo fueron también un grupo privilegiado que tuvo un papel importante en la historia comunista. Los trabajadores exitosos recibían elogios a nivel local y a veces también nacional, no solo por establecer récords, sino por conseguir grandes cosas en beneficio de toda la sociedad —o, cada vez más, en beneficio del partido—, y las recompensas eran más que materiales. Sus nombres aparecían en señales y vallas publicitarias. Eran elogiados en los periódicos y en la radio, y aparecían en acontecimientos públicos, en noticiarios y desfiles. A veces recibían beneficios inesperados, como una trabajadora polaca de la industria textil recordó:

En 1950 o 1952... no recuerdo cuándo exactamente... me eligieron como la mejor estajanovista de mi fábrica. Cumplí el 250 por ciento de mi cuota. [...] Un día fui a trabajar, por supuesto vestida con ropa de diario, porque no vas a trabajar con la ropa del domingo. Y me dieron una nota que decía que iba a ir al baile estajanovista. Dije que no iría porque no iba arreglada, pero me ordenaron que fuera. Así que fui con los otros. Fue una experiencia increíble: yo, una simple trabajadora del departamento de costura, visité al propio presidente Bierut. Bierut nos dio la bienvenida, y nos dio las gracias por nuestro trabajo. Recibí una carta de recomendación. Volvimos a casa por la mañana. Mi madre empezó a gritar que dónde había estado. Le enseñé la carta, pero no me creyó. ¡Lloré y traté de convencerla de que había estado en Varsovia con Bierut! Al cabo de un rato empezó a creermme. Y cuando empezó a creermme, se sintió orgullosa, muy orgullosa^[61].

Sin embargo, en términos económicos, el movimiento de los «trabajadores de choque» fue un fracaso. Para empezar, creó incentivos perversos: los trabajadores competían para terminar rápidamente y pasaban por alto la calidad. Como resultado, «las competiciones socialistas» nunca consiguieron una economía más productiva, ni en la Unión Soviética ni en ningún otro lugar. El historiador de la economía Paul Gregory considera que en la URSS el movimiento estajanovista no tuvo impacto alguno en la productividad laboral: el coste de los caros premios y los sueldos más elevados para los estajanovistas anuló cualquier ganancia que pudiera haberse obtenido mediante los esfuerzos sobrehumanos de los trabajadores^[62].

En términos políticos, el impacto del movimiento fue más desigual. En algunos lugares, las cuotas diarias se convirtieron en una manzana de la discordia, especialmente cuando empezaron a aumentar con mayor rapidez que los sueldos y que el nivel de vida, de modo que el partido tuvo que inventarse nuevas tácticas para detener las quejas. En 1952, una gran fábrica de Budapest pidió a los activistas del partido que aleccionaran a sus empleados sobre «cómo vivían los trabajadores durante el régimen de Horthy», «lo que les deparará el futuro» y «las consecuencias de la situación internacional y la lucha por la paz». Los trabajadores oyeron que en el pasado habían sucedido cosas mucho peores, que la vida ahora era mucho mejor y

que en el futuro serían mucho más ricos, una vez que se hubiera derrotado el capitalismo^[63].

En Alemania, el partido rebatió algunas de las quejas sobre las elevadas cuotas utilizando *Betriebsfunk*, emisoras de radio en el lugar de trabajo. Los activistas del partido ayudaron a los trabajadores a escribir y organizar programas de radio, que después se emitían en los grandes complejos industriales mediante sistemas de altavoces. En una reunión organizada para discutir la iniciativa de la *Betriebsfunk* en 1949, los burócratas de la radio alemanes convinieron que esas emisiones eran de suma importancia. «Debemos encontrar el lenguaje adecuado para llegar a la gente que trabaja duro», observó uno de ellos; tal vez quienes habían «perdido la confianza en la radio» opinarían de otro modo cuando escucharan informes de sus propias empresas. Se elaboraron planes para organizar emisiones durante la hora del almuerzo y después del trabajo para los trabajadores que esperaban el transporte que los llevara a casa. La idea era que «los logros de los trabajadores deberían ser reconocidos y repetidos a diario» (aunque algunos pensaban que «un contenido demasiado político era un error», incluso en la *Betriebsfunk*, y que por lo tanto deberían emitirse también música y programas de entretenimiento ligero)^[64].

Sin embargo, el movimiento sí obtuvo algún logro político. En la URSS, Stalin había utilizado a los «trabajadores de choque» como herramienta para reemplazar a la clase de técnicos y directivos. En una conferencia pronunciada durante el Congreso Estajanovista en 1935, había pedido a los «trabajadores de choque» allí reunidos que «aplastaran el conservadurismo de algunos de nuestros ingenieros y técnicos» y que «dieran vía libre a las nuevas fuerzas de la clase obrera^[65]». Muchos de esos «ingenieros y técnicos» fueron culpados posteriormente del fracaso del sistema para producir un rápido crecimiento económico y terminaron en el Gulag. En Europa del Este, los movimientos cumplieron una función igualmente revolucionaria, aunque ligeramente distinta. En la práctica, solían enfrentar a los trabajadores más jóvenes e inexpertos pero más «ideologizados» contra los capataces mayores y más cualificados. Los trabajadores de más edad recordaban las condiciones de antes de la guerra, que aunque no habían sido necesariamente mejores, tampoco habían sido necesariamente peores. Algunos habían formado parte de movimientos sindicales auténticos, y sabían que los sindicatos dirigidos por el Estado, en deuda con el gobierno y por lo tanto con los jefes de las fábricas, no eran en absoluto lo mismo.

En muchas fábricas, los trabajadores mayores pronto se mostraron contrarios a las competencias de trabajo, porque sospechaban, con razón, que estaban diseñadas para que todos trabajaran más por el mismo sueldo. Esa hostilidad se refleja en la biografía oficial de József Kiszlinger, un estajanovita húngaro que entró en conflicto directo con los trabajadores mayores: «A veces trabajaba con un cuchillo distinto y conseguía rebasar su cuota. Los mayores lo atacaban: “¿Es que estás loco? ¡Nos estás desautorizando!”. Incluso un responsable sindical fue a advertirle: “Ten cuidado, hijo. No es una buena idea. No vayas a por un porcentaje demasiado alto”^[66]».

Una mujer joven que se entregó a las competencias en el complejo industrial de Eisenhüttenstadt en Alemania —«siempre hacíamos todo lo que podíamos, para así ganar», dijo a un entrevistador— también encontró hostilidad por parte de sus colegas masculinos de mayor edad. Uno de ellos le dijo que si a los directores de la fábrica les diera por plantar árboles «tú serías la primera a la que colgarían en uno de ellos^[67]». No es de extrañar que los jóvenes entusiastas que transportaron voluntariamente ladrillos por el barro hasta las 2.30 de la madrugada se convirtieran rápidamente en individuos molestos. Sus esfuerzos sentaban el precedente que los otros tendrían que seguir.

Ese conflicto generacional había sido creado de manera deliberada, y se mantuvo también deliberadamente mediante la propaganda. La industrialización avanzaba con rapidez, y el partido tuvo que integrar a miles de trabajadores inexpertos y en su mayoría agrícolas como mano de obra. En Budapest, *Szabad Nép* publicó que «en el movimiento estajanovista había aparecido una nueva clase de trabajador: habían aparecido las primeras señales de la nueva clase obrera comunista. [...] Del ejercicio de su vida diaria, las masas trabajadoras aprenden la verdad de lo que la teoría nos cuenta, que la construcción del socialismo [...] está vinculada a un aumento del bienestar de los trabajadores^[68]».

En 1950, muchos de los que se habían negado a participar en las competencias estaban desapareciendo. En Hungría, una investigación llevada a cabo en septiembre sobre el «sabotaje» en la industria de la construcción concluyó que cientos de trabajadores mayores eran los responsables del derrumbamiento de un dique: se tendría que limpiar la industria de «elementos enemigos^[69]». En 1951, unos doscientos cincuenta «capataces de antes de la guerra» habían sido apartados deliberadamente de sus puestos de

trabajo también en Varsovia. Fueron sustituidos por colegas más jóvenes y más ideologizados. El partido esperaba que, a su debido tiempo, fueran también de más confianza.

Si la propaganda para los jóvenes no cesaba al final de la jornada escolar, la propaganda dirigida a los adultos tampoco terminaba al final de la jornada laboral. En las fábricas más grandes se organizaban clubes para después del trabajo, «casas de cultura» y salidas al teatro para los jóvenes trabajadores. En muchos lugares de trabajo se organizaban también debates y conferencias sobre temas políticos. Sin embargo, además de esos acontecimientos y reuniones más mundanas, el partido también planeó multitud de conmemoraciones, festivales, fiestas y aniversarios diseñados para educar a la población en general y para asegurarse de que la población estuviera ocupada durante el poco tiempo libre del que disponía.

A finales de la década de 1940, todos los países comunistas habían establecido un calendario oficial, una lista de días festivos diseñada para sustituir a las fiestas de los santos patronos y las festividades religiosas tradicionales. El Primero de Mayo, el aniversario de la Revolución de Octubre (7 de noviembre) y el cumpleaños de Stalin (21 de diciembre) eran comunes para todos. Cada país tenía también sus propias fiestas, como el 22 de julio en Polonia, la fecha en que el Comité Polaco de Liberación Nacional había publicado su manifiesto; el 16 de abril en Alemania, el cumpleaños de Ernst Thälmann; el 19 de marzo y el 4 de abril en Hungría, que marcaron, respectivamente, el inicio de la Revolución húngara de 1919 y la finalización de la conquista soviética de Hungría en 1945. Cada país celebraba también el cumpleaños de su propio líder. Todas esas celebraciones se festejaban con desfiles y a menudo incluían carrozas, música y exhibiciones gimnásticas, además de banderas, estandartes, conferencias, ediciones especiales de los periódicos y programas especiales en la radio, para cuya organización había que invertir bastante tiempo y energía.

Algunas de esas ocasiones se habían diseñado de manera deliberada para desplazar antiguas celebraciones. En Polonia, el Primero de Mayo entraba en conflicto directo con el 3 de mayo, el aniversario de la firma de la primera constitución democrática del país en 1791. En Hungría, el 19 de marzo, el aniversario de la revolución comunista de 1919 entraba en pugna con el 15 de marzo, el aniversario de la revolución de 1848. Las celebraciones ilegales de las fiestas «inapropiadas» se convirtieron en una característica de la vida pública y una forma de oposición de baja intensidad en ambos países durante

muchos años.

La participación en las fiestas «apropiadas» estaba recompensada: las celebraciones del Primero de Mayo a menudo incluían salchichas gratuitas para quienes participaran en el desfile. Sin embargo, el comportamiento de aquellos que intervenían en esos acontecimientos se vigilaba con gran atención. Según un inspector que asistió a varias conmemoraciones del cumpleaños de Mátyás Rákosi en 1950, en ocasiones los resultados eran dispares. En una reunión de los Jóvenes Pioneros, un niño húngaro, abrumado por la intensidad de la propaganda, rompió a llorar y gritó que «no tenía padre, pero aunque lo tuviera querría más al camarada Rákosi». Sin embargo, en otro mitin oyeron a un niño decirle a otro que «ojalá Rákosi nunca hubiera salido de la cárcel». El comentario se transmitió al director de su escuela, quien habló con los padres del niño y con los patronos de los padres. Ambos niños fueron expulsados de los Jóvenes Pioneros y es de suponer que tuvieron que encontrar otras actividades a las que dedicarse cuando salían de la escuela^[70].

Se diseñaron planes especiales para los aniversarios de cifra redonda. El sexagésimo aniversario de Rákosi en 1952 se celebró con una biografía encargada a tal efecto, que rápidamente fue traducida a varias lenguas, como también con múltiples ceremonias y una exposición especial que contenía fotografías del líder cuando era joven, cuadros sobre los acontecimientos relevantes de su vida y regalos para el líder de parte de su agradecido pueblo, como elaborados bordados campesinos, objetos de cerámica, tallas y muñecas^[71]. El sexagésimo aniversario de Bolesław Bierut en 1952 también requirió la publicación de una biografía, así como una antología poética. Hubo promesas de honrarlo con una mayor producción en las fábricas, y de todo el país llegaron cartas de felicitación al líder. Se llevaron a cabo ceremonias muy elaboradas, como las que se celebraron en dos fábricas que habían decidido llevar el nombre de su líder. Un pueblo de montaña (Bierutowice) hizo lo mismo. En la ceremonia principal en Varsovia, la fotografía de Bierut fue colocada entre los bustos de Lenin y Stalin^[72].

Para la celebración del sexagésimo aniversario de Walter Ulbricht en 1953 se desarrollaron planes igualmente elaborados. Se decidió que se publicarían tres volúmenes con sus discursos, se esculpirían dos bustos, se venderían estampas con su retrato en las tiendas, un número especial de *Neues Deutschland* contendría artículos y mensajes de felicitación, lo nombrarían ciudadano de honor de Leipzig, y por la noche tendría lugar una espléndida

cena^[73]. Lamentablemente para Ulbricht, Stalin murió antes de esa celebración, por lo que muchos de los actos fueron cancelados cuando los asesores soviéticos de Alemania del Este se quejaron de los excesos. (Uno de ellos protestó diciendo que Lenin había celebrado su quincuagésimo aniversario «invitando a algunos amigos a que fueran a cenar a su casa».)^[74]

Los regímenes también planearon celebraciones de temática más universal. Hubo desfiles, carrozas, espectáculos y discursos en honor de figuras culturales más ancianas o más universales, con el objetivo de llegar a un público más amplio y de apelar al orgullo nacional. Cuando el partido comunista alemán cayó en la cuenta de que el 28 de agosto de 1949 no solo se cumplía el bicentenario del nacimiento de Johann Wolfgang von Goethe, uno de los escritores más venerados de Alemania, sino que daba la casualidad de que Goethe había nacido en Weimar, una ciudad de Alemania del Este, el partido, el Ministerio de Cultura e incluso la Stasi iniciaron una campaña casi desesperada para reivindicar que esa aristocrática figura de la Ilustración era una suerte de protocomunista. Planearon con meticulosidad un elaborado festival diseñado para mostrar a Occidente que a los comunistas les importaba más la alta cultura que a los capitalistas, para demostrar a su pueblo que los comunistas eran verdaderos patriotas alemanes y para implicar en el mayor número de actos al mayor número de gente distinta como fuera posible.

Su intención última no era solo organizar un festival para intelectuales, sino inspirar un entusiasmo masivo. En un discurso pronunciado ante el Comité Central en febrero de 1949, un burócrata de la cultura explicó que las celebraciones en honor a Goethe «contribuirían a la educación democrática de nuestro pueblo» y tendrían también un «efecto propagador» más allá de las fronteras: «En esta zona oriental no solo queremos ser un ejemplo político y económico, sino también un modelo cultural para una [futura] Alemania unificada». El partido, concedió, no sería capaz de «guardar silencio sobre las contradicciones en la vida y la obra de [...] quien es la más grande figura de Alemania». Desafortunadamente, Goethe había tenido sus dudas con respecto a la Revolución francesa, y a las revoluciones en general. Aun así, «si miráis en la obra de Goethe veréis que siempre trabajó en favor del materialismo dialéctico [marxista], sin darse cuenta de ello^[75]». La Administración Militar Soviética aprobó las celebraciones, y de hecho tenía bastante experiencia en esa clase de actos^[76]. La URSS había adoptado un culto hagiográfico de Pushkin, el poeta ruso del siglo XIX, a quien, sin duda, los bolcheviques le habrían causado horror.

Los festivales culturales no eran nada nuevo en Alemania. Sin embargo, en ese en particular todo parecía excepcionalmente fastuoso, sobre todo teniendo en cuenta la pobreza en la que vivían la mayoría de los alemanes en esa época. Las celebraciones arrancaron con un decreto del Politburó el 8 de marzo. A eso le siguieron conferencias en el Teatro Nacional, recitaciones de la poesía de Goethe, interpretaciones de las obras de Goethe, conferencias sobre el legado de Goethe, discursos conmemorativos sobre la grandeza de Goethe, y una semana festiva en Weimar^[77]. Se celebró un evento especial para los jóvenes, organizado por y para la Juventud Libre Alemana, que incluyó un largo discurso de Honecker y un discurso aún más largo de Grotewohl —la versión impresa ocupa ochenta páginas— que instó a la juventud alemana a «finalizar la magnífica obra de Goethe». Un premio Goethe fue a parar a manos del escritor Thomas Mann, cuya controvertida presencia en Weimar se consideró un golpe propagandístico fundamental para Alemania del Este, aunque él se encargó de pronunciar exactamente el mismo discurso en el festival Goethe de Alemania del Oeste en Frankfurt. La radio de Alemania del Este aprovechó la ocasión para anunciar a bombo y platillo su presencia, y le hizo llegar los mejores deseos de parte de los «jóvenes pioneros y trabajadores», como también las gracias de parte de varios dignatarios, entre ellos el alcalde de Weimar (aunque, más adelante, Mann escribió una carta al alcalde en que, deliberadamente, se declaró feliz de ser ciudadano de honor de la ciudad y legítimo ciudadano de Estados Unidos, como lo era por entonces)^[78].

El momento más estético del festival fue el desfile con antorchas de la Juventud Libre Alemana, un espectáculo verdaderamente teatral: cientos de jóvenes con antorchas recorrieron las atestadas y oscuras calles de Weimar hasta llegar al monumento de Goethe y Schiller, donde dejaron las antorchas sobre las piedras. Ese acto asombró a muchos tanto en Alemania del Este como en Alemania del Oeste, puesto que las Juventudes Hitlerianas también habían gustado de los desfiles con antorchas^[79]. No obstante, el evento se consideró un enorme éxito educativo y propagandístico, y tras él se planearon festivales de naturaleza similar. En 1950 se organizó un Año Bach (el gran compositor había vivido durante muchos años en la ciudad de Alemania del Este de Leipzig) y un Año Beethoven en 1952 (un asunto más delicado, ya que nació en la ciudad de Bonn, en Alemania del Oeste), así como un Año Karl Marx en 1953 y un Año Schiller en 1955.

En Polonia, los entusiastas de la música empezaron a planear su propio

festival, un Año Chopin, justo al término de la guerra. Al principio, el Instituto Chopin de antes de la guerra se ocupaba de los actos. Pero cuando finalmente se celebró, también en 1949 —cuando se cumplían cien años de la muerte de Chopin— el festival estaba bajo el firme control de un «comité honorario» cuyo presidente simbólico era Bierut. Casi tan espléndido como el Año Goethe, las celebraciones del Año Chopin incluyeron la publicación de nuevas ediciones de las partituras de Chopin, una nueva biografía especializada, una nueva biografía popular, colecciones de ensayos sobre Chopin, álbumes de fotografías, y reparaciones en el pueblo natal del compositor, en Zelazowa Wola. Para las masas hubo conciertos de «obreros y campesinos», grabaciones destinadas a los centros culturales de las fábricas y conciertos de radio^[80]. Cada municipio formó un «comité Chopin». Los actos más importantes fueron las competiciones nacionales Chopin, así como la tradicional competición internacional, la primera que se celebraba en Polonia desde la guerra. Pianistas de talento procedentes de todo el mundo llegaron a Varsovia, y atrajeron a un público multitudinario.

Las emociones que experimentaban los admiradores de Chopin eran contradictorias, como también debieron de serlo las de los alemanes que adoraban a Goethe. Por un lado, Chopin era un auténtico héroe nacional y los nazis habían restringido su música, que se había interpretado en cientos de conciertos secretos durante la guerra. Millones de personas se sintieron entusiasmadas al verla nuevamente celebrada. Por otro lado, el régimen explotó los actos para conseguir el máximo apoyo popular, y muchos tenían dudas acerca de la conclusión de la competición. Los jueces anunciaron dos ganadores: un ruso y un polaco^[81]. Sentimientos aún más encontrados acompañaron a las celebraciones del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Adam Mickiewicz, el poeta nacional de Polonia que había escrito numerosas obras en contra de los rusos. Algunos de sus poemas se leyeron en voz alta y se representaron algunas de sus obras. Sin embargo, otras fueron prohibidas, y al régimen le costó reunir a la misma multitud entusiasta que había asistido a los actos de celebración de la figura de Chopin^[82].

Sin embargo, la cultura nacional no fue el único tema central en los actos multitudinarios. Las actividades deportivas eran una de las prioridades de los comunistas y también habían estado completamente monopolizadas por el Estado. Los comunistas alemanes habían eliminado de manera sistemática los grupos deportivos no comunistas, y en 1948 ya no quedaba ninguno, tras

haber sido declarados «una forma de actividad infantil ilegal^[83]». Los únicos clubes deportivos legales en Alemania del Este eran los que estaban controlados por el Estado, y estos adquirieron una formalidad casi paramilitar. Un directivo de la Juventud Libre Alemana declaró en 1951 que el deporte podía convertir a los niños en «seres humanos sanos, fuertes y decididos que aman su patria y que están preparados para trabajar y defender la paz»; en otras palabras, soldados^[84]. En 1952, a los Jóvenes Pioneros Alemanes también se les pidió: «Fortaleced vuestros cuerpos para la construcción del socialismo y la protección de vuestra patria^[85]». El movimiento de juventudes húngaro inició una campaña con el fin de «estar preparados para el trabajo y la batalla», en la que prometieron proporcionar material deportivo a las escuelas y reconstruir un nuevo estadio para los niños y jóvenes de Isla Margarita, en el centro de Budapest^[86].

Los partidos comunistas también descubrieron muy pronto el valor propagandístico de las competiciones deportivas internacionales. En las décadas siguientes, los alemanes del Este en particular serían famosos por sus salvajes academias de entrenamiento, su utilización de sustancias destinadas a mejorar el rendimiento y su asalto militar a los Juegos Olímpicos. Sin embargo, la utilización del deporte en la propaganda comunista es anterior al escándalo de las masculinas nadadoras de Alemania del Este. Ya en 1946, dos periodistas deportivos del partido, un checo y un polaco, concibieron la idea de la Carrera por la Paz, una competición de ciclismo de Praga a Varsovia. La primera competición tuvo lugar en 1948, y el entusiasmo era obligatorio: mucho antes de que se celebrara, los líderes comunistas checos y polacos instruyeron a los líderes del partido de las localidades por las que pasarían los ciclistas para que movilizaran a espectadores. La Carrera por la Paz, explicaron, debía «atraer la atención y el interés» de gente que no se sentía atraída por «otras formas de propaganda», demostrar el «aumento del nivel de vida de las masas y el crecimiento de la economía nacional», y convertirse en «un símbolo de colaboración fraternal entre las naciones amantes de la paz, y de la amistad polaco-checa en particular».

Durante los primeros años de lo que se convirtió en una carrera anual, los ciclistas inauguraban la competición participando en un desfile del Primero de Mayo. La carrera empezaba el día 2 de mayo. Los comentaristas deportivos resaltaban la naturaleza «colectiva» de una carrera ciclista, durante la cual en ocasiones los participantes se sacrificaban por la gloria del equipo. A fin de dar más credibilidad al acontecimiento como competición «internacional», los

ciclistas de la Unión Soviética y de las otras democracias populares también fueron invitados a participar, y en 1952 la ruta se alargó para incluir también a Alemania del Este. Los organizadores pretendían que la Carrera por la Paz compitiera en prestigio con el Tour de Francia —una competición que los comunistas checos, polacos y alemanes consideraban vulgar y comercializada—, pero nunca lo consiguieron, en parte porque la Carrera por la Paz nunca pudo ofrecer premios tan atractivos^[87].

La historia de la carrera ilustra también el modo en que la politización de un acontecimiento deportivo podía resultar contraproducente. Un participante de la Carrera por la Paz se quejó de que cuando los ciclistas entraron en territorio checo los medios de comunicación checos pasaron por alto el «internacionalismo» de la competición, la información «adquirió elementos de chovinismo checo» y los ciclistas de otros países fueron abucheados. Y ese no fue un incidente aislado. A principios de la década de 1950, Rákosi tuvo que explicar a Yuri Andrópov, el embajador soviético en Budapest, por qué los deportistas soviéticos fueron abucheados durante una competición internacional de atletismo en la ciudad, aun cuando ganaron. Con delicadeza, Rákosi argumentó que se debía al «fervor de los aficionados»: era natural que los espectadores húngaros consideraran a la URSS su rival más importante, y que les interesaran más las competiciones en las que participaban deportistas soviéticos. La explicación no satisfizo a Andrópov, quien temía que los abucheos pudieran «servir como pretexto a los periodistas de países capitalistas para crear una imagen falsa de los sentimientos de la población húngara hacia la URSS». Lo único que Rákosi pudo ofrecerle fue, de nuevo, más educación ideológica: le prometió sin demasiada convicción que el Comité Central «tomaría todas las medidas necesarias para reforzar la educación de los deportistas húngaros^[88]».

La cultura y el deporte, las canciones y los bailes, las concentraciones y las reuniones, todo ello tuvo cabida en el calendario de la fase final del estalinismo. Sin embargo, hubo un acontecimiento que lo combinaba todo. Se trataba del Festival Mundial de Jóvenes y Estudiantes, una reunión bienal que se celebró primero en Praga en 1947, y después en Budapest en 1949. Aunque esos dos festivales supusieron un gran despilfarro teniendo en cuenta las condiciones de la época, el tercero —que pasó a llamarse Festival Mundial de Jóvenes y Estudiantes por la Paz—, celebrado en Berlín, superó con mucho a los dos anteriores. Podría decirse incluso que el festival de jóvenes de Berlín Este marcó el punto culminante de la fase final del estalinismo: en uno de los

momentos más tensos de la guerra fría, se convirtió en el centro de la propaganda soviética y de Europa del Este, y colocó a Alemania del Este en la escena internacional por vez primera.

Desde el principio, el festival de Berlín se concibió como un acontecimiento a gran escala. Como un preocupado analista occidental señaló, el festival preveía llenar dieciséis teatros de Berlín, con una capacidad total de 20 000 personas; 103 salas de cine, en las que cabrían 40 000; el novísimo estadio Walter Ulbricht, que acogería a 60 000; y el novísimo estadio de natación, que ofrecía cabida a 8000 personas más. Los actos al aire libre se celebrarían en cuarenta plazas y parques^[89]. A fin de hacer sitio a la multitud de manifestantes que se esperaba, las autoridades de Berlín retiraron un enorme montón de escombros del centro de la ciudad. También renovaron algunos de los monumentos de Unter den Linden y prepararon el Museo de Berlín para que acogiera una importante exposición de la República Popular China. Equiparon hoteles, albergues juveniles y casas particulares con 120 000 colchones para hospedar a los visitantes procedentes del extranjero. Los alemanes del Este —al menos 80 000— fueron alojados en tiendas de campaña^[90].

La Stasi también se preparó con antelación. En mayo, la policía empezó a vigilar con atención el «ambiente» en torno a la organización del festival. Recopilaron las comunicaciones de los informantes y examinaron las cartas de quinientos estudiantes y cuarenta profesores de la Universidad de Rostock, y las de ochocientos estudiantes y cien profesores de la Universidad de Jena para hacerse una idea acerca de lo que se decía sobre el acontecimiento^[91]. En junio, la Stasi dio a conocer la Operación Amanecer, una acción policial diseñada para vigilar y controlar a los participantes de Alemania occidental. El equipo Amanecer —encabezado por el propio ministro de Estado, Erich Mielke— se encargaría de llevar a todos los delegados de Alemania occidental de la frontera a los campamentos de recepción donde se inscribirían, y de allí a los campamentos de reunión, donde se alojarían. En los campamentos de reunión, funcionarios de la Stasi —haciéndose pasar por conductores, personal del servicio de comida y organizadores— empezarían de inmediato a captar a posibles agentes secretos y a protegerse de los espías^[92]. Otros informantes recibieron la orden de descubrir «qué miembros de los partidos políticos de la burguesía se reunían con quién», y de observar «si los sacerdotes intentan evitar que la gente participe o si se oponen al Festival Mundial en sus sermones^[93]». Se recogerían estadísticas durante los

preparativos del festival y se redactarían informes semanales, parcialmente en clave. Cada estado de Alemania occidental recibiría un nombre en clave (Schleswig-Holstein era Mercurio, Baja Sajonia era Júpiter, Renania del Norte-Westfalia era Marte, y así todos)^[94]. Además, el ministerio enviaría más contingentes de policías armados a quienes, curiosamente, se les ordenó que llevaran sus cepillos de dientes, cuchillas de afeitar e instrumentos musicales^[95].

Toda esa meticulosa preparación en cierto sentido mereció la pena. El Tercer Festival Mundial fue una maravilla de planificación y organización de las masas. Hubo ceremonias de inauguración y clausura, un día de Solidaridad con las Jóvenes («porque son defensoras activas de la paz») y una «manifestación de las juventudes alemanas contra la remilitarización de Alemania^[96]». Pablo Neruda asistió, y también su amigo Bertolt Brecht. Un noticiario que se creó para promocionar el festival muestra a los participantes soltando palomas. Se rindió un homenaje especial a la delegación de Corea del Norte, y el locutor del noticiario explicó que «la juventud mundial quiere mostraros, pueblo valiente, que estamos con vosotros». Durante otra ceremonia se dejaron flores sobre las tumbas de los soldados soviéticos en Berlín («Los jóvenes de todo el mundo dan las gracias a la Unión Soviética»). En la ceremonia de inauguración hubo banderas, manifestantes y exhibiciones coreografiadas a una escala que no se había visto en Alemania desde la guerra^[97].

Para quienes ya eran entusiastas de los regímenes comunistas, el festival de jóvenes de Berlín fue una experiencia gloriosa, casi de euforia. Un funcionario de la Juventud Libre Alemana recordó el desfile inaugural décadas después: «Fue una experiencia extraordinaria, la gente que bajaba por Unter den Linden, por Friedrichstraße, que vinieron de distintas partes de la ciudad, de todas partes, fue una experiencia extraordinaria^[98]». Jacez Trznadel, un joven escritor polaco, recibió cartillas de racionamiento para comprarse un traje nuevo y poder asistir al festival junto a otros miembros de la «joven generación literaria». Encontró un Berlín que era «pobre y gris, aún lleno de escombros, pero engalanado para la ocasión con banderas rojas». Aparte de eso, recordó poco más, solo «un retrato de Stalin en el cielo, y una joven alemana con la que intercambiamos direcciones [...] había tal sentimiento de euforia^[99]». Hans Modrow recordó haberse emocionado con la ceremonia de clausura, en la que participaron cientos de personas de todo el mundo. Modrow también formó parte de un grupo entusiasta de la Juventud

Libre Alemana que decidió internacionalizar aún más el festival: enlazaron los brazos, caminaron hasta la frontera e iniciaron una pelea con la policía de Berlín Oeste. Mucho tiempo después, Modrow consideró que esa experiencia trascendental había reforzado su sentido de la rectitud, así como su fe en el nuevo régimen^[100].

Sin embargo, para quienes tenían dudas, bien acerca de Alemania del Este o del comunismo, el festival no presagió nada bueno. Tan poco tiempo después de la guerra, a algunos les resultaba extraño ver a jóvenes alemanes desfilando en uniforme, realizando a la perfección coordinados ejercicios gimnásticos y gritando al unísono. Un joven activista polaco, Józef Tejchma, recordó que la ceremonia de inauguración había provocado en él admiración y algo parecido al miedo: «Me causó una enorme impresión, como una máquina inmensa, una explosión de energía [...] todo ese orden, ese germanismo [...] tuve la impresión de que esos jóvenes tenían un enorme poder, que actuaban de acuerdo con un planteamiento muy concreto». Aunque se sintió «admirado porque pudiera haberse organizado algo así», también sintió inquietud^[101]. Werner Stötzer, más adelante un conocido escultor de Alemania del Este, tuvo sentimientos aún más encontrados. Junto con Modrow, Stötzer formó parte del grupo de la Juventud Libre Alemana que avanzó hasta la frontera, un acto que él recordó de manera distinta a Modrow. Todo empezó con un ambiente distendido, escribió Stötzer en sus memorias, pero entonces el estado de ánimo cambió:

De repente uno de los mayores empezó a darnos órdenes. Sucedió rápidamente, la gente estaba confusa, pero antes de entrar en una calle amplia formamos una especie de compañía. Los que llevaban la pancarta se la echaron al hombro como si llevaran los últimos cinco años practicando en secreto y la multitud dejó de caminar tranquilamente y empezó a avanzar con paso firme. Cuando me di cuenta de que estaban marchando ya era tarde, e hice un «¡Vista a la izquierda!». Las piernas rectas de los que tenía detrás me patearon la espalda, me sentí inseguro, tropecé, y entonces algunos conocidos que tenía a izquierda y a derecha me gritaron «imbécil», «estúpido», «cabrón». Y justo antes de llegar al frente me echaron a patadas de la concentración, y me sentí muy abatido y corrí a la estación de tren de Friedrichstraße [...] y fui hasta Berlín Oeste sin billete^[102].

Como los comunistas polacos habían aprendido durante su primer referéndum, más propaganda no resultaba necesariamente más convincente. Y más jóvenes cantando, más pancartas, más desfiles y más exhibiciones gimnásticas coordinadas no resultaban necesariamente más tranquilizadores para los alemanes ni para el resto del mundo.

El realismo socialista

La literatura debe convertirse en una literatura de partido. [...] ¡Abajo los literatos sin partido!

VLADÍMIR LENIN, 1905^[1]

Un típico chiste de Varsovia describía el resultado de una competición por una escultura conmemorativa en honor a Pushkin. [...] El monumento ganador fue una figura gigantesca de Stalin sentado y sosteniendo un pequeño libro entre las manos, en la cubierta del cual se habían imprimido en letras minúsculas dos palabras: Pushkin/Poemas.

ANDRZEJ PANUFNIK, 1949^[2]

En una esquina, un burócrata con traje y un maletín bajo el brazo avanza con paso decidido; en la esquina opuesta, una familia joven —padre, madre y bebé— sonríen y agitan una bandera de camino a un desfile. Entre ellos, ingenieros inclinados sobre sus diseños. Trabajadores que colocan traviesas de ferrocarril. Desde su tractor, los campesinos saludan a una joven campesina rubia que lleva una gavilla de trigo entre los brazos. Jóvenes vestidos con el uniforme azul de la Juventud Libre Alemana y los pañuelos azules de los Jóvenes Pioneros Alemanes marchan y aplauden con los brazos en alto al ritmo de los acordeones y de una guitarra.

Fábricas, edificios de apartamentos y un estadio se levantan al fondo, tras las figuras. Y justo en el centro, un joven obrero estrecha la mano a un jefe de partido de pelo cano. Un hombre con gorra y botas de cuero altas —el uniforme familiar de la policía— sonríe a ambos con entusiasmo, como si les diera su aprobación. Los colores son vivos, la superficie es brillante. Todas las figuras tienen rostros simétricos, idealizados y dan una sensación de ingravidez, como si estuvieran sacadas de una serie de dibujos animados para niños.

Pero no son dibujos animados. Todas esas figuras aparecen en un mural de dieciocho metros que lleva el presuntuoso título de *Aufbau der Republik* («Construcción de la república»). El mural fue diseñado por Max Lingner, un pintor comunista alemán, realizado con azulejos de cerámica de Meissen —de ahí su aspecto brillante— y después colocado en una pared de lo que había

sido el Ministerio de Aviación de Göring en Berlín, uno de los pocos monumentos de la arquitectura nazi que sobrevivieron a la guerra. Las fuerzas soviéticas habían utilizado el edificio durante un breve período, pero de 1949 a 1991 se convirtió en la Casa de los Ministerios de la República Democrática Alemana y albergó las oficinas gubernamentales más importantes de la RDA^[3].

Aufbau es, por supuesto, una obra compuesta según el espíritu del realismo socialista, en su momento de mayor entusiasmo. Si los desfiles, los festivales, las competiciones en el trabajo y los campamentos de verano pretendían ocupar la vida cotidiana y el tiempo libre del *Homo sovieticus*, las imágenes del realismo socialista pretendían ocupar su imaginación y sus sueños. La pintura, la escultura, la música, la literatura, el diseño, la arquitectura, el teatro y el cine de Europa del Este se verían determinados de una u otra forma por las teorías del realismo socialista. Lo mismo sucedería con las vidas de pintores, escultores, escritores, actores, directores, músicos, arquitectos y diseñadores, así como con las experiencias de gente corriente que vivió en edificios de arquitectura realista socialista, que leyó ficción realista socialista y que vio películas realistas socialistas.

Aufbau es una obra típica del realismo socialista de la fase final del estalinismo. Sin embargo, no fue una obra típica para su autor. Lingner había nacido en Alemania, pero emigró a Francia después de que Hitler se alzara con el poder en 1933. Mientras estuvo en París, lo influyeron los colores vivos y los diseños abstractos de sus colegas franceses postimpresionistas, y empezó a pintar con ese estilo. También alcanzó cierto renombre por sus mordaces y sombrías ilustraciones satíricas en la prensa comunista francesa. Si bien su obra gráfica estaba sumamente politizada, no era sensiblera ni anodina, y nunca pareció sacada de una tira de dibujos animados para niños. *Aufbau* fue para él un nuevo punto de partida. Por esa razón, la historia del mural de Lingner —cómo llegó a pintarse, por qué tiene el aspecto que tiene— es también la historia de cómo el realismo socialista llegó a dominar, durante un breve período de tiempo, las bellas artes de todos los países de Europa del Este.

Lingner no fue el único pintor de Europa del Este cuya obra anterior a la guerra había sido disonante, ecléctica, satírica o abstracta. Antes de 1933, los pintores alemanes como Emil Nolde, Max Beckmann, Franz Marc y George Grosz habían estado entre los más activos e innovadores de Europa. Las escuelas de arte y los movimientos alemanes —el expresionismo, la Bauhaus

— habían influido a artistas y arquitectos de todo el mundo, desde Edvard Munch y Vasili Kandinski hasta Marcel Breuer y Philip Johnson. Muchos de esos artistas y movimientos mantuvieron vínculos con la izquierda política, y después de la guerra varios de los nombres más famosos de la cultura alemana —Otto Dix, por ejemplo, y en 1948 Bertolt Brecht— regresaron voluntariamente a Berlín Este, con la esperanza de construir una Alemania socialista.

Un grupo inusualmente talentoso de burócratas de la cultura soviéticos los esperaba allí. Para la inmensa sorpresa de aquellos alemanes que se habían quedado horrorizados tras sus primeros contactos, a menudo brutales, con las tropas soviéticas, un grupo de la nueva generación de ocupantes hablaba alemán con fluidez, leía literatura alemana y admiraba la cultura alemana. Uno o dos de ellos incluso sabían más de arte alemán que muchos nativos. Dos de los más importantes —Alexánder Dymchitz, jefe de la división de cultura de la Administración Militar Soviética, y Grigori Weispapier, el primer director de *Tägliche Rundschau*, el periódico del Ejército Rojo en Berlín— habían sido compañeros de clase en el Instituto de Historia del Arte de Leningrado. Otros tenían formación en filosofía. Varios de ellos eran judíos. Llegaban con el mandato de hacer la parte oriental de la ciudad culturalmente más dinámica que la occidental, de supervisar la «revolución burguesa» en cultura, y de preparar el camino para la revolución cultural comunista que llegaría a continuación. A diferencia de la mayoría de sus compatriotas, que trataban a la población nativa con desprecio y brutalidad, esos hombres cultivaban contactos con artistas y literatos alemanes, asistían a espectáculos y visitaban exposiciones.

En los primeros tiempos, el panorama cultural de Alemania del Este fue tan caótico como todo lo demás. Recién terminada la guerra, una serie de personas al azar «reocuparon» la Reichskulturkammer, la Cámara de Cultura, donde aún había expedientes sobre todos los artistas, intérpretes y escritores de Alemania. La primera en llegar fue Elizabeth Dilthey, una ex nazi. Presentó credenciales rusas falsas, dijo estar al mando de la nueva Kulturkammer, se instaló en el edificio y enseguida se rodeó de personalidades del mundo de la cultura, como Martin Gericke, un peluquero y maquillador de teatro. Cuando el ejército estadounidense llegó en julio, Gericke, que ahora se presentaba como un «filósofo», se convirtió en su informante. A continuación, Klemens Herzberg —que tenía unas credenciales ligeramente mejores— desplazó a Dilthey y se proclamó representante plenipotenciario del comandante de asuntos culturales de la ciudad de Berlín,

un título que ostentó durante diez días, durante los cuales organizó algunas fiestas excelentes. Finalmente, la administración soviética lo sustituyó por un actor mayor y políticamente neutral, Paul Wegener^[4].

Durante un breve período de tiempo, la Kulturkammer fue una institución fundamental para los artistas e intelectuales de Berlín, quienes utilizaban el edificio como club, comedor y centro de reuniones. Y lo más importante, fue también el centro de distribución de las cartillas de racionamiento, un asunto de importancia fundamental para todos los berlineses. Incluso durante las primeras semanas después de la guerra, el Ejército Rojo garantizaba, a quienes presentaran credenciales artísticas, la codiciada ración «de primera», que consistía en un pedazo de pan más grande, y más carne y verduras. Cuando se le preguntó el motivo, Dymshitz declaró que «puede que haya un Gorki entre vosotros. ¿Estaría bien que no llegara a escribir libros inmortales, solo porque pasa hambre?»^[5]. Sin embargo, ese instrumento de influencia cultural se volvió tan poderoso que las autoridades decidieron esgrimirlo con más fuerza. Al fin y al cabo, la Kulturkammer se había creado de manera espontánea, y unos meses después ya la habían privado de su función más importante —la distribución de privilegios— y se la habían traspasado a una institución creada por ellos, la Unión Cultural o Kulturbund.

A su modo, la Kulturbund fue una institución arquetípica de Europa del Este durante la posguerra. Su figura central no fue un timador ocasional, sino un comunista «de Moscú», Johannes Becher, quien había pasado doce años exiliado en la Unión Soviética. La fundación y formación de la institución no fueron espontáneas, sino que estuvieron muy planificadas. Ya en septiembre de 1944, Becher había asistido a reuniones soviéticas sobre el futuro de Alemania, donde habló de la necesidad de ganarse a los educadores y pastores, además de a los actores, directores, escritores y pintores. Como la Juventud Libre Alemana, la Kulturbund pretendía ser una organización de masas, y enseguida estableció divisiones por todo el país.

Como muchas otras instituciones de la época, la Kulturbund mantuvo también dos grupos de políticas muy distintos. A nivel interno, su cúpula era fiel a las fuerzas de ocupación soviéticas y al partido comunista alemán. Becher mantenía un contacto constante con Dymshitz y otros funcionarios de cultura soviéticos para tratar todos los asuntos, desde la proyección de películas soviéticas al diseño de los sellos^[6]. En las reuniones internas, la cúpula también utilizaba un lenguaje evidentemente comunista. En enero de 1946, el núcleo de la organización convino que había llegado el momento de

iniciar «la lucha contra las influencias y tendencias reaccionarias» y reprendió a los líderes regionales que se habían vuelto «demasiado autónomos». Todos entendieron que «demasiado autónomos» significaba «no lo bastante prosoviéticos^[7]».

Exteriormente, la Kulturbund se presentaba como no partidista, apolítica y, desde luego, no comunista. Con la esperanza de atraer a «la intelectualidad burguesa», Becher estableció la sede de la Kulturbund en el centro de Dahlem, el elegante barrio del oeste de Berlín donde vivían muchos de ellos. En la sesión de apertura, pidió la creación de «un frente nacional de todos los intelectuales alemanes», y en una declaración anterior había dicho que la organización «no estaba orientada al Este ni al Oeste^[8]».

Durante un tiempo, la Kulturbund consiguió mantener ese doble papel. Gracias a sus mecenas soviéticos, la Kulturbund podía proporcionar no solo cartillas de racionamiento y repartos de carbón —Becher y sus colegas recibieron un suministro regular durante el invierno de 1945—, sino también comisiones, teatros y espacios para exposiciones. Muy pronto, la Kulturbund empezó también a asignar apartamentos, casas, vacaciones junto al mar y sueldos públicos. Quienes estaban relacionados con la Kulturbund podían ver nuevas ediciones de sus libros, anteriormente prohibidos, en tiradas largas, o ver sus obras representadas ante el gran público^[9]. La Kulturbund también ayudó a organizar la primera exposición importante de posguerra de arte alemán, y esa fue la primera vez que los cuadros que Hitler había tachado de «degenerados» se mostraron en una galería alemana desde 1933.

La Kulturbund financió una animada vida cultural, al menos durante un tiempo, y en diciembre de 1945 un grupo estrechamente vinculado a la Kulturbund empezó a publicar una revista satírica, *Ulenspiegel*, que era dura, mordaz y también divertida. En ella participaron los mejores artistas, humoristas y escritores de la época. Su director, Herbert Sandberg, era un superviviente de Buchenwald, además de un talentoso y ocurrente humorista y escritor satírico. Las cubiertas de la revista se burlaban con valentía de la naturaleza extraña y dividida de Alemania, y sus escritores parecían atreverse con todo. «Rebosaban actividad y creían que la época dorada había comenzado», dijo Sandberg más adelante^[10].

Atraídos por lo que parecía el inicio de un verdadero florecimiento cultural, los exiliados empezaron a sumarse. Hanns Eisler, uno de los colaboradores musicales de Brecht, se dirigió educadamente a la administración en 1946: «Me encantaría ser de alguna utilidad, un Berlín

destruido sigue siendo Berlín para mí. En concreto, estoy pensando en la dirección de un departamento de música^[11]». El propio Brecht anunció que regresaría al país y que le gustaría que fueran a recogerlo en coche a la frontera, siempre que fuera en un coche grande. Si no pudieran encontrar el vehículo adecuado, comunicó a la Kulturbund, preferiría realizar el trayecto hasta Berlín en tren^[12]. Le proporcionaron el coche grande, y en octubre de 1949 él y Helene Weigel viajaron con estilo, primero hasta Dresde —donde Brecht fue recibido por fotógrafos, reporteros de radio y dignatarios de la zona—, y después a Berlín, donde se alojó en lo que quedaba del hotel Adlon. Becher, Dymshitz y muchos otros hablaron en una recepción en su honor que se celebró al día siguiente^[13].

Incluso a los artistas y escritores con un pasado nazi, si eran lo bastante famosos, se les perdonaba y se les ofrecían nuevos trabajos, cosa que molestó a algunos comunistas alemanes. En una reunión del presidium de la Kulturbund, un miembro se quejó de que a la organización se le pedía constantemente que procurara «una granja o una casa junto al mar» para las figuras de la cultura que habían pertenecido al partido nazi. Artistas de creencias políticas cuestionables estaban recibiendo privilegios a expensas de los trabajadores: «A veces se me ponen los pelos de punta cuando veo que en la Kulturbund elaboramos listas de intelectuales que recibirán lotes de Navidad de parte de la Administración Militar Soviética. [...] Tengo remordimientos de conciencia por los camaradas de clase obrera cuando veo lo poco que se hace por ellos^[14]».

Los artistas de Weimar que se habían situado a la izquierda política —y eran muchos— eran los más deseados. György Faludy, el poeta húngaro, describe el modo en que esos acercamientos podían resultar sumamente bochornosos: una vez un funcionario comunista intentó atraerlo con «una nauseabunda, torpe e insoportable exaltación de mi grandeza como escritor. A continuación dijo que el partido reconstruiría para mí una casa con jardín que estaba destrozada. [...] Después de la inflación, que duraría solo algunas semanas más, me proporcionarían, naturalmente sin que trascendiera, un cuantioso sueldo mensual^[15]».

A Max Lingner esos planteamientos le resultaron atractivos. El nuevo departamento para la «educación del pueblo» (*Volksbildung*), creado bajo los auspicios de la URSS pero dirigido por burócratas alemanes, le envió una invitación en 1946: «Nos urge que regrese de inmediato a Berlín». Lingner inició un intercambio de correspondencia con Walter Ulbricht, y entre otras

cosas le envió un manuscrito sobre la enseñanza del arte. No se encontraba bien —había sobrevivido a la ocupación de Francia y a sus sesenta años tenía dolencias cardíacas y hepáticas—, pero aun así consideró que era su deber, como marxista, regresar y ayudar a construir el comunismo.

Lingner volvió finalmente a Alemania en marzo de 1949. Al igual que Brecht, fue recibido como un héroe, lo que le causó una enorme satisfacción. El *Neues Deutschland* lo definió como «un gran pintor, conocido por todo el mundo, pero no por los alemanes^[16]». Le encargaron varias exposiciones importantes y la decoración de Unter den Linden, el bulevar central de Berlín, para el desfile del Primero de Mayo. Lo designaron miembro del jurado de la segunda exposición nacional de bellas artes. En 1950 ayudó a fundar la nueva Academia de las Artes alemana^[17].

Pero 1949 no era 1945, y el Berlín Este que parecía dar una bienvenida tan cálida a Lingner estaba experimentando una transformación radical. La influencia latente de la guerra fría formó parte del cambio. En 1947, los Aliados occidentales expulsaron la Kulturbund de Berlín Oeste, argumentando que era una organización pantalla del comunismo —y sin duda lo era—, y obligó a trasladar sus oficinas al sector soviético de la ciudad. En mayo de 1948, *Ulenspiegel* siguió a la Kulturbund del Oeste al Este. Aunque Sandberg siguió al frente de la publicación, su codirector dimitió, como lo hicieron también algunos otros trabajadores.

La creciente paranoia soviética sobre la escasa fiabilidad de los aliados de Europa del Este también estuvo detrás del cambio. En marzo de 1949, cuando el departamento europeo del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético elaboró una lista de sugerencias para «el fortalecimiento de la influencia soviética sobre la vida cultural de Polonia, Checoslovaquia y otros países de Europa del Este», supieron que se enfrentaban a un problema: «Una parte de la intelectualidad polaca y checoslovaca sigue sometida a los líderes más reaccionarios de la burguesía, quienes están unidos por mil conexiones a los círculos imperialistas reaccionarios del Oeste^[18]». Llevaron a cabo un análisis similar de Hungría, Bulgaria, Rumanía y Albania y concluyeron, nuevamente, que se necesitaba una educación más ideologizada: la traducción y distribución de películas y libros soviéticos, la construcción de centros culturales soviéticos y escuelas de estilo soviético, y más intercambios culturales^[19].

Sin embargo, los agentes culturales soviéticos sobre el terreno no solo querían introducir el arte soviético, sino transformar la cultura de Europa del

Este en algo radicalmente distinto. Dymshitz anunció esa política en un artículo, «Sobre la orientación formalista en el arte alemán», publicado en *Tägliche Rundschau* en noviembre de 1948. «La forma sin contenido carece de significado», declaró antes de lanzar un ataque sostenido contra el arte moderno y abstracto de todo tipo. Se burló de «los artistas formalistas» a quienes «les gusta fingir que son revolucionarios [...] actúan como si fueran agentes de la renovación» y en particular arremetió contra Pablo Picasso, comunista y una figura heroica para muchos pintores alemanes. No llegó a utilizar la palabra «degenerado» (*entartet*) como Hitler, pero sí dijo que el arte formalista era «decadente» (*dekadent*), lo que se aproxima mucho. Los artistas e intelectuales alemanes respondieron durante los días siguientes. Algunos se mostraron de acuerdo y otros enfadados. Sandberg inició una vigorosa defensa de Picasso. La mayoría, sin embargo, se quedaron simplemente sorprendidos: los artistas de izquierda no habían esperado que la «progresista» Unión Soviética apoyara el arte «conservador».

Algunos de ellos sabían que debates similares se habían producido ya en la Unión Soviética de las décadas de 1920 y 1930, cuando los poetas experimentales y los arquitectos constructivistas habían sido prohibidos en beneficio de artistas que se ajustaban más a los gustos del régimen. Todos eran conscientes de que una versión de ese «debate formalista» se había desarrollado en la Alemania de Weimar durante los años veinte y treinta, cuando el mundo del teatro se había dividido entre los tradicionalistas, a favor de las producciones clásicas al estilo de Lessing y Goethe, y los radicales como Brecht, quienes argumentaban a favor de la vanguardia^[20]. En esa época, los pintores también se habían dividido más o menos por igual entre quienes creían que las bellas artes aún cumplían un papel social o político y quienes creían en «el arte por el arte».

Sin embargo, el nuevo debate sobre el formalismo —que pronto se vio plasmado en multitud de tediosos ensayos, interminables debates de los comités y libros ilegibles— aportaba un aspecto del que el antiguo debate había carecido: como la definición de «formalismo» era política además de estética, resultaba sumamente escurridiza. En realidad, nadie podía estar seguro sobre qué aspecto debía tener el arte realista socialista políticamente correcto. Resultaba muy fácil condenar a los artistas que valoraban la belleza por encima de la política, o que trabajaban en la abstracción pura, la música atonal y la poesía experimental. También era posible imponer temas y contenidos. Un certamen artístico en Polonia en 1950 sugirió a los pintores que crearan obras que ilustraran temas como «la tecnología y la organización

del sacrificio de animales», «la racionalización y mecanización de las granjas de cerdos industrializadas» o «razas de toros y cerdos en Limanowa, Nowy Targ y Miechów^[21]».

Otros juicios eran más difíciles de establecer, incluso para los críticos socialistas realistas más comprometidos. El retrato de un obrero, ¿tenía que ser de gran precisión realista o podían notarse las pinceladas del artista? Si la letra de una canción era «progresista», ¿importaba que la melodía fuera difícil de cantar? ¿Un poema que no rimara podía expresar actitudes socialistas positivas o la poesía comunista tenía que ajustarse a una forma determinada? En la práctica, estas cuestiones no las decidían los críticos ni los artistas, sino los burócratas de la cultura cuyo juicio se basaba en razones políticas o personales. Un historiador del arte polaco ha argumentado que lo que importaba era la actitud del artista: si accedía a abandonar toda pretensión de individualismo, si se esforzaba por crear la atmósfera apropiada en su lienzo —fuera cual fuese la definición de «atmósfera apropiada» en ese momento concreto—, entonces lograría ser un pintor realista socialista^[22]. Así pues, un artista dócil y simpatizante del régimen lo tendría más fácil para poder aplicar de vez en cuando pinceladas de color antinatural, como un rostro verde o un cielo púrpura, y un poeta dispuesto a colaborar tendría permitido utilizar algunas figuras retóricas complicadas. Sin embargo, quienes estaban bajo sospecha por el motivo que fuera podían ver sus obras prohibidas justamente por lo mismo^[23].

En la práctica, los burócratas de la cultura utilizaron su definición en constante evolución de lo que era el realismo socialista «bueno» para mantener controlados a los artistas y a los intelectuales. Después de su estreno ante un selecto grupo de personas en 1951, la ópera *Lucullus* —con música de Paul Dessau y libreto de Brecht— fue retirada para que la revisaran. Algunos críticos habían descubierto que la música contenía «todos los elementos del formalismo, se distinguía por el predominio de disonancias destructivas y cáusticas, y por un ruido de percusión mecánica». Probablemente al partido le molestara más el mensaje antibelicista de la ópera —el conflicto coreano acababa de empezar— que la música agresiva y poco tradicional (con nueve instrumentos de percusión, y sin violines). Brecht escribió una carta a Wilhelm Pieck, en la que le prometía añadir tres arias de «contenido positivo», y finalmente *Lucullus* volvió a representarse en octubre, aunque solo durante una noche. Los cambios habían sido menores: al parecer, el objetivo principal del aplazamiento había sido asegurarse de que Brecht y

Dessau entendieran que el partido, y no sus artistas, tenían la última palabra^[24].

Otros artistas sufrieron los cambios en la moda socialista. En 1948, Horst Stempel pintó un mural titulado *¡Retirad los escombros! ¡Reconstruid!* en la nueva estación ferroviaria de Friedrichstraße. Abstracto y metafórico, el mural fue muy elogiado —en un principio— por ser «una sinfonía colorista de reconstrucción». Sin embargo, después del artículo de Dymshitz, Stempel hizo públicas sus objeciones al ataque soviético del «formalismo». Los críticos del partido contraatacaron y censuraron el mural por su «falta de claridad servil». Finalmente, el *Tägliche Rundschau* lo llamó «un producto sin sentido». En febrero de 1951, justo cuando Lingner estaba trabajando en su diseño del mural *Aufbau*, el mural de Stempel fue cubierto con pintura y se perdió para siempre^[25].

El *establishment* artístico también ejercía control porque podía. En Alemania, igual que en el resto de Europa, el sindicato de artistas —la Asociación de Bellas Artes— había dejado de ser una organización autogestionada en la década de 1940. En 1950 se había convertido en una burocracia centralizada, con un único registro de miembros. Para comprar pintura y pinceles, los artistas tenían que tener un número de identificación fiscal que les facilitaba la asociación y una tarjeta de afiliación en la que aparecía ese número. En otras palabras, todo aquel que quisiera pintar tenía que aceptar, al menos, ser miembro de la asociación^[26]. Quien elegía no inscribirse, podía estar eligiendo también no volver a trabajar como artista.

Una situación similar sucedió en Polonia, donde el sindicato de artistas polacos de antes de la guerra se había constituido de nuevo en Lublin en 1944, y desde entonces se había mantenido próximo al partido comunista. El sindicato consideraba que sus funciones incluían «el control y la evaluación de la producción artística», además de la organización de exposiciones y cursos, e incluso, al principio, encontrar alojamiento para los artistas. El control sobre los artistas también se ejercía mediante las escuelas y las academias de arte. Durante el curso de 1950 y 1951, por ejemplo, los directores del departamento de pintura de la Academia de Bellas Artes discutieron con frecuencia los escasos recursos económicos de sus alumnos y la falta de material artístico. También anunciaron con frecuencia que buscaban a estudiantes «voluntarios» para que llevaran a cabo trabajos políticos —exposiciones dedicadas a Stalin, la decoración de salones para las celebraciones del partido—, por los que recibirían cuantiosas cantidades de

dinero. Evidentemente, es probable que ese trabajo «voluntario» no fuera más que una tabla de salvación para esos estudiantes de arte sin blanca^[27].

Al igual que la institución alemana, el Sindicato de Artistas de Polonia también fue, además del partido, el gobierno y algunas fábricas, uno de los principales compradores de arte. Las galerías privadas habían desaparecido casi por completo, junto con el resto del sector privado. Un documento del Ministerio de Cultura polaco fechado en 1945 manifestaba claramente que «debido a los cambios en la estructura de la economía, el Estado y los gobiernos locales deben asumir el papel del cliente que adquiere arte». Si los artistas querían vender sus obras, tenían que mantenerse en los libros buenos del sindicato. En 1947, el sindicato tenía casi dos mil miembros por todo el país, además de divisiones como la de Czystochowa, que informó con orgullo de que sus miembros realizaban «carteles y retratos» para el gobierno local, y se encargaban también de la decoración para eventos, conferencias y manifestaciones del Primero de Mayo^[28]. No todas las divisiones se mostraron tan colaboradoras: tradicionalistas, «coloristas», realistas y una vanguardia joven compitieron por la influencia en Cracovia durante ese período^[29].

Se llevó a cabo una política de incentivos y amenazas. Artistas como Otto Nagel, que había pasado mucho tiempo fuera de Alemania —había estado incluso en Sachsenhausen—, ahora sentían que el Estado los acogía cálidamente por primera vez en su vida, y descubrieron que el Estado podía satisfacer toda clase de necesidades. En 1950, el presidente de la Academia de Arte alemana entregó a Nagel cartillas de racionamiento para que se comprara zapatos, tela para un buen traje y forro de abrigo. Nagel recibió también una carta personal de Pieck cuando se inscribió en la academia —«como hijo de trabajadores de Berlín, ha estado vinculado desde siempre a los trabajadores»— y cuando contribuyó con algunos diseños al festival de jóvenes de Berlín, Honecker se lo agradeció calurosamente en persona^[30].

Lingner habría conocido todos los detalles de la caída en desgracia de Strempel y de las recompensas de Nagel y otros. También habría sabido que pese a ser miembro del sindicato de artistas, aún tenía que demostrar muchas cosas. Había pasado más de veinte años fuera del país; estaba vinculado al partido comunista francés, no a la Unión Soviética; y en un momento determinado lo habían acusado de «formalismo». En una carta de 1950 enviada a la cúpula de los sindicatos alemanes, se disculpó por las «dificultades» que había causado su decoración para el desfile del Primero de

Mayo (los colores se habían apagado por culpa del mal tiempo). Se sintió obligado a tranquilizarlos también en lo concerniente a su visión política. Durante dos décadas, explicó, había «puesto mis lápices y pinceles al servicio de la clase obrera progresista de Francia», pero, por supuesto, estaba dispuesto a hacer lo mismo por Alemania: «Pueden estar seguros de que ustedes y la clase obrera berlinesa, y no solo la berlinesa, pueden contar conmigo para todo^[31]». Sus disculpas fueron aceptadas y se le recompensó con el encargo de pintar *Aufbau*, aunque con la condición de que lo diseñara en estrecha colaboración con Otto Grotewohl, en ese momento el primer ministro de Alemania del Este.

El mundo artístico oficial se mostró entusiasmado con esa decisión. En un panfleto publicado en la época, un crítico de arte explicó que con la colaboración Grotewohl-Lingner, la relación entre el partido y el artista se había «llevado a un nivel nuevo, a un nivel que ahora concuerda con la nueva relación entre el Arte y el Pueblo^[32]». A partir de entonces, declaró el crítico, los artistas dejarían de pintar para ellos, para sus amigos o para ricos mecenas. A partir de entonces pintarían para el partido, bajo la tutela del partido.

En la práctica, eso implicó que Grotewohl criticara cada uno de los bocetos de Lingner, que sugiriera que añadiese o quitara figuras, que cambiara los colores y que resaltara distintos detalles. Después de ver el primer boceto, dijo que «el pintor no había entendido la importancia de la industria para el desarrollo del socialismo», ya que «la industria pesada no aparecía presentada como la condición previa para el éxito futuro». También se opuso al hecho de que la figura principal del centro del mural fuera un intelectual, y no un obrero: «La clase trabajadora es la verdadera iniciadora y agente de esta alianza^[33]». Después del segundo boceto, el comentario de Grotewohl fue más dirigido a la estética del mural: opinó que los colores no estaban equilibrados, y algunas de las figuras le parecieron demasiado estáticas. No conseguían reflejar el importante avance de la sociedad, y quienes observaran el cuadro se sentirían atraídos por detalles concretos en lugar de concentrarse en el significado global del cuadro^[34].

Lingner tuvo en cuenta todos esos comentarios y trabajó en varios bocetos más, algunos de los cuales se mostraron a «científicos, mujeres y Jóvenes Pioneros», como también a parlamentarios y otros políticos, y todos ellos pudieron dar su opinión. Durante todo el proceso, Lingner experimentó una especie de transformación psicológica. Tuvo que aprender a rebajarse ante sus críticos políticos, y pronto empezó a hacerlo también en otros aspectos.

Durante el desarrollo del proyecto, incluso escribió un ensayo de autocrítica. Dijo que le habían hecho reproches en base a que «he perdido el contacto con la vida en la RDA, y por lo tanto solo represento escenas esquemáticas y máscaras». Sin embargo, estaba dispuesto a cambiar de táctica:

Analiqué las obras que había creado desde mi regreso a Alemania y me di cuenta de que esos reproches estaban justificados. He sufrido pereza intelectual, mi incapacidad de adaptación a un entorno del que llevaba veinticuatro años alejado, y cierta tendencia a dormirme en los antiguos laureles. [...] He abordado esas deficiencias con decisión y espero ser capaz, muy pronto, de presentar el boceto de un mural que está cobrando forma tras varios meses de colaboración con el jefe del gobierno^[35].

Esa «confesión» no fue resultado de la violencia directa o del miedo a ser arrestado: Lingner deseaba realmente adaptarse. Estaba recibiendo encargos y reconocimiento en su propio país por primera vez en décadas. Ya no estaba en el exilio, sino que había sido aceptado en su país. También parecía creer, en cierto modo, que el partido sabía más que él: si era incapaz de entender el propósito de algunos de los comentarios de Grotewohl, si el cuadro le parecía feo, se debería a que no era lo bastante inteligente^[36].

Aufbau fue finalmente descubierto el 3 de enero de 1953 —el día del cumpleaños de Pieck— y recibió un reconocimiento generalizado que pronto se desvaneció. Al ser una obra de propaganda tan evidente, y claramente el producto de una discusión política, se convirtió en un motivo de vergüenza. En un catálogo de la obra de Lingner publicado en los últimos años de la República Democrática Alemana, el *establishment* artístico de Alemania del Este se desvinculó por completo del mural: «¿Fue por el corto plazo de entrega, o porque la ampliación del boceto y la impresión del dibujo sobre los azulejos pudo ser obra de otras manos? ¿O se debió a que este «cuadro» mide más de veinticinco metros de ancho, y ese no es el lugar adecuado para él?». Cualesquiera que fueran las razones, el crítico concluyó que: «El resultado no satisfizo a una parte ni a la otra^[37]». Lingner murió en 1959, pero su mural permanece. Al parecer, en los últimos años de su vida evitó pasar por delante de la Casa de los Ministerios para no verlo.

«Las masas fueron privadas de las cosas hermosas de la vida diaria, así como de la mayor dicha que pueda haber: la dicha de desarrollar su talento artístico.» En la introducción de su libro de 1954, *Twórczosc Ludowa w Now yur Wzornictwie* («Creatividad popular en el diseño contemporáneo»), la directora del Instituto de Diseño Industrial, Wanda Telakowska, ofreció una imagen muy poco halagüeña de la situación de la Polonia de preguerra. Escribió también que las décadas de 1920 y 1930 habían sido «características

de la época capitalista». Los ricos «habían buscado la confirmación de su valía mediante la posesión de los objetos más ostentosos». Quienes carecían de recursos se habían visto obligados a comprar imitaciones baratas y de mal gusto. Las fábricas, la mayoría de las cuales estaban en manos de capitalistas extranjeros, «seguían el diseño extranjero —de tercera categoría, por supuesto, ya que los mejores diseños estaban reservados para sus propios medios de producción—, con lo que la producción para las masas era fea y, sobre todo, incompatible con nuestra cultura^[38]».

Telakowska no empezó su carrera utilizando el lenguaje del marxismo ortodoxo. En distintas épocas profesora de arte, diseñadora, crítica y conservadora de museo, Telakowska había sido más conocida por su asociación con un grupo artístico polaco llamado Ład. Los entendidos en historia del diseño reconocerían a Ład como un grupo muy próximo al movimiento británico Arts and Crafts. Sus miembros pretendían estudiar a los campesinos artesanos que aún resistían en partes del sur del este de Polonia, y utilizar su trabajo como la base de un nuevo diseño autóctono, auténticamente «polaco». Los artistas vinculados a Ład creían que «contemporáneo» no tenía que significar «modernista» o futurista. No todo tenía que ser pulido o simplificado en la era mecánica: creían que los diseños tradicionales de muebles, tejidos, vidrio y cerámica podían ser actualizados y que la industria podía incluso inspirarse en ellos.

Por instinto y por formación, Telakowska no fue comunista. Aunque muchos artistas de izquierda de la época, entre ellos diseñadores de la Bauhaus de Alemania, hablaban de eliminar el pasado en nombre de la revolución y de empezar de cero, Telakowska mantuvo una determinación marcadamente no comunista y se inspiró en la historia. Sin embargo, también quiso continuar el trabajo de Ład después de la guerra, y con ese fin se unió al nuevo gobierno comunista. Pronto descubrió que su proyecto —que defendía el arte tradicional y campesino sobre el pulido modernismo de los intelectuales urbanos— coincidía parcialmente con los objetivos del partido comunista^[39]. Como un burócrata de la cultura señaló, el arte tradicional tenía más probabilidades de atraer al obrero polaco: «Nuestra clase obrera está estrechamente unida al campo y se siente más vinculada al arte tradicional que a la cultura de los salones intelectuales». A finales de la década de 1940, la defensa que Telakowska hacía del arte campesino también encajaba con el ataque al formalismo que se había iniciado en Polonia al mismo tiempo que en Alemania. En las rebuscadas palabras de un crítico marxista: «A diferencia

del arte producido por la nobleza y la Corte, que fue divorciándose progresivamente de los fundamentos nacionales, la cultura no contaminada del campo fue capaz de resistir a las tendencias cosmopolitas y de protegerse exitosamente contra el formalismo anquilosado^[40]».

En la terminología polaca, Telakowska fue una «positivista», o lo que en los países de habla inglesa se conocería como una pragmática. Aceptó el régimen comunista como inevitable y se mostró decidida a trabajar con él —o dentro de él— para alcanzar los objetivos que consideraba que redundarían en el interés nacional. En la primavera de 1945 entró en el nuevo Ministerio de Cultura, a pesar de que ello la convertía en miembro del gobierno provisional dominado por los comunistas, y en 1946 creó un organismo al que dio el acertado nombre de Oficina para la Supervisión de la Producción Estética (Biuro Nadzoru Estetyki Produkcji, o BNEP). Bajo sus auspicios, realizó estudios de artistas y grupos artísticos tradicionales de todo el país y convenció a artistas polacos de Łódź y de la Escuela de Bellas Artes de Varsovia para que trabajaran en su proyecto más ambicioso: la creación de nuevos diseños para que las fábricas polacas los produjeran en serie. Si bien ese había sido siempre su objetivo, expuso a sus superiores argumentos económicos. Un diseño mejor podría incrementar el atractivo de los productos polacos: «La belleza y la elegancia elevan el valor de objetos como muebles, telas, estampados, cortinas, ropa [...] Los objetos franceses, vieneses y alemanes controlan el mercado mundial únicamente por su forma artística, no por la calidad de los materiales^[41]».

Al principio, la comunidad artística mostró desconfianza. Temeroso de que ese nuevo proyecto pudiera ir en detrimento de la pintura y la escultura, el Sindicato de Artistas hizo pública una defensa del arte «puro», en oposición al arte «útil». Y aún más importante, muchos no quisieron colaborar con los comunistas polacos, quienes en 1946 estaban intensificando su campaña contra el Ejército Nacional. Sin embargo, Telakowska se ganó a algunos de ellos, en parte a través de contactos personales, en parte porque les ofrecía ayuda material, y en parte porque sentía auténtica pasión por su causa. Un pintor polaco, Bohdan Urbanowicz, recordó que la conoció cuando regresó a Polonia de un campo de prisioneros de guerra alemán en agosto de 1945:

Viajé a Polonia lleno de miedo e inseguridad, sin ningún documento. Después de cruzar la frontera en Cieszyn, me dirigí a Varsovia. Los camiones soviéticos me adelantaron, decorados con sellos y consignas. Rebaños de ganado son trasladados al este. [...] Por fin, Varsovia. Me pierdo en los túneles de lo que antes eran calles. Hay un puente provisional que cruza el Vístula. En un enorme edificio de Praga, las antiguas oficinas de los ferrocarriles estatales, se encuentra el Ministerio [de Cultura]. Una escalera oscura conduce al departamento de bellas artes. Una sala

amplia, llena de gente que charla y fuma. [...] Y de repente, noto que me abrazan. Me descubro entre los brazos de Wanda Telakowska^[42].

Telakowska abrió un cajón, sacó 2000 zlotys y se los dio a Urbanowicz, «sin anotarlos en ningún sitio». También le encontró un lugar donde alojarse y lo inscribió en el Sindicato de Artistas. Durante varios años, él y muchos otros permanecieron bajo su influencia y protección. Como sintió que tenía una responsabilidad en «la reconstrucción de nuestra destruida cultura», Urbanowicz empezó a trabajar en el ministerio^[43]. Telakowska no disponía de los recursos a los que tenía acceso Becher en Berlín Este —la Polonia de posguerra, en general, tenía menos que ofrecer a los exiliados que regresaron—, pero tampoco intentaba competir con él, puesto que allí la alternativa era la Alemania no comunista: la alternativa para la Polonia comunista era el exilio. Telakowska se ganaba a la gente apelando a su patriotismo y convenciéndola de que era importante reconstruir Polonia, con independencia de quién conformara la cúpula política.

Muchos colaboraron. Bajo el eslogan «La belleza es para todos los días y para todo el mundo», la oficina de Telakowska encargó y adquirió decenas de diseños sumamente originales de telas, muebles, cubiertos, platos, vajillas, cerámica, joyas y ropa^[44]. Envío a un grupo de artistas a una fábrica de vidrio de Szklarska Poreba y a otro grupo a una fábrica de vidrio de Silesia. Ambos grupos debían colaborar con los trabajadores y los directores para crear diseños atractivos y populares que pudieran ser producidos en serie. Uno de los grupos creó una serie de vasos grabados con caligrafía al estilo anterior a la guerra. El otro se inspiró en el vidrio antiguo. Telakowska convenció también a un escultor polaco, Antoni Kenar, para que regresara a Polonia de su exilio en París a fin de organizar un taller de tallado de madera, y envió a diseñadores a los Cárpatos, donde trabajaron con tejedoras y las ayudaron a actualizar sus diseños. Una vez, su oficina organizó un concurso para animar a los campesinos que realizaban tallas a que diseñaran nuevos juguetes de madera «tradicionales», lo que hizo que un crítico de arte declarara entusiasmado que «está surgiendo una nueva forma de hacer juguetes, que rompe por completo con los objetos que, durante la década de 1920, animaban a los niños a jugar “a la guerra”^[45]».

Telakowska no estuvo sola en su entusiasmo ni en su positivismo. El fuerte deseo de reconstruir su destruido país fue el sentimiento que unió a los polacos de todas las convicciones políticas en los primeros años de posguerra, y en ningún lugar se manifestó con tanta fuerza como en Varsovia, una ciudad

tan completamente destruida que muchos opinaron que debía dejarse así como monumento a la guerra. El escritor Kazimierz Brandys recordó haber sentido que «eso no debe tocarse. Dejémoslo así, tal y como está [...] quienes habíamos amado esa ciudad queríamos en ese momento amar sus ladrillos esparcidos^[46]». Otros creyeron que la reconstrucción sería poco práctica o imposible. Alexander Jackowski, en la época un joven funcionario (y después un eminente historiador del arte tradicional polaco), dijo simplemente que «no creí que pudiera ser reconstruida durante mi vida^[47]».

Cuando faltaban días para que terminara la guerra, los antiguos habitantes de la ciudad ya habían empezado a limpiar las calles y a ofrecerse voluntarios para trabajar como obreros o ingenieros. Varsovia ejercía tal atracción magnética que, en cuanto le fue posible, la gente empezó a instalarse entre los escombros y se apañó con lo que quedaba de sus casas. La cúpula comunista no dejó pasar la oportunidad de sumarse a ese torrente de energía y sentimiento: en la reconstrucción de Varsovia vieron una vía, si no para ganar popularidad, sí para ser admirados, aunque fuera a regañadientes. Al menos podían hacer causa común con gente como Telakowska y Urbanowicz, quienes desbordaban entusiasmo por la restauración del patrimonio arquitectónico y artístico del país, aunque no acataran por completo el proyecto comunista. En febrero de 1945, el gobierno provisional creó la Oficina para la Reconstrucción de la Capital (Biuro Odbudowy Stolicy, o BOS) y nombraron a Józef Sigalin, un arquitecto que había vivido en la URSS durante la guerra, para que asumiera su mando.

De inmediato, Sigalin empezó a recibir un aluvión de consejos. Algunos querían retirar los escombros y construir una ciudad moderna y reluciente, de acero y cristal, al estilo internacional, entonces muy popular. En la Escuela de Arquitectura de Polonia, fundada por exiliados en la Universidad de Liverpool durante la guerra, un grupo de jóvenes arquitectos polacos crearon una serie de diseños arquitectónicos que se parecían mucho a los creados en esa época por sus colegas británicos. Jerzy Piatkiewicz reimaginó la parte medieval de Varsovia, el casco antiguo, manteniendo la planificación, pero sustituyendo las fachadas barrocas por edificios modernos con fachadas de cristal. Otros propusieron bloques de pisos de hormigón y edificios enormes al estilo de lo que en Gran Bretaña se conocería como «brutalismo^[48]».

Desde un buen principio, el sentimiento popular fue precisamente en la dirección contraria. La mayoría de la población quería recuperar la antigua Varsovia, al igual que muchos arquitectos. «Nuestro sentido de la

responsabilidad hacia las futuras generaciones nos obliga a reconstruir lo que fue destruido», declaró uno de ellos^[49]. En particular, los reconstruccionistas argumentaron que las partes más antiguas de la ciudad —los edificios medievales, barrocos, renacentistas y del siglo XVIII— deberían devolverse a su estado anterior, ladrillo por ladrillo, de modo que el patrimonio arquitectónico del país no desapareciera para siempre.

En 1949 se había desarrollado una tercera corriente de pensamiento. Al fin y al cabo, ni las cajas de cristal funcionales ni la reconstrucción estricta encajaban demasiado bien con el nuevo impulso que la Unión Soviética quería dar al realismo socialista. Y ninguna de esas opciones satisfacía tampoco por completo la obsesión de los comunistas polacos por la reeducación, ni reflejaba su creencia en el determinismo ambiental: si la gente podía verse sutilmente influida por su entorno, entonces los arquitectos de Varsovia tenían la responsabilidad de ayudar a crear una nueva realidad, los espacios en los que el *Homo sovieticus* terminaría viviendo y trabajando. En un relevante discurso sobre la reconstrucción de Varsovia pronunciado en 1949, Bolesław Bierut declaró: «La nueva Varsovia no puede ser una copia de la antigua, no puede limitarse a repetir, con ligeras alteraciones, el batiburrillo de los intereses privados de la clase capitalista que constituían la ciudad antes de la guerra [...] la Nueva Varsovia debe convertirse en la capital de un Estado socialista^[50]». Sin embargo, en la época solo había una ciudad que pudiera considerarse una verdadera «capital de un Estado socialista». Y así, buena parte del plan oficial de 1949 para la reconstrucción de Varsovia se derivó directamente y de un modo casi servil de la arquitectura de Moscú.

En el período de la fase final del estalinismo, la arquitectura soviética fue diseñada deliberadamente para impresionar e intimidar. Las oficinas, los monumentos públicos y los edificios de apartamentos de Moscú eran enormes, compactos y recargados. Las calles impresionaban por su amplitud, pero resultaban difíciles de cruzar. Las plazas públicas eran anchas, llanas y estaban cubiertas de hormigón, perfectas para las manifestaciones masivas, si bien estéticamente muy monótonas. Las distancias entre los edificios eran grandes y los transeúntes tenían que desplazarse en tranvía o en autobús. Como se suponía que su diseño tenía que resultar «comprensible» a los trabajadores que terminarían habitando esas estructuras grandiosas, los arquitectos recurrieron con mucha frecuencia a elementos clásicos familiares, casi tópicos, como columnas, balcones y arcos^[51].

En otras palabras, el diseño urbano soviético era totalmente inapropiado

para Varsovia, una ciudad que había sido diseñada para los caballos y los transeúntes en una época anterior al automóvil, y cuya planificación había girado en torno a las iglesias y las calles comerciales. Las plazas y los parques se habían creado como espacios de ocio, no para manifestaciones masivas, y se habían cubierto de césped, no de hormigón. No obstante, los diseños de 1949 para Varsovia son ejemplos clásicos del realismo socialista de la fase final del estalinismo: el Ministerio de Agricultura con sus dos filas de columnas, los amplios bulevares diseñados para los desfiles del Primero de Mayo, las farolas decorativas de hormigón y los balcones^[52]. Aunque esos diseños no se derivaban de ninguna tradición polaca existente, un historiador del arte escribe que «la compulsión de adaptarse “al ejemplo de la Unión Soviética” no llegó a los arquitectos en forma de una orden. Les llegó en forma de una presión muy fuerte que era tan difícil de resistir como sus consecuencias difíciles de aceptar^[53]». Cuando la construcción se puso realmente en marcha, todo el suelo de la ciudad era de titularidad estatal, los arquitectos eran empleados de la Oficina para la Reconstrucción y las publicaciones nacionales sobre arquitectura —como en Checoslovaquia, Hungría y Alemania del Este— eran también propiedad del Estado y publicaban regularmente artículos y suplementos especiales sobre arquitectura soviética. En 1946 y 1947, las imprentas estatales realizaron una antología, *Arquitectura soviética*, en la que se elogiaban los logros arquitectónicos soviéticos y se atacaba a las figuras culturales rusas «disidentes», entre ellas la poetisa Anna Ajmátova. En 1949, todos sabían que el partido tenía la última palabra sobre todos los proyectos de construcción importantes en Varsovia, aunque no obligara a nadie a trabajar en ellos.

En ese sentido, los arquitectos polacos se parecieron a los pintores alemanes, a los que nadie obligó a punta de pistola a realizar dibujos propagandísticos. Al contrario, como fue el caso de Max Lingner en Alemania, algunos de ellos hicieron todo lo posible para convencerse de los méritos de la arquitectura soviética. En 1948, Sigalin viajó a Moscú para reunirse con Edmund Goldzamt, un arquitecto polaco que se había refugiado en la Unión Soviética durante la ocupación nazi, había terminado sus estudios de arquitectura en Moscú y al parecer se sentía bien allí (volvió a la ciudad en la década de 1970). Goldzamt describió la teoría de la arquitectura estalinista del realismo socialista a Sigalin en una memorable conversación que se prolongó durante toda la noche. «Tenemos que tenerla», respondió supuestamente Sigalin, y convenció a Goldzamt para que regresara a Varsovia en calidad de asesor^[54].

Goldzamt no se habría descrito, ni en ese momento ni después, como un lacayo soviético. Al igual que Telakowska, era admirador del movimiento Arts and Crafts británico, que priorizaba los patrones y diseños tradicionales. Años después, escribió un libro sobre William Morris (con títulos de capítulos como «El lugar que ocupó Morris en la lucha de clases»)^[55]. Sin embargo, en su obra y en la obra de sus discípulos, esas teorías se desarrollaron de manera muy distinta a como se habían desarrollado en los diseños elaborados para la Oficina para la Supervisión de la Producción Estética de Telakowska, y por supuesto en los propios talleres de Morris. En la teoría, Goldzamt creía que los edificios tenían que ser «socialistas en el contenido, pero nacionales en la forma». En la práctica, opinaba que los arquitectos deberían incorporar motivos «nacionales», es decir, decoración kitsch, procedente de edificios históricos y arte tradicional, en las monumentales estructuras de estilo soviético.

El Palacio de la Cultura y la Ciencia de Varsovia, la obra más famosa de la arquitectura de la fase final del estalinismo en Polonia, fue también el edificio que reflejó más claramente las teorías de Goldzamt. Hasta hoy, el Palacio de la Cultura y la Ciencia se alza sobre Varsovia, ocupando una cantidad desmedida de espacio en el corazón de la ciudad y privando al centro de cualquier continuidad estética. El edificio fue un regalo de Stalin al pueblo polaco: un regalo imposible de rechazar. Al parecer, el ministro de Economía de Polonia, Hilary Minc, intentó sugerir que tal vez sería mejor erigir un complejo de viviendas, pero Stalin quería «un palacio que fuera visible desde cualquier punto de la ciudad», según Jakub Berman, cuyas responsabilidades incluyeran la cultura, así como la policía secreta^[56]. A muchos comunistas les desagradaba el diseño (Berman reconoció años después que «no hicieron un buen trabajo»), pero Bierut lo admiraba, o eso dijo. El Palacio de la Cultura no fue un regalo barato: aunque la Unión Soviética pagó los materiales de construcción, los polacos tuvieron que pagar a los trabajadores soviéticos, para quienes se construyó un barrio nuevo, con su cine y su piscina. El gobierno polaco también se ocupó de limpiar el espacio en el centro de la ciudad, proceso durante el cual se destruyeron multitud de casas inhabitables, así como el trazado urbano tradicional.

El Palacio de la Cultura fue diseñado por arquitectos rusos y construido en parte por obreros rusos «importados», y utilizando herramientas y materiales también importados. Sin embargo, se suponía que el Palacio de la Cultura debía ser «socialista en el contenido y nacional en la forma», de modo que los

arquitectos rusos, dirigidos por Lev Rudinev, recorrieron diligentemente el país. Visitaron las antiguas ciudades de Cracovia, Zamosc y Kazimierz, y esbozaron motivos barrocos y renacentistas durante el viaje. También consultaron con Sigalin y con otros arquitectos polacos^[57].

El resultado fue, y sigue siendo, peculiar. De lejos, el Palacio de la Cultura parece una copia exacta de los rascacielos recargados que se reparten por Moscú, con una aguja en lo alto y cuatro edificios anexos en la base, que contienen teatros, gimnasios, salas de exposición y una piscina. De cerca, los elementos «polacos» sobresalen. En lo alto, las paredes están cubiertas de elementos decorativos copiados de las fachadas renacentistas que los rusos habían visto durante su recorrido por Polonia. En la base se agrupan estatuas gigantescas, la mayoría de ellas de «obreros» en distintas posturas solemnes, aunque su significado metafórico no queda claro. Durante décadas, el palacio fue el único rascacielos de Varsovia —de 1955 a 1957 fue el edificio más alto de Europa—, y aún hoy parece estar fuera de lugar, aunque otros rascacielos más altos y modernos se hayan construido en las proximidades. El único mérito del edificio es que parece exactamente lo que es: una imposición soviética sobre la capital polaca, de tamaño equivocado y proporciones equivocadas, construido sin tener en cuenta la historia ni la cultura de la ciudad.

Hay otros ejemplos de arquitectura soviética en la ciudad. No muy lejos del Palacio de la Cultura, los arquitectos de Varsovia consiguieron construir un complejo de viviendas de estilo realista socialista —el Marszałkowska Dzielnica Mieszkaniowa, o MDM—, con entradas monumentales, columnas, escalinatas y las mismas esculturas ambiguas de «obreros» que miran al vacío. Los elementos soviéticos están también presentes en Muranów, una zona residencial construida sobre el suelo del antiguo gueto de Varsovia, y en algunos otros lugares.

Sin embargo, el plan de 1949 fue impopular, o al menos no universalmente popular, como los comunistas sabían bien. Y aun así, mientras se construía el Palacio de la Cultura, la oficina empezó a reconstruir también el casco antiguo medieval de Varsovia y su histórica calle principal, Nowy Swiat, con gran lujo de detalles. El partido se sintió más bien incómodo con ello: Bierut explicó que se construirían apartamentos higiénicos y modernos tras las fachadas pasadas de moda, y que se entregarían de inmediato a miembros respetables de la clase obrera^[58]. Sin embargo, pese a la instalación de dispositivos de saneamiento, al final el casco antiguo tuvo un aspecto tan

familiar que a muchos les resultó inquietante. Un antiguo residente del centro medieval de la ciudad describió el efecto años después: «La casa en la que nací había sido destruida violentamente [...] pero puedo entrar en la habitación que tenía de pequeño, mirar por exactamente la misma ventana y ver exactamente la misma casa al otro lado del patio. Hay incluso un aplique que tiene una vuelta curiosa, colgado en el mismo lugar^[59]».

Finalmente se hizo popular, y durante un tiempo el casco antiguo se convirtió en un reclamo publicitario para el régimen. Cada nueva sección se inauguraba con una fanfarria —el corte de las cintas, los brindis—, a menudo un 22 de julio, el aniversario de la creación del Partido Obrero Unificado Polaco, o en la fecha de otra festividad comunista. Las fotografías del casco antiguo reconstruido tomadas en la década de 1950 muestran a gente paseando y observando «el milagro de la reconstrucción». La que había sido una parte de la ciudad oscura, pintoresca y deteriorada se convirtió en iluminada, abierta y llena de turistas.

En términos de planificación urbanística, la combinación del casco antiguo reconstruido y el Palacio de la Cultura nunca resultó satisfactoria, sobre todo cuando se construyeron edificios de viviendas baratas y prefabricadas entre ambos durante las décadas siguientes. Pero al final, el plan de la reconstrucción de Varsovia resultó un fracaso, no por sus errores estéticos, sino por la economía estalinista. Sorprendentemente, los planes originales se habían trazado sin tener en cuenta los costes. Como los edificios compactos y elaborados eran caros de construir, el dinero se agotó antes de que las fachadas estuvieran terminadas y de que pudieran construirse las fuentes y las esculturas públicas. Las enormes salas del Palacio de la Cultura suponían un derroche de calefacción, electricidad y espacio; nadie había contemplado la eficiencia energética, y el alto coste de mantenimiento hizo que el interior del edificio pronto empezara a tener un aspecto vulgar. La reconstrucción del casco antiguo tampoco tuvo en cuenta la eficiencia económica, pues nadie se planteó la grave escasez de viviendas que sufría Varsovia. A principios de la década de 1950, muchos jóvenes vivían todavía en viejas residencias estudiantiles de madera, y no querían esperar a que los elaborados edificios estuvieran terminados. Al cabo de unos años, el entusiasmo por los proyectos estalinistas y la reconstrucción histórica se había desvanecido. Los arquitectos de la ciudad reconocían entre ellos que la oficina no había conseguido la más mínima coherencia. En 1953, Sigalin dijo a un grupo de ellos que «la forma aún iba por detrás del contenido». En realidad, no había conseguido un gran avance desde el punto de vista

intelectual.

Sobre la misma época, la Oficina para la Supervisión de la Producción Estética de Telakowska también se vio perjudicada por la economía socialista. Pese a la atención que se les había dedicado —y, en algunos casos, pese a su alta calidad y originalidad—, los cientos de muestras y de diseños de vanguardia producidos por Telakowska y sus colegas no llegaron a convertirse en elegantes productos de consumo. En realidad, las fábricas polacas no tenían ningún aliciente para producir elegantes productos de consumo: como había escasez de todo, cualquier cosa salida de una fábrica encontraría un comprador. Y como los precios estaban controlados, las compañías no podían cobrar más por un bonito jarrón diseñado por un equipo de artistas famosos que por un jarrón feo y de mala calidad, y tampoco podían pagar más a sus diseñadores. Teniendo en cuenta que los directores de las fábricas eran empleados del gobierno que cobraban sueldos del gobierno, no veían necesidad de realizar ningún esfuerzo especial^[60].

«El diseño para los trabajadores» no resultó de interés para los burócratas del gobierno y los responsables de las fábricas, de titularidad estatal. Un crítico de arte explicó con diplomacia que «la dirección del Ministerio de Industria entendía perfectamente la necesidad de hacer el arte accesible a la gente, pero en términos de los puestos de trabajo individuales aún no era popular». También había una explicación marxista: «En la democracia popular, la anarquía en el área de la producción ha sido reemplazada por la planificación soviética. Sin embargo, en el terreno de la producción estética de artículos de uso diario, la anarquía, heredada de la época de la economía capitalista, aún permanece^[61]».

Comparada con la de Europa occidental, la producción de consumo —como la de Alemania del Este, Hungría, Checoslovaquia y Rumanía— siguió siendo de muy baja calidad. Las exportaciones de cristal y cerámica, históricamente una fuente primordial de ingresos (como ahora vuelven a serlo), se mantuvieron bajas. Los burócratas responsables de elegir qué productos se exportaban no tenían necesariamente el gusto ni el instinto para reconocer un buen diseño^[62]. La producción para las masas se volvió más fea de lo que lo había sido jamás, sobre todo porque la gran mayoría de los productos de consumo eran producidos en cadena a bajo coste y con la mayor rapidez posible.

La Oficina para la Supervisión de la Producción Estética tampoco logró preservar la cultura tradicional. La producción de arte tradicional quedó

rápidamente en manos de otra compañía estatal, Cepelia, que con el tiempo destacó por la producción de repetitivos souvenirs de madera. Cepelia tuvo sus defensores, entre ellos Jackowski, el destacado especialista polaco en arte tradicional, quien opina que Cepelia ayudó a los campesinos a subsistir durante un período económico particularmente difícil. La «violenta urbanización del campo» habría destruido la cultura tradicional de todos modos, argumenta, y además, la demanda de productos kitsch llegaba de las ciudades, de los trabajadores que los adquirirían con entusiasmo^[63].

Más adelante, Telakowska fundó el Instituto de Diseño Industrial, que dirigió durante varios años hasta su dimisión en 1968. Su influencia no perduró. Una generación posterior de artistas polacos la despreciaron calificándola de estalinista y se olvidaron de ella. Telakowska había demostrado que era posible trabajar conjuntamente con el Estado comunista, aunque no se fuera comunista, pero no había demostrado que esa colaboración pudiera resultar exitosa.

Cuando Vsévolod Pudovkin realizó sus dos visitas a Budapest en 1950 y 1951, sus días como cineasta soviético revolucionario habían terminado hacía tiempo. Junto con Serguéi Eisenstein, Pudovkin había sido uno de los fundadores del cine experimental soviético. Es famosa su declaración de que el cine era una nueva forma de arte y debería ser tratado como tal: las películas no debían reflejar la vida cotidiana ni copiar la narración lineal de la novela tradicional. Se había opuesto tanto al realismo estricto que en un principio desaprobó la utilización de sonido, argumentando que haría que las películas se parecieran demasiado a las obras teatrales. Su película más famosa, *La madre* —basada en la novela de Gorki—, fue una obra de cine mudo en la que hizo un uso libre de la por entonces nueva técnica del montaje. Pudovkin fue uno de los primeros directores en yuxtaponer escenas distintas y puntos de vista distintos a fin de agudizar las reacciones emocionales en su público^[64].

Desafortunadamente para Pudovkin —y para Eisenstein y el resto de la vanguardia soviética—, Stalin fue un entusiasta cinéfilo que admiraba la narración lineal. A medida que el poder de Stalin aumentó, la popularidad de Pudovkin disminuyó. Al principio, sus primeras obras no lograron contentar al líder. Después no lograron contentar a los críticos soviéticos. Más adelante, no lograron contentar a los burócratas de la cultura, quienes evitaron que Pudovkin realizara ninguna otra. Finalmente abandonó sus teorías, renunció al montaje experimental y empezó a realizar películas «realistas» en las que el

comunismo triunfaba, de un modo u otro, sobre sus enemigos^[65]. Fue en ese momento tardío de su ya nada ilustre carrera cuando Pudovkin fue enviado a Budapest.

En principio, a Pudovkin debería haberle resultado extremadamente difícil enseñar algo a los directores húngaros. Antes de la guerra, la industria cinematográfica húngara había sido la tercera mayor de Europa y una de las más sofisticadas del mundo. En cuanto a tecnología y a la experiencia de sus directores, estaba muy por delante de la Unión Soviética. La distribución de películas también era muy sofisticada. Antes de la guerra, una red de quinientas salas de cine había funcionado por todo el país, y al menos la mitad de ellas no habían sido destruidas y seguían en plena actividad en 1945, muchas más que en Polonia o Alemania. Aunque en la década de 1930 la legislación antisemítica había dividido la industria (y provocado el éxodo de un grupo de judíos húngaros sumamente talentosos a Hollywood), gran parte del equipo permaneció allí. En Polonia, en cambio, la industria cinematográfica de posguerra fue relanzada con cámaras «capturadas» en Alemania y requisadas como botín de guerra.

La industria cinematográfica húngara de posguerra tampoco había arrancado con la intención de propagar el comunismo. En el verano que siguió a la liberación de Budapest, Hunnia, el estudio húngaro más importante, solicitó con éxito a las fuerzas de ocupación soviéticas un permiso para iniciar su funcionamiento como compañía estatal. La nueva junta directiva de Hunnia, cuidadosamente equilibrada, incluía a tres miembros del partido comunista, a dos socialdemócratas, a funcionarios de tres ministerios gubernamentales y a algunos no comunistas. Algunas compañías de producción cinematográfica privadas abrieron sus puertas con optimismo aproximadamente en la misma época. Los cuatro partidos principales fundaron compañías de producción cinematográfica y, teóricamente, se dividieron las salas de cine entre ellos. En eso, como en muchas otras cosas, el partido comunista tuvo más privilegios que otros: junto con los socialdemócratas, los comunistas controlaron la mayoría de las salas de cine, así como la mayor parte de la financiación.

Pese a ese inicio relativamente optimista, la inflación evitó que se progresara demasiado —en 1945 se realizaron solo tres películas y ninguna en 1946—, y a principios de 1947 la política empezó también a intervenir. En el verano de ese año, István Szóts, un joven director talentoso —había ganado el premio principal en el Festival de Cine de Venecia en 1942—, empezó a

trabajar en una película en colaboración con una compañía de producción privada. La película, *La canción del campo de trigo* (*Ének a búzamezőkről*), se basó en una novela antigua sobre el trágico impacto de la Primera Guerra Mundial en una familia de campesinos húngaros, e incluía una relación amorosa entre una muchacha húngara y un prisionero de guerra ruso. A decir de todos, Szóts la adaptó con gran éxito. Sin embargo, pese a la relación amorosa húngaro-rusa que creyó que lo protegería, Szóts tuvo problemas con los censores. No les gustaron las escenas religiosas, que eran demasiado intensas para su gusto. No les gustó el mensaje pacifista, que ya no era políticamente correcto. Tampoco les gustó que los campesinos húngaros de la película estuvieran tan estrechamente unidos a su tierra: eso era un mal augurio para un régimen que estaba planeando más reformas agrarias y finalmente la colectivización. Szóts se quedó sorprendido, pero introdujo algunos cambios, declaró la película terminada y, al menos al principio, recibió elogios fervorosos por parte de quienes habían asistido a las proyecciones previas.

Pero los elogios no duraron, como Szóts recordó más adelante:

La fecha y el lugar del estreno se fijaron cuando los críticos empezaron a atacar la película diciendo que era reaccionaria, religiosa, en incluso que apoyaba a Mindszenty. [...] Diez días antes de la noche del estreno, la película fue prohibida sin ninguna justificación. [...] Finalmente, la película se mostró en la sede del partido, aunque no hasta el final porque Rákosi, después de ver las primeras escenas en las que aparecía gente rezando y cantando por los hijos queridos que estaban en tierras lejanas, se levantó y se marchó, lo que fue un gesto muy significativo. [...] El caso estaba cerrado; la película fue prohibida^[66].

La canción del campo de trigo nunca se proyectó en salas de cine. Como, a partir de ese momento, tampoco lo hizo ninguna otra película de producción privada. En 1948, la industria estaba totalmente nacionalizada, la junta directiva cuidadosamente equilibrada de Hunnia se disolvió y se abandonó toda apariencia de libertad artística. Siguiendo el ejemplo de Stalin, József Révai, ahora ministro de Cultura, empezó a controlar todos los aspectos de la producción cinematográfica, desde la planificación al rodaje. Como no quería dejar nada en manos del azar, enseguida recurrió a los camaradas soviéticos en busca de asesoramiento estético. Invitó al viceministro de Cine soviético a que visitara Budapest, quien declaró que «lo primero que puedo aconsejar a los cineastas húngaros es que deben estudiar a fondo la cinematografía soviética [...] el gran arte solo puede realizarse si incorporan su estética bolchevique húngara particular a lo que aprendan de nosotros^[67]». De inmediato se envió una invitación a Pudovkin para que fuera a Budapest. Al igual que las escuelas, los lugares de trabajo y el espacio público, las salas de

cine se convertirían en lugares para la educación ideológica, y el director soviético podría enseñar a los húngaros cómo hacerlo.

En informes posteriores, el Pudovkin que llegó a Budapest en 1950 es descrito con frecuencia como un «hombre roto». En su caso, el tópico parece cierto. Su instinto de experimentalismo había sido aplastado hacía mucho tiempo. Acababa de recibir el Premio Stalin por *Zhukovski*, una aburrida película hagiográfica sobre el fundador de la industria aeronáutica soviética. Sin duda, pudo enseñar a los húngaros la psicología de la sumisión, pero poco más. Las descripciones del propio Pudovkin sobre su experiencia en Hungría son decepcionantemente rígidas y no demasiado reveladoras. Si se quedó impresionado por la arquitectura o la cultura material de Budapest, que incluso después de la guerra era mucho más rica que la de Moscú, nunca lo manifestó. Si admiró algo de la industria cinematográfica húngara de preguerra, tampoco lo dijo.

Algo inusual en un director de cine, la memoria popular no recuerda a Pudovkin coqueteando con jóvenes húngaras ni bebiendo en los bares después del trabajo. En un breve libro que publicó en húngaro en 1952 expuso la importancia de la teoría: «Para entender la vida es necesario conocer el marxismo-leninismo [...] sin educación política es imposible realizar una película». También escribió sobre la necesidad de lo que Hollywood llamaría «finales felices»: «La obra tiene que mostrar la lucha y la victoria [...] de la gente que ha tomado el camino del socialismo». Resaltó la importancia de modelos de conducta positivos: «La creación de un personaje positivo es una de las tareas más difíciles y hermosas que un artista socialista puede acometer». Criticó las películas occidentales por ser «pesimistas» y elogió el «optimismo orgánico» de las producciones soviéticas^[68]. El director concedió extensas entrevistas a la prensa, una de las cuales Szóts, ahora un paria ideológico, leyó horrorizado. En esencia, Pudovkin argumentó que una película histórica tenía que ser precisa desde el punto de vista ideológico, y no en cuanto a los hechos:

Lo importante, dijo, era que una película desarrollara los acontecimientos tal como los determinara el razonamiento ideológico. Todo lo que no se ajustara a eso, caía en lo que se consideraba un falso «naturalismo», algo diferente a la realidad ideológica e histórica necesaria para esa clase de películas. [...] No importó lo mucho que hubiera respetado a Pudovkin en el pasado [...] después de esos comentarios que leí en la prensa me alegré de que no nos hubieran presentado^[69].

Sin embargo, el impacto de Pudovkin se extendió más allá de declaraciones anodinas. En la industria cinematográfica húngara, como en la

polaca, en el pasado los proyectos los habían encabezado directores que concebían, diseñaban y organizaban la producción de una nueva película. En la Unión Soviética, el papel principal lo desempeñaban guionistas que discutían con los censores todos los aspectos de las películas, los temas, además de los diálogos, incluso antes de empezar a escribirlos. Curiosamente, o tal vez trágicamente, Pudovkin —un director que había sido uno de los primeros maestros de las imágenes visuales sin sonido— importó ese sistema a Hungría, creando así un sistema de estudios húngaros dominados por obedientes guionistas y burócratas de la cultura. No había forma de evitar su asesoramiento o su influencia: a partir de 1948, cualquiera que quisiera trabajar como director tenía que graduarse en la Academia Húngara de Teatro y Cine. Hasta 1959, podían ofrecer servicios a un único estudio, Hunnia, que más tarde se llamó Mafilm. Durante ese período, todos los guiones tenían que pasar por varios estadios de aprobación ministerial, al igual que todas las películas terminadas.

Mientras estuvo en Budapest, Pudovkin participó en numerosas discusiones de guiones en el Ministerio de Cultura. La mayoría de sus contribuciones se centraron en los temas políticos y sociales de las obras, en lugar de en los aspectos visuales o técnicos. Reprendió a los guionistas de una película sobre unos campesinos que se adherían a un movimiento cooperativo por centrarse más en las ventajas morales de la cooperativa que en las prácticas o materiales: «Es una deficiencia grave». Propuso la creación de nuevos personajes y de giros en la trama que mostraran las ventajas de la cooperativa. Sugirió que podría aparecer un niño, por ejemplo, que se sintiera desconsolado por la negativa de su padre a unirse a la cooperativa y que temiera que su futuro pudiera verse comprometido de resultas de esa decisión^[70]. En otra ocasión, Pudovkin criticó una película porque un trabajador moría en la escena final, conclusión que le pareció que no era lo bastante optimista. En ambos casos, sus críticas fueron aceptadas sin discusión. El relato por escrito de una de esas reuniones termina con una frase: «Aceptamos las propuestas del camarada Pudovkin y corregiremos la película tal como se sugiere^[71]».

Pudovkin también trabajó directamente en varias películas húngaras. Una de ellas fue *El matrimonio de Katalin* (*Kis Katalin Házassága*), una historia sobre dos trabajadores de fábrica, Katalin y Jóska, cuya relación empieza a tambalearse cuando Katalin pierde el interés en su trabajo y sus estudios y se queda en casa deprimida. En lugar de ayudarla, Jóska se concentra en su

trabajo. Katalin se traslada a casa de su madre, pero al final es «salvada» por Barna, el secretario del partido en la fábrica, quien le enseña cómo puede convertirse en una «trabajadora de choque», una buena estudiante e incluso en una miembro del partido. Finalmente, Jóska se da cuenta de que es él quien debe aprender de ella. Como el guionista explicó en la época, «la película muestra cómo ambos retoman el buen camino gracias al partido, y también muestra que es posible que un miembro de la pareja trabaje en una tienda de fábrica y el otro en una oficina^[72]». Siguiendo el principio de que las «mejores» películas del realismo socialista contenían múltiples lecciones, la película también incorporaba un episodio en el que aparecía un saboteador. Así pues, de *El matrimonio de Katalin* los espectadores debían aprender el papel destacado del partido, el sentido de las competencias en el trabajo, la necesidad de combatir la reacción, el valor de las diferentes clases de trabajo y la importancia del matrimonio. También debían ver algunas escenas rodadas en exteriores, fuera del estudio. Como Pudovkin dijo: «La película tiene que mostrar la verdad de la vida^[73]».

Todo cineasta húngaro que quisiera dirigir o escribir una película tenía que ajustarse a esos parámetros. La otra opción era abandonar la profesión o pasar hambre. Tras la desastrosa cancelación de *La canción del campo de trigo*, a Szóts lo invitaron a convertirse en director estatal:

No aproveché esa oportunidad porque sabía que nunca rodaría una película, un guión que estuviera lleno de mentiras, de propaganda evidente y de política. [...] Así que intenté sobrevivir [...] lo que no fue fácil, puesto que no tenía ingresos. Vendí mi apartamento. [...] También empecé a vender todo lo que tenía, la cámara, las lentes, y me di cuenta de que podía vivir de ese comercio, aunque no estuviera demasiado bien visto por las autoridades, porque lo consideraban estraperlo, ya que no tenía ningún documento para esas actividades. Al cabo de un tiempo tenía miedo de estar sentado en una cafetería, tenía miedo porque si me pedían los documentos tendría que decir que no tenía trabajo y terminaría en un campo de detenidos^[74].

Y así, en 1951 se estrenó *Un extraño matrimonio (Különös házasság)*, la historia de un hombre obligado a casarse con una joven a la que un sacerdote había dejado embarazada; un clásico en Hungría, que encajaba a la perfección con la campaña del partido en contra del «clero reaccionario». Ese mismo año, Mafilm estrenó *Colonia subterránea (Gyarmat a föld alatt)*, una película sobre el sabotaje por parte de Estados Unidos de refinerías de petróleo húngaras. El héroe es el miembro de la policía secreta que descubre el sabotaje, y la película termina bien, con la nacionalización de la industria petrolera húngara. Sobre la misma época, los alemanes del Este también estaban explorando temas anticapitalistas y contra Estados Unidos, particularmente en *El consejo de los dioses (Der Rat der Götter)*, cuyo

argumento giraba en torno a la connivencia de las empresas de productos químicos estadounidenses con I. G. Farben, la empresa de productos químicos nazi que produjo el gas Zyklon-B utilizado para el exterminio en masa, y por ende entre los dirigentes estadounidenses y los nazis.

Aun así, los severos sistemas de control sobre la producción cinematográfica que Pudovkin aplicó en Budapest, las autoridades soviéticas en Berlín y, brevemente, los comunistas en Varsovia, no duraron mucho tiempo. Al principio, los directores y los guionistas accedieron a realizar películas socialistas realistas porque no había otra opción. Sin embargo, en cuanto les fue posible, empezaron a buscar formas de eludir las normas. En años posteriores, los directores de películas de Europa del Este convertirían la «broma» no verbal —el comentario político visual, no pronunciado, comprensible para el público, pero invisible para los censores que leían los guiones— en algo parecido a una forma de expresión artística en sí misma. Andrzej Wajda, uno de los fundadores del cine polaco de posguerra, observa sobre los cineastas de Polonia:

Sabíamos desde el principio que no podíamos hacer nada con los diálogos [...] los censores tenían los ojos puestos en nuestras palabras, lo que es comprensible porque la ideología se expresa mediante palabras. [...] Pero aunque sabíamos que no teníamos opción de expresarnos con palabras, las imágenes eran algo totalmente distinto. Una imagen puede ser ambigua. El público podía entender el mensaje de una imagen, pero los censores no tenían ninguna base sobre la que actuar^[75].

La película de Wajda *Cenizas y diamantes* (*Popiół i diament*) contiene, por ejemplo, una escena en la que dos personajes están sentados en un bar y prenden fuego a unos vasos de vodka, pronunciando un nombre cada vez. Nadie dice que representen velas en memoria de los amigos que murieron en el Alzamiento de Varsovia, un acontecimiento que por entonces era tabú, pero el público entendió de inmediato lo que estaba sucediendo. Con el tiempo, el cine húngaro desarrollaría metáforas igualmente elaboradas, tal vez la más famosa de las cuales fuera la que aparece en *Mefisto*, la versión moderna de *Fausto* realizada por István Szabó. Ambientada en la Alemania nazi, *Mefisto* narra la historia de un actor que acepta colaborar con el nacionalsocialismo para progresar en su carrera. El público se dio cuenta de que era también una historia del reciente pasado comunista: algunos actores de la Hungría estalinista habían colaborado para progresar en sus carreras.

Insinuaciones y alusiones podían encontrarse también en obras, tanto contemporáneas como clásicas, y los directores no dudaban en utilizarlas. En la Polonia comunista, incluso Shakespeare se convirtió en una fuente de

comentarios políticos. La frase «Dinamarca es una cárcel» podía entenderse como una alusión a la ocupación soviética de Polonia. «Algo huele a podrido en Dinamarca» tenía la misma fuerza. También la división del reino del rey Lear podía interpretarse como una metáfora de la división de la Polonia de posguerra y la pérdida de los territorios orientales^[76].

Aunque pueda resultar extraño, el realismo auténtico —la espontaneidad, los diálogos verosímiles y las escenas que el público podía reconocer de su propia vida— también era una herramienta que podía utilizarse contra el realismo socialista importado de la URSS. Esa técnica dio sus frutos en una película húngara que llevaba el poco halagüeño título de *Grandes almacenes estatales* (*Állami Áruház*). Aunque no había nada radical en el argumento ni en la ambientación —unos grandes almacenes, de hecho—, la película incluía escenas encantadoras junto al Danubio, en las que varias personas entran y salen del agua, se salpican las unas a las otras y, en general, se mueven de manera desorganizada, como en la vida real y no en un desfile del Primero de Mayo cuidadosamente estructurado. En otra escena, los clientes abarrotan unos grandes almacenes cuando oyen que ha llegado una remesa de artículos —una escena familiar para los espectadores de la época—, aunque por fortuna los numerosos artículos llegan a tiempo para saciar sus necesidades. El público debió de darse cuenta de que era ridículo: en la vida real no habrían llegado multitud de artículos, de modo que esa escena se convirtió en una especie de broma privada.

La primera película de Wajda, *Generación* (*Pokolenie*), estrenada en 1955, también utilizó esa clase de «realismo». Aunque contenía varias escenas que podrían haberse diseñado para complacer a los burócratas comunistas, también incluía varias otras que parecían espontáneas, como en realidad lo eran. Algunos de los jóvenes actores, entre ellos un Roman Polanski adolescente, habían formado parte de la resistencia siendo niños y recordaban bien la ocupación. Cuando correteaban por las escaleras y se escondían de la Gestapo en callejones, se estaban interpretando a sí mismos y comportándose como recordaban haberlo hecho durante la ocupación. El público también lo entendió así^[77].

Con el tiempo, las películas más obviamente estalinistas se convirtieron en un motivo de vergüenza para sus directores, algunos de los cuales las criticaron o renegaron de ellas tras la muerte de Stalin en 1953. Lo mismo sucedió con los cuadros, las esculturas, la poesía, la ficción y la arquitectura más burdos de la fase final del estalinismo. Wisława Szymborska, una

distinguida poetisa polaca ganadora del Premio Nobel, apenas hablaba de su poesía estalinista y no la incluyó en recopilatorios posteriores de su obra. Los propios títulos resultaban embarazosos: «Lenin», «Celebrar la construcción de una ciudad socialista», «Los jóvenes construyen Nowa Huta», «Nuestro trabajador habla de los imperialistas». Su elegía por Stalin —«Ese día» («Ten Dzien») — incluye los siguientes versos inmortales: «Esto es el partido, la visión de la humanidad / Esto es el partido, el poder de la gente y la conciencia / Nada de su vida será olvidado / Su partido alejará la melancolía». Szymborska siguió escribiendo hermosos y enigmáticos poemas sobre muchos otros temas, y en años posteriores siempre evitó hablar de esa difícil época^[78].

Sin embargo, incluso después de que hubiera pasado, el momento de la fase final del estalinismo dejó su huella en la cultura de la región. Los pintores de Alemania del Este siguieron discutiendo sobre la definición de «realismo» durante décadas. Ágnes Heller, una de las filósofas más distinguidas de Hungría, continuó centrándose en el problema del totalitarismo durante la mayor parte de su vida. Milan Kundera, el escritor checo exiliado, escribió historias sobre censura, secretos y colaboración. La novela más conocida de la escritora de Alemania del Este Christa Wolf, *Noticias sobre Christa T.*, es la historia de la lucha de una mujer contra la presión de ser conformista^[79]. Wajda siguió volviendo a los temas del totalitarismo y la resistencia toda su vida, ya fuera durante la Revolución francesa o la Segunda Guerra Mundial. Por multitud de razones —históricas, políticas y psicológicas—, algunos artistas de Europa del Este accedieron a convertirse en «realistas socialistas» entre 1949 y 1953. Pero muchos de ellos, sus contemporáneos y sus sucesores pasaron el resto de sus vidas intentando entender por qué, y cómo, había sido posible.

Las ciudades ideales

¡Oh, mi planta siderúrgica! Madre de las innumerables masas
Que trabajan juntas por tu gloria
Fortaleces mi corazón
Crecí en tu suelo...

De «A mi planta siderúrgica»,
URSZULA CISZEK-FRANKIEWICZ^[1]

Buscaba la ciudad. Iba cruzando el pueblo y terminé en un gran charco. [...] Los trabajadores miraron con cierta compasión a un hombre con un maletín —entonces algunos se acercaron a darme instrucciones— cuyo coche se había quedado atascado en el barro. Las circunstancias eran caóticas. La gente llegaba en manadas, sin conocerse los unos a los otros.

JÓSZEF BONDOR, funcionario del partido, recordando su
llegada a Sztálinváros^[2]

Como tantas fotografías de la época, las imágenes cuidadosamente preparadas pretendían educar. A la izquierda, una joven con el pelo recogido con un pañuelo campesino aparece de pie, con las manos a la espalda, escuchando atentamente. Lleva una camisa de cuadros y un mono. A la derecha, otra mujer, con un pie colocado firmemente sobre un escalón, señala algo en segundo plano. Viste de manera más formal, con falda y blusa, y lleva lápiz y papel. Ambas forman parte de una brigada de construcción integrada únicamente por mujeres, y están trabajando en la nueva planta siderúrgica de la nueva ciudad de Sztálinváros, «ciudad de Stalin». La mujer de la derecha, con el lápiz, es Zsófia Tevan, ingeniera y arquitecta. La mujer de la izquierda, con la camisa de cuadros, es Júlia Kollár, obrera de la construcción.

Kollár había llegado a Sztálinváros en 1951. Hija de campesinos, terminó la escuela a los trece años, justo después de la guerra, y después empezó a trabajar de inmediato —«en una época en la que aceptábamos cualquier trabajo que se nos ofrecía»—, y terminó en una obra de la ciudad de Mohács, cerca de la frontera con Yugoslavia en el sur de Hungría, donde había empezado la construcción de una importante planta siderúrgica. En el verano de 1949, en Mohács se organizaron cursos para los obreros sin formación como Kollár. Aprendió a preparar argamasa y a colocar ladrillos. También se

afilió al movimiento de juventudes comunistas, por entonces conocido como la Unión de la Juventud Trabajadora (Dolgozó Ifjúság Szövetsége, o DISZ). Sin embargo, al cabo de pocos meses el trabajo en Mohács se interrumpió de manera repentina. Las autoridades anunciaron que la obra se trasladaría a la ciudad de Dunapentele, en la ribera del Danubio, en el centro de Hungría. A todos los trabajadores y supervisores se les dio la oportunidad de trasladarse también allí.

Kollár aceptó, recibió cinco meses más de formación en el Ministerio de Construcción de Budapest y llegó a la nueva obra en la primavera de 1951. Al principio se quedó sorprendida por las condiciones. En Mohács había vivido con su madre y sus hermanos, pero en Dunapentele los jóvenes obreros dormían en tiendas de campaña y en dormitorios improvisados: «Había cinco o seis personas en cada habitación individual, la gente dormía en literas». Estuvo a punto de rendirse y regresar a su casa, pero Tevan, su supervisora, la convenció para que se quedara.

Tevan tenía su propio apartamento, lo que era un hecho bastante excepcional: «Había una residencia para los ingenieros, pero como todos eran hombres, conseguí una habitación individual en un edificio a medio construir. Las paredes no estaban enlucidas y la habitación era tan húmeda que tenía que dormir vestida, y a la mañana siguiente me despertaba con la ropa empapada». Sin embargo, el apartamento tenía agua corriente y una pequeña cocina, y vivía sola. Aunque en ese momento no se lo dijo a Kollár, su prometido estaba en la cárcel tras haber sido detenido junto a decenas de personas tras el juicio de Rajk. Invitó a Kollár a quedarse con ella, y las dos vivieron juntas hasta que Kollár se casó al año siguiente.

Para Kollár, con la perspectiva del tiempo, ese período que siguió le pareció muy feliz. Cuando la conocí en el año 2009, recordó sus primeros años en la obra de la planta siderúrgica con una inmensa nostalgia. Desde el principio había formado parte de la primera brigada femenina de construcción, junto con Tevan, lo que supuso para ella un grandísimo honor. Fundada el 8 de marzo —el Día Internacional de la Mujer según el calendario soviético— con gran pompa y solemnidad, la brigada tuvo un éxito dispar. Aunque la colocación de azulejos y baldosas era un trabajo aceptable para las mujeres, Tevan recordó que «verter cemento no lo era, sobre todo porque no disponíamos del equipo adecuado [...] desde el punto de vista físico era muy complicado, aunque las mujeres mostraban mucho entusiasmo». Como los medios observaban atentamente la labor de la brigada, no podían permitirse

ningún fallo: cuando tenían problemas para cumplir con el plazo previsto, una brigada de hombres las ayudaba a escondidas a terminar sus tareas rápidamente.

Aunque su brigada trabajaba desde primera hora de la mañana hasta última de la tarde, Kollár también era un miembro muy activo de la Unión de la Juventud Trabajadora. En sus propias palabras, «realizaba trabajo voluntario, desarrollaba campañas sociales, compraba bonos de paz». Kollár se convirtió en la mentora de las chicas nuevas que llegaban a la obra, asistió a bailes y ayudó a organizar obras y conciertos: «Era una comunidad, y la gente necesita a la comunidad. Somos seres sociales, nos necesitamos los unos a los otros». Cuando se enteró de que la Unión de la Juventud Trabajadora tenía previsto enviar a una delegación al festival internacional de la juventud de Berlín, fue a ver a Elek Horváth, jefe del cuadro de jóvenes de la fábrica, que dirigía el comité de selección. Se encontraron en una escalera —a ella le pareció asombrosamente atractivo— y le pidió que la eligiera.

Sin embargo, no la eligió. Más adelante le dijo que no quería que fuera a Berlín porque «podría conocer a alguien allí». Horváth se había enamorado en ese mismo instante, y meses después se casaron. La ceremonia civil, que se celebró en la novísima oficina del registro civil, fue sencilla —«sin vestidos especiales»— y Tevan fue testigo en su boda. La novia estuvo a punto de llegar tarde, pues había pasado la mañana limpiando el apartamento de una habitación que les habían entregado el día anterior. No se hicieron fotografías, puesto que no había fotógrafos. Después fueron a un restaurante. Al lunes siguiente, todos volvieron al trabajo^[3].

En el momento de su construcción, la gran planta siderúrgica que marcó los primeros años de vida y de carrera de Kollár, Tevan y Horváth constituyó la mayor y más ambiciosa inversión industrial en Hungría. Todo lo relacionado con el proyecto estuvo sumamente politizado, y determinado por los consejos y las preocupaciones soviéticas desde su inicio. El diseño se seleccionó en una reunión entre dirigentes húngaros y sus homólogos soviéticos en Moscú, en 1949. Su emplazamiento original se eligió también de manera conjunta —habían elegido Mohács por su cercanía a los medios de transporte y por la calidad de su suelo—, pero después de la pelea soviética con Yugoslavia se determinó que se encontraba demasiado cerca de la frontera. Como Mátyás Rákosi comunicó al Politburó húngaro en diciembre de 1949, el nuevo emplazamiento en Dunapentele, junto al Danubio, resultaba menos ventajoso en algunos sentidos, y el suelo arenoso complicaría su construcción. Sin

embargo, estaba más cerca de Budapest, y más lejos de Tito.

Una vez elegido el lugar, el proyecto avanzó con la rapidez del estilo soviético. La construcción empezó antes incluso de que se terminara la planificación. Durante los primeros meses no había tiempo para construir alojamiento, así que los obreros como Kollár vivían en tiendas y barracas primitivas, y no había tiempo de enlucir las paredes de los apartamentos nuevos. Los trabajadores de las granjas cercanas se ofrecieron como «ayuda dominical» para que la construcción pudiera continuar durante los fines de semana. Al anochecer, seguían trabajando bajo potentes focos. En verano, grupos de jóvenes llegaban de todo el país para ayudar^[4].

Sztálinváros fue un caso único en Hungría, aunque no en el bloque soviético. Fue una de las varias «ciudades socialistas», todas ellas fundadas alrededor de inmensas plantas siderúrgicas, que de manera colectiva representaban el intento más integral por parte de Europa del Este de impulsar la creación de una civilización realmente totalitaria. Las plantas siderúrgicas tendrían que acelerar la industrialización y, así, la producción de armamento. Las enormes obras estaban pensadas para atraer a los campesinos a las fábricas y ampliar así la clase obrera. Con los nuevos complejos industriales, contruidos de nueva planta, pretendían demostrar con firmeza que sin el obstáculo de las relaciones económicas preexistentes, la planificación central podía producir un crecimiento económico mayor que el capitalismo.

La arquitectura y el diseño de las nuevas ciudades también estaban pensados para facilitar el desarrollo de una nueva clase de sociedad, una que propiciara la expansión del *Homo sovieticus*. En esas comunidades nuevas, las organizaciones e instituciones tradicionales no ejercerían ninguna influencia, las antiguas costumbres no entorpecerían el progreso, y las organizaciones comunistas ejercerían una influencia enorme sobre los jóvenes, porque serían las únicas. La ciudad socialista, como explica un historiador alemán, tenía que ser un lugar «libre de cargas históricas, donde surgiría un nuevo ser humano, la ciudad y la fábrica serían el laboratorio de la sociedad, cultura y forma de vida futuras^[5]».

Las nuevas fábricas y las nuevas ciudades estuvieron determinadas por imperativos comunistas desde el principio. Sztálinváros fue alejada de la frontera yugoslava por motivos de seguridad, pero la nueva ciudad siderúrgica polaca de Nowa Huta se emplazó deliberadamente al lado de Cracovia, con su antigua tradición aristocrática, histórica e intelectual, por razones ideológicas. «Querían cambiar el carácter de Cracovia —explicó Stanisław Juchnowicz,

uno de los primeros arquitectos de Nowa Huta—. Querían crear una clase obrera que cambiara la ciudad^[6].»

Ya en ese momento resultó controvertido: muchas instituciones de Cracovia se quejaron de la decisión de construir una enorme planta siderúrgica justo al lado de una ciudad antigua con una universidad medieval, pero fue en vano. Según un informe de la época, los ingenieros soviéticos que ayudaron a elegir el emplazamiento «mostraron su sorpresa al descubrir que la propuesta de construir una planta siderúrgica al lado de Cracovia generaba desconfianza y oposición entre los representantes de la sociedad, en lugar de entusiasmo». Creyeron que las autoridades municipales debían de ser una panda de vagos que «temían el trabajo duro» que el proyecto implicaría. Las protestas fueron pasadas por alto y la decisión siguió su curso^[7]. En la década de 1970, la grave contaminación atmosférica había ennegrecido todos los edificios medievales de Cracovia. Juchnowicz, más adelante el fundador de la sociedad ecologista de la ciudad, explicó que «en ese momento estábamos muy poco concienciados sobre ese problema^[8]».

El emplazamiento de la principal ciudad siderúrgica de Alemania del Este, Eisenhüttenstadt —que en 1953 pasó a llamarse Stalinstadt—, tuvo una motivación igualmente política. Un nuevo complejo siderúrgico era especialmente necesario en Alemania del Este, porque casi toda la industria del carbón y del acero anterior a la guerra se encontraba en la mitad occidental del país. Se consideraron varios emplazamientos, entre ellos uno en el Báltico, para facilitar la importación de mineral de hierro desde Suecia. Ulbricht frustró ese plan, probablemente tras una conversación con Stalin, que no quería que «su» Alemania dependiera demasiado de Occidente. Finalmente, en una reunión con los expertos industriales a los que se había encargado la planificación, Ulbricht zanjó la cuestión del emplazamiento de la nueva planta con un gesto elegante. Sacó un compás y lo colocó sobre un mapa de Alemania extendido sobre la mesa. «Miren aquí», dijo, y trazó un semicírculo desde las bases estadounidenses en Baviera. A continuación abrió el compás y señaló un emplazamiento: «Eso son unos siete minutos de sirena de aviso de ataque aéreo». A continuación abrió el compás hasta la ciudad de Fürstenberg, en la frontera oriental de la RDA, y dijo: «Eso son unos quince minutos de sirena de aviso de ataque aéreo». Uno de los presentes comentó que ese razonamiento no podía hacerse público. «Por supuesto que no», respondió Ulbricht; la nueva planta siderúrgica se construiría en el este para aprovechar el mineral de hierro procedente de Ucrania y el carbón de Polonia.

«Así que será una obra de amistad, y así es como la defenderemos^[9]».

Fürstenberg ofrecía otras ventajas, como un elevado número de refugiados que podrían trabajar en la obra. No había ninguna ciudad grande en los alrededores, lo que también era positivo^[10]. Ulbricht, al igual que sus colegas polaco y húngaro, estaba comprometido personalmente con la idea de una ciudad «no contaminada por los viejos valores industriales^[11]». Fürstenberg no tenía industria y, por lo tanto, tampoco ninguno de esos valores.

Al igual que el complejo de Sztálinváros, las plantas de Nowa Huta y Stalinstadt fueron de diseño soviético, y los ingenieros rusos se implicaron en su construcción desde el principio. Tanto en Hungría como en Polonia, todo el material de planificación e instrucción —proporcionado por Giprometz, una compañía estatal soviética— tuvo que ser traducido del ruso, lo que provocó múltiples malentendidos. (Incluso los elogiosos informes oficiales sobre la construcción de Nowa Huta aluden a las «dificultades lingüísticas» que se produjeron.)^[12] Los rusos también enviaron equipo, la mayor parte del cual tuvo que ser «modificado» para adaptarse a las condiciones polacas, si no remodelado por completo^[13]. En Alemania, entretanto, la decisión de utilizar tecnología soviética estuvo rodeada de ironías. Los planos que llegaron a Stalinstadt fueron los mismos que desarrollaron los asesores estadounidenses para el complejo industrial de Magnitogorsk en los Urales, en la década de 1930. Por consiguiente, no solo eran «capitalistas» en su origen, sino que estaban menos perfeccionados que los que se desarrollaron posteriormente en Alemania y que ya se estaban utilizando en la mitad occidental del país^[14].

La arquitectura urbana de las nuevas ciudades no estuvo menos politizada. Los arquitectos del realismo socialista trataron los diseños como un importante experimento. Afortunados visitantes extranjeros acudían a presenciar sus progresos. Los trabajadores e ingenieros de Stalinstadt hacían visitas protocolarias a Nowa Huta y Sztálinváros, y viceversa. Con el tiempo, artistas y escritores serían invitados a plasmar la nueva vida que se vivía en las nuevas ciudades. Muchos elementos de la cultura de la fase final del estalinismo confluyeron en la planificación de esas tres ciudades: el culto a la industria pesada, el culto al «trabajador de choque», los movimientos de juventudes y la estética del realismo socialista.

Había mucho en juego: a principios de la década de 1950, los comunistas de Europa del Este estaban desesperados por demostrar que sus fallidas teorías económicas y políticas podían funcionar. Eran muchos los que creían que si se hacía un último esfuerzo sobrehumano para mejorar las condiciones

de vida de los obreros y crear «nuevos hombres» finalmente los comunistas conseguirían la legitimidad que necesitaban.

Pero ¿qué aspecto tenía una ciudad «socialista»? Nuevamente, nadie lo sabía. En 1950, un reducido grupo de arquitectos de Alemania del Este viajó a Moscú, Kiev, Leningrado y Stalingrado para descubrirlo. Viajaron en el metro de Moscú, asistieron a celebraciones del Primero de Mayo en la plaza Roja, e incluso vieron fugazmente a Stalin, como después describieron: «Estábamos en la parte del mausoleo [de Lenin], donde las escaleras ascienden hasta el estrado, y nos cruzamos con él por las escaleras [...] el torrente de entusiasmo creció desmesuradamente. Lamentamos muchísimo no formar parte de la manifestación, y ser meros observadores. [...] Es una imagen tan vistosa que resulta indescriptible. Las banderas, los carteles y los retratos, la variedad de colores...^[15]».

Debidamente impresionados por el espectáculo, prestaron gran atención en las reuniones que siguieron. Descubrieron que la Unión Soviética había construido más de cuatrocientas ciudades nuevas y que en cada una de ellas «la oficina de planificación resuelve todas las preguntas sobre dónde colocar las cosas y cómo organizarlas». Mostraron a sus colegas soviéticos los planos para la reconstrucción del centro de Berlín, que a sus colegas soviéticos — curiosamente, teniendo en cuenta su desprecio por la historia alemana— les parecieron inaceptables por ahistóricos: «La única vez que nos criticaron directamente fue con el reproche de que las grandes tradiciones de planificación urbanística alemana no se respetaban en Alemania». Las nuevas ciudades, les dijeron, tenían que incorporar las tradiciones regionales, desde el clasicismo de Berlín al estilo gótico del norte de Alemania. Eso las haría más «democráticas».

Además, aprendieron que sus colegas soviéticos preferían lo urbano a lo rural («la ciudad demuestra la voluntad política y la conciencia nacional de la nación»), la industria pesada a la agricultura y los servicios («las ciudades son construidas principalmente por la industria y para la industria») y los edificios de viviendas de varias plantas a los barrios residenciales («es imposible convertir una ciudad en un jardín»). En realidad, no les interesaban los barrios de ningún tipo. El carácter de una ciudad, declararon los arquitectos soviéticos, «es que la gente viva una vida urbana. Y en las inmediaciones de la ciudad, o en las afueras, que viva una vida rural».

El grupo regresó a Berlín rebosante de entusiasmo. Organizaron reuniones y conferencias, crearon seminarios y sesiones de formación destinadas a

transmitir todo lo que habían aprendido. Walter Pistonek, uno de los arquitectos alemanes, dio diecisiete conferencias entre mayo y noviembre de 1950, y publicó más de una decena de artículos. Finalmente, el grupo publicó los «Dieciséis principios» de planificación socialista, que se convirtieron en ley en Alemania del Este, y permanecieron como tal hasta 1989. Ulbricht se entusiasmó hasta tal punto con los nuevos planes que aprobó la construcción de un rascacielos de ornamentación recargada en Dresde, muy similar al Palacio de la Cultura de Varsovia. Por fortuna, no llegó a construirse.

Sin embargo, pese al entusiasmo generalizado por la arquitectura realista socialista, en la práctica los urbanistas alemanes no tenían el concepto mucho más claro que los polacos antes que ellos. En Stalinstadt, muchos de los arquitectos empezaron a construir lo que sabían construir: estructuras sencillas y funcionales en la tradición de la Bauhaus (que había sido un movimiento de izquierda dedicado a la construcción de «viviendas para los obreros»). Pero cuando Ulbricht visitó los primeros apartamentos terminados en enero de 1952, declaró que eran demasiado pequeños y sencillos, como «cajas sin decoración». Entonces se elaboraron nuevos planes, que se descartaron en más de una ocasión^[16].

Finalmente, la cúpula de Alemania del Este nombró a un nuevo arquitecto jefe. Karl Leucht amplió la oficina de planificación de la ciudad de 40 a 650 empleados, aceleró la velocidad del proyecto y declaró que en el futuro los edificios de la ciudad serían «una expresión de la creciente riqueza de la sociedad socialista» y un reflejo del alto nivel de vida de la clase obrera. Entonces se inició una fase de construcción más «monumental». Los edificios de apartamentos se unieron con altos arcos. Las puertas fueron flanqueadas por columnas. Elementos que pretendían evocar la tradición clásica en el arte alemán (ese se consideró el período más «progresista» de la cultura alemana) se incorporaron en fachadas, aunque a menudo sin orden ni concierto. La nueva ciudad se diseñó alrededor de la fábrica: aunque estaba separada de la ciudad por una zona verde, las puertas de la fábrica se veían a lo lejos, desde las calles principales, igual que los berlineses ven la Puerta de Brandemburgo desde el final de Unter den Linden. Hasta 1981, en la ciudad no se construyó ninguna iglesia. En su lugar, Leucht diseñó un ayuntamiento coronado con un chapitel.

La construcción de Nowa Huta siguió una trayectoria similar. En un primer período, los arquitectos quisieron seguir construyendo en los estilos que habían seguido antes de la guerra. En Polonia no se trató de diseño

estrictamente Bauhaus, sino más bien de ciudades jardín como las que se construyeron en Gran Bretaña durante las décadas de 1920 y 1930: edificios bajos, de una o dos plantas, rodeados de zonas verdes y árboles. Aunque su diseño era diametralmente opuesto al ideal del realismo socialista, se completaron algunas de esas construcciones. Sin embargo, la tendencia cambió rápidamente también en Nowa Huta: las autoridades del partido manifestaron que esos edificios no estaban lo bastante imbuidos de ideología ni reflejaban suficientemente el carácter nacional de Polonia.

Los planos de la ciudad se diseñaron en Varsovia a toda velocidad y en una atmósfera de gran tensión. Nadie pudo verlos hasta que se hicieron públicos, y fueron transportados a Cracovia bajo la vigilancia de guardias armados^[17]. Al igual que los arquitectos rusos que habían incorporado elementos decorativos renacentistas al Palacio de la Cultura, los arquitectos de Nowa Huta también decidieron que el momento en que Polonia había sido más polaca fue en el siglo XVI. Mientras los auténticos edificios del siglo XVI de Cracovia corrían peligro por la contaminación del aire, Nowa Huta incorporaba una sede industrial neorrenacentista con una fachada almenada, muy trabajada. Se diseñó un ayuntamiento al estilo de Zamosc, una ciudad renacentista al sudeste de Polonia, aunque no llegó a construirse. Como Stalinstadt, Nowa Huta fue también la primera ciudad polaca en muchos siglos que se construyó sin una iglesia.

Diseños igualmente pretenciosos se elaboraron para Sztálinváros. Según los planos, la ciudad dispondría de comedores públicos donde la gente podría comer en comunidad, en lugar de cocinar en su casa; habría jardines de infancia a los que se podría llegar caminando; los teatros y las instalaciones deportivas también estarían cerca. La gente necesitaría espacios donde reunirse para expresar su apoyo y amor al régimen. Así pues, los arquitectos de la ciudad diseñaron los planos de un amplio bulevar —la calle Stalin— que iría de la fábrica hasta la plaza central, y que sería perfecto para los desfiles del Primero de Mayo. La plaza tendría una parte abierta al Danubio y una estatua de Stalin más grande que a tamaño real en el centro^[18].

La apariencia no era lo único que preocupaba a los arquitectos. Las ciudades socialistas tenían que ser, en palabras de Leucht, «una expresión visible del auge económico y cultural de la República Democrática Alemana». De manera implícita o explícita, las nuevas ciudades prometían a sus trabajadores unas mejores condiciones de vida. Por el momento vivían en barracas como las que horrorizaron a Júlia Kollár, pero todos creían que sería

algo temporal. «Sabías, desde el principio creías, que en algún momento recibirías un apartamento. Aunque no lo dijeras al principio», recordó una mujer alemana^[19]. Otra manifestó a un periódico que su definición de una ciudad «socialista» era aquella en la que había «luz, zonas verdes, aire y espacio por todas partes^[20]». En Sztálinváros, las autoridades se impusieron el ambicioso objetivo de terminar mil apartamentos nuevos cada mes y dejar espacio de sobra para parques^[21].

Las expectativas eran altas, y las autoridades las elevaron todavía más. No solo se construirían muchos apartamentos para los trabajadores, sino que serían grandes, cómodos y estarían equipados con los diseños más modernos. Tras la visita de Ulbricht a Stalinstadt en 1952, las autoridades responsables de la construcción crearon un protocolo que establecía que la altura de las habitaciones de los pisos tenía que pasar de 2,42 a 2,7 metros; que los marcos y los alféizares de las ventanas tenían que ser de calidad superior; que todos los edificios debían tener la misma altura^[22]. Leucht declaró que los edificios de apartamentos tendrían calefacción central, y que los nuevos ocupantes deberían «dar su opinión» sobre su construcción. Los arquitectos no deberían decidir en solitario cuánto espacio le correspondía a la gente^[23].

El primer ministro Otto Grotewohl también fue de visita en 1952. Inspeccionó algunos de los apartamentos recién construidos y «llegó a la conclusión de que a los trabajadores no se les había aconsejado lo suficiente sobre cómo amueblar y equipar sus nuevos hogares^[24]». Así pues, se organizó una exposición de «apartamentos de muestra» para enseñar a la gente a decorar un apartamento, por si se les adjudicaba uno. Los muebles de la exposición eran de fabricación industrial, y por lo tanto «más avanzados» que los muebles rudimentarios que los nuevos trabajadores habían utilizado anteriormente, cuando eran campesinos. Por supuesto, solo quienes merecieran vivir en esos apartamentos socialistas recibirían uno: como alrededor de un 80 por ciento de esos nuevos espacios pertenecían al complejo industrial, enseguida se convirtieron en parte del sistema de premios por la «competición entre trabajadores» y se utilizaron para animar a los «trabajadores de choque» a cumplir sus cuotas aún más rápidamente^[25].

Las tiendas también tenían que ser de gran calidad. En Nowa Huta se concentraron especialmente en el diseño de aquellas que bordeaban la plaza central. Una de ellas, que ahora forma parte de la cadena Cepelia, aún mantiene su decoración de los cincuenta, incluida una enorme lámpara de techo que parece una araña de luces renacentista concebida por alguien que

nunca haya visto una araña de luces renacentista. Las tiendas tenían que estar llenas, y algunas lo estaban. En Sztálinváros, donde muchos trabajadores procedían de familias campesinas, Kollár entre ellos, estos enviaban comida a sus familiares^[26]. Nowa Huta también tenía fama de ofrecer productos de mejor calidad que la cercana Cracovia.

Al principio, Stalinstadt tuvo más dificultades para satisfacer la demanda de sus habitantes, hasta el punto de que la escasez se convirtió en un problema de interés nacional. En agosto de 1952, el ministro de Comercio de Alemania del Este escribió una carta airada a una de las autoridades de la ciudad:

Cuando visité EKO [la planta siderúrgica] el sábado, 16 de agosto, muchos trabajadores, así como miembros de la organización del partido en el seno de EKO, me dijeron que la provisión de fruta, verdura y otros productos para las familias de los trabajadores es muy pobre. Me pidieron que hablara con las amas de casa para obtener más información. [...] Me dijeron que me preparara para los reproches que tendría que escuchar. La calle comercial del nuevo barrio, que tenía que estar terminada el 1 de mayo de este año, aún no está terminada, supuestamente por culpa de los desacuerdos sobre la decoración de los interiores^[27].

Tras recibir esa carta, las autoridades decidieron organizar «ferias comerciales» en la ciudad, para las que aportaron, entre otras cosas, 740 bicicletas, 5000 cubos, 2400 pares de zapatos y 10 000 metros de ropa de cama.

Finalmente, pero no menos importante, una ciudad «socialista» tenía que ser aquella en la que los trabajadores no solo comieran y durmieran, sino en la que también pudieran disfrutar de actividades de ocio, como las que la burguesía había disfrutado en el pasado. Cuando visitó Sztálinváros en 1952, Zoltán Vas —el comunista húngaro que había perdido sus gafas cuando visitó a los partisanos húngaros en 1944— organizó una reunión con jóvenes ingenieros y les preguntó qué hacían después de trabajar. Al oír que «no había nada que hacer, de manera que, por lo general, después de trabajar se iban a dormir», ordenó a los urbanistas que construyeran un restaurante. Así lo hicieron^[28]. (Durante ese mismo viaje, Vas preguntó al jefe de la oficina de planificación central dónde podía tomar un taxi. «Ni siquiera tenemos carreteras», le respondieron.)^[29] Juchnowicz también recibió, de manera inesperada, una llamada telefónica: «Construya un teatro», se le ordenó^[30]. Y así se hizo. El Teatro Popular de Nowa Huta quedó terminado en 1955. Stalinstadt finalizó las obras de su teatro —bautizado en honor de Friedrich Wolf, el padre de Markus Wolf— ese mismo año. Diseñado para parecer un templo griego, el teatro de Stalinstadt no estaba conectado al sistema de calefacción de la ciudad, y durante mucho tiempo tuvo que calentarse con la

ayuda de un motor de una vieja locomotora. Sin embargo, los proyectos no dejaban de llegar. En Sztálinváros, la presión para elevar el nivel cultural de los habitantes de la ciudad se tradujo en un nuevo hotel, el Arany Csillag («Estrella dorada»), en 1954. Un periódico describió el edificio como «el más hermoso de la ciudad», y su restaurante iba a ser «el mejor de la ciudad». Llevaron a camareros y cocineros de Budapest, y el alcalde anunció con grandilocuencia que en ese restaurante se serviría a los ciudadanos corrientes antes que a los dignatarios^[31].

Además de entretenimiento a los trabajadores, las ciudades socialistas también debían proporcionar inspiración cultural a todo el conjunto de la población. A principios de la década de 1950, artistas, escritores y cineastas visitaron la ciudad para «aprender de los trabajadores». El compositor ruso Dimitri Shostakóvich llegó a Stalinstadt en 1952. El director de Alemania del Este Karl Gass realizó un elogioso documental en 1953. Aunque su equipo era demasiado rudimentario para realizar entrevistas, Gass filmó la construcción de los altos hornos con todo detalle^[32]. Un novelista de Alemania del Este, Karl Mundstock, también publicó un libro basado en sus experiencias en la ciudad. *Helle Nächte* («Noches claras») contenía una descripción lírica de la zona de construcción:

Montones de madera, andamios, casetas terminadas, hornos, mesas, sillas, camas, montañas de grava, todo ello esparcido allí donde había espacio. [...] Pero pronto se concretaron las hileras de casetas, las tiendas, los almacenes de material, demostrando así que bajo el aparente caos se mantenía un sistema racional. Pronto las excavadoras limpiaron el canal, que se había convertido en un río de lodo durante los diez años transcurridos desde la guerra. Y pronto las sierras empezaron a silbar, y la calle que llevaba al centro de la planta siderúrgica, la calle de la amistad, quedó construida^[33].

Tadeusz Konwicki pasó parte de 1949 y 1950 trabajando en Nowa Huta, y utilizó el material que reunió allí para escribir *Przy Budowie* («En la obra»), posiblemente su peor novela. La historia gira en torno a un grupo de trabajadores que tienen que cumplir con el plazo de construcción previsto, pero que se sienten frustrados por los enemigos de clase y colegas que no son lo bastante progresistas. Naturalmente, superan todas las dificultades y cumplen con su cometido^[34].

Sin embargo, no era la experiencia del trabajo lo que los escritores y artistas buscaban en las obras de la nueva ciudad. En algunos casos, buscaban la oportunidad de reconstruirse a sí mismos, igual que los obreros reconstruían la ciudad. En 1952, el pintor Oskar Nerlinger llegó a Stalinstadt con la esperanza de curarse de cualquier rastro que pudiera quedar en él del

formalismo burgués. Nerlinger había sido un miembro muy activo de la vanguardia de preguerra, y después de la guerra fue nombrado director de la Hochschule der Bildenden Künste, la Escuela de Bellas Artes de Berlín Oeste. Sin embargo, sus estrechos vínculos con artistas comunistas del Este, su firme oposición al «capitalismo» y su apoyo a las campañas «por la paz» de Alemania del Este hicieron que muy pronto se ganara multitud de enemigos. Tras participar en algunas exposiciones en la parte oriental de la frontera, lo nombraron uno de los «profesores podridos» del Oeste y —como muchos otros— perdió su trabajo^[35]. A principios de la década de 1950, no solo los comunistas eran intolerantes.

Con gran efectismo, Nerlinger cruzó la frontera en 1951 —fue uno de los pocos que se trasladaron del Oeste al Este— y se incorporó a la clase artística de Alemania del Este. Sin embargo, como él mismo manifestó, se mantuvo «inseguro en su actitud artística». Su mujer, Alice Lex-Nerlinger, tuvo dificultades para exponer sus cuadros en el Este, como manifestó en una carta de queja a las autoridades: «Durante toda mi vida como artista no he hecho otra cosa que trabajar por la paz^[36]». Nerlinger consideraba un «alivio» estar en el Este, pero la estética era difícil de entender para un pintor sumamente abstracto como él. Con la esperanza de escapar de ese «pesimismo» y adquirir «optimismo» al igual que los trabajadores, decidió vivir durante un tiempo en la nueva ciudad socialista^[37].

Nerlinger recibió el encargo por parte de la dirección de la fábrica de pintar un mural, convirtiéndose así en empleado de la planta siderúrgica, con los «derechos y las obligaciones de un trabajador de la fábrica». Decidido a experimentar todos los aspectos de la vida de sus nuevos colegas, visitó sus apartamentos, sus restaurantes y su estadio deportivo. Se pasaba el día «envuelto en mantas en medio del lodo invernal, de pie junto a los hornos, experimentando la construcción de los mismos, escuchando los múltiples ruidos de las máquinas», con la esperanza de aprender de «los maravillosos seres humanos que han levantado este valiente proyecto sobre los antiguos bosques». Por la noche estudiaba la literatura sobre ingeniería técnica. Intentó pintar a los obreros mientras trabajaban, lo que no fue fácil: «La fábrica era ruidosa y peligrosa, y la cámara no ayudaba porque el resplandor del metal era demasiado caliente y brillante^[38]».

Sus primeros resultados no satisficieron a los protagonistas. Creyeron que las escenas eran demasiado oscuras y desagradables —«como en una mala compañía de Alemania occidental»— y aconsejaron a Nerlinger sobre cómo

modificarlos. Nerlinger obedeció. Empezó a pintar la fábrica como un lugar más luminoso y alegre. Pintó a los obreros con gesto más feliz y optimista. Le pareció importante mostrar a los ingenieros «orgullosos» de su trabajo. Sus críticos-trabajadores lo aprobaron, hasta el punto de que le pidieron copias, que después colgaron en sus apartamentos^[39].

Sin duda, su estilo había cambiado de lo que él mismo presumió en una exposición de sus bocetos, estudios y obras en proceso, que se inauguró en noviembre de 1952, a la primera exposición de arte en Stalinstadt. Para demostrar lo mucho que había evolucionado, Nerlinger llevó cuatro de sus cuadros de antes de la guerra y los presentó como pruebas de que «no podía seguir así». En palabras de un crítico de arte que escribió sobre la exposición, esas obras anteriores mostraban «una visión gélida de una fábrica muy solemne» (1930) y «un paisaje oscuro y melancólico» (1945) que traslucían «la trágica situación de un artista cuya apertura política lo había llevado por el mal camino». Afortunadamente, «su espíritu progresista se rebeló contra el pesimismo paralizante. El ritmo palpitante del complejo industrial de Eisenhüttenstadt, los miedos deprimentes de sentirse solo en un estudio, se convirtieron en el sueño utópico de una nueva realidad^[40]».

Los trabajadores de la fábrica se sintieron satisfechos con esa primera exposición. «Querido colega Nerlinger —escribió uno de ellos en el libro de visitas esa tarde—, me he sentido feliz al recorrer la exposición, he visto que usted, con bondad y una creatividad intacta, ha tratado nuevos problemas. [...] Espero que la obra terminada se convierta en un gran éxito.» Otro declaró que «nuestra creencia de que el ser humano centra todos nuestros esfuerzos no puede quedarse en una frase hecha, tiene que expresarse en el arte». Representantes de países socialistas amigos escribieron notas de admiración en polaco, húngaro y checo.

Unas semanas después, se inició un debate en la fábrica. Nerlinger empezó pidiendo «la crítica constructiva de los trabajadores». Algunas de las respuestas fueron sorprendentemente precisas: «Nos gustan mucho los dibujos en blanco y negro, pero las acuarelas tienen que ser más luminosas y más naturales». Otro se quejó de que en uno de los cuadros no lograba distinguir las caras de los personajes, y de que las figuras eran demasiado genéricas. Un representante de la Juventud Libre Alemana se mostró más entusiasmado: «Es probable que esta sea la primera vez en la historia de nuestro pueblo en que un artista presenta su obra para someterla a una discusión crítica con los obreros que lo motivaron y le dieron fuerza^[41]».

Nerlinger alcanzó el éxito, y su transformación psicológica también progresó. Al igual que Max Lingner, quiso realmente adaptarse al espíritu de su época, y se sometió voluntariamente a un proceso de «reeducación» para encajar mejor en su nuevo entorno. En ese sentido, Nerlinger tenía mucho en común con los trabajadores que aparecían en sus cuadros, así como con los obreros de Sztálinváros y de Nowa Huta. En teoría, también ellos estaban siendo reformados y redefinidos por su entorno y, en teoría, también ellos se adaptarían al espíritu de sus ciudades.

Los sueños de los urbanistas socialistas fueron más allá de ladrillos y argamasa. Desde el principio, sus ambiciones incluyeron no solo la transformación del arte y el urbanismo, sino también del comportamiento humano. Una de las primeras descripciones de Sztálinváros la presenta como «una ciudad sin mendigos, y sin periferia»; es decir, sin barrios en las afueras^[42]. En el interior de la ciudad socialista, los trabajadores llevarían una vida más «refinada» que la que habían conocido en el pasado, un estilo de vida que mantendría un parecido extraordinario con la vida de la burguesía de antes de la guerra. En Sztálinváros, finalmente pudieron hacerse una idea de ese atractivo futuro en el verano de 1952, cuando los edificios de apartamentos de la calle Primero de Mayo quedaron relativamente listos, la calle estuvo cubierta de asfalto y los escombros del edificio habían sido retirados. El área se había convertido en un lugar por el que la gente bien vestida podía salir a dar un paseo en domingo, y pronto pasó a conocerse como la «Suiza de Sztálinváros». Eso, en palabras del historiador Sándor Horváth, era exactamente lo que se esperaba que sucediera. Los nuevos espacios urbanos producirían una nueva clase de trabajador, el «humano urbano»:

El «humano urbano» lleva una vida sobria, va al cine o al teatro o escucha la radio en lugar de ir al bar, viste ropa moderna, cómoda y de confección. Le gusta salir a pasear y le encanta pasar su tiempo libre de manera «razonable» en la playa. A diferencia de los lugareños, decora su apartamento con muebles urbanos, y prefiere los muebles de fábrica a los diseñados por carpinteros, y se tumba en un práctico sofá. En el piso del humano urbano hay un baño donde se baña con frecuencia. No utiliza la bañera para sus animales ni para guardar comida en ella. Durante el día come en la fábrica, y solo utiliza la cocina para preparar comidas ligeras. El resto del tiempo lo pasa con su familia en la sala de estar. El urbano humano toma el sol en el balcón de su apartamento moderno, luminoso y aireado, o deja que sus hijos salgan a respirar aire puro. No tiende la ropa en el balcón, sino que utiliza la zona de lavandería común del edificio^[43].

Sin embargo, la Suiza de Sztálinváros era minúscula. En 1952 consistía en una sola calle. La vida diaria en el resto de la zona de construcción, y en las de Stalinstadt y Nowa Huta, tenía un aspecto bastante distinto.

Durante su primera década, las ciudades socialistas alcanzaron uno de sus objetivos con sorprendente éxito: todas ellas lograron un crecimiento extraordinariamente rápido. Nowa Huta, fundada en 1949, tenía 18 800 habitantes a finales de 1950, y en 1960 tendría 101 900^[44]. Sztálinváros tenía 5860 habitantes a finales de 1950, pero un año después esa cifra era de más del doble, 14 708 habitantes^[45]. Stalinstadt tenía 2400 habitantes en 1952, y 15 150 en 1955. En cualquier país en vías de desarrollo un crecimiento tan rápido provocaría caos, desorganización, errores y cosas peores. Y así sucedió. Como Józef Tejchma recordó: «Era todo [...] increíblemente primitivo».

Tejchma llegó a Nowa Huta en 1951, con veinticuatro años, el mismo año que asistió al festival de la juventud de Berlín. Nacido en el seno de una familia campesina en una remota aldea al sudeste de Polonia, Tejchma había terminado la educación secundaria gracias a la educación gratuita que sus padres jamás habrían podido permitirse antes de la guerra. Se había afiliado a las juventudes del Partido de los Campesinos siendo estudiante, y cuando se unieron a la Unión de Jóvenes Polacos (ZMP) en 1948, Tejchma se convirtió en miembro de manera automática. Talentoso y entusiasta, muy pronto le propusieron trabajar en la sede de la ZMP en Varsovia. Aunque le habría gustado ir a la universidad, había asuntos más importantes que atender. El jefe de los Jóvenes Polacos lo llamó de improviso y le comunicó que tenían la necesidad urgente de abrir una oficina de la ZMP en Nowa Huta. Le preguntó si estaría dispuesto a convertirse en su primer dirigente. Tejchma aceptó. Y así, recordó, se convirtió en «el líder de varias decenas de miles de jóvenes. Yo era el responsable de su educación, cultura, deporte... de todo^[46]».

Tejchma permaneció allí tres años, durante los cuales descubrió «las enormes dificultades que comportaba incorporar a jóvenes recién llegados del campo a las grandes fábricas». Muchos de los que llegaron a Nowa Huta eran analfabetos o estaban semialfabetizados. Jamás habían salido de sus pequeños pueblos, nunca se habían separado de sus familias, y no sabían nada del mundo exterior. Tejchma no lo consideró de inmediato un problema infranqueable. Él mismo procedía de una aldea empobrecida y el modesto «rincón» que ocupaba en un hotel de trabajadores de Nowa Huta era lo más lujoso que había conocido jamás: «Había agua, electricidad». También tenía una secretaria y un sueldo, que le pagaba la ZNP, y que le proporcionaba independencia de la fábrica.

Al principio, sus días estaban repletos de interés. Aunque recibía

instrucciones de Varsovia, y le indicaban cómo organizar las conferencias y los desfiles, también gozaba de bastante independencia. Solía pasearse por la obra, «interesándome por cómo trabajaban los jóvenes, e intervenía, hacía sugerencias, me fijaba en el comedor, en el sistema educativo». Exponía sus conclusiones a los jefes de la obra y argumentaba los cambios que proponía. A fin de evitar que los trabajadores se quedaran «tirados por los bancos» después del trabajo, organizó una flota de camiones de la obra para que trasladaran a un grupo de trabajadores, muchos de los cuales nunca habían estado en un teatro, y asistieran a una representación en Cracovia. Tejchma también organizó encuentros con los escritores, artistas y poetas importantes que llegaban a Nowa Huta en busca de inspiración creativa. Además, Tejchma estaba al corriente de quién cumplía las cuotas de construcción y quién las superaba. Fiel al espíritu de la época, fomentó las «competiciones socialistas» y recompensaba a los vencedores. Algunos lo escucharon: «Se implicaron, intentaron hacerlo bien, compitieron con los otros. Pero, por supuesto, en la vida real no era como aparecía en los noticiarios».

Muy pronto, el trabajo de Tejchma se volvió decepcionante. Algunos de sus nuevos subordinados apreciaban su trabajo, se mostraban dispuestos a ampliar sus horizontes, aprender la historia del movimiento obrero, familiarizarse con el teatro y la literatura. Pero otros no solo se aburrían con sus esfuerzos, sino que se mostraban abiertamente hostiles. Muchos de ellos «no tenían el más mínimo nivel cultural. Ni educación, ni necesidad de algo más elevado. Estaban siempre borrachos, se entretenían peleando. No tenían ningún sentido de la unidad. No querían nada de lo que podíamos ofrecerles».

Él no fue el único que llegó a esa conclusión. En 1955 —después de la muerte de Stalin, momento en que la prensa era mucho más libre—, el joven periodista Ryszard Kapuscinski visitó Nowa Huta con el *Sztandar Młodych* («Bandera de juventud»), el periódico de la ZMP. En los recién terminados edificios de apartamentos, Kapuscinski conoció a varias personas que estaban satisfechas con lo que habían conseguido. «Llevo aquí dos años y no me marcharía por nada del mundo», le dijo un hombre. Sin embargo, en las ciudades de barracas de la periferia descubrió unas condiciones de vida dramáticas, casi dantescas, y una subclase emergente de trabajadores empobrecidos y degradados:

No hace mucho, una joven de catorce años infectó a un grupo de muchachos [de una enfermedad venérea]. Cuando la conocimos, nos describió su hazaña con tal vulgaridad que nos entraron ganas de vomitar. No es la única. No todas son tan jóvenes, pero son muchas. Vaya al bosque Mogilski, a «Tajwan», a «Kozedo» [nombres de bares]. [...] En Nowa Huta hay apartamentos en los que en una habitación la madre recoge el dinero de los hombres y en la otra la

hija los compensa por ello. Hay más de un apartamento de esos...

Y ahora fíjese en la vida de un joven de aquí de la fábrica. Se levanta temprano, va a trabajar. Regresa a las tres. Y ya está. A las tres su día termina. He paseado por las residencias donde viven esos hombres. He estado dentro. Están ahí sentados. De hecho, esa es la única actividad que realizan. No hablan, ¿de qué van a hablar? Podrían leer, pero no están acostumbrados; podrían cantar, pero molestarían a los otros; podrían pelearse, pero no quieren. Así que... se quedan allí sentados. Los más activos vagan por las calles. Diablos, ¡tal vez haya algo que hacer, algo con lo que llenar la mitad del día! Hay muchos bares, pero algunos no quieren ir allí, y otros no tienen dinero. Aparte de eso no hay nada...^[47]

Tejchma hizo la misma observación. Intentó mantener debates en grupo con los trabajadores más apáticos, pero aunque estaban dispuestos a quejarse sobre las condiciones laborales, era imposible conseguir que hablaran de algo más. Cuando escritores famosos iban a visitarlos, la mayoría de ellos permanecían en silencio, como si esperaran recibir instrucciones de esos visitantes de otro mundo. Tejchma empezó a advertir de la situación a esas figuras literarias, e incluso a aconsejarles que no exageraran los méritos de Nowa Huta. Pidió a Kazimierz Brandys, entonces un importante escritor estalinista, que moderara su descripción de la obra: la vida real no era tan optimista ni tan alegre como aparecía en la obra de Brandys. Había una enorme distancia entre la vida que se vivía a diario y la vida que se describía en los periódicos, los noticiarios y las novelas.

También se estaban abriendo grandes brechas entre los distintos barrios de las ciudades socialistas. No muy lejos de la calle del Primero de Mayo, la Suiza de Sztálinváros, había ciudades-barraca con nombres como «Radar» o «Sur». Eran en realidad barrios marginales sin agua corriente, sin retretes cubiertos, con las calles sin asfaltar. La recogida de basura era irregular. La gente tenía cerdos y gallinas en cobertizos junto a las barracas, y a veces también en los cercanos edificios de apartamentos a medio construir. Cuando llovía, se acumulaba tanto lodo que los padres tenían que cargarse a sus hijos a las espaldas para llevarlos a la guardería. A veces dos, tres o más familias vivían en espacios diseñados para una sola^[48]. Para distraerse, los habitantes de esos barrios no iban a teatros y restaurantes, sino a los bares. El más conocido —Késdobáló, que literalmente significa «el lanzador de cuchillos», además de «pub» o «tugurio» en jerga húngara— era, según los artículos de prensa, un lugar de borracheras, cantos desaforados, peleas y apuñalamientos. De otro bar —Lepra, o «el leopardo»— se contaba en broma que antes de cruzar la puerta tenía que dispararse un tiro al aire, y si nadie respondía con un disparo, entonces se podía entrar. De manera periódica, la policía intentaba cerrar esos establecimientos, pero los bares se habían convertido en el lugar de reunión de los campesinos, quienes los defendían enérgicamente contra la

policía y los medios «urbanos^[49]».

Stalinstadt estaba igualmente dividida. En una parte de la ciudad, los pocos afortunados que pudieron instalarse en los nuevos apartamentos se sentían verdaderamente entusiasmados por sus nuevas circunstancias. Para el resto, la situación era más difícil. La mayoría de los trabajadores que llegaron al lugar durante los primeros tiempos eran jóvenes procedentes de toda Alemania —uno de cada tres era un refugiado de Polonia, los Sudetes, o de algún otro lugar del antiguo Reich—, que viajaba sin su familia. Vivían en barracas, diez en una habitación, y su principal distracción era beber. Uno de ellos recordó ir «siguiendo las vías del tren hasta Fürstenberg», donde, como en Sztálinváros, había bares con nombres tan poco utópicos como El Jabalí o La Bodega^[50]. Otro recordó un bar siempre tan abarrotado que era difícil entrar en él, a menos que tuvieras la suerte de llegar justo después de una pelea, cuando se había expulsado a todos los clientes^[51].

La velocidad a la que se construía, la implementación de turnos de noche, las largas jornadas laborales y la inexperiencia de trabajadores y directores también provocaron que se produjeran fallos tecnológicos frecuentes en esas zonas de construcción supuestamente ideales. El suelo poco compacto y arenoso de Sztálinváros causó enormes problemas y ralentizó la construcción. Tevan recordó que se levantaba temprano los domingos por la mañana y se colaba en la obra para comprobar que «las paredes y los edificios seguían en su sitio^[52]». La parte de la fábrica de la que ella era responsable se mantuvo en pie, pero un ala de una de las escuelas de la zona se hundió y tuvo que ser reconstruida. En 1958, toda la red de alcantarillado tuvo que repararse. La ideología fue la causa principal de los problemas técnicos: en un momento determinado, Tevan pidió que apartaran de su proyecto a una brigada muy aplaudida de trabajadores de choque porque estaban tan ansiosos por terminar rápidamente y cobrar su recompensa que cuidaban poco los detalles y hacían mal su trabajo. Ese problema surgió en muchas otras zonas de construcción y en muchas otras fábricas en esa época, pero la intensa propaganda agravó el problema en las ciudades socialistas.

En las plantas siderúrgicas también surgieron problemas técnicos. En Stalinstadt, un horno diseñado para producir 360 toneladas de hierro bruto, al principio solo fue capaz de producir alrededor de una tonelada y media. Tras dos meses de reparaciones y reajustes, llegó a producir unas 205 toneladas, lo que significaba que, al menos, el plan podría «cumplirse al 58 por ciento». Con el tiempo la producción mejoró, pero la mala planificación y los fallos de

ingeniería conllevaron que parte del proceso de la producción del acero de la planta de Stalinstadt se llevara a cabo en la Unión Soviética durante muchos años. Décadas después de que la planta estuviera «completa», los materiales no terminados seguían siendo transportados de un lado a otro de la frontera para su procesamiento. La planta al completo, que abarcaría todos los estadios del ciclo de la producción del acero, no quedaría terminada hasta la década de 1990, cuando Alemania del Este ya había dejado de existir^[53].

Un desarrollo veloz a menudo comporta errores y fallos de esa clase en los países pobres. Sin embargo, en las nuevas ciudades socialistas la distancia entre la propaganda utópica y la realidad, a menudo catastrófica, de la vida diaria fue tan exagerada que los partidos comunistas se apresuraron a dar explicaciones. Sin duda, las campañas de propaganda se organizaron en las ciudades socialistas a una escala más extendida y frenética que en cualquier otra parte del país. La campaña para cambiar el nombre de Dunapentele por el de Sztálinváros se llevó a cabo precisamente para movilizar a la población activa de la ciudad, por ejemplo, y tal vez también para animar a la Unión Soviética a contribuir. Como Ernó Geró escribió en una carta dirigida a Rákosi en 1951:

Con el nuevo nombre podríamos dar un fuerte empuje a la organización de competiciones de trabajo en las obras. Podríamos organizar el cambio de nombre de manera que [...] la inmensa mayoría de los trabajadores se identificaran con el plan, y pidieran al gobierno que escuchara su petición del cambio de nombre. [...] También creo que al cambiar el nombre de la planta siderúrgica Duna por el del camarada Stalin, las organizaciones económicas soviéticas se sentirían en la obligación moral de ofrecernos la ayuda necesaria en cuanto a planificación y suministros...
^[54]

Así pues, una campaña «espontánea» se puso debidamente en marcha. De todas partes de la ciudad, los trabajadores escribían cartas a Rákosi en las que se comprometían a cumplir cuotas de trabajo más elevadas y con mayor rapidez si el líder húngaro aceptaba cambiar el nombre de la ciudad. «Prometo que, con todo mi esfuerzo y conocimiento, ayudaré a ese arbolito plantado en la pequeña población de Dunapentele a llegar al cielo en la maravillosa ciudad de Sztálinváros», escribió uno. «Ruego al camarada Rákosi que haga llegar esta carta a nuestro padre Stalin», manifestó otro. Algunos le escribían poemas:

Junto al Volga está Stalingrado, junto al Danubio tenemos

Sztálinváros,

El camarada Stalin es el mayor guardián de la paz, y su nombre

protegerá nuestra ciudad...

Finalmente, una delegación de trabajadores fue a ver a Rákosi y le entregó todas las cartas, encuadradas en forma de libro grande forrado en cuero que hoy se conserva en el museo de la ciudad. Rákosi les estrechó la mano y les dijo que aceptaba: la ciudad cambiaría de nombre. Se programó una celebración de «bautizo» para el aniversario de la Revolución de Octubre, que incluyó espectáculos de baile tradicional, teatro y ópera, competiciones deportivas y una feria del libro con todas las obras de Stalin. En las sedes del partido se colgó un enorme retrato de Stalin, cuidadosamente iluminado; en palabras de un periodista local, «como si la luz de la gratitud del pueblo húngaro iluminara su rostro^[55]».

En Alemania del Este, la cúpula del partido adoptó una actitud más sombría sobre los errores cometidos en sus ciudades socialistas. Especialmente preocupados por los fallos de ingeniería, la cúpula del partido de Alemania del Este organizó una reunión con los jefes del partido de Stalinstadt en 1952. A puerta cerrada, se airearon todos los problemas: la falta de suministros, la falta de ropa de protección para los trabajadores, el pobre sistema de transporte, las sórdidas barracas, el mal funcionamiento de los hornos. El resultado fue un informe severo que atribuyó la mayor parte de la culpa al ministro de Metalurgia, Fritz Selbmann, que fue acusado de «arrogancia» y multado. Le dijeron que podía conservar su trabajo, pero con la condición de que dirigiera a una comisión de expertos que supervisaran el trabajo en la fábrica durante los tres meses siguientes, y de que la comisión introdujera cambios rápidos.

Por separado, la policía secreta de Alemania del Este llevó a cabo su propia investigación sobre el pobre rendimiento de los nuevos hornos. El jefe de la Stasi, Wilhelm Zaisser, encargó personalmente un informe titulado «Sobre la sospecha de sabotaje en la planificación del proyecto y la construcción de Eisenhüttenstadt». Siguiendo el consejo de sus asesores soviéticos, Zaisser atribuyó buena parte de los fallos técnicos al «comportamiento totalmente irresponsable del ministro Selbmann», y se planteó de manera sombría la posibilidad de un juicio amañado (tal vez al estilo del juicio de Shajty durante la década de 1930, en el que varios desafortunados ingenieros fueron culpados de toda una serie de fallos industriales). Selbmann y sus colegas se salvaron del arresto y la humillación pública por la llegada de un grupo de ingenieros soviéticos. Después de examinar el proyecto, elogiaron la construcción de los hornos, pero criticaron

la «inexperiencia» de sus colegas alemanes: los bajos niveles de producción no se debían a ningún sabotaje, sino a una mezcla incorrecta de coque y mineral de hierro^[56]. La presión sobre los ingenieros de Stalinstadt se mantuvo tan severa que el director técnico de la planta, Hans König, se quejó abiertamente de los ataques y las acusaciones constantes. En 1955 cruzó la frontera y huyó a Occidente^[57].

Los obreros también cargaron con parte de la culpa. La prensa de Sztálinváros culpó abiertamente de los problemas técnicos y los retrasos a «los delincuentes, las prostitutas y los sujetos desclasados» que habían llegado a la ciudad por medios nefandos y supuestamente estaban incrementando los índices de criminalidad y saboteando los esfuerzos de los otros. Había parte de verdad en tales acusaciones. Sztálinváros era la zona de construcción más grande del país, y toda clase de personas se acercaron hasta allí para buscarse la vida. Las espantosas condiciones de vida —el hacinamiento, la falta de entretenimiento, la escasez de vivienda— tal vez contribuyeran a que los trabajadores se comportaran peor, aunque no siempre fue así. Tevan tenía a varias ex prostitutas en su brigada femenina de construcción: «Por supuesto, algunas de ellas continuaron con su trabajo en Sztálinváros, pero algunas otras querían empezar una nueva vida. Tuve una empleada a la que ayudé mucho, y que después se convirtió en la encargada de una tienda de la zona. Cada vez que iba a comprar allí me daba los mejores productos, de tan agradecida que estaba^[58]».

Sin embargo, la mayoría de los trabajadores que llegaron a las ciudades socialistas no eran delincuentes ni prostitutas, igual que no todos los que iban a los bares improvisados no eran matones armados. Al final, la leyenda de Sztálinváros como ciudad sin ley, de «la fiebre del oro», resultó más útil que verdadera. Al igual que las acusaciones de sabotaje industrial, ayudó a explicar por qué el nivel de vida no aumentaba, por qué los apartamentos no estaban terminados y por qué las plantas siderúrgicas de diseño soviético y nueva construcción no eran capaces de cumplir los ambiciosos planes del partido comunista.

Las campañas contra los vagos, «criminales» y otros maleantes tal vez tuvieran un éxito relativo. Sin embargo, la brecha entre la propaganda y la realidad finalmente se volvió demasiado evidente para poder disimularla y, con el tiempo, incluso los ciudadanos más entusiasmados con el socialismo perdieron la ilusión. Después de unos años como activista de las juventudes, Elek Horváth fue llamado a filas y nombrado oficial. Júlia Kollár —ahora

Júlia Horváth— fue invitada a asistir a una escuela de formación del partido en Budapest, donde tuvo problemas por manifestar su oposición a la campaña a favor de los «bonos de paz». Como líder de la Unión de la Juventud Trabajadora, se había visto obligada a vender esos «bonos» —un impuesto, en realidad, puesto que el dinero volvía al Estado— a sus compañeros de trabajo: cuantos más bonos vendiera, más alta sería la posición que ocupara en el movimiento de jóvenes. Llegó a convencerse de que estaba mal convencer a la gente para que se endeudara a fin de adquirir bonos de paz, y ella misma se negó a hacerlo, aunque eso supusiera que los Horváth dejaran de ser considerados «miembros ejemplares». Manifestó su opinión y poco después alguien le preguntó si se sentía orgullosa de que su marido hubiera llegado a oficial siendo tan joven, y ella respondió que no, que no le gustaba su trabajo porque pasaba mucho tiempo fuera de casa. El director de la escuela fue informado sobre la conversación y sobre sus comentarios sobre los bonos de paz. Cuando el hombre la convocó para que se explicara, le dijo que no estaba teniendo un «comportamiento enemigo», sino tan solo expresando su opinión. El incidente quedó zanjado y ella regresó a Sztálinváros como activista del partido. Sin embargo nunca volvió a trabajar en la construcción, y no siente nostalgia por los años posteriores que vivió en la ciudad.

Si el entusiasmo no perduró, tampoco lo hizo el sueño utópico de la ciudad socialista. Tras la muerte de Stalin en 1953, no todo cambió de inmediato: los nombres de Stalinstadt y Sztálinváros siguieron utilizándose hasta 1961, cuando las dos ciudades pasaron a llamarse Eisenhüttenstadt y Dunaújváros, respectivamente. Sin embargo, los nuevos principios arquitectónicos se pusieron en práctica enseguida. En diciembre de 1954, cuando había transcurrido menos de un año desde la muerte de Stalin, Nikita Jruschov lanzó una campaña para fomentar «la industrialización de la arquitectura». En un discurso que presagió la batalla política aún por llegar, habló con entusiasmo de los edificios prefabricados, el hormigón armado y los apartamentos estandarizados. Despreció a los arquitectos que estaban demasiado preocupados con la estética: «Ellos necesitan un bonito diseño, pero lo que la gente necesita son apartamentos». Y atacó el despilfarro del realismo socialista estalinista:

Algunos arquitectos sienten verdadera pasión por añadir chapiteles en lo alto de los edificios, lo que da a esa arquitectura un aspecto eclesiástico. ¿Les gusta el diseño de las iglesias? No quiero discutir sobre gustos, pero para los edificios residenciales, tal aspecto es innecesario [...] No aporta ninguna comodidad extraordinaria a los residentes y solo encarece la explotación del edificio y eleva su coste^[59].

En la línea de esa nueva serie de políticas, el Comité Central soviético aprobó un decreto sobre «la eliminación de los excesos innecesarios en la arquitectura». Europa del Este hizo lo mismo. En enero, el discurso de Jruschov apareció traducido al alemán^[60]. En febrero de 1955, el Comité Central del partido en Berlín declaró que todas las obras de nueva construcción debían ajustarse a la nueva consigna: «Mejor, más barato, más rápidamente». Bloques de pisos prefabricados —como el espantoso Plattenbau— empezaron a alzarse en Stalinstadt y otras ciudades de Alemania del Este no mucho tiempo después.

Finalmente, el ayuntamiento con el alto chapitel que había sido planeado para Stalinstadt no llegó a construirse. Como tampoco el centro cultural de la plaza principal de Nowa Huta, un espacio que ahora se llama Ronald Reagan Plaza y que marca la intersección de las calles bautizadas con el nombre del general Władysław Anders, el papa Juan Pablo II y el sindicato Solidaridad. En Dunaújváros solo se terminó la mitad de la plaza principal, con lo que quedó algo desigual y aún hoy es fuente de controversia arquitectónica en la ciudad. La inversión en la planta siderúrgica de Stalinstadt se redujo en 1954 de 110 millones a 34 millones de marcos, y la construcción de algunas piezas del ciclo de producción se pospuso indefinidamente^[61]. La inversión en la planta de Sztálinváros se congeló en 1954. Aunque la planta de Nowa Huta siguió creciendo, su ubicación fue motivo de mayor controversia con el paso del tiempo.

A causa de la enorme cantidad de publicidad y propaganda que en un principio se centró en ellas, las tres ciudades socialistas siguieron desempeñando un papel simbólico en la historia posterior de sus respectivos países. En el verano de 1955, Nowa Huta y sus trabajadores se convirtieron en el tema principal de uno de los primeros poemas claramente anticomunistas que aparecieron impresos en Polonia tras la muerte de Stalin. El «Poema para adultos» de Adam Wazyk se mofaba sin miramientos de los campesinos convertidos en obreros, de las pretensiones de los encargados de Nowa Huta y de la encendida propaganda comunista:

*De pueblos y aldeas, llegan en carros de madera
para construir una fábrica y soñar una ciudad,
para excavar de la tierra un nuevo El Dorado.
Un ejército de pioneros, una aglomeración de gente
hacinada en establos, barracas y albergues,
avanza pesadamente y silba con fuerza por las calles cubiertas de lodo:*

*una gran migración, cargada de ambiciones confusas,
el crucifijo de Czestochowa colgado de un cordel al cuello,
una montaña de maldiciones, una almohada de plumas,
un galón de vodka, la lujuria hacia las muchachas...
La gran muchedumbre arrancada de repente
de la oscuridad medieval: una Polonia inhumana,
que aúlla de aburrimiento en las noches de diciembre...* ^[62]

Más adelante, ese mismo «ejército de pioneros», con sus crucifijos y su vodka, apareció en la película de Wajda *El hombre de mármol* (*Człowiek z marmuru*). Narra la historia de un «trabajador de choque» estalinista que se vuelve insignificante y cae en la desilusión. *El hombre de mármol* recibió la autorización para ser distribuida en 1977, gracias a la intervención de Józef Tejchma, el antiguo líder de Jóvenes de Nowa Huta, quien por entonces era el ministro de Cultura polaco.

En las décadas siguientes, la primera ciudad polaca que se construyó sin una iglesia se convirtió también en el centro de una enorme lucha política y religiosa. En 1952, el arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła, celebró una misa al aire libre en el campo donde se suponía que debía construirse la iglesia. Durante las décadas de 1960 y 1970, el clero y las autoridades discutieron sobre financiación y permisos hasta que, finalmente, en 1977, se construyó la iglesia. El cardenal Wojtyła la consagró, en un acto con el que incrementó su importancia tanto a nivel nacional como internacional. Seis años después, Wojtyła —convertido ya en el papa Juan Pablo II— celebró en ella una misa ante una multitud entusiasmada. Nowa Huta se había convertido, y sigue siéndolo, en un símbolo del fracaso totalitarista en Polonia: el fracaso de la planificación, el fracaso de la arquitectura y el fracaso de un sueño utópico.

Los colaboradores renuentes

Nos lo ha dado todo.
 Sol y viento, siempre generoso
 allí donde estuviera, había vida.
 Lo que somos, lo somos por él.
 Nunca nos ha abandonado.
 Aun cuando el mundo pasaba frío, nosotros sentíamos calor. [...]
 El partido, el partido, ¡siempre tiene la razón!
 Y, camaradas, así será siempre,
 porque quien lucha por la justicia,
 siempre tiene la razón. [...]
 Quien defiende a la humanidad,
 siempre tiene la razón. [...]
 Así, con espíritu leninista,
 crece lo que Stalin unió,
 el partido, el partido, el partido

«La canción del partido», 1949

Esto es lo que cuesta explicar a la gente: esa canción —«el partido, el partido siempre tiene la razón»—, creíamos que era la verdad, y por lo tanto así nos comportábamos.

HERTA KUHRIG, BERLÍN, 2006^[1]

Al oído moderno, o tal vez sería más adecuado hablar del oído posmoderno, la letra de «La canción del partido» («Das Lied der Partei»), citada arriba, no suena precisamente emotiva. Al contrario, parece absurda, y después de que Alemania del Este dejara de existir ha sido ridiculizada, parodiada e incluso cantada por el ratón Mickey en un vídeo de YouTube^[2]. Sin una ideología

intacta que las apoyara, las palabras del coro —«¡el partido, el partido, siempre tiene la razón!»— suenan no solo desfasadas, sino ridículas. Es difícil imaginar que alguien pudiera cantarlas con gesto serio.

Sin embargo, quienes cantaban esa canción en la Alemania del Este estalinista no reían, y sin duda la letra se había compuesto muy en serio. Su autor fue un comunista checo-alemán llamado Louis Fűrberg, que había huido a Palestina durante la guerra y había regresado a Praga en 1946. Como judío y antiguo exiliado, en 1949 se había convertido en un sujeto sospechoso en Checoslovaquia, y por lo tanto fue excluido del congreso del partido de ese año. Apenado, o tal vez con la esperanza de cambiar su situación, compuso «El partido siempre tiene la razón». Y después tuvo suerte. En lugar de ir a la cárcel junto con Slánský, lo enviaron a Alemania del Este en calidad de diplomático. Su canción se interpretó en el congreso del partido de Berlín en 1950, donde causó gran admiración. Finalmente fue adoptada como el himno del partido alemán. Después de eso, «La canción del partido» se interpretó con frecuencia, en acontecimientos oficiales y reuniones del partido, hasta bien entrada la década de 1980, siempre con evidente entusiasmo^[3].

¿Por qué? Había quienes cantaban porque tenían miedo de no hacerlo. Pero algunos otros simplemente no prestaban atención a la letra o no les interesaba. En realidad, muchos de los que aplaudían después de los discursos de los líderes, o que repetían consignas durante las concentraciones, o que asistían a desfiles del Primero de Mayo, lo hacían con una extraña ambivalencia. Millones de personas no creían necesariamente en los eslóganes que leían en los periódicos, pero tampoco se sentían impulsados a denunciar a quienes los escribían. No creían necesariamente que Stalin fuera un líder infalible, pero no rompían sus retratos. No creían necesariamente que «el partido, el partido, el partido siempre tiene la razón», pero no dejaban de cantar la canción.

No hay una explicación sencilla de por qué no se resistieron más abiertamente, aunque hoy algunos puedan creer que la hay. El logro realmente extraordinario del comunismo soviético —tal como se concibió en la década de 1920, se perfeccionó en la de 1930 y se extendió por Europa del Este después de 1945— fue la capacidad del sistema para lograr que tanta gente apolítica de tantos países se sometiera sin oponer demasiada resistencia. La devastación de la guerra, el agotamiento de sus víctimas, el terror cuidadosamente dirigido y la limpieza étnica —todos los elementos de la soviétización descritos con anterioridad en este libro— forman parte de la

explicación. Tanto el recuerdo de la violencia reciente como la amenaza de la violencia futura se cernían de manera constante sobre la población. Si una sola persona de un grupo de veinte era arrestada, eso bastaba para mantener a las otras diecinueve asustadas. La red de informantes de la policía secreta era omnipresente, y aun cuando no lo era, la gente creía que podía serlo. La inevitable y repetitiva propaganda en las escuelas, en los medios de comunicación, en las calles, y en toda clase de reuniones y acontecimientos «apolíticos» hizo que las consignas parecieran forzosas y el sistema, inevitable. ¿Qué sentido tenía oponerse?

Además, las autoridades utilizaban a menudo un lenguaje muy atractivo. La reconstrucción, si bien habría avanzado de un modo más rápido y efectivo en el contexto de un sistema político distinto, sin duda se estaba produciendo. Aunque a menudo fueron demasiado ambiciosas, las autoridades comunistas declararon la guerra a la ignorancia y al analfabetismo, se alinearon con las fuerzas de la ciencia y el progreso técnico y atraieron a quienes creían que la sociedad podría ser reconstruida tras una guerra tan terrible. Jerzy Morawski, miembro del Politburó durante los años cincuenta, recordó con nostalgia que «al principio me quedé muy impresionado con el entusiasmo. Pensé que crearíamos una nueva Polonia, distinta a la Polonia de antes de la guerra [...] que cuidaríamos de todos aquellos que en el pasado habían sido maltratados^[4]». Otro polaco, en la época un oficial subalterno, recordó que «el trabajo esperaba a la gente, y no al revés, se estaba reconstruyendo Polonia, se estaba reconstruyendo la industria, todo el mundo podía estudiar. Se construían nuevas escuelas, institutos, y todo era gratuito^[5]».

Entretanto, la destrucción sistemática de fuentes alternativas de autoridad y de sociedad civil, también descrita en los capítulos anteriores, implicó que quienes cuestionaban el sistema y sus valores se sintieran solos y aislados. El escritor satírico Jacek Fedorowicz creció en una familia que albergaba serias dudas sobre el régimen, pero él no sabía lo que sus compañeros de clase opinaban sobre el régimen, y jamás se lo preguntó: «El terror era tal que nadie hablaba de ello^[6]».

Los comunistas también contaron con una claqué de seguidores influyentes en Occidente, entre ellos lumbreras e intelectuales como Jean-Paul Sartre y Pablo Picasso, quienes proporcionaron un lustre de legitimidad a la ideología comunista y consiguieron que muchos europeos del Este sintieran que no eran solo sujetos comunistas, sino parte de una vanguardia continental. Al fin y al cabo, gran parte de Europa occidental estaba virando hacia la

izquierda, así que ¿por qué no iba a hacerlo también Europa oriental? El propio Picasso visitó Polonia en 1948 para asistir al Congreso Mundial de Intelectuales en favor de la Paz. Aunque apagó los auriculares y se negó a escuchar la traducción cuando los invitados soviéticos empezaron a insultar el existencialismo y a T. S. Eliot, pareció estar de acuerdo con todo lo demás^[7]. Se quedó allí dos semanas, donó algunas piezas de cerámica pintadas a mano al Museo Nacional y dibujó una sirena, el símbolo de Varsovia, en la pared de uno de los nuevos «apartamentos para los trabajadores» de estilo realista socialista del centro de Varsovia. Lamentablemente, los trabajadores se sintieron molestos por la cantidad de gente que iba a ver el dibujo y terminaron pintando la pared^[8].

También hubo descarados sobornos de toda clase, desde los trabajos bien remunerados y casas exclusivas para los artistas y escritores famosos al incremento de sueldo que se ofreció a los técnicos y científicos alemanes que aceptaron quedarse en el Este. A un nivel más bajo de la escala, los empleados estatales a menudo recibían comida a un precio muy bajo, o gratuitamente, mejores viviendas y cupones de racionamiento. En las esferas más altas, los privilegios podían ser muy elaborados, sobre todo teniendo en cuenta el nivel de vida de la época. En 1946, el secretario del partido de la ciudad húngara de Csákberény organizó una cena de gala en la casa de campo que había confiscado a la alta burguesía. Un invitado recuerda bien esa velada:

La casa estaba iluminada, decorada con antorchas. A la derecha de la entrada, el club de caza hacía guardia vestido de uniforme, a la izquierda estaban los líderes de las juventudes del partido con las camisas azules y los pañuelos rojos [...] [fuera] varias limusinas de Estados Unidos aparcadas entre dos jeeps militares soviéticos, varias motocicletas y algunos coches de caballos. También había un coche de la policía. [...] Dentro, sobre la larga mesa, había un cerdo asado, caviar y pavo, y también un jabalí, un faisán y un ganso de corral. Un fuerte vino de Merano procedente de los viñedos requisados se sirvió en vasos de cristal de botellas de cristal...^[9]

En Budapest y Berlín, los líderes del partido pudieron elegir las propiedades que la burguesía había tenido que abandonar. En Varsovia, la élite del partido solía pasar su tiempo libre fuera de la ciudad, en el barrio de Konstancin, donde disponían de sus propios comedores y sala de cine, y donde estaban protegidos por guardias armados que obedecían órdenes soviéticas. Según Józef Swiatło, el agente de la policía secreta que desertó en 1953, el jardín que rodeaba la casa de Bolesław Bierut estaba «plagado de hombres con traje oscuro y maletín, o con las manos en los bolsillos» cuando Bierut y su mujer residían allí. «Están por si “las masas” deciden ir a saludarlo, Dios no lo quiera.» Tal descripción puede parecer un poco

exagerada, pero concuerda con el recuerdo que Joel Agee tiene de los años de su infancia que pasó en la casa de su padrastro, un escritor de Alemania del Este que también vivió en un lugar fuertemente vigilado en las afueras de Berlín. La casa de Wilhelm Pieck estaba cerca, como Agee recordó: «Frente a ella había siempre muchas limusinas negras, y coches blindados y jeeps. Una valla de alambre de espino rodeaba el lugar, patrullado por guardias. Se percibía fácilmente que era mejor no acercarse demasiado^[10]».

Los empleados de la policía secreta podían ofrecer también otros servicios. Todos los cocineros, camareros y señoras de la limpieza de Bierut eran empleados del Ministerio de Seguridad, según Swiatło, y el presupuesto del ministerio pagaba sus sueldos. Otros dignatarios disponían de una plantilla de empleados igualmente numerosa y de residencias igualmente grandes. Stanisław Radkiewicz, el jefe de la policía de seguridad, tenía un apartamento en Varsovia, una casa de campo en Konstancin y cuatro coches con cuatro chóferes que lo llevaban de un lado a otro. Pero incluso a un nivel inferior, los viceministros y altos cargos de la policía de seguridad como Swiatło «teníamos apartamentos gratuitos con servicio, y coches a nuestra disposición», además de ropa, zapatos, mantas, ropa de cama, e incluso calcetines, guantes y maletines, todo gratuito^[11].

También había recompensas económicas para la gente dispuesta a colaborar en secreto con el régimen, en particular si aceptaba cambiar de bando. Una de las primeras operaciones de espionaje más exitosas de la Stasi, Aktion Pfeil, fue posible porque un simple mensajero del Servicio de Inteligencia de Alemania Federal (el Bundesnachrichtendienst, o BND) fue captado con suma facilidad. El mensajero, Hans-Joachim Geyer, era un antiguo miembro del partido nazi y llevaba tan solo unas pocas semanas trabajando para el BND cuando lo detuvieron. Durante el interrogatorio se declaró culpable, pero dijo que «creía que podría ser de ayuda...».

La Stasi lo puso en nómina de inmediato: su primer pago se efectuó el 12 de diciembre de 1952. Geyer siguió viajando a Berlín Oeste para reunirse con sus contactos. Cada vez que informaba a la Stasi les presentaba sus recibos, algunos de los cuales se guardaron cuidadosamente en los archivos de la Stasi y allí siguen aún hoy. Entre ellos se encuentran la factura de una óptica, seis entradas de circo, y recibos de libros, equipo deportivo y artículos de cuero. La lista de Navidad de Geyer (supuestamente regalos para su familia) incluía galletas de chocolate, coco, un par de calcetines para niño, mazapán, albaricoques, un traje nuevo y pañuelos.

Al parecer, el hombre lo valía. Gracias a Geyer, escribió un agente, la Stasi había logrado «arrestar a 108 espías del BND en Alemania del Este» y obtener cientos de documentos originales. Aunque, finalmente, en el otoño de 1953 lo hicieron regresar después de que fuera descubierto, recibió numerosas medallas del Estado de Alemania del Este, e incluso después de su muerte, la RDA siguió pagando una cuantiosa pensión a su viuda^[12]. La Stasi pagó la educación de sus hijos, y también su matrícula en la facultad de medicina. Ambos fueron médicos.

De manera consciente o inconsciente, el expediente de antecedentes de la Stasi sobre Geyer revela muchos datos de la personalidad de alguien a quien podía sobornarse para conseguir su colaboración. Geyer, escribieron los supervisores de su caso, «quiere complacer a todo el mundo». Además, «vive entregado a su mujer y a sus hijos y a la propiedad en la que vive. No bebe en exceso. No se ha descubierto nada inmoral sobre él». Era un hombre «políticamente indiferente», pero «fácilmente influenciable», y se sugirió que los instructores lo formaran en «pensamiento lógico y el método dialéctico». Al parecer, también acató eso.

A unos pocos elegidos, el sistema comunista también ofreció extraordinarios ascensos —el «avance social» descrito en el capítulo 13— y excelentes oportunidades para quienes seguían sus directrices. El nuevo sistema educativo y la nueva ideología en los lugares de trabajo también generaron fracasados —profesores e intelectuales con una sensibilidad de antes de la guerra, trabajadores especializados de más edad, jóvenes que no pudieron o no quisieron acatar las normas—, pero también produjo muchos triunfadores. Entre ellos estaban los nuevos profesores y trabajadores que reemplazaron a los anteriores, nuevos escritores que sustituyeron a los anteriores, y nuevos políticos que también ocuparon el lugar de sus antecesores. Jacek Kuron, en la época un activista de la Unión de Jóvenes Polacos (y más adelante un famoso disidente), observó los resultados de la política de «avance social» en su barrio de Varsovia durante la década de 1950:

En el comité de dirección del grupo de la Unión de Jóvenes Polacos de la zona se veía a simple vista. ¿Quién llegaba allí? Muchos jóvenes procedentes de las casas más pobres de Marymont, de los barrios marginales de antes de la guerra, de las chozas construidas con ladrillos que se habían rescatado de los escombros, así como de las antiguas casas de oficiales en Zoliborz, que se habían convertido en residencias de los desempleados y ahora también eran viviendas insalubres. En realidad, la gente que llegaba había formado parte, hasta hacía poco, del escalafón más bajo de la sociedad. Y todos conocían a alguien en el poder. Un tío, un cuñado, un amigo que en el pasado había frecuentado el barrio y ahora trabajaba en el Departamento de Seguridad, el ejército, la milicia, el comité regional o nacional del partido. [...] Era muy significativo que esos jóvenes

sentían que mandaban. Y durante un período de tiempo, sobre todo en el barrio, lo hicieron^[13].

El régimen comunista pedía muy poco a cambio de esa recién adquirida sensación de control y poder: tan solo pedía a sus beneficiarios que hicieran la vista gorda de vez en cuando ante las posibles contradicciones entre la propaganda y la realidad. A algunos les pareció un precio muy bajo que pagar a cambio de un rápido progreso social.

Aun así, la mayoría de la gente sometida a los regímenes comunistas no sucumbió a los abundantes sobornos, las furiosas amenazas ni a las elaboradas recompensas. La mayoría de esas personas no querían ser jefes de partido ni disidentes ofendidos. Querían seguir con sus vidas, reconstruir sus países, educar a sus hijos, alimentar a sus familias y mantenerse alejadas de quienes ocupaban el poder. Sin embargo, la cultura de la Europa del Este durante la fase final del estalinismo hizo imposible optar por una neutralidad silenciosa. Nadie podía ser apolítico: el sistema exigía que todos los ciudadanos alabaran constantemente sus virtudes, aunque fuera con renuencia. Y así, la inmensa mayoría de los europeos del Este no hicieron un pacto con el diablo ni le vendieron sus almas para convertirse en informantes, pero sí sucumbieron a una presión económica y psicológica diaria, constante y generalizada. El sistema estalinista sobresalió en la creación de numerosos grupos de personas contrarias al régimen que sabían que la propaganda era falsa, pero que aun así se sintieron obligadas por las circunstancias a acatarlo. A falta de una expresión mejor, los llamaré colaboradores «resistentes» o «renuentes».

Wolfgang Lehmann, por ejemplo, tras regresar de un campo de trabajos forzados en Siberia quiso conseguir trabajo en la construcción en Alemania del Este. Con sus antecedentes, sin embargo, no lo aceptaban en ningún sitio. El ingeniero jefe le recomendó que se inscribiera en la Sociedad de Amistad Germano-Soviética. Así lo hizo. Además, consiguió que un amigo ruso escribiera una carta en la que certificaba que Lehmann había sido un buen amigo de la URSS mientras estuvo en el Gulag. Consiguió el trabajo^[14]. Michał Bauer, un soldado del Ejército Nacional que también había estado en el Gulag, encontró trabajo en una compañía estatal unos años después. Todos los días, los trabajadores tenían que reunirse para escuchar la lectura de los periódicos de la mañana. En ocasiones tuvo que presidir las sesiones, aunque él nunca había mostrado ninguna simpatía por el comunismo: «Me decían “Bauer, mañana te encargarás tú de la prensa, busca un tema” [...] y si no lo hacías, podían echarte del trabajo^[15]».

El músico Andrzej Panufnik tampoco sentía ningún aprecio por un sistema que le parecía «artística y moralmente deshonesto. [...] Mi imaginación musical se revolvía al pensar en reflejar “la lucha de la gente en su victoriosa marcha hacia el socialismo”». Después de la guerra, Panufnik solo quería reconstruir su país y componer música. Sin embargo, para que le permitieran hacerlo tuvo que afiliarse a la Unión de Compositores Polacos. Y cuando a todos sus miembros les ordenaron que compitieran para componer una nueva «canción del partido unido», se vio obligado a hacerlo: si se negaba, le dijeron, no solo perdería su trabajo, sino que la unión perdería la ayuda económica por parte del Estado. Compuso una canción «literalmente en unos minutos, encajando el ridículo texto en el primer revoltijo de notas que me vinieron a la cabeza. Era una porquería, y me sonreí al enviarlo a los jueces». Para su vergüenza eterna, ganó el primer premio^[16].

Estos ejemplos no son ni mucho menos inusuales. En la década de 1950, mucha gente en Europa del Este tenía empleos estatales, vivía en propiedades de titularidad estatal y enviaba a sus hijos a escuelas del Estado. Dependían del Estado para la asistencia médica y compraban la comida en tiendas de titularidad estatal. Como es comprensible, tomaban muchas precauciones para no desafiar al Estado, salvo en circunstancias extremas. Y, la mayor parte de las veces, sus circunstancias no eran extremas, porque en tiempos de paz las circunstancias de la mayoría de la gente nunca lo son.

En 1947, por ejemplo, los administradores militares soviéticos de Alemania del Este aprobaron la orden número 90, una regulación que dirigía la actividad de las editoriales y las imprentas. En esencia, la norma dictaba que todas las imprentas debían obtener una licencia, y que las imprentas con licencia solo podían imprimir libros y panfletos que hubieran sido aprobados y sellados por los censores oficiales. El incumplimiento de esas sencillas directrices no conllevaba el arresto ni la ejecución, pero podía resultar en una multa para el impresor o en el cierre de su negocio^[17]. La orden ofrecía al propietario de una imprenta de Dresde o de Leipzig una elección muy clara. Podía obedecer la ley e imprimir solo lo que estaba permitido. O podía quebrantar la ley y perder su licencia, y en consecuencia su medio de vida. Para la mayoría de la gente, no merecía la pena. Para quienes tenían una mujer enferma, un hijo en un campo soviético o unos padres ancianos a los que mantener, los incentivos para permanecer dentro de lo estipulado por la ley eran aún mayores.

Y una vez que el impresor de Dresde se hubiera comprometido a ello,

otros seguirían su ejemplo. Podía detestar la ideología comunista, pero cuando le entregaran las obras completas de Stalin accedería a imprimirlas. Podía detestar la economía comunista, pero cuando se le entregara un manual sobre marxismo probablemente también lo imprimiría. ¿Por qué no iba a hacerlo? No había consecuencias: nadie resultaría perjudicado ni iría a la cárcel. Pero si se negaba, entonces él y su familia tendrían serios problemas, y, en cualquier caso, siempre habría alguien dispuesto a imprimirlo.

Entretanto, por toda Alemania del Este los propietarios de otras imprentas estaban tomando las mismas decisiones. Al cabo de un tiempo —sin que nadie fuera asesinado, sin que nadie fuera a la cárcel y sin que nadie sufriera siquiera leves remordimientos de conciencia—, los únicos libros que podían leerse eran los que las autoridades habían aprobado. Algún tiempo después, ya no quedaba ninguna imprenta privada. Es posible que ninguno de esos impresores se considerara jamás colaborador del régimen, y aún mucho menos comunista. Y aun así, cada uno de ellos contribuyó de algún modo a la creación del totalitarismo. Lo mismo sucedió con todos aquellos que asistieron a un curso en la universidad sobre marxismo-leninismo para convertirse en médicos o ingenieros, todos los que se afiliaron a una unión de artistas para convertirse en pintores, todos los que colgaron un retrato de Bierut en su oficina para conservar su trabajo, y, por supuesto, todos los que se sumaron a las multitudes que cantaban «el partido, el partido, el partido siempre tiene la razón».

La experiencia de vivir en una sociedad que obligaba a todos sus integrantes a parecer entusiasmados, y que los obligaba a decir y hacer cosas en las que no creían, al final tuvo graves consecuencias psicológicas. Pese a todos los esfuerzos del Estado, pese a la educación y a la propaganda, mucha gente conservó una sensación de desunión e incomodidad. «Una vez estaba gritando desde la tribuna, en un encuentro en la Universidad de Wrocław, y al mismo tiempo sentía pánico por la idea de verme allí gritando. [...] Me dije que estaba intentando convencer [a la multitud] a gritos, pero en realidad estaba intentando convencerme a mí mismo», recordó el escritor Jacek Trznadel^[18]. Panufnik, el compositor, no dejaba de dar vueltas a qué y cómo componer. No soportaba «el lenguaje musical del siglo XIX» que el régimen prefería, pero tampoco quería que lo acusaran de «profesar el arte del Occidente corrompido», sobre todo después de que naciera su hija. Buscó refugio en la reintroducción de la música polaca antigua de los siglos XVI y XVII: «Así pude ayudar a reconstruir una pequeña parte de nuestra herencia

perdida, trabajando más como especialista que como compositor^[19]». Si el talento del totalitarismo fue conseguir que la gente se conformara, ese fue también su defecto fatal: la necesidad de avenirse a una realidad política falaz provocó en muchas personas la sensación de estar viviendo una doble vida.

Lily Hajdú-Gimes, psicoanalista freudiana, tal vez fuera la primera en diagnosticar eso como un problema en sus pacientes, además de en sí misma. «Juego al juego que ofrece el régimen —dijo a unos amigos—, pero en cuanto aceptas las normas, caes en una trampa.» Hajdú-Gimes fue miembro de la Asociación de Psicoanalistas de Hungría, en el pasado una influyente comunidad de mayoría judía que se había visto diezmada por la guerra. Decididos a reagruparse y retomar su actividad, los miembros de la asociación habían empezado a mantener reuniones quincenales en marzo de 1945, y algunos de ellos, entre los que estaba Hajdú-Gimes, se habían afiliado al movimiento comunista. Algunos hacían esfuerzos intelectuales para conciliar a Freud con el marxismo, examinando, por ejemplo, el papel de la inseguridad económica en el desarrollo de la neurosis. El nuevo Ministerio de Salud permitió que el grupo abriera dos consultas, y varios de sus miembros se incorporaron a la facultad de medicina con la esperanza de que con el tiempo su especialidad fuera reconocida y se les adjudicara su propio departamento. Hajdú-Gimes terminó trabajando en el principal hospital psiquiátrico público.

Ese breve renacimiento duró poco. El psicoanálisis freudiano llevaba muchos años siendo un tabú en la Unión Soviética —estaba demasiado centrado en el individuo, aceptaba demasiado el comportamiento irracional y subconsciente, y estaba muy poco interesado en la política—, de modo que tendría que ser prohibido también en Hungría. Los ataques contra el grupo comenzaron en 1948, a raíz de la publicación de un despiadado artículo académico titulado «El freudismo como la psicología doméstica del imperialismo». Tras su aparición, otros empezaron a utilizar términos como «burgués-feudal», «antisocial» o «irracionalista» para describir la profesión^[20]. El filósofo György Lukács llamó a los psicoanalistas «reaccionarios» que anhelaban una dictadura de clase angloamericana^[21].

Algunos psicoanalistas abandonaron la profesión. Otros buscaron una posición intermedia. En un intento por adaptarse a la nueva situación, Hajdú-Gimes y un colega, Imre Hermann, dieron un paso más allá con respecto a sus intentos anteriores y escribieron una carta a Lukács en la que se mostraron de acuerdo con algunas de sus críticas —«los imperialistas en sus propios países

intentan utilizar el psicoanálisis en su propio beneficio»—, pero se opusieron al antisemitismo latente en algunos de los ataques^[22]. Recibieron una severa reprimenda: «Les pediría encarecidamente, camaradas, que no desviaran los debates ideológicos importantes por el camino de la vulgar demagogia». La asociación tuvo miedo y se disolvió voluntariamente en 1949. Hajdú-Gimes y Hermann firmaron una declaración en la que se declaraba que «el psicoanálisis es producto del capitalismo decadente y la ideología contraria al Estado». Los libros de Freud, Adler y Jung fueron prohibidos. Hermann fue despedido de la universidad, y varios psicoanalistas fueron detenidos^[23].

Después de eso, los psiquiatras húngaros siguieron los métodos soviéticos, la mayoría de los cuales consistían en los más rigurosos métodos del electrochoque y la terapia de insulina —también populares en gran parte de Occidente, por supuesto—, y cuyo objetivo principal era convencer a la gente para que se sometiera. Un psicoanalista que en ese momento estaba en período de formación recordó que el «agotamiento» fue uno de los diagnósticos más frecuentes después de la guerra y el sueño inducido médicamente, una de las principales formas de terapia: «Ni siquiera a la gente traumatizada por los campos de concentración o por el Holocausto se la diagnosticó como tal [...] no se hablaba de trauma, solo había negación, porque los propios psicoanalistas vivían en la negación». Opinó que Hajdú-Gimes, una de sus profesoras, también había negado su trágico pasado. Aunque había perdido a su marido en el Holocausto, jamás habló de ello^[24].

Tal vez viviera en la negación también en otros sentidos, pues Hajdú-Gimes, Hermann y otros freudianos entregados siguieron ejerciendo su verdadera profesión en secreto. Hajdú-Gimes atendía a pacientes en su casa e incluso organizaba sesiones de formación freudiana en apartamentos de particulares. En público aceptaba la visión oficial de la psique humana como innatamente conformista. En privado escuchaba a sus pacientes, entre ellos supervivientes del Holocausto e hijos de comunistas encarcelados o que habían sido ejecutados, cuando le descubrían sus demonios, tan únicos y personales. Uno de esos pacientes recordó más adelante que la experiencia del psicoanálisis en el Budapest de 1948 fue muy extraña, puesto que la honestidad en esa época podía resultar muy peligrosa: «Yo decía toda la verdad. [...] Y me sentía amenazado mientras me psicoanalizaban. Solía preguntarme: “¿Ya lo sabía? ¿Puedo confiar en él? ¿Y si me delata?”». La situación del psicoanalista no era menos precaria. Después de que un paciente de Hermann fuera condenado a muerte durante el juicio de Rajk, él mismo se

vio de inmediato amenazado: si su paciente mencionaba su nombre, podría ser arrestado^[25]. Para Hajdú-Gimes, la presión a la que vivía sometida resultó excesiva, en particular después de que el régimen ejecutara a su hijo tras la revolución de 1956. En 1960 se suicidó^[26].

La doble vida de Hajdú-Gimes fue especialmente traumática, pero no un caso excepcional. Antoni Rajkiewicz luchó con el «batallón de los campesinos» del Ejército Nacional durante la guerra, después se afilió al partido, lo abandonó disgustado en 1946 y fue arrestado durante un breve período en 1948. Sin embargo, era inteligente y ambicioso y quería obtener un doctorado en una de las universidades más prestigiosas, la Escuela de Planificación Central y Estadística, así como contribuir de manera positiva al desarrollo de su país. Decidió que podía aceptar algunas ideas del partido —la importancia que concedía a la educación y al progreso científico, por ejemplo—, aunque siguiera rechazando otras. Además, no había más opciones. Solicitó una plaza y fue admitido. Estudió con varios profesores rusos que habían sido trasladados allí para enseñar planificación central a los polacos, utilizando libros de texto traducidos del ruso. Volvió a afiliarse al partido y empezó, en sus propias palabras, a llevar una doble vida: «Tenías que comportarte de manera distinta y hablar distinto, en las reuniones oficiales y las reuniones del partido, y de manera distinta con tus amigos^[27]».

Rajkiewicz, como muchos jóvenes miembros del partido, mantuvo el contacto con sus amigos del Ejército Nacional y discutió abiertamente de política con ellos. Sin embargo, siempre tuvo mucho cuidado con lo que decía cuando estaba en la universidad. Nadie daba instrucciones, pero «era posible intuir, por lo que publicaban periódicos como *Trybuna Ludu*, lo que estaba permitido y lo que no». Rajkiewicz nunca ignoró los errores del sistema, ni pasó por alto sus injusticias. Sin embargo, no vio ninguna otra forma de poder estudiar, trabajar y vivir en la Polonia comunista. Como Wanda Telakowska, fue un positivista que creía en las soluciones prácticas y en salir adelante. Su «doble vida» perduró hasta la muerte de Stalin, cuando el círculo de gente con la que se podía hablar abiertamente se volvió más amplio.

Para Rajkiewicz, la división fue entre sus amigos y su vida profesional. Para Jacek Fedorowicz, más adelante actor y artista de cabaret, la división fue entre su casa y la escuela. Fedorowicz entendió intuitivamente, ya de niño, que había cosas que podía decir en casa, pero que no podía repetir en la escuela. Como señala un contemporáneo suyo: «Es curioso lo rápido que aprendimos ese código, ya cuando estábamos en primaria, sin apenas ningún

conocimiento de política [...] sabíamos exactamente lo que podíamos decir en entornos distintos, en la escuela, entre amigos íntimos y no tan íntimos, en casa o de vacaciones^[28]». Como Rajkiewicz, Fedorowicz procedía de una familia del Ejército Nacional y a su padre le denegaron el permiso para trabajar en Gdansk, obligando a su familia a trasladarse. Sus padres reafirmaron su impresión infantil sobre las normas distintas —incluso de las distintas definiciones de las palabras— que regían en casa y en la escuela. Una vez, cuando le pidieron que hiciera el juramento scout, fue a casa y le preguntó a su madre si era correcto jurar lealtad a la «democracia» si eran los rusos quienes habían llevado la «democracia» a Polonia. La mujer le explicó que había dos clases de democracia: la democracia «real» y la democracia «soviética». Tenía que admirar la primera y mantenerse alejado de la segunda.

Fedorowicz también recibió pistas de libros y revistas infantiles; pistas que sus autores habían dejado sin darse cuenta. Era especialmente aficionado a una revista infantil llamada *Swiat Przygód* («Mundo de Aventuras») que le gustaba leer porque contenía tiras cómicas. Sin embargo, en un momento determinado la revista cambió su nombre por el de *Swiat Młodych* («Mundo de la Juventud») y dejó de ser interesante y de publicar tiras cómicas. (Es de suponer que las tiras cómicas, un invento capitalista, se consideraban ideológicamente incorrectas.) A medida que el mundo oficial se volvía más aburrido, Fedorowicz sintió que se distanciaba cada vez más de la escuela y adoptó una actitud más reacia a hablar con sinceridad cuando estaba allí.

Fedorowicz tuvo algunos maestros que también se mantenían distanciados del régimen; recordó uno que solía explicarles con cautela que «los marxistas piensan así, mientras que nosotros pensamos asá». Años después, consideró que casi todo el mundo había sobrestimado la efectividad de la propaganda comunista y, como resultado, había sobrevalorado la cifra de gente que apoyaba al sistema. Pero como Hajdú-Gimes, a él también le parecía imposible vivir en un país comunista y no verse, de algún modo, afectado o deformado por el sistema: las pequeñas concesiones, como murmurar una canción o firmar una petición de paz, eran inevitables^[29].

Las experiencias infantiles de Karol Modzelewski fueron aún más contradictorias y confusas. Modzelewski nació en Rusia, hijo de un oficial ruso y de una comunista polaca. Tres semanas después de su nacimiento en 1937, su padre fue arrestado, y a él lo enviaron a un orfanato ruso, donde vivió durante varios años. Pero cuando su madre volvió a casarse, lo sacaron del orfanato. El padrastro de Karol fue Zygmunt Modzelewski, un comunista

que fue el embajador polaco en la URSS durante 1945-1947, y más adelante ministro de Asuntos Exteriores. Modzelewski no supo que su padre biológico había sido arrestado hasta 1954 —por casualidad, a través de un compañero de clase—, cuando tenía diecisiete años, y solo entonces habló de la verdadera historia de la vida de su padre con su madre.

Años después, reconoció que esa conversación había sido posible porque Stalin había muerto: «Antes, nadie contaba cosas así a un niño, porque siempre se corría el riesgo de que el niño contara el secreto. Era peligroso para el niño, pero también para sus padres». La mujer de Modzelewski había sido expulsada del jardín de infancia a los tres años de edad, después de la muerte de Stalin, porque le dijo a su maestra: «Mi abuelo dice que Stalin ya está ardiendo en el infierno». La maestra la envió a su casa, no como castigo, sino porque el riesgo que corrían su abuelo y la escuela era demasiado grande.

Los padres de Modzelewski lo protegieron con tanto cuidado de sus crecientes dudas sobre el sistema político polaco, que de pequeño lo aterrorizaban sus comentarios críticos ocasionales. Después del arresto del general Wacław Komar en 1952, en relación con los juicios amañados de la época, le explicó a su padrastro, repitiendo lo que le habían enseñado sus maestros, que Komar era un espía: «Mi padrastro me gritó [...] jamás me insultó tanto como ese día. Le dije que lo habían arrestado. Mi padrastro replicó: “Que lo hayan arrestado no significa que sea culpable”. Era una verdad muy banal, pero en ese momento me impactó muchísimo. Si él estaba en lo cierto, significaba que las autoridades estaban arrestando a ciudadanos inocentes. ¿Quién podía decir algo así? Solo un enemigo...».

Extrajo conclusiones similares después de preguntar sobre un cambio que se había producido en el sistema de racionamiento de la comida. Su padrastro espetó: «Es para que la gente coma menos y trabaje más». Modzelewski se quedó asombrado: «Solo un enemigo podría decir algo así. [...] Lo recuerdo porque en esa época se vivía una tensión tremenda, tuve que negarlo de algún modo para rebajar la discordancia. [...] No lo reconocía como al enemigo, pero sin duda hablaba como si lo fuera. Aún hoy recuerdo esa sensación, después de tantos años^[30]».

Los Modzelewski no fueron los únicos en lidiar con información difícil guardando silencio. Krzysztof Pomian, otro descendiente de una familia comunista, recordó que «simplemente no se hablaba de los arrestos, se aceptaban sin ningún comentario. Y como no era un tema de discusión, tampoco lo era de reflexión». En 1952, él y un amigo judío quedaron para leer

informes de los juicios amañados en Praga. El amigo le preguntó qué opinaba del juicio de Slánský y Pomian respondió que no tenía ninguna opinión al respecto: «No es más que otro juicio». Su amigo estalló: «¿No te das cuenta de que es un asunto antisemita?». Esa fue la primera conversación que mantuvo sobre los juicios, y también la primera vez que reflexionó sobre ellos^[31].

El sentimiento de lealtad dividida invadió también a algunos que se encontraban más cerca de los centros de poder. Al volver la vista atrás, Jerzy Morawski, entonces un líder de la Unión de Jóvenes Polacos, no dudó de su entusiasmo juvenil por la causa comunista, aun durante el período estalinista de los años cincuenta. Sin embargo, incluso entonces era consciente de que las reuniones del partido eran, hablando claro, aburridas: «Era muy rígido todo aquello. Y había una intolerancia enorme. Todo el mundo tenía que estar de acuerdo. Todo el mundo tenía que pensar igual, actuar igual [...] y esa rigidez destruyó el entusiasmo».

Más adelante, Morawski se convirtió en un importante burócrata de la propaganda; más concretamente, fue el hombre que decidía qué consignas estalinistas se utilizarían en los espacios públicos. Sin embargo, aun en ese puesto de autoridad, tenía sentimientos encontrados sobre su trabajo: «Algo en mi interior me dijo siempre que aquello no estaba bien, que era poco atractivo estéticamente [...] pero, por otro lado, era así como captábamos a la gente^[32]». Tal vez este no sea un recuerdo totalmente honesto —por supuesto, a posteriori es fácil decir que uno se sentía incómodo—, pero el problema de los sentimientos divididos fue reconocido por otros, incluso en la época. «La gente se ha vuelto astuta tras doce años de régimen nazi —comentó un profesor de Leipzig a un conocido suyo del partido—, y si sospecha que alguien tiene algo que ver con el poder estatal, y eso incluye también a miembros del partido, mantiene la boca cerrada^[33]».

El hecho de dividir la personalidad entre la casa y la escuela, los amigos y el trabajo, el ámbito privado y el público, fue una forma de hacer frente al requisito de colaboración. Otros optaron por lo que Iván Vitányi llamó «un lavado de cerebro a mí mismo». No fue lo mismo que el esfuerzo decidido de Oskar Nerlinger para transformarse de pintor abstracto a artista del socialismo realista, sino algo más autosilenciador. Después de la guerra, Vitányi había sido un entusiasta activista en una de las universidades populares de Budapest, y un aplicado estudiante de la música campesina y el baile tradicional. Sin embargo, después de oponerse a la eliminación de la cúpula

de Nékosz en 1948, fue expulsado de su facultad y sometido a un juicio interno del partido. Finalmente, no lo expulsaron del partido. Sin embargo, el caso Rajk había comenzado y una sensación de amenaza se había colado en los medios de comunicación. Aunque él era miembro del régimen, habiendo aceptado un trabajo en el Ministerio de Cultura, Vitányi manifestó: «No pensaré y no me enfrentaré al país. No sé nada y no quiero saber nada. Quiero hacer mi trabajo».

De ser un joven hablador y casi discutidor, pasó a convertirse en alguien silencioso. Y aunque años después admitió que podría discutirse si esa táctica de «autolavado de cerebro» fue buena o no, «yo sobreviví». En público se comportó como sabía que debía hacerlo. Se guardó sus pensamientos para sí. No fue arrestado. Y eso, en la época, se consideraba un importante logro profesional^[34].

En lugar de guardar silencio, otros eligieron olvidar partes de su biografía o pasar por alto, de manera consciente, los hechos desagradables. Esas fueron las tácticas que empleó Elfriede Brüning, la periodista y novelista de Europa del Este que había sido miembro del partido comunista antes de la guerra — incluso había conocido a Ulbricht siendo una niña— y que había sido encarcelada por los nazis. Al término de la guerra llevaba una vida tranquila en la casa de campo de los padres de su marido, donde esperó con alegría la llegada de los rusos y la celebró cuando finalmente se produjo^[35].

Una vez terminada la guerra, Brüning se implicó con entusiasmo en la vida cultural del comunista Berlín Este. Se incorporó a la Kulturbund y empezó a trabajar en su publicación semanal, *Sonntag*, con la esperanza de convertirse en periodista. En uno de sus primeros artículos, describió su viaje a Berlín montada en un camión cargado de cebollas y zanahorias. Al llegar a la ciudad, el camión quedó rodeado de mendigos y mujeres que sostenían a sus hijos en alto: «¡Una zanahoria para mi hijo, una zanahoria!». Entregó el artículo a su director, quien lo rechazó: «Envíalo al *Tagesspiegel*», el periódico de Berlín Oeste, le dijo. Ella lo miró sorprendida. ¿De verdad quería que se lo diera al *Tagesspiegel*? En el Este, le explicó el director con desdén «estamos para irradiar optimismo». Su artículo era demasiado negativo: tenía que mostrar el presente como debería ser, no como era.

Brüning nunca se planteó dar su artículo al *Tagesspiegel* y nunca consideró trabajar para un periódico del Oeste. Todos los amigos de Brüning estaban en el Este, y ella misma pertenecía, cultural e intelectualmente, al movimiento comunista. Así, se convenció de que ese «optimismo» era

importante, y que, en cualquier caso, lo que importaba realmente eran los objetivos finales del comunismo, y no los errores cometidos durante el proceso. No le gustaban muchas cosas del nuevo sistema: «El culto a la personalidad de Stalin [...] las ridículas pancartas por todas partes [...] consignas como “todas las cerdas inseminadas artificialmente suponen una bofetada a los belicistas imperialistas^[36]”». Se opuso a las cartillas de racionamiento que dividían la población en clases y al sistema de dos comedores en los lugares de trabajo, «uno donde se servía un guiso para los trabajadores, y otro [con comida mejor] para los ingenieros y los jefes de departamento». Sin embargo, no flaqueó: «Nos inundaba el deseo de contribuir a la construcción, y de convencer a la gente que había creído en Hitler no hacía tanto tiempo de que ahora queríamos hacer lo correcto».

En su autobiografía, Brüning deja claro que, hasta cierto punto, siguió creyendo que había hecho lo correcto. A menudo compara los logros del Este con los del Oeste: «¿Acaso no enviamos a los hijos de los obreros a la universidad? ¿No liberamos a las mujeres de su inmadurez, no les proporcionamos acceso a todas las profesiones y les garantizamos los mismos derechos que tenían los hombres, como el mismo sueldo por el mismo trabajo, algo que hoy en día aún no se ha conseguido en el Estado occidental? Estábamos convencidos de que éramos el Estado mejor [...] nos sentíamos orgullosos de nuestra supuesta independencia y creíamos que íbamos por el buen camino^[37]».

Brüning aprendió a racionalizar sus opciones, a situar los hechos en un contexto más amplio y a pensar a largo plazo. Sin embargo, nunca negó la evidencia ni se convenció de que el sistema que había elegido no tenía nada de malo. En 1968, tras la invasión soviética de Checoslovaquia, se planteó la posibilidad de emigrar, pero no lo hizo. Con el tiempo, entabló amistad con Susanne Leonhard, la madre de Wolfgang, que había pasado muchos años en el Gulag soviético y finalmente regresó a Berlín Este. Inspirada por la historia de Leonhard, Brüning empezó a entrevistar a otros que habían estado en el Gulag. Después de 1989 publicó las entrevistas completas en un libro, *Lästige Zeugen* («Testigos molestos»). Las palabras de su prólogo podían ser sobre ella misma: «Durante demasiado tiempo se vieron obligados a guardar silencio, a ocultarse. [...] Por lo tanto, ya va siendo hora de que dejemos que estos hombres y mujeres expresen su opinión, ellos que fueron víctimas de la época estalinista y a quienes se les debe garantizar por fin una justicia plena...^[38]».

En una entrevista de 2006, hablé con Brüning durante varias horas sobre su vida. Hablamos de su carrera, de los primeros tiempos de la Kulturbund, y de su vida en Berlín Este después de la guerra. Entre otras cosas, me dijo que en su momento no supo nada sobre las violaciones y los robos masivos cometidos por el Ejército Rojo en 1945, como tampoco sobre los arrestos masivos que llegaron a continuación. No la presioné. Unos días después, me llamó. Sí, había oído hablar de algunos de esos hechos, me dijo, y le gustaría hablar más de ello. Nos vimos una segunda vez.

Brüning me explicó que había celebrado la liberación, pero que su entusiasmo se había desvanecido pronto. En la primavera de 1945, los soldados soviéticos ocuparon la casa de sus suegros y robaron libros y otros objetos para venderlos en el mercado negro. Su marido se acercó al comandante y le pidió que se detuviera. A modo de venganza, uno de los soldados colocó una pistola en su maleta. Fue «descubierta» y el marido de Brüning fue arrestado por saboteador. Ella alegó su larga afiliación al partido comunista y consiguió que lo liberaran. Pero de resultas de ese incidente, su marido se volvió contra el comunismo [y contra ella] y emigró al Oeste. Ella no se volvió a casar.

También es cierto, como Brüning había dicho en nuestra primera conversación, que en el campo no se cometieron violaciones masivas. Pero después de la guerra, ella había visitado Berlín para encontrar a sus padres. No solo oyó muchas historias sobre las violaciones en la ciudad y conoció a muchas víctimas, sino que pasó varios días escondiéndose de los soldados soviéticos que iban en busca de mujeres por el barrio de sus padres.

Unos meses después, Brüning pasó un tiempo en el pueblo costero de Ahrenshoop, donde la Kulturbund quería establecer una colonia de escritores. Pero para formar una colonia de escritores, la Kulturbund tenía que conseguir un lugar donde alojar a los escritores. A fin de solucionar ese problema, se inventaron acusaciones contra los propietarios de algunas de las casas junto al mar más bonitas. Quienes no fueron arrestados huyeron al Oeste. Los burócratas de la cultura se instalaron en ellas.

Brüning me dijo que oyeron hablar de todo eso, «pero tiene que entenderlo, yo había celebrado la llegada del Ejército Rojo y queríamos construir el socialismo, así que, y aún hoy me lo reprocho, no nos informamos lo suficiente...». Su voz se fue apagando, y eso fue todo. Solo había querido decirme que lo supo.

La división de la personalidad entre la esfera pública y la privada, la casa y la escuela, los amigos y el trabajo, no fue la única solución para quienes quisieron tener una vida de éxito bajo un régimen comunista. En lugar de esconder sus sentimientos encontrados, un pequeño y singular grupo de personas los mostraron abiertamente. En lugar de sentirse atrapadas en un conflicto, intentaron desempeñar un doble papel, permaneciendo dentro del sistema, pero manteniendo al mismo tiempo cierta independencia. Ese papel ambiguo podía desarrollarse, por ejemplo, en el seno de los partidos oficiales de «oposición», los partidos políticos falsos que se habían creado para sustituir a los auténticos después de que sus líderes hubieran huido o sido arrestados, partidos fieles al régimen en todos los aspectos importantes. Los alemanes del Este que permanecieron activos en lo que quedaba del Partido Demócrata Cristiano tenían permitido mostrarse abiertamente religiosos, aunque se esperaba de ellos que se adhirieran también al marxismo-leninismo. Los polacos que permanecieron en lo que quedaba del Partido de los Campesinos polaco tenían permiso para actuar en favor de los granjeros, siempre que su actuación no entrara en conflicto con la política oficial.

En Europa del Este, nadie jugó a ese juego en particular con mayor habilidad que Bolesław Piasecki, un político cuya extraordinaria carrera lo llevó de la extrema derecha a la extrema izquierda en una década. Las valoraciones sobre su vida varían ampliamente. Ya en 1956, Leopold Tyrmand lo censuró por ser un hombre para el cual «toda moralidad en política es un mito pernicioso^[39]». En años más recientes, uno de sus biógrafos lo llamó «una figura trágica^[40]». El resto de los juicios sobre Piasecki podrían situarse en cualquier punto entre esos dos extremos. Para algunos, el suyo es un clásico ejemplo de colaboracionismo. Para otros, su vida es una historia de supervivencia.

La carrera de Piasecki empezó en la turbulenta década de 1930, cuando siendo muy joven destacó como activista de una facción del Partido Nacional Radical polaco. Conocidos por el nombre de su publicación, *Falanga* —una clara alusión al fascismo español—, los falangistas creían que estaban atravesando una época de crisis moral y económica. Al igual que los partidos comunistas de la época, también creían que la sociedad polaca era sumamente corrupta, y que la debilidad de la democracia y el «sinsentido» del liberalismo democrático tenían la culpa de ello. Pero, aunque eran antisemitas, y aunque admiraban los regímenes autoritarios en general y el fascismo italiano en particular, los falangistas eran nacionalistas polacos, y por lo tanto, salvo una

o dos excepciones, no colaboraron con Hitler^[41].

El propio Piasecki fue encarcelado por la Gestapo en 1939. Cuando lo liberaron se unió a la resistencia y finalmente al Ejército Nacional. En el verano de 1944, cuando estalló el Alzamiento de Varsovia, él y su unidad de partisanos fueron capturados por el Ejército Rojo en los bosques del este de la ciudad. En noviembre fue encarcelado en las oficinas de la fuerza de ocupación soviética, probablemente en los conocidos sótanos del castillo de Lublin. Lo que sucedió después es un asunto muy controvertido.

La mayoría de las fuentes coinciden en que Piasecki no ocultó nada. Proporcionó a los oficiales soviéticos que lo interrogaron un informe detallado de su carrera en la resistencia. También desveló los nombres de muchos de sus colegas del Ejército Nacional, y posiblemente también dónde encontrarlos, aunque en ese momento gran parte de esa información ya se sabía. Destacó su importante papel. Dijo a sus interrogadores soviéticos que había estado al frente de las «operaciones clandestinas» del Ejército Nacional, y que lo habían nombrado líder de una nueva sección secreta de la resistencia, lo que era una exageración. Sin embargo, la táctica dio resultado.

Los guardias de Piasecki interrumpieron el interrogatorio. Le retiraron la supervisión militar ordinaria y lo llevaron directamente ante Iván Serov, el general soviético que había organizado la «limpieza» y pacificación de Polonia oriental en 1939, y al que habían hecho regresar para que llevara a cabo la misma labor en el resto de Polonia en 1944. Serov ya había organizado los arrestos del general Wilk y el general Okulicki, y estaba intentando averiguar todo lo posible acerca del Ejército Nacional. Para la inmensa sorpresa de Piasecki, Serov no se mostró muy interesado en su pasado falangista: al igual que la mayoría de los oficiales soviéticos, consideraba que cualquiera que no fuera comunista era, por definición, partidario de la «extrema derecha», y las distinciones entre socialdemócratas y derechistas radicales no le interesaban. Se mostró mucho más interesado en la actividad de Piasecki en la resistencia durante la guerra, en sus supuestas conexiones «clandestinas», en sus opiniones políticas y en su manifiesto desprecio por el gobierno de Londres en el exilio^[42].

Según él mismo relata, Piasecki se alegró al descubrir que tenía mucho en común con el general soviético. Admiraba a los hombres con poder, le encantaba hablar de filosofía y tenía algunas cosas positivas que decir sobre el nuevo régimen. Dijo a Serov que aprobaba el gobierno provisional de predominio comunista y que admiraba la reforma agraria. Alabó con

entusiasmo la expulsión de los alemanes y la incorporación de los territorios occidentales. Elogió la «idea de una revolución social sin derramamiento de sangre y el traspaso de poder a los trabajadores y campesinos». Sin embargo, también dijo a Serov que el nuevo gobierno comunista iba a tener dificultades para ganarse la lealtad de los polacos, pues tenían prejuicios arraigados contra los rusos y paranoia respecto a la ocupación. Todo ello, por supuesto, era cierto.

Le ofreció su ayuda. «Estoy profundamente convencido —dijo a Serov en un memorando— de que con mi influencia puedo movilizar a los estratos más reacios de la sociedad para que colaboren activamente.» En otras palabras, le prometió que convencería a los elementos patrióticos y nacionalistas de la resistencia para que apoyaran al nuevo régimen. El memorando de Piasecki se hizo llegar después al coronel Roman Romkowski, el agente de la policía secreta responsable del contraespionaje, y a Władysław Gomułka, entonces jefe del partido comunista^[43].

En las décadas siguientes, esa enigmática conversación —un mano a mano entre un general del NKVD famosamente cruel y un nacionalista polaco famosamente carismático— adquirió la categoría de leyenda en Varsovia. En ese momento nadie sabía con exactitud qué había sucedido, pero todos tenían una teoría. En 1952, Czesław Miłosz describió una versión ficticia del encuentro en *El poder cambia de manos (Zdobycie Władzy)*, una novela que publicó después de emigrar a Occidente. Por supuesto, el relato de Miłosz es imaginario. Pero como señala uno de los biógrafos de Piasecki, Miłosz estuvo en Varsovia en 1945, es posible que oyera versiones de ese famoso encuentro, y a él también lo habían convencido para que colaborara con el nuevo régimen. Así, su versión resulta verosímil, en particular cuando Kamienski, el personaje de Piasecki, advierte al general soviético que «a ustedes los odian en este país», y le dice que espere resistencia:

«¡Ah! —y el general apoyó la barbilla en la mano—. ¿De modo que confía usted en la resistencia interior? [...] En nuestro sistema la conspiración es imposible. Lo sabe usted de sobra. Cuando se estimulan los asesinatos, no se hace más que aumentar el número de víctimas. Somos nosotros quienes ponemos en marcha de nuevo los trenes y las fábricas y nosotros somos los que hemos recuperado las tierras del Oeste, que fueron esclavas siempre; ¿acaso no era este el programa que defendían ustedes durante los años de guerra? Pues bien, esas tierras solo podemos defenderlas nosotros. ¿Qué me dice a esto?»

Finalmente, el general de la novela va al grano: Kamienski/Piasecki será puesto en libertad, e incluso podrá publicar un semanario, con la condición de que «reconozca usted la situación de hecho y que nos ayude a reducir el número de víctimas». Kamienski/Piasecki reflexiona y después acepta. El

general, satisfecho, se reclina en su silla y declara que no le sorprende:

«Usted ha comprendido que cualquier fuerza interesada en cambiar el mundo no podría utilizar la mentira del parlamentarismo y que los juegos liberales de los comerciantes han sido una fugaz espuma en la superficie de la historia humana^[44].»

Utilizara o no esas palabras exactas, los documentos de archivo demuestran que Serov se quedó impresionado con Piasecki y al parecer quiso impulsar su carrera política nombrándolo alcalde de Varsovia. (Cuando le recordaron la figura de Piasecki años después, se dice que Serov preguntó: «Y bien... ¿llegó a ser alcalde de Varsovia?^[45]»). Sin embargo, poco después Serov partió hacia Berlín, junto con la mayor parte de la cúpula del Ejército Rojo, y nunca regresó a Polonia.

Eso dejó a Piasecki en una situación extraña. Era evidente que hasta cierto punto se había ganado el favor de la Unión Soviética. Sin embargo, los comunistas polacos, conscientes de la importancia de su pasado falangista, sospechaban de él y de sus motivaciones, y al principio no apoyaron su carrera política; tampoco lo hicieron alcalde de Varsovia. Aun así, en noviembre de 1945 le permitieron que publicara la primera edición del primer periódico católico «oficial» de Polonia, *Dzis i Jutro* («Hoy y Mañana»).

Desde su inicio, el periódico criticó duramente el por entonces legal Partido de los Campesinos polaco y a su líder, Stanisław Mikołajczyk, e instó a los polacos a apoyar a los comunistas en su referéndum de «Tres Veces Sí». Cuando el referéndum no logró refrendar de manera contundente el nuevo régimen, Piasecki escribió a Gomułka. El sistema actual, argumentó, «debería enriquecerse con la representación política de los católicos^[46]». También publicó una entrevista a Bierut, en la que el líder comunista declaró con solemnidad que «los católicos polacos no tienen más derechos ni menos que el resto de los ciudadanos», un comentario con el que dejó entrever que podrían tener derecho a crear su propio partido. Finalmente, así se produjo y en 1952 Piasecki fundó Pax, un partido católico de «oposición», legal y leal al comunismo, el único que existiría en la Polonia comunista o en cualquier otro país de la Europa comunista.

Tanto Pax como Piasecki ocuparon un espacio político extraño, indefinido y ambiguo. Por un lado, Piasecki expresaba su lealtad al régimen de manera entusiasta y frecuente. «Nuestro objetivo principal —escribió en una ocasión— es la reconstrucción de una doctrina católica en relación con el conflicto que tiene lugar entre el marxismo y el capitalismo.» Sin embargo, Piasecki fue una de las pocas figuras de la vida pública que nunca se desvinculó de las

tradiciones de la resistencia de tiempos de guerra y nunca se vio obligado a acusar a sus compañeros del Ejército Nacional. Quienes pertenecían a su círculo, muchos de los cuales habían tenido una larga trayectoria en el Ejército Nacional, tampoco tuvieron que renunciar a su pasado, y nunca fueron arrestados.

Todo eso fue sumamente inusual en la vida pública de la época, y creó, en palabras de Janusz Zabłocki, uno de sus antiguos colegas, «un enclave de libertad» alrededor de Piasecki, además de un aura de misterio. Nadie sabía por qué el líder de Pax estaba exento de cumplir las normas —incluso consiguió expulsar a un informante de la policía de su círculo íntimo—, pero todo el mundo se daba cuenta de que lo estaba. La mayoría creían que «debían de haber llegado a algún acuerdo en las esferas políticas más altas», lo que permitía a Piasecki esa libertad de acción —probablemente un acuerdo con dirigentes soviéticos—, y muchos esperaban que cobrara aún más fuerza. Zabłocki empezó a trabajar en *Dzis i Jutro* con esa esperanza. Igual que Tadeusz Mazowiecki, el intelectual católico que se convertiría en el primer primer ministro no comunista de Polonia en 1989. Ambos creían que, tarde o temprano, Pax desempeñaría un papel importante en el gobierno del país^[47]. El propio Piasecki esperaba lo mismo.

A lo largo de su carrera, la posición ambigua de Piasecki incomodó a muchos. Tal vez porque mantenía una relación particular con los dirigentes soviéticos, los comunistas polacos nunca confiaron en él. Aunque siguió haciéndoles el juego (en un momento determinado se ofreció a enviar observadores de Pax a Corea del Norte para fomentar «la paz»), el gobierno lo dejó fuera de la creación de la unión de sacerdotes «patrióticos» y no le pidió ayuda en la negociación del acuerdo entre Iglesia y Estado. Además, con su catolicismo público no se granjeó tanto afecto de la Iglesia como a él le habría gustado. El cardenal Wyszyński detestaba a Piasecki, e incluso llegó a prohibir al clero que se suscribiera a sus publicaciones, que con el tiempo incluyeron *Słowo Powszechne* («Palabra universal»), además de *Dzis i Jutro*. A Wyszyński le enfurecía especialmente la gestión que Piasecki hacía de Caritas, la organización benéfica católica —Pax se hizo cargo de ella después de que los verdaderos organizadores fueran apartados—, sobre todo cuando algunos sacerdotes sin escrúpulos de Pax fueron descubiertos vendiendo las donaciones de penicilina en el mercado negro^[48]. Es muy posible que la rivalidad entre los dos hombres fuera alentada por el partido comunista, que no tenía el menor interés en que Pax y la Iglesia crearan un frente unido. En

años posteriores, el partido permitió que grupos religiosos «oficiales» rivales proliferaran precisamente para que compitieran entre sí^[49].

Al final, Piasecki fracasó en lo que al parecer se propuso. Nunca convenció a las «fuerzas reaccionarias» para que se incorporaran al nuevo sistema. Tampoco convenció al partido comunista para que Pax participara en condiciones de igualdad. Supuso, correctamente, que algún día el partido cedería el poder a un grupo de la oposición elegido por él, que es lo que sucedió en 1989. Sin embargo, él apareció en escena en un momento demasiado temprano para beneficiarse de tal situación, y pagó un precio muy alto por intentarlo. En 1957, su hijo adolescente, Bohdan, fue secuestrado y asesinado, probablemente por una facción de la policía secreta polaca, en circunstancias que aún hoy no se han esclarecido.

Lo que sí consiguió Piasecki fue abrir lo que pareció, en la época, una ventana de libertad para algunas personas, y se aseguró de que un discurso abiertamente católico siguiera formando parte de la vida pública. Los libros y periódicos publicados por Pax proporcionaron una educación católica a toda una generación de lectores. Y, lo más importante para Piasecki, él sobrevivió. En una época en la que otros ex oficiales del Ejército Nacional estaban muertos o en la cárcel, él y sus colegas tuvieron su propio partido, sus propios periódicos y ocuparon una posición estable dentro del sistema. Y tuvieron influencia en toda clase de lugares. En 1955, Mazowiecki, Zabłocki y otros se rebelaron contra su cúpula. Pero después de abandonar sus puestos de trabajo en *Dzis i Jutro* o Pax, a todos les costó conseguir otro empleo: la policía secreta había advertido a los posibles patronos, y ninguno los quiso contratar. Todos aprendieron una lección: entablar una lucha con Piasecki era peligrosamente similar a entablarla con el régimen^[50].

Por extraño que pueda parecer, los periódicos y las revistas también supusieron una vía de expresión para los colaboradores renuentes. Por supuesto, quienes escribían artículos sobre política tenían pocas opciones en la época. Tenían que aceptar las llamadas telefónicas del partido, escuchar las instrucciones y escribir lo que les ordenaban. Sin embargo, otros tenían más margen. Leopold Unger, un corresponsal del *Zycie Warszawy* («Vida de Varsovia») a principios de la década de 1950, recordó que incluso entonces era posible escribir con libertad y de manera crítica sobre toda clase de temas. Los baches de las calles, por ejemplo o la escasez de autobuses públicos: «Lo que no era posible era criticar el sistema en sí mismo^[51]».

Incluso en ese momento, no todos los periódicos eran de contenido

político, y había publicaciones de otra clase. Alexander Jackowski, después de su intento fallido de abrirse camino en el Ministerio de Asuntos Exteriores polaco a finales de los años cuarenta, empezó a publicar una revista de arte tradicional en 1952, «por casualidad», como él mismo recordó. Conservó el trabajo durante cuarenta y seis años. A lo largo de ese tiempo se convirtió en un reputado experto en arte tradicional, que realmente llegó a conocer y a amar. No desafió al sistema desde ese puesto de trabajo, pero tampoco invirtió ni un momento de su tiempo en defenderlo^[52].

En cierto modo, los regímenes entendieron la necesidad de que hubiera medios de expresión apolíticos, tanto para el público lector como para los periodistas. Eso explica la decisión del régimen de Alemania del Este de empezar a publicar *Wochenpost* («El Correo Semanal») en otoño de 1953. Aunque el primer número apareció después de la muerte de Stalin, su lanzamiento se había planeado un año antes. Originalmente, la idea fue soviética: un general en jefe del Ejército Rojo destinado en Berlín sintió que la prensa de Alemania del Este no estaba consiguiendo llegar a toda la población, en particular a las mujeres. El general acudió a Rudi Wetzel, un periodista que entonces estaba a favor del régimen, y le pidió que le diera algunas ideas. Wetzel le hizo una propuesta que al parecer no se materializó.

Sin embargo, entre bastidores se había desencadenado una discusión. Los informes oficiales lamentaban la «uniformidad y lo anodino del material sobre la vida en la república», así como la ausencia de artículos sobre «jardinería, medicina, labores del hogar^[53]». La cúpula de Alemania del Este, consciente de lo aburrida que podía resultar su propaganda, se reunió finalmente con Wetzel y le propuso que creara una publicación. Wetzel hizo las mismas sugerencias que al general soviético. Y, así, el *Wochenpost* vio la luz.

Desde el principio, el periódico intentó ser diferente. Wetzel se esforzó para encontrar periodistas que tuvieran sentimientos encontrados hacia el régimen, y en un momento determinado llegó incluso a describir el primer equipo de redacción como «una colonia penitenciaria de periodistas, llena de ex convictos». Sus artículos, al menos en comparación con los tratados de política que publicaba el *Neues Deutschland*, resultaban muy frescos y entretenidos. El primer número, publicado a tiempo para Navidad, contenía trucos de jardinería, artículos ligeros y una «página para mujeres». En la portada aparecía un niño soplando una vela junto a las palabras: «Por toda la gente de buena voluntad». En números posteriores aparecerían escritos sobre

viajes, largos reportajes e incluso artículos para niños. Sin embargo, el *Wochenpost* nunca intentó convertirse en un periódico de la oposición, en ningún sentido del término, y puede que eso contribuyera a su encanto. Como el periodista Klaus Polkehn ha argumentado, el *Wochenpost* «no fue más oportunista que sus lectores^[54]». El periódico no llevaba las cosas al límite, como tampoco lo hacían ellos.

Polkehn debió de conocer muy bien a sus colegas y a su público, puesto que trabajó en el *Wochenpost* desde el principio y hasta casi el final. Muchos años después seguía recordando con nostalgia su carrera en el periódico, y es fácil entender por qué. Polkehn tenía catorce años cuando terminó la guerra, y diecisiete cuando dejó el instituto para convertirse en cajista en un periódico. A todo ello lo animó su padre, Hugo Polkehn, un comunista y periodista que creía que su hijo debería «adquirir experiencia en la vida real». Después de la guerra, Polkehn padre se convirtió en el director de *Tribune*, el periódico del sindicato en Alemania del Este. Sin embargo, en marzo de 1953 fue arrestado repentinamente: el *Tribune* había publicado la nota necrológica de Stalin con un error de composición. En lugar de escribir «Stalin fue un gran amigo de la paz», el cajista compuso por error «Stalin fue un gran amigo de la guerra». Hugo Polkehn y el cajista fueron condenados a cinco años de cárcel, de los cuales solo cumplirían tres. En el momento del juicio Klaus Polkehn perdió su trabajo y se le informó de que «jamás volvería a trabajar como periodista». El *Wochenpost* lo contrató de inmediato.

Durante las cuatro décadas siguientes, Polkehn se mantuvo leal al periódico que le había dado una segunda oportunidad. Sostuvo, hasta el final, que siempre había gozado de una libertad extraordinaria dentro de un sistema sumamente coactivo. Por su padre, y porque tenía muchas reservas acerca del régimen, se mantuvo al margen de la política nacional. Se convirtió en el escritor sobre temas de viajes del periódico, y entregó artículos desde todas partes del mundo. Polkehn tenía permiso para ir a donde quisiera, siempre que se mantuviera dentro de ciertos límites. Antes de que fuera a Egipto, por ejemplo, se le pidió que no criticara a Anwar Sadat, quien por entonces exportaba mucho algodón a Alemania del Este. Pero en El Cairo «pasé un día entero en las pirámides [...] ese fue mi privilegio». En una época en la que muy pocos alemanes del Este tenían permitido viajar, sin duda fue todo un privilegio.

Pero esa libertad tenía un precio. Polkehn, como los otros periodistas del *Wochenpost*, tuvo que aprender a leer entre líneas, a seguir las señales

políticas y, sobre todo, a no causar «problemas». Cuando le pregunté qué implicaba eso de causar «problemas», me explicó que todo empezaba con una llamada de alguien del Comité Central, que te amonestaba por cruzar líneas invisibles. Los problemas podían continuar con una reprimenda, una reunión, tal vez con el despido de un puesto de trabajo fantástico en un periódico de actitud relativamente abierta. Polkehn trató de evitar esas situaciones a toda costa. Solo una vez, cuando violó un código sobrentendido y escribió algo que cruzó una de las líneas invisibles, recibió una llamada telefónica, y una petición: «Por favor, envíe una declaración por escrito en la que explique por qué se publicó ese artículo». Eso le bastó para asegurarse de que jamás volviera a suceder.

Fue consciente, ya entonces, de que era un afortunado y de que despertaba la envidia en los otros. En ocasiones recibía cartas de sus lectores: «Como nosotros no podemos viajar, tampoco queremos leer sus artículos». Muchos de sus compatriotas desconfiaban de los periodistas en general —los consideraban parte de la clase dominante comunista— y se negaban a conceder entrevistas. Sin embargo, siempre descartó la idea de que podría haber mostrado su desacuerdo de manera más evidente: «Me parecía inútil». No le gustaban los disidentes que después pasaban a formar parte de la escena política de Alemania del Este, pues le parecían «gente indecente y presuntuosa». Sospechaba que algunos de ellos adoptaban la pose de la oposición para asegurarse un visado de salida hacia Alemania del Oeste.

Polkehn había padecido úlceras, que misteriosamente desaparecieron en la década de 1990, después de que tanto el *Wochenpost* como Alemania del Este hubieran dejado de existir. Tal vez no fuera sorprendente: esa vida lo obligó a caminar sobre una cuerda floja política, mantenerse al margen de asuntos delicados y escribir artículos que para él resultaran honestos. Sin embargo, siempre se enorgulleció de su trabajo, incluso años después. Le encantaba escribir, le encantaba viajar y gozó de pequeñas ventajas económicas, además de placeres intelectuales. Su trabajo en el *Wochenpost* estaba relativamente bien pagado, teniendo en cuenta la situación en Alemania del Este. Había dos residencias de vacaciones, una cerca de Berlín y otra junto al mar Báltico, que los periodistas podían utilizar cada tres o cuatro años. El departamento de redacción también tenía a su disposición a un sastre, un zapatero y un dentista: «Nos ahorra tiempo. Estaba muy bien». En casi todos los lugares de trabajo de Alemania del Este había una cantina donde se servían comidas a precio muy económico.

Polkehn no cambió nada del sistema en que vivió, y tampoco se sintió responsable de sus aspectos más brutales. Se mantuvo alejado de la policía secreta, alejado de quienes estaban en el poder y alejado de la controversia. Como Piasecki, mejoró, prosperó y siempre mantuvo la nostalgia por sus años como escritor de viajes. «Fue el trabajo de mis sueños», me dijo^[55].

Los oponentes pasivos

Había llegado el momento en que debíamos escuchar con gesto abnegado las órdenes soviéticas, sonriendo solo con las arrugas de nuestros traseros, debajo de los pantalones, como hacían los lacayos de los emperadores bizantinos. Los gestos heroicos no servirían para nada; tendríamos que hablar el lenguaje de las flores, ser pacientes y astutos, como lo habíamos sido con Hitler. Lo esencial era sobrevivir.

GYÖRGY FALUDY, parafraseando a
Jan Masaryk, 1946^[1]

Algo es gracioso cuando trastorna el orden establecido. Cada broma es una revolución en miniatura.

GEORGE ORWELL

En 1950 o 1951, ya no resultaba posible identificar algo tan coherente como una oposición política en ningún lugar de Europa del Este. Algunos polacos guardaban sus pistolas en el granero, esperando un momento mejor, y uno o dos aún seguían escondidos en los bosques. Había algunos oponentes al régimen tolerados oficialmente, como Bolesław Piasecki, cuya verdadera tendencia era opaca. Había unos pocos que podrían criticar las decisiones menos importantes del régimen en público y que incluso eran animados a hacerlo, siempre que mantuvieran el tono adecuado. Como Bolesław Bierut había declarado: «Hay distintas clases de crítica. Está la crítica creativa y la crítica hostil. La primera es útil para nuestra evolución, la segunda supone un obstáculo [...] la crítica no debería socavar la autoridad del líder^[2]».

Sin embargo, los líderes del Ejército Nacional polaco que seguían vivos estaban en la cárcel o en el Gulag soviético. Los oponentes más poderosos al régimen húngaro estaban encarcelados en Recsk. Los críticos de Alemania del Este habían huido o guardaban silencio. La esfera pública se había limpiado tan a fondo que un turista que visitara Varsovia, Budapest o Berlín Este —o Praga, Sofía o Bucarest— a principios de la década de 1950 no habría observado la más mínima oposición política. La prensa contenía propaganda del régimen. Las fiestas se celebraban con desfiles del régimen. Las conversaciones no se desviaban de la línea oficial en presencia de alguien de fuera.

El turista podría haber interpretado incluso que la población estaba unida en defensa del régimen, y, de hecho, esa fue la impresión que se llevaron varios visitantes distinguidos. A su regreso de Varsovia en 1950, una socialista británica, la mujer de un parlamentario laborista, dijo ante una multitud reunida en Trafalgar Square que «no había visto indicios de dictadura» en Polonia. Al contrario, declaró, el único «telón de acero» existente era el que rodeaba a Gran Bretaña (el gobierno británico había negado el visado a los delegados de Europa del Este que lo habían solicitado para asistir a una conferencia mundial por la paz que se celebraba en Sheffield^[3]). Una compatriota suya, igualmente impresionada por su visita al Este, dijo que estar en Varsovia era «como cambiar de mundo, como entrar en el sol después de haber estado bajo la lluvia^[4]». Aunque esas eran opiniones extremas, reflejaban una creencia extendida. La noción occidental de que el bloque del Este contenía un grupo de países no diferenciados con regímenes idénticos y gente idéntica —«Siberia empieza en el Checkpoint Charlie»— data precisamente de esa época.

Y, sin embargo, hubo oposición. No se trató de una oposición activa ni, por supuesto, armada. Fue más bien una oposición pasiva, una oposición que encontró salida en chistes, grafitis y cartas sin firmar, una oposición con frecuencia anónima y a menudo ambivalente. Existió en todas las clases y entre todas las edades. En ocasiones, los oponentes pasivos y los colaboradores renuentes con el régimen fueron los mismos. Mucha gente se sentía avergonzada o culpable por las cosas que tenía que hacer para conservar su puesto de trabajo, proteger a su familia y evitar la cárcel. A otros les horrorizaba la hipocresía de la vida pública y les aburrían las manifestaciones y los desfiles por la paz que impresionaban a los visitantes. Se sentían desgastados por las tediosas reuniones y las consignas vacías de significado, y no les interesaban los discursos de sus líderes ni las interminables conferencias. Y como no podían hacerlo abiertamente, se vengaron a espaldas del partido.

No fue una casualidad que los jóvenes se convirtieran en los oponentes pasivos más entusiastas de la fase final del estalinismo, si es que en tal contexto puede utilizarse la palabra «entusiasmo». Ellos eran el centro de la propaganda más pesada, más concentrada y aplicada con más rigor, que oían en la escuela y en las organizaciones de jóvenes. Eran los más afectados por las campañas y las obsesiones del régimen, y quienes tenían que salir a recolectar el dinero de las suscripciones, recoger firmas y organizar los

mítines. Por otro lado, eran los que menos acobardados estaban por una guerra que muchos no recordaban, y los menos intimidados por la posibilidad de ir a la cárcel, algo que todavía no habían experimentado.

Como resultado, abundan los ejemplos de oposición de baja intensidad entre los jóvenes. La protesta organizada era relativamente poco frecuente, pero se producía, y en ocasiones los jóvenes pagaron un precio muy alto por llevarla a cabo. En 1950, Edeltraude Eckert, una joven de veinte años, fue arrestada por distribuir folletos a favor de la democracia. Fue condenada a veinte años de cárcel, lo que supuso una condena a pena de muerte cuando sufrió un accidente en la fábrica de la cárcel de Alemania del Este y contrajo una infección que acabó con su vida. Desde su celda, y después desde el hospital, envió notas cargadas de optimismo y esperanza a su familia. «El mundo es un lugar hermoso, solo hay que creer en él», escribió a su madre unos meses antes de morir^[5].

Los chistes, las bromas y los insultos, a menudo dirigidos a los sombríos líderes de jóvenes sin ningún sentido del humor, fueron mucho más frecuentes, y hay muchos ejemplos de finales de la década de 1940 y principios de la de 1950. En las elecciones de una célula de grupos de jóvenes en un pueblo minero polaco, por ejemplo, alguien inscribió en broma a Adenauer —el entonces canciller de Alemania occidental— como candidato. La papeleta se trató como una prueba de «tendencias enemigas» y se inició una investigación para descubrir la identidad de su autor. En una brigada de jóvenes trabajadores, otro joven fue reprendido por componer pareados. Uno de los pocos versos que no contenían obscenidades, reza así:

La limpieza reina en el campo,

Cuando quieres lavarte no encuentras ni una gota de agua,

Pero siempre hay alguien que puede llorarte encima.^[6]

En ocasiones, esas bromas se tomaron sumamente en serio. Solo entre 1948 y 1951, unos trescientos estudiantes de secundaria y universitarios de Alemania del Este fueron detenidos y condenados a trabajos forzados, muchos de ellos por gastar bromas similares. Un grupo de jóvenes de Jena fueron condenados a diez años cada uno por lanzar bombas fétidas a los directores de la escuela durante una celebración formal del aniversario del presidente Wilhelm Pieck. En 1950, los campos y las cárceles de Alemania del Este acogían a ochocientos chicos y chicas menores de diecisiete años. Algunos habían sido detenidos por haber hecho muecas durante una clase

sobre Stalin, o por haber pintado una «F» (de *Freiheit*, o «libertad») en las paredes de la calle durante la noche^[7].

Sin embargo, los jóvenes dispusieron también de otras formas de protesta menos verbales. Al igual que los adolescentes occidentales estaban empezando a descubrir que el pelo largo y los vaqueros podían convertirse en una manera sumamente efectiva de mostrar descontento, los adolescentes de Europa del Este que vivían bajo regímenes estalinistas descubrieron que los pantalones pitillo, las hombreras, los calcetines rojos y el jazz podían constituir también una forma de protesta. En cada país esas subculturas de «jóvenes rebeldes» recibieron un nombre distinto. En Polonia se llamaban *bikiniarze*, tal vez por el atolón del Pacífico donde Estados Unidos probó la primera bomba atómica o, más probablemente, por las coloridas corbatas inspiradas en Hawái, el Pacífico y Bikini que algunos de los *bikiniarze* que seguían las nuevas tendencias sacaban de los paquetes de ayuda enviados por las Naciones Unidas y otras organizaciones benéficas. (Los muy afortunados se hicieron también con *makaturki*, gafas de sol como las que llevaba el general MacArthur.) En Hungría, se llamaban los *jampecek*, una palabra que podría traducirse como «apático». En Alemania —tanto oriental como occidental— eran los *Halbstarke*, o «medio fuerte». Hubo una versión checa —los *potapka*, o «pato»— quienes probablemente recibieron su nombre por el peinado de cola de pato, e incluso una versión rumana, los *malagambisti*, llamados así por el famoso y muy moderno batería rumano, Sergiu Malagamba^[8].

La moda adoptada por esos jóvenes rebeldes variaba ligeramente de un país a otro, según lo que encontraran en los mercadillos o en los paquetes de ayuda procedentes de Occidente, y de lo que pudieran confeccionarse ellos mismos. En términos generales, a los chicos les gustaban los pantalones ajustados, de estilo pitillo (en Varsovia había un sastre especializado en modificar pantalones normales para adaptarlos a esa moda.) Al principio, las chicas llevaban faldas de tubo, aunque después se pasaron al «nuevo look» que entonces comercializaba Christian Dior y copiaron todos los elementos: vestidos de cintura entallada y faldas de vuelo, preferiblemente en colores y estampados chillones. Unos y otras solían llevar zapatos con gruesas suelas de goma —un eco lejano de las zapatillas deportivas estadounidenses—, que en Hungría se llamaron zapatos *jampi*. Las camisas de colores llamativos también fueron muy populares, porque contrastaban con los uniformes de los conformistas movimientos de las juventudes comunistas, igual que las

corbatas anchas, a menudo pintadas a mano. La idea era que las camisas y las corbatas no combinaran. Así, se hizo muy popular la combinación de corbata verde y camisa amarilla, que en polaco se llamó «cebollino sobre huevo revuelto». En Varsovia, Leopold Tyrmand popularizó los calcetines a rayas. Lo hizo, según dijo, para demostrar «el derecho a los gustos propios^[9]». Mantenía una actitud distante e irónica respecto a los *bikiniarze*, quienes en su mayor parte pertenecían a una generación más joven, a pesar de que en general los aprobaba:

Sin duda era una versión tosca, provinciana y polaca del estilo *jilterburg* [...]. Provocaba un cierto rechazo incluso entre aquellos que no la combatían, pero también inspiraba respeto por su tenacidad, por su lucha contra el poder de la oficialidad, por el desafío que suponía frente a la grisura y la total pobreza que existía^[10].

Como en Occidente, la ropa iba asociada a la música. Al igual que los grupos de jóvenes de Europa occidental, los *bikiniarze*, los *jampecek* y los otros surgieron como entusiastas del jazz, a pesar de que los jóvenes comunistas se dedicaran a destrozar discos de jazz (o tal vez gracias a ello). Incluso el hecho de escuchar jazz por la radio se convirtió en una actividad política: el toquetear los botones de la radio de sus padres en un intento de sintonizar emisoras entre las interferencias se volvió una forma de manifestar veladamente su desacuerdo. Radio Luxemburgo se hizo extrañamente popular, como sucedió también con los programas de jazz de La Voz de América más adelante. Esa seguiría siendo una actividad de disidencia hasta el derrumbamiento de los regímenes comunistas cuarenta años después.

En su indumentaria y en su música, los jóvenes rebeldes de Polonia o Alemania del Este tenían mucho en común con los rockeros y los que adoptaron el estilo *zoot* en Estados Unidos, así como con los *teddy boys* británicos. Sin embargo, por la naturaleza de sus regímenes, su elección de moda tuvo un significado político mucho más profundo que en Occidente. Desde el punto de vista de las autoridades, esos jóvenes modernos estaban, por definición, implicados en el comercio de estraperlo. ¿De qué otro modo podrían haber conseguido ropa tan inusual? También eran, por definición, admiradores del consumismo al estilo de Estados Unidos. Como los adolescentes occidentales, anhelaban pertenencias. En particular, querían pertenencias que el sistema comunista no podía proporcionarles, y hacían cualquier cosa por conseguirlas. Un antiguo *jampecek* húngaro recordó al extremo al que llegó para hacerse con unos zapatos de suela gruesa:

En el distrito sur había traficantes, eran tres. No sé cómo se llamaban, Frici, fulano y mengano, que introducían el material. Creo que de Yugoslavia, o del sur. [...] Era genial porque, además, podíamos comprarlos a plazos. Tenías que tener contactos para llegar a ellos. [...] La gente se

envidiaba por el lugar en que compraban sus cosas...^[11]

El régimen también sospechaba que el hecho de admirar la moda occidental implicaba admirar la política occidental. Enseguida, la prensa empezó a acusar a los jóvenes rebeldes, no solo de inconformismo, sino de propagar la degenerada cultura estadounidense, de intentar debilitar los valores comunistas, e incluso de recibir órdenes de Occidente. En ocasiones acusaron a los jóvenes rebeldes de saboteadores o espías. Curiosamente, esa propaganda consiguió que esos grupos incipientes parecieran, y finalmente llegaran a ser, mucho más poderosos e importantes de lo que lo habrían sido de otro modo. Un periódico polaco describió la cultura pop estadounidense como «un culto a la fama y al lujo, la aceptación y glorificación de los deseos más primitivos, la saciedad de una hambre de sensaciones^[12]». Otros medios oficiales identificaron a los *bikiniarze* con «especuladores, kulaks, vándalos y reaccionarios^[13]». Jacek Kuron consideró que esa clase de lenguaje solo logró atraer a jóvenes al jazz, a los bailes «occidentales» y a maneras más exóticas de vestir. Argumentó que los *bikiniarze* se convirtieron en un auténtico movimiento contracultural en el momento en que la prensa empezó a arremeter contra ellos: «Les decían “Sois *bikiniarze*”, y ellos respondían “Somos *bikiniarze*”. Y eso les proporcionó el programa político que les faltaba^[14]».

Sándor Horváth, un historiador húngaro que ha estudiado el movimiento *jampecek* en profundidad, argumenta en esa misma línea que la subcultura juvenil húngara fue creada por la propaganda en la prensa, y no a la inversa. Además, especula con la posibilidad de que la cruzada contra los *jampecek* estuviera inspirada en realidad por la lucha soviética contra el «vandalismo», que se produjo sobre la misma época. Incluso cuestiona la existencia real de los *jampecek*, al principio, y plantea que las autoridades comunistas, necesitadas de algo contra lo que definirse, pudieron inventarlos basándose en las descripciones de «películas del Oeste y de gánsteres, noveluchas y cómics» que se habían introducido en el país. A fin de fomentar el carácter del «buen» comunista, necesitaban capitalistas «malos», y los *jampecek* cubrieron esa necesidad^[15].

Una vez que quedaron definidos como perseguidos, esos grupos de moda empezaron a atraer a gente que realmente tenía ganas de pelea. En Polonia se produjeron frecuentes reyertas violentas entre los *bikiniarze* y los *zetempowcy* (un mote derivado de las siglas de la Unión de Jóvenes Polacos, ZMP), así como entre los *bikiniarze* y la policía. En 1951, un grupo de jóvenes de un

barrio de Varsovia fueron a juicio por un supuesto robo a mano armada. El *Sztandar Młodych*, el periódico oficial de las juventudes, los describió como «jóvenes bandidos al servicio del imperialismo americano», y aseguró que llevaban los característicos pantalones ajustados y los zapatos de suela gruesa. Un joven activista comunista escribió al *Sztandar Młodych* para quejarse de que también él estaba convencido de que los «admiradores del estilo de vida americano son hostiles a la Polonia popular» después de haber recibido una paliza a manos de un grupo de «vándalos» vestidos como los *bikiniarze*. Al parecer, llevaba el pañuelo rojo de la Unión de Jóvenes Polacos. Krzysztof Pomian, en ese momento el líder de la Unión de Jóvenes Polacos de Varsovia, también fue atacado en un parque y golpeado por gente a la que no llegó a ver. Un compañero de clase fue detenido por el delito, pero finalmente quedó en libertad^[16].

También sucedió al contrario. Jóvenes comunistas, a menudo acompañados por la policía, perseguían a los *bikiniarze* por las calles: los atrapaban, los golpeaban, les cortaban el pelo y las corbatas. Más de un baile «oficial» de las juventudes comunistas se vio interrumpido por *bikiniarze* que se ponían a bailar «a la moda» —es decir, con gran energía—, por lo que después eran golpeados por los jóvenes «ofendidos^[17]». El propio Kuron recuerda que un secretario del partido le dijo que como la prensa, la radio y las tiras cómicas no habían logrado convencer a «los *bikiniarze* y los vándalos», había llegado el momento de que un grupo de jóvenes y sanos trabajadores fueran tras ellos: «A partir de ese momento, cada vez que un *bikiniarze* salía a la pista de baile, los jóvenes comunistas los sacaban a empujones y les daban una paliza^[18]». Situaciones similares se produjeron también en Hungría.

En Alemania del Este, el problema de la rebelión juvenil estuvo agudizado por la innegable influencia de la radio estadounidense, a la que tenían acceso no solo a través de la lejana Radio Luxemburgo, plagada de interferencias, sino también de la cercana RIAS (Radio en el Sector Americano, por sus siglas en inglés), que retransmitía directamente desde Berlín Oeste. Las orquestas tenían acceso a partituras de Alemania occidental, y para gran consternación del régimen, siempre fueron muy populares. En una conferencia de compositores alemanes celebrada en 1951, un musicólogo de Alemania oriental denunció ese «estilo hortera de entretenimiento americano» como «un canal a través del cual el veneno del americanismo penetra y amenaza con anestesiar la mente de los trabajadores». La amenaza del jazz, el

swing y las grandes orquestas era «tan peligrosa como un ataque militar con gases tóxicos», puesto que reflejaba «la ideología degenerada del capital monopolista americano con su falta de cultura [...] su sensacionalismo frívolo y, sobre todo, su ansia furiosa por la guerra y la destrucción. [...] Deberíamos hablar claramente de una quinta columna de americanismo. No podemos juzgar equivocadamente el peligroso papel que desempeña la música de éxito americana en la preparación para la guerra^[19]».

Después de esa conferencia, el Estado de Alemania del Este tomó medidas activas para luchar contra esa nueva amenaza. Por todo el país, los gobiernos regionales empezaron a obligar a las orquestas y músicos a obtener licencias. Algunos prohibieron el jazz por completo. Aunque su cumplimiento fue irregular, hubo detenciones. El escritor Erich Loest recordó un músico de jazz que, cuando se le pidió que cambiara su selección de música, señaló que tocaba la música de la minoría negra oprimida. Fue detenido de todos modos y pasó dos años en la cárcel^[20].

El régimen también buscó alternativas, aunque de manera vacilante. Nadie sabía con certeza cómo debía sonar la música de baile progresista, o cuándo se suponía que debía tocarse. En la Academia de Arte alemana se formó una comisión experta de musicólogos para debatir «el papel de la música de baile en nuestra sociedad». Convinieron que «la música de baile debía cumplir su propósito», lo que significaba que debía utilizarse solo para bailar. Sin embargo, los asistentes no pudieron ponerse de acuerdo sobre si esa música debía sonar en la radio —«limitarse a escuchar la música de baile es imposible, y quien la escuche se olvidará del que se supone que es su propósito»—, y dijeron temer que los jóvenes pidieran «boogie-woogie» en lugar de «verdadera» música de baile^[21].

En mayo de 1952, el Ministerio de Cultura intentó solucionar ese problema con una competición y premios para los compositores «de la nueva música de baile alemana». La competición fue un fracaso, ya que ninguna de las obras fue considerada lo bastante atractiva por un comité que probablemente esperara encontrar una versión moderna de los vales vieneses de Strauss. Como la nueva «comisión de baile» del Comité Central objetó, la mayoría de las obras presentadas se basaban en temas que no eran progresistas ni educativos, como el amor sentimental, la nostalgia o el puro escapismo. Una canción sobre Hawai, declaró el comité, podría estar igualmente inspirada en Lübeck.

Los jóvenes alemanes del Este respondieron casi siempre con sonoras

risotadas. Algunos grupos se burlaron abiertamente de las letras que recibían de los dirigentes del partido y las leían en alto ante su público. Otros simplemente desobedecían las normas. Un dirigente escandalizado escribió un informe en el que describió las «salvajes cascadas de sonido a todo volumen» y «las salvajes dislocaciones de los cuerpos» que había oído y visto en un concierto. Inevitablemente, también hubo huidas. Un grupo, considerado un importante «propagandista de la incultura americana», causó sensación cuando huyó a Occidente e, inmediatamente, su música sonó en Berlín Este a través de la RIAS.

En realidad, el problema de la música y la moda occidental nunca desapareció. A decir verdad, ambas captaron aún más admiradores cuando la primera y sensacional grabación de «Rock around the Clock» se emitió en el Este en 1956 y anunció la llegada del rock and roll. Sin embargo, para entonces los regímenes comunistas ya habían dejado de luchar contra la música pop. El jazz se legalizaría tras la muerte de Stalin, al menos en algunos lugares. Las normas sobre la ropa informal se relajarían, y con el tiempo Europa del Este tendría también sus grupos de rock. Como ha observado un historiador, la batalla contra la música pop occidental «se sostuvo y se perdió» en Alemania del Este incluso antes de que se construyera el muro de Berlín; como se «había sostenido y perdido» ya en todas partes^[22].

Para los adultos que tenían que conservar un puesto de trabajo y mantener a su familia en la época de la fase final del estalinismo, la indumentaria extravagante nunca supuso una forma útil de protesta, aunque en algunas profesiones sí se observó. Marta Stebnicka, una actriz que pasó la mayor parte de su carrera en Cracovia, invirtió mucho esfuerzo en diseñarse interesantes sombreros durante la década de 1950^[23]. Leopold Tyrmand, el crítico de jazz polaco que llevaba corbatas estrechas y calcetines de colores, también fue un icono de la moda adulta.

Sin embargo, los adultos que no podían o no querían jugar con la ropa también podían divertirse. Podían contar chistes. Los chistes que se contaban en los países sometidos a regímenes comunistas fueron tan omnipresentes y variados que desde entonces se han escrito multitud de volúmenes académicos sobre ellos, si bien la utilización de los chistes como forma de resistencia pasiva contra los sistemas políticos represivos no era nada nuevo. Platón escribió sobre «la malicia de la diversión» y Hobbes advirtió que los chistes sirven a menudo para que quien los cuenta se sienta superior al destinatario de su humor. George Orwell observó (como ya se ha citado) que

«algo es gracioso cuando trastorna el orden establecido. Cada broma es una revolución en miniatura». En los regímenes comunistas de Europa del Este, donde había tan pocas ocasiones de expresar malicia hacia la autoridad o de sentirse superior, y donde el deseo de trastornar el orden establecido era fuerte y estaba prohibido, los chistes abundaron^[24].

Los chistes cumplieron una gran variedad de propósitos. El disidente soviético Vladímir Bukovski probablemente expresara su función principal de la manera más precisa cuando señaló que «la simplificación del chiste deja al descubierto lo absurdo de todos los trucos de la propaganda. [...] En los chistes encuentras aquello que las fuentes impresas no recogen: la opinión de la gente sobre los acontecimientos^[25]». Sin duda los chistes permitían a quien los contaba referirse en voz alta a verdades de otro modo innombrables, como el hecho de que la Unión Soviética comprara carbón polaco y otros productos polacos muy por debajo del precio internacional de mercado.

«Mao y Stalin están negociando. El líder chino pide ayuda al líder soviético: “Necesitamos mil millones de dólares, cincuenta millones de carbón y mucho arroz”. Stalin se vuelve hacia sus asesores: “Dólares, de acuerdo. Carbón, de acuerdo. Pero ¿de dónde sacará Bierut el arroz?^[26]”.»

O como el hecho de que el ejército polaco, en la década de 1950 estuviera dirigido por un general soviético de apellido polaco:

«¿Por qué Rokosovski se convirtió en mariscal del ejército polaco? Porque es más barato vestir a un ruso con el uniforme polaco que vestir a todo un ejército polaco con el uniforme ruso.»

O el hecho de que incluso los artistas fueran obligados a someterse al comunismo:

«¿Qué diferencia hay entre los pintores de la escuela naturalista, la impresionista y la socialista realista? El naturalista pinta lo que ve, el impresionista lo que siente y el socialista lo que le ordenan».

O el hecho de que a los partidarios de un régimen tan impopular les diera vergüenza reconocerlo:

«Dos amigos van por la calle. Uno le pregunta al otro: “¿Qué piensas de Rákosi?” “No puedo decírtelo aquí —responde—. Sígueme.” Se dirigen a una callejuela. “Ahora dime lo que piensas de Rákosi”, dice el amigo. “No, aquí no”, responde el otro, y lo lleva al vestíbulo de un edificio de pisos. “Muy bien, pues dímelo aquí.” “No, aquí no. No es seguro.” Bajan por las escaleras

hasta el sótano del edificio, donde no hay nadie. “Bueno —dice el otro—, la verdad es que me gusta bastante.”»

Como sucedía en tantas esferas de la vida, el monopolio comunista del poder hizo que los chistes sobre prácticamente cualquier cosa —la economía, el equipo de fútbol nacional, el tiempo— pudieran considerarse, hasta cierto punto, chistes políticos. Eso era lo que los convertía en subversivos, como las autoridades sabían bien, y por eso hicieron cuanto estuvo en sus manos para acabar con ellos. Una carta enviada por las autoridades del movimiento de jóvenes a los asesores de los campamentos de verano húngaros les advirtió que debían estar preparados: era probable que los campistas se distrajeran contando chistes «vulgares». En caso de que así sucediera, los asesores deberían participar animadamente a fin de desviar la conversación hacia formas de humor más refinadas y políticamente aceptables^[27].

No todos los líderes de jóvenes eran tan comprensivos. En informes enviados al Ministerio de Educación sobre el estado de ánimo general de los estudiantes en Polonia, los «cánticos, chistes, rimas y grafitis» eran considerados como una señal de «sentimientos de oposición», tal vez incluso una prueba de «contactos con la resistencia^[28]». Por contar el chiste equivocado, en el lugar equivocado y en el momento equivocado, se podía terminar detenido, y no solo durante los años cincuenta, sino también después. Ese es el punto de partida de la novela de Milan Kundera del año 1967, *La broma*, el primer libro con el que el escritor checo llegó a un público internacional: su protagonista escribe una broma en una postal que envía a una joven, y de resultas de ello es expulsado del partido y condenado a trabajos forzados en una mina^[29]. En 1961, los miembros de una compañía de cabaret de Alemania del Este fueron detenidos después de una actuación titulada *Donde está enterrado el perro*, que incluía el siguiente número:

Dos de los actores están desmontando una pared, ladrillo a ladrillo. «¿Qué hacéis?», pregunta un tercero. «¡Estamos retirando las paredes de la fábrica de ladrillos!» «¿Y por qué hacéis eso? ¡Hay escasez de ladrillos!», dice el otro. Exactamente, responden los dos obreros, mientras siguen con su trabajo: «¡Por eso estamos desmontando las paredes!».

En la obra también aparecía un burócrata que respondía a todas las preguntas con una cita de Walter Ulbricht, «solo para ir totalmente sobre seguro». El conjunto era muy poco sofisticado, pero a las autoridades no les hizo gracia. En el informe que se redactó a continuación, un jefe local del partido expresó su indignación: «El espectáculo consistió en provocadoras difamaciones a la prensa, los trabajadores, los dirigentes del partido y los líderes de las juventudes». Los actores pasaron nueve meses en la cárcel, y

varios de ellos estuvieron todo ese tiempo en régimen de aislamiento. Mucho después, uno de ellos descubrió que la policía secreta había sido informada de centenares de sus chistes^[30].

El incidente ilustra la notoria falta de sentido del humor de los comunistas. También subraya el delicado equilibrio que debían mantener los humoristas, artistas de cabaret y todo aquel que quisiera actuar legalmente. Por un lado, tenían que ser divertidos, o por lo menos mordaces e ingeniosos, a fin de atraer al público. Por otro lado, tenían que evitar contar chistes que ya se estuvieran contando, e incluso aludir a temas que a otros les resultaban muy divertidos. Los medios de comunicación oficiales se enfrentaron al mismo problema. La radio estatal húngara intentó resolver ese problema en 1950, con la creación de un cabaret político. Su objetivo era claro: «Cada risotada es un golpe al enemigo. El nuevo programa retransmitirá la alegría optimista y la fuerza de nuestra sociedad». Dos meses después, el programa dejó de emitirse^[31].

Uno de los que, en el bloque del Este, combatió ese problema con mayor diligencia durante la fase final del estalinismo fue Herbert Sandberg, el superviviente de Buchenwald que se convirtió en el director de *Ulenspiegel*, la que fue la revista satírica de Alemania del Este durante un breve período de tiempo. Aunque las oficinas de la revista estuvieron al principio en Berlín Oeste y la revista se registró con una licencia estadounidense, el extraordinario grupo de artistas y escritores de Sandberg procedían de la izquierda intelectual, y desde el principio fueron afines a la Kulturbund y al partido comunista. Sin embargo, Sandberg no estaba en absoluto ideologizado. Consideraba que la risa era «curativa» y se creía capaz de desempeñar un papel importante en la reconstrucción de la sociedad si él y sus colegas empleaban sus afiladas plumas para caricaturizar el pasado nazi de Alemania y su división actual.

Al menos al principio, *Ulenspiegel* reflejó en gran medida la sensibilidad de Sandberg. El número del 1 de enero de 1947 contenía, entre otras cosas, un artículo satírico sobre Adenauer, la crítica de una exposición de libros infantiles que no había recibido la atención suficiente (la exposición no se comentó en el extremadamente serio Berlín porque «versa sobre la diversión, el amor y la magia») y un artículo crítico sobre Wilhelm Furtwängler, el director de orquesta que había permanecido en Alemania durante la guerra y había guardado silencio sobre las atrocidades de los nazis. Había también tiras cómicas que criticaban el moribundo proceso de desnazificación («¿De

verdad no quedan miembros del partido nazi?») y mucho debate abierto sobre el Tercer Reich. Unos meses después, la ambivalencia de Sandberg sobre la división cada vez más profunda de Alemania y de Berlín se reflejó en la portada del 2 de mayo, en la que aparecía un hombre ciego entre las cuatro banderas de las potencias de ocupación de Berlín. El titular —«Un futuro incierto»— no culpaba directamente a Estados Unidos ni a la URSS de la división.

Esa neutralidad no pudo mantenerse mucho tiempo, y finalmente Sandberg tuvo que tomar partido. A medida que las tensiones Este-Oeste crecían, también lo hacía la influencia comunista sobre el contenido de la revista. Su sátira se volvió más mordaz contra el capitalismo, Estados Unidos, y contra la indefensión alemana frente al «belicismo» occidental. En diciembre de 1947, en la portada del número de Navidad aparecía un niño alemán preguntando con gesto apagado: «Mamá, ¿qué es la paz?». Llegada la primavera de 1948, la revista había perdido su licencia de publicación estadounidense. En mayo, el primer número publicado con licencia soviética mostraba varios puentes: los que llevaban el nombre de «unidad monetaria» y «unidad económica» estaban intactos; el de «unidad política» había saltado por los aires^[32].

A continuación aparecieron portadas que se burlaban de Truman, de De Gaulle y de las promesas occidentales de desmilitarización, aunque Sandberg se resistió a convertirse en otro instrumento de propaganda. Se puso del bando «equivocado» en el debate sobre el formalismo cuando insistió en expresar su admiración por artistas «formalistas» como Pablo Picasso. Esa tolerancia duró poco. En 1950, el departamento de cultura del Comité Central del partido solo podía admitir una conformidad total. Como uno de sus miembros argumentó: «Necesitamos el apoyo de nuestra prensa satírica en la república». La revista, declaró otro, estaba intentando someterse —«Creemos que *Ulenspiegel* ha trabajado constante e intensamente para mejorar»—, pero subsistían algunas dudas^[33]. Nada de eso importaba ya, porque sus lectores la habían abandonado. Nadie quería comprar una revista satírica que ya no era divertida, y las autoridades la clausuraron en agosto. Aunque después resucitó con el nombre parecido de *Eulenspiegel*, nunca fue lo mismo.

Sin embargo, en privado, a puerta cerrada y cuando estaban a solas, también las autoridades contaban chistes políticos. Günter Schabowski, periodista de Alemania del Este y después miembro del último gobierno de Alemania del Este, dijo una vez a un periodista británico: «En el *Neues*

Deutschland contábamos chistes en la cantina. No estábamos ciegos a los fallos del sistema, pero nos convencíamos de que se producían porque estábamos en los primeros tiempos y el enemigo de clase cometía sabotajes siempre que podía. Creíamos que un día todos los problemas se solucionarían y los chistes se terminarían porque ya no quedaría nada sobre lo que bromear^[34]». También corrían chistes sobre eso. Por ejemplo este, que probablemente procediera de la URSS, y que se refiere a uno de los proyectos de construcción del Gulag más famosos de la Unión Soviética:

¿Quién construyó el canal del mar Blanco?

Los que contaban chistes políticos.

¿Y quién construyó el canal Volga-Don?

Los que los escuchaban.

El humor no podía controlarse siempre. La indumentaria no podía controlarse siempre. Y resultó que las emociones religiosas tampoco podían controlarse. En la Europa comunista algunos se organizaron al amparo de la Iglesia de manera cuidadosa, planeando y midiendo su implicación, calculando el precio personal que tal vez tendrían que pagar. Józef Puciłowski formó parte de una sección de la Unión de Jóvenes Polacos cuyos líderes tomaron la decisión de, en grupo, ir a ver a un sacerdote para recibir clases particulares de catecismo con regularidad. El riesgo tuvo su compensación: ningún miembro del grupo se lo comunicó a las autoridades^[35]. Cuando era joven, Hans-Jochen Tschiche decidió convertirse en un clérigo luterano. Aunque en esa época, a finales de la década de 1940, podía estudiar en Berlín Oeste, decidió volver al Este y ejercer allí su vocación. Para él, la vida clerical tenía el atractivo de la apertura: se podía leer una variedad más amplia de literatura, discutir material al que la mayoría de la gente del Este no tenía acceso y establecer contactos con sacerdotes e iglesias occidentales, todo ello evitando el conflicto con el régimen y teniendo la posibilidad de ayudar a algunas de sus víctimas^[36].

Sin embargo, otros no calcularon, no midieron ni planearon. De vez en cuando, los sentimientos religiosos reprimidos estallaban de repente.

Tal vez el mayor estallido espontáneo fuera el que se produjo en 1949, en la ciudad polaca de Lublin. Empezó en verano, el 3 de julio, cuando una monja de la zona advirtió un cambio en el rostro de la imagen de la Virgen María que había en la catedral de la ciudad. La Virgen —una copia de la

Virgen Negra de Czestochowa, la imagen más venerada de Polonia— parecía llorar. La monja llamó a un sacerdote. También él presenció el milagro, y ambos empezaron a rezar. Otros se sumaron a ellos. Con sorprendente velocidad —esto sucedió antes de que el uso del teléfono estuviera generalizado— la noticia del milagro de la Virgen que lloraba se difundió por toda la ciudad. Esa misma noche, las puertas de la catedral no pudieron cerrarse a causa de la aglomeración de gente.

En los días siguientes, la noticia alcanzó mayor difusión y gente de toda Polonia empezó su peregrinaje a la catedral. Por supuesto, no se produjo un anuncio público del milagro, y el régimen hizo lo que pudo para desanimar a los fieles. Las autoridades interrumpieron el transporte público por la ciudad y colocaron a agentes de policía en las carreteras para evitar que la gente se desplazara hasta allí, pero fue en vano, como recuerda un testigo:

Era el mes de julio de 1949. Cinco personas salimos a pie, ya que habían dejado de vender billetes de tren a Lublin. Cuando llegamos a la catedral nos quedamos allí toda la noche y por la mañana había ya miles de personas, y sobre las siete empezaron a hacer cola a la espera de que se abrieran las puertas de la catedral. Al cabo de un rato llegó un policía que se llevó al sacerdote, pero la gente siguió esperando. Después volvieron y se llevaron las llaves de la catedral, pero la gente no se movió.

Y más tarde apareció un obispo y dijo a la gente que se marchara porque la catedral no abriría, y la gente se quedó muy sorprendida y empezó a cantar y a rezar, y eso se prolongó hasta la tarde, cuando me dirigí a la entrada lateral de la catedral, y al principio no entendí lo que estaba pasando, pero entonces [...] me fijé en que estaban derribando las puertas, y empecé a ayudar mientras la gente cantaba, rezaba y gritaba: «No cerréis nuestra iglesia».

Finalmente, logró entrar. Vio iluminarse el rostro de la Virgen. Lágrimas de sangre rodaban por una de sus mejillas. «Creo que fue un verdadero milagro», escribió^[37].

Los dirigentes comunistas se sintieron frustrados. Al principio evitaron que la historia apareciera en los periódicos con la esperanza de que se olvidara pronto. Sin embargo, cuando la gente siguió llegando al lugar, y cuando la plaza de la catedral se llenó de peregrinos, cambiaron de táctica. El 10 de julio impulsaron una «acción en contra del milagro»: enviaron a quinientos policías más procedentes de Varsovia y Łódź, y dieron luz verde a los periódicos para que iniciaran una campaña de propaganda negativa. Los peregrinos no eran descritos como «campesinos» (una palabra con connotaciones positivas en el léxico comunista), sino como «multitud», «turba» o «gente del campo», analfabetos ingenuos, e incluso «especuladores» o «comerciantes» a los que podía verse con botellas de vodka por las noches. Las autoridades gubernamentales examinaron

atentamente el cuadro milagroso, concluyeron que había resultado dañado durante la guerra y dijeron que las aparentes marcas en su rostro se debían a la humedad. Los altos cargos eclesiásticos, entre ellos el cardenal Wyszynski, fueron presionados para que declararan que el milagro era falso. Temiendo que los peregrinos tuvieran que hacer frente a terribles repercusiones, los clérigos pidieron a los fieles que regresaran a sus casas.

Sin embargo, los fieles siguieron llegando y montando sus tiendas frente a las puertas de la catedral. Al domingo siguiente, el 17 de julio, se produjo el inevitable enfrentamiento. Los líderes del partido de la zona organizaron una manifestación en la plaza Litewski, en el centro de la ciudad. Censuraron a los «clérigos reaccionarios» mediante megáfonos tan potentes que su voz se oyó en el interior de todas las iglesias de la ciudad. En una de ellas, la iglesia de los Capuchinos, los fieles empezaron a cantar un himno: «¡Queremos a Dios!». Cuando la misa terminó y la multitud de gente comenzó a salir a la calle, se iniciaron las detenciones. Los fieles intentaron escapar del centro de la ciudad, pero la policía bloqueó las calles adyacentes y los subió a camiones blindados; una escena, señala un historiador, bastante parecida a los arrestos que los nazis habían llevado a cabo en Lublin unos años antes. Algunos estuvieron arrestados durante unas horas, otros hasta tres semanas^[38].

Llegado el mes de agosto, las autoridades habían descubierto una manera de encajar el suceso en su amplísimo conjunto de teorías. ¿Cómo era posible que la noticia del «milagro» se hubiera propagado con tanta rapidez, y que hubiera llegado incluso a lugares que se encontraban a miles de kilómetros de Lublin? ¿Quién había difundido ese fantástico rumor por todo el país? La radio polaca halló la respuesta: los organizadores del «milagro» de Lublin resultaron ser la camarilla reaccionaria de los clérigos, que actuó de común acuerdo con los enemigos de la nación polaca y la República Popular, y con La Voz de América. El locutor concluyó que no era de extrañar: «La Voz de América se alegró mucho de que en Polonia la gente abandonara su trabajo positivo en el campo y les ordenó que se reunieran frente a la catedral en condiciones indescriptibles. [...] Esa no fue una expresión de fe. Fue una manifestación organizada de fanatismo medieval [...] con un propósito que nada tiene que ver con la religión^[39]».

Con el tiempo, el alboroto que levantó el milagro de Lublin se calmó. Sin embargo, no fue el único suceso de esa clase que tuvo lugar en la Europa estalinista. En el pueblo húngaro de Fallóskút, dos años antes, una joven llamada Klára huyó de su violento marido, pasó la noche en el campo y tuvo

un sueño en el que la Virgen María le dijo que buscara una fuente. Encontró la fuente y después tuvo un segundo sueño en el que la Virgen le pidió que construyera una capilla. Como era pobre, «bastaría con la fe» para pagar por ella, según la Virgen, y así fue. Klára convenció a otros para que la ayudaran y la capilla fue construida junto a la fuente a finales de 1948. Un sacerdote asistió a la inauguración del edificio.

Aunque el atemorizado episcopado se negó a reconocer el milagro, la Virgen volvió a aparecerse a Klára en varias ocasiones en 1949, después de lo cual fue ingresada en un hospital psiquiátrico, donde recibió tratamiento de electrochoque. Después la soltaron, pero volvió a ser ingresada en el hospital en 1952 y le diagnosticaron esquizofrenia. En ese tiempo, muchas personas dieron su apoyo a la capilla, entre ellas el arrepentido marido de Klára. Más adelante, en la década de 1970 la mujer realizó dos viajes al Vaticano para intentar conseguir que el Papa reconociera el milagro. Finalmente, lo consiguió, pero fue después de su muerte en 1985^[40].

Fallóskút nunca atrajo a las multitudes que durante un breve período de tiempo llenaron la catedral de Lublin. Sin embargo, con el tiempo la capilla llegó a desempeñar un papel importante en la cultura gitana húngara. Los oponentes al régimen más pasivos demostraron su fe desplazándose hasta la fuente de Klára y observando en silencio los milagros que obraba su agua bendita. Un agua que curó a varias personas que sufrían alguna dolencia ocular. Se dijo que un muchacho mudo había empezado a hablar. Ninguno de los que iban a rezar a la capilla decía una sola palabra sobre política, comunismo, democracia u oposición. Pero todos los que se desplazaban hasta Fallóskút sabían por qué estaban allí y por qué otros no lo estaban.

Los milagros, los peregrinajes y las oraciones no fueron la única forma de resistencia pasiva que la Iglesia fue capaz de ofrecer. Pese a verse limitadas, perseguidas y oprimidas, las instituciones religiosas siguieron existiendo durante la fase final de estalinismo. Por muy presionados o amenazados que estuvieran, no todos los sacerdotes fueron «patrióticos», ni todos los intelectuales católicos intentaron conseguir una carrera pública. Las autoridades religiosas que supieron actuar con discreción lograron incluso conseguir alojamiento y trabajo a la gente que no quería tener nada que ver con el comunismo. Precisamente una de esas actuaciones fue la que ayudó a Halina Bortnowska a sobrevivir al estalinismo con la conciencia intacta.

Bortnowska, hija de un profesor que le enseñó a «tomarse la vida en serio», tenía trece años cuando terminó la guerra. Su madre y ella habían

escapado de Varsovia durante el alzamiento y se habían dirigido a Torun. En la primavera de 1945, Bortnowska volvió a la escuela. Las clases se habían retomado de manera espontánea. No había llegado ninguna orden desde arriba, pero los profesores, simplemente, volvieron a dar clase, y los niños simplemente querían aprender. Los profesores eran los mismos que antes de la guerra y enseñaban de la misma manera, utilizando los mismos libros de texto. Pero no todo era normal. Bortnowska recordó que en mayo, o tal vez en junio, corrió el rumor de que los soldados rusos iban de camino para deportar a los niños polacos. Los profesores enviaron a todos los niños a sus casas. Sin embargo, el rumor resultó ser falso y las cosas volvieron a la normalidad, al menos durante un tiempo.

La tropa scout de Bortnowska también retomó su actividad de manera espontánea. Dirigida por varias jóvenes que había formado parte de Szare Szeregi, el grupo de scouts del Ejército Nacional, la tropa se dispuso a ser de la mayor utilidad posible. Organizaba ayuda para los refugiados que llegaban del este y atendía a huérfanos y niños que habían sido desplazados. Se comportaba como quería, sin tener que rendir cuentas a ninguna autoridad, pese a las señales amenazantes que observaban alrededor.

En 1948, las cosas cambiaron. El director de la escuela fue sustituido y muchos de los profesores también se marcharon. El movimiento scout de Varsovia quedó en manos de los líderes de la Unión de Jóvenes Polacos, llegaron presiones desde arriba para someterlo y las jóvenes instructoras decidieron disolver su tropa. «Los scouts no pueden existir en una organización deshonesta», dijeron a Bortnowska y a sus amigos. En su caso, nadie se planteó formar una tropa secreta dedicada a la conspiración: «Entendimos que no tenía ningún sentido». Bortnowska buscó una alternativa. Consiguió entrar a formar parte de Sodalicja Marianska, un grupo de estudiantes católicos, el día antes de que fuera disuelto. También llegó tarde para trabajar en Caritas.

Frustrada, pero decidida a mantenerse fiel a los principios de su familia y a sus propios ideales católicos, Bortnowska buscó otras formas de canalizar su rebelión. El momento crucial llegó cuando a ella y a una amiga les pidieron que firmaran el Llamamiento de Estocolmo, una de las muchas peticiones de paz que habían circulado por su escuela. Lo firmaron, pero pronto se arrepintieron. Fueron a ver al director de la escuela y le pidieron que eliminara sus nombres. Quienes no lo habían firmado consiguieron pasar inadvertidos. Pero Bortnowska y su amiga, que entonces estaban en el último

año de secundaria, «causaron un alboroto y atrajeron la atención hacia nosotros [...] todo el pueblo hablaba de ello». Con esa mancha en sus expedientes, la posibilidad de acceder a una educación superior se desvaneció de repente para ambas.

Podría haber ido a trabajar a una fábrica, y pensó en hacerlo. Pero como Bortnowska tenía amigos en instituciones religiosas, tenía una opción más. Se inscribió en el Instituto Católico de Wrocław y empezó a estudiar para convertirse en *katechetka*, o profesora de religión en escuelas de enseñanza primaria. El Instituto Católico, pese a su nombre imponente, era en realidad una institución temporal y no oficial, reconocida tan solo por la Iglesia. Poco después de su fundación en la ciudad de Wrocław, los edificios del instituto fueron confiscados, por lo que se trasladó a un destartado local en el campo, cerca de la ciudad de Olsztyn.

En el instituto, los estudiantes estudiaban y enseñaban a la vez. Sobrevivían gracias al dinero de las parroquias de la zona, de la comida que les llevaban los padres agradecidos y de las donaciones de comida que hacían los feligreses. Cocinaban ellos mismos y limpiaban también ellos. Se mantenían al margen. «No existíamos, desde el punto de vista de las autoridades», recordó Bortnowska. Tenían suficiente trabajo con el caos administrativo, sobre todo en los antiguos territorios alemanes, como para prestarles atención a ellos.

Bortnowska siguió en el Instituto Católico hasta 1956, cuando la situación empezó a suavizarse y pudo matricularse en una universidad de verdad y obtener un título de verdad. Sin embargo, durante seis años sobrevivió en la Polonia comunista sin colaborar. Durante ese tiempo enseñó nociones de religión a un grupo de escolares, y tuvo comida suficiente y un lugar donde dormir. No supuso una amenaza para el régimen y probablemente el régimen nunca se interesó por ella. No desempeñó un papel público ni adoptó ninguna posición política. No tuvo hijos ni familia, por lo que no tuvo que preocuparse por asegurar el futuro de nadie. Su madre siempre pudo cuidar de sí misma.

Cuando, medio siglo después, le pregunté si había pasado miedo durante esa época, se encogió de hombros. Sí y no, dijo. «Es imposible tener miedo todo el tiempo. Las personas terminamos acostumbrándonos a ello, dejamos de prestarle atención.» Y ella, escondida en el campo, así lo hizo^[41].

A quienes no pudieron o no quisieron colaborar, a quienes no pudieron refugiarse en la Iglesia o recurrir al humor, les quedó una alternativa drástica

y final: la huida.

En esto, los alemanes del Este lo tuvieron más fácil. Los polacos que salieron de Polonia o los húngaros que salieron de Hungría no solo dejaron atrás sus hogares y a sus familias, sino también su lengua y su cultura. Para ellos, dejar el país supuso convertirse para siempre en refugiados. Después de 1949, los sistemas de pasaporte en Europa del Este se endurecieron y las fronteras se vieron reforzadas, lo que hizo que esa elección desgarradora fuera aún más peligrosa y difícil, puesto que quien cruzara la frontera se arriesgaba a ser arrestado y encarcelado. Según las estadísticas del Ministerio del Interior, solo 9360 polacos cruzaron la frontera polaca por cualquier motivo en 1951, de los cuales solo 1980 viajaron a países capitalistas^[42].

Para los alemanes, esa misma elección podía resultar muy difícil, especialmente para quienes tenían propiedades o familia en el Este. Sin embargo, para ellos no fue tan dramático. Al fin y al cabo, Alemania occidental seguía siendo Alemania, y la lengua nacional seguía siendo el alemán. La logística también era más sencilla. A diferencia de los polacos, que tenían que cruzar Alemania del Este, Checoslovaquia o el mar Báltico para llegar al Oeste, los alemanes que quisieran salir de Alemania del Este en la década de 1950 en teoría solo tenían que cruzar la frontera hacia el oeste.

Esa tarea aparentemente sencilla se fue complicando con el paso del tiempo. Durante los primeros tiempos, los obstáculos solían encontrarse en el lado occidental de la frontera. Como el flujo de refugiados fue en su mayor parte del este al oeste desde un buen principio, en un primer momento el ejército estadounidense en Baviera y el ejército británico en el norte de Alemania intentaron ralentizarlo. Temiendo verse superados por la enorme cantidad de refugiados, el ejército de Estados Unidos empezó a defender las fronteras de su zona de ocupación en marzo de 1945, y a controlar quién podía y quién no podía pasar. Aunque esos esfuerzos no resultaron demasiado efectivos —los refugiados seguían cruzando al otro lado a través de bosques o llegando a puestos fronterizos con la ayuda de contrabandistas o soldados soviéticos dispuestos a dejarse sobornar—, sí contribuyeron a sentar un precedente. A su debido momento, todos los ejércitos aliados de Alemania montaron puestos fronterizos y controles de carretera, vigilaron las rutas de entrada y de salida de sus respectivas zonas, e impusieron que quienes cruzaran las fronteras alemanas «internas» tenían que presentar un salvoconducto o un visado^[43].

Inevitablemente, empezaron a producirse «incidentes» en la frontera —

soldados soviéticos que disparaban a la zona estadounidense y a la inversa—, así como disputas sobre dónde se suponía que debía situarse exactamente la nueva frontera Este-Oeste de Alemania. Los mojones de piedra del siglo XIX, que podían desplazarse disimuladamente por la noche, se convirtieron en una fuente de disputas, y varios pueblos de la zona soviética solicitaron trasladarse a la zona estadounidense^[44]. El Ejército Rojo empezó a establecer lo que más tarde se convertiría en una «tierra de nadie», un área a lo largo de la frontera donde nadie podía vivir. Más adelante, pueblos enteros de esas áreas fronterizas serían evacuados. Los Aliados iniciaron una serie de negociaciones para discutir esos problemas de desplazamiento y se establecieron varias comisiones para encontrar soluciones. Se crearon normas para determinar la emisión de salvoconductos y permisos.

Entretanto, los alemanes seguían trasladándose del este al oeste. Entre octubre de 1945 y junio de 1946, alrededor de 1,6 millones de personas llegaron a las zonas estadounidense y británica procedentes de la zona soviética. En junio de 1946, el Ejército Rojo, y no el estadounidense, pidió que se prohibieran los desplazamientos entre zonas, y los soldados estadounidenses, y no los del Ejército Rojo, ayudaron a los alemanes a cruzar a escondidas (disfrazando a mujeres alemanas con uniformes estadounidenses, por ejemplo, un truco que al parecer no resultaba difícil de descubrir^[45]).

A partir de 1949, las autoridades de Alemania del Oeste también dejaron de tratar a la gente que llegaba del Este como inmigrantes ilegales. Empezaron a considerarlos refugiados políticos y víctimas de la opresión comunista. Los alojaron en campos de refugiados y los ayudaron a conseguir casa y trabajo. En concordancia con esos cambios, las autoridades soviéticas también empezaron a aplicar controles más estrictos y enviaron tropas del Ejército Rojo a patrullar sus fronteras y a construir zanjas, vallas y muros.

Berlín fue la excepción. Aunque la ciudad se encontraba dentro de la zona soviética, no era fácil establecer una «frontera» en ella (aunque la construcción del muro de Berlín en 1961 terminaría demostrando que sí era posible). Y aún más importante, al principio la URSS no quería que la división de la ciudad fuera oficial. Las autoridades soviéticas preferían que Berlín se mantuviera unido, aunque bien anclado al Este. Esa anomalía pronto generó otra dinámica extraña, cuando los alemanes del Este comenzaron a llenar Berlín Este para cruzar la frontera hacia Berlín Oeste, y desde allí viajar a Alemania occidental en tren o en avión. El misterio y la intriga de Berlín,

tan atractivo para los cineastas y escritores de novelas de espionaje, data de esa época, cuando Berlín era la puerta a la libertad.

El bloqueo de Berlín de 1948-1949 (descrito en el capítulo 11) fue diseñado para terminar con ese flujo de gente, así como para convencer a los Aliados occidentales para que abandonaran la parte oeste de la ciudad. Si bien el bloqueo no logró ese segundo objetivo, el refuerzo de la frontera dentro de la ciudad hizo que los berlineses encontraran más dificultades para cruzar. La policía de fronteras, con el pretexto de detectar a estraperlistas, vigilaba todos los medios de transporte, comprobaba pasaportes y visados y en ocasiones arrestaba a refugiados potenciales.

Las medidas más drásticas llegaron en 1952, después de que el gobierno de Alemania del Este creara una comisión especial para hacer frente al problema de quienes «huían de la República». Naturalmente, esas medidas incluían propaganda —denuncias de espías occidentales que animaban a ciudadanos del Este a cruzar la frontera con falsas promesas de riqueza—, así como promesas de un empleo mejor y de alojamiento para quien regresara. La policía secreta empezó a recopilar información sobre la gente que se había marchado a fin de entender mejor sus motivos. Finalmente, todos los pasos que quedaban a lo largo de la frontera Este-Oeste quedaron cerrados al tráfico ordinario, entre ellos todos los de Berlín que pudieron cerrarse. Fue entonces cuando la policía de Alemania del Este y el Ejército Rojo empezaron a vigilar y a cortar también las carreteras de Alemania del Este en dirección a Berlín Este.

Aun así, la gente siguió huyendo. Pese a los controles en las fronteras, las pistolas y los tanques, pese al riesgo de arresto o captura, casi 200 000 personas —197 788 para ser exactos— salieron de Alemania del Este en dirección al Oeste en 1950. En 1952, después de que la frontera se hubiera reforzado nuevamente, la cifra disminuyó ligeramente a 182 393. Incluso entonces volvió a aumentar y alcanzó los 200 000 cada año hasta que la construcción del muro de Berlín detuvo el tráfico. En total, se estima que 3,5 millones de personas, de una población de 18 millones, se marcharon de Alemania del Este entre 1945 y 1961^[46].

De esos 3,5 millones, algunos tal vez se habrían convertido en opositores al régimen de haberse quedado. Ernst Benda, el joven activista demócrata cristiano que cruzó la frontera después de recibir un extraño mensaje telefónico, terminó siendo jurista, uno de los primeros impulsores de la Universidad Libre de Berlín Oeste y finalmente presidente del Tribunal

Supremo de Alemania occidental. Gisela Gneist, encarcelada en Sachsenhausen por fundar un grupo democrático de jóvenes cuando tenía quince años, cruzó la frontera después de su liberación. Décadas después, ayudó a crear el monumento a la memoria de los presos soviéticos de ese campo. Gerhard Finn, arrestado por ser un «Hombre Lobo» cuando era adolescente, cruzó la frontera y se entregó al movimiento anticomunista de Berlín Oeste. Entre los exiliados hubo artistas, escritores y músicos de todo signo que, si se hubieran quedado en el Este, probablemente se habrían convertido en disidentes culturales.

No todos los refugiados fueron políticos. Una fábrica de Köpenick, a la que exigieron que explicara la marcha de sus trabajadores, informó a las autoridades de que se habían marchado porque sus familiares estaban en Alemania occidental, porque la fábrica no les había garantizado una excedencia para estudiar, porque tenían deudas y porque pensaban que ganarían más dinero en el Oeste. Probablemente esa explicación refleje con acierto los motivos de muchos exiliados, que sin duda debieron de ser muy variados. El último punto en particular fue, desde luego, un factor decisivo. A principios de la década de 1950, la economía de Alemania occidental había dejado a la economía de Alemania oriental muy atrás, como todo el mundo podía observar.

Sin embargo, no todos los que se quedaron en el Este fueron infelices, y es un error imaginar que después del éxodo quedó tan solo una población sombría y apolítica; o que, como el historiador Arnulf Baring escribió: «Cualquiera que mostrara iniciativa o fuera enérgico y decidido ya se había marchado a tiempo o fue expulsado más adelante». Al menos hasta la construcción del muro en 1961, quienes se quedaron gozaron de un poder mayor: si no les concedían una casa, mejores sueldos o un buen puesto de trabajo, siempre podían amenazar con marcharse. Los miembros de determinadas profesiones —los médicos, por ejemplo— se vieron colmados de privilegios diseñados para que no se marcharan, y algunos de ellos reconocieron que les fue mejor por ello. Cuando, tras la muerte de Stalin, su marido le dijo que los cambios en la política del régimen podrían significar que muchos de los que se habían marchado al Oeste regresaran a Alemania del Este, Herta Kuhrig, que entonces tenía cuarenta y tres años, pensó: «Oh, Dios mío, si vuelven es posible que tengamos que salir de nuestro piso^[47]».

Conscientes de que sus ciudadanos podían elegir, el gobierno de Alemania del Este se abstuvo de recortar los sueldos y es probable que mantuviera un

régimen policial mucho más suave de lo que lo habría sido en otras circunstancias. El miedo a un éxodo masivo podría explicar también por qué no hubo juicios amañados en Alemania del Este^[48]. No todos los que se quedaron admiraban el sistema comunista, pero valoraron la situación, calcularon cuán comprometidos tendrían que mostrarse y qué grado de oposición pasiva sería posible. Eligieron la que les pareció la mejor opción para ellos y sus familias, y después esperaron a ver qué sucedía a continuación.

Las revoluciones

Tras el alzamiento del 17 de junio
el secretario de la Unión de Escritores
mandó repartir panfletos en la avenida Stalin
en los que se leía que el pueblo
había perdido la confianza del gobierno
y que solo redoblando el trabajo
podría reconquistarla. ¿Pero no sería
más simple que el gobierno
disolviera al pueblo
y que eligiera a otro?

BERTOLT BRECHT, «La solución^[1]»

El 6 de marzo de 1953, los europeos del Este, al igual que el resto del mundo, se despertaron con una noticia sorprendente: Stalin había muerto^[2].

En toda la región, las radios emitieron música fúnebre. Las tiendas cerraron sus puertas. Se instó a los ciudadanos a colgar banderas en sus casas, y millones de personas vistieron voluntariamente de negro y se pusieron brazaletes en señal de luto. Los periódicos aparecieron con márgenes negros, en las oficinas se colocaron crespones negros en las fotografías de Stalin, y los escolares se turnaron para colocarse como guardias de honor frente a su retrato. Delegaciones de las fábricas y los ministerios acudieron en masa a las oficinas de los comandantes soviéticos en Alemania del Este, donde firmaron en los libros de condolencias en un silencio acongojado. En el pueblo de Heiligenstadt, las iglesias católicas tocaron las campanas y los sacerdotes rezaron un padrenuestro en su honor^[3]. Enormes multitudes de dolientes llenaron la plaza Wenceslas en Praga, y decenas de miles se reunieron alrededor de la estatua de Stalin en Budapest. En Alexanderplatz, en Berlín

Este, se guardó unos minutos de silencio^[4].

En Moscú, los acólitos e imitadores de Stalin se reunieron en su funeral. Bolesław Bierut y Konstantin Rokossovski, Mátyás Rákosi y Klement Gottwald, Walter Ulbricht y Otto Grotewohl, todos ellos estuvieron allí. También Gheorghe Gheorghiu-Dej de Rumanía, Enver Hoxha de Albania, y Vulko Chervenkov de Bulgaria. Mao Tse-Tung y Zhou Enlai llegaron de China, Palmiro Togliatti de Italia, y Maurice Thorez de Francia^[5]. Georgy Malenkov, Lavrenti Beria y Viacheslav Molótov leyeron oraciones fúnebres, aunque, como señaló un observador, ninguno de ellos «mostró la menor señal de dolor^[6]». Sin embargo, las emociones debieron de estar a flor de piel. Gottwald sufrió un ataque cardíaco después del entierro y murió poco después.

Los cambios llegaron de inmediato. Antes de la muerte de Stalin, sus colegas ya habían llegado a la triste conclusión de que las cosas no iban bien en el Imperio soviético. Durante muchos meses, habían estado recibiendo frecuentes informes, detallados y sumamente preocupantes, de Europa del Este. El embajador soviético en Praga había descrito un «caos prácticamente absoluto» en la industria checa en diciembre de 1952, por ejemplo, además de un fuerte incremento de los precios y una brusca caída en el nivel de vida. Tras las muertes de Stalin y Gottwald, en toda Checoslovaquia volvieron a iniciarse las huelgas. En mayo, miles de trabajadores checoslovacos recorrieron tres kilómetros desde la fábrica Škoda hasta el ayuntamiento en Plzen, y ocuparon el edificio, quemaron banderas soviéticas y arrojaron bustos de Lenin, Stalin y Gottwald por la ventana; una protesta simbólica contra la defenestración de Jan Masaryk, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, un anticomunista que había sido arrojado por la ventana del castillo de Praga en 1948^[7]. La huelga empezó a extenderse también entre los trabajadores de la industria tabacalera de Bulgaria, hasta entonces uno de los países más obedientes del bloque. El Politburó soviético lo encontró particularmente preocupante: si los hasta entonces leales trabajadores búlgaros se estaban inquietando, en el resto de la región la situación debía de ser de mayor inestabilidad^[8].

Las noticias de Alemania del Este tampoco eran buenas. Pese al incremento de la seguridad en la frontera, pese a los controles policiales y el alambre de espino, el tráfico por la frontera interna de Alemania seguía creciendo. Más de 160 000 personas se habían trasladado de Alemania oriental a Alemania occidental en 1952, y otras 120 000 se habían marchado

durante los primeros cuatro meses de 1953^[9]. Un informe advirtió de «un malestar creciente entre la población [de Alemania del Este] que tiene su origen en las políticas de línea dura de la cúpula de la RDA^[10]». El propio Beria redactó un análisis muy certero y de gran lucidez:

El creciente número de huidas al Oeste puede explicarse [...] por la renuencia de grupos individuales de campesinos a formar parte de las cooperativas de producción agrícola que se están organizando, por el miedo que existe entre las pequeñas y medianas empresas a la abolición de la propiedad privada y la confiscación de sus pertenencias, por el deseo de algunos jóvenes de evitar prestar servicio en las fuerzas armadas de la RDA y por las severas dificultades que la RDA está experimentando con el suministro de comida y de bienes de consumo^[11].

Aun con toda la evidencia frente a ellos, los líderes soviéticos no cuestionaron públicamente su ideología. Las ideas del marxismo seguían siendo las correctas, pero, concluyeron, los responsables habían fallado: habían sido demasiado severos, arbitrarios, incompetentes, y se habían precipitado en exceso. En particular, los jefes del partido de Alemania del Este habían fracasado. El 2 de junio, el Politburó soviético emplazó a Ulbricht, a Grotewohl y a Fred Oelssner, el jefe de ideología, en Moscú para comunicárselo. Durante tres días, el Politburó aleccionó a sus colegas alemanes. Les pidieron que abandonaran las celebraciones del cumpleaños de Ulbricht, que liberalizaran su programa económico y que pospusieran, de manera indefinida, el planeado anuncio de la transición inminente de Alemania del Este hacia «un socialismo pleno». Esa «línea política incorrecta» sería sustituida por un «nuevo curso». Naturalmente, los alemanes obedecieron. El 11 de junio, el *Neues Deutschland* publicó una declaración de la cúpula del partido en primera plana, en la que se disculpaba por los «graves errores» de años anteriores y anunciaba el fin de la colectivización e incluso la rehabilitación de las víctimas de juicios políticos.

Las conversaciones soviético-húngaras llegaron una semana después. En esa ocasión, el Politburó atacó a Rákosi, y también a Ernő Gerő, Józef Révai y Mihály Farkas. Beria —quien había realizado personalmente interrogatorios brutales— lideró el ataque: Rákosi, dijo, había iniciado una insoportable «oleada de represión» contra la población, e incluso había dado instrucciones sobre a quién arrestar y golpear. Los colegas de Beria también acusaron al líder húngaro de «aventurismo económico». Conscientes del «descontento generalizado entre la población húngara», la escasez de recursos y las dificultades económicas, ordenaron a Rákosi que dimitiera como primer ministro, aunque le permitieron seguir como secretario general del partido comunista húngaro^[12].

Fue sustituido por Imre Nagy, el poco conocido ministro de Agricultura. Nagy era también un «comunista de Moscú» que había vivido en la Unión Soviética antes de la guerra, donde, según el historiador Charles Gati, era probable que hubiera trabajado como informante de la policía secreta y mantenido vínculos informales con algunos miembros de la cúpula soviética. Pero desde siempre había defendido una transición más gradual hacia el comunismo y, lo más importante de todo, no era judío, lo que el Politburó soviético parecía considerar una ventaja enorme^[13]. Empezó a trabajar en la planificación de un «nuevo curso» para Hungría, y unas semanas después lo presentó. En julio pronunció su primer discurso ante el Parlamento, con el que sorprendió a su partido y a su país. Nagy pidió el fin de la rápida industrialización, el fin de la colectivización y una actitud más relajada hacia la cultura y los medios de comunicación. «En el futuro —declararía poco después el Comité Central—, el objetivo principal de nuestra política económica será elevar constante y notablemente el nivel de vida de la población.» Nagy se mantuvo fiel al marxismo y describió todas sus políticas utilizando el lenguaje marxista —su larga, aburrida y casi ilegible defensa escrita del «nuevo curso» cita a Stalin y a Lenin con alarmante frecuencia—, pero en el contexto de la época sonaba fresco y diferente^[14].

El Politburó soviético no había pretendido que Alemania del Este y Hungría introdujeran esos cambios por su cuenta: la liberalización debía instituirse en todo el bloque a fin de frenar la marea de protestas y descontento. Es posible que algunos imaginaran incluso que, con el tiempo, cambios similares se llevarían a cabo en la URSS, donde, durante unos pocos años —un período que en la URSS se conoció como «el deshielo»—, un cambio verdaderamente radical también parecía posible. Sin duda, en todas sus conversaciones con sus compañeros de Europa del Este en 1953, los líderes soviéticos dejaron claro que su crítica iba dirigida «no a un solo país, sino a todas las democracias populares^[15]». Después de las conversaciones con Ulbricht y Rákosi, hablaron con el líder albanés Enver Hoxha. Para finales de julio se planearon más conversaciones y más diseños de nuevos cursos. El Politburó también tenía previsto invitar a los polacos, los checos y los búlgaros a Moscú, donde también recibirían la orden de cambiar de dirección y volverse populares, o arriesgarse a una catástrofe.

Sin embargo, la catástrofe llegó de todos modos, aunque adoptó una forma que nadie esperaba.

El día amaneció claro y soleado en Berlín el 17 de junio de 1953. Muchos

berlineses salieron a disfrutar del sol con inquietud, pues no estaban seguros de lo que les depararía esa mañana. El día antes, Berlín Este había presenciado sus primeras huelgas masivas desde la guerra. Envalentonados por el anuncio del «nuevo curso», animados por la muerte de Stalin y frustrados por el hecho de que las nuevas políticas parecían no incluir unas cuotas de producción más bajas, los trabajadores de Berlín habían tomado las calles en señal de protesta. Lutz Rackow, un periodista de Alemania del Este, había bajado por Stalinallee el 16 de junio junto a varios miles de obreros de la construcción. Llevaban pancartas en las que se leía: «¡Berlineses, sumaos! ¡No queremos ser esclavos de nuestro trabajo!» Pocos se habían atrevido a hacerlo. Pero en cuanto llegó a Stalinallee el 17 de junio, Rackow se dio cuenta enseguida de que ese día las cosas serían distintas: «En esa ocasión la gente se sumó. Y no solo eso, sino que había trabajadores que habían llegado de lugares tan alejados como Henningsdorf, pese a que el transporte público se había detenido y a que tuvieron que caminar durante tres horas^[16]».

Erich Loest, el novelista que había intentado enseñar a los obreros a escribir críticas de teatro, esa mañana había salido de Leipzig en dirección a la ciudad y vio a los huelguistas. Sin embargo, también vio los tanques y los camiones desplazándose hacia el norte desde sus bases cercanas a Schönefeld y Ahlsdorf. Se dirigían al centro de Berlín más o menos a la misma velocidad que su tren. En otro tren procedente de Leipzig —o puede que en el mismo—, la escritora Elfriede Brüning vio los mismos tanques. Viajaba con un colega, que leyó en alto el titular del periódico: «Tumulto en Bonn». Su amigo se rió e hizo una broma atrevida: «¡Y cómo es que el gobierno se ha enterado solo del tumulto en Bonn y no del alzamiento en Berlín!^[17]».

En el lado occidental de la ciudad, Egon Bahr, el por entonces editor en jefe de temas políticos en Berlín Oeste de la RIAS, estaba ansioso por descubrir lo que estaba sucediendo. Un par de días antes, una delegación de Berlín Este había ido a su oficina para pedirle que diera a conocer la huelga que estaban planeando. Él había accedido a emitir las peticiones de los huelguistas —querían cuotas de producción más bajas, que la comida fuera más barata y elecciones libres, entre otras cosas—, y así lo hizo hasta que el director estadounidense de la emisora, Gordon Ewing, irrumpió en su oficina y le ordenó que dejara de hacerlo: «¿Es que quieres empezar la Tercera Guerra Mundial?». Ewing dijo a Bahr que la responsabilidad estadounidense y las garantías de seguridad estadounidense terminaban en la frontera, y que sería mejor que lo dejara claro en sus transmisiones. Como Bahr recuerda:

«Esa fue la única orden que recibí del gobierno estadounidense mientras estuve en RIAS^[18]».

En la parte oriental de la ciudad, la mayor parte de los miembros del Politburó habían salido de su casa temprano y se dirigían a Karlshorst, donde podrían esconderse de la multitud. De hecho, terminaron pasando allí todo el día, en la oficina del embajador soviético, Vladímir Semionov. No se trató de una actividad voluntaria. En un momento determinado, Ulbricht pidió volver a su casa y Semionov respondió bruscamente: «¿Y si le pasa algo en su apartamento? A ustedes les da igual, pero piensen en lo que mis superiores me harán a mí^[19]». Era muy evidente quién estaba al mando: a la hora del almuerzo, el Politburó se enteró de que las autoridades rusas habían proclamado unilateralmente la ley marcial en Alemania del Este. El «estado de emergencia» se prolongaría hasta finales de ese mes.

El Politburó no era el único que no sabía qué hacer ese 17 de junio. Después de ver el avance por Stalinallee, Rackow fue a su oficina. Sin embargo, ese día apenas trabajó. Los periodistas iban de un lado a otro, y el director se había encerrado en una oficina con el líder de la célula del partido, sin saber qué hacer ni qué línea seguir. Entretanto, Brüning y Loest se dirigían por separado a una reunión de la Asociación de Escritores programada hacía tiempo, en la que nadie fue capaz de hablar de otra cosa que no fuera de la huelga. El secretario general de la asociación llamó al Comité Central. A continuación hizo un anuncio: los escritores tendrían que salir a discutir la situación con los obreros. «¡Y no se dejen provocar!^[20]»

Loest salió junto con un colega. Como precaución, se guardaron las insignias del partido en el bolsillo. Brüning también se mezcló con la multitud. Igual que el periodista Klaus Polkehn, que había tomado el metro hasta el centro de la ciudad y quería descubrir lo que estaba sucediendo. A las diez, decenas de miles de personas avanzaban ya por Unter den Linden en dirección a la Casa de los Ministerios, la sede del gobierno de Alemania del Este, la parte exterior de la cual estaba adornada con *Aufbau der Republik*, el mural de Max Lingner.

Caminando junto a la gente, Loest se dio cuenta enseguida de que las cosas se estaban descontrolando. Multitud de jóvenes, «de los que buscaban pelea», dominaban la escena. «Yo me mantuve a un lado —recordó con sorpresa—. Estaban en huelga, los obreros estaban en huelga contra el Partido de los Obreros y los Campesinos, contra mí.» Vio un quiosco de periódicos en llamas. No se veía la Volkspolizei —la policía alemana— por ninguna parte.

Eso fue deliberado: Ulbricht no confiaba en ella, y no llegó hasta más tarde. Pero había multitud de soldados rusos. Tenían los «rostros inmóviles —recordó Loest—, con las gorras caladas hasta los ojos, las armas entre las piernas. Los oficiales estaban de pie junto a ellos, sin moverse^[21]».

Esos soldados eran solo la avanzada. La verdadera demostración de fuerza soviética llegó más tarde. Loest se encontraba en la esquina de Unter den Linden y Friedrichstraße cuando vio entrar a los tanques. Unos metros más allá, Karl-Heinz Arnold, también periodista, presencié la misma escena desde la ventana de un edificio en la esquina de Leipziger Straße y Wilhelmstraße. Desde lo alto, pudo ver a la multitud congregarse ante la Casa de los Ministerios: «La gente que había allí eran, sin duda, muchachos “de ocho peniques” de Berlín Oeste. Les dabas ocho peniques y les pedías que fueran a algún sitio a armar jaleo. No tenían nada que ver con los manifestantes de Stalinallee, esos eran nuestros obreros de la construcción^[22]».

Hans-Walter Bendzko, un guardia de fronteras, se encontraba observando la misma multitud desde el otro lado de una barricada. Esa mañana, le habían encomendado un trabajo especial y lo habían enviado a la Casa de los Ministerios como guardia de seguridad. No sabía quiénes integraban la multitud, si obreros de la construcción o agitadores de Berlín Oeste. Solo sabía que no era una manifestación «normal», con pancartas y consignas, sino más bien «una masa oscura que se desplazaba de un lado a otro». «Pensé que querían asaltar el ministerio, temía que hubiera una pelea, pero no sabía lo que estaba pasando.» Cuando Bendzko oyó los tanques, sintió pánico y pensó: «Este es el momento en que intervendrán los americanos». Pero cuando se acercaron comprobó —con enorme alivio— que eran tanques T-34 soviéticos, con estrellas rojas. Arnold, mirando desde la ventana, también se sintió aliviado: «Fue como una liberación. Detuvo la presión». Dos de los tanques avanzaron lentamente entre la multitud reunida alrededor del edificio. La gente se hizo a un lado para dejarlos pasar. Uno de ellos se detuvo frente a la Casa de los Ministerios y, mientras Bendzko lo miraba, el comandante de las tropas soviéticas de Berlín salió de su interior.

Salió y cruzó nuestro cordón hacia la Casa de los Ministerios. Después salió, se subió al tanque y dijo algo que, por supuesto, nadie entendió. Tal vez anunció la ley marcial. A continuación, los tanques volvieron a ponerse en marcha en dirección a Potsdamer Platz. Y todo el mundo salió corriendo. Algunos fueron alcanzados y arrestados. [...] Los agitadores empezaron a atacar los tanques. Uno de ellos sacó una viga larga de entre los escombros y la colocó debajo de la rueda del tanque para que las cadenas no se movieran^[23].

Algunos tanques empezaron a disparar al llegar a Potsdamer Platz; otros

ya habían empezado a hacerlo en Unter den Linden. Agentes de la Volkspolizei empezaron a abrir fuego con disimulo. La mayoría de la gente echó a correr y casi nadie opuso resistencia. ¿Con qué podían hacerlo? Algunas personas les arrojaron piedras, pero no había nada más. Se cree que unas cincuenta personas murieron ese día, pero la cifra nunca ha sido confirmada^[24]. Otros cientos fueron arrestadas, de las cuales trece fueron condenadas y ejecutadas, acusadas de traición. No todas las víctimas fueron manifestantes: en Rathenow, un funcionario de la Stasi murió cuando un grupo enfurecido lo arrastró hasta el canal y no le dejó salir^[25].

En el tumulto, Polkehn fue arrestado. Lo arrastraron hasta un tanque mientras él agitaba en vano su carnet de prensa, y lo llevaron a la sede de la Administración Soviética en Karlshorst. Pasó allí dos días, de donde salió sucio y hambriento, pero aliviado. La mayoría de los prisioneros con los que coincidió parecían estar allí por casualidad: se habían sumado a la manifestación por curiosidad, o tal vez por ingenua convicción. No todos eran de Berlín. De hecho, ese día hubo manifestaciones en todas las ciudades importantes y centros industriales, sobre todo en aquellos con una fuerte tradición comunista o socialdemócrata: Rostock, Cottbus, Magdeburgo, Dresde, Leipzig, Erfurt y Halle. En total, unas 500 000 personas en 373 pueblos y ciudades hicieron huelga en unas 600 empresas. Entre 1 y 1,5 millones de personas participaron en manifestaciones de algún tipo^[26].

Nadie se sorprendió más de la extensión geográfica de la huelga que Bahr, quien había supuesto que las protestas se limitarían a Berlín. Pero fue consciente de su gran responsabilidad cuando oyó que algunos de los manifestantes de fuera de la capital habían reivindicado lo mismo, palabra por palabra, que él había pronunciado en la radio el día antes^[27]. Resultó que los rusos habían estado en lo cierto en 1945: la radio era realmente el medio de comunicación más importante de su época, y el único capaz de llegar a una gran parte de la población. Pero la audiencia de RIAS resultó ser mucho más amplia que la audiencia de la radio estatal. «El 17 de junio demuestra cuánta gente escucha RIAS —manifestó airado un comunista de Alemania del Este en una reunión que se celebró semanas después—. Hemos dedicado muchos esfuerzos a la educación y a la formación, pero no se han asimilado^[28].»

En Berlín, la aparición de tanques soviéticos había puesto fin a las manifestaciones. Pero cuando Semionov envió su primer telegrama a Moscú a las dos de la tarde ya se habían causado importantes daños en la ciudad y por todo el país. Se habían destrozado las ventanas de las oficinas del gobierno y

una librería que vendía libros rusos en el centro de Berlín ya había sido desvalijada. En la ciudad de Görlitz, en la frontera polaca, una multitud de 30 000 personas habían destruido la sede del partido comunista, las oficinas de la policía secreta y la cárcel. En Magdeburgo habían incendiado la sede del partido y la cárcel, y en fábricas cercanas a Halle los trabajadores habían aplastado a la policía^[29]. También hubo rebeliones más sutiles. En una fábrica, los trabajadores organizaron un «concurso de silbidos» para ahogar la propaganda que emitía el sistema de altavoces^[30].

Los alemanes del Este reaccionaron a esos acontecimientos de manera muy diversa. A los simpatizantes comunistas, como lo era Loest en esa época, les escandalizó la idea de que los obreros pudieran protestar contra el partido de los trabajadores. Günter Schabowski —cuyos comentarios fuera de contexto durante una conferencia de prensa llevaron a la apertura del muro de Berlín en 1989— recuerda que el 17 de junio «nos demostró el peligro que corría» la aparentemente «inquebrantable y firme creación de los comunistas^[31]». Funcionarios como Arnold, en un intento de explicar la situación, optaron por culpar a los violentos de Berlín Oeste. Quienes se sentían inclinados a excusar al régimen, se mostraron de acuerdo con ellos. Aunque con el tiempo se volvió más ambivalente (y se preguntó, en el poema que constituye el epígrafe de este capítulo, si el gobierno no debería «disolver al pueblo» y elegir a otro), la primera reacción de Bertolt Brecht fue culpar a los «elementos fascistas organizados» de Occidente. En un artículo del *Neues Deutschland* publicado unos días después de los disturbios, Brecht, que en ese momento estaba viviendo en Berlín, elogió la intervención soviética: «Solo gracias a la rápida y efectiva intervención de las tropas soviéticas, esos intentos se vieron frustrados^[32]».

Observadores más atentos, entre ellos Polkehn, sabían que muchas de las personas que participaron en la huelga eran trabajadores insatisfechos y transeúntes inocentes, aunque incluso Polkehn, décadas después, creyó también que de algún modo agitadores occidentales debieron de estar implicados. Era demasiado difícil y desmoralizante pensar de otro modo^[33]. Rackow insistió en algo distinto: «No tiene ningún sentido que fuera un complot occidental, nadie creía eso. Ni siquiera quienes lo decían lo creían^[34]».

A las autoridades soviéticas, con sus excelentes redes de informantes y multitud de espías, les sorprendieron menos las huelgas que a algunos de sus camaradas de Alemania del Este. Habían esperado manifestaciones el 17 de

junio y habían sabido con antelación que tendrían que dar apoyo a la policía de Alemania del Este. Pero no habían esperado manifestaciones a semejante escala, con un apoyo tan evidentemente amplio y con unas intenciones tan claramente antisoviéticas. Un memorando enviado a Nikita Jruschov mencionó «las groserías», «los insultos vulgares» y «las violentas amenazas» dirigidos a los soldados y oficiales soviéticos, por no mencionar las piedras que les habían arrojado. «Las masas han retenido un odio hacia los oficiales soviéticos que ahora ha vuelto a inflamarse.» El memorando concluyó que: «Ese odio se mostró abiertamente durante las manifestaciones^[35]».

Al principio, las autoridades soviéticas no culparon a Occidente de nada. En sus primeros informes, el embajador Semionov se refirió a huelguistas, obreros y manifestantes. Más adelante, su lenguaje cambió y empezó a hablar de agitadores, cabecillas y alborotadores. Al final, los informes soviéticos hicieron referencia a una «gran provocación internacional, preparada con antelación por las tres potencias occidentales y sus cómplices de los círculos del capital monopolista de Alemania occidental», aunque también concedieron que seguía habiendo «escasez de datos» para justificar esa tesis^[36].

Para los diplomáticos y oficiales soviéticos en Alemania, la explicación de «una provocación» tal vez fuera una medida para guardar las apariencias, un modo de ocultar su incapacidad de prever o evitar los disturbios. Pero también cabe la posibilidad de que fuera la única explicación a la que encontraron sentido. Según su ideología, su educación y sus prejuicios, no se suponía que esa clase de cosas pudieran suceder. No solo era imposible que los obreros se alzaran contra el Estado obrero, sino que se suponía que los alemanes no debían oponerse a ninguna autoridad. El propio Stalin se había reído de la idea de que se produjeran protestas políticas en Alemania: «¿Revuelta? Pero si ni siquiera cruzan la calle a menos que el semáforo esté en verde^[37]». Pero Stalin estaba muerto.

Los disturbios de Berlín Este tuvieron una víctima inmediata e inesperada. Nueve días después, el 26 de junio, Jruschov ingenió un espectacular golpe de Estado contra Beria. El jefe de la policía secreta soviética, a quien la maniobra lo cogió de improviso, fue arrestado por sus colegas, encarcelado y finalmente ejecutado. Los motivos de Jruschov fueron principalmente personales. Temía la influencia de Beria sobre la policía secreta y es probable que sospechara, sin duda correctamente, que Beria estaba en posesión de material comprometido de todos los líderes soviéticos. Pero en lugar de

decirlo abiertamente, le pareció conveniente justificar su detención culpando a Beria de los disturbios del 17 de junio. Aunque ninguno de los miembros del Politburó soviético se había opuesto al «nuevo curso», y aunque todos ellos habían presionado a Ulbricht para que lo implementara, declararon, con su fariseísmo, que los disturbios eran una prueba evidente del «desviacionismo» peligroso de Beria, de sus instintos traidores, su arbitrariedad y su arrogancia.

Como todas las decisiones políticas del Politburó, el arresto de Beria tuvo repercusión en Europa del Este. Los partidarios de la línea dura en Alemania atacaron entonces a los «reformistas» —principalmente a Rudolf Herrnstadt, en ese momento el redactor jefe del *Neues Deutschland*, y a Wilhelm Zaisser, el jefe de la Stasi— por su supuesta afiliación con Beria. En Budapest, Rákosi también empezó a soltar insinuaciones sobre la falta de apoyos de Nagy en Moscú y sobre su propio regreso inminente al poder^[38].

Sin embargo, aunque los comunistas alemanes mencionaran el nombre de Beria durante los encendidos debates internos que siguieron a los disturbios del 17 de junio, su supuesta influencia no era lo que importaba realmente. Al contrario, la discusión que se inició en Alemania en el verano de 1953 formaba parte de un debate mucho más amplio sobre la naturaleza del comunismo de Europa del Este. ¿Deberían los regímenes liberalizar, permitir más pluralismo, abrir el debate y restablecer la libertad económica? ¿O deberían mantener las políticas severas, punitivas y controladoras? ¿El liberalismo conllevaría el caos? ¿La represión provocaría una revolución?

En julio de 1953, ambos puntos de vista se discutieron en Berlín. En julio, durante un pleno encendido y tormentoso del Comité Central, Anton Ackermann, anteriormente oponente de Ulbricht, declaró que los enemigos del partido eran cada vez más fuertes, que los medios de comunicación deberían someterse a un control más estricto y que «solo deberían publicarse las cartas al director que se hayan revisado para comprobar que los datos son correctos^[39]». Otro de los presentes se mostró de acuerdo y pidió al partido que «intensificara la lucha contra el formalismo, en favor del realismo socialista» y que «convenciera a las masas para que se apasionaran por el arte soviético^[40]».

Sin embargo, los liberalizadores no se vieron derrotados por completo. En esa misma reunión, Zaisser recordó a sus camaradas que el «cambio de curso» se había diseñado, entre otras cosas, para evitar que la gente se marchara del país, y «el 17 de junio fue una señal aún más alarmante» del descontento

generalizado. Johannes Becher, el antiguo director de la Kulturbund, también habló en favor de un control menos estricto sobre la cultura y los medios. Incluso en la URSS, dijo, sería «impensable que un museo dedicado a Goethe contuviera pósters [de la Juventud Libre Alemana]», como era el caso de uno en Alemania del Este^[41].

A raíz de los disturbios de 1953 en Alemania, las disputas entre los neoestalinistas y los liberalizadores se intensificaron también en las otras capitales de Europa del Este. En Varsovia, la batalla entre Bierut y Władysław Gomułka por el poder personal hacía tiempo que se había convertido en una lucha entre el neoestalinismo por un lado, y una forma de comunismo más «polaco» y menos soviético por el otro. La causa de Gomułka recibió un impulso repentino en diciembre de 1953, cuando Józef Światło, un alto cargo de la policía secreta —el jefe del Departamento X, responsable de vigilar a los miembros del partido—, desertó de manera inesperada y se marchó a Occidente. Unos meses después, Światło empezó a emitir una extraordinaria serie de informes mediante el servicio polaco de Radio Free Europe, en los que se describía el estilo de vida privilegiado de la élite del partido, el papel de los asesores soviéticos y el arresto y el encarcelamiento de Gomułka con escabroso detalle. Millones de personas sintonizaron la emisora abiertamente, incluso en las oficinas gubernamentales. En su informe sobre las emisiones, el Ministerio de Seguridad advirtió con preocupación de que informantes que habían sido de confianza se estaban negando a colaborar y pedían saber si Światło revelaría sus nombres^[42]. En diciembre, a Gomułka ya se le había levantado el arresto domiciliario^[43].

En Budapest, el partido adoptó una actitud radicalmente distinta. Rákosi —aún el secretario general del partido comunista— utilizó los disturbios de Berlín como excusa para exigir una «vigilancia» renovada y empezar a preparar su regreso. Aprovechando la desorientación general de Moscú, consiguió dar la vuelta al «nuevo curso». En 1955 había convencido a la Unión Soviética para que destituyera a Nagy como primer ministro y lo sustituyera por un acólito más dócil, András Hegedüs, el antiguo líder de las juventudes. Nagy contraatacó con un ataque aún más ruidoso de las severas políticas de Rákosi^[44]. Sin embargo, mientras esas discusiones se producían en las esferas más altas de la sociedad, otras cosas preocupaban en los niveles más bajos.

Si la primera muestra de descontento en Berlín llegó en forma de huelgas de la construcción, el principio del fin del estalinismo en Polonia adoptó la forma

de una gran agrupación. En concreto, la del Quinto Festival de Jóvenes y Estudiantes por la Paz y la Amistad que se celebró en el verano de 1955.

Como su predecesor en Berlín, el festival de jóvenes de Varsovia estuvo diseñado como un enorme ejercicio de propaganda, un lugar de encuentro para los comunistas de Europa del Este y sus camaradas de Europa del Oeste, Asia, África y América del Sur. También como su predecesor en Berlín, se suponía que debía estar cuidadosamente planeado y orquestado. La propaganda previa y la entusiasta cobertura informativa atrajeron a cientos de miles de polacos que fueron a Varsovia para los cinco días del festival. Viajaron de todas partes del país para ver espectáculos de baile, de teatro y el resto de las instalaciones —un circo húngaro, un teatro de marionetas y una ópera que se representaron el primer día—, así como competiciones deportivas y debates sobre economía^[45].

Sin embargo, desde el primer día el público no se mostró especialmente interesado en la política o la cultura, ni siquiera en el deporte. La verdadera atracción fueron los extranjeros. Por las calles de la capital paseaban por primera vez desde la guerra árabes con largas túnicas, africanos con su atuendo típico, chinos con chaquetas al estilo Mao, incluso italianos con camisas de rayas y jóvenes francesas con faldas floreadas. Maciej Rosalak, un niño en esa época, recordó la sorpresa que sintió:

La gente gris, triste y mal vestida que vivía entre las ruinas y los escombros de las calles fue sustituida de repente por lo que nos pareció una especie diferente. Los visitantes sonreían en lugar de escuchar las interferencias de Radio Free Europe como nuestros padres, y cantaban en lugar de susurrar. Los niños de Varsovia corrían entre ellos y coleccionaban autógrafos en cuadernos solo para ellos. Un italiano nos dibujó su país, que tenía forma de bota, con Sicilia y Cerdeña al lado; un chino nos dejó símbolos misteriosos; una hermosa africana nos escribió su exótico nombre y nos atusó el pelo...^[46]

El contraste entre los polacos y los extranjeros —especialmente los de Europa del Oeste, que tenían una cultura similar, pero eran mucho más ricos y más abiertos— sorprendió a todo el mundo. El *Trybuna Ludu*, el periódico del partido, citó al trabajador de una fábrica que dijo que los vestidos de las jóvenes francesas eran «divertidos, alegres y de buen gusto [...] ¿no podría la ropa polaca ser más bonita?^[47]». El mismo periódico también observó el contraste entre los serios líderes de las juventudes polacas —«éramos tristes, pesimistas, increíblemente estirados, tensos»— y sus homólogos extranjeros, mucho más alegres. «Resultaba que era posible ser «progresista» y al mismo tiempo disfrutar de la vida, llevar ropa colorida, escuchar jazz, divertirse y enamorarse», escribió Jacek Kuron, que había sido uno de esos líderes serios

de la época^[48]. Muchos observaron que una de las cosas que más les sorprendió fue ver a jóvenes besándose en público.

Las implicaciones políticas de esa experiencia apolítica quedaron claras incluso en la época. Jacek Fedorowicz, cuyo grupo de cabaret Bim-Bom actuó en uno de los teatros durante el festival, recordó que «de repente todo se había vuelto vistoso, de una manera increíblemente no socialista^[49]». Consideró que fue «un error de propaganda: sin previo aviso, habían dejado entrar a un grupo de extranjeros multicolor en la gris Varsovia». Una década de retórica antioccidental se reveló falsa: «Los jóvenes del mundo capitalista eran sanos y vestían bien, aunque a nosotros nos habían dicho que allí todos estaban mal...^[50]».

La espontaneidad, la cualidad humana que los regímenes comunistas reprimieron más enérgicamente, floreció de repente. Para horror de los organizadores del festival, polacos, alemanes, húngaros, checos y otros ciudadanos del bloque comunista se relacionaron con entusiasmo entre sí, y con los visitantes más exóticos, no solo por la calles, sino también en apartamentos particulares de toda la ciudad. Idilios, amistades y borracheras se desataron de un modo descontrolado, sin vigilancia. Una reunión de estudiantes en la biblioteca de la Universidad de Varsovia se convirtió en una discusión cuando se descubrió que no todos los miembros de la delegación francesa eran comunistas. Para los jóvenes comunistas como Krzysztof Pomian, esa fue su primera experiencia de un debate público y abierto^[51].

Muchas de las actividades planificadas oficialmente tampoco salieron del todo bien. En la antigua ciudad de Arsenal, jóvenes artistas polacos montaron un espectáculo dedicado, por supuesto, a «la paz». Sin embargo, lo que atrajo a los visitantes y la atención general no fue el tema, sino la extraordinaria variedad de lo que se expuso. Se mostraron muchos cuadros realizados con pintura pastosa y colores chillones. Las pinceladas eran evidentes. Las alegorías eran crípticas. Las imágenes eran distintas, inesperadas... abstractas y de vanguardia. Era el fin de una época. Después del espectáculo en Arsenal, el realismo socialista se desvanecería de las artes visuales de Polonia para siempre.

La espontaneidad en el arte llevó a la espontaneidad en el comportamiento. En ocasiones, las multitudes se volvieron desagradables. Cuando el sistema de sonido fallaba en un espectáculo, los disturbios y el enfado eran tan descomunales que los técnicos de sonido tenían que subirse a toda prisa a sus furgonetas y escapar del lugar^[52]. La gente se quejó con

fuerza de la escasez de comida, de la mala calidad de algunos espectáculos aburridos y de la propaganda que emitían los altavoces. «En Varsovia, la gente baila en nombre de algo o contra algo», declaró con solemnidad un escritor del partido en el resumen que hizo del festival, un sentimiento que a casi todos resultó molesto^[53]. Hubo muchos espectáculos tediosos, desde envarados bailes tradicionales a valeses serios, a los que solo asistieron cuatro gatos.

Y aun así, a veces la multitud también mostró una alegría espontánea. Hubo un momento en que el cabaret Bim-Bom tuvo que mantener una reunión oficial con una delegación suiza. Sin embargo, en lugar de intercambiar saludos formales, moderados por un traductor y presididos por un representante de la Unión de Jóvenes Polacos, alguien empezó a tocar jazz. Los jóvenes empezaron a bailar. Y en esa ocasión, los artistas del cabaret y sus nuevos amigos suizos no bailaron en favor ni en contra de nada. Bailaron solo para divertirse^[54]. En ese momento —mientras bailaban enérgicamente al ritmo del jazz, sin prestar la más mínima atención a los molestos dirigentes, mientras cantaban las canciones y se evadían de cuanto los rodeaba—, el sueño totalitario pareció de repente muy lejano.

En el verano de 1955, los miembros de la Unión de Jóvenes Polacos empezaron a dejar de lado sus aburridas concentraciones para bailar con comunistas mexicanos y visitantes franceses. En otoño, sus homólogos húngaros también comenzaron a insuflar vida a sus pomposas reuniones de la Unión de la Juventud Trabajadora. Esa campaña se había iniciado a muy pequeña escala, cuando un grupo de jóvenes trabajadores del Museo Nacional húngaro decidieron organizar un grupo de debate literario y político. Pidieron a un amigo suyo, un poeta llamado István Lakatos, que los dirigiera. Lakatos abría los debates con una clase sobre la Ilustración húngara. Leía fragmentos de obras del poeta húngaro más importante de la Ilustración, György Bessenyei. En conclusión, animó al grupo a incorporar los valores de la Ilustración, aunque fuera con doscientos años de retraso, y fue entonces cuando decidieron crear una sociedad, «el Círculo Bessenyei».

Se trataba de una acción pequeña, elitista y casi esotérica, pero aun así se convirtió en motivo de preocupación para la Unión de la Juventud Trabajadora, para quienes cualquier grupo organizado de manera espontánea suponía una amenaza. Unos días antes, habrían prohibido un grupo dedicado a fomentar los valores de la Ilustración. Sin embargo, Stalin estaba muerto, y el airado debate sobre el «nuevo curso» de Nagy seguía encendido. Decidieron

sustituir a los líderes del grupo y encauzar sus esfuerzos hacia temas más políticamente correctos y más contemporáneos. Con poco acierto, también decidieron bautizar al grupo con el nombre de Sándor Petőfi, el joven poeta de la revolución de 1848 a quien consideraban más apropiado para una sociedad progresista que el «burgués» Bessenyei. Así nació el Círculo Petőfi, un club de debate en el que sus discusiones supuestamente intelectuales se convirtieron en debates abiertos sobre la censura, el realismo socialista y la planificación central. Entre los primeros temas de discusión estuvieron la revuelta campesina de 1514 (un pretexto para debatir la política agrícola) y un análisis de la historiografía húngara (un pretexto para debatir la falsificación de la historia en los libros de texto comunistas^[55]). La elección del nombre pronto se convirtió en «un arma de doble filo», como un escritor húngaro escribió: Petőfi había sido un revolucionario que había luchado por la independencia de Hungría, y el grupo que llevaba su nombre pronto se sintió autorizado para convertirse también en revolucionario^[56].

Otras instituciones del régimen habían estado experimentando cambios al mismo tiempo. En *Szabad Nép*, el hasta entonces fiable periódico del partido comunista, los periodistas habían empezado a inquietarse. En octubre de 1954, un grupo de ellos a los que enviaron a cubrir la vida en las fábricas del país regresaron con la intención de escribir sobre las estadísticas de producción falseadas, el nivel de vida cada vez más precario y los trabajadores a los que habían chantajeado para que compraran «bonos de paz». En un artículo publicado, declararon que «aunque la vida de los trabajadores ha cambiado y mejorado notablemente durante los últimos diez años, muchos de ellos aún experimentan graves problemas. Muchos siguen viviendo hacinados en apartamentos destartalados. ¡Muchos tienen que pensárselo dos veces antes de comprar unos zapatos a sus hijos o de ir alguna que otra vez al cine!». Al día siguiente, los periodistas recibieron la temida llamada del miembro del Politburó responsable del *Szabad Nép*: «¿Qué pretenden con ese artículo? ¿Creen que toleraremos esa agitación?». En lugar de echarse para atrás, los directores organizaron una reunión de personal de tres días de duración, en la que los periodistas se fueron levantando uno tras otro y pidieron dar información honesta, apoyaron las reformas de Nagy y atacaron a los altos mandos del partido, así como a sus propios directores. Varios de esos periodistas totalmente honestos perdieron su trabajo, entre ellos Miklós Gimes, el hijo de Lily Hajdú-Gimes, la psiquiatra freudiana que había ejercido en la clandestinidad. Sin embargo, sentaron un precedente^[57].

Entretanto, la Asociación de Escritores húngaros —el grupo responsable de imponer la corrección política en la prosa y la poesía húngaras— también empezó a reexaminar sus opiniones anteriores, a discutir temas tabú y a recibir de nuevo a los miembros a los que habían apartado. En el otoño de 1955, ese grupo antes de línea dura se sintió lo bastante valiente para emitir una declaración de protesta contra el despido de los redactores partidarios de Nagy, en la que también pedían «autonomía» para su asociación y se oponían a «los métodos antidemocráticos que paralizan nuestra vida cultural^[58]».

La mayoría de esos grupos nuevos o reformados recientemente, clubes y sociedades de debate pronto quedaron en las manos de jóvenes comunistas desilusionados y antiguos comunistas, casi todos veinteañeros o treintañeros. Esa era una generación que no debía ser en absoluto revolucionaria, o más bien contrarrevolucionaria. Con la edad suficiente para estar traumatizados por la guerra, y lo bastante jóvenes para haber estudiado en instituciones comunistas, muchos de ellos eran productos del «avance social» prometido por el sistema comunista y muchos habían gozado ya de ascensos rápidos y éxitos tempranos. Tamás Aczél, miembro activo en los debates de la Asociación de Escritores, había sido nombrado editor jefe de la editorial del partido a la edad de veintinueve años, y a los treinta y uno ya había recibido el Premio Stalin y el prestigioso Premio Kossuth por su trabajo. Tibor Meráy, otro activista de la Asociación de Escritores, había recibido también el Premio Kossuth a la edad de veintinueve años^[59]. István Eörsi, miembro activo del Círculo Petőfi, había visto su obra poética publicada también siendo muy joven.

Sin embargo, a muchos de esa generación les había afectado la destrucción de la sociedad civil, el terror y las purgas que habían terminado tan solo unos años antes. Todos ellos sabían lo que era verse obligado a actuar como «colaborador renuente». Tibor Déry, uno de los directores de la Asociación de Escritores, vio cómo sus obras de ficción, tan celebradas en el pasado, eran atacadas y dejaban de publicarse por no ser lo bastante correctas desde el punto de vista ideológico^[60]. Gábor Tánczos, el líder del Círculo Petőfi, había sido un joven idealista licenciado en la Universidad Győrffy, una de las universidades populares de Hungría hasta su cierre brusco e inesperado en 1949. Otro licenciado de las universidades populares, Iván Vitányi —el crítico musical que se había hecho él mismo «un lavado de cerebro» después de ser expulsado del partido en 1948—, habló sobre música y arte tradicional en algunas de las primeras reuniones del Círculo Petőfi^[61]. Un informe

describe los primeros encuentros del círculo como «reuniones» de activistas de Nékosz, la asociación de universidades populares, y Mefesz, la que durante un breve período de tiempo fue la liga de estudiantes universitarios pero se vio obligada a incorporarse a la Unión de la Juventud Trabajadora en 1950. En algunas de sus primeras reuniones incluso cantaban canciones todos juntos, como en los viejos tiempos^[62].

En particular, esos jóvenes (o tirando a jóvenes) intelectuales estaban profundamente afectados por lo que ahora sabían que había sido el injusto arresto, encarcelamiento y tortura de sus colegas. En 1954, Nagy había empezado a reinsertar a presos políticos, que comenzaron a regresar poco a poco a Budapest de la cárcel, de Recsk y del exilio. Béla Kovács, el líder del Partido de los Pequeños Propietarios, regresó de la Unión Soviética junto a varios colegas en 1955^[63]. A József Mindszenty lo soltaron de la cárcel y lo pusieron bajo arresto domiciliario en un castillo de las afueras de Budapest. Incluso Noel Field fue reinsertado ese año. Aczél y Meráy han descrito las intensas emociones que muchos escritores húngaros experimentaron cuando se encontraron con viejos amigos que habían estado en la cárcel, sufriendo, mientras ellos escribían ficción realista socialista y ganaban premios: «Se avergonzaban de lo que habían escrito y de lo que no habían escrito. Ahora miraban con disgusto los volúmenes que en el pasado habían acariciado con la mirada, los volúmenes que les habían valido el reconocimiento de premios Kossuth; y no tenían otro deseo que desescribirlos^[64]».

Al mismo tiempo, muchos estaban deseando justificarse, compensar el daño que habían causado y retomar sus proyectos de izquierda. Pero eso sucedía en 1956, no en 1989, y no todo el mundo estaba convencido de que el comunismo estuviera condenado al fracaso. En palabras de Eörsi: «Querían recuperar, con su sentimiento de culpabilidad, también la credibilidad y la buena reputación científica del marxismo^[65]». Muchos recurrieron a los textos originales del marxismo en busca de inspiración e instrucción, en Polonia así como en Hungría. Karol Modzelewski, un estudiante radical en esa época —formaba parte de un grupo de activistas que se hicieron con el control de la Unión de Jóvenes Polacos en la Universidad de Varsovia en 1956—, explica muy bien esa dinámica: «Habíamos aprendido que si un sistema político era malo, ¿qué debíamos hacer? Empezar una revolución. Y nos enseñaron, a lo largo de todos esos años, cómo iniciar una revolución. [...] Los trabajadores eran quienes debían hacerla, con la ayuda de los intelectuales que llevan la conciencia revolucionaria a las clases obreras^[66]».

Modzelewski y sus colegas pronto empezaron a crear agitación en fábricas polacas, con la esperanza de crear un sistema económico más equitativo, tal como Marx había aconsejado: «Era como un mito que cobrara vida^[67]». Los intelectuales húngaros tuvieron la misma idea, y por las mismas razones. Como Eörsi escribió más adelante: «Esa es la trampa más común de todos los sistemas cuasi-revolucionarios: la gente empieza a tomarse en serio el verdadero mensaje de la ideología declarada oficialmente y a los héroes nacionalizados del sistema^[68]».

Paradójicamente, los lazos entre los obreros y los intelectuales se vieron reforzados por su experiencia de maltrato bajo el comunismo. Esos dos grupos sociales habían sido el blanco principal de la propaganda comunista, y los más manipulados por ella en la década anterior, y como resultado, tenían un profundo sentimiento de separación y desafección. Los obreros húngaros estaban aún más enfadados que los estudiantes y los intelectuales húngaros. Mientras que los escritores y los periodistas se sentían culpables, los obreros se sentían traicionados. Se les había prometido el estatus más elevado posible en el «Estado obrero», y en lugar de eso tenían unas malas condiciones laborales y un salario bajo. En el período inmediatamente posterior a la guerra, habían dirigido su indignación hacia los directores de las fábricas estatales. Sin embargo, ahora se sentían más inclinados a culpar al propio Estado. Los mineros en la década de 1950 «criticaron el sistema y se quejaron de que, pese a la dificultad de su trabajo, su sueldo era bajo», mientras que los trabajadores de la industria en general se sentían explotados por «un gobierno que les chupaba la sangre^[69]». Aunque el *Szabad Nép* había sido disuadido de informar con demasiado detalle acerca de la situación de las fábricas un año antes, la anteriormente moribunda *Irodalmi Újság* («Gaceta Literaria»), la revista de la Asociación de Escritores, recogía ahora ese tema con bastante frecuencia y publicaba entrevistas y cartas de los trabajadores como esta, escrita por un herrero:

Me han obligado muchas veces a aceptar la opinión de otros, aunque en ocasiones no estuviera de acuerdo con ella. Cuando esa opinión cambia, se me pide que la mía también cambie. Y eso me pone enfermo, más que si me hubieran golpeado. Yo también soy un hombre. Tengo una cabeza con la que pensar. Y no soy un niño. Soy un adulto, que entrega su alma, su corazón, su juventud y su energía a la construcción del socialismo. [...] Lo hago de buen grado, pero quiero que se me considere un adulto que vive y que sabe pensar. Quiero poder expresar mis opiniones sin temer nada, y también quiero que me escuchen...^[70]

Las reuniones del Círculo Petőfi se convirtieron en un foro extraordinario para las interacciones entre los jóvenes intelectuales que habían recuperado la energía y los jóvenes obreros radicalizados. En el invierno de 1955, las

principales fábricas de Budapest empezaron a enviar con regularidad delegaciones a las reuniones, y la demanda de entradas pronto excedió la oferta, por lo que el círculo se vio obligado a reunirse en locales más grandes. Las reuniones eran abiertas e informales, a veces incluso escandalosas, y trataban temas como la reforma industrial o económica, que interesaban a muchos. Aun así, podría haberse quedado en un foro para exponer críticas y quejas, de no haberse producido acontecimientos más importantes.

De manera inesperada, Jruschov, ahora el secretario general del partido comunista soviético, fue el hombre que empujó a los estudiantes, a los obreros y a los participantes del Círculo Petófi a ir mucho más lejos y mucho más rápido de lo que ellos habrían imaginado. El 24 de febrero de 1956, sin previo aviso, Jruschov se levantó frente al XX Congreso del Partido Comunista y denunció «el culto a la personalidad» que había rodeado a Stalin durante sus últimos tiempos:

Es inaceptable, y es extraño al espíritu del marxismo-leninismo, elevar a una persona, transformarla en un superhombre que posee atributos sobrenaturales, semejantes a los de un dios. Tal hombre lo sabe todo, lo ve todo, piensa por todos, puede hacerlo todo, su conducta es infalible. Tal creencia sobre un hombre, y específicamente sobre Stalin, fue cultivada entre nosotros durante muchos años^[71].

Ese fue el famoso discurso «secreto» de Jruschov, aunque gracias en gran medida a los amigos de Europa del Este de la Unión Soviética no se mantuvo secreto durante mucho tiempo. Los oficiales polacos lo filtraron a la inteligencia israelí, que lo filtró a la CIA, que se lo hizo llegar al *New York Times*, que lo publicó en junio^[72]. Sin embargo, aun antes de eso, los comunistas de Europa del Este ya buscaban atentamente pistas sobre las ideas de Jruschov. El líder soviético había alabado a Lenin, atacado a Stalin y lamentado los arrestos y los asesinatos de miembros del partido soviético y comandantes militares durante los años de las purgas en la década de 1930, pero su mea culpa no estaba completo. No había mencionado otros arrestos y otros crímenes, como la hambruna de Ucrania, de la que él fue en parte responsable. No había pedido reformas económicas o institucionales. Y, desde luego, no había pedido perdón por nada de lo que la Unión Soviética había hecho en Europa del Este, ni ofrecía claras propuestas de cambios.

No obstante, fue en Europa del Este donde se produjeron las reacciones más drásticas. El discurso mató, literalmente, a Bierut. El líder polaco fue a Moscú por el XX Congreso del Partido y —como Gottwald en el funeral de Stalin— murió allí de una apoplejía o de un ataque cardíaco, supuestamente por culpa de la impresión. En los niveles más bajos de la jerarquía, muchos

miembros del partido antes leales se quedaron anonadados. «A la gente le costaba creérselo —recordó un polaco que era suboficial del ejército en ese momento—. Las revelaciones sobre el generalísimo Stalin, líder de medio mundo [...] fue increíble^[73].»

Otros se sintieron con las energías renovadas, incluso radicalizados por su discurso. A finales de mayo, unos meses después del XX Congreso del Partido, el Círculo Petófi organizó un debate público titulado «El vigésimo congreso del partido soviético y los problemas de la economía política húngara». Muy rápidamente, ese debate se convirtió en una «evidente denuncia de la megalomanía de Rákosi, sus políticas de construcción industrial sin sentido, la industrialización forzada, el nuevo Plan Quinquenal propuesto y la falta de realismo de su política agrícola^[74]». A principios de junio, György Lukács, el filósofo marxista más famoso de Hungría, elogió el «pensamiento independiente» y pidió «diálogo» entre teólogos y marxistas.

Dos semanas después, una figura medio olvidada del pasado reciente se puso en pie y realizó la denuncia más demoledora de todas. La noche del 27 de junio, Júlia Rajk, de cuarenta y cuatro años, cuando llevaba solo seis meses fuera de la cárcel, subió al estrado en una gran sala de reuniones de estilo neoclásico en el centro de Budapest. «Me presento ante ustedes —dijo a cientos de miembros del Círculo Petófi— profundamente conmovida tras cinco años de cárcel y humillaciones»:

Les diré que en lo relativo a las prisiones, las cárceles de Horthy eran mucho mejores, incluso para los comunistas, que las cárceles de Rákosi. No solo asesinaron a mi marido, sino que me quitaron a mi bebé. [...] Esos criminales no solo han asesinado a László Rajk. Han pisoteado todo el sentimiento y la honestidad de este país. Los asesinos no deberían ser criticados, deberían ser castigados^[75].

El público aplaudió, silbó, golpeó el suelo con los pies. Algunas noches después, el público del Círculo Petófi —que ahora llegaba ya a las 6000 personas, muchas de las cuales tenían que quedarse en la calle— se reunió para tratar la libertad de prensa. Terminaron el encuentro coreando «Imre, Imre, Imre, Imre», con lo que pidieron la destitución de Rákosi y el regreso de Imre Nagy.

Consiguieron la mitad de sus deseos. A mediados de julio, Anastás Mikoyán, uno de los confidentes más cercanos de Jruschov, realizó una visita de emergencia a Budapest. Una vez más, el Politburó había recibido de parte de Yuri Andropov, entonces el embajador soviético en Hungría (y secretario general del partido comunista treinta años después), informes perturbadores sobre la actividad enemiga en Hungría, de discusiones espontáneas y una

juventud revolucionaria. Mikoyán fue enviado allí para solucionar el problema. En el coche, de camino desde el aeropuerto, dijo a Rákosi que «en tales circunstancias» debería dimitir argumentando mala salud. Rákosi obedeció y voló a Moscú para seguir «un tratamiento médico», de donde nunca regresó: pasó los últimos quince años de su vida en la Unión Soviética, la mayoría de ellos en el lejano Kirguizistán^[76]. Sin embargo, Mikoyán no lo reemplazó con Nagy. En lugar de él, el Politburó eligió al fiel adlátere de Rákosi, el conservador, poco imaginativo y, a fin de cuentas, incompetente Geró^[77].

Han transcurrido más de cincuenta años desde octubre de 1956. Desde entonces, los acontecimientos que tuvieron lugar ese mes han sido descritos muchas veces por muchos grandes escritores, y aquí no hay espacio para resumir toda su obra con detalle^[78]. Bastará con decir que entre julio y octubre, Geró intentó desesperadamente aplacar a sus compatriotas. Rehabilitó a cincuenta líderes socialdemócratas a los que habían encarcelado. Se reconcilió con Tito. Redujo el tamaño del ejército húngaro.

Después de momentos de gran angustia, también permitió a Júlia Rajk que celebrara un funeral por su marido. El 6 de octubre —el aniversario de la ejecución de trece generales que habían dirigido la Revolución húngara en 1848—, Júlia y su hijo, László, permanecieron con solemnidad, vestidos de negro, junto al ataúd de su marido, esperando que Rajk fuera enterrado de nuevo en el cementerio de Kerepesi, junto a los héroes nacionales húngaros. Decenas de miles de dolientes asistieron a lo que sin duda fue un acontecimiento extraño. «Era un día frío de otoño, lluvioso y con viento —recordó uno de ellos—. Las llamas del gran candelabro de plata titilaban como en una enloquecida danza macabra. Las coronas se amontonaban a los pies del féretro.» Los oradores elogiaron a Rajk —también él un asesino, jefe de la policía secreta y responsable de miles de muertes y arrestos, así como de la destrucción de Kalot, los otros grupos de jóvenes y el resto de la sociedad civil— y criticaron a los asesinos de Rajk utilizando términos muy duros: «Fue asesinado por criminales sádicos que habían salido reptando al sol de su apestoso pantano del “culto a la personalidad”^[79]». Jenő Széll, el oficial del partido que había dudado tanto sobre la actitud optimista del partido comunista ante las elecciones, recordó el funeral como «horrible»:

Empezó a llover; no cayó un aguacero, pero fue suficiente para dejarnos empapados. Y antes de eso, ¡esa enorme multitud de gente con gesto tan adusto! [...] La gente fue llegando, los conocidos se miraron y se saludaron, pero no formaron los habituales grupos para cotillear [...] Allí todo el mundo estaba pendiente de quién formaría la cúpula a partir de entonces^[80].

Esa noche se produjeron algunas manifestaciones dispersas. Unos quinientos estudiantes se reunieron alrededor de la estatua del primer ministro constitucional de Hungría, que había sido ejecutado por los austríacos en 1849. Aunque esas concentraciones se disolvieron de manera pacífica, la ciudad seguía desconfiando: «Las solemnes formalidades del funeral le habían recordado a la gente, en lugar de hacérselo olvidar, que *en esencia* nada había cambiado^[81]».

La importancia del funeral de Rajk no se entendió de inmediato en Budapest, y desde luego tampoco se entendió en Moscú. Al contrario, durante las primeras semanas de octubre la atención del Kremlin se centró con fuerza no en Hungría, sino en Polonia, que también estaba cayendo en la agitación política. En junio, 100 000 trabajadores habían hecho huelga en la ciudad de Poznan. Al igual que los alemanes del Este antes que ellos, habían empezado reclamando mejoras salariales y unas cuotas de producción menos rigurosas, pero enseguida comenzaron a pedir también «el fin de la dictadura» y «que se marcharan los rusos». El ejército polaco los dispersó con brutalidad: unos 400 tanques y 10 000 soldados dispararon a los huelguistas y mataron a varias decenas de personas, entre ellas un niño de trece años. Centenares resultaron heridas. Sin embargo, los polacos no culparon a sus compatriotas de la violencia. Al fin y al cabo, el despliegue de Poznan lo había supervisado el mariscal Rokossovski, un ciudadano soviético de origen polaco, y la orden de disparar la había pronunciado su segundo, también un ciudadano soviético. El jefe del estado mayor en ese momento era también un ciudadano soviético, al igual que otros setenta y seis altos cargos del ejército «polaco^[82]». En el seno del partido comunista polaco, un grupo empezó a exigir la destitución definitiva de oficiales soviéticos. En octubre, el Partido Obrero Unificado Polaco tomó la decisión unilateral no solo de rehabilitar al líder de facto de ese grupo, Gomułka, sino de convertirlo en el secretario general del partido.

Alarmado, Jruschov llegó a Varsovia el 19 de octubre. La visita no estuvo planificada: fue allí con la única intención de evitar que Gomułka se hiciera con el poder. A fin de dejar clara su opinión, ordenó que las tropas soviéticas emplazadas en otros lugares de Polonia empezaran a avanzar hacia Varsovia de inmediato. Según varios informes, Gomułka respondió con sus propias amenazas. Se volvió «grosero», culpó a los oficiales soviéticos del ejército polaco de alimentar la indignación popular, y anunció que si volviera a ponerse al mando podría controlar fácilmente el país sin la interferencia soviética. Y lo más importante, ordenó a las tropas del Ministerio del Interior

y a otros grupos armados leales a él, y no al ejército de predominio soviético, que ocupara posiciones estratégicas alrededor de Varsovia, donde estarían preparados para defenderlo a él y a su nuevo gobierno. Un enfrentamiento violento entre las tropas polacas leales a Gomułka y las tropas polacas leales a los comandantes soviéticos —estas últimas respaldadas por el Ejército Rojo— de repente pareció posible^[83].

Jruschov cedió antes. «Ahora mismo, encontrar una razón para un conflicto armado [con Polonia] sería muy fácil —dijo a sus colegas el 24 de octubre, pero encontrar una forma de poner fin a un conflicto así más adelante sería muy complicado^[84].» Decidió que la mejor política era la reconciliación, y finalmente accedió a retirar a Rokosovski, su segundo, y a otros oficiales soviéticos. A cambio, Gomułka prometió lealtad a Moscú en asuntos de política exterior y juró no retirarse del Pacto de Varsovia.

Jruschov podría haber exigido más. Sin embargo, volvía a estar distraído sobre la situación de Polonia por los acontecimientos que estaban sucediendo en Budapest, donde la noticia del regreso de Gomułka al poder dio a los húngaros esperanzas de rehabilitar a Nagy. El extraño funeral de Rajk había eliminado las barreras de miedo que pudieran quedar: parecía que el estalinismo se hubiera enterrado simbólicamente junto a su cadáver. Durante el mes de octubre, se habían formado círculos Petófi por todo el país. Las universidades y los institutos formaron sus propios órganos de gobierno democrático y clubes de debate. Los medios de comunicación informaron de esa actividad con satisfacción. Una emisora de radio entrevistó a los «parlamentarios» de un instituto, quienes dijeron que «les gustaría viajar y estudiar literatura occidental contemporánea». Opinaron también que el acceso a la universidad debería decidirse mediante exámenes, no por conexiones con el partido. Los hechos en Polonia también se narraron con entusiasmo. Cuando cientos de miles de personas llegaron a Varsovia para ovacionar a Gomułka, un periodista húngaro declaró que «la tendencia de la democratización cuenta con el apoyo pleno de las masas y, lo más importante, de la clase obrera^[85]».

Inspirados por esas noticias, 5000 estudiantes abarrotaron una sala de la Universidad de Tecnología de Budapest el 22 de octubre y celebraron una votación para salir de la Unión de la Juventud Trabajadora y formar su propia organización. Desde las tres de la tarde hasta la medianoche estuvieron escribiendo un manifiesto, un documento fundamental que recibió el nombre de «los dieciséis puntos». Entre otras cosas, pedía la retirada de las tropas

soviéticas de Hungría, elecciones libres, libertad de asociación, la reforma económica y que se restaurara el 15 de marzo, el aniversario de la revolución de 1848, como fiesta nacional^[86]. Los estudiantes acordaron reunirse al día siguiente bajo la estatua del general József Bem, un comandante polaco que había luchado con los húngaros en 1848, y manifestarse allí para dar a conocer sus exigencias, y en apoyo de los obreros polacos.

Veinticuatro horas después, había por lo menos 25 000 personas en la plaza de Bem, y miles más en las calles adyacentes. Habían llegado hasta la estatua del general polaco procedentes de todas partes de la ciudad, algunas motivadas por la recitación de unos versos de Petófi que al parecer inspiraron la revolución de 1848:

Arriba, húngaros, la patria os llama.

Ha llegado la hora, ahora o nunca.

Ser esclavos o libres.

Esa es la pregunta.

Como en Poznan el mes de junio anterior, muchos gritaban «¡Rusos marchaos!». Como en Berlín tres años antes, la multitud desvalijó una librería rusa por el camino y le prendió fuego. Un grupo de personas se dirigió a la emisora de radio. Una vez allí sitiaron el edificio y exigieron: «¡Queremos que la radio pertenezca al pueblo!». Cuando la emisora empezó a emitir música insustancial, se estrellaron contra el edificio con un camión de la radio. Al anochecer, la multitud se había desplazado a la plaza del Héroe, donde cuatro años antes se había erigido una gigantesca estatua de bronce de Stalin. Después de varios intentos baldíos de derribar la estatua con cuerdas, apareció un grupo de obreros con maquinaria pesada —el departamento de transporte público de la ciudad les había prestado las grúas— y equipamiento para quemar metales. La golpearon mientras la multitud cantaba, y la estatua empezó a agitarse. Finalmente, justo a las 9.37 de la tarde, Stalin cayó^[87].

La cúpula soviética reaccionó con consternación, incoherencia y confusión ante los sucesos de Budapest, igual que el régimen húngaro. Geró sintió pánico, llamó al embajador Andropov y suplicó que le enviaran tanques soviéticos. Jruschov le envió tanques y después ordenó su retirada. Al principio, Nagy intentó apaciguar a la multitud, les pidió que se marcharan a sus casas y que dejaran que los dirigentes del partido se ocuparan de la situación. Sin embargo, cuando Jruschov cambió de opinión y envió a tropas

del Ejército Rojo que empezaron a inundar la frontera, Nagy cambió de estrategia y anunció la retirada de Hungría del Pacto de Varsovia, y pidió a las Naciones Unidas que defendieran la neutralidad de Hungría.

Las potencias occidentales estaban igualmente confusas. El servicio húngaro de Radio Free Europe, con base en Munich y una plantilla de exiliados furiosos, incitó a los revolucionarios. Sin embargo, pese a sus primeras peticiones de una «reducción» del comunismo y de la «liberación» de Europa del Este, al secretario de Estado estadounidense, John Foster Dulles, partidario de la línea dura, no se le ocurrió nada mejor que enviar un mensaje a los líderes soviéticos: «No consideramos a esos estados [Hungría y Polonia] como aliados militares en potencia^[88]». En ese momento, la CIA tenía a un único agente en Hungría, y el hombre había perdido el contacto con la agencia después de la segunda invasión soviética^[89].

Durante tan solo doce días de euforia y caos, casi todos los símbolos del régimen comunista fueron atacados. Se derribaron estatuas y se retiraron las estrellas rojas de los edificios. Los ciudadanos de Sztálinváros, a los que habían coaccionado para que bautizaran su ciudad con el nombre de Stalin, decidieron de manera espontánea cambiárselo de nuevo. Junto con unos 8000 presos políticos, Mindszenty fue liberado del castillo medieval en el que había estado encerrado en régimen de aislamiento. Jóvenes húngaros se hicieron con el control de la radio nacional y la llamaron Radio Free Kossuth, un nombre que recordaba a Radio Kossuth, la emisora a través de la cual los comunistas húngaros habían emitido propaganda de liberación durante la guerra. «Durante muchos años, nuestra radio ha sido un instrumento de mentiras. [...] Mentía noche y día, mentía en todas las frecuencias —manifestaron—. Los que ahora estamos frente a los micrófonos somos hombres nuevos^[90].»

Por todo el país, los obreros más radicales adoptaron una idea de Yugoslavia y constituyeron «comités de trabajadores» que empezaron a tomar las fábricas y a expulsar a sus directores^[91]. En lugar de luchar contra los revolucionarios, los soldados húngaros abandonaron el ejército en tropel, y empezaron a repartir armas entre sus compatriotas. Uno de los primeros altos mandos en desertar, el coronel Pál Maléter, fue nombrado enseguida el nuevo ministro de Defensa de Nagy. El jefe de la policía de Budapest, Sándor Kopácsi, también se cambió de bando y se sumó a la causa revolucionaria. En todo el país, las turbas lincharon a agentes de la policía secreta e irrumpieron en archivos de la policía secreta. Multitud de curiosos entraron también en la

casa de Rákosi, y montaron en cólera cuando vieron los lujosos muebles y alfombras.

El período que siguió fue igualmente caótico y terriblemente cruel. El general Iván Serov —el hombre que había «pacificado» Varsovia y Berlín, y que desde entonces había ascendido hasta la cúpula del KGB— supervisó personalmente los arrestos de Maléter y Nagy. Al segundo, que había solicitado asilo en la embajada yugoslava, se le prometió un desplazamiento seguro hasta Belgrado, pero después fue traicionado. Ambos fueron finalmente ejecutados, no por orden de Jruschov, sino por la de János Kádár, el líder húngaro que gobernó el país durante las tres décadas siguientes. Miklós Gimes mantuvo la resistencia durante el mes de noviembre, como hicieron también muchos trabajadores de las fábricas, antes de que lo arrestaran y finalmente ejecutaran. Entre diciembre de 1956 y el verano de 1961, 341 personas fueron ahorcadas, 26 000 fueron juzgadas y 22 000 fueron condenadas a cinco años de prisión o más. Decenas de miles más perdieron sus casas o sus puestos de trabajo^[92]. Aun así, las huelgas y las protestas continuaron por todo el país durante los meses de diciembre y enero, sobre todo en las fábricas. Mindszenty buscó refugio en la embajada estadounidense, donde permaneció durante quince años. Unos 200 000 húngaros cruzaron la frontera y se convirtieron en refugiados. György Faludy, el poeta que había estado encarcelado en Recsk, fue uno de ellos: «Tenía mujer y un hijo pequeño. Temía que si me quedaba terminaría cediendo, adhiriéndome al partido comunista para sobrevivir y proteger a mi familia^[93]».

En todo el resto de Europa del Este y en todo el mundo, la Revolución húngara contribuyó a modificar la percepción internacional de la Unión Soviética para siempre, sobre todo en los partidos comunistas occidentales. Después de 1956, el partido comunista francés se escindió, el partido comunista italiano se apartó de Moscú, y el partido comunista británico perdió a dos terceras partes de sus miembros. Incluso Jean-Paul Sartre atacó a la URSS en noviembre de 1956, aunque durante mucho tiempo siguiera sintiendo debilidad por el marxismo^[94].

La excelente información que salió de Hungría en 1956 ayudó a crear esa reacción: algunos de los mejores periodistas de su generación se encontraban en Budapest durante la revolución, junto a, posiblemente, algunos de los mejores fotógrafos de guerra de todos los tiempos. Sin embargo, las angustiosas imágenes cobraron aún más fuerza por el hecho de que eran

totalmente inesperadas. Hasta que sucedió, pocos analistas —ni siquiera los analistas más enérgicamente antisoviéticos— habían creído que la revolución fuera posible dentro del bloque soviético. Con unas pocas excepciones, tanto los comunistas como los anticomunistas habían dado por sentado que los métodos de adoctrinamiento soviéticos eran invencibles, que la mayor parte de la gente se creía la propaganda sin cuestionarla, que el sistema educativo totalitario conseguiría eliminar el disenso, que las instituciones civiles, una vez destruidas, no podían reconstruirse, que la historia, una vez reescrita, no sería olvidada. En enero de 1956, una estimación de la Agencia Nacional de Información de Estados Unidos preveía que, con el tiempo, la disidencia en Europa del Este se vería aplastada «por el incremento gradual del número de jóvenes adoctrinados en el comunismo^[95]». En un epílogo posterior a *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt escribió que la Revolución húngara «fue totalmente inesperada y cogió a todo el mundo por sorpresa». Al igual que la CIA, el KGB, Jruschov y Dulles, Arendt había llegado al convencimiento de que los regímenes totalitarios, una vez que han logrado introducirse en el alma de una nación, son prácticamente invencibles.

Todos se equivocaron. Los seres humanos no adquieren «personalidades totalitarias» con tanta facilidad. Incluso cuando parecen fascinados por el culto del líder o del partido, las apariencias pueden resultar engañosas. E incluso cuando parece que coinciden en todo con la propaganda más absurda —y aunque participen en desfiles, coreen consignas, canten que el partido siempre tiene la razón—, el hechizo puede romperse de repente, de manera inesperada y radical.

Epílogo

Así que era necesario enseñar a la gente a no pensar y no formarse opiniones, obligarla a ver lo que no existía y sostener lo contrario de lo que resultaba obvio para todos.

BORÍS PASTERNAK, *El doctor Zhivago*

Durante más de treinta años, hasta la caída del muro de Berlín en 1989, los líderes comunistas de Europa del Este siguieron haciéndose las mismas preguntas que se habían planteado tras la muerte de Stalin. ¿Por qué el sistema producía resultados económicos tan pobres? ¿Por qué la propaganda no resultaba convincente? ¿Cuál era el origen del disenso continuado, y cuál era la mejor manera de aplastarlo? ¿Bastarían los arrestos, la represión y el terror para mantener a los partidos comunistas en el poder? ¿O acaso unas tácticas más liberales —cierto grado de libertad económica o una limitada libertad de expresión— resultarían más efectivas para evitar futuros estallidos? ¿Qué cambios aceptaría la Unión Soviética, y dónde trazaría la línea la cúpula soviética?

Respuestas distintas llegaron en momentos diferentes. Después de la muerte de Stalin, ninguno de los regímenes fue tan cruel como lo había sido entre 1945 y 1953, pero la Europa del Este postestalinista podía ser severa, arbitraria y sumamente represiva. La Polonia de Władysław Gomułka inició su marcha con ambiciones liberales y entusiasmo popular, pero pronto se volvió anquilosada, conservadora y finalmente antisemita. János Kádár empezó su hegemonía en Hungría con una serie de represalias sangrientas, pero más adelante trató de ganar legitimidad y popularidad al permitir cierta libertad en la empresa, los viajes y el comercio. Durante la serie de hechos que condujeron a la Primavera de Praga en 1968, Checoslovaquia disfrutó de un verdadero florecimiento cultural —escritores, directores y dramaturgos alcanzaron fama internacional—, pero después de la invasión soviética, el gobierno checoslovaco se convirtió en uno de los más violentos de todo el bloque. En 1961, Alemania del Este construyó un muro para mantener a sus ciudadanos encerrados, pero en la década de 1980 el régimen comenzó a permitir que los disidentes se marcharan a cambio de moneda fuerte del gobierno de Alemania occidental. Tanto Rumanía como Yugoslavia intentaron en varias ocasiones forjarse su papel individual en política exterior,

distanciándose del resto del bloque soviético, aunque no necesariamente con gran éxito.

Aunque siempre se mantuvieron dentro del marco establecido por la Unión Soviética, varios gobiernos de Europa del Este experimentaron reforzando el papel de las cooperativas o restringiendo el de la Iglesia, aumentando la cifra de agentes de la policía secreta o permitiendo más libertad en el arte. A veces, las reformas liberales se mantuvieron: los comunistas polacos abandonaron el realismo socialista después de 1956, por ejemplo, y Hungría legalizó las empresas conjuntas en la década de 1980. En otras ocasiones, la liberalización terminó con violencia. En la época de la Primavera de Praga, el partido comunista checoslovaco, dirigido por Alexander Dubcek, pidió una reforma de enfoque evolucionista, una economía descentralizada y un sistema político democratizado. Los tanques soviéticos entraron en Praga y aplastaron el movimiento reformista unos meses después, y Dubcek fue apartado del poder. En agosto de 1980, el partido comunista polaco legalizó el sindicato Solidaridad, un movimiento de base que al final llegó a reunir a diez millones de trabajadores, estudiantes e intelectuales. Ese experimento terminó un año y medio después, cuando el partido comunista declaró la ley marcial, prohibió Solidaridad y también sacó los tanques a las calles.

Con el tiempo, las naciones de Europa del Este empezaron a tener mucho menos en común. Llegada la década de 1980, Alemania del Este tenía el mayor Estado policial, Polonia las cifras más elevadas de asistencia a misa, Rumanía la más terrible escasez de alimentos, Hungría el nivel de vida más alto, y Yugoslavia la relación más relajada con Occidente. Sin embargo, en un sentido estricto, todos seguían siendo muy parecidos: ninguno de los regímenes parecía darse cuenta de que eran inestables por definición. Pasaban de una crisis a otra, no porque fueran incapaces de afinar sus políticas, sino porque el propio proyecto comunista era imperfecto. Al intentar controlar todos los aspectos de la sociedad, los regímenes habían convertido todos los aspectos de la sociedad en una forma de protesta en potencia. El Estado había dictado elevadas cuotas de producción diaria para los trabajadores, de modo que la huelga de los trabajadores de Alemania del Este en contra de las elevadas cuotas de producción se convirtió rápidamente en una protesta contra el Estado. El Estado había dictado qué artistas podían pintar y qué escritores podían escribir, de modo que un artista o un escritor que pintara o escribiera algo distinto se convertía también en un disidente político. El Estado había dictado que nadie podía formar organizaciones independientes,

de modo que quien formara una, por insignificante que fuera, se convertía en un opositor del régimen. Y cuando era mucha gente la que se incorporaba a una organización independiente —cuando unos diez millones de polacos se afiliaron al sindicato Solidaridad, por ejemplo—, de repente el propio régimen corría peligro.

La ideología comunista y la teoría económica marxista-leninista contenían las semillas de su propia destrucción también en otro sentido. Las reivindicaciones de legitimidad de los gobiernos de Europa del Este se basaban en promesas de prosperidad futura y de un nivel de vida elevado, en teoría garantizados por el marxismo «científico». Todos los carteles y pancartas, los discursos solemnes, los editoriales de los periódicos, y finalmente los programas de televisión hablaban de un crecimiento cada vez mayor. Y aunque hubo cierto crecimiento, nunca fue tan elevado como la propaganda quiso hacer creer. El nivel de vida jamás aumentó de manera tan rápida y notable como en Europa occidental, un hecho que no pudieron ocultar durante mucho tiempo. En 1950, Polonia y España tenían un PNB muy similar. En 1988, el de Polonia se había multiplicado por dos y medio, mientras que el de España se había multiplicado por trece^[1]. Radio Free Europe, los viajes y el turismo hicieron evidente esa brecha, que no hizo más que agrandarse a medida que los cambios tecnológicos se aceleraban en Europa occidental. El cinismo y la desilusión crecieron al mismo ritmo, incluso entre quienes en un primer momento habían depositado sus esperanzas en el sistema. Los cuadros de jóvenes comunistas sonrientes de los años cincuenta dejaron paso a los huraños y apáticos obreros de los años setenta, a los estudiantes e intelectuales cínicos de los ochenta y a oleadas de emigración y descontento. Por supuesto, el sistema siempre tuvo a sus partidarios, particularmente después de que algunos gobiernos de Europa del Este empezaran a pedir prestadas grandes cantidades de dinero a bancos occidentales para mantener los elevados niveles de consumo. Sus beneficiarios siguieron defendiéndolo de boquilla, y quienes se habían beneficiado de las políticas de ascenso social siguieron avanzando dentro de la burocracia. Aunque algunos europeos del Este sintieron más adelante nostalgia por las ideas comunistas y su idealismo, cabe destacar que ningún partido político posterior a 1989 intentó jamás restaurar la economía comunista.

Al final, la brecha abierta entre la realidad y la ideología conllevó que los partidos comunistas terminaran soltando consignas vacías que ellos mismos sabían que no tenían ningún sentido. Como el filósofo Roger Scruton

argumenta, el marxismo se arropó hasta tal punto en lo que Orwell llamó «neolengua» que ya no pudo ser rebatido: «Los hechos ya no se correspondían con la teoría, que se elevaba por encima de los hechos en nubes de sinsentido, casi como un sistema teológico. Lo que importaba no era creer la teoría, sino repetirla como un ritual y de manera que tanto la creencia como la duda fueran irrelevantes. [...] De ese modo, el concepto de verdad desaparecía del paisaje intelectual, y se sustituía por el de poder^[2]». Sin embargo, una vez que fueron incapaces de distinguir la verdad de la ficción ideológica, tampoco fueron capaces de solucionar ni de tan solo describir los problemas económicos y sociales cada vez más graves de las sociedades que gobernaban.

Con el tiempo, algunos opositores políticos a los regímenes comunistas llegaron a entender esas debilidades inherentes al totalitarismo de corte soviético. En su brillante ensayo de 1978, *El poder de los sin poder*, el disidente checo Václav Havel instó a sus compatriotas a aprovecharse de la obsesión de sus dirigentes con el control absoluto. Havel escribió que si el Estado quería monopolizar todas las esferas de la actividad humana, entonces cada ciudadano pensante debería trabajar para crear alternativas. Pidió a sus compatriotas que conservaran la «vida independiente de la sociedad», que según su definición incluía «desde el autodidactismo y la reflexión independiente, a través de la libre creación cultural y su divulgación, hasta las más diversas y libres tomas de postura, incluida la autoorganización social independiente^[3]». También los animó a descartar la jerga falsa y carente de sentido y a «vivir en la verdad»; en otras palabras, a hablar y actuar como si el régimen no existiera.

A su debido tiempo, algunas versiones de esa «vida independiente de la sociedad» —«sociedad civil»— empezaron a florecer de muchas formas poco usuales. Los checos formaron grupos de jazz, los húngaros se apuntaron a clubes de debate intelectual, los alemanes del Este crearon un movimiento pacifista «no oficial». Los polacos organizaron tropas scout clandestinas y, con el tiempo, sindicatos independientes. En todas partes, la gente tocaba música rock, organizaba lecturas de poesía, montaba negocios clandestinos, creaba seminarios de poesía clandestinos, vendía carne del mercado negro e iba a la iglesia. En otra clase de sociedad, esas actividades se habrían considerado apolíticas, y ni siquiera en Europa del Este constituyeron necesariamente una «oposición», ni tan solo pasiva. Sin embargo, sí que supusieron un problema fundamental —y sin respuesta— para los regímenes

que se esforzaban, en palabras de Mussolini, por «abarcarlo todo».

«No se puede hacer una tortilla sin romper huevos^[4].» Ese sombrío lema, en ocasiones atribuido erróneamente a Stalin, resume la visión del mundo de los hombres y las mujeres que construyeron el comunismo y que creyeron que sus elevados objetivos justificaban el sacrificio humano. Sin embargo, cuando por fin la tortilla empieza a deshacerse —o, más precisamente, cuando se hace evidente que la tortilla nunca se cocinó—, ¿cómo se vuelven a juntar los huevos? ¿Cómo se privatizan cientos de compañías estatales? ¿Cómo se vuelven a crear las organizaciones sociales y religiosas disueltas tiempo atrás? ¿Cómo se consigue que una sociedad que se ha vuelto pasiva tras años de dictadura vuelva a activarse? ¿Cómo se hace para que la gente deje de utilizar una jerga y hable con claridad? Aunque suele utilizarse a modo de explicación sucinta del proceso, la palabra «democratización» no se ajusta realmente a los cambios que tuvieron lugar —de manera desigual y vacilante, más rápidos en algunos lugares, y mucho más lentos en otros— en la Europa poscomunista y en la antigua URSS después de 1989.

La democratización tampoco alcanza a definir la clase de cambios que tienen que darse en otras sociedades posrevolucionarias de todo el mundo. Muchos de los peores dictadores del siglo xx se mantuvieron en el poder utilizando los métodos descritos en este libro, y de manera consciente. El Irak de Sadam Husein y la Libia de Muamar Gadafi adoptaron elementos del sistema soviético, como una fuerza policial secreta al estilo soviético, con ayuda directa soviética y de Alemania del Este. Los regímenes chino, egipcio, sirio, angolano, cubano y norcoreano, entre otros, han recibido consejo y formación soviética en distintas ocasiones^[5]. Sin embargo, muchos no necesitaron un consejo explícito para imitar el instinto de la Unión Soviética de controlar las instituciones económicas, sociales, culturales, legales y educativas, además de la oposición política. Hasta 1989, el dominio de la Unión Soviética sobre Europa del Este parecía un modelo excelente para los aspirantes a dictador. Sin embargo, el totalitarismo nunca funcionó como se suponía que debía hacerlo en Europa del Este, ni en ningún otro lugar. Ninguno de los regímenes estalinistas consiguió lavarle el cerebro a toda la población y eliminar así el disenso para siempre, y tampoco lo lograron los pupilos de Stalin ni los amigos de Brézhnev en Asia, África o Latinoamérica.

Sin embargo, esos regímenes pueden causar, y causaron, un daño enorme. En su afán de poder, los bolcheviques, sus acólitos de Europa del Este y sus

imitadores de otros lugares atacaron no solo a sus oponentes políticos, sino también a campesinos, sacerdotes, maestros de escuela, comerciantes, periodistas, escritores, pequeños empresarios, estudiantes y artistas, además de las instituciones que esas personas habían creado y mantenido durante siglos. Dañaron, perjudicaron y en ocasiones eliminaron iglesias, periódicos, sociedades literarias y de enseñanza, empresas y tiendas, mercados bursátiles, bancos, clubes deportivos y universidades. Su éxito descubre una verdad desagradable sobre la naturaleza humana: si la gente suficiente se muestra lo bastante decidida, y se está respaldada por la fuerza y los recursos adecuados, entonces podrá destruir instituciones legales, políticas, educativas y religiosas antiguas y aparentemente permanentes, en ocasiones para siempre. Y si la sociedad civil pudo resultar dañada de manera tan profunda en naciones tan distintas, tan ricas desde el punto de vista cultural e histórico como las que constituían Europa del Este, entonces puede resultar dañada en cualquier otra parte del mundo. En realidad, la historia de la estalinización después de la guerra demuestra lo frágil que puede llegar a ser la civilización.

Como resultado de ese daño a la civilización, los países poscomunistas requirieron mucho más que las meras instituciones de la «democracia» — elecciones, campañas políticas y partidos políticos— para funcionar nuevamente como sociedades liberales. También tuvieron que crear, o recrear, medios de comunicación independientes, empresas privadas y un sistema legal adecuado, un sistema educativo libre de propaganda y una administración pública en la que los ascensos fueran fruto del talento y no de la corrección ideológica. Los estados poscomunistas a los que les fue mejor son aquellos que consiguieron preservar algunos elementos de la sociedad civil durante el período comunista. Y no fue por casualidad.

Una vez más, merece la pena recordar la historia de la Liga de Mujeres Polacas. En 1989, la organización estaba acabada a nivel nacional. A principios de la década de 1990 se hundió más o menos por completo: nadie necesitaba un grupo de mujeres que ofrecía propaganda de un partido que había dejado de existir. Sin embargo, a finales de la misma década, de nuevo en la ciudad de Łódź, un grupo de mujeres de la zona decidieron que algunas de las funciones que, en sus inicios, la liga se había propuesto cumplir seguían siendo necesarias. Así pues, volvió a agruparse, a organizarse y a fundarse — ahora por tercera vez— como una organización independiente. Como en 1945, sus dirigentes identificaron una serie de problemas que nadie parecía capaz de solucionar, de modo que se propusieron hacerles frente. Inicialmente, la liga ofreció asesoramiento legal gratuito a las mujeres que no

podían permitírselo. Más adelante amplió su ayuda a las mujeres desempleadas; ofreció formación laboral, asesoramiento y servicios a las mujeres solteras con hijos, así como medios para tratar el alcoholismo y la drogadicción. En Navidad, la liga empezó a organizar celebraciones para la gente sin hogar de Łódź. Su página web muestra un lema muy claro: «Si tienes un problema, acude a nosotros, te ayudaremos o te indicaremos la dirección adecuada^[6]». Ahora es una organización mucho más pequeña, pero sigue manteniendo su carácter benéfico, igual que en el pasado.

En parte, la Liga de Mujeres Polacas tuvo éxito porque sus dirigentes, como otros en Polonia, estuvieron dispuestas a copiar los modelos de Europa occidental. Aunque nunca habían trabajado para una institución benéfica o sin ánimo de lucro, las dirigentes de la liga sabían lo que eran esas personas jurídicas. En ese momento la legislación polaca admitió su existencia, y la clase política polaca les dio la bienvenida, al igual que aceptó también las escuelas independientes, las empresas privadas y los partidos políticos. Eso hizo que Polonia fuera diferente de Rusia, donde la hostilidad hacia las organizaciones independientes sigue siendo fuerte una generación después del fracaso de la Unión Soviética, y donde el entorno legal sigue sin favorecer su formación ni su financiación. Para la élite política rusa, las organizaciones benéficas independientes, los grupos de apoyo a la comunidad y las organizaciones no gubernamentales de cualquier clase siguen siendo sospechosas por definición, por lo que utiliza medios legales y extralegales para contenerlas^[7].

En Polonia, el marco legal no solo se adaptó a la existencia de las organizaciones independientes, sino que también les permitió recaudar fondos. Al principio, la Liga de Mujeres Polacas había solicitado dinero al gobierno para desarrollar sus proyectos porque era así como se habían financiado en el pasado. En una época de reestructuración económica, su éxito fue mínimo. Sin embargo, Łódź es una ciudad de fábricas textiles, y las fábricas textiles emplean a mujeres. La Liga de Mujeres se dirigió a los propietarios de las nuevas fábricas y convenció a algunos de ellos para que las ayudaran. Entonces empezaron a recibir donaciones y la organización pudo seguir adelante. En 2006, diecisiete años después de la caída del comunismo, la Liga de Mujeres de Łódź se registró como una organización benéfica privada. Resultó que la Liga de Mujeres Polacas moderna no solo necesitaba voluntarios patrióticos y enérgicos, sino también un sistema legal intacto, un sistema económico en funcionamiento y un sistema político democrático para

prosperar.

Parte de la energía y la iniciativa para iniciar esos proyectos procedía de la fuerte conciencia de la historia comunista y precomunista de la organización. Una de las nuevas dirigentes, Janina Miziołek, de pequeña había pasado un tiempo en uno de los refugios que la Liga de Mujeres creó en las estaciones de tren. Otras integrantes que habían participado activamente en la liga durante el período comunista intentaron rescatar algo útil de la organización: si pudieran apartar la política, me dijeron algunas de ellas, entonces tal vez podrían hacer algo útil. Recordaban lo que había salido mal y estaban ansiosas por arreglarlo.

Las mujeres de Łódź estuvieron claramente motivadas por la historia, aunque no por la historia como a veces la usan o abusan de ella los políticos. Se inspiraron, no en celebraciones patrocinadas por el Estado, ni en tragedias del pasado ni en programas nacionales de reeducación patriótica, sino más bien en historias que recordaban, o en historias que conocían a través de alguien que las había vivido. Encontraron motivación en la historia de una institución en particular, en un lugar en particular y en un momento en particular.

Lo que sucedió en Łódź se puede aplicar a todos los lugares del mundo poscomunista y posttotalitario. Antes de que una nación pueda ser reconstruida, primero sus ciudadanos tienen que entender cómo se destruyó: cómo se debilitaron sus instituciones, cómo se pervirtió su lenguaje, cómo se manipuló a su gente. Tienen que conocer los detalles concretos, no las teorías generales, y han de escuchar las historias individuales, y no las generalizaciones que se hacen sobre las masas. Es necesario que entiendan lo que motivó a sus predecesores, que los vean como a gente real y no como a caricaturas en blanco y negro, víctimas o villanos. Solo entonces es posible empezar, lentamente, a reconstruir.

Agradecimientos

Puesto que este libro me llevó más de seis años de investigación y escritura, que requirió trabajar con archivos de toda Europa, y que depende de fuentes escritas en una amplia variedad de idiomas, no habría sido posible sin el apoyo, el consejo y la ayuda de un grupo de gente e instituciones extraordinariamente generoso. Me gustaría dar las gracias, en primer lugar, a Gary Smith, de la American Academy de Berlín, y a Mária Schmidt, del Terror Háza Múzeum y el Institute of the Twentieth Century en Budapest. En Alemania y Hungría, no fueron solo mis anfitriones, sino también mis principales consejeros en lo tocante a la gente, fuentes y cultura. También me gustaría dar las gracias al National Endowment for the Humanities; la Scaife Foundation; la Smith Richardson Foundation; a Chris DeMuth, antes en el American Enterprise Institute y ahora en el Hudson Institute; y a Paul Gregory, del taller de verano en Rusia de la Hoover Institution, así como a Richard Sousa y Maciej Siekierski de los archivos de la Hoover Institution, el mejor lugar del mundo para estudiar la historia del comunismo. Todos ellos me proporcionaron un apoyo material generoso para mi trabajo en diferentes momentos y de manera distinta.

Como he señalado en la introducción, conté con la ayuda de dos personas extraordinarias en cuestión de traducción, logística e investigación: Attila Mong en Budapest, y Regine Wosnitza en Berlín. Ambos contribuyeron sobremanera a que comprendiera la historia de sus respectivos países, así como sus respectivos sistemas de transporte, patrones climáticos y cocina. Además, en Varsovia me ayudaron Piotr Paszkowski, Lukasz Krzyzanowski y Kasia Kazimierczuk en momentos distintos. Estoy sumamente agradecida a todos mis entrevistados —«testigos del tiempo», como los llaman en Alemania— que aparecen mencionados en la siguiente lista.

Entre los muchos historiadores, especialistas y amigos que me ofrecieron consejos y sugerencias, me gustaría dar las gracias a las siguientes personas en Polonia: Andrzej Bielawski, Władysław Bułkah, Anna Dzieńkiewicz, Anna Frackiewicz, Piotr Gontarczyk, Stanisław Juchnowicz, Krzysztof Kornacki, Wanda Koscia, Andrzej Krawczyk, Marcin Kula, Józef Mrozek, Andrzej Paczkowski, Ładysław Piasecki, Leszek Sibila, Teresa Starzec,

Dariusz Stola, Andrzej Wajda, Andrzej Zak y Marcin Zaremba.

De Hungría, me gustaría dar las gracias a Margit Balogh, Barbara Bank, Magdolna Baráth, Ferenc Erós, Tibor Fabinyi, Pál Germuska, György Gyarmati, Gábor Hanák, Sándor Horváth, Sándor M. Kiss, Szilvia Köbel, Erzsébet Kozma, Sándor Ladányi, Bea Lukács, Judit Mészáros, Adrienne Molnár, Zorán Muhar, Zoltán Ólmosi, Mária Palasik, István Papp, János Pelle, Iván Petó, Attila Pók, János Rainer, István Rév, Csaba Szabó, Éva Szabó Kovács, Ferenc Tomka, Krisztián Ungváry, Balázs Varga y Márta Matussné Lendvai de Dunaújváros. Deseo expresar un agradecimiento muy especial a Tamás Stark, y en particular a Csilla Paréj, del museo Terror Háza.

De Alemania, estoy particularmente agradecida a Jochen Arntz, Jörg Baberowski, Marianne Birthler, Zszusza Breier, Jochen Cerny, Thomas Dahnert, Reiner Eckert, Christoph Eichorn, Roger Engelmann, Eckhart Gillen, Gisela Gneist, Manfred Götemaker, Frank Herold, Günter Höhne, Gunter Holzweißig, Dirk Jungnickel, Anna Kaminsky, Romy Kleiber, Michael Krejsa, Vera Lemke, Andreas Ludwig, Ulrich Mähler, Marko Martin, Peter Pachnicke, Christel Panzig, Ingrid Pietrzynski, Ulrike Poppe, Martin Sabrow, Helke Sander, Johanna Sängner, Dagmar Semmelmann, André Steiner y Petra Uhlmann.

Finalmente, agradezco enormemente la ayuda y los consejos de László Borhi, Stefano Bottoni, sir Martin Gilbert, Hope Harrison, Karel Kaplan, Mark Kramer, Anita Lackenberger, Norman Naimark, lady Camilla Panufnik, Nikita Petrov, Tomek Prokop, Timothy Snyder, Yaroslava Romanova y el fallecido y muy añorado Alexander Kokurin. Por vuestros consejos además de vuestra extraordinaria hospitalidad, muchas gracias, Anthony Beevor, Artemis Cooper y Andrew Solomon. Y, por supuesto, este libro no habría sido posible sin mis magníficos editores Stuart Proffitt y Kris Puopolo, y mi agente de paciencia extraordinaria, Georges Borchardt.

Entrevistados

ALEMANIA

Karl-Heinz Arnold, Egon Bahr, Ernst Benda, Hans-Walter Bendzko, Klaus Blümner, Elfriede Brüning, Stefan Doernberg, Axel Drieschner, Klaus Eichner, Ulrich Fest, Gerhard Finn, Karl Gass, Gisela Gneist, Bernhard Heisig, Herta Kuhrig, Jürgen Laue, Wolfgang Lehmann, Irina Liebmann, Erich Loest, Andreas Ludwig, Manfred Meier, Hans Modrow, Peter Pachnicke, Alfons Pawlitzki, Gustav Pohl, Klaus Polkehn, Lutz Rackow, Günter Reisch, Werner Rösler, Günter Schabowski, Ulrich Schneider, Gotthold Schramm, Willi Sitte, André Steiner, Hans-Jochen Tschiche, Günter Tschirschwitz.

HUNGRÍA

János Boór, László Dalos, Ferenc Gergely, Ágnes Heller, György Hidas, Ferenc Hollai, Elek Horváth, Elekné Horváth (anteriormente llamada Júlia Kollár), Tibor Iványi, Sándor Keresztes, Sándor M. Kiss, András Kovács, Sándor Ladányi, Tamás Lossonczy, Judit Mészáros, József Nevezi, Ferenc Pataki, Csaba Skultéty, Ferenc Szabó, Pál Szemere, Zsófia Tevan, Áron Tóbiás, Iván Vitányi.

POLONIA

Barbara Baranska, Michał Bauer, Szymon Bojko, Halina Bortnowska, Stefan Bratkowski, Wiesław Chrzanowski, Krystyna Czart-Kosacz, Jacek Fedorowicz, Andrzej Garlicki, Stefan Grzeszkiewicz, Józef Hen, Alexander Jackowski, Ksawery Jasienski, Stanisław Juchnowicz, Ludwik Jerzy Kern, Czesław Kiszczak, Tadeusz Konwicki, Janina Miziołek, Karol Modzelewski, Jerzy Morawski, Eugeniusz Mroczkowski, Piotr Paszkowski, Krzysztof Pomian, Józef Puciłowski, Antoni Rajkiewicz, Ludwik Rokicki, Marta Stebnicka, Janina Stobniak, Maria Straszewska, Janina Suska-Janakowska, Julia Tazbirowa, Józef Tejchma, Jerzy Turnau, Leopold Unger, Andrzej Wajda, Andrzej Zalewski.

Bibliografía

A continuación aparece una lista parcial de memorias, obras de ficción, monografías y otra literatura secundaria utilizadas para escribir *El Telón de Acero*. Los artículos, ponencias y otro material se encuentran citados en las notas de referencia junto con las signaturas de archivo correspondientes.

Abrams, Bradley, *The Struggle for the Soul of the Nation: Czech Culture and the Rise of Communism* (Nueva York, 2004).

Acheson, Dean, *Present at the Creation* (Nueva York, 1987).

Aczel, Tamás, y Tibor Meráy, *The Revolt of the Mind: A Case History of Intellectual Resistance behind the Iron Curtain* (Londres, 1960).

Agee, Joel, *Twelve Years: An American Boyhood in East Germany* (Chicago, 2000).

Allinson, Mark, *Politics and Popular Opinion in East Germany, 1945-68* (Manchester, 2000).

Åman, Anders, *Architecture and Ideology in Eastern Europe during the Stalin Era*, trad. de Roger y Kerstin Tanner (Cambridge, Mass., 1992).

Andreas-Friedrich, Ruth, *Battleground Berlin: Diaries 1945-48*, trad. de Anna Boerresen (Nueva York, 1990).

Anónimo, *A Woman in Berlin*, trad. ingl. de Philip Boehm (Londres, 2006). [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín*, Barcelona, Anagrama, 2007].

Ansorg, Leonore, *Kinder im Klassenkampf: Die Geschichte der Pionierorganisation von 1948 bis Ende der fünfziger Jahre* (Berlín, 1997).

Apor, Balázs, et al., eds., *The Leader Cult in Communist Dictatorships* (Nueva York, 2004).

Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism* (Cleveland y Nueva York, 1958). [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2011].

Arp, Agnes, *VEB Vaters ehemaliger Betrieb Privatunternehmer in der DDR* (Leipzig, 2005).

Åslund, Anders, *Private Enterprise in Eastern Europe* (Macmillan, 1985).

Baczoni, Gábor, *Pár(t)viadal-A Magyar Államrendőrség Vidéki Főkapitányságának Politikai Rendészeti osztálya, 1945-1946* (Budapest, 2002).

Baer, Helmut David, *The Struggle of Hungarian Lutherans under Communism* (College Station, Texas, 2006).

Bajer, Magdalena, *Blizny po Ukaszeniu* (Varsovia, 2005).

Balogh, Gyöngyi, Vera Gyürey y Pál Honffy, *A magyar játékfilm története a kezdetektől 1990 ig* (Budapest, 2004).

Balogh, Margit, *A KALOT es a katolikus tarsadalompolitika 1935-1946* (Budapest, 1998).

—, *Mindszenty József (1892-1975)* (Budapest, 2002).

Balogh, Margit, y Csaba Szabó, *A Grósz per* (Budapest, 2002).

Bank, Barbara, y Sándor Óze, *A «német ügy» 1945-1953. A Volksbundtól Tiszalökiig* (Budapest y

- Munich, 2005).
- Barany, Zoltan D., *Soldiers and Politics in Eastern Europe, 1945-1990* (Nueva York, 1993).
- Baring, Arnulf, *Uprising in East Germany: June 17, 1953* (Londres, 1972).
- Beevor, Antony, *Berlin: The Downfall, 1945* (Londres, 2002). [Hay trad. cast.: *Berlín: la caída 1945*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002].
- Beevor, Antony, y Luba Vinogradova, eds., *A Writer at War: Vasily Grossman with the Red Army, 1941-1945* (Londres, 2005). [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2009].
- Beke, László, *A Student's Diary: Budapest, October 1-November 1, 1956*, trad. de Leon Kossar y Ralph M. Zoltan (Nueva York, 1957).
- Belényi, Gyula, *Az állam szorításában. Az ipari munkásság társadalmi átalakulása 1945-1965* (Budapest, 2009).
- Berend, Iván T., *Central and Eastern Europe 1944-1993* (Cambridge, 1996).
- Berend, Iván T., y Tamás Csató, *Evolution of the Hungarian Economy, 1848-1948* (Boulder, 2001).
- Berényi, Zsuzsanna Ágnes, *A szabadságküzvesség kézikönyve* (Budapest, 2001).
- Beres, Witold, y Jerzy Skoczylas, *General Kiszczak Mowi... Prawie Wszystko* (Varsovia, 1991).
- Biddiscombe, Alexander P., *Werwolf: The History of the National Socialist Guerrilla Movement, 1944-46* (Toronto, 1998).
- Biedrzycka, Anna, ed., *Nowa Huta-architektura i twórcy miasta idealnego*, catálogo de exposición (Cracovia, 2006).
- Bierut, Bolesław, *Szescoletni Plan Odbudowy Warszawy* (Varsovia, 1950).
- , *Szescoletni Plan Odbudowy Warszawy: Refereat Na Konferencji Warszawskiej PZPR w dniu 3 lipca, 1949 g* (Varsovia, 1949).
- Bikont, Anna, y Joanna Szczesna, *Lawina i Kamienie: Pisarze wobec Komunizmu* (Varsovia, 2006).
- Błazynski, Zbigniew, *Mówi Józef Swiatło* (Varsovia, 2003).
- Boórm, János, *Arcok és értékek az acélvárosban* (Budapest, 2008).
- Borhi, László, *Hungary in the Cold War: 1945-1956* (Budapest y Nueva York, 2004).
- Böszörményi, Géza, *Recsk 1950-1953* (Budapest, 2006).
- Bouška, Tomáš, y Klara Pinerova, *Czechoslovak Political Prisoners* (Praga, 2009).
- Breuning, Eleonore, Jill Lewis y Gareth Pritchard, eds., *Power and the People: A Social History of Central European Politics, 1945-1956* (Manchester, 2005).
- Brodala, Marta, Anna Lisiecka y Tadeusz Rudzikowski, *Przebudowac Człowieka: komunistyczne wysiłki zmiany mentalności* (Varsovia, 2001).
- Bruce, Gary, *The Firm: The Inside Story of the Stasi* (Oxford, 2010).
- Brüning, Elfriede, *Und außerdem war es mein Leben* (Berlín, 1952).
- Brzezinski, Zbigniew, *The Soviet Bloc: Unity and Conflict* (Nueva York, 1967).
- Brzezinski, Zbigniew, y Carl J. Friedrich, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Cambridge, 1956).
- Brzostek, Błażej, *Robotnicy Warszawy* (Varsovia, 2002).
- Buber-Neumann, Margarete, *Under Two Dictators*, trad. de Edward Fitzgerald (Londres, 2008). [Hay trad. cast.: *Prisionera de Stalin y Hitler: un mundo en la oscuridad*, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2006].

- Burger, Ulrich, *Das sagen wir natürlich so nicht!* (Berlín, 1990).
- Celina, Budzynska, *Krytyka i Samokrytyka* (Varsovia, 1954).
- Childs, David, *The GDR: Moscow's German Ally* (Londres, 1988).
- Childs, David, y Richard Popplewell, *The Stasi: The East German Intelligence and Security Services* (Nueva York, 1996).
- Chłopek, Maciej, *Bikiniarze. Pierwsza polska subkultura* (Varsovia, 2005).
- Chodakiewicz, Marek, *After the Holocaust* (Nueva York, 2003).
- Chodakiewicz, Marek, John Radziłowski y Dariusz Tolczyk, eds., *Poland's Transformation: A Work in Progress* (Charlottesville, 2003).
- Cichocki, Bartosz, y Krzysztof Józwiak, *Najważniejsze są Kadry: Centralna Szkoła Partyjna PPR/PZPR* (Varsovia, 2006).
- Cichopek-Gajraj, Anna, «Jews, Poles and Slovaks: A Story of Encounters, 1944-1948», tesis doctoral, Universidad de Michigan, 2008.
- Colditz, Heinz, y Martin Lücke, *Stalinstadt: neues Leben, neue Menschen* (Berlín, 1958).
- Connelly, John, *Captive University: The Sovietization of East German, Czech and Polish Higher Education, 1945-1956* (Chapel Hill y Londres, 2000).
- Conquest, Robert, *Reflections on a Ravaged Century* (Nueva York, 1999).
- Conze, Werner, y Jakob Kaiser, *Politiker zwischen Ost und West, 1945-1949* (Stuttgart, 1969).
- Courtois, Stéphane, et al., eds., *The Black Book of Communism* (Cambridge, 1999). [Hay trad. cast.: *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010].
- Crampton, R. J., *A Concise History of Bulgaria* (Cambridge, 2006). [Hay trad. cast.: *Historia de Bulgaria*, Madrid, Akal, 2007].
- Creuzberger, Stefan, *Die Sowjetische Militäradministration in Deutschland (SMAD) 1945-1949* (Melle, 1991).
- Crowley, David, *Warsaw* (Londres, 2003).
- Czuchnowski, Wojciech, *Blizna. Proces Kurii krakowskiej 1953* (Cracovia, 2003).
- Davies, Norman, *Rising '44: The Battle for Warsaw* (Nueva York, 2004). [Hay trad. cast.: *Varsovia, 1944: la heroica lucha de una ciudad atrapada*, Barcelona, Planeta de Agostini, 2006].
- Davies, Norman, y Roger Moorhouse, *Microcosm: A Portrait of a European City* (Nueva York, 2003).
- Deák, István, Jan T. Gross y Tony Judt, eds., *The Politics of Retribution in Europe* (Princeton, 2000).
- Deakin, Frederick W., y Richard Storry, *The Case of Richard Sorge* (Nueva York, 1966).
- Djilas, Milovan, *Conversations with Stalin* (Nueva York, 1990).
- Doernberg, Stefan, *Befreiung. Ein Augenzeugenbericht* (Berlín Este, 1985).
- , *Die Geburt eines neuen Deutschland 1945-1949* (Berlín Este, 1959).
- , *Kurze Geschichte der DDR* (Berlín, 1969).
- Dönhoff, Marion Gräfin, *Namen, die keiner mehr nennt: Ostpreußen-enschen und Geschichte* (Munich, 1964).
- Drauschke, Frank, Arseny Roginsky y Anna Kaminsky, *Erschossen in Moskau...: Die deutschen Opfer des Stalinismus auf dem Moskauer Friedhof Donskoje* (Berlín, 2008).
- Eichner, Klaus, y Gotthold Schramm, *Angriff und Abwehr: Die deutschen Geheimdienste nach 1945* (Berlín, 2007).

- Engelgard, Jan, *Wielka Gra Bolesława Piaseckiego* (Varsovia, 2008).
- Epstein, Catherine, *The Last Revolutionaries: German Communists and Their Century* (Cambridge y Londres, 2003).
- Erdős, Ferenc, y Zsuzsanna Pongrácz, *Dunaújváros története* (Dunaújváros, 2000).
- Erős, Ferenc, *Pszichoanalízis és kulturális emlékezet* (Budapest, 2010).
- Faludy, György, *My Happy Days in Hell* (Londres, 2010).
- Farkas, Vladimir, *Nincs mentség* (Budapest, 1990).
- Fedorowicz, Jacek, *Dziełka wybrane* (Chicago, 1989).
- , *Kultura młodych – Teatry studenckie w połowie lat pięćdziesiątych*, maszynopis, s.l., s.a (tekst wygłoszony podczas konferencji naukowej na Uniwersytecie Warszawskim).
- Fehér, István, *Az utolsó percben, Magyarország nemzetiségei 1945-1990* (Budapest, 1993).
- Feist, Günter (con Eckhart Gillen), *Stationen eines Weges: Daten und Zitate zur Kunst und Kunstpolitik der DDR 1945-1998* (Berlín, 1988).
- Feist, Günter, Eckhart Gillen y Beatrice Vierneisel, eds., *Kunstdokumentation: 1945-1990, SBZ/DDR* (Berlín, 1996).
- Fidelis, Małgorzata, «The New Proletarians: Women Industrial Workers and the State in Postwar Poland, 1945-57», tesis doctoral, Universidad de Stanford, 2005.
- Finkel, Stuart, *On the Ideological Front: The Russian Intelligentsia and the Making of the Soviet Public Sphere* (New Haven, 2007).
- Finn, Gerhard, *Die politischen Häftlinge der Sowjetzone: 1945-1959* (Pfaffenhofen, 1960).
- Fischer, Ruth, *Stalin and German Communism: A Study in the Origins of the State Party* (New Brunswick, 1982).
- Fitzpatrick, Sheila, y Michael Geyer, *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared* (Cambridge, 2008).
- Földesi, Margit, *A megszállók szabadsága* (Budapest, 2002).
- Frazik, Wojciech, Filip Musiał y Mateusz Szpytma, *Obsada Stanowisk kierowniczych Urzędu Bezpieczeństwa i Służby Bezpieczeństwa w Krakowie* (Cracovia, 2006).
- Friske, Andrzej, *Opozycja Polityczna w PRL, 1945-1980* (Londres, 1994).
- , *Polska: Losy państwa i narodu, 1939-1945* (Varsovia, 2003).
- Fullbrook Mary, *Anatomy of a Dictatorship: Inside the GDR, 1949-1989* (Oxford, 1995).
- Furet, François, *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the Twentieth Century*, trad. de Deborah Furet (Chicago, 1999). [Hay trad. cast.: *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1995].
- Gaddis, John Lewis, *The Cold War: A New History* (Nueva York, 2005). [Hay trad. cast.: *La guerra fría*, Barcelona, RBA Libros, 2008].
- , *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Oxford, 1997).
- Gál, Lajos, ed., *Egységbe ifjúság!* (Budapest, 1973).
- Garasin, Rudolf, *Vörössipkás lovagok* (Budapest, 1967).
- Garlicki, Andrzej, *Bolesław Bierut* (Varsovia, 1994).
- Gaszynski, Marek, *Fruwa Twoja Marynara: lata czterdzieste i pięćdziesiąte-jazz, dancing, rock and roll* (Varsovia, 2006).
- Gati, Charles, *Failed Illusions: Moscow, Washington, Budapest and the 1956 Hungarian Revolt*

- (Stanford y Washington, 2006).
- Gawryszewski, Andrzej, *Ludnosc Polski w xx wieku* (Varsovia, 2005).
- Gergely, Ferenc, *A magyar cserkészzet története 1910-1948* (Budapest, 1989).
- Gergely, Jenő, *A katolikus egyház Magyarországon 1944-1971* (Budapest, 1985).
- Germuska, Pál, «Between Theory and Practice: Planning Socialist Cities in Hungary», en Mikael Hard y Thomas J. Misa, eds., *Urban Machinery: Inside Modern European Cities* (Cambridge, Mass., 2008).
- Geyer, Hans-Joachim, *Am Anfang stand das Ende* (Berlín, 1954).
- Gieseke, Jens, *Die DDR-Staatssicherheit: Schild und Schwert der Partei* (Bonn, 2000).
- , *The GDR State Security: Sword and Shield*, trad. de Mary Carlene Forszt (Berlín, 2004).
- Gilbert, Martin, «Churchill and Poland», conferencia inédita, pronunciada en la Universidad de Varsovia, 16 de febrero de 2010.
- Gillen, Eckhart, *Das Kunstkombinat DDR. Zäsuren einer gescheiterten Kunstpolitik* (Colonia, 2005).
- Gillen, Eckhart, y Diether Schmidt, *Zone 5: Kunst in der Viersektorenstadt 1945-1951* (Berlín, 1989).
- Gleason, Abbott, *Totalitarianism: The Inner History of the Cold War* (Oxford, 1995).
- Gneist, Gisela y Gunther Heydemann, *Allenfalls kommt man für ein halbes Jahr in ein Umschulungslage* (Leipzig, 2002).
- Goban-Klas, Tomasz, *The Orchestration of the Media: The Politics of Mass Communications in Communist Poland and the Aftermath* (Boulder, 1994).
- Golaszewski, Tadeusz, *Kronika Nowej Huty* (Cracovia, 1955).
- Gontarczyk, Piotr, *Polska Partia Robotnicza: Droga do Wladzy, 1941-1944* (Varsovia, 2003).
- Graczyk, R., *Bo jestem z Wilna... z Józefa Hennelowa rozmawia Roman Graczyk* (Cracovia, 2001).
- Gregory, Paul, *The Political Economy of Stalinism: Evidence from the Soviet Secret Archives* (Cambridge, 2004).
- Greider, Peter, *The East German Leadership 1946-1973: Conflict and Crisis* (Manchester, 1999).
- Grodzińska, Stefania, *Juz nic nie musze* (Lublin, 2000).
- Grose, Peter, *Operation Rollback* (Nueva York, 2000).
- Gross, Jan, *Fear: Anti-Semitism in Poland after Auschwitz* (Nueva York, 2006).
- , *Revolution From Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia* (Princeton, 1998).
- , «War as Revolution», Norman Naimark y Leonid Gibianskii, eds., *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949* (Boulder, 1997).
- Gruschka, Gerhard, *Zgoda, miejsce zgrozy: Obóz koncentracyjny wswietochłowicach* (Gliwice, 1998).
- Gyarmati, György, *Államvédelem a Rákosi-korszakban* (Budapest, 2000).
- , *Az átmenet évkönyve, 2003* (Budapest, 2004).
- Gyarmati, György, ed., *A politika redorsege Magyarországon a Rakosikorszakban* (Pécs, 2002).
- György, Péter, y Hedvig Turai, eds., *A művészet katonái-Sztálinizmus és kultúra* (Budapest, 1992).
- Györgi Szabó, Róbert, *A kommunizmus és a zsidóság az 1945 utáni Magyarországon* (Budapest, 2009).
- Haine, Simone, ed., *Reise nach Moskau* (Berlín, 1995).
- Hajna, Karl-Heinz, *Die Landtagswahlen 1946 in der SBZ* (Frankfurt, 2000).

- Halmy Kund, János, *Mecseri: An Army Officer in the Revolution*, conferencia pronunciada en el museo Terror Háza, octubre de 2006.
- Hantó, Zsuzsa, *Kitiltott családok* (Budapest, 2009).
- Harmat, Pál, *Freud, Ferenczi és a magyarországi pszichoanalízis* (Budapest, 1994).
- Harrison, Hope, *Driving the Soviets Up the Wall* (Princeton, 2003).
- Hartmann, Anne, y Wolfram Eggelin, *Sowjetische Präsenz im kulturellen Leben der SBZ und frühen DDR 1945-1953* (Berlín, 1998).
- Haslam, Jonathan, *Russia's Cold War* (New Haven y Londres, 2010).
- Hayman, Ronald, *Brecht: A Biography* (Nueva York, 1983). [Hay trad. cast.: *Brecht*, Barcelona, Argos Vergara, 1985].
- Haynes, John Earl, Harvey Klehr y Alexander Vassiliev, *Spies: The Rise and Fall of the KGB* (New Haven, 2009).
- Herf, Jeffrey, *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys* (Cambridge, 1997).
- Herrmann, Elisabeth Maria, *Die Presse in der Sowjetischen Besatzungszone Deutschlands* (Bonn, 1957).
- Hetényi, Varga Károly, *Papi sorsok a horogkereszt és a vörös csillag árnyékában I.-III* (Abaliget, 1992).
- Heym, Stefan, *Schwarzenberg* (Munich, 1988).
- Hilger, Andreas, Mike Schmeitzner y Ute Schmidt, eds., *Diktaturdurchsetzung. Instrumente und Methoden der kommunistischen Machtsicherung 1945-1955* (Dresde, 2001).
- Hirsch, Helga, *Zemsta Ofiar*, trad. de Maria Przybyłowska (Varsovia, 1999).
- Hodos, George H., *Show Trials: Stalinist Purges in Eastern Europe 1948-1954* (Nueva York, 1987).
- Holm, Hans Axel, *The Other Germans: Report from an East German Town* (Nueva York, 1970).
- Holzweißig, Gunter, *DDR-Presse unter Parteikontrolle. Analysen und Berichte des Gesamtdeutschen Instituts*, 3 (Bonn, 1991).
- Horváth, István, ed., *Dunaferr: Dunai Vasmu Kronika* (Dunaújváros, 2000).
- Horváth, Sándor, *A kapu es a hatar: mindenapi Sztálinváros* (Budapest, 2004).
- Horváth, Sándor, ed., *Mindennapok Rákosi és Kádár korában* (Budapest, 2008).
- Isakowicz-Zaleski, Tadeusz, *Ksieza Wobec Bezpieki* (Cracovia, 2007).
- Jackowski, Aleksander, *Na Skróty* (Sejny, 1995).
- Jagiełło, Michał, *Próba rozmowy. t. 2.: «Tygodnik Powszechny» i komunizm 1945-1953* (Varsovia, 2001).
- Janics, Kalman, *Czechoslovak Policy and the Hungarian Minority* (Nueva York, 1982).
- Jaraus, Konrad H., ed., *Dictatorship as Experience: Towards a Socio-Cultural History of the GDR* (Nueva York, 1999).
- Jászberényi, József, *A magyarországi szabadkőművesség története* (Budapest, 2005).
- Jaszczuk, Andrzej, *Ewolucja Ideowa Bolesława Piaseckiego* (Varsovia, 2005).
- Johnson, A. Ross, y R. Eugene Parta, eds., *Cold War Broadcasting: Impact on the Soviet Union and Eastern Europe* (Nueva York, 2010).
- Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe since 1945* (Nueva York, 2005). [Hay trad. cast.: *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2007].
- Judt, Tony, y Timothy Snyder, *Thinking the Twentieth Century* (Londres, 2012). [Hay trad. cast.: *Pensar*

- el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012].
- Kalinski, Janusz, y Zbigniew Landau, *Gospodarka Polski w XX wieku* (Varsovia, 1998).
- Kaminski, Łukasz, y Jan Zaryn, eds., *Wokoł Pogromu Kieleckiego* (Varsovia, 2006).
- Kant, Hermann, *Die Aula* (Berlín, 1968).
- Kaplan, Karel, *Report on the Murder of the General Secretary*, trad. de Karel Kovanda (Columbus, 1990).
- , *The Short March: The Communist Takeover in Czechoslovakia* (Nueva York, 1987).
- Karau, Gisela, *Stasi-Protokolle* (Frankfurt, 1992).
- Kardos, László, ed., «*Sej a mi lobogónkat fényes szelek fújják*», *Népi Kollégiumok 1939-49* (Budapest, 1977).
- Kaser, M. A., y E. A. Radice, *The Economic History of Eastern Europe*, vol. II: *Interwar Policy, the War and Reconstruction* (Oxford, 1986).
- Kecskemeti, Paul, *The Unexpected Revolution* (Stanford, 1981).
- Kenez, Peter, *Hungary from the Nazis to the Soviets: The Establishment of the Communist Regime in Hungary, 1944-1948* (Cambridge y Nueva York, 2006).
- Kennan, George, *Memoirs: 1920-1950* (Nueva York, 1967).
- Kenney, Padraic, *Rebuilding Poland: Workers and Communists 1945-1950* (Ithaca y Londres, 1997).
- Kersten, Krystyna, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948* (Berkeley, 1991).
- Kiss, Sándor M., e Iván Vitányi, *Amagyar diákok szabadságfrontja* (Budapest, 1983).
- Kiszely, Gábor, *Á VH: Egy terrorszervezet története* (Budapest, 2000).
- Klehr, Harvey, John Earl Haynes y Kirill M. Anderson, *The Soviet World of American Communism* (New Haven y Londres, 1998).
- Klein, Manfred, *Jugend zwischen den Diktaturen: 1945-1956* (Maguncia, 1968).
- Klein, Thomas, «*Für die Einheit und Reinheit der Partei*»: *Die innerparteilichen Kontrollorgane der SED in der Ära Ullbricht* (Colonia, 2002).
- Klessmann, Christoph, *The Divided Past: Rewriting Post-War German History* (Nueva York, 2001).
- Klimov, Gregory, *The Terror Machine: The Inside Story of the Soviet Administration in Germany*, trad. de H. C. Stevens (Nueva York, 1953).
- Knabe, Hubertus, *Juni 17 1953-Ein deutscher Aufstand* (Berlín, 2004).
- Knight, Amy, *Beria: Stalin's First Lieutenant* (Princeton, 1995).
- Kochanowicz, Joanna, *ZMP w terenie* (Varsovia, 2000).
- Kochanowski, Jerzy, et al., eds., *Zbudować Warszawę Piekne: O Nowy Krajobraz Stolicy (1944-1956)* (Varsovia, 2003).
- Koehler, John O., *Stasi: The Untold Story of the East German Secret Police* (Boulder, 1999).
- Koestler, Arthur, *Arrow in the Blue* (Londres, 2005). [Hay trad. cast.: *Autobiografía I. Flecha en azul*, Barcelona, Debate, 2000].
- , *Darkness at Noon* (Nueva York, 2006). [Hay trad. cast.: *El cero y el infinito*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003].
- Koloski, Laurie S., *Painting Kraków Red: Politics and Culture in Poland, 1945-1950*, tesis doctoral, Universidad de Stanford, junio de 1998.
- Komorowski, Krzysztof, ed., *Armia Krajowa: szkice z dziejów Sił Zbrojnych Polskiego Państwa*

- Podziemnego* (Varsovia, 1999).
- Konrád, György, *A Guest in My Own Country* (Nueva York, 2007). [Hay trad. cast.: *Viaje de ida y vuelta*, Madrid, Alianza, 2010].
- Konwicki, Tadeusz, *Przy Budowie* (Varsovia, 1950).
- Koop, Volker, *Besetzt: Sowjetische Besatzungspolitik in Deutschland* (Berlín, 2008).
- , *Tagebuch der Berliner Blockade. Von Schwarzmarkt und Rollkommandos, Bergbau und Bienenzucht* (Berlín, 1998).
- Kopácsi, Sándor, *In the Name of the Working Class* (Nueva York, 1987). [Hay trad. cast.: *En nombre de la clase obrera: Hungría 1956: la revolución narrada por uno de sus protagonistas*, Barcelona, Ediciones de Intervención Cultural, 2009].
- Kopelev, Lev, *To be Preserved Forever*, trad. de Anthony Austin (Nueva York, 1977).
- Kopka, Bogusław, *Obozy Pracy w Polsce, 1944-1950* (Varsovia, 2002).
- Kopstein, Jeffrey, *The Politics of Economic Decline in East Germany, 1945-1989* (Chapel Hill y Londres, 1997).
- Kott, Sandrine, Marcin Kula y Thomas Lindenberger, eds., *Socjalizm w zyciu powszednim: dyktatura a społeczeństwo w NRD i PRL* (Varsovia, 2006).
- Kovács, Imre, *Magyarország megszállása* (Budapest, 1990).
- Kovály, Heda, *Under A Cruel Star* (Cambridge, Mass., 1986). [Hat trad. cast.: *Bajo una estrella cruel: una vida en Praga, 1941-1968*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2013].
- Krahulcsán, Zsolt, Rolf Müller y Mária Palasik, *A politikai rendőrség háború utáni megszervezése (1944-1946)* (Budapest, 2009).
- Krajewski, Kazimierz, y Tomasz Łabuszewski, eds., «Zwyczajny» *Resort: Studia o aparacie bezpieczeństwa 1944-1956* (Varsovia, 2005).
- Kramer Mark, «The Early Post-Stalin Succession Struggle and Upheavals in East-Central Europe: Internal-External Linkages in Soviet Policy Making», *Journal of Cold War Studies*, publicado en tres partes, 1/1 (1999), pp. 3-55; 1/2 (1999), pp. 3-38; 1/3 (1999), pp. 3-66.
- Krawczyk, Andrzej, *Pierwsza próba indoktrynacji. Działalność Ministerstwa Informacji i Propagandy w latach 1944-1947* (Varsovia, 1994).
- Krzywicki, Andrzej, *Poststalinowski Karnawał Radosci* (Varsovia, 2009).
- Kuby, Erich, *Die Russen in Berlin* (Berlín, 1965). [Hay trad. cast.: *Los rusos en Berlín*, Barcelona, Caralt Editores, 1966].
- Kula, Martin, ed., *Przebudować Człowieka: komunistyczne wysiłki zmiany mentalności* (Varsovia, 2001).
- Kundera, Milan, *The Joke* (Londres, 1992). [Hay trad. cast.: *La broma*, Barcelona, Seix Barral, 2010].
- Kunicki, Mikołaj Stanisław, «The Polish Crusader: The Life and Politics of Bolesław Piasecki, 1915-1979», tesis doctoral, Universidad de Stanford, junio de 2004.
- Kuron, Jacek, *Wiara i wino. Do i od komunizmu* (Wrocław, 1995).
- Kuron, Jacek, y Jacek Zakowski, *PRL dla początkujących* (Wrocław, 1996).
- Kwiek, Julian, *Związek Harcerstwa Polskiego w latach 1944-1950. Powstanie, rozwój, likwidacja* (Torun, 1995).
- Ladányi, Sándor, *A magyar református egyház 1956 tükrében* (Budapest, 2006).
- Landsman, Mark, *Dictatorship and Demand: The Politics of Consumerism in East Germany* (Cambridge, 2005).

- Langer, Jo, *Convictions: My Life with a Good Communist* (Londres, 1979). [Hay trad. cast.: *Convicciones: recuerdos de una vida compartida con un militante*, Tarragona, Acervo, 1982].
- László, Péter, *Fehérlaposok-Adalékok a magyar-csehszlovák lakosságcsere egyezményhez* (Szekszárd, 2004).
- Latotzky, Alexander, *Kindheit hinter Stacheldraht: Mütter mit Kindern in sowjetischen Speziallagern und DDR-Haft* (Leipzig, 2001).
- Laufer, Jochen, *Pax Sovietica. Stalin, die Westmächte und die deutsche Frage 1941-1945* (Colonia, 2009).
- Leffler, Melvyn, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union and the Cold War* (Nueva York, 2007). [Hay trad. cast.: *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008].
- Leonhard, Wolfgang, *Child of the Revolution* (Chicago, 1958).
- , «Spurensuche, 40 Jahre nach «Die Revolution entläßt ihre Kinder» (Colonia, 1994).
- Leucht, Kurt W., *Die erste neue Stadt in der DDR* (Berlín, 1957).
- Levi, Primo, *If This is Man and The Truce* (Londres, 1988). [Hay trad. cast.: *Si esto es un hombre; La tregua; Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004].
- Lewis, Ben, *Hammer and Tickle* (Londres, 2009).
- Liebmann, Irina, *Wäre es schön? Es wäre schön! Mein Vater Rudolf Herrnsstadt* (Berlín, 2008).
- Liebold, Cornelia, Jörg Morré y Gerhard Sälter, eds., *Kassiber aus Bautzen: Heimliche Briefe von Gefangenen aus dem Sowjetischen Speziallager 1945-1950* (Dresde, 2004).
- Liehm, Mira, y Antonin J. Liehm, *The Most Important Art: East European Film After 1945* (Berkeley, 1977).
- Lipinski, Piotr, *Bolesław Niejasny* (Varsovia, 2001).
- Lipinsky, Jan y Renate Lipinsky, *Die Straße die in den Tod führte-Zur Geschichte des Speziallagers Nr. 5 Ketschendorf/Fürstenwalde* (Leverkusen, 1999).
- Loest, Erich, *Durch die Erde ein Riss: Ein Lebenslauf* (Hamburg, 1981).
- Lomax, Bill, ed., *Hungarian Workers' Councils in 1956* (Nueva York, 1990).
- Łopuski, Jan, *Pozostac soba w Polsce Ludowej: zycie w cieniu podejrzen* (Rzeszów, 2007).
- Lossonczy, Tamás, *The Vision is Always Changing* (Budapest, 2004).
- Loth, Wilfried, *Die Sowjetunion und die deutsche Frage. Studien zur sowjetischen Deutschlandpolitik* (Göttingen, 2007).
- , *Stalin's Unwanted Child: The Soviet Union, the German Question, and the Founding of the GDR*, trad. de Robert F. Hogg (Nueva York, 1998).
- Lotnik, Waldemar, *Nine Lives: Ethnic Conflict in the Polish-Ukrainian Borderlands* (Londres, 1999).
- Lubelski, Tadeusz, *Wajda* (Wrocław, 2006).
- Ludwig, Andreas, *Eisenhüttenstadt: Wandel einer industriellen Gründungsstadt in fünfzig Jahren* (Potsdam, 2000).
- Lukacs, John, *1945: Year Zero* (Nueva York, 1978).
- Maciej, Chłopek, *Bikiniarze. Pierwsza polska subkultura* (Varsovia, 2005).
- Mählert, Ulrich, *Die Freie Deutsche Jugend 1945-1949* (Paderborn, 1945).
- Mählert, Ulrich, y Stephan Ger-Rudiger, *Blaue Hemden, Rote Fahnen: Die Geschichte der Freien Deutschen Jugend* (Opladen, 1996).

- Major, Patrick, y Jonathan Osmond, *The Workers' and Peasants' State: Communism and Society in East Germany under Ulbricht 1945-71* (Manchester, 2002).
- Majtényi, György, y Zoltán Szatucsek, *A szabó túje és a cipész dikicse-Dokumentumok a kisipar és kiskereskedelem államosításának történetéből* (Budapest, 2001).
- Makarenko, A. S., *The Road to Life*, vol. 2, trad. de Ivy y Tatiana Litvinov (Moscú, 1951). [Hay trad. cast.: *Poema pedagógico*, Madrid, Akal, 2002].
- Makarewicz, Henryk, y Wiktor Pental, *802 procent normy: pierwsze lata Nowej Huty* (Cracovia, 2007).
- Márai, Sándor, *Memoir of Hungary: 1944-1948*, trad. de Albert Tezla (Budapest, 1996). [Hay trad. cast.: *¡Tierra, tierra!*, Barcelona, Salamandra, 2006].
- , *Portraits of a Marriage*, trad. de George Szirtes (Nueva York, 2012). [Hay trad. cast.: *La mujer justa*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005].
- Márton, Endre, *The Forbidden Sky* (Nueva York, 1971).
- Marton, Kati, *Enemies of the People: My Family's Journey to America* (Nueva York, 2009).
- Marwick, Arthur, *War and Social Change in the Twentieth Century* (Londres, 1974).
- Massing, Hede, *This Deception* (Nueva York, 1951).
- Mastny, Vojtech, *The Cold War and Soviet Insecurity: The Stalin Years* (Oxford, 1996).
- Matussné Lendvai, Márta, *Új város születik* (Dunaújváros, 2001).
- Mazgai, Marian S., *Church and State in Communist Poland: A History, 1944-1989* (Nueva York, 2010).
- McAdams, James, *Germany Divided: From the Wall to Reunification* (Princeton, 1993).
- McCauley, Martin, *Origins of the Cold War* (Nueva York, 2008).
- McDougal, Alan, *Youth Politics in East Germany: The Free German Youth Movement, 1946-1968* (Oxford, 2005).
- Meráy, Tibor, *Thirteen Days That Shook the Kremlin*, trad. de Howard L. Katzander (Nueva York, 1959).
- Merridale, Catherine, *Ivan's War* (Nueva York, 2006). [Hay trad. cast.: *La guerra de los ivanes: el Ejército Rojo (1939-1945)*, Barcelona, Debate, 2007].
- Mevius, Martin, *Agents of Moscow: The Hungarian Communist Party and the Origins of Socialist Patriotism 1941-1953* (Oxford, 2005).
- Micewski, Andrzej, *Cardinal Wyszyński: A Biography*, trad. de William R. Brand y Katarzyna Mroczowska-Brand (Nueva York, 1984).
- , *Współrzadzić czy nie kłamać. PAX i Znak w Polsce 1945-1976* (París, 1978).
- Mikołajczyk, Stanisław, *The Rape of Poland* (Nueva York, 1948). [Hay trad. cast.: *La violación de Polonia*, Barcelona, Editorial Científico-Médica, 1950].
- Miłosz, Czesław, *The Captive Mind*, trad. de Jane Zielonko (Londres, 2001). [Hay trad. cast.: *El pensamiento cautivo*, Barcelona, Tusquets, 1981].
- , *Zdobycie Władzy* (Olsztyn, 1990). [Hay trad. cast.: *El poder cambia de manos*, Barcelona, Destino, 1980].
- Mindszenty, József, *Emlékirataim* (Budapest, 1989).
- , *Memoirs* (Nueva York, 1974). [Hay trad. cast.: *Memorias*, Barcelona, Caralt Editores, 1979].
- Misiło, Eugeniusz, *Akcja Wisła* (Varsovia, 1993).
- Mitrovich, Gregory, *Undermining the Kremlin: America's Strategy to Subvert the Soviet Bloc, 1947-1956* (Ithaca, 2000).

- Molnar, Virag Eszter, «Modernity and Memory: The Politics of Architecture in Hungary and East Germany after the Second World War», tesis doctoral, Universidad de Princeton, 2005.
- Mong, Attila, *János vitéz a Gulagon* (Budapest, 2008).
- Murphy, David E., Sergéi A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War* (New Haven y Londres, 1997).
- Nagy, Ferenc, *Küzdelem a vasszüggöny mögött* (Budapest, 1990).
- , *The Struggle behind the Iron Curtain* (Nueva York, 1948).
- Nagy, Imre, *On Communism: In Defense of the New Course* (Nueva York, 1957).
- Naimark, Norman, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* (Cambridge y Londres, 1995).
- , «The Sovietization of Eastern Europe, 1944-1953», en *The Cambridge History of the Cold War* (Cambridge, 2010).
- Naimark, Norman, y Leonid Gibianski, eds., *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949* (Boulder, 1997).
- Nakhimovsky, Alexander, y Alice Nakhimovsky, *Witness to History: The Photographs of Yevgeny Khaidei* (Nueva York, 1997).
- Nałkowska, Zofia, *Dzienniki 1945-1954*, vol. 1 (Varsovia, 2001).
- Nawrocki, Zbigniew, *Zamiast Wolności: UB na Rzeszowszczyźnie, 1944-1949* (Rzeszów, 1998).
- Nicolaus, Herbert, y Lutz Schmidt, *Einblicke: 50 Jahre EKO Stahl* (Eisenhüttenstadt, 2000).
- Nothnagle Alan L., *Building the East German Myth: Historical Mythology and Youth Propaganda in the German Democratic Republic, 1945-89* (Ann Arbor, 1999).
- Nowak, Barbara, *Serving Women and the State: The League of Women in Communist Poland*, tesis doctoral, Universidad del Estado de Ohio, 2004.
- Oestreicher, Paul, *Whose Agents?: Church and Society in Communist East Germany* (Londres, 1995).
- Orbán, József Gyula, *Katolikus papok békemozgalma Magyarországon 1950-1956* (Budapest, 2001).
- Oseka, Piotr, *Rytuały Stalinizmu* (Varsovia, 2007).
- Ostermann Christian, *The United States, the East German Uprising of 1953, and the Limits of Rollback*, CWIHP, documento de trabajo n.º 11 (diciembre de 1994).
- Overmans, Rüdiger, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg* (Munich, 2004).
- Paczkowski, Andrzej, *Aparat bezpieczeństwa w latach 1944-1956: taktyka, strategia, metody, Część I. Lata 1945-1947, Dokumenty do dziejów PRL* (Varsovia, 1994).
- , *Od sfałszowanego zwycięstwa do prawdziwej klęski: szkice do portretu PRL* (Varsovia, 1999).
- , *Referendum z 30 czerwca 1946: Proba wstępnego bilansu* (Varsovia, 1992).
- , *The Spring Will be Ours: Poland and the Poles from Occupation to Freedom* (Nueva York, 2003).
- , *Trzy twarze Józefa Światły-przyczynki do historii komunizmu w Polsce* (Varsovia, 2009).
- , «Żydzi w UB: Proba weryfikacji stereotypu», en Tomasz Szarota, ed., *Komunizm: Ideologia, System, Ludzi* (Varsovia, 2001).
- Palasik, Mária, *A jogállamiság megteremtésének kísérlete és kudarca Magyarországon, 1944-1949* (Budapest, 2000).
- Panufnik, Andrzej, *Composing Myself* (Londres, 1987).
- Panzig, Christel, *Wir schalten uns ein: Zwischen Luftschutzkeller & Stalinbild, Stadt & Region Wittenberg 1945* (Lutherstadt, Wittenberg, 2005).

- Pasko, Artur, *Wyscig Pokoju w dokumentach władz partyjnych i państwowych 1948-1989* (Cracovia, 2009).
- Patai, Raphael, *The Jews of Hungary: History, Culture, Psychology* (Detroit, 1996).
- Pataki, Ferenc, *A Nékosz-legenda* (Budapest, 2005).
- Pelikán, Jirí, ed., *The Czechoslovak Political Trials, 1950-54: Suppressed Report of the Dubcek Government's Commission of Inquiry, 1968* (Stanford, 1975).
- Pelle, János, *Az utolsó vérvádak* (Budapest, 1995).
- Persak, Krzysztof, *Odrodzenie harcerstwa w 1956 roku* (Varsovia, 1996).
- Persak, Krzysztof, y Łukasz Kaminski, eds., *A Handbook of the Communist Security Apparatus in East Central Europe, 1944-1989* (Varsovia, 2005).
- Pető, Iván, y Sándor Szakács, *A hazai gazdaság négy évtizedének története, 1945-1985. I. Az újjáépítés és a tervutasításos irányítás időszaka. 1945-1968* (Budapest, 1985).
- Petrov, Nikita, *Pervyi Predsedatel'KGB: Ivan Serov* (Moscu, 2005).
- Pickel, Andreas, *Radical Transitions: The Survival and Revival of Entrepreneurship in the GDR* (Boulder, 1992).
- Pike, David, *The Politics of Culture in Soviet-Occupied Germany, 1945-1949* (Stanford, 1992).
- Pipes, Richard, *Communism: A History* (Nueva York, 2001). [Hay trad. cast.: *Historia del comunismo*, Barcelona, Mondadori, 2002].
- , *Russia under the Bolshevik Regime, 1919-1924* (Nueva York, 1994).
- , *The Russian Revolution* (Nueva York, 1991).
- Pipes, Richard, ed., *The Unknown Lenin* (New Haven, 1996).
- Plokhii, Serhii, *Yalta: The Price of Peace* (Nueva York, 2010).
- Pludra, Benno, *Die Jungen von Zelt dreizehn* (Berlín, 1952).
- Pöhler, Feliks, *Bonner Berichte aus Mittel-und Ostdeutschland. Der Untergang des privaten Einzelhandels in der Sowjetischen Besatzungszone* (Bonn, 1952).
- Poleszak, Sławomir, et al., eds., *Rok Pierwszy: Powstanie i Działalność aparatu bezpieczeństwa publicznego na Lubelszczyźnie (Lipiec 1944-Czerwiec 1945)* (Varsovia, 2004).
- Polkehn, Klaus, *Das war die Wochenpost: Geschichte und Geschichten einer Zeitung* (Berlín, 1997).
- Prauser, Steffen, y Arfon Rees, eds., *The Expulsion of the «German» Communities from Eastern Europe at the End of the Second World War*, EUI documento de trabajo HEC n.º 2004/1.
- Prazmowska, Anita, *Civil War in Poland, 1942-1948* (Nueva York, 2004).
- , *Poland: A Modern History* (Londres, 2010).
- Priestland, David, *Stalinism and the Politics of Mobilization: Ideas, Power, and Terror in Inter-War Russia* (Nueva York, 2007).
- Pritchard, Gareth, *The Making of the GDR 1945-1968* (Manchester, 2000).
- Pudovkin, Vsevolod, y András Kovács, eds., *Pudovkin a magyar filmről* (Budapest, 1952).
- Radványi, János, *Hungary and the Superpowers: The 1956 Revolution and Realpolitik* (Stanford, 1972).
- Rákosi, Mátyás, *Visszaemlékezések 1940-1956*, vols. I y II (Budapest, 1997).
- Randé, Jenő, y János Sebestyén, *Azok a rádiós évtizedek* (Budapest, 1995).
- Redlich, Shimon, *Life in Transit: Jews in Postwar Łódź, 1945-1950* (Boston, 2010).
- Richter, Jenny, Heike Förster y Ulrich Lakemann, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt: Von der Utopie zur*

- Gegenwart* (Marburgo, 1997).
- Ritchie, Alexandra, *Faust's Metropolis: A History of Berlin* (Londres, 1998).
- Ritscher, Bodo, *Spezlager Nr. 2 Buchenwald* (Buchenwald, 1993).
- Roberts, Andrew, *Masters and Commanders* (Londres, 2008).
- Rodden, John, *Repainting the Little Red Schoolhouse: A History of Eastern German Education, 1945-1995* (Nueva York, 2002).
- Rokicki, Konrad, y Sławomir Stepien, eds., *Wojeniach Wielkiego Brata: Sowietci w Polsce 1944-1993* (Varsovia, 2009).
- Rokicki, Konrad, et al., eds., *Departament X MBP: Wzorce-Struktury-Działanie* (Varsovia, 2007).
- Romsics, Ignác, *Hungary in the Twentieth Century* (Budapest, 1999).
- Romsics, Ignác, ed., *Mítoszok, legendák, tévhitek a 20 századi magyar történelemről* (Budapest, 2002).
- Ross, Corey, *Constructing Socialism at the Grass Roots: The Transformation of East Germany, 1945-65* (Londres, 2000).
- Rothschild, Joseph, *Return to Diversity: A Political History of East Central Europe since World War II* (Nueva York y Oxford, 2000).
- Rózanski, Henryk, *Sladem Wspomnien i Dokumentów (1943-1948)* (Varsovia, 1987).
- Rusan, Romulus, *The Chronology and Geography of Repression in Romania* (Bucarest, 2007).
- Sack, John, *An Eye for an Eye* (Nueva York, 1993).
- Salamon, Konrád, *A harmadik út küzdelme* (Budapest, 2002).
- Sattler, Friederike, *Wirtschaftsordnung im Übergang: Politik, Organisation und Funktion der KPD/SED im Land Brandenburg bei der Etablierung der Zentralen Planwirtschaft in der SBZ/DDR 1945-52* (Münster, 2002).
- Scammell, Michael, *Koestler: The Literary and Political Odyssey of a Twentieth-Century Skeptic* (Nueva York, 2009).
- Schivelbusch, Wolfgang, *In a Cold Crater: Cultural and Intellectual Life in Berlin, 1945-1948* (Berkeley, 1998).
- Schmidt, Mária, *Battle of Wits*, trad. de Ann Major (Budapest, 2007).
- Schöpflin, Gyula, *Szélkiáltó* (Budapest, 1985).
- Sebestyen, Victor, *Twelve Days: The Story of the 1956 Hungarian Revolution* (Nueva York, 2006).
- Service, Robert, *Comrades* (Londres, 2007). [Hay trad. cast.: *Camaradas: breve historia del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2009].
- , *A History of Twentieth-Century Russia* (Londres, 1997). [Hay trad. cast.: *Historia de Rusia en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2010].
- , *Spies and Commissars: Bolshevik Russia and the West* (Londres, 2011).
- Seton-Watson, Hugh, *The New Imperialism: A Background Book* (Londres, 1961).
- Shirer, William, *End of a Berlin Diary* (Nueva York, 1947). [Hay trad. cast.: *Diario de Berlín*, Barcelona, Debate, 2008].
- Shore, Marci, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968* (New Haven y Londres, 2006).
- Sikorski, Radek, *Full Circle: A Homecoming to Free Poland* (Nueva York, 1997).
- Silberman, Marc, *What Remains: East German Culture and the Postwar Public* (Washington DC, 1997).

- Snyder, Timothy, *Bloodlands* (Nueva York, 2011). [Hay trad. cast.: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2012].
- , *Sketches from a Secret War* (New Haven y Londres, 2005).
- Solberg, Richard, *God and Caesar in East Germany: The Conflicts of Church and State in East Germany since 1945* (Nueva York, 1961).
- Solzhenitsin, Alexander, *Prussian Nights*, trad. de Robert Conquest (Nueva York, 1977).
- Sowinski, Paweł, *Kommunistyczne Święto: Obchody 1 Maja w latach 1948-1954* (Varsovia, 2000).
- Spalding, Elizabeth Edwards, *The First Cold Warrior: Harry Truman, Containment, and the Making of Liberal Internationalism* (Louisville, 2006).
- Spilker, Dirk, *The East German Leadership and the Division of Germany: Patriotism and Propaganda 1945-1953* (Oxford, 2006).
- Standeisky, Éva, *Gúzsba kötve-A kulturális elit és a hatalom* (Budapest, 2005).
- Stark, Tamás, *Magyar hadifoglyok a Szovjetunióban* (Budapest, 2006).
- Stern, Carola, *Ulbricht: A Biography*, trad. de Abe Farbstein (Nueva York, 1965).
- Stobiecki, Rafał, *Historiografia PRL* (Varsovia, 2007).
- Stola, Dariusz, *Kraj Bez Wyjścia?* (Varsovia, 2010).
- Strauß, Gerhard, *Vom Auftrag zum Wandbild* (Berlín, 1953).
- Strunk, Peter, *Zensur und Zensoren* (Berlín, 1996).
- Sulyok, Dezsó, *Két éjszaka nappal nélkül* (Budapest, 2004).
- Swida-Ziemba, H., *Urwany lot. Pokolenie inteligenckiej młodzieży powojennej w świetle listów i pamiątek z lat 1945-1948* (Cracovia, 2003).
- Sword, Keith, *Deportation and Exile: Poles in the Soviet Union, 1939-1948* (Londres, 1996).
- , ed., *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces, 1939-1941* (Nueva York, 1991).
- Szabó, Csaba, ed., *A Grósz-per előkészítése-1951* (Budapest, 2001).
- , ed., *Egyházügyi hangulatjelentések* (Budapest, 2000).
- Szabó, Robert Gyóri, *A kommunizmus és a zsidóság az 1945 utáni Magyarországon* (Budapest, 2009).
- Szász, Béla, *Volunteers for the Gallows* (Nueva York, 1971).
- Szaynok, Bożena, *Pogrom Żydów w Kielcach. 4. VII 1946 r.* (Varsovia, 1992).
- , *Poland-Israel 1944-1968: In the Shadow of the Past and of the Soviet Union* (Varsovia, 2012).
- Szelényi, Iván, ed., *Privatizing the Land: Rural Political Economy in Post-Communist Societies* (Londres, 1998).
- Szent-Miklós, István, *With the Hungarian Independence Movement, 1943-1947: An Eyewitness Account* (Nueva York, 1988).
- Szerencsés, Károly, *A kék cédulás hadművelet* (Budapest, 1992).
- Szilágyi, Gábor, *Tűzkeresztység, A magyar játékfilm története 1945-1953* (Budapest, 1992).
- Szmidt, Bolesław, ed., *The Polish School of Architecture, 1942-1945* (Liverpool, 1945).
- Szpilman, Władysław, *The Pianist* (Londres, 1999). [Hay trad. cast.: *El pianista del gueto de Varsovia*, Madrid, Turpial, 2000].
- Taylor, Frederick, *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany* (Londres, 2011).
- Tejchma, Józef, *Pozegnanie z władzą* (Varsovia, 1997).

- , *Z notatnika aktywisty ZMP* (Varsovia, 1954).
- «*They rocked my cradle then bundled me out*»-*Ethnic German Fate in Hungary 1939-1948*, catálogo de exposición, Terror Háza Múzeum (Budapest, 2007).
- Thomson, Stewart, en colaboración con Robert Bialek, *The Bialek Affair* (Londres, 1955).
- Tillich, Ernest, *Hefte der Kampfgruppe*, folleto publicado en Berlín, 1945.
- Tismaneanu, Vladimir, ed., *Stalinism Revisited: The Establishment of the Communist Regimes in East Central Europe and the Dynamics of the Soviet Bloc* (Nueva York y Budapest, 2009).
- Tóbiás, Áron, *Kettészelt égbolt. A Magyar Rádió regénye. 1945-1956* (Budapest, 2004).
- Tóodorov, Tzvetan, *Voices from the Gulag*, trad. de Robert Zaretsky (University Park, Pa., 1999).
- Tomka, Ferenc, *Halálra szántak, mégisélünk. Egyházüldözés 1945-1990 és az ügynökkérdés* (Budapest, 2005).
- Toranska, Teresa, *Oni: Stalin's Polish Puppets*, trad. de Agnieszka Kolakowska (Londres, 1987).
- Tóth, Ágnes, *Hazatértek. A németországi kitelepítésből visszatért magyarországi németek megpróbáltatásainak emlékezete* (Budapest, 2008).
- Toth, István György, ed., *A Concise History of Hungary* (Budapest, 2005).
- Trznadel, Jacek, *Hanba Domowa* (París, 1986).
- Tyrmand, Leopold, *Dziennik 1954* (Londres, 1980).
- Ueberschär, Ellen, *Junge Gemeinde im Konflikt: Evangelische Jugendarbeit in SBZ und DDR 1945-1961* (Stuttgart, 2003).
- Ulbricht, Walter, *On Questions of Socialist Construction in the GDR* (Dresde, 1968).
- Ungváry, Krisztián, *The Siege of Budapest: 100 Days in World War II* (Londres, 2002).
- , ed., *A második világháború* (Budapest, 2005).
- Urban, George, *Radio Free Europe and the Pursuit of Democracy: My War within the Cold War* (New Haven, 1997).
- Vitány, Iván, *Önarcké-pelvi keretben* (Celldömölk, 2007).
- Volker, Klaus, *Brecht: A Biography*, trad. de John Nowell (Nueva York, 1978). [Hay trad. cast.: *Crónica de Brecht: datos sobre su vida y su obra*, Barcelona, Anagrama, 1976].
- Volkov, V. K., *Uzlovy problem noveishei istorii stran Tsentralnoi i Ugo-vostochnoi Evropi* (Moscú, 2000).
- Wandycz, Piotr, *The Price of Freedom: A History of East Central Europe from the Middle Ages to the Present* (Londres y Nueva York, 1992).
- Wedding, Alex, *Die Fahne des Pfeiferhansleins* (Berlín, 1953).
- Wegren, Stephen, *Land Reform in the Former Soviet Union and Eastern Europe* (Londres, 1998).
- Weitz, Eric D., *Creating German Communism, 1890-1990* (Princeton, 1997).
- Werblan, Andrzej, *Stalinizm w Polsce* (Varsovia, 2009).
- Werner, Ruth, *Sonya's Report: Fascinating Autobiography of One of Russia's Most Remarkable Secret Agents*, trad. de Renate Simpson (Londres, 1991).
- Western Belorussia* (Princeton, 1988).
- Wierzbicki, Marek, *Zwiazek Młodzieży Polskiej i jego członkowie: studium z dziejów funkcjonowania stalinowskiej organizacji młodzieżowej* (Varsovia, 2006).
- Williams, William Appleman, *The Tragedy of American Diplomacy* (Nueva York, 1959).

Wir waren schon halbe Russen: Deportiert und überlebt im GULAG, memoir collection, Gedenkbibliothek zu Ehren der Opfer des Stalinismus (Berlín, 1997).

Włodarczyk, Wojciech, *Socrealizm: sztuka polska w latach 1950-1954* (Varsovia, 1986).

Wojciechowski, Aleksander, *O Sztuce Użytkowej i Użytecznej* (Varsovia, 1955).

Wójcik, Justyna, ed., *Stawialismy Opor: Antykomunistyczne organizacje młodzieżowe w Małopolsce w latach 1944-1956* (Cracovia, 2008).

Wolf, Markus, y Anne McElvoy, *Man without a Face: The Autobiography of Communism's Greatest Spymaster* (Nueva York, 1999).

Wyszynski, cardenal Stefan, *A Freedom Within*, trad. de Barbara Krzywicki-Herbert y el reverendo Walter J. Ziemba (Nueva York, 1982). [Hay trad. cast.: *Diario de la cárcel*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1984].

Zamoyski, Adam, *Warsaw 1920: Lenin's Failed Conquest of Europe* (Londres, 2008). [Hay trad. cast.: *Varsovia 1920: el intento fallido de Lenin de conquistar Europa*, Madrid, Siglo XXI, 2008].

Zaremba, Marcin, *Komunizm, legitymizacja, nacjonalizm: Nacjonalistyczna legitymizacja władzy komunistycznej w Polsce* (Varsovia, 2005).

—, *Wielka Trwoga. Polska 1944-1947. Ludowa reakcja na kryzys* (Varsovia, 2012).

Zaryn, Jan, *Dzieje Kościoła Katolickiego w Polsce (1944-1989)* (Varsovia, 2003).

Zelazko, Joanna, ed., *Rok 1945 w Łodzi. Studia i szkice* (Łódź, 2008).

Zinner, Tibor, *A magyarországi németek kitelepítése* (Budapest, 2004).

Ziółek, Jan, y Agnieszka Przytuła, *Represje wobec uczestników wydarzeń w Katedrze Lubelskiej w 1949 roku* (Lublin, 1999).

Zubkova, Elena, *Poslevoennoe sovetskoe obshchestvo: Politika i povsednevnost', 1945-1953* (Moscú, 2000).

Zubok, V. M., *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev* (Chapel Hill, 2008). [Hay trad. cast.: *Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008].

Zurek, Jacek, *Ruch «Ksiezy Patriotow»* (Varsovia, 2008).

FONDOS DOCUMENTALES

A Madisz: 1944-1948, ed. Sándor Rákosi (Budapest, 1984).

Armia Radziecka w Polsce 1944-1956: dokumenty i materiały, ed. Mariusz Lesław Krogulski (Varsovia, 2003).

Biuletyny Informacyjne Ministertwa Bezpieczeństwa Publicznego, 1947, eds. Bernadetta Gronek e Irena Marczak, vol. 1 (Varsovia, 1993).

Das Hernstadt Dokument: Das Politburo der SED und die Geschichte des Juni 17, 1953, ed. Nadja Stulz-Herrnstadt (Reinbek bei Hamburg, 1990).

DDR: Dokumente zur Geschichte der Deutschen Demokratischen Republik 1945-1985, ed. Hermann Weber (Munich, 1986).

Diary of Georgii Dimitrov, 1933-1949, ed. Ivo Banac (New Haven y Londres, 2003).

Dimitrov and Stalin: Letters from the Soviet Archives, 1934-1945, eds. Alexander Dallin y F. I. Firsov (New Haven y Londres, 2000).

Documents on Germany, 1944-1945, Departamento de Estado de Estados Unidos, Oficina del Historiador, Departamento de Asuntos Públicos, 1985.

- Dokumente zur Bildungspolitik in der sowjetischen Besatzungszone*, eds., Siegfried Baske y Martha Engelbert (Berlín, 1966).
- Dokumentumok a magyar politikai rendőrség történetéből 1. A politikai rendészeti osztályok 1945-1946*, eds. Zsolt Krahulcsán y Rudolf Müller (Budapest, 2010).
- Dokumenty do dziejow PRL*, serie publicada por la Academia de las Ciencias polacas.
<http://www.archivnet.hu/index.php>.
- <http://www.scribd.com/doc/14152546/Soviet-Archival-Documents-on-Hungary-OctoberNovember-1956-Translated-by-Johanna-Granville>.
- Iratok a magyar-szovjet kapcsolatok történetéhez 1944 október-1948 június-Dokumentumok*, ed. István Vida (Budapest, 2005).
- László Rajk and His Accomplices before the People's Court*, publicación de la oficina del fiscal del Estado húngara (Budapest, 1949).
- Megforgatott világmegforgatók-A magyar népi kollégiumi mozgalom ismeretlen dokumentumai*, ed. László Svéd (Budapest, 1994).
- Moszkvának jelentjük, Titkos dokumentumok 1944-1948*, eds. Lajos Izsák y Miklós Kun (Budapest, 1994).
- Niemcy w Polsce 1945-1950: Wybór Dokumentów*, eds. Włodzimierz Borodziej y Hans Lemberg, vols. I-IV (Varsovia, 2000-2001).
- The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents*, eds., Csaba Békés, Malcolm Byrne y János Rainer (Budapest y Nueva York, 2002).
- NKVD i pol'skoe podpol'e, 1944-1945: Po «Osobym papkam» I. V. Stalina*, eds. A. F. Noskova et al. (Moscú, 1994).
- Partei un Jugend: Dokumente marxistischer-leninistischer Jugendpolitik*, Zentralrat der Freien Deutschen Jugend und des Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee der SED (Berlín, 1986).
- Politika SVAG v Oblasti Kulturi, nauki i Obrazovaniya: Tseli, Metody, Rezultaty, 1945-1949 gg, Sbornik Dokumentov*, eds. N. Timofeeva et al.
- Polska w dokumentach z archiwów rosyjskich 1949-1953*, eds. Andrzej Paczkowski et al. (Varsovia, 2000).
- Polska-ZSRR: struktury podległości: dokumenty [KC] WKP (B) 1944-1949*, eds. Andrzej Paczkowski et al. (Varsovia, 1995).
- Powstanie Warszawskie 1944 w dokumentach arhiwów Sluzb specjalnych*, eds. Piotr Mierecki et al., Instytut Pamięci Narodowej (Varsovia, 2007).
- Przesiedlenia Polaków i Ukraińców, 1944-1946*, vol. 2, fondo documental preparado por Archiwum Ministerstwa Wewnetrznych i Administracja RP y Derzhavny Arjiv Sluzbi Bezpeki Ukraini (Varsovia y Kiev, 2000).
- Represje Sowietkie wobec Polaków i obywateli polskich*, Osrodek Karta (Varsovia, 2002).
- Soveshania Kominforma, 1947, 1948, 1949: Dokumenti i Materiali*, eds. Grant Adibekov et al. (Moscú, 1998); también publicado como Giuliano Procacci et al. eds., *The Cominform: Minutes of the Sovietski Faktor v Vostochnoi Yevrope, 1944-1953: Dokumenti*, 2 vols., vol. 1: 1944-1948, y vol. 2: 1949-1953, eds. T. V. Volokitina et al. (Moscú, 1999 y 2002).
- SVAG I Religioznie Konfesi Sovietskoi Zoni Okupatsi Germani, 1945-1949: Sbornik Dokumentov*, eds. V. V. Zakharov et al.
- Szovjet nagyköveti iratok Magyarországról 1953-1956*, eds. Magdolina Baráth (Budapest, 2002).

Three Conferences, 1947/1948/1949 (Milán, 1994).

Uniting Germany: Documents and Debates, 1944-1993, eds. Konrad H. Jarausch y Volker Gransow (Providence, 1994).

Uprising in East Germany, ed. Christian Ostermann (Nueva York, 2001).

Vostochnaya Yevropa v dokumentaj rosiszjij arjivov, 1944-1953, 2 vols., vol. 1: 1944-1948, y vol. 2: 1949-1953, eds. T. V. Volokitina et al. (Novosibirsk, 1997 y 1999).

Zrzeszenie «Wolnosc i Niezawislosc» w dokumentach, eds. Jozefa Huchlowa et al. (Wroklaw, 1997).

PUBLICACIONES SELECCIONADAS

Berliner Zeitung

Biuletyn Instytutu Pamieci Narodowej

Gazeta Ludowa

Gazeta Wyborcza

Irodalmi Újság

Junge Welt

Karta

Kis Újság

Neues Deutschland

Polityka

Polska Zbrojna

Pravda

Przekrój

Rzeczpospolita

Der Spiegel

Szabad Nép

Sztandar Młodych

Tagerszeitung

Tägliche Rundschau

Trybuna Ludu

Tygodnik Mazowsze

Ulenspiegel: Literatur, Kunst, Satire

Zycie Warszawy

LISTA DE ARCHIVOS

AAN	Archiwum Akt Nowych: Archivo Central de Registros Modernos, Varsovia
ÁBTL	Állambiztonsági Szolgálatok Történeti Levéltára: Archivos Históricos de Seguridad Nacional Húngara (archivos de la policía secreta), Budapest

AdK ABK	Akademie der Künste Archiv Bildende Kunst: Academia de Artes, Archivo de Artes Visuales, Berlín
AUL	Archiv unterdrückter Literatur in der DDR: Archivo de Literatura Suprimida en la RDA, Berlín
BStU MfSZ	Der Bundesbeauftragte für die Stasi-Unterlagen: la Comisión Federal para los Archivos de Seguridad Estatal de la RDA (archivos de la Stasi), Berlín
CAW	Centralne Archiwum Wojskowe: Archivo Militar Central, Varsovia
DRA	Deutsche Rundfunkarchiv: Archivo de Radiodifusión Alemana, Potsdam
GARF	Gosudarstvenni Arjiv Rosiskoi Federatsi: Archivo Estatal de la Federación Rusa, Moscú
GEOK	Gedenkbibliothek zu Ehren der Opfer des Kommunismus: Biblioteca Conmemorativa de las Víctimas del Comunismo, Berlín
HIA	Hoover Institution Archives: Archivos de la Institución Hoover, Stanford, California
Instituto 1956	Archivos del Instituto 1956, Budapest
IPN	Instytut Pamieci Narodowej: Instituto de Memoria Nacional (archivos de la policía secreta), Varsovia
IWM	Imperial War Museum Archives: Archivos del Museo Imperial de la Guerra, Londres
Karta	Archivos de la Fundación Karta, Varsovia
MNFA	Magyar Nemzeti Filmarchívum: Archivo de la Filmoteca Nacional Húngara, Budapest
MOL	Magyar Országos Levéltár: Archivos Nacionales de Hungría, Budapest
NA	Archivos Nacionales, Kew, Richmond, Reino Unido
NAC	Narodowe Archiwum Cyfrowe: Archivos Digitales Nacionales, Varsovia
OSA	Open Society Archive: Archivos Open Society, Budapest
PIL	Archivo del Instituto de Historia Política, Budapest
RGANI	Rosiski Gosudarstvenni Arjiv Noveshei Istori: Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea, Moscú
SAPMO-BA	Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv: Fundación para los Archivos de los

Partidos de la RDA y Organizaciones de Masas en el
Bundesarchiv, Berlín

SNL Széchenyi National Library, Budapest

TsAMO RF Tsentralni Arjiv Ministerstva Oborony Rosiskoi Federatsi:
Archivo Central del Ministerio de Defensa de la Federación
Rusa, Podolsk

TVP Telewizja Polska: Archivos de Radio Polacos, Varsovia

★
LA HORA CERO



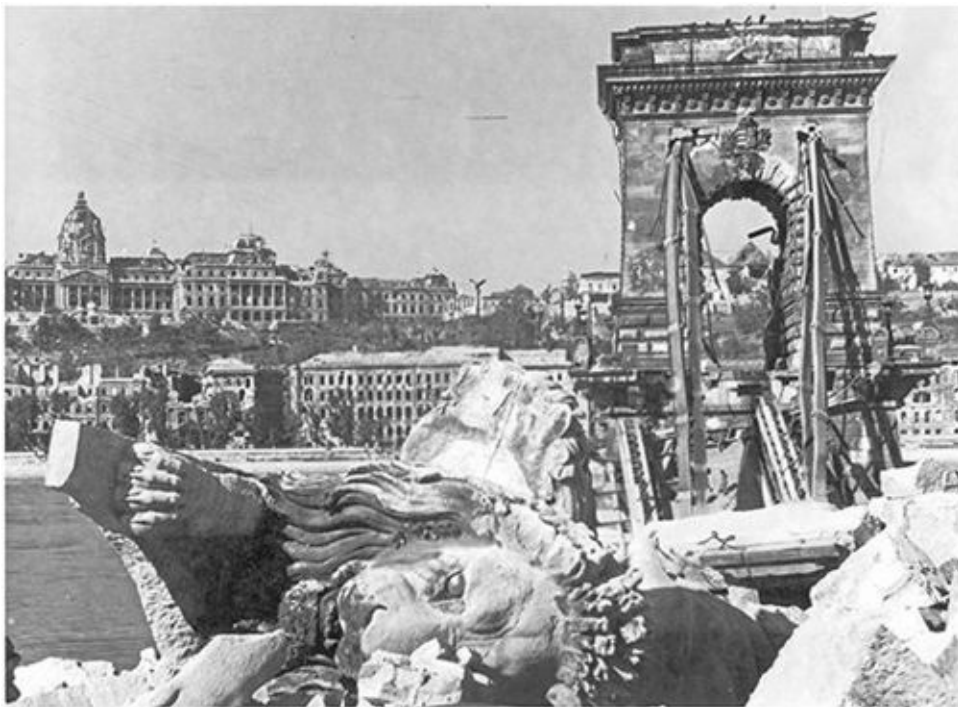
1. El Ejército Rojo en Polonia occidental, a 142 kilómetros de Berlín, marzo de 1945 (PAP/DPA).



2. El Reichstag, abril de 1945 (PAP/DPA).



3. Soldados soviéticos distribuyendo comida a civiles alemanes, mayo de 1945 (PAP/DPA).



4. El puente de las Cadenas, Budapest, verano de 1945 (Terror Háza).



5. En las ruinas de Varsovia, una familia polaca almuerza... (PAP).



6. ... y una mujer vende pan en una esquina, verano de 1945 (PAP).

★
LIMPIEZA ÉTNICA



7. Alemanes expulsados de los Sudetes esperan su deportación (CTK).



8. Campesinos alemanes (suabos) a punto de marcharse de Hungría (Magyar Nemzeti Múzeum).

★
RESISTENCIA ARMADA



9. Partisanos polacos de la resistencia de las Fuerzas Armadas Nacionales (NSZ), que habían luchado contra los alemanes y estaban preparándose para enfrentarse al Ejército Rojo. Todos ellos murieron semanas después de que se tomara esta fotografía en la región centro-sur de Polonia, primavera de 1944 (PAP/DPA).



10. Un partisano polaco acepta la amnistía y entrega sus armas (PAP).

★
ELECCIONES



11. Mátyás Rákosi se dirige a una multitud en Budapest, 1946 (MTI).



12. El partido comunista de Łódź, Polonia, manifestándose contra el imperialismo occidental y Winston Churchill, 1946 (PAP).



13. Grafiti electoral en Budapest, 1945: «¡Estraperlistas a la cárcel! ¡La victoria del partido comunista significa más pan y más comida!» (Magyar Nemzeti Múzeum).



14. Votación en el campo polaco, 1947 (PAP).



15. El partido comunista triunfante: la élite húngara se reúne bajo los retratos de Lenin, Stalin y Rákosi, 1949 (MTI).

★
LOS COMUNISTAS DE MOSCÚ:
HUNGRÍA, ALEMANA DEL ESTE, POLONIA



16. De izquierda a derecha: István Dobi, Mátyás Rákosi, Ernó Geró, Mihály Farkas y József Révai (MTI).



17. De izquierda a derecha: Wilhelm Pieck, Walter Ulbricht y Otto Grotewohl (PAP/DPA).



18. Bierut (en el centro) recibe felicitaciones en su sexagésimo cumpleaños (PAP).

★
LA IGLESIA



19. El partido hace concesiones tempranas a la Iglesia: el viceministro de Defensa Jaroszewicz desfila junto al primado, el cardenal August Hlond, en una procesión del Corpus Christi en 1947 (PAP).



20. En Hungría empiezan a tomarse medidas enérgicas: el cardenal József Mindszenty escoltado por el ejército en Budapest, 1947 (MTI).

★
LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN



21. Soldados soviéticos distribuyen periódicos en la zona este de Alemania, 1945 (PAP/DPA).



22. Campesinos húngaros reunidos alrededor de la radio de su pueblo, 1951 (MTI).

★
LOS JÓVENES



23. La Juventud Libre Alemana ayuda a formar las mentes de los pequeños (PAP/DPA).



24. La Juventud Libre Alemana aprovecha sus vacaciones de verano (PAP/DPA).



25. La Unión de Jóvenes Polacos reconstruye Varsovia (PAP).



26. La Unión de Jóvenes Polacos hace una exhibición gimnástica (PAP).

★
EL TRABAJO



27. «Trabajadores de choque» polacos en Gdansk anotan su producción diaria (PAP).



28. Una fotografía cuidadosamente preparada, con la intención de educar. Zsófia Tevan y Júlia Kollár posan ante la cámara en una obra de Sztálinváros.



29. Adolf Hennecke, el minero alemán que extrajo el 287 por ciento de su cuota de producción, sentado debajo de un retrato de él sosteniendo una barrena (PAP/DPA).



30. Ignác Pióker, el obrero de fábrica que logró el 1470 por ciento de su cuota de producción (y que completó su plan quinquenal particular cuatro años antes de lo

previsto) (MTI).



31. El Palacio de la Cultura en Varsovia (Fotografía: Lisa Larsen/Time & Life Pictures/Getty).

★
LA FASE FINAL DEL ESTALINISMO



32. Desfile del Primero de Mayo en Varsovia, en 1952, en el que aparecen Stalin y Bierut tras una pancarta que reza: «Larga vida a la vanguardia de la clase obrera, la fuerza líder de la nación, el Partido Obrero Unificado Polaco» (PAP).



33. Desfile del Primero de Mayo en Budapest, en 1949, en el que aparece una figura de Lenin en cartón piedra (MTI).

★
EL REALISMO SOCIALISTA



34. Detalle del mural de Max Lingner *Aufbau der Republik*, 1952 (PAP/DPA).



35. András Kocsis trabajando en su escultura *Brigada agrícola*, 1954 (MTI).

★
LAS CIUDADES SOCIALISTAS



36. La Brigada Femenina de Construcción, Sztálinváros (MTI).



37. Jóvenes trabajadores durante un descanso, Stalinstadt (PAP/DPA).

★
FESTIVAL DE LA JUVENTUD EN BERLÍN, 1951



38. Los delegados entran en el estadio Walter Ulbricht (PAP/DPA).



39. Una fanfarria de la Juventud Libre Alemana en plena actuación (PAP/DPA).

★
FESTIVAL DE LA JUVENTUD EN VARSOVIA, 1955



40. Bailarines espontáneos, Festival de la Juventud de Varsovia, 1955 (PAP).



41. Formaciones cuidadosamente preparadas, Festival de la Juventud de Varsovia, 1955 (PAP).

★
LAS REVOLUCIONES



42. Manifestantes arrojando piedras a los tanques soviéticos, Berlín, 17 de junio de 1953 (PAP/DPA).



43. Retirando a los heridos, Berlín, 17 de junio de 1953 (PAP/DPA).



44. Rebeldes húngaros en un tanque, Budapest, octubre de 1956 (Terror Háza).



45. Disparos dirigidos contra un retrato de Bierut, Poznań, octubre de 1956 (PAP).



46. El regreso de los tanques soviéticos, Budapest, 4 de noviembre de 1956 (Bentley Archive/Popperfoto/Getty).

LISTA DE ARCHIVOS

AAN	Archiwum Akt Nowych: Archivo Central de Registros Modernos, Varsovia
ÁBTL	Állambiztonsági Szolgálatok Történeti Levéltára: Archivos Históricos de Seguridad Nacional Húngara (archivos de la policía secreta), Budapest
AdK ABK	Akademie der Künste Archiv Bildende Kunst: Academia de Artes, Archivo de Artes Visuales, Berlín
AUL	Archiv unterdrückter Literatur in der DDR: Archivo de Literatura Suprimida en la RDA, Berlín
BStU MfSZ	Der Bundesbeauftragte für die Stasi-Unterlagen: la Comisión Federal para los Archivos de Seguridad Estatal de la RDA (archivos de la Stasi), Berlín
CAW	Centralne Archiwum Wojskowe: Archivo Militar Central, Varsovia
DRA	Deutsche Rundfunkarchiv: Archivo de Radiodifusión Alemana, Potsdam
GARF	Gosudarstvenni Arjiv Rosiskoi Federatsi: Archivo Estatal de la Federación Rusa, Moscú
GEOK	Gedenkbibliothek zu Ehren der Opfer des Kommunismus: Biblioteca Conmemorativa de las Víctimas del Comunismo, Berlín
HIA	Hoover Institution Archives: Archivos de la Institución Hoover, Stanford, California
Instituto 1956	Archivos del Instituto 1956, Budapest
IPN	Instytut Pamieci Narodowej: Instituto de Memoria Nacional (archivos de la policía secreta), Varsovia
IWM	Imperial War Museum Archives: Archivos del Museo Imperial de la Guerra, Londres
Karta	Archivos de la Fundación Karta, Varsovia
MNFA	Magyar Nemzeti Filmarchívum: Archivo de la Filmoteca Nacional Húngara, Budapest
MOL	Magyar Országos Levéltár: Archivos Nacionales de Hungría, Budapest
NA	Archivos Nacionales, Kew, Richmond, Reino Unido
NAC	Narodowe Archiwum Cyfrowe: Archivos Digitales Nacionales, Varsovia

OSA	Open Society Archive: Archivos Open Society, Budapest
PIL	Archivo del Instituto de Historia Política, Budapest
RGANI	Rosiski Gosudarstvenni Arjiv Noveshei Istori: Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea, Moscú
SAPMO-BA	Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv: Fundación para los Archivos de los Partidos de la RDA y Organizaciones de Masas en el Bundesarchiv, Berlín
SNL	Széchenyi National Library, Budapest
TsAMO RF	Tsentralni Arjiv Ministerstva Oborony Rosiskoi Federatsi: Archivo Central del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa, Podolsk
TVP	Telewizja Polska: Archivos de Radio Polacos, Varsovia



ANNE APPLEBAUM (nacida en 1964 en Washington, Estados Unidos) es periodista y escritora que ha escrito de forma extensa acerca de temas relativos al comunismo y al desarrollo de la sociedad civil en Europa del Este y en la Unión Soviética / Rusia. Hoy en día es columnista y miembro del Consejo Editorial del Washington Post.

Estudió en la Universidad de Yale y obtuvo una beca Marshall en la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres y en el St Antony's College de la Universidad de Oxford antes de mudarse a Varsovia en 1988. Trabajando para *The Economist*, proporcionó valiosa cobertura de primera mano de las importantes transiciones social y políticas en Europa del Este, antes y después de la caída del Muro de Berlín en 1989, de la que también informó. En 1992 fue galardonada con el premio Charles Douglas-Home Memorial Trust.

Viviendo entre Londres y Varsovia durante los 1990s, fue durante varios años una columnista muy leída del periódico londinense *Evening Standard*.

El primer libro de Applebaum, *Entre el este y el oeste*, es una guía de viaje, y fue premiada con el premio Adolph Bentinck en 1996. Su segundo libro, *Gulag: Una historia*, fue publicado en 2003 y fue galardonado con el Premio Pulitzer de 2004 de libros generales de no-ficción. El comité del Pulitzer denominó a *Gulag: Una historia*, un “trabajo de referencia en erudición histórica y una indeleble contribución a la compleja y necesaria búsqueda de la verdad que está en curso.”

En 2012 publicó *El telón de acero, la destrucción de Europa del Este, 1944-1956* *The Crushing of Eastern Europe, 1944-1956*, obra en la cual, según *New York Times*, “nos ha brindado un registro triste y concreto que honra la memoria de los millones que fueron masacrados, torturados y desaparecidos en la alocada persecución del totalitarismo”.

Applebaum habla inglés, francés, polaco y ruso. Está casada con Radosław Sikorski, un político y escritor polaco. Tienen dos hijos, Alexander y Tadeusz. El 31 de octubre de 2005 su marido tomó posesión del cargo de Ministro de Defensa del nuevo gobierno polaco.

INTRODUCCIÓN

[¹] Entrevista con Janina Suska-Janakowska, Łódź, 16 de octubre de 2007 <<

[2] Ambas citas están tomadas de la tesis de Barbara Nowak, «Serving Women and the State: The League of Women in Communist Poland», Universidad Estatal de Ohio, 2004 <<

[3] La palabra fue acuñada por Giovanni Amendola, detractor de Mussolini, en 1923. Pero el propio Mussolini la adoptó con entusiasmo en 1925 y Giovanni Gentile, principal teórico del régimen, la utilizó también con frecuencia. Para tener una visión más general sobre el tema, véase Abbott Gleason, *Totalitarianism: The Inner History of the Cold War* (Oxford, 1995), pp. 13-18

<<

[4] Benito Mussolini y Giovanni Gentile, *Fascism: Doctrine and Institutions* (Roma, 1935) <<

[5] Para un resumen de este asunto, véase Gleason, *Totalitarianism*, así como la introducción de Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick a *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared* (Cambridge, 2009) <<

[6] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Cleveland y Nueva York, 1958). [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2011]. <<

[7] Carl J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Cambridge, 1956) <<

[8]

Disponible

en

http://trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/doctrine/large/index.php

<<

[9] Gregory Bush, *Campaign Speeches of American Presidential Candidates, 1948-1984* (Nueva York, 1985), p. 42 <<

[¹⁰] Véase Geyer y Fitzpatrick, *Beyond Totalitarianism* (Cambridge, 2009) <<

[¹¹] Citado en Richard Pipes, *Communism: A History* (Nueva York, 2001), pp. 105-107. [Hay trad. cast.: *Historia del comunismo*, Barcelona, Mondadori, 2002]. <<

[12] Véase Michael Halberstam, *Totalitarianism and the Modern Conception of Politics* (New Haven, 2000) <<

[13] Slavoj Žižek, *Did Somebody Say Totalitarianism? Five Interventions in the (Mis)Use of a Notion* (Nueva York, 2001). [Hay trad. cast.: *¿Quién dijo totalitarismo?: cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción*, Valencia, Pre-Textos, 2002]. Žižek expone que la descripción del estalinismo como «totalitarista» no es más que un intento de asegurar el mantenimiento de la «hegemonía democrática liberal». <<

[14] Disponible en: http://www.huffingtonpost.com/james-peron/rick-santorum-gay-rights_b_1195555.html;
<http://video.foxbusiness.com/v/1328239165001/the-uss-march-toward-totalitarianism>; <http://articles.latimes.com/2011/dec/25/business/la-fi-hiltzik-20111225> <<

[15] Disponible en <http://fare.tunes.org/liberty/library/toptt.html> <<

[16] Véase William J. Dobson, *The Dictator's Learning Curve* (Nueva York, 2012), para una descripción de la evolución de las dictaduras contemporáneas

<<

[17] Esta es la brillante y precisa definición de Mark Kramer: «El término “Europa del Este” [...] es en parte geográfico y en parte político, y abarca ocho países europeos que estuvieron bajo un régimen comunista desde la década de 1940 hasta finales de la década de 1980 [...] El término no incluye la propia Unión Soviética, si bien las repúblicas soviéticas occidentales (Lituania, Letonia, Estonia, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia y la parte de Rusia al oeste de los Urales) constituían la parte más oriental de Europa. El término sí incluye algunos países que deberían considerarse con más propiedad como parte de la Europa central, como Checoslovaquia, Hungría, Polonia, y la que en 1949 recibió el nombre de República Democrática Alemana (o Alemania del Este). Los otros estados comunistas de Europa —Albania, Bulgaria, Rumanía y Yugoslavia— también están incluidos en el término “Europa del Este”. Los países que jamás estuvieron bajo un gobierno comunista, como Grecia y Finlandia, no se consideran parte de “Europa del Este”, si bien desde un punto de vista puramente geográfico, podríamos juzgar que sí lo son», Mark Kramer, «Stalin, Soviet Policy, and the Consolidation of a Communist Bloc in Eastern Europe, 1944-1953», p. 1, ponencia presentada en el Freeman Spogli International Institute, 30 de abril de 2010 <<

[18] Esta es también la opinión de Joseph Rothschild en *Return to Diversity: A Political History of East Central Europe Since World War II*, Nueva York y Oxford, 2000, en particular, pp. 75-78 <<

[19] *Pravda*, 21 de diciembre de 1949 <<

[20] *The Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks) Is the Leading and Guiding Force of Soviet Society* (Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1956), p. 46 <<

[21] Véase Hugh Seton-Watson, *The New Imperialism: A Background Book*, Londres, 1961, p. 81 <<

[22] La versión clásica de esta tesis fue formulada por William Appleman Williams en *The Tragedy of American Diplomacy* (Nueva York, 1959). Una versión más reciente y sofisticada se encuentra, por ejemplo, en la obra de Wilfried Loth, *Stalin's Unwanted Child: The Soviet Union, the German Question and the Founding of the GDR*, trad. de Robert F. Hogg (Londres, 1998) <<

[23] John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Oxford, 1997); Kramer, «Stalin, Soviet Policy, and the Consolidation of a Communist Bloc in Eastern Europe» <<

[24] T. V. Volokitina *et al*, eds., *Sovietski Faktor v Vostochnoi Yevrope, 1944-1953*, vol. 1 (Moscú, 1999), pp. 23-48; también en Norman Naimark, «The Sovietization of Eastern Europe, 1944-1953», en *The Cambridge History of the Cold War* (Cambridge, 2010) <<

[25] Ivo Banac, ed., *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949* (New Haven y Londres, 2003), p. 14 <<

[26] Tony Judt y Timothy Snyder, *Thinking the Twentieth Century*, Londres, 2012, p. 190. [Hay trad. cast.: *Pensar el siglo xx*, Madrid, Taurus, 2012]. <<

[27] Tomasz Goban-Klas, *The Orchestration of the Media: The Politics of Mass Communications in Communist Poland and the Aftermath* (Boulder, 1994), p. 54 <<

[28] El partido comunista de Yugoslavia siguió siendo más popular que los otros durante años, pero esto se debió en parte a que, con el tiempo, se separó de la influencia soviética <<

[29] Una excepción, así como la obra de referencia durante muchos años, fue la de Zbigniew Brzezinski, *The Soviet Bloc: Unity and Conflict* (Nueva York, 1967) <<

[30] Arendt, *Origins of Totalitarianism*, pp. 480-481 <<

[31] Véanse Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin* (Nueva York, 2011). [Hay trad. cast.: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2012]; Jan Gross, «War as Revolution», en Norman Naimark y Leonid Gibianski, eds., *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949* (Boulder, 1997); Bradley Abrams, «The Second World War and the East European Revolution», *East European Politics and Societies*, 16, 3, pp. 623-625 <<

[32] Véase la obra del Proyecto Harvard sobre los estudios de la guerra fría y la del Proyecto de Historia Internacional sobre la guerra fría del Wilson Center. Entre los buenos estudios recientes que utilizan los nuevos archivos se encuentran el de John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History* (Nueva York, 2005). [Hay trad. cast.: *La guerra fría*, Barcelona, RBA, 2008]; Wojtech Mastny, *The Cold War and Soviet Insecurity: The Stalin Years* (Oxford, 1996); Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union, and the Cold War* (Nueva York, 2007). [Hay trad. cast.: *La guerra después de la guerra: Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008]. Véase también Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, «Bibliographical Essay», en *Cambridge History of the Cold War*, vol. 1: *Origins* (Cambridge, 2010) <<

[33] Andrzej Paczkowski y Krystyna Kersten han escrito multitud de obras sobre este período. Véanse Andrzej Paczkowski, *The Spring Will Be Ours: Poland and the Poles from Occupation to Freedom* (Nueva York, 2003), y Krystyna Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948* (Berkeley, 1991). Véase también Norman Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* (Cambridge, Mass., 1995); Peter Kenez, *Hungary from the Nazis to the Soviets: The Establishment of the Communist Regime in Hungary, 1944-1948* (Nueva York, 2006); László Borhi, *Hungary in the Cold War, 1945-1956: Between the United States and the Soviet Union* (Nueva York, 2004); Bradley Abrams, *The Struggle for the Soul of the Czech Nation: Czech Culture and the Rise of Communism* (Nueva York, 2005); Mary Heimann, *Czechoslovakia: The State That Failed* (New Haven, 2009); Karel Kaplan, *The Short March: The Communist Takeover in Czechoslovakia, 1945-1948* (Nueva York, 1987) <<

[34] John Connelly, *Captive University: The Sovietization of East German, Czech, and Polish Higher Education, 1945-1956* (Chapel Hill, 1999); Catherine Epstein, *The Last Revolutionaries: German Communists and Their Century* (Cambridge, Mass., y Londres, 2003); Marci Shore, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968* (New Haven, 2006); Mária Schmidt, *Battle of Wits*, trad. de Ann Major (Budapest, 2007); Martin Mevius, *Agents of Moscow: The Hungarian Communist Party and the Origins of Socialist Patriotism 1941-1953* (Oxford, 2005); Mark Kramer, «The Early Post-Stalin Succession Struggle and Upheavals in East-Central Europe: Internal-External Linkages in Soviet Policy Making», partes 1-3, *Journal of Cold War Studies*, 1, 1 (invierno de 1999), pp. 3-55; 1,2 (primavera de 1999), pp. 3-38; y 1,3 (otoño de 1999), pp. 3-66 <<

[35] T. V. Volokitina *et al*, eds., *Vostochnaia Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov, 1944-1953* (Moscú y Novosibirsk, 1997), y T. V. Volokitina *et al*, eds., *Sovetski Faktor v Vostochnoi Yevrope, 1944-1953* (Moscú, 1999) <<

1. LA HORA CERO

[¹] Tamás Lossonczy, *The Vision Is Always Changing* (Budapest, 2004), p. 82

<<

[2] William Shirer, *End of a Berlin Diary* (Nueva York, 1947), p. 131 <<

[3] Marcin Zaremba, *Wielka Trwoga: Polska 1944-1947, Ludowa reakcja na kryzys* (Varsovia, 2012), p. 71 (los números de página se corresponden con los del manuscrito antes de su publicación) <<

[4] Anónimo, *A Woman in Berlin*, trad. de Philip Boehm (Londres, 2006), pp. 64-66. [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín*, Barcelona, Anagrama, 2007].

<<

[5] Krisztián Ungváry, *The Siege of Budapest: 100 Days in World War II* (Nueva York, 2005), pp. 324-325 <<

[6] Władysław Szpilman, *The Pianist* (Londres, 1999), p. 183. [Hay trad. cast.: *El pianista del gueto de Varsovia*, Madrid, Turpial, 2000]. <<

[7] Bradley Abrams, «The Second World War and the East European Revolution», *East European Politics and Societies*, 16, 3, pp. 623-625 <<

[⁸] Heda Margolius Kovály, *Under a Cruel Star* (Cambridge, Mass., 1986), p. 39. [Hay trad. cast.: *Bajo una estrella cruel: una vida en Praga, 1941-1968*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2013]. <<

[9] Anónimo, *Woman in Berlin*, p. 297 <<

[¹⁰] Zaremba, *Wielka Trwoga*, p. 71 <<

[¹¹] *Ibid.*, pp. 6-7 <<

[¹²] Stefan Kisielewski, «Ci z Warszawy», *Przekroj*, 6, 5, 1945 <<

[13] Sándor Márai, *Portraits of a Marriage*, trad. de George Szirtes (Nueva York, 2011), p. 272. [Hay trad. cast.: *La mujer justa*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2005]. <<

[¹⁴] Arthur Marwick, *War and Social Change in the Twentieth Century* (Londres, 1974), pp. 98-145 <<

[15] Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin* (Nueva York, 2010), p. 19. [Hay trad. cast.: *Tierras de sangre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011]. <<

[16] *Ibid.*, pp. VIII-IX <<

[17] Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater: Cultural and Intellectual Life in Berlin, 1945-1948* (Berkeley, 1998), pp. 8-9 <<

[18] Andrew Roberts, *Masters and Commanders* (Londres, 2008), pp. 561 y 569 <<

[19] Abrams, «The Second World War and the East European Revolution», p. 631; también Iván T. Berend y Tamás Csató, *Evolution of the Hungarian Economy, 1848-1998*, vol. I (Boulder, 2001), p. 253 <<

[20] Los cálculos más recientes sobre el número de víctimas mortales alemanas incluyen 5 318 000 militares (Rudiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg* [Munich, 2004], p. 260); el resto son civiles que murieron de hambre o por enfermedades durante su deportación y expulsión, o durante los bombardeos <<

[21] Janusz Wrobel, «Bilans Okupacji Niemieckiej w Łodzi 1939-1945», en *Rok 1945 w Łodzi*, pp. 13-30 <<

[22] Hace unos años, mi marido recibió una carta de un alemán nacido en la región báltica cuya familia había recibido la que es ahora nuestra casa de campo en Polonia para que la habitara durante la guerra. Acompañó la carta con una fotografía de sus sonrientes padres, vestidos con pantalones de montar, como si estuvieran a punto de salir a pasear a caballo, sentados en las escaleras de entrada a nuestra casa, que se encuentra en lo que ahora es el centro de Polonia. Recordó que la propiedad estaba muy abandonada y que su padre había trabajado muy duro para convertirla en un lugar habitable. Esperaba que la gente de la zona recordara con afecto a su familia. En realidad, nadie se acuerda de ellos <<

[23] Jan Gross, «War as Revolution», en Norman Neimark y Leonid Gibianski, eds., *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949* (Boulder, 1997), p. 23 <<

[²⁴] Krystyna Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948* (Berkeley, 1991), p. 165 <<

[25] M. C. Kaser y E. A. Radice, *The Economic History of Eastern Europe, 1919-1945*, vol. II: *Interwar Policy, the War and Reconstruction* (Oxford, 1986), pp. 466-472 <<

[26] Iván Petó y Sándor Szakács, *A hazai gazdaság négy évtizedének története, 1945-1985*, vol. I: *Az újjáépítés és a tervutasításos irányítás időszaka, 1945-1968* (Budapest, 1985), pp. 17-25 <<

[27] Berend y Csató, *Evolution of the Hungarian Economy*, pp. 254-255 <<

[28] Kaser y Radice, *Economic History of Eastern Europe*, vol. II, pp. 504-506

<<

[29] Janusz Kalinski y Zbigniew Landau, *Gospodarka Polski w XX wieku* (Varsovia, 1998), pp. 159-189 <<

[30] Abrams, «The Second World War and the East European Revolution», p. 634 <<

[31] Kaser y Radice, *Economic History of Eastern Europe*, vol. II, pp. 338-339

<<

[32] *Ibid.*, pp. 299-308 <<

[33] Jan Gross, «The Social Consequences of War: Preliminaries to the Study of the Imposition of Communist Regimes in East Central Europe», *Eastern European Politics and Societies*, 3, 2 (primavera de 1989), pp. 198-214; Abrams, «The Second World War and the East European Revolution», pp. 623-664; Kalinski y Landau, *Gospodarka Polski w xx wieku*, pp. 159-189 <<

[³⁴] Abrams, «The Second World War and the East European Revolution», p. 639 <<

[35] Czesław Miłosz, *The Captive Mind*, trad. de Jane Zielonko (Londres, 2001), pp. 26-29. [Hay trad. cast.: *El pensamiento cautivo*, Barcelona, Tusquets, 1981]. <<

[³⁶] Márai, *Portraits of a Marriage*, p. 272 <<

[37] Zaremba, *Wielka Trwoga*, pp. 221-252 <<

[38] *Ibid* <<

[39] Entrevista a Csaba Skultéty, Budapest, 12 de marzo de 2009 <<

[40] Zaremba, *Wielka Trwoga*, p. 87 <<

[41] *Ibid.*, p. 273 <<

[⁴²] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York y Cleveland, 1958), pp. 322-323. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2011]. <<

[43] Karta, Archivos de Memoria, Lucjan Grabowski, II/1412 <<

[⁴⁴] Entrevista a Tadeusz Konwicki, Varsovia, 17 de septiembre de 2009 <<

[45] Hanna Swida-Ziemia, *Urwany Lot: Pokolenie inteligenckiej młodzieży powojennej w świetle listów i pamiętników z lat 1945-1948* (Cracovia, 2003), pp. 30-50 <<

[46] Citado en Anna Bikont y Joanna Szczesna, *Lawina i Kamienie: Pisarze wobec Komunizmu*, Varsovia, 2006, pp. 69-79 <<

[47] Entrevista a Hans Modrow, Berlín, 7 de diciembre de 2006 <<

[48] Miłosz, *The Captive Mind*, pp. 26-29 <<

[49] Martin Gilbert, «Churchill and Poland», conferencia no publicada ofrecida en la Universidad de Varsovia el 16 de febrero de 2010. Mi agradecimiento a Martin Gilbert <<

[50] Peter Grose, *Operation Rollback* (Nueva York, 2000), p. 2 <<

[51] Dean Acheson, *Present at the Creation* (Nueva York, 1987), p. 85 <<

[52] *Ibidem* <<

[53] Gilbert, «Churchill and Poland» <<

[54] Un buen análisis detallado se encuentra en Antoni Z. Kaminski y Bartłomiej Kaminski, «Road to “People’s Poland”: Stalin’s Conquest Revisited», en Vladimir Tismaneanu, ed., *Stalinism Revisited: The Establishment of the Communist Regimes in East Central Europe and the Dynamics of the Soviet Bloc* (Nueva York y Budapest, 2009), pp. 205-211; también en Roberts, *Masters and Commanders*, pp. 548-558 <<

[55] Winston Churchill, *The Second World War*, vol. VI: *Triumph and Tragedy* (Londres, 1985), p. 300. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003]. <<

[56] Robert Service, *Comrades* (Londres, 2007), p. 220. [Hay trad. cast.: *Camaradas: breve historia del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2009].

<<

[57] *Ibid.*, p. 222 <<

[58] Los borradores originales y la versión definitiva de la Operación Impensable pueden verse en:
<http://web.archive.org/web/20101116152301/http://www.history.neu.edu/PRO>.
[<<](#)

[59] Stanisław Mikołajczyk, *The Rape of Poland* (Nueva York, 1948), p. 60.
[Hay trad. cast.: *La violación de Polonia*, Barcelona, Editorial Científico-Médica, 1950]. <<

[60] László Borhi, *Hungary in the Cold War, 1945-1956: Between the United States and the Soviet Union* (Nueva York y Budapest, 2004), p. 36 <<

[61] Mikołajczyk, *Rape of Poland*, p. 25 <<

[62] John Earl Haynes, Harvey Klehr y Alexander Vassiliev, *Spies: The Rise and Fall of the KGB* (New Haven, 2009), pp. 20-26 <<

[63] Roberts, *Masters and Commanders*, p. 556 <<

[64] Hubertus Knabe, *17. Juni 1953-Ein deutscher Aufstand* (Berlin, 2004), pp. 4012-4016 <<

[65] Csaba Békés, Malcolm Byrne y János Rainer, eds., *The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents* (Budapest y Nueva York, 2002), p. 209

<<

[66] Borhi, *Hungary in the Cold War*, p. 21 <<

2. LOS VENCEDORES

[¹] Ruth Andreas-Friedrich, *Battleground Berlin: Diaries, 1945-1948* (Nueva York, 1990), p. 36 <<

[2] George Kennan, *Memoirs: 1925-1950* (Nueva York, 1967), p. 74 <<

[3] John Lukacs, *1945: Year Zero* (Nueva York, 1978), p. 256 <<

[4] Entrevista a Lutz Rackow, Berlín, 1 de abril de 2008 <<

[5] Christel Panzig, *Wir schalten uns ein: Zwischen Luftschutzkeller und Stalinbild, Stadt und Region Wittenberg 1945* (Lutherstadt Wittenberg, 2005), pp. 40-42 <<

[6] Entrevista con Zsófia Tevan, Budapest, 3 de junio de 2009 <<

[7] SNL, Historic Interview Collection: Jenó Széll, Történeti Interjúk Tára, y Országos Széchényi Könyvtár, entrevista realizada por András Hegedüs, Gábor Hanák, Gyula Kozák e Ilona Szabóné Dér, 3 de agosto de 1985 <<

[8] Entrevista con Alexander Jackowski, Varsovia, 15 de mayo de 2007 <<

[9] Kennan, *Memoirs*, p. 74 <<

[¹⁰] Sándor Márai, *Memoir of Hungary: 1944-1948*, trad. de Albert Tezla (Budapest y Nueva York, 2000), pp. 44-46 <<

[¹¹] Lukacs, 1945, p. 75 <<

[¹²] Antony Beevor y Luba Vinogradova, eds., *A Writer at War: Vasily Grossman with the Red Army, 1941-1945* (Londres, 2005), pp. 341-342. [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2009]. <<

[¹³] TsAMO RF, 372/6570/78, pp. 30-32 (gracias a Antony Beevor) <<

[¹⁴] Catherine Merridale, *Ivan's War* (Nueva York, 2006), p. 389. [Hay trad. cast.: *La guerra de los ivanes: el Ejército Rojo (1939-1945)*, Barcelona, Debate, 2007]. <<

[15] Alexander Najimosvki y Alice Najimovski, *Witness to History: The Photographs of Yevgeny Khaldei* (Nueva York, 1997) <<

[¹⁶] Krisztián Ungváry, *The Siege of Budapest: 100 Days in World War II* (Londres, 2002), p. 360 <<

[17] Mi marido jugaba a este juego de niño, durante la década de 1960 en Polonia <<

[18] *Cztery Pancerny i Pies*, episodio 13, 1969 <<

[19] Márai, *Memoir*, pp. 44-46 <<

[20] Beevor y Vinogradova, eds., *Writer at War*, p. 326 <<

[21] Piotr Bojarski, «Czołg strzela do katedry, Julian fotografuje», *Gazeta Wyborcza*, 21 de enero de 2011 <<

[22] Norman Davies y Roger Moorhouse, *Microcosm: A Portrait of a European City* (Nueva York, 2003), p. 408 <<

[23] BStU MfSZ, Sekr Neiber 407, p. 80 <<

[²⁴] Beevor y Vinogradova, *Writer at War*, p. 330 <<

[25] Merridale, *Ivan's War*, p. 381 <<

[26] Alexander Solzhenitsin, *Prussian Nights*, trad. de Robert Conquest (Nueva York, 1977), pp. 38-39 <<

[27] Lev Kopelev, *To Be Preserved Forever*, trad. de Anthony Austin (Nueva York, 1977), p. 56 <<

[28] *Ibid.*, pp. 50-51 <<

[29] *Ibid.*, p. 41 <<

[30] Włodzimierz Borodziej y Hans Lemberg, eds., *Niemcy w Polsce 1945-1950: Wybór Dokumentów*, vol. III (Varsovia, 2001), pp. 57-61 <<

[31] James Mark, «Remembering Rape», *Past & Present*, 188, 2005, pp. 133-161 <<

[32] Stewart Thomson, en colaboración con Robert Bialek, *The Bialek Affair* (Londres, 1955), pp. 31-33 <<

[33] Véase, por ejemplo, Antony Beevor, *The Fall of Berlin 1945* (Nueva York, 2002). [Hay trad. cast.: *Berlín. La caída 1945*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002]. <<

[³⁴] Milovan Djilas, *Conversations with Stalin* (Nueva York, 1990), p. 95 <<

[35] Beevor, *Fall of Berlin*, p. 169 <<

[³⁶] Margit Földesi, *A megszállók szabadsága* (Budapest, 2002), p. 140 <<

[37] Entrevista con Hans-Jochen Tschiche, Satuelle, 18 de noviembre de 2006

<<

[38] «Über die Russen un über uns», *Verlag Kultur und Fortschritt* (Berlín, 1949). Publicado originariamente en *Neues Deutschland* y *Tägliche Rundschau*, 19 de noviembre de 1948 <<

[39] *Ibidem* <<

[40] Varga/Vargas regresó a Hungría en 1946 para ayudar al gobierno con la reforma monetaria y a reintroducir el florín, la moneda de Hungría <<

[41] Friederike Sattler, *Wirtschaftsordnung im Übergang: Politik, Organisation und Funktion der KPD/SED im Land Brandenburg bei der Etablierung der Zentralen Planwirtschaft in der SBZ/DDR 1945-1952* (Münster, 2002), pp. 88-92 <<

[42] Serhii Plokhii, *Yalta: The Price of Peace* (Nueva York, 2010), pp. 108-113, 256-262 <<

[43] Sattler, *Wirtschaftsordnung im Übergang*, pp. 94-95 <<

[44] Norman Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* (Cambridge, Mass., 1995), pp. 168-169 <<

[45] *Ibid.*, p. 169 <<

[46] SAPMO-BA, DN/1 38032 <<

[47] *Ibidem* <<

[48] Volker Koop, *Besetzt: Sowjetische Besatzungspolitik in Deutschland* (Berlin, 2008), pp. 71-77 <<

[49] DRA, 201-00-004/001, p. 62 <<

[50] Naimark, *Russians in Germany*, p. 171 <<

[51] SAPMO-BA, DY30/IV 2/6.02 49, ficha 3 <<

[52] M. C. Kaser y E. A. Radice, *The Economic History of Eastern Europe, 1919-1945*, vol. II: *Interwar Policy, the War and Reconstruction* (Oxford, 1986), pp. 530-535 <<

[53] Iván T. Berend y Tamás Csató, *Evolution of the Hungarian Economy, 1848-1998*, vol. I. (Boulder, 2001), pp. 257-258 <<

[54] Földesi, *A megszállók szabadsága*, pp. 81-97 <<

[55] PIL, 174. 12/217 <<

[56] CAW, VIII/800/24, teczka 9 <<

[57] Adam Dziurok y Bogdan Musiał, «“Bratni rabunek”». O demontazak i wywóźce sprzętu z terenu Górnego Slaska w 1945 r.», en *W objeciach Wielkiego Brata. Sowieci w Polsce 1944-1993*, Varsovia, 2009, pp. 321-344

<<

[58] Vivió en el pueblo de montaña de Poronin, donde se alzó una de las dos únicas estatuas de Lenin que se levantaron en Polonia. Fue retirada en 1990, pero en 2011 el ayuntamiento decidió colocarla de nuevo para atraer a turistas

<<

[59] Richard Pipes, ed., *The Unknown Lenin* (New Haven, 1996), p. 90 <<

[60] *Ibid.*, p. 62 <<

[61] Para distintas descripciones de la mentalidad marxista, véase Robert Conquest, *Reflections on a Ravaged Century* (Nueva York, 1999), pp. 34-36; también François Furet, *The Passing of an Illusion: The Idea of Communism in the Twentieth Century*, trad. de Deborah Furet (Chicago, 1999). [Hay trad. cast.: *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1995]. <<

[62] *What Is to Be Done* está disponible en <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1901/witbd/> <<

[63] Richard Pipes, *The Russian Revolution* (Nueva York, 1991), p. 608 <<

[64] Véase Paul Lendvai, *The Hungarians: A Thousand Years of Victory in Defeat*, Princeton, 2004, pp. 369-372; Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime, 1919-1924* (Nueva York, 1994), pp. 170-172; e István György Tóth, ed., *A Concise History of Hungary* (Budapest, 2005), pp. 487-494 <<

[65] Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, pp. 182-183 <<

[66] Véase Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Oxford, 1967), para una explicación del Segundo Congreso. [Hay trad. cast.: *Memorias de un revolucionario*, Madrid, Veintisiete Letras, 2011]. <<

[67] Martin Gilbert, «Churchill and Poland», conferencia no publicada ofrecida en la Universidad de Varsovia, 16 de febrero de 2010. Mi agradecimiento a Martin Gilbert <<

[68] Adam Zamoyski, *Warsaw 1920: Lenin's Failed Conquest of Europe* (Londres, 2008), pp. 1-13 y 42. [Hay trad. cast.: *Varsovia 1920: el intento fallido de Lenin de conquistar Europa*, Madrid, Siglo XXI, 2008]. <<

[69] Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime*, p. 192 <<

[70] Tim Tzouliadis, *The Forsaken: An American Tragedy in Stalin's Russia* (Nueva York, 2008), p. 55. [Hay trad. cast.: *Los olvidados: una tragedia americana en la Rusia de Stalin*, Barcelona, Debate, 2010]. <<

3. LOS COMUNISTAS

[¹] Citado en la obra de Carola Stern, *Ulbricht: A Political Biography*, trad. de Abe Farbstein (Nueva York, 1965), p. 203 <<

[2] Véanse los Archivos Marxistas de internet,
<http://www.marxists.org/archive/bulganin/1949/12/21.htm> <<

[3] Stern, *Ulbricht*. A menos que se indique lo contrario, la información biográfica sobre Ulbricht está sacada de la magnífica biografía de Stern <<

^[4] *Ibid.*, p. 15 <<

[5] *Ibid.*, p. 89 <<

[6] Elfriede Brüning, *Und außerdem war es mein Leben* (Berlin, 2004), p. 28

<<

[7] Walter Ulbricht, *On Questions of Socialist Construction in the GDR* (Dresde, 1968) <<

[8] Stern, *Ulbricht*, p. 124 <<

[9] Andrzej Garlicki, *Bolesław Bierut* (Varsovia, 1994), en particular las pp. 1-20. Véanse también Andrzej Werblan, *Stalinizm w Polsce* (Varsovia, 2009), pp. 122-131; y Piotr Lipinski, *Bolesław Niejasny* (Varsovia, 2001) <<

[10] *Polska-ZSRR: Struktury Podległości: Dokumenty KC WKP (B) 1944-1949*, pp. 59-61 <<

[¹¹] Entrevista con Jerzy Morawski, Varsovia, 7 de junio de 2007 <<

[¹²] Lipinski, *Bolesław Niejasny*, p. 41 <<

[13] Tanto Alexander Orlov, el desertor soviético, y Józef Swiatło, el desertor polaco, han descrito a Bierut como a un agente del NKVD; véase Garlicki, *Bolesław Bierut*, pp. 16-19, y Lipinski, *Bolesław Niejasny*, p. 40. Gomułka, el principal rival de Bierut comentó con Jruschov los rumores sobre el «agente nazi», pero Jruschov se libró de él con un gesto de la mano <<

[¹⁴] Mátyás Rákosi, *Visszaemlékezések 1940-1956*, vol. I (Budapest, 1997), pp. 5-26 <<

[15] *Ibid.*, pp. 26-46 <<

[16] Rákosi aparece mencionado con frecuencia en los diarios de Georgi Dimitrov. Véase Ivo Banac, ed., *The Diary of Georgi Dimitrov 1933-1949* (New Haven, 2003) <<

[17] *Ibid.*, pp. 46-83 <<

[18] *Ibid.*, pp. 137-138 <<

[19] Harvey Klehr, John Earl Haynes y Kyrill M. Anderson, *The Soviet World of American Communism* (New Haven y Londres, 1998), pp. 110-142. El partido comunista norteamericano, por ejemplo, mantuvo sus vínculos con la Unión Soviética a través de J. Peters, un activista nacido en Hungría que participó en la revolución comunista húngara de 1919, formó parte de la política húngara y más adelante emigró a Estados Unidos, donde siguió dirigiendo actividades públicas y clandestinas en colaboración con la policía secreta soviética <<

[20] Anne Applebaum, «Now We Know», *The New Republic* (31 de mayo de 2009) <<

[21] Thomas Sgovio, *Dear America* (Nueva York, 1979), p. 99 <<

[22] Banac, ed., *Diary of Georgi Dimitrov*, p. 119 <<

[23] Alexander Dallin y F. I. Firsov, eds., *Dimitrov and Stalin, 1934-1943: Letters from the Soviet Archives* (New Haven y Londres, 2000), pp. 28-31 <<

[²⁴] Markus Wolf y Anne McElvoy, *Man Without a Face: The Autobiography of Communism's Greatest Spymaster* (Londres, 1997), p. 32 <<

[25] Margarete Buber-Neumann, *Under Two Dictators*, trad. de Edward Fitzgerald (Londres, 2008), p. 13. [Hay trad. cast.: *Prisionera de Hitler y Stalin: un mundo en la oscuridad*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2006]. <<

[26] PIL, 867/1/H-168 <<

[27] Banac, ed., *Diary of Georgi Dimitrov*, p. 197 <<

[28] Marci Shore, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968* (New Haven, 2006), pp. 73-74 <<

[29] *Ibid.*, pp. 123-127 <<

[³⁰] Ronald Aronson, *Camus and Sartre: The Story of a Friendship and the Quarrel That Ended It* (Chicago, 2004), p. 150. [Hay trad. cast.: *Camus y Sartre*, Valencia, Universidad de Valencia, 2006]. <<

[31] Banac, ed., *Diary of Georgi Dimitrov*, p. 118 <<

[32] R. C. Raack, «Stalin's Plans for World War Two Told by a High Comintern Source», *The Historical Journal* 38, 4 (diciembre de 1995), pp. 1031-1036 <<

[33] Buber-Neumann, *Under Two Dictators*, p. 175 <<

[³⁴] Piotr Gontarczyk, *Polska Partia Robotnicza: Droga do Władzy, 1941-1944* (Varsovia, 2003), pp. 101-102 <<

[35] *Ibid.*; también HIA, Rakowski Collection <<

[36] Comintern Archive, British Library, f.31/o.1/d.1/1.3-31 <<

[37] *Ibid.*, f.31/o.2/d.1/i.1-10 <<

[38] *Ibidem* <<

[39] Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution*, trad. de C. M. Woodhouse (Chicago, 1958), pp. 191-296 <<

[40] *Ibid.*, p. 224 <<

[41] *Ibid.*, p. 226 <<

[42] HIA, colección Berman, caja 1 <<

[⁴³] *Deklaracja Ideowa PZPR: Statut PZPR* (Varsovia, 1950) <<

[44] *Ibidem* <<

[45] T. V. Volokitina, *et al*, eds., *Sovietski Faktor v Vostochnoi Evrope, 1944-1953*, vol. 1 (Moscú, 1999), pp. 23-48 (AVP RF, f.6, p.6, p.14, d.145, II. 1-41)

<<

[46] Buber-Neumann, *Under Two Dictators*, p. 13 <<

[⁴⁷] Arthur Koestler, *Arrow in the Blue* (Londres, 2005), p. 311. [Hay trad. cast.: *Autobiografía I. Flecha en azul*, Barcelona, Debate, 2000]. <<

[48] Leonhard, *Child of the Revolution*, p. 231 <<

[49] *Ibid.*, pp. 241-251 <<

[50] Jo Langer, *Convictions: My Life with a Good Communist* (Londres, 1979), p. 30. [Hay trad. cast.: *Convicciones: recuerdos de una vida compartida con un militante*, Tarragona, Acervo, 1982]. <<

[51] Catherine Epstein, *The Last Revolutionaries: German Communists and Their Century* (Cambridge, Mass., y Londres, 2003), pp. 8-9 <<

4. LA POLICÍA

[¹] Jens Gieseke, *The GDR State Security: Sword and Shield*, trad. de Mary Carlene Forszt (Berlín, 2004), p. 7 <<

[2] Andrzej Friszke, *Polska: Losy państwa i narodu, 1939-1989* (Warsaw, 2003), p. 9 <<

[3] *Manifest Lipcowy* (Varsovia, 1974), p. 5 <<

[⁴] Krystyna Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948* (Berkeley, 1991), pp. 77-160 <<

[5] Martin Mevius, *Agents of Moscow: The Hungarian Communist Party and the Origins of Socialist Patriotism* (Oxford, 2005), p. 53 <<

[6] Krisztián Ungváry, «Magyarország szovjetizálásának kérdései», en Ignác Romsics, ed., *Mítoszok, legendák, tévhitek a 20. századi magyar történelemről* (Budapest, 2002), p. 294 <<

[7] László Borhi, *Hungary in the Cold War, 1945-1956: Between the United States and the Soviet Union* (Nueva York y Budapest, 2004), p. 38 <<

[8] A menudo también llamada por su acrónimo ruso SVAG (Sovetskaia Voennaia Administratsia v Germani) o su acrónimo alemán SMAD (Sowjetische Militäradministration in Deutschland) <<

[9] Dirk Spilker, *The East German Leadership and the Division of Germany: Patriotism and Propaganda 1945-1953* (Oxford, 2006), p. 46 <<

[10] La policía secreta polaca recibió más adelante el nombre de Stuzba Bezpieczeństwa, o SB. Sus colegas húngaros se llamaron más adelante Államvédelmi Hatóság, o ÁVH. Los cambios de nombre frecuentes y las reorganizaciones de la policía secreta eran comunes en la mayoría de los estados comunistas, ya que nadie estuvo nunca satisfecho con su trabajo <<

[11] T. V. Volokitina *et al.*, eds., *Vostochnaia Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov, 1944-1953* (Moscó y Novosibirsk, 1997), p. 203 <<

[¹²] Maciej Korkuc, «Kujbyszewiacy-Awangarda UB», *Arkana*, 46-47 (abril-mayo de 2002), pp. 75-95 <<

[¹³] IPN, BU 0447/120, pp. 5-12 <<

[¹⁴] *Ibid.*, pp. 13-15 <<

[15] Para conocer la historia de los judíos, véase Allan Levine, *Fugitives of the Forest: The Heroic Story of Jewish Resistance and Survival During the Second World War* (Nueva York, 2008) <<

[16] Korkuc, «Kujbyszewiacy-Awangarda UB», pp. 75-95 <<

[¹⁷] IPN, BU 0447/120, pp. 5-12 <<

[18] Krzysztof Persak y Łukasz Kaminski, eds., *A Handbook of the Communist Security Apparatus in East Central Europe, 1944-1989* (Varsovia, 2005) <<

[19] Konrad Rokicki, «Aparatu obraz Własny», en «Zwyczajny» *Resort* (Varsovia, 2005), p. 26 <<

[20] Sławomir Poleszak *et al.*, eds., *Rok Pierwszy: Powstanie i Działalność aparatu bezpieczeństwa publicznego na Lubelszczyźnie (Lipiec 1944-Czerwiec 1945)* (Varsovia, 2004), pp. 50-55 <<

[21] Rokicki, «Aparatu obraz Własny», pp. 13-32 <<

[22] Entrevista con Czesław Kiszczak, Varsovia, 25 de mayo de 2007. Véase también Witold Beres y Jerzy Skoczylas, *Generał Kiszczak Mowi...Prawie Wszystko* (Varsovia, 1991) <<

[²³] IPN, 352/7. Gracias a Andrzej Paczkowski y Dariusz Stola <<

[24] Zsolt Krahulcsán, Rolf Müller y Mária Palasik, *A politikai rendőrség háború utáni megszervezése (1944-1946)*, manuscrito inédito, pp. 3-4 <<

[25] Gábor Baczoni, *Pár(t)viadal-A Magyar Államrendőrség Vidéki Főkapitányságának Politikai Rendészeti osztálya, 1945-1946* (Budapest, 2002), p. 81 <<

[26] Zsolt Krahulcsán y Rolf Müller, eds., *Dokumentumok a magyar politikai rendőrség történetéből 1. A politikai rendészeti osztályok 1945-1946* (Budapest, 2010), pp. 9-63 <<

[27] PIL, 274/11/10, pp. 6-7 <<

[28] *Ibid.*, pp. 1-12 <<

[29] En 2002, el edificio se convirtió en el Terror Háza, un museo dedicado a los crímenes de los regímenes nazi y soviético <<

[30] Krahulcsán, Müller y Palasik, *A politikai rendőrség háború utáni megszervezése*, pp. 5-6 <<

[31] Sándor M. Kiss, de la introducción de Géza Böszörményi, *Resck 1950-1953* (Budapest, 2005), p. 10 <<

[32] Vladimir Farkas, *Nincs mentéség* (Budapest, 1990), p. 106 <<

[33] Krahulcsán y Müller, eds., *Dokumentumok a magyar politikai*, pp. 159-160 y pp. 237-238 <<

[34] Mária Palasik, «A politikai rendőrség háború utáni megszervezése», en György Gyarmati, ed., *Államvédelem a Rákosi-korszakban* (Budapest, 2000), p. 39; también György Gyarmati, «János Kádár és a Belügyminisztérium Államvédelmi Hatósága», en *A Történeti Hivatal Évkönyve* (Budapest, 1999), pp. 118-120; y Baráth Magdolna, «Geró Ernő a Belügyminisztérium élén», en *A Történeti Hivatal Évkönyve* (Budapest, 1999), p. 159 <<

[35] MOL, XIX-B-1-r-787/1945 <<

[36] Kajári Erzsébet, *A magyar Belügyminisztérium szovjet tanácsadói* (Múltunk, 1999/3), pp. 220-227 <<

[37] Farkas, *Nincs mentség*, p. 128 <<

[38] *Magyar Internacjonalisták* (Budapest, 1980); *Magyar tudóslexicon A-tól Zs-ig* (Budapest, 1998), p. 192 <<

[39] PIL, 867/f.11/g-24, pp. 15-58 <<

[40] *Ibidem* <<

[41] De conversaciones con Mária Schmidt, Sándor M. Kiss y Barbara Bank; también Böszörményi, *Recsk*, p. 49 <<

[42] Klaus Eichner y Gotthold Schramm, eds., *Angriff un Abwehr: Die deutschen Geheimdienste nach 1945* (Berlín, 2007); también Roger Engelmann, «“Schild und Schwert” als Exportartikel: Aufbau und Anleitung der ostdeutschen Staatssicherheit durch das KGB und seine Vorläufer (1949-1959)», en Andreas Hilger, Mike Schmeitzner y Ute Schmidt, eds., *Diktaturdurchsetzung. Instrumente und Methoden der kommunistischen Machtsicherung in der SSB/DDR 1945-1955* (Dresde, 2001), pp. 55-64 <<

[43] Engelmann, «“Schild und Schwert”», pp. 55-64; Norman Naimark, «To Know Everything and to Report Everything Worth Knowing: Building the East German Police State, 1945-1949», *Cold War International History Project Working Paper* n.º 10, agosto de 1994 <<

[⁴⁴] BStU MfSZ, HA IX, n.º 20603, p. 2 <<

[45] Jens Gieseke, *Die DDR-Staatssicherheit: Schild und Schwert der Partei* (Bonn, 2000), p. 18 <<

[46] Engelmann, «“Schild und Schwert”», pp. 55-64 <<

[47] Entrevista con Klaus Eichner y Gotthold Schramm, Berlín, 24 de junio de 2008 <<

[48] BStU MfSZ, Sekr.D.Min. n.º 1920 <<

[49] Engelmann, «“Schild und Schwert”», pp. 55-64 <<

[50] BStU MfSZ, HA VII, n.º 4000, pp. 16-17 <<

[51] Gary Bruce, *The Firm: The Inside Story of the Stasi* (Oxford, 2010), p. 34

<<

[52] Entrevista con Schramm <<

[53] Gieseke, *Die DDR-Staatssicherheit*, p. 19 <<

[54] Entrevista extraída de *Das Ministerium für Staatssicherheit*, documental dirigido por Christian Klemke y Jan Lorenzen, Berlín, 2007 <<

[55] Entrevista a Schramm <<

[56] Documento en posesión de Günter Tschirschwitz <<

[57] Entrevista a Günter Tschirschwitz, Berlín, 24 de junio de 2008 <<

[58] Richard Pipes, ed., *The Unknown Lenin* (New Haven, 1996), p. 154 <<

[59] BStU MfSZ, 1486/2, parte 1 de 2, p. 11 <<

[60] Amir Weiner, «Nature, Nurture, and Memory in a Socialist Utopia: Delineating the Soviet Socio-Ethnic Body in the Age of Socialism», *The American Historical Review* 104, 4 (octubre de 1999), p. 1121 <<

[61] IPN, 352/7. Gracias a Andrzej Paczkowski y Dariusz Stola <<

[62] BStU MfSZ, 1486/2, parte 1 de 2 <<

[63] *Ibid.*, HA XVIII, n.º 922, p. 210 <<

[64] Kati Marton, *Enemies of the People: My Family's Journey to America* (Nueva York, 2009), p. 118 <<

[65] BStU MfSZ, HA VII, n.º 4000, p. 36 <<

[66] *Ibid.*, Ff 39/52 <<

[67] *Ibidem* <<

5. LA VIOLENCIA

[¹] Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution*, trad. de C. M. Woodhouse (Chicago, 1958), p. 381 <<

[2] Este es el argumento de Timothy Snyder in *Sketches from a Secret War* (New Haven y Londres, 2005), p. 210 <<

[3] Para el asunto de las represalias, véase Tony Judt, *Postwar* (Nueva York, 2005), pp. 41-53 <<

[4] Amir Weiner señaló esto durante una conferencia en el Taller de Verano en Rusia del archivo Hoover, julio de 2011 <<

[5] RGANI, 89/18/4, pp. 1-3; de la colección del fallecido Alexander Kokurin

<<

[6] T. V. Volokitina *et al.*, *Vostochnaia Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov 1944-1953* (Moscú y Novosibirsk, 1997), p. 42 <<

[7] Citado en Mark Kramer, «Stalin, Soviet Policy, and the Consolidation of a Communist Bloc in Eastern Europe, 1944-1953», p. 13, trabajo entregado al Instituto Internacional Freeman Spogli, 30 de abril de 2010 <<

[8] Krystyna Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948* (Berkeley, 1991), p. 286 <<

[9] Andrzej Paczkowski hace un buen resumen de la formación del Ejército Nacional en *The Spring Will Be Ours: Poland and the Poles from Occupation to Freedom*, trad. de Jane Cave (University Park, Pa., 2003), pp. 83-89 <<

[¹⁰] *Ibid.*, p. 116 <<

^[11] *Ibid.*, p. 118 <<

[¹²] Apoloniusz Zawilski, *Polskie Fronty 1918-1945*, vol. 2 (Varsovia, 1997), p. 7 <<

[13] *Ibid.*, pp. 458-466 <<

[¹⁴] *Ibid.*, p. 45 <<

[15] Keith Sword, *Deportation and Exile: Poles in the Soviet Union, 1939-1948* (Londres, 1996), pp. 144-147 <<

[¹⁶] CAW, Opis VIII/800/19 (NKWD ZSRR), carpeta 10, pp. 3 y 6 <<

[17] *Ibid.*, p. 4 <<

[¹⁸] CAW, Opis VIII/900/19 (NKWD USSR), carpeta 10, p. 9 <<

[¹⁹] *Ibid.*, Opis VIII/800/29/1 (NKWD USSR), carpeta 1, pp. 1-2 <<

[²⁰] *Ibid.*, Opis VIII/800/19 (NKWS ZSRR), carpeta 10, pp. 6-10 <<

[21] Nikita Petrov, *Ivan Serov: Pervyi Predsedatel' KGB* (Moscó, 2005), pp. 21-34; también Sword, *Deportation and Exile*, p. 14 <<

[22] CAW, Opis VIII/800/19 (NKWD ZSRR), carpeta 11, pp. 1-2 <<

[23] Karta, Janusz Zawisza-Hrybacz, II/1730 <<

[²⁴] Karta, Henryk Sawala, II/3315 <<

[25] Stanisław Ciesielski, Wojciech Materski y Andrzej Paczkowski, *Represje Sowieckie wobec Polaków i obywateli polskich*, Osrodek Karta (Varsovia, 2002), p. 27 <<

[26] Zawilski, *Polskie Fronty*, vol. 2, p. 256 <<

[27] Hay muchos relatos excelentes sobre el Alzamiento de Varsovia. El más reciente en inglés es el de Norman Davies, *Rising'44: The Battle for Warsaw* (Nueva York, 2004). [Hay trad. cast.: *Varsovia 1944. La heroica lucha de una ciudad atrapada*, Barcelona, Planeta de Agostini, 2006]. <<

[28] CAW, Opis VIII/800/29/4 (NKWD ZSRR), p. 197 <<

[29] *Ibid.*, Opis VIII/800/19 (NKWD ZSRR), carpeta 13, p. 33 <<

[³⁰] *Ibid.*, carpeta 11, pp. 70-80 <<

[31] *Ibid.*, Opis VIII/800/13 (NKWD ZSRR), carpeta 13, p. 33; también carpeta 12, p. 38 <<

[32] Andrzej Panufnik, *Composing Myself* (Londres, 1987), p. 131 <<

[33] Entrevistas con Szymon Bojko, Varsovia, 28 de mayo y 4 de junio de 2008 <<

[³⁴] Andrzej Friske, *Opozycja Polityczna w PRL, 1945-1980* (Londres, 1994),
p. 9 <<

[35] El texto del Tratado de Yalta está disponible en <http://avalon.law.yale.edu/wwii/yalta.asp> <<

[³⁶] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, p. 125 <<

[37] HIA, colección Jakub Berman, carpeta 1:6 <<

[38] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, p. 135 <<

[39] *Ibid.*, p. 126 <<

[40] Sławomir Poleszak *et al.*, eds., *Rok Pierwszy: Powstanie i Działalność aparatu bezpieczeństwa publicznego na Lubelszczyźnie (Lipiec 1944-Czerwiec 1945)* (Varsovia, 2004), p. 397 <<

[41] Snyder, *Sketches from a Secret War*, p. 207 <<

[42] Notas sobre WiN de la introducción a Jozefa Huchlowa *et al.*, eds., *Zrzeszenie «Wolnosc I niezawislosc» w dokumentach*, vol. I (Breslavia, 1997)

<<

[43] Justyna Wojcik, ed., *Ántykomunistyczne Organizacje Młodzieżowe w Małopolsce w Latach 1944-1956* (Cracovia, 2008), pp. 33-34 <<

[⁴⁴] Poleszak *et al.*, eds., *Rok Pierwszy*, pp. 179-180 <<

[45] CAW, Opis VIII/800/13 (NKWD ZSRR), carpeta 15, p. 31 <<

[46] Anita Prazmowska, *Civil War in Poland, 1942-1948* (Nueva York, 2004), p. 153 <<

[47] Poleszak *et al.*, eds., *Rok Pierwszy*, pp. 352-383 <<

[48] AAN, MEN/587, pp. 2-3 <<

[49] Karta, Archivos de Memoria, Lucjan Grabowski, II/1412 <<

[50] Jakub Nawrocki, «Do Krwi Ostatnej», *Polska Zbrojna* 8 (20 de febrero de 2011), pp. 60-62. Krupa fue a la cárcel, pero fue liberado en 1965. Murió en 1972 <<

[51] IPN, Rz 05/36/CD <<

[52] CAW, Opis VIII/800/19 (NKWD ZSRR), carpeta 18, p. 13 <<

[53] Entrevista con Erich Loest, Leipzig, 12 de diciembre de 2006 <<

[54] Como explicación de la desnazificación en Alemania oriental, véase Frederick Taylor, *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany* (Londres, 2011), pp. 260-276 <<

[55] El protocolo de Potsdam está disponible en http://avalon.law.yale.edu/20th_century/decade17.asp <<

[56] Gerhard Finn, *Die politischen Häftlinge der Sowjetzone: 1945-1959* (Pfaffenhofen, 1960), pp. 26-31; entrevista con Wolfgang Lehmann, Berlín, 20 de septiembre de 2006 <<

[57] Papsdorf es entrevistado en *Zeitzeugen*, un documental dirigido por D. Jungnickel <<

[58] Entrevistas con Gisela Gneist, Berlín y Sachsenhausen, 20 de septiembre y 4 de octubre de 2006 <<

[59] Entrevistas con Gneist; también con Gisela Gneist y Gunther Heydemann, «*Allenfalls kommt man für ein halbes Jahr in ein Umschulungslager*» (Leipzig, 2002) <<

[60] Bogusław Kopka, *Obozy Pracy w Polsce, 1944-1950* (Varsovia, 2002), pp. 147-148 <<

[61] Más adelante cambió a Campo Especial Número Uno. Véase el sitio web de Gedenkstätte und Museum Sachsenhausen, <http://www.stiftung-bg.de/gums/en/index.htm> <<

[62] Documentos de la colección de Gedenkstätte und Museum Sachsenhausen

[<<](#)

[63] Jan y Renate Lipinsky, *Die Straße die in den Tod führte-Zur Geschichte des Speziallagers Nr. 5 Ketschendorf/Fürstenwalde* (Leverkusen, 1999), p. 177 <<

[64] Entrevista con Gneist. Trabajó como mensajera <<

[65] Citando documentos soviéticos, Norman Naimark (Naimark, «To Know Everything and to Report Everything Worth Knowing: Building the East German Police State, 1945-1949», *Cold War International History Project Working Paper* n.º 10, agosto de 1994, p. 377), ofrece una cifra de 153 953 arrestos y 42 022 muertes. Gneist y Heydemann («*Allenfalls kommt man für ein halbes Jahr*», p. 12), utilizando fuentes soviéticas y alemanas, hablan de 157 837 arrestos y 43 035 muertes <<

[66] Entrevista con Lehmann <<

[67] Entrevista con Gneist <<

[68] Bodo Ritscher, *Speziallager Nr. 2 Buchenwald* (Buchenwald, 1993), pp. 86-90 <<

[69] Ernest Tillich, *Hefte der Kampfgruppe*, folleto publicado en Berlín, 1945

<<

[70] Ritscher, *Speziallager Nr. 2 Buchenwald*, pp. 86-90 <<

[71] De documentos de la colección de Gedenkstätte und Museum Sachsenhausen <<

[72] Entrevista con Lehmann <<

[73] Tamás Stark, *Magyar hadifoglyok a Szovjetunióban* (Budapest, 2006), p. 36 <<

[⁷⁴] HIA, colección George Bien; véase también George Z. Bien, *Lost Years*, memorias autopublicadas <<

[⁷⁵] Stark, *Magyar hadifoglyok a Szovjetunióban*, pp. 73-85 <<

[76] *Ibid.*, p. 97 <<

[77] László Karsai, «The People's Courts and Revolutionary Justice in Hungary, 1945-1946», en István Deák, Jan T. Gross y Tony Judt, eds., *The Politics of Retribution in Europe* (Princeton, 2000), pp. 233-248 <<

[⁷⁸] Margit Földesi, *A megszállók szabadsága* (Budapest, 2002), p. 64 <<

[79] Muchas gracias a Anita Lackenberger, quien me llevó a Baden a visitar la antigua oficina central del NKVD <<

[80] Barbara Bank, «Az internálás és kitelepítés dokumentumai a történeti levéltárban», en György Gyarmati, ed., *Az átmenet évkönyve, 2003* (Budapest, 2004), pp. 107-130; véase también Karsai, «People's Courts and Revolutionary Justice in Hungary», p. 233 <<

[81] István Szent-Miklós, *With the Hungarian Independence Movement, 1943-1947: An Eyewitness Account* (Nueva York, 1988), p. 136 <<

[82] *Ibid.*, pp. 138-139 <<

[83] ÁBTL, V-113398/1, pp. 1-20; también Balogh Margit, *A KALOT és a katolikus társadalompolitika 1935-1946* (Budapest, 1998), pp. 184-185 <<

[84] ÁBTL, V-113398/1, pp. 241-260 <<

[85] *Szabad Nép*, 4 de mayo de 1946 <<

[86] *Kis Újság*, 3 y 4 de mayo de 1946 <<

[87] Sándor M. Kiss, del prefacio a Géza Böszörményi, *Recsk 1950-1953* (Budapest, 2005); también entrevista con Sándor M. Kiss, Budapest, 27 de enero de 2009 <<

6. LA LIMPIEZA ÉTNICA

[¹] Maria Buczyło, «Akcja “Wisła”: Wypedzić, rozproszyc», *Karta*, 49 (2006), pp. 32-63 <<

[2] Archie Brown, *The Rise and Fall of Communism* (Londres, 2009), p. 113

<<

[3] Los acuerdos de Potsdam pueden encontrarse en http://avalon.law.yale.edu/20th_century/decade17.asp <<

[4] Stefano Bottoni, «Reassessing the Communist Takeover of Romania: Violence, Institutional Continuity, Ethnic Conflict Management», ponencia presentada en el taller «United Europe, Divided Memory», Viena, 28-30 de noviembre de 2008, p. 5 <<

[5] Eagle Glassheim, «National Mythologies and Ethnic Cleansing: The Expulsion of Czechoslovak Germans in 1945», *Central European History*, 33/34 (2000), pp. 470-471 <<

[6] Piotr Semków, «Martyrologia Polaków z Pomorza Gdanskiego w latach II wojny światowej», *Biuletyn Instytutu Pamięci Narodowej*, 8-9 (2006), pp. 42-49 <<

[7] Gerhard Gruschka, *Zgoda, miejsce zgrozy: Obóz koncentracyjny w Swietochłowicach* (Gliwice, 1998) <<

[8] Del catálogo de la exposición «*They rocked my cradle then bundled me out*»-*Ethnic German Fate in Hungary 1939-1948*, Terror Háza (Budapest, 2007) <<

[9] Entrevista con Herta Kuhrig, Berlín, 21 de noviembre de 2006. Kuhrig y su familia fueron expulsados porque la policía checa encontró una fotografía de ella vestida con el uniforme de Jungmädel, el grupo juvenil nazi para chicas muy jóvenes <<

[10] Włodzimierz Borodziej y Hans Lemberg, eds., *Niemcy w Polsce 1945-1950: Wybor Dokumentow*, vol. III (Varsovia, 2001), pp. 25-26 <<

[¹¹] Marion Gräfin Dönhoff, *Namen, die keiner mehr nennt: Ostpreußen-Menschen und Geschichte* (Munich, 1964), pp. 16-18 <<

[¹²] Glassheim, «National Mythologies of Ethnic Cleansing», p. 470 <<

[13] Piotr Pykel, «The Expulsion of the Germans from Czechoslovakia», en Steffen Prauser y Arfon Rees, eds., *The Expulsion of the «German» Communities from Eastern Europe at the End of the Second World War*, EUI Working Paper HEC n.º 2004/1, p. 18 <<

[¹⁴] Borodziej y Lemberg, eds., *Niemcy w Polsce*, pp. 33-34 <<

[15] Pykel, «Expulsion of the Germans from Czechoslovakia», pp. 11-21; y Balász Apor, «The Expulsion of the German-Speaking Population from Hungary», en Prauser y Rees, eds., *Expulsion of the «German» Communities from Eastern Europe*, p. 32 <<

[16] László Karsai, «The People's Courts and Revolutionary Justice in Hungary, 1945-1946», en István Deák, Jan T. Gross y Tony Judt, eds., *The Politics of Retribution in Europe* (Princeton, 2000), pp. 246-247 <<

[17] Witold Stankowski, «Centralny Obóz Pracy w Potulicach w Latach 1945-1950», en Alicja Paczoska, ed., *Obóz w Potulicach-Aspekt Trudnego sąsiedstwa Polsko-Niemieckiego w Okresie Dwóch Totalitaryzmów* (Bydgoszcz, 2005), pp. 58-59 <<

[18] Helga Hirsch, *Zemsta Ofiar*, trad. de Maria Przybyłowska (Varsovia, 1999), p. 78; Stankowski, «Centralny Obóz Pracy w Potulicach w Latach 1940-1950», p. 62 <<

[19] Waldemar Ptak, «Naczelnicy Centralnego Obozu Pracy w Potulicach w Latach 1945-1950», en Paczoska, ed., *Obóz w Potulicach*, pp. 70-78 <<

[20] Véase Hirsch, *Zemsta Ofiar*, pp. 14-146; Witold Stankowski, *Obozy i inne miejsca odosobnienia dla niemieckiej ludności cywilnej w Polsce w latach 1945-1950* (Bydgoszcz, 2002), pp. 260-269; y también John Sack, *An Eye for an Eye* (Nueva York, 1993), pp. 86-97. El libro de Sack, en razón controvertido, contiene gran cantidad de errores y exageraciones, pero sus entrevistas parecen verdaderas <<

[21] Borodziej y Lemberg, eds., *Niemcy w Polsce*, pp. 131-147 <<

[22] Barbara Bank y Sándor Óze, *A «német ügy» 1945-1953. A Volksbundtól Tiszalökiig* (Budapest y Munich, 2005), pp. 9-34 <<

[23] Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin* (Nueva York, 2010), pp. 323-324. [Hay trad. cast.: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2012]. <<

[²⁴] Pykel, «Expulsion of the Germans from Czechoslovakia», pp. 11-21 <<

[25] Phillip Ther, «The Integration of Expellees in Germany and Poland After World War II», *Slavic Reviews*, 55, 4 (invierno, 1996), pp. 787-788 <<

[26] Piotr Szubarczyk y Piotr Semków, «Erika z Rumii», *Biuletyn Instytutu Pamięcy Narodowej*, 5 (2004), pp. 49-53 <<

[27] Norman Naimark, *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe* (Cambridge, Mass., y Londres, 2001), pp. 110-111 <<

[28] *Ibidem* <<

[29] Tibor Zinner, *A magyarországi németek kitelepítése* (Budapest, 2004), pp. 19-28; también Barbara Bank, introducción a Bank y Óze, *A «német ügy» 1945-1953* <<

[³⁰] Bottoni, «Reassessing the Communist Takeover of Romania», p. 5 <<

[31] Mikołaj Stanisław Kunicki, «The Polish Crusader: The Life and Politics of Bolesław Piasecki, 1915-1979», tesis doctoral, Universidad de Stanford, junio de 2004, pp. 196-203 <<

[32] Bottoni, «Reassessing the Communist Takeover of Romania», pp. 18-21

<<

[33] Kálmán Janics, *Czechoslovak Policy and the Hungarian Minority, 1945-1948* (Nueva York, 1982), p. 61 <<

[³⁴] *Ibid.*, p. 105 <<

[35] Véase Andrzej Krawczyk, «Czechy: Komunizm Wiecznie Żywy», *Gazeta Wyborcza*, 155 (5 de julio de 2007), quien argumenta que las expulsiones constituyeron una parte crucial de la legitimidad del partido comunista de Checoslovaquia <<

[36] *Przesiedlenia Polaków i Ukraińców, 1944-1946*, vol. 2, colección de documentos preparada por Archiwum Ministerstwa Wewnętrznych I Administracja RP y Derzavni Arjiv Sluzbi Bezpeki Ukraini (Varsovia y Kiev, 2000), p. 41 <<

[37] El mejor resumen de la operación de limpieza étnica en Volinia lo da Timothy Snyder en «The Causes of Ukrainian-Polish Ethnic Cleansing, 1943», *Past and Present*, 179 (mayo 2003), pp. 197-234 <<

[38] Barbara Odnous, «Lato 1943», *Karta*, 46 (2005), p. 121 <<

[39] Waldemar Lotnik, *Nine Lives: Ethnic Conflict in the Polish-Ukrainian Borderlands* (Londres, 1999), p. 65 <<

[40] *Przesiedlenia Polaków i Ukraińców*, p. 253 <<

[41] *Ibid.*, p. 45 <<

[42] *Ibid.*, pp. 737-741 <<

[43] *Ibid.*, pp. 915-917 <<

[44] Dariusz Stola, «Forced Migrations in Central European History», *International Migration Review*, 26, 2 (verano de 1992), pp. 324-341 <<

[45] *Przesiedlenia Polaków i Ukraińców*, pp. 49, 743 <<

[46] Eugeniusz Misiło, *Akcja Wisła* (Varsovia, 1993), pp. 16-17 <<

[47] Timothy Snyder, *Sketches from a Secret War* (New Haven y Londres, 2005), p. 210 <<

[48] Miśło, *Akcja Wisła*, pp. 66-69, 73 <<

[49] *Ibid.*, p. 63 <<

[50] *Ibid.*, p. 25 <<

[51] Buczyło «Akcja “Wisła”», p. 34 <<

[52] Snyder, *Bloodlands*, p. 329 <<

[53] Mark Kramer, «Stalin, Soviet Policy, and the Consolidation of a Communist Bloc in Eastern Europe, 1944-1953» p. 21, ponencia presentada en el Freeman Spogli International Institute, 30 de abril de 2010 <<

[54] Dagmar Kusa, «Historical Trauma in Ethnic Identity», en Eleonore Breuning, Jill Lewis y Gareth Pritchard, eds., *Power and the People: A Social History of Central European Politics, 1945-1956* (Manchester, 2005), pp. 130-152 <<

[55] Janics, *Czechoslovak Policy and the Hungarian Minority*, p. 219 <<

[56] Bennet Kovrig, «Partitioned Nation: Hungarian Minorities in Central Europe», en Michael Mandelbaum, ed., *The New European Diasporas* (Nueva York, 2000), pp. 19-81; Stola, «Forced Migrations in Central European History», pp. 336-337 <<

[57] Disponible en http://www.ipn.gov.pl/portal/en/2/71/Response_by_the_State_of_Israel_to_the_application_for_the_extraditio
En 1998, las autoridades polacas también intentaron extraditar a Helena Brus, una ex fiscal estalinista que había firmado la orden de detención del general Emil Fieldorf, uno de los más heroicos líderes del Ejército Nacional, tras lo cual se vio sometido a un juicio ridículo y después fue ejecutado. Brus se había trasladado a Oxford en 1971. Sin embargo, se negó a volver a Polonia argumentando que «no podría recibir un juicio justo» en «el país de Auschwitz y Birkenau». El gobierno británico no aceptó la extradición. Véase Anne Applebaum, «The Three Lives of Helena Brus», *Sunday Telegraph*, 6 de diciembre de 1998 <<

[58] Dariusz Stola, *Kraj Bez Wyjścia? Migracje z Polski 1949-1989* (Varsovia, 2010), pp. 49-53. Véase también Dariusz Stola, Natlia Aleksiun y Barbara Polak, «Wszyscy krawcy wyjechali. O Żydach w PRL», *Biuletyn Instytutu Pamięci Narodowej*, 11 (2005), pp. 4-25 <<

[59] András Kovács, ed., *Jews and Jewry in Contemporary Hungary: Results of a Sociological Survey* (Institute for Jewish Policy Research, 2004), pp. 49-53 <<

[60] Jeffrey Herf, *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys* (Cambridge, Mass., 1997), p. 70. En toda Alemania quedaron unos 21 000 judíos, de los 600 000 que habían vivido allí antes de la guerra <<

[61] Stola, *Kraj Bez Wyjscia?*, p. 50 <<

[62] Marek Chodakiewicz, *After the Holocaust* (Nueva York, 2003), pp. 187-199 <<

[63] Jan Gross, en *Fear: Anti-Semitism in Poland After Auschwitz* (Nueva York, 2006), escribe que la estimación «ampliamente aceptada» de asesinatos de judíos por motivos raciales entre 1944 y 1946 es de 1500; Marek Chodakiewicz, en el otro extremo del espectro historiográfico, cita en *After the Holocaust* (pp. 207-116) una cifra más baja, de entre 400 y 700. Otros especialistas llegan a hablar de 2500 <<

[64] Chodakiewicz, *After the Holocaust*, p. 172; János Pelle, *Az utolsó vérvádak* (Budapest, 1995), pp. 125-149 <<

[65] Esta es una versión muy simplificada de los hechos. Para conocer más detalles, véanse Gross, *Fear*, pp. 11-129; y Bozena Szaynok, *Pogrom Żydów w Kielcach. 4 VII 1946 r.* (Varsovia, 1992). Un buen resumen del resto de las discusiones sobre lo que sucedió en realidad se encuentra en Bozena Szaynok, «Spory o pogrom Kielecki», en Łukasz Kaminski y Jan Zaryn, eds., *Wokół Pogromu Kieleckiego* (Varsovia, 2006) <<

[66] Shimon Redlich, *Life in Transit: Jews in Postwar Lodz, 1945-1950* (Boston, 2010), p. 82 <<

[67] Robert Gyóri Szabó, *A kommunizmus és a zsidóság az 1945 utáni Magyarországon* (Budapest, 2009), p. 147 <<

[68] Martin Mevius, *Agents of Moscow: The Hungarian Communist Party and the Origins of Socialist Patriotism 1941-1953* (Oxford, 2005), pp. 94-98 <<

[69] Dos versiones recientes son las de Szabó, *A kommunizmus és a zsidóság az 1945 utáni Magyarországon*, y Pelle, *Az utolsó vérvádak*. Peter Kenez hace un breve resumen de los hechos en *Hungary from the Nazis to the Soviets: The Establishment of the Communist Regime in Hungary, 1944-1948* (Nueva York, 2006), pp. 160-162 <<

[70] Como Chodakiewicz escribe en *After the Holocaust*, «el material del que disponemos en la actualidad no confirma ni desmiente la posibilidad de que los pogromos fueran instigados por la policía secreta» (pp. 171-172) <<

[71] Anita J. Prazmowska, «The Kielce Pogrom, 1946, and the Emergence of Communist Power in Poland», *Cold War History*, 2, 2 (enero de 2002), pp. 101-124 <<

[72] Szabó, *A kommunizmus és a zsidóság az 1945 utáni Magyarországon*, p. 147 <<

[73] Gross, *Fear*, p. 39 <<

[⁷⁴] Heda Kovály, *Under a Cruel Star: A Life in Prague, 1941-1968* (Cambridge, Mass., 1986), p. 47. [Hay trad. cast.: *Bajo una estrella cruel: una vida en Praga, 1941-1968*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2013]. <<

[75] Raphael Patai, *The Jews of Hungary: History, Culture, Psychology* (Detroit, 1996), p. 627 <<

[76] Stola, Aleksiu y Polak, «Wszyscy krawcy wyjechali», pp. 11-12. Stola también valora positivamente la obra de Michael Steinlauf, *Bondage to the Dead: Poland and the Memory of the Holocaust* (Siracusa, 1997), y la de R. J. Lifton, *The Broken Connection: On Death and the Continuity of Life* (Nueva York, 1979), en su reseña de la obra de Gross, *Fear*, en *The English Historical Review*, 122, 499 (2007), pp. 1460-1463 <<

[77] Descrito en Anna Cichopek-Gajraj, «Jews, Poles, and Slovaks: A Story of Encounters, 1944-1948», tesis doctoral, Universidad de Michigan, 2008, p. 230 <<

[⁷⁸] Gross, *Fear*, pp. 130-131 <<

[⁷⁹] Stola, *Kraj Bez Wyjścia?*, pp. 50-52 <<

[80] *Ibid.*, pp. 53-63 <<

[81] Patai, *Jews of Hungary*, p. 614 <<

[82] Bożena Szaynok, *Poland-Israel 1944-1968: In the Shadow of the Past and of the Soviet Union* (Warsaw, 2012), pp. 110-113; también Szabó, *A kommunizmus és a zsidóság az 1945 utáni Magyarországon*, pp. 75-88 <<

[83] Stola, *Kraj Bez Wyjścia?*, pp. 53-63 <<

[84] *Ibid.*, p. 481 <<

[85] Andrzej Paczkowski, «Żydzi w UB: Proba weryfikacji stereotyp», en
Tomasz Szarota, ed., *Komunizm: Ideologia, System, Ludzi* (Varsovia, 2001)

<<

[86] Citado en Gross, *Fear*, p. 224 <<

[87] HIA, colección Jakub Berman, carpeta 1:4 <<

[88] Mevius, *Agents of Moscow*, pp. 94-98 <<

[89] Szabó, *A kommunizmus és a zsidóság az 1945 utáni Magyarországon*, p. 91 <<

[90] Herf, *Divided Memory*, p. 83 <<

[91] Mevius, *Agents of Moscow*, p. 184 <<

[92] Marcin Zaremba, *Komunizm, Legitimizacja, Nacjonalizm* (Warszawa, 2005), p. 140 <<

[93] T. V. Volokitina *et al*, eds, *Vostochnaya Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov, 1944-1953* (Moscú y Novosibirsk, 1997), pp. 937-943. En 1968, Gomulka purgó el partido comunista polaco de muchos de los judíos que quedaban en él, y expulsó a muchos del país <<

7. LOS JÓVENES

[¹] Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution*, trad. de C. M. Woodhouse (Chicago, 1958), p. 408 <<

[2] HIA, colección Stefan Jedrychowski, caja 4, carpeta 18 <<

[3] AAN, Ministerstwo Oswiaty/686, pp. 1-2 <<

[4] Robert Service, *Spies and Commissars* (Londres, 2011), p. 232 <<

[5] Leopold Tyrmand, *Dziennik 1954* (Londres, 1980), pp. 47-49 <<

[6] Marek Gaszynski, *Frawa Twoja Marynara* (Varsovia, 2009), pp. 12-14 <<

[⁷] Tyrmand, *Dziennik 1954*, pp. 47-49 <<

[8] Hay a quienes no les gusta este concepto. El eminente especialista en Rusia Stephen Kotkin sostiene que la expresión «sociedad civil» es «muy atractiva para especialistas, expertos y donantes de ayuda exterior [...] un impreciso y en apariencia multiuso actor social colectivo». Sin embargo, cuando escribe sobre Europa central necesita describir el fenómeno, así que utiliza otro término («nichos») para referirse a lo mismo. Véase Anne Applebaum, «1989 and All That», *Slate*, 9 de noviembre de 2009 <<

[9] V. I. Lenin, citado en *The Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks) Is the Leading and Guiding Force of Soviet Society* (Moscú, 1951), p. 28 <<

[¹⁰] Dmitri Lijachov, «Arrest», en Anne Applebaum, ed., *Gulag Voices* (New Haven, 2010), pp. 1-12 <<

[¹¹] Stuart Finkel, *On the Ideological Front: The Russian Intelligentsia and the Making of the Soviet Public Sphere* (New Haven, 2007), pp. 1-13 <<

[12] Ellen Ueberschär, *Junge Gemeinde im Konflikt: Evangelische Jugendarbeit in SBZ und DDR 1945-1961* (Stuttgart, 2003), p. 62 <<

[¹³] Alan Nothnagle, *Building the East Germany Myth* (Ann Arbor, 1999), pp. 103-104 <<

[¹⁴] Una exposición excelente sobre el debate entre Lisenko y Darwin en la URSS se encuentra en Peter Pringle, *The Murder of Nikolai Vavilov* (Nueva York, 2008) <<

[15] Ulrich Mählert, *Die Freie Deutsche Jugend 1945-1949* (Paderborn, 1995), pp. 22-45 <<

[16] Leonhard, *Child of the Revolution*, pp. 299-300 <<

[¹⁷] Mählert, *Freie Deutsche Jugend*, pp. 44-45 <<

[18] Leonhard, *Child of the Revolution*, pp. 318-326 <<

[19] DRA, F201-00-00/0004 (Büro des Intendanten Geschäftsunterlagen, 1945-1950), pp. 284-287 <<

[20] Mählert, *Freie Deutsche Jugend*, pp. 72-73 <<

[21] Stewart Thomson, en colaboración con Robert Bialek, *The Bialek Affair* (Londres, 1955), pp. 68-69 <<

[22] Entrevista con Ernst Benda, Berlín, 20 de mayo de 2008 <<

[23] Manfred Klein, *Jugend zwischen den Diktaturen: 1945-1956* (Maguncia, 1968), pp. 20-35 <<

[²⁴] Thomson con Bialek, *Bialek Affair*, pp. 76-78 <<

[25] Klein, *Jugend zwischen den Diktaturen*, p. 34 <<

[26] SAPMO-BA, DY24/2000, p. 13 <<

[27] *Ibid.*, p. 164 <<

[28] Mählert, *Freie Deutsche Jugend*, pp. 114-117; SAPMO-BA, DY24/2000, pp. 36-41 <<

[29] Klein, *Jugend zwischen den Diktaturen*, p. 67 <<

[30] Ueberschär, *Junge Gemeinde im Konflikt*, p. 65 <<

[31] Klein, *Jugend zwischen den Diktaturen*, pp. 73-74 <<

[32] V. V. Zajarov, *SVAG I Religioznie Konfesii Sovetskoi Zoni Okkupatsii Germanii, 1945-1949: Sbornik Dokumentov* (Moscú, 2006) pp. 244-247 <<

[33] *Ibid.*, pp. 248-249 <<

[³⁴] DRA F201-00-00/0004 (Büro des Intendanten Geschäftsunterlagen, 1945-1950), pp. 284-287 <<

[35] *Szabad Nép*, 19 de junio de 1946 <<

[³⁶] *Ibid.*, 20 de junio de 1946 <<

[37] *Ibid.*, 22 de junio de 1946 <<

[38] *Ibid.*, 23 de junio de 1946 <<

[39] Ferenc Nagy, *Küzdelem a vassfüggöny mögött* (Budapest, 1990), pp. 314-316 <<

[40] Imre Kovács, *Magyarország megszállása* (Budapest, 1990), p. 294; József Mindszenty, *Emlékirataim* (Budapest, 1989), p. 134; Margit Balogh, *A KALOT és a katolikus társadalompolitika 1935-1946* (Budapest, 1998), pp. 198-201 <<

[41] Peter Kenez lo describe como «nacionalista» y «antisemita» en *Hungary from the Nazis to the Soviets: The Establishment of the Communist Regime in Hungary, 1944-1948* (Nueva York, 2006), p. 165 <<

[42] Balogh, A KALOT és a katolikus társadalompolitika, p. 166 <<

[43] PIL, 286/31, pp. 7-11 <<

[44] *Ibidem* <<

[45] *Ibidem* <<

[46] *Ibid.*, pp. 13-15 <<

[47] *Ibid*, p. 172 <<

[48] Balogh, *A KALOT és a katolikus társadalompolitika*, p. 167 <<

[49] *Ibid.*, pp. 174-175 <<

[50] *Ibid.*, pp. 180-183 <<

[51] Kenez, *Hungary from the Nazis to the Soviets*, p. 279 <<

[52] *Szabad Nép*: 16 de julio de 1946, p. 3; 18 de julio de 1946, p. 1; 19 de julio de 1946, p. 1; 20 de julio de 1946, p. 3; 24 de julio de 1946, p. 3. Véase también László Borhi, *Hungary in the Cold War, 1945-1956: Between the United States and the Soviet Union* (Nueva York y Budapest, 2004), pp. 94-95; Kenez, *Hungary from the Nazis to the Soviets*, pp. 279-280 <<

[53] Balogh, *A KALOT és a katolikus társadalompolitika*, pp. 206-209 <<

[54] Henryk Saint Glass, *Harcerstwo jako czynnik odrodzenia Narodowego* (Varsovia y Plock, 1924), pp. 15-18 <<

[55] Norman Davies, *Rising '44: The Battle for Warsaw* (Nueva York, 2004), pp. 177-178, y 496 [Hay trad. cast.: *Varsovia 1944. La heroica lucha de una ciudad atrapada*, Barcelona, Planeta de Agostini, 2006]. También Julian Kwiek, *Związek Harcerstwa Polskiego w Latach 1944-1950. Powstanie, rozwój, likwidacja* (Torun, 1995), pp. 5-6 <<

[56] Karta, Archivos de Memoria, Bronisław Mazurek, I/531 <<

[57] M. Kowalik, *Harcerstwo w Stalowej Woli 1938-1981. Zapiski kronikarskie* (Varsovia, 1981) <<

[58] Karta, Archivos de Memoria, Janusz Zawisza-Hrybacz, II/1730 <<

[59] Entrevista con Maria Straszewska, Varsovia, 26 de mayo de 2008 <<

[60] Kwiek, *Zwiazek Harcerstwa Polskiego w Latach*, pp. 8-12 <<

[61] Ludwik Stanisław Szuba, *Harcerstwo na Pomorzu i Kujawac w Latach 1945-1950* (Bydgoszcz, 2006), p. 35 <<

[62] Kwiek, *Zwiazek Harcerstwa Polskiego w Latach*, p. 47 <<

[63] *Ibid.*, pp. 66-67 <<

[64] Entrevista con Julia Tazbirowa, Varsovia, 20 de mayo de 2009 <<

[65] K. Persak, *Odrodzenia harcerstwo w 1956 roku* (Varsovia, 1996), pp. 60-62; Kwiek, *Zwiazek Harcerstwa Polskiego w Latach*, p. 123 <<

[66] Entrevista con Straszewska <<

[67] A finales de la década de 1950 se fundó un movimiento scout «clandestino», que se mantuvo hasta 1989 <<

[68] AAN, Ministerstwo Oswiaty, 592 <<

[69] Jan Zaryn, *Dzieje Kościoła Katolickiego w Polsce, 1944-1989* (Varsovia, 2003), pp. 119-120 <<

[⁷⁰] Ferenc Pataki, *A Nékosz-legenda* (Budapest, 2005), pp. 179-197 <<

[71] PIL, 302 1/15, p. 11 <<

[72] También titulada, en inglés, *The Confrontation*
(<http://www.imbd.com/title/tt0062995/>) <<

[73] Entrevista con Iván Vitanyi, Budapest, 28 de enero de 2006 <<

[⁷⁴] PIL. 320/1/16, pp. 162-177 <<

[75] Tibor Huszar, «From Elites to Nomenklatura: The Evolution and Some Characteristics of Institutionalised Cadre Policy in Hungary (1945-1989)», *Review of Sociology*, 11, 2 (2005), pp. 5-73 <<

[76] Pataki, *A Nékosz-legenda*, pp. 173-175; e Istvan Papp, «A Nékosz legendája és valósága», en *Mítoszok, legendák, tévhitek a 20. századi magyar történelemről* (Budapest, 2005), pp. 309-338 <<

[77] Dini Metro-Roland, «The Recollections of a Movement: Memory and History of the National Organization of People's Colleges», *Hungarian Studies*, 15, 1 (2001), p. 84 <<

[⁷⁸] Pataki, *A Nékosz-legenda*, p. 259 <<

[79] PIL, 302 1/15; también 867/1/H-168 <<

[80] Pataki, *A Nékosz-legenda*, pp. 378-379 <<

[81] Papp, «A Nékosz legendája és valósága», p. 335 <<

8. LA RADIO

[¹] Entrevista con Andrzej Zalewski, Varsovia, 15 de septiembre de 2009 <<

[2] Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater: Cultural and Intellectual Life in Berlin, 1945-1948* (Berkeley, 1998), pp. 108-109 <<

[3] DRA, B202-00-00-06/0617 <<

[4] *Ibid.*, F201-00-00/0004, pp. 646-650 <<

[5] *Ibid.*, pp. 427-435 <<

[6] Peter Strunk, *Zensur und Zensoren* (Berlin, 1996), pp. 10-18 <<

[7] Markus Wolf y Anne McElvoy, *Man Without a Face: The Autobiography of the World's Greatest Spymaster* (Londres, 1999), p. 36 <<

[8] Strunk, *Zensur und Zensoren*, pp. 10-18 <<

[9] Schivelbusch, *In a Cold Crater*, pp. 109-110 <<

[¹⁰] DRA, F201-00-00/0004, p. 554 <<

[¹¹] Strunk, *Zensur und Zensoren*, p. 111 <<

[¹²] Conversación con Gunter Holzweissig, Berlín, 1 de octubre de 2006;
conversación con Ingrid Pietrzysnski, Potsdam, 16 de octubre de 2006 <<

[13] Michael Geyer, ed., *The Power of Intellectuals in Contemporary Germany* (Chicago, 2001), p. 252 <<

[¹⁴] DRA, 201-00-004/001, pp. 1-32 <<

[15] *Ibid.*, pp. 108-109 <<

[¹⁶] *Ibid.*, B202-00-071/0027 <<

[17] *Ibid.*, B202-00-03/0002 <<

[18] *Ibid.*, B202-00-06/40 <<

[¹⁹] *Ibid.*, F201-00-00/0004, PP. 532, 540, 600-15 <<

[20] *Ibid.*, p. 583 <<

[21] *Ibid.*, pp. 71-73 <<

[22] N. Timofeeva *et al.*, eds., *Politika SVAG v Oblasti Kulturi, nauki I Obrazonvaniya: Tseli, Metody, Rezultaty, 1945-1949 gg, Sbornik Dokumentov*, pp. 124-125 <<

[23] TVP, 85/14 y Stefania Grodzińska, *Juz nic nie musze* (Lublin, 2000), pp. 34-38 <<

[24] Los archivos del periódico de la resistencia *Tygodnik Mazowsze* se guardaron en el apartamento de los Billig después de que se declarara la ley marcial en 1981. *Gazeta Wyborcza*, 6 de diciembre de 2006, disponible en <http://wyborcza.pl/1,77023,3777590.html> <<

[25] Grodzińska, *Juz nic nie musze*, pp. 34-35 <<

[26] TVP, 85/2/2 <<

[27] Orden reimpressa en *Rzeczpospolita*, 15 de agosto de 1944 <<

[28] *Dziennik Ustaw Rzeczypospolitej Polskie* 10 (3 de noviembre de 1944); Agnieszka Sowa, «Gadajace skrzynki», *Polityka*, 37, 2521 (17 de septiembre de 2005), pp. 74-76; entrevista con Piotr Paszkowski, Varsovia, 21 de mayo de 2007 <<

[29] Tomasz Goban-Klas, *The Orchestration of the Media: The Politics of Mass Communications in Communist Poland and the Aftermath* (Boulder, 1994), pp. 53-54 <<

[30] Andrzej Krawczyk, *Pierwsza Próba Indoktrynacji: Działalność Ministerstwa Informacji I Propagandy w latach 1944-1947, Dokumenty do dziejów PRL*, vol. 7 (Varsovia, 1994), p. 36 <<

[31] NAC, catálogos de registros, disponibles en www.audiovis.nac.gov.pl; también NAC, Dokumentacja programowa Polskiego Radia, 21.02.1945, 9/8, s.19 <<

[32] TVP, 85/2/2 <<

[33] *Ibid.*, 85/2/1 <<

[³⁴] Władisław Szpilman, *The Pianist* (Londres, 1999), pp. 7-9. [Hay trad. cast.: *El pianista del gueto de Varsovia*, Madrid, Turpial, 2000]. <<

[35] TVP, 85/2/2 <<

[36] *Ibidem* <<

[37] *Ibid.*, 85/6/1 <<

[38] István Vida, «A demokratikus Magyar Rádió megteremtése és a Magyar Központi Híradó Rt. Megalakulása», en *Tanulmányok a Magyar Rádió történetéből 1925-1945* (Budapest, 1975), pp. 239-286; y Béla Lévai, *A rádió és a televízió krónikája 1945-1978* (Budapest, 1980), p. 11 <<

[39] Peter Kenez, *Hungary from the Nazis to the Soviets: The Establishment of the Communist Regime in Hungary, 1944-1948* (Nueva York, 2006), p. 89 <<

[40] Lévai, *A rádió és a televízió krónikája*, p. 15 <<

[⁴¹] *Ibid.*, p. 12; Vida, «A demokratikus Magyar Rádió», p. 246 <<

[42] Jenó Randé y János Sebestyén, *Azok a rádiós évtizedek* (Budapest, 1995), p. 112 <<

[43] Entrevista con Áron Tóbiás, Budapest, 21 de mayo de 2009 <<

[⁴⁴] Gyula Schöpflin, *Szélkiáltó* (Budapest, 1985), p. 60 <<

[45] Vida, «A demokratikus Magyar Rádió», pp. 249-251 <<

[46] *Ibid.*, p. 251 <<

[47] Lévai, *A rádió és a televízió krónikája*, pp. 16-26 <<

[48] László András Palkó, «A Magyar Rádió és az Államvédelmi Hatóság kapcsolata a Rákosi-korszakban», *Valóság* (enero de 2008), pp. 69-77 <<

[49] Schöpflin, *Szélkiáltó*, pp. 63-64 <<

[50] Randé y Sebestyén, *Azok a rádiós évtizedek*, pp. 110-112 <<

9. LA POLÍTICA

[¹] NA, RG218, estantería 190 2/15/3 CCS/JCS UD47, caja 15, carpeta 94
(cortesía de Antony Beevor) <<

[²] John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History* (Nueva York, 2005), pp. 5-6. [Hay trad. cast.: *La guerra fría*, Barcelona, RBA, 2008]. <<

[3] Uno de ellos asesinó al director de la Filármonica de Berlín. Véase Ruth Andreas-Friedrich, *Battleground Berlin: Diaries, 1945-1948* (Nueva York, 1990), pp. 86-92 <<

[4] Citado en Krystyna Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948* (Berkeley, 1991), p. 75 <<

[5] Iván T. Berend, *Central and Eastern Europe 1944-1993* (Cambridge, 1996), p. 30 <<

[6] Teresa Toranska, *Oni: Stalin's Polish Puppets*, trad. de Agnieszka Kołakowska (Varsovia, 2004), p. 484 <<

[7] Hermann Weber, ed., *DDR: Dokumente zur Geschichte der Deutschen Demokratischen Republik 1945-1985* (Munich, 1986), pp. 65-66 <<

[8] Stanisław Mikołajczyk, *The Rape of Poland* (Nueva York, 1948), p. 100.
[Hay trad. cast.: *La violación de Polonia*, Barcelona, Editorial Científico-Médica, 1950]. <<

[9] T. V. Volokitina *et al.*, eds., *Sovietski Faktor v Vostochnoi Evrope*, vol. 1 (Moscu, 1999), pp. 67-76 <<

[¹⁰] Gaddis, *Cold War*, p. 100 <<

[11] T. V. Volokitina *et al.*, eds., *Vostochnaya Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov, 1944-1953* (Moscó y Novosibirsk, 1997), pp. 330-331 <<

[¹²] R. J. Crampton, *A Concise History of Bulgaria* (Cambridge, 2006), pp. 182-183. [Hay trad. cast.: *Historia de Bulgaria*, Akal, Madrid, 2007]. <<

[13] Mikołajczyk, *Rape of Poland*, p. 98; también Martin Gilbert, «Churchill and Poland», conferencia inédita pronunciada en la Universidad de Varsovia, 16 de febrero de 2010. Gracias a Martin Gilbert <<

[¹⁴] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, p. 81 <<

[15] *Ibid.*, p. 113 <<

[16] «Protocol of Proceedings of Crimea Conference», disponible en <http://www.fordham.edu/halsall/mod/1945YALTA.html> <<

[17] Mikołajczyk, *Rape of Poland*, p. 127 <<

[18] *Ibid.*, pp. 130-134 <<

[19] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, p. 242 <<

[20] IWM, «The Struggles for Poland, Program Six», rollo E.156, entrevista con Włodzimierz Brus (gracias a Wanda Koscia), pp. 1-5 <<

[21] HIA, colección Stanisław Mikołajczyk, caja 103, carpeta 3, y caja 104, carpeta 9 <<

[22] *Ibidem* <<

[23] Tomasz Goban-Klas, *The Orchestration of the Media: The Politics of Mass Communications in Communist Poland and the Aftermath* (Boulder, 1994), p. 52 <<

[²⁴] HIA, colección Stanisław Mikołajczyk, caja 104, carpetas 4 y 5 <<

[25] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, pp. 252-253 <<

[26] Toranska, *Oni*, p. 273 <<

[27] *Ibid.*, p. 274 <<

[28] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, pp. 271-277 <<

[29] IWM entrevista con Brus <<

[30] *Ibidem* <<

[31] Andrzej Paczkowski, *Referendum z 30 czerwca 1946: Proba wstępnego bilansu* (Varsovia, 1992), p. 14 <<

[32] Andrzej Krawczyk, *Pierwsza próba indoktrynacji. Działalność Ministerstwa Informacji i Propagandy w latach 1944-1947*, Dokumenty do dziejów PRL, vol. 7 (Varsovia, 1994), p. 91 <<

[33] Paczkowski, *Referendum z 30 czerwca*, pp. 221-222 <<

[³⁴] Toranska, *Oni*, pp. 274-275 <<

[35] Krawczyk, *Pierwsza próba indoktrynacji*, p. 91 <<

[36] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, p. 320 <<

[37] IWM entrevista con Brus, pp. 15-20 <<

[38] Mikołajczyk, *Rape of Poland*, p. 198 <<

[39] Anita Prazmowska, *Poland: A Modern History* (Londres, 2010), p. 167

<<

[40] Solidaridad fue inicialmente un movimiento de resistencia, pero entre agosto de 1980 y diciembre de 1981 fue reconocido como un sindicato legal <<

[41] Ignác Romsics, *Hungary in the Twentieth Century* (Budapest, 1999), pp. 230-231 <<

[42] Peter Kenez, *Hungary from the Nazis to the Soviets: The Establishment of the Communist Regime in Hungary, 1944-1948* (Nueva York, 2006), p. 96 <<

[43] Volokitina *et al*, *Vostochnaya Evropa*, vol. I, pp. 271-274 <<

[⁴⁴] SNL, Colección Entrevista Histórica: Jenó Széll, Történeti Interjúk Tára, y Országos Széchényi Könyvtár, entrevista realizada por András Hegedüs, Gábor Hanák, Gyula Kozák e Ilona Szabóné Dér, 3 de agosto de 1985 <<

[45] *Ibid.*, entrevista con Széll <<

[46] *Ibidem* <<

[47] Györgi Gyarmati, «“Itt csak az fog történni, amit a kommunista párt akar!”: Adalékok az 1947: évi országgyűlési választások történetéhez», *Társadalmi Szemle*, 8-9 (1997), pp. 144-161 <<

[48] Volokitina *et al.*, eds., *Vostochnaya Evropa*, vol. I, pp. 243-244 <<

[49] T. V. Volokitina *et al.*, eds., *Sovietski Faktor*, vol. I, pp. 243-244 <<

[50] Ferenc Nagy, *The Struggle Behind the Iron Curtain* (Nueva York, 1948), p. 369 <<

[51] *Ibid.*, pp. 405-426 <<

[52] Gyarmati, «“Itt csak az fog történni, amit a kommunista párt akar!”», pp. 144-161 <<

[53] Dezsó Sulyok, *Két éjszaka nappal nélkül* (Budapest, 2004), pp. 387-391

<<

[54] Károly Szerencsés, *A kék cédulás hadművelet* (Budapest, 1992), pp. 59-73

<<

[55] Margit Balogh y Kataline S. Nagy, eds., *Asszonyorsok a 20. Században*, textos de conferencias de BME Szociológia és Kommunikáció Tanszék, 2000, pp. 297-309 <<

[56] Dirk Spilker, *The East German Leadership and the Division of Germany: Patriotism and Propaganda 1945-1953* (Oxford, 2006), pp. 53-54 <<

[57] Peter Greider, *The East German Leadership 1946-1973* (Manchester, 1999), pp. 17-25 <<

[58] El texto completo está disponible en
<http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1918/prrk/index.htm> <<

[59] Gary Bruce, *The Firm: The Inside Story of the Stasi* (Oxford, 2010), pp. 34-36 <<

[60] Wilfried Loth, *Stalin's Unwanted Child: The Soviet Union, the German Question and the Founding of the GDR*, trad. de Robert F. Hogg (Londres, 1998), p. 31 <<

[61] Spilker, *East German Leadership and the Division of Germany*, pp. 47-50

<<

[62] Andreas-Friedrich, *Battleground Berlin*, p. 130 <<

[63] *Ibid.*, p. 125 <<

[64] *Ibid.*, pp. 114-115 <<

[65] Walter Ulbricht, *On Questions of Socialist Construction in the GDR* (Dresde, 1968), pp. 78-90 <<

[66] Stefan Kreuzberger, «The Soviet Military Administration and East German Elections, Autumn, 1946», *The Australian Journal of Politics and History* (1999) <<

[67] Karl-Heinz Hajna, *Die Landtagswahlen 1946 in der SBZ* (Frankfurt, 2000), pp. 119-168 <<

[68] Spilker, *East German Leadership and the Division of Germany*, p. 101 <<

[69] Kreuzberger, «Soviet Military Administration and East German Elections» <<

[70] IWM entrevista con Benda <<

[71] Peter Skyba, «Jugendpolitik, Jugendopposition und Jugendwiderstand in der SED-Diktatur», en *Jugend und Diktatur. Verfolgung und Widerstand in der SBZ/DDR*. Dokumentation des XII. Bautzen-Forums am 4. Und 5. Mai 2001 (Leipzig, 2001), p. 40 <<

[72] IWM entrevista con Benda <<

[73] Sidney S. Alexander, *The Marshall Plan*, National Planning Association Planning Pamphlets n^{os} 60-61, febrero de 1948, p. 14 <<

[74] Giuliano Procacci *et al.*, eds., *The Cominform: Minutes of the Three Conferences, 1947/1948/1949* (Milán, 1994), p. 26 <<

[75] Volokitina, *et al*, eds., *Sovietski Faktor*, vol. 1, p. 459 <<

[76] Geoffrey Roberts, «Moscow and the Marshall Plan: Politics, Ideology and the Onset of the Cold War, 1947», *Europe-Asia Studies*, 46,8 (1994); también Volokitina, *et al*, eds., *Sovietski Faktor*, vol. I, pp. 462.65 <<

[77] Procacci *et al.*, eds., *Cominform*, pp. 26, 225-251 y 379 <<

[78] *Ibid.*, p. 43 <<

[79] *Ibid.*, p. 129 <<

[80] Kenez, *Hungary from the Nazis to the Soviets*, pp. 277-278 <<

[81] Jenő Randé y János Sebestyén, *Azok a rádiós évtizedek* (Budapest, 1995), pp. 127-129 <<

[82] Ivor Lukes, «The Czech Road to Communism», en Norman Naimark y Leonid Gibianski, eds., *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949* (Boulder, 1997), p. 259 <<

[83] Ekaterina Nikova, «Bulgarian Stalinism Revisited», en Vladimir Tismaneau, ed., *Stalinism Revisited* (Nueva York y Budapest, 2009), pp. 290-294 <<

10. LA ECONOMÍA

[¹] Giuliano Procacci *et al.*, eds., *The Cominform: Minutes of the Three Conferences, 1947/1948/1949* (Milán, 1994), p. 17 <<

[2] Ingolf Vogeler, «State Hegemony in Transforming the Rural Landscapes of Eastern Germany: 1945-1994», *Annals of the Association of American Geographers*, 86, 3 (septiembre de 1996), pp. 432-433 <<

[3] Jonathan Osmond, «From *Junker* estate to co-operative farm: East German Agrarian Society 1945-1961», en Patrick Major y Jonathan Osmond, eds., *The Workers' and Peasants' State* (Manchester, 2002), pp. 134-137 <<

[4] Gary Bruce, *Resistance with the People* (Oxford, 2003), p. 33 <<

[5] Peter Stachura, *Poland 1918-1945* (Londres, 2004), pp. 47-49 <<

[6] Nicolas Spulber, «Eastern Europe: The Changes in Agriculture from Land Reforms to Collectivization», *American Slavic and East European Review*, 13,3 (octubre de 1954), pp. 393-394 <<

[⁷] Krystyna Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948* (Berkeley, 1991), p. 166 <<

[8] *Polska-ZSSR: Struktury Podlegosci* (Varsovia, 1995), pp. 114-115 <<

[9] Iván Szelényi, ed., *Privatizing the Land: Rural Political Economy in Post-Communist Societies* (Londres, 1998), pp. 24-26 <<

[10] Spulber, «Eastern Europe», pp. 394-398. También Peter Kenez, *Hungary from the Nazis to the Soviets: The Establishment of the Communist Regime in Hungary, 1944-1948* (Nueva York, 2006), pp. 107-118 <<

[¹¹] Stephen Wegren, *Land Reform in the Former Soviet Union and Eastern Europe* (Londres, 1998), p. 226 <<

[¹²] PIL, 867/1/H-168 <<

[13] Mark Pittaway, «The Politics of Legitimacy and Hungary's Postwar Transition», *Contemporary European History* 13, 4 (2004), p. 465 <<

[14] Harris L.Coulter, «The Hungarian Peasantry: 1948-1956», *American Slavic and East European Review*, 18, 4 (diciembre de 1959), pp. 539-554; también Corey Ross, «Before the Wall: East Germans, Communist Authorithys, and the Mass Exodus to the West», *The Historical Journal*, 45, 2 (junio de 2002), pp. 459-480 <<

[15] Entrevista con Ulrich Fest, Wittenberg, 16 de abril de 2008 <<

[16] La relativa riqueza de las economías europeas en el período de entreguerras es difícil de calcular porque los datos no se recogieron del mismo modo en todo el continente. Sin embargo, una estimación muy aproximada sitúa el PIB per cápita en 1841 dólares en Checoslovaquia, 1638 dólares en Hungría y 1241 dólares en Polonia en 1937, en un momento en que en el Reino Unido estaba en 3610 dólares, en Francia en 2586 dólares y en Alemania en 2736 dólares. Para seguir con la comparativa, el PIB per cápita de Irlanda en 1937 era de 1836 dólares, y el de Grecia de 1373 dólares. Véase Mark Harrison, «GDPs of the URSS and Eastern Europe: Towards an Interwar Comparison», *Europe-Asia Studies*, 46, 2 (1994), pp. 243-259 <<

[¹⁷] V. I. Lenin, «*Left-Wing*» *Communism: An Infantile Disorder* (Sydney, 1999), p. 30. [Hay trad. cast.: *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Debarris, Barcelona, 2000]. <<

[18] SAPMO-BA, DY 30 IV 2/6.02 3, pp. 17-25 <<

[19] Primo Levi, *If This Is a Man and The Truce* (Londres, 1988), pp. 220-221.
[Hay trad.cast.: *Si esto es un hombre; La tregua; Los hundidos y los salvados*,
Barcelona, Círculo de Lectores, 2004]. <<

[20] AAN, MPIH, 2831 <<

[21] Entrevista con Fest <<

[22] Entrevista con Ulrich Schneider, Wittenberg, 16 de abril de 2008 <<

[23] Anders Åslund, *Private Enterprise in Eastern Europe* (Macmillan, 1985),
p. 26 <<

[²⁴] *Ibid.*, pp. 30-31 <<

[25] *Ibid.*, pp. 27-29 <<

[26] Entrevista con Janina Stobniak, Varsovia, 28 de noviembre de 2007 <<

[27] Conversación con Krystyna Paszkowska, Chobielin, 31 de diciembre de 2010 <<

[28] Entrevista con Stefan Grzeszkiewicz, Varsovia, 12 de octubre de 2007 <<

[29] György Polák, «Csapás, a feketekereskedelemre-A gazdasági rendőrség ténykedése 1945 után», *Korrajz 2002: A XX. Század Intézet Évkönyve* (Budapest, 2004), pp. 128-137 <<

[30] *Ibid.*, p. 135 <<

[31] *Ibid.*, pp. 128-137 <<

[32] MOL, XIX-G5 480/1946.2 <<

[33] Gergó Havadi, *Dokumentumok a fővárosi vendéglátók államosításáról 1949-1953* (ArchívNet 2009/2), disponible en <http://www.archivnet.hu/index.phtml?cikk=313> <<

[³⁴] György Majtényi, «Órök a vártán. Uralmi elit Magyarországon az 1950-es, 1960-as években», en Sándor Horváth, ed., *Mindennapok Rákosi és Kádár korában* (Budapest, 2008), pp. 289-316 <<

[35] Margit Földesi, *A megszállók szabadsága* (Budapest, 2002), pp, 108-136

<<

[36] Norman Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949* (Cambridge, Mass., 1995), pp. 172-173 <<

[37] Marek Jan Chodakiewicz, John Radziłowski y Dariusz Tolczyk, eds., *Poland's Transformation: A Work in Progress* (Charlottesville, 2003), pp. 157-193 <<

[38] David Crowley, *Warsaw* (Londres, 2003), p. 28 <<

[39] Padraic Kenney, *Rebuilding Poland: Workers and Communists 1945-1950* (Ithaca, 1997), p. 30 <<

[40] Naimark, *Russians in Germany*, pp, 184-186 <<

[41] Ignác Romsics, *Hungary in the Twentieth Century* (Budapest, 1999), pp. 248-249 <<

[42] Kenney, *Rebuilding Poland*, p. 81 <<

[43] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland*, p. 251. Łódź, Silesia y Gdansk se convertirían en importantes centros para el sindicato independiente Solidaridad en 1980 <<

[⁴⁴] Gyula Belényi, *Az állam szorításában. Az ipari munkásság társadalmi átalakulása 1945-1965* (Budapest, 2009), pp. 49-51 y 158-159 <<

[45] Henryk Różanski, *Śladem Wspomnień u Dokumentów (1943-1948)* (Varsovia, 1987), p. 142 <<

[46] Jochen Laufer, «From Dismantling to Currency Reform», en Konrad H. Jarausch, ed., *Dictatorship as Experience: Towards a Socio-Cultural History of the GDR* (Nueva York, 1999), pp. 73-90 <<

[47] Tamás Lossonczy, *The Vision Is Always Changing* (Budapest, 2004), pp. 98-100 <<

[48] William A. Bomberger y Gail E. Makinen, «Hungarian Hyperinflation and Stabilization of 1945-1946», *The Journal of Political Economy*, 91, 5 (octubre de 1983), pp. 801-824 <<

[49] Jeffrey Kopstein, *The Politics of Economic Decline in East Germany, 1945-1989* (Chapel Hill, 1997), p. 21 <<

[50] Citado en Kenney, *Rebuilding Poland*, p. 90 <<

[51] Citado en Kopstein, *Politics of Economic Decline in East Germany*, p. 26

<<

[52] AAN, MPiH 2832, p. 1 <<

[53] *Ibid.*, MO 568, pp. 2-12 <<

[54] *Ibid.*, p. 22; veáse también [<<http://www.drukarnia-anczyca.com.pl/historia/1945-1957](http://www.drukarnia-anczyca.com.pl/historia/1945-1957)

[55] SAPMO-BA, DC 30/IV 2/6.02 116 <<

[56] SAPMO-BA, DY 30 IV 2/6.02 76 <<

[57] SAPMO-BA, DC 20/12046 <<

[58] BStU MfSZ, Sekretariat d. Ministers (Min.) 387, p. 622 <<

[59] Rózanski, *Śladem Wspomnień u Dokumentów*, p. 145 <<

[60] Jo Langer, *Convictions: My Life with a Good Communist* (Londres, 2011), pp. 17-19. [Hay trad. cast.: *Convicciones: recuerdos de una vida compartida con un militante*, Tarragona, Acervo, 1982]. <<

[61] DRA, F201-00-00/0004, pp. 309-310 <<

[62] DRA, B204-02-01/0364 <<

[63] Peter Grothe, *To Win the Minds of Men: The Story of the Communist Propaganda War in East Germany* (Palo Alto, 1958), pp. 141-142 <<

[64] DRA, F201-00-00/0004, pp. 318-331 <<

[65] Bolesław Bierut, *Szescoletni Plan Odbudowy Warszawy* (Varsovia, 1950)

<<

11. LOS ENEMIGOS REACCIONARIOS

[¹] T. V. Volokitina *et al.*, eds., *Vostochnaya Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov, 1944-1953* (Moscó y Novosibirsk), 1997, pp. 25-28 <<

[2] *Ibidem* <<

[3] Elena Zubkova, *Russia After the War: Hopes, Illusions, and Disappointments, 1945-1957*, trad. de Hugh Ragsdale (Armonk, 1998), p. 18; véase también Joseph Brodsky, *Less Than One: Selected Essays*, Nueva York, 1986, pp. 26-29. [Hay trad. cast.: *Menos que uno: ensayos escogidos*, Madrid, Siruela, 2006]. <<

[⁴] Robert Service, *A History of Twentieth-Century Russia* (Londres, 1997), p. 299. [Hay trad. cast.: *Historia de Rusia en el siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2000]. <<

[5] Véase Amir Weiner, «The Empires Pay a Visit: Gulag Returnees, East European Rebellions and Soviet Frontier Politics», *The Journal of Modern History*, 78,2 (junio de 2006), pp. 333-376, para una discusión general de esta idea <<

[6] Anne Applebaum, *Gulag: A History of the Soviet Camps* (Londres, 2003), pp. 414-427. [Hay trad. cast.: *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Debate, 2004]. <<

[7] Ivan T. Berend, *Central and Eastern Europe 1944-1993* (Cambridge, 1996), p. 34 <<

[8] Véase <http://www.psywarrior.com/RadioFreeEurope.html> para una explicación del proyecto con los globos <<

[9] Véase George Urban, *Radio Free Europe and the Pursuit of Democracy: My War Within the Cold War* (New Haven, 1997), para una elegante explicación de los orígenes, la historia y el impacto de la RFE <<

[¹⁰] Véanse, por ejemplo, historias generales y libros de texto recientes como el de John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History* (Nueva York, 2005). [Hay trad. cast.: *La guerra fría*, Barcelona, RBA, 2008]. ; Elizabeth Edwards Spalding, *The First Cold Warrior: Harry Truman, Containment, and the Making of Liberal Internationalism* (Louisville, 2006); Martin McCauley, *Origins of the Cold War* (Nueva York, 2008); V. M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev* (Chapel Hill, 2008); y Jonathan Haslam, *Russia's Cold War* (New Haven y Londres, 2010)

<<

[¹¹] Entrevista con Czesław Kiszczak, Varsovia, 25 de mayo de 2007. Aunque su padre era polaco, su madre era rusa. El lugar de nacimiento de Rokosovski es objeto de discusión: puede que fuera de Varsovia, o puede que no, y sus biógrafos dan versiones diferentes. Muchas gracias al embajador Rodric Braithwaite por sus explicaciones sobre este asunto <<

[12] Andrzej Zak, «Tradycje Armii Krakowej w Wojsku Polskim», en Krzysztof Komorowski, ed., *Armia Krajowa: szkice z dziejów Sił Zbrojnych Polskiego Państwa Podziemnego* (Varsovia, 1999); también Halmy Kund, «János Mecséri: An Army Officer in the Revolution», conferencia pronunciada en el museo Terror Háza, Budapest, octubre de 2006 <<

[13] Para ver la explicación que la Fundación Marshall ofrece sobre sí misma, véase <http://marshallfoundation.org/documents/MarshallPlanArticleOPT.pdf>
<<

[¹⁴] David E. Murphy, Sergei A. Kondrashev y George Bailey, *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War* (New Haven y Londres, 1997), p. 57 <<

[15] *Ibid.*, pp. 67-69 <<

[16] *Ibid.*, p. 71 <<

[17] V. V. Zajarov, «Mezhdy vlastyu i veroi», texto de introducción en *SVAG i Religioznaya Konfessii Sovetskoi zoni okkupatsii Germanii, 1945-49: Sbornik Dokumentov* (Moscú, 2006), pp. 50-51 <<

[¹⁸] DRA, F201-00-00/0006, pp. 11-20 <<

[19] József Gyula Orbán, *Katolikus papok békemozgalma Magyarországon 1950-1956*, Budapest, 2001, p. 94 <<

[20] Helmut David Baer, *The Struggle of Hungarian Lutherans Under Communism* (College Station, Tex., 2006), p. 16 <<

[21] Richard Pipes, *Russia Under the Bolshevik Regime, 1919-1924* (Londres, 1994), pp. 346-352 <<

[22] *SVAG i Religioznaya Konfessii*, pp. 228-231 <<

[23] Ellen Ueberschär, *Junge Gemeinde im Konflikt: Evangelische Jugendarbeit in SBZ und DDR 1945-1961* (Stuttgart, 2003), pp. 63-64 <<

[²⁴] Jan Zaryn, *Dzieje Kościoła Katolickiego w Polsce: 1944-1989* (Varsovia, 2003), pp. 64-69 <<

[25] PIL, f.83, KV <<

[26] József Mindszenty, *Memoirs* (Nueva York, 1974), p. 31. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Barcelona, Caralt, 1979]. <<

[27] Gábor Kiszely, *ÁVH: Egy terrrorszervezet története* (Budapest, 2007), p. 102 <<

[28] *Ibid.*, p. 104 <<

[29] *Ofensywa kleru a nasze zadania*, documento reimpreso en Jan Zaryn, *Kościół w PRL* (Varsovia, 2004), p. 20 <<

[30] SAPMO-BA, DO 1 11/873 y DY 24 3823 <<

[31] Hemann Wentker, «Kirchenkampf in der DDR: Der Konflikt um die Junge Gemeinde 1950-1953», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (enero de 1994), p. 116 <<

[32] SAPMO-BA, DY 24 3665 <<

[33] Entrevista con Ulrich Fest, Wittenberg, 16 de abril de 2008 <<

[³⁴] Mary Fulbrook, *Anatomy of a Dictatorship: Inside the GDR, 1949-1989* (Oxford, 1995), pp. 91-99 <<

[35] Ueberschär, *Junge Gemeinde im Konflikt*, pp. 192-200 <<

[36] Entrevista con Fest <<

[37] Kiszely, *ÁVH*, p. 104 <<

[38] *Ibid.*, pp. 104-107 <<

[39] Orbán, *Katolikus papok békemozgalma Magyarországon*, pp. 56-59 <<

[40] Entrevista con Sándor Keresztes, Budafok, 12 de febrero de 2009 <<

[41] Zaryn, *Dzieje Kościoła Katolickiego w Polsce*, p. 94 <<

[42] En Marian S. Mazgaj, *Church and State in Communist Poland: A History, 1944-1989* (Nueva York, 2010), pp. 60-61 <<

[43] Zaryn, *Dzieje Kościoła Katolickiego w Polsce*, pp. 101-102 <<

[⁴⁴] *Ibid.*, pp. 120-121 <<

[45] *Ibid.*, p. 126 <<

[46] *Ibidem* <<

[47] Csaba Szabó, *Egyházügyi hangulatjelentések* (Budapest, 2000), pp. 125 y 136 <<

[48] Wentker, «Kirchenkampf in der DDR», p. 116 <<

[49] MOL, 276 f.65/359 <<

[50] Veáse Wojciech Czuchnowski, *Blizna. Proces Kurii krakowskiej 1953* (Cracovia, 2003) <<

[51] Véase Csaba Szabó, *A Grósz-per előkészítés* (Budapest, 2001) <<

[52] Kiszely, *ÁVH*, pp. 104-105 <<

[53] Mindszenty, *Memoirs*, pp. 1-2 <<

[54] Andrzej Micewski, *Cardinal Wyszynski: A Biography*, trad. de William R. Brand y Katarzyna Mroczowska-Brand (Nueva York, 1984), pp. 1-2 <<

[55] Margit Balogh, *Mindszenty József: 1892-1975* (Budapest, 2002), pp. 60-76 <<

[56] Cardenal Stefan Wyszyński, *A Freedom Within*, trad. de Barbara Krzywicki-Herbert y el reverendo Walter J. Ziemba (Nueva York, 1982), p. 15. [Hay trad. cast.: *Diario de la cárcel*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1984]. <<

[57] Árpád Pünkösti, «You Are Not Primate Here», *The Hungarian Quarterly*, 36, 144 (invierno de 1996) <<

[58] Balogh, *Mindszenty József*, p. 100 <<

[59] Mindszenty, *Memoirs*, p. 76 <<

[60] *Ibid.*, p. 100 <<

[61] Wyszynski, *Freedom Within*, pp. 25-26 <<

[62] Micewski, *Cardinal Wyszynski*, p. 66 <<

[63] Zaryn, *Dzieje Kościoła Katolickiego w Polsce*, pp. 134-156 <<

[64] Micewski, *Cardinal Wyszynski*, p. 20 <<

[65] Mindszenty, *Memoirs*, pp. 197-198 <<

[66] Micewski, *Cardinal Wyszynski*, pp. 53-55 <<

[67] Balogh, *Mindszenty József*, pp. 16-18 <<

[68] Entrevista con Hans-Jochen Tschiche, Satuelle, 18 de noviembre de 2006

<<

[69] Keith Armes, «Chekists in Cassocks», *Demokratisatsiya*, 4 (1993), pp. 72-83 <<

[70] OSA, 300/50/6, carpeta 124 <<

[71] M. Tinz, «Friedenspriester in der Tschechoslowakei. Im Dienste der Partei», *Digest des Ostens* (1977), p. 42 <<

[72] Orbán, *Katolikus papok békemozgalma Magyarországon*, p. 94 <<

[73] *Ibid.*, pp. 103-104 <<

[⁷⁴] *Ibid.*, pp. 107-108 <<

[75] *Ibidem* <<

[⁷⁶] Jacek Zurek, *Ruch «Ksiezy Patriotow»*, Varsovia, 2008, pp. 56-59 <<

[77] Orbán, *Katolikus papok békemozgalma Magyarországon*, pp. 188-189 <<

[78] Tadeusz Isakowicz-Zaleski, *Ksieza Wobec Bezpieki* (Cracovia, 2007), p. 44 <<

[79] OSA, 300/50/6, carpeta 124 <<

[80] Zurek, *Ruch «Ksiezy Patriotow»*, p. 105 <<

[81] Isakowicz-Zaleski, *Ksieza Wobec Bezpieki*, p. 46 <<

[82] *Ibidem* <<

[83] Entrevista con Sándor Ladányi, Budapest, 12 de marzo de 2008; véase también Sándor Ladányi, *A magyar református egyház 1956 tükrében* (Budapest, 2006), e Isakowicz-Zaleski, *Ksieża Wobec Bezpieki* <<

12. LOS ENEMIGOS INTERNOS

[¹] Arthur Koestler, *Darkness at Noon* (Nueva York, 2006), p. 244. [Hay trad. cast.: *El cero y el infinito*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003]. <<

[2] Csaba Békés, Malcolm Byrne y János Rainer, eds., *The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents* (Budapest y Nueva York, 2003), p. 16

<<

[3] Joel Korte y Pierre Rigolout, *Le Siècle des camps* (París, 2001), pp. 544-548; también Andrzej Paczkowski, «Poland, the Enemy Nation», en Stéphane Courtois *et al.*, eds., *The Black Book of Communism* (Cambridge, 1999), pp. 363-393. [Hay trad. cast.: *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010]. <<

[4] Romulus Rusan, *The Chronology and Geography of Repression in Romania*, Bucurest, 2007, pp. 28-30 <<

[5] Paczkowski, «Poland, The Enemy Nation», pp. 237-238 <<

[6] György Gyarmati, «Hungary in the Second Half of the Twentieth Century», en István György Tóth, ed., *A Concise History of Hungary*, Budapest, 2005, pp. 58-581 <<

[7] Rusan, *Chronology and Geography of Repression*, p. 31 <<

[8] Karta, Archivo de Memoria, Waław Beynar, II/542 <<

[9] *Ibid.*, Stanisław Szostak, II/2944 <<

[10] Alina Gałań y Zygmunt Mankowski, eds., *Wieżniowie Politycyjni na Zamku Lubelskim* (Lublin, 1996), pp. 20-31 <<

[¹¹] Frank Drauschke, Arseny Roginsky y Anna Kaminsky, eds., *Erschossen in Moskau* (Berlín, 2005) <<

[12] Barbara Bank, «Az internálás és kitelpítés dokumentumai a történeti levéltárban», *Az átmenet évkönyve, 2003* (Budapest, 2004), pp. 125-130; también Gyarmati, «Hungary in the Second Half of the Twentieth Century», p. 581 <<

[13] Rusan, *Chronology and Geography of Repression*, pp. 31-32 <<

[¹⁴] Kotek y Rigolout, *Le Siècle des camps*, pp. 543-544 <<

[15] Dennis Deletant, *Romania Under Communist Rule* (Bucarest, 2006), p. 109 <<

[16] Tzvetan Tódorov, *Voices from the Gulag*, trad. de Robert Zaretsky (University Park, Pa., 1999), pp. 39-40 <<

[17] Kotek y Rigolout, *Le Siècle des camps*, p. 559 <<

[18] Bank, «Az internálás és kitelepítés dokumentumai a történeti levéltárban»,
pp. 107-130 <<

[19] Véanse *Magyar tudóslexikon A-tól Zs-ig* (Budapest, 1998), p. 192; *Magyar Internacjonalisták* (Budapest, 1980); Rudolf Garasin, *Vörössipkás lovagok* (Budapest, 1967); Rudolf Garasin, *Zrínyi Katonai Kiadó* (Budapest, 1976) <<

[20] PIL, 867/f.11/g-24, pp. 15-58 <<

[21] MOL, 276/65184, pp. 133-139 <<

[22] Conversaciones con Mária Schmidt, Sándor M. Kiss y Barbara Bank; también Géza Böszörményi, *Recsk 1950-1953* (Budapest, 2005), p. 49 <<

[23] Bank, «Az internálás és kitelepítés dokumentumai a történeti levéltárban»,
p. 122 <<

[²⁴] De una conversación con Barbara Bank, Recsk, 4 de julio de 2009 <<

[25] Böszörményi, *Recsk*, p. 261 <<

[26] ABTL, 3.1.9. V-107373 <<

[27] György Faludy, *My Happy Days in Hell*, trad. de Kathleen Szasz (Londres, 2010), p. 304 <<

[28] *Törvénytelen szocializmus: A Tényfeltáró Bizottság jelentése* (Budapest, 1991), p. 96 <<

[29] Faludy, *My Happy Days in Hell*, p. 371 <<

[30] PIL, 962/2 <<

[31] Fitzroy Maclean, *Eastern Approaches* (Londres, 1991), pp. 82 y 94 <<

[32] Asistí a esta conferencia mientras estudiaba en Yale, en el otoño de 1982

<<

[33] Mária Schmidt, *Battle of Wits*, trad. de Ann Major (Budapest, 2007), p. 171 <<

[³⁴] T. V. Volokitina *et al.*, eds., *Vostochnaya Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov 1944-1953* (Moscó y Novosibirsk, 1997), pp. 814-829 <<

[35] *Ibid.*, pp. 936-942 <<

[36] Andrzej Paczkowski *et al.*, *Polska w Dokumentach z archiwów rosyjskich 1949-1953* (Varsovia, 2000), pp. 82-83 <<

[37] Volokitina *et al.*, eds., *Vostochnaya Yevropa*, pp. 830-858 <<

[38] Igor Lukes, «The Rudolf Slánský Affair: New Evidence», *Slavic Review* 58, 1 (primavera de 1999), pp. 160-166 <<

[39] *Ibid.*, pp. 164-166 <<

[40] Jří Pelikán, ed., *The Czechoslovak Political Trials, 1950-1954: The Suppressed Report of the Dubcek Government's Commission of Inquiry, 1968* (Stanford, 1975), pp. 104-109 <<

[41] Igor Lukes, *Rudolf Slánský: His Trials and Trial*, Cold War International History Project (Washington DC, 2006), p. 52 <<

[42] Zbigniew Blazynski, *Mówi Józef Światło* (Varsovia, 2003), pp. 252-253

<<

[43] Andrzej Werblan, *Stalinizm w Polsce* (Varsovia, 2009), p. 128 <<

[⁴⁴] George H. Hodos, *Show Trials: Stalinist Purges in Eastern Europe, 1948-1954* (Nueva York, 1987), p. 135 <<

[45] *Ibid.*, p. 28 <<

[46] Schmidt, *Battle of Wits*, p. 108; también Lukes, «The Rudolf Slánský Affair», pp. 166-169 <<

[47] Schmidt, *Battle of Wits*, pp. 133-135 <<

[48] *Lászlo Rajk and His Accomplices Before the People's Court*, publicación de la oficina de la fiscalía del Estado húngara (Budapest, 1949), pp. 146-163

<<

[49] Béla Szász, *Volunteers for the Gallows* (Nueva York, 1971), p. 123 <<

[50] Karel Kaplan, *Report on the Murder of the General Secretary*, trad. de Karel Kovanda (Columbus, 1990), p. 44 <<

[51] *Ibid.*, pp. 152-192; *László Rajk and His Accomplices*, pp. 146-163; Szász, *Volunteers for the Gallows*, p. 123 <<

[52] Pelikán, *Czechoslovak Political Trials*, p. 81 <<

[53] Konrad Rokicki, «Aparatu obras Wlasny», en Kazimierz Krajewski y Tomasz Labuszewski, eds., *Zwyczajny Resort: Studia o aparacie bezpieczenstwa 1944-1956* (Varsovia, 2005), p. 112 <<

[54] Tomáš Bouška y Klara Pinerova, *Czechoslovak Political Prisoners* (Praga, 2009), p. 14 <<

[55] Szász, *Volunteers for the Gallows*, pp. 51 y 59 <<

[56] Konrad Rokicki, ed., *Department X MBP: Wzorce-Struktury-Dzialanie* (Varsovia, 2007), p. 113 <<

[57] *Ibid.*, pp. 110-111 <<

[58] Bouška y Pinerova, *Czechoslovak Political Prisoners*, p. 15 <<

[59] István Rév, «Indicting Rajk», ponencia presentada en el Simposio de Investigación del Departamento de Estudios Eslavos de la Universidad de Pensilvania, 18 de abril de 2009, disponible en http://ccat.sas.upenn.edu/slavic/events/slavic_symposium/Comrades_Please_Shoot_me/Rev_Rajk.pdf <<

[60] Las citas que siguen están extraídas de una transcripción que estuvo en posesión de Mieczysław Rakowski y que ahora está disponible en HIA, colección Rakowski <<

[61] Jo Langer, *Convictions: My Life with a Good Communist* (Londres, 2011), p. 30. [Hay trad. cast.: *Convicciones: recuerdos de una vida compartida con un militante*, Tarragona, Acervo, 1982]. <<

[62] Michael Scammell, *Koestler: The Literary and Political Odyssey of a Twentieth-Century Skeptic* (Nueva York, 2009), p. 413 <<

[63] OSA, 23/1/25 <<

[64] József Mindszenty, *Emlékirataim* (Budapest, 1989), p. 100 [Hay trad. cast.: *Memorias*, Barcelona, Caralt Editores, 1979]. <<

[65] Szász, *Volunteers for the Gallows*, p. 56 <<

[66] Melissa Feinberg, «Only an Imperialist Could Think Up Such a Notion», ponencia ofrecida en el Simposio de Investigación del Departamento de Estudios Eslavos de la Universidad de Pensilvania, 18 de abril de 2009 <<

[67] Karta, Archivo de Memoria, expediente «Różnosci, 1944-1956» <<

[68] *Frage und Antwort*, 6 (1950) <<

[69] Karta, Archivo de Memoria, expediente «Róznosci, 1944-1956». Los escarabajos de la patata de Colorado pueden verse aquí: <http://www.youtube.com/watch?v=0CYKU9jmBK0> <<

[70] *HALT Amikäfer* (Berlin: Amt für Information der Regierung der DDR, 1950) <<

[71] OSA, colección de documentales, *Statarium*, dirigida por András Sipos, 1989 <<

[72] MOL, 276/65/324, p. 36 <<

[73] Faludy, *My Happy Days in Hell*, p. 254 <<

[⁷⁴] *Ibid.*, p. 240 <<

[75] Langer, *Convictions*, p. 2 <<

[⁷⁶] Entrevista con Attila Pók, Budapest, 13 de febrero de 2009 <<

[77] Zsuzsanna Ágnes Berényi, *A szabadkőművesség kézikönyve* (Budapest, 2001), pp. 185-187 y 193; «*Grossaufseher: A magyar szabadkőművesség története 1945 és 1950 között: módszerek és célkitűzések*», *Kelet* (enero de 2008), pp. 62-76 <<

[78] ABTL, O-8511, pp. 1-9 <<

13. «HOMO SOVIETICUS»

[¹] Gyula Schöpflin, *Szélkiáltó* (Budapest, 1985), p. 62 <<

[2] Alexander Zinoviev, *Homo Sovieticus*, trad. de Charles Janson (Boston, 1986) <<

[3] *Partei und Jugend: Dokumente marxistischer-leninistischer Jugendpolitik*, Herausgegeben vom Zentralrat der Freien Deutschen Jugend und des Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee der SED (Berlin Este, 1986), p. 326 <<

[4] Ulrich Mähler, *Die Freie Deutsche Jugend 1945-1949* (Paderborn, 1995),
p. 34 <<

[5] Heinz-Hermann Krüger y Winfried Marotzki, «Pädagogik und Erziehungsalltag in der DDR: Zwischen Systemvorgaben und Pluralität», en *Studien zur Erziehungswissenschaft und Bildungsforschung* 2 (Opladen, 1994), p. 195 <<

[6] Véase, por ejemplo, Janusz Korczak, *Ghetto Diary* (New Haven, 2003); véase también <http://www.holocaustresearchproject.org/ghettos/korczak.html>
<<

^[7] A. S. Makárenko, *The Road to Life*, vol. 2, trad. de Ivy y Tatiana Litvinov (Moscú 1951), p. 206. [Hay trad. cast.: *Poema pedagógico*, Madrid, Akal, 2002]. <<

[8] Leonore Ansorg, *Kinder im Klassenkampf: Die Geschichte der Pionierorganisation von 1948 bis Ende der fünfziger Jahre* (Berlin, 1997), pp. 30-40 <<

[9] Marta Brodala, «Propaganda dla Najmłodszych w latach 1948-1956», en *Przebudować Człowieka* (Varsovia, 2001), p. 21 <<

[10] *Ibid.*, pp. 58-63 <<

[¹¹] *Ibid.*, p. 57 <<

[¹²] Alex Wedding, *Die Fahne des Pfeiferhansleins* (Berlin, 1953), pp. 231-232 <<

[13] Radek Sikorski, *Full Circle: A Homecoming to Free Poland* (Nueva York), 1997, p. 37 <<

[¹⁴] AAN, Ministerstwo Edukacji Narodowej, 230, pp. 1-7 <<

[¹⁵] Rafal Stobiecki, *Historiografia PRL* (Varsovia, 2007), p. 73 <<

[16] Siegfried Baske y Martha Engelbert, *Dokumente zur Bildungspolitik in der sowjetischen Besatzungszone* (Berlín, 1966), p. 87 <<

[17] *Ibid.*, pp. 4-8 <<

[18] Frederick Taylor, *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany* (Londres, 2011), p. 327 <<

[19] AAN, Ministerstwo Edukacji Narodowej, 598, p. 1 <<

[20] *Ibid*, 587, pp. 4-8 <<

[21] *Ibid*, 592, pp. 21-26 <<

[22] *Ibid*, 588, p. 495 <<

[23] *Ibid*, 241, pp. 5-15 <<

[²⁴] Baske y Engelbert, *Dokumente zur Bildungspolitik*, p. 26 <<

[25] AAN, Ministerstwo Edukacji Narodowej, 238, p. 22 <<

[26] John Connelly, *Captive University: The Sovietization of East German, Czech and Polish Higher Education 1945-1956* (Chapel Hill y Londres, 2000), p. 97 <<

[27] *Ibid.*, p. 43 <<

[28] *Ibid.*, p. 71 <<

[29] *Ibid.*, p. 135 <<

[30] *Ibid.*, p. 84 <<

[31] *Ibid.*, p. 178 <<

[32] *Partei und Jugend*, p. 345 <<

[33] Andrzej Gawryszewski, *Ludność Polski w XX wieku* (Warszawa, 2005), pp. 328-329 <<

[³⁴] Entrevista con Eugeniusz Mroczowski, Varsovia, 25 de mayo de 2007 <<

[35] Connelly, *Captive University*, p. 228 <<

[36] *Ibid.*, pp. 235 y 252 <<

[37] Bartosz Cichocki y Krzysztof Józwiak, *Najważniejsze są Kadry: Centralna Szkoła Partyjna PPR/PZPR* (Warsaw, 2006), pp. 68-80 <<

[38] Connelly, *Captive University*, p. 239 <<

[39] *Ibid.*, pp. 246-247 <<

[40] James Mark, «Discrimination, Opportunity and Middle-Class Success in Early Communist Hungary», *The Historical Journal*, 48/2 (junio de 2005), p. 506 <<

[41] Entrevista con Krzysztof Pomian, Varsovia, 2 de mayo de 2008 <<

[42] Entrevista con Erich Loest, Leipzig, 12 de diciembre de 2006 <<

[43] Conversación con Piotr Paszkowski, Varsovia, mayo de 2012 <<

[⁴⁴] Błazej Brzostek, *Robotnicy Warszawy* (Varsovia, 2002), pp. 45-47 <<

[45] AAN, Ministerstwo Edukacji Narodowej, 581 <<

[46] Brodala, «Propaganda dla Najmłodszych w latach», pp. 40-44 <<

[47] MOL, 276/65/156, pp. 63-86 <<

[48] SAPMO-BA, DY 30/J IV 2/2 A 415 <<

[49] Brodala, «Propaganda dla Najmłodszych w latach», p. 48 <<

[50] «Frohe Ferientage für alle Kinder», Beschluss des Politbüros vom 30.3.1951, Anlagenummer fünf; SAPMO-BA, DY 30/IV 2/905/130, Bl. 8ff

<<

[51] SAPMO-BA, DY 25/482 <<

[52] PIL, 286/23, pp. 118-130 <<

[53] *Ibid*, 286/18, pp. 214-215 <<

[54] Entrevista con Pomian <<

[55] Instituto 1956, expediente 22 <<

[56] Wiesław Kot, «Wyscigowiec ofiarny», *Wprost*, 43 (2007), pp. 86-92; véase también Padraic Kenney, *Rebuilding Poland: Workers and Communists 1945-1950* (Ithaca, 1997), p. 247 <<

[57] Sándor Horváth, «Élmunkások és sztahanovisták», *História* (agosto de 1998) <<

[58] John Rodden, *Repainting the Little Red Schoolhouse: A History of Eastern German Education, 1945-1995* (Nueva York, 2002), p. 58 <<

[59] *Ibid.*, p. 59 <<

[60] MOL, 276/65/156, p. 35 <<

[61] Izabella Main, «President of Poland or “Stalin’s Most Faithful Pupil”: The Cult of Bolesław Bierut in Stalinist Poland», en Bálasz Apor *et al.*, eds., *The Leader Cult in Communist Dictatorships* (Nueva York, 2004), p. 188 <<

[62] Paul Gregory, *The Political Economy of Stalinism: Evidence from the Soviet Secret Archives* (Cambridge, 2004), pp. 103-109 <<

[63] MOL, 276/65/156, pp. 1-6 <<

[64] DRA, F201-00-00/0002, p. 41 <<

[65] David Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization: Ideas, Power, and Terror in Inter-War Russia* (Nueva York, 2007), p. 314 <<

[66] Citado en Mark Pittaway, «The Reproduction of Hierarchy: Skill, Working-Class Culture, and the State in Early Socialist Hungary'», *The Journal of Modern History*, 74, 4 (diciembre de 2002), p. 742 <<

[67] Dagmar Semmelmann, «*Man war total entwurzelt und musste erst wieder Wurzeln schlagen*»: *Zur Integration von Flüchtlingen und Vertriebenen in der SBZ/DDR aus lebensgeschichtlicher Sicht-dargestellt am Sonderfall Eisenhüttenstadt* (historia oral, publicada en CD, 2005) <<

[68] Pittaway, «Reproduction of Hierarchy», p. 741 <<

[69] MOL, 276/65/186, pp. 10-135 <<

[70] PIL, 286/18, p. 217 <<

[71] El Museo Etnográfico húngaro conmemoró esta exposición en marzo de 2012, en el sexagésimo aniversario: véase [<<](http://www.neprajz.hu/kiallitasok.php?menu=3&kiallitas_id=121)

[72] Main, «President of Poland or “Stalin’s Most Faithful Pupil”», pp. 179-193 <<

[73] SAPMO-BA, DY 30/J IV 2/2, p. 22 <<

[74] Christian Ostermann, ed., *Uprising in East Germany 1953: The Cold War, the German Question and the First Major Upheaval Behind the Iron Curtain* (Budapest y Nueva York, 2001), p. 20 <<

[75] SAPMO-BA, DY 30/IV 2/1/61, pp. 136-157 <<

[76] Véase, por ejemplo, SAPMO-BA, DY 30/IV 2/9.06/173; véase también DRA, 201-00-0010003, pp. 129-133 <<

[77] BStU MfSZ, Sekretariat d. Ministers (Min.) 387, pp. 502-505 <<

[⁷⁸] DRA, B012765756; también Harry Pross, «On Mann's Political Career», *Journal of Contemporary History*, 2/2 (abril de 1967), p. 80 <<

[79] Alan Nothnagle, *Building the East Germany Myth* (Ann Arbor, 1999), pp. 63-67 <<

[80] AAN, Ministerstwo Kultury, 274 <<

[81] AAN, Ministerstwo Kultury, 274, 724, 747 <<

[82] *Ibid*, 478 <<

[83] SAPMO-BA, DY 24/2.120, p. 55 <<

[84] *Ibid*, 24/2.414 <<

[85] *Ibid*, 25/248 <<

[86] PIL, 286/19, p. 207 <<

[87] Artur Pasko, *Wyciąg Pokoju w dokumentach władz partyjnych i państwowych 1948-1989* (Cracovia, 2009), pp. 21-30 <<

[88] Magdolna Baráth, ed., *Szovjet nagyköveti iratok Magyarországról 1953-1956* (Budapest, 2002), p. 175 <<

[89] J. C. C., «The Berlin Youth Festival: Its Role in the Peace Campaign», *The World Today*, 7,7 (julio de 1951), pp. 306-315 <<

[90] Giles Scott-Smith y Hans Krabbendam, eds., *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960* (Londres, 2003), pp. 172-173 <<

[91] BStU MfSZ, BdL 003465 <<

[92] *Ibid*, 000012 <<

[93] *Ibid*, 000015 <<

[94] *Ibid*, 000012 <<

[95] *Ibid*, 15194 <<

[96] J. C. C., «The Berlin Youth Festival», p. 311 <<

[97] Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=oIGa6YcTU8s> <<

[98] Entrevista con Lothar Grimm, Eistenhüttenstadt, 27 de abril de 2007 <<

[99] Jacek Trznadel, *Hanba Domowa* (París, 1986), pp. 22-23 <<

[100] Entrevista con Hans Modrow, Berlín, 7 de diciembre de 2006 <<

[101] Entrevista con Józef Tejchma, Varsovia, 14 de junio de 2007 <<

[102] Cita extraída de Hans Modrow, *Ich wollte ein neues Deutschland* (Munich, 1999), p. 59 <<

14. EL REALISMO SOCIALISTA

[¹] V. I. Lenin, «Party Organization and Party Literature», *Novaya Zhizn*, 12
(13 de noviembre de 1905) <<

[2] Andrzej Panufnik, *Composing Myself* (Londres, 1987), p. 189 <<

[3] Actualmente es el Ministerio de Finanzas alemán <<

[4] Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater: Cultural and Intellectual Life in Berlin, 1945-1948* (Berkeley, 1998), pp. 39-50 <<

[5] Elfriede Brüning, *Und außerdem war es mein Leben* (Berlin, 2004), p. 331

<<

[6] SAPMO-BA, DY 271/213 <<

[7] David Pike, *The Politics of Culture in Soviet-Occupied Germany, 1945-1949* (Stanford, 1992), p. 138 <<

[8] SAPMO-BA, DY 27/2751 <<

[9] *Ibid*, DY 27/341; también Schivelbusch, *In a Cold Crater*, p. 80 <<

[10] Citado en los materiales que acompañan una exposición de la obra de Herbert Sandberg, «Mit spitzer Feder», Berlín, Akademie der Künste, mayo de 2008 <<

[¹¹] Schivelbusch, *In a Cold Crater*, p. 82 <<

[12] SAPMO-BA, DY 27/1512 <<

[¹³] Ronald Hayman, *Brecht: A Biography* (Nueva York, 1983), pp. 325-326.
[Hay trad. cast.: *Brecht*, Barcelona, Argos Vergara, 1985]. <<

[¹⁴] Anne Hartmann y Wolfram Eggelin, *Sowjetische Präsenz im kulturellen Leben der SBZ und frühen DDR 1945-1953* (Berlín, 1998), pp. 155-156 <<

[15] György Faludy, *My Happy Days in Hell*, trad. de Kathleen Szasz (Londres, 2010), p. 228 <<

[16] AdK-ABK, *Max Lingner, 1888-1959*, catálogo de exposición publicado en Berlín, 1988 <<

[17] Günter Feist, Eckhart Gillen y Beatrice Vierneisel, eds., *Kunstdokumentation: 1945-1990, SBZ/DDR* (Berlín, 1996), pp. 104-106 <<

[18] T. V. Volokitina *et al.*, eds., *Vostochnaya Yevropa v dokumentaj rosisjij arjivov, 1944-1953* (Novosibirsk, 1997), vol. 2, pp. 36-41 <<

[19] *Ibid.*, pp. 41-43 <<

[20] Peter Pachnicke me apuntó que el debate sobre el formalismo de la década de 1940 era una repetición del debate sobre el expresionismo que tuvo lugar en los años treinta. Conversación con Peter Pachnicke, Berlín, 20 de abril de 2008 <<

[21] Laurie S. Koloski, «Painting Kraków Red: Politics and Culture in Poland, 1945-1950», tesis doctoral, Universidad de Stanford, 1998 <<

[22] Véase Wojciech Włodarczyk, *Socrealizm: sztuka polska w latach 1950-1954* (Varsovia, 1986), p. 112 <<

[23] Conversación con Petra Uhlmann y Michael Krejsa, Akademie der Künste, Berlín, 5 de diciembre de 2008 <<

[24] Joy Calico, «The Trial, the Condemnation, the Cover-up: Behind the Scenes of Brecht/Dessau's *Lucullus* Opera(s)», *Cambridge Opera Journal*, 14, 3 (noviembre de 2002), pp. 313-342. Véase también Hayman, *Brecht*, pp. 354-355 <<

[25] Günter Feist, «Das Wandbild im Bahnhof Friedrichstrasse», en Eckhart Gillen y Diether Schmidt, eds., *Zone 5: Kunst in der Viersektorenstadt, 1945-1951*, catálogo de exposición (Berlín, 1989), pp. 92-124 <<

[26] Conversación con Uhlmann y Krejsa <<

[27] *Protokoły z posiedzen Rady Wydziału Malarstwa w ASP w Warszawie*, 01.02.1950-17.02.1954, en la colección de Andrzej Bielawski <<

[28] AAN, Ministerstwo Kultury, 321, 322 y 326 <<

[29] Koloski, «Painting Kraków Red», pp. 200-309 <<

[30] AdK ABK, colección Otto Nagel, III, y colección Arnold Zweig, V, carpeta 5 <<

[31] *Ibid*, *Max Lingner*, IV.A.59 <<

[32] Gerhard Strauss, *Vom Auftrag zum Wandbild* (Berlin, 1953), p. 12 <<

[33] *Ibid.*, pp. 16-20 <<

[³⁴] *Ibid.*, pp. 21-25 <<

[35] AdK ABK, *Max Lingner*, VI.A.124 <<

[36] Günter Feist (con Eckhart Gillen), *Stationen eines Weges: Daten und Zitate zur Kunst und Kunstpolitik der DDR 1945-1998* (Berlín, 1988), p. 24

<<

[37] AdK ABK, *Max Lingner*, catálogo de exposición <<

[38] Wanda Telakowska, *Twórczość Ludowa w Nowym Wzornictwie* (Varsovia, 1954), p. 5 <<

[39] David Crowley, «Building the World Anew: Design in Stalinist and Post-Stalinist Poland», *Journal of Design History*, 7, 3 (1994) <<

[40] Lou Taylor, «The Search for a Polish National Identity, 1945-1968»,
manuscrito inédito en la colección del Museo Nacional de Polonia <<

[41] AAN, Ministerstwo Kultury, 321 <<

[42] Krystyna Czerniewska y Tadeusz Reindl, eds., «Sztuka dla zycia: Wspomnienia o Wandzie Telakowskiej», *Biblioteka Wzornictwa*, 10,88, pp. 11-12 <<

[43] Conversaciones con Anna Frackiewicz, conservadora de artes decorativas, Museo Nacional de Polonia, 26 de noviembre de 2007; Krystyna Czerniewska, «To Oni Tworzyły Wzornictwo», manuscrito inédito en la colección del Museo Nacional de Polonia <<

[44] Estos diseños forman la base de la enorme colección de diseño moderno del Museo Nacional de Polonia, gran parte de la cual se encuentra en almacenamiento semipermanente <<

[45] Aleksander Wojciechowski, *O Sztuce Uzytkowej i Uzytecznej* (Varsovia, 1955), p. 65 <<

[46] Citado en Piotr Majewski, «Jak zbudować “Zamek socjalistyczny”», *Zbudować Warszawę Piękną: O Nowym Krajobrazie Stolicy 1944-1956* (Warszawa, 2003), p. 33 <<

[47] Entrevista con el profesor Alexander Jackowski, Varsovia, 15 de mayo de 2007 <<

[48] Bolesław Szmidt, ed., *The Polish School of Architecture, 1942-1945* (Liverpool, 1945), pp. 85-95 y 186-188 <<

[49] Majewski, «Jak zbudować “Zamek socjalistyczny”», p. 36 <<

[50] Bolesław Bierut, *Szescoletni Plan Odbudowy Warszawy: Refereat Na Konferencji Warszawskiej PZPR w dniu 3 lipca, 1949 g* (Varsovia, 1949), pp. 20-21 <<

[51] Krzysztof Mordinski, «Marzenia o idealnym mieście-Warszawa socrealistyczna», *Spotkania z Zabytkami*, 9, 226, pp. 3-8 <<

[52] Los diseños fueron publicados para el público en un grueso y lujoso álbum: *Szescioletni Plan Odbudowy Warszawy* (Varsovia, 1950) <<

[53] Anders Åman, *Architecture and Ideology in Eastern Europe During the Stalin Era* (Cambridge, Mass., 1992), p. 49 <<

[54] Waldemar Baraniewski, «Między opresją a obojętnością. Architektura w polsko-rosyjskich relacjach w XX wieku», disponible en <http://www.culture.pl/pl/culture/artykuly> <<

[55] Edmund Goldzamt, *William Morris: A Geneza Społeczna Architektury Nowoczesnej* (Varsovia, 1967) <<

[56] Teresa Toranska, *Oni: Stalin's Polish Puppets*, trad. de Agnieszka Kołakowska (Londres, 1988), pp. 306-307 <<

[57] Konrad Rokicki, «Kłopotliwe Dar: Pałac Kultury I Nauki», *Zbudować Warszawę Piękną: O Nowym Krajobrazie Stolicy (1944-1956)* (Warsaw, 2003), pp. 107-115 <<

[58] Bierut, *Szescoletni Plan*, pp. 20-21 <<

[59] David Crowley, *Warsaw* (Londres, 2003), p. 54 <<

[60] Conversación con Frackiewicz <<

[61] Citado en Wojciechowski, *O Sztuce Uzytkowej i Uzytecznej*, p. 71 <<

[62] *Ibidem* <<

[63] Entrevista con Jackowski <<

[64] Véase, por ejemplo, <http://www.youtube.com/watch?v=KI3jZtruxvA> <<

[65] Mira Liehm y Antonin J. Liehm, *The Most Important Art: East European Film After 1945* (Berkeley, 1977) <<

[66] SNL, Historic Interview Collection: entrevista con István Szóts, de Sándor Csoóri y Gábor Hanák, 8 de diciembre de 1988 <<

[67] Gábor Szilágyi, *Tűzkereszttség, A magyar játékfilm története 1945-1953* (Budapest, 1992), p. 219 <<

[68] Vsévelod Pudovkin y András Kovács, eds., *Pudovkin a magyar filmről* (Budapest, 1952), pp. 46, 61 y 62 <<

[69] SNL, entrevista con Szóts <<

[70] MNFA, Ke 34/10a <<

[71] *Ibid*, Ke 34/7 <<

[⁷²] Szilágyi, *Tűzkereszttség*, pp. 233-236 <<

[73] *Ibid.*, p. 234 <<

[74] SNL, entrevista con Szóts <<

[75] Entrevista con Andrzej Wajda, Varsovia, 14 de mayo de 2009 <<

[76] Jan Ciechowicz y Zbigniew Majchrowski, *Od Shakespeare'a Do Szekspira* (Varsovia, 1993), pp. 24-25 <<

[77] *Generación* (1955) era ya una película postestalinista, igual que *Cenizas y diamantes* (1958). *Mefisto* apareció mucho después, en 1981, y por entonces las alusiones evidentes al terror estalinista no evitaban que una película se realizara o se exhibiera <<

[78] Wisława Szymborska, 'Ten Dzień», *Zycie Literackie*, 11,61 (15 de marzo de 1953) <<

[79] Entrevista con Ágnes Heller, Budapest, 2 de junio de 2009 <<

15. LAS CIUDADES IDEALES

[1] Urszula Ciszek-Frankiewicz, *O Nowej to Hucie: Ballady i Wiersze* (Cracovia, 1994) <<

[2] Sándor Horváth, «Alltag in Sztálinváros», en Christiane Brenner y Peter Heumos, eds., *Sozialgeschichtliche Kommunismusforschung Tschechoslowakei, Polen, Ungarn und DDR 1948-1968* (Munich, 2005), p. 512 <<

[3] Esta sección se basa en entrevistas con Júlia Horváth y Elek Horváth, Budapest, 30 de junio de 2009, y con Zsófia Tevan, Budapest, 4 de junio de 2009 <<

[⁴] István Horváth, ed., *Dunaferr: Dunai Vasmu Kronika* (Dunaújváros, 2000), pp. 31-33 <<

[5] Andreas Ludwig, *Eisenhüttendstadt: Wandel einer industriellen Gründungsstadt in fünfzig Jahren* (Potsdam, 2000), pp. 53-54 <<

[6] Entrevista con Stanisław Juchnowicz, Cracovia, 19 de junio de 2007; y *Idealnego*, catálogo del Wydawnicze Muzeum Historycznego Miasta Krakowa (Cracovia, 2006), p. 26 <<

[7] Tadeusz Golaszewski, *Kronika Nowej Huty* (Cracovia, 1955), pp. 34-35; véase también *Nowa Huta: Architektura I twórcy miasta*, exposición del Muzeum Historycznego Miasta Krakowa, Nowohucki Oddział <<

[8] Entrevista con Juchnowicz <<

[9] Herbert Nicolaus y Lutz Schmidt, *Einblicke: 50 Jahre EKO Stahl* (Eisenhüttenstadt, 2000), p. 47 <<

[10] Jenny Richter, Heike Förster y Ulrich Lakemann, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt: Von der Utopie zur Gegenwart* (Marburgo, 1997), pp. 18-22

<<

[11] Entrevista con el doctor Herbert Nikolaus, archivero de EKO, Eisenhüttenstadt, 5 de marzo de 2007; Ludwig, *Eisenhüttendstadt*, pp. 28-30; y entrevistas con Andreas Ludwig, Berlín, 6 de diciembre de 2006, y con Axel Drieschner, Berlín, 5 de marzo de 2007 <<

[¹²] Golaszewski, *Kronika Nowej Huty*, pp. 29-31 <<

[13] Conversación con Leszek Sibila, división de Nowa Huta del Museo Histórico de la ciudad de Cracovia, 19 de junio de 2007, Nowa Huta <<

[¹⁴] Richter *et al.*, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt*, p. 14; y entrevista con Juchnowicz <<

[¹⁵] Simone Haine, ed., *Reise nach Moskau* (Berlin, 1995), pp. 45-53 <<

[16] Ludwig, *Eisenhüttendstadt*, pp. 44-50 <<

[17] Entrevista con Juchnowicz <<

[18] Conversación con Márta Matussné Lendvai, directora del Intercisa Múzeum, Dunaújváros, 19 de mayo de 2009; y Sándor Horváth, *A kapu es a hatar: mindennapi Sztálinváros* (Budapest, 2004), pp. 14-16 <<

[19] Dagmar Semmelmann, «*Man war total entwurzelt und musste erst wieder Wurzeln schlagen*»: *Zur Integration von Flüchtlingen und Vertriebenen in der SBZ/DDR aus lebensgeschichtlicher Sicht-dargestellt am Sonderfall Eisenhüttenstadt* (historia oral, editada en CD, 2005), p. 82 <<

[20] OSA, 206/1/1:3 <<

[21] Horváth, *A kapu es a hatar*, pp. 35-36 <<

[22] Richter *et al.*, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt*, pp. 32-33 <<

[23] Kurt W. Leucht, *Die erste neue Stadt in der DDR* (Berlin, 1957), pp. 79-83 <<

[24] OSA, 206/1/1:3 <<

[25] Richter *et al.*, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt*, pp. 33-35 <<

[26] Entrevista con Kollár-Horváth <<

[27] Richter *et al.*, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt*, p. 33 <<

[28] Entrevista con Tevan <<

[29] Memorias de Ambrus Borovszky, archivos de la compañía Dunafer <<

[30] Entrevista con Juchnowicz <<

[31] Horváth, *A kapu es a hatar*, pp. 158-172 <<

[32] Entrevista con Karl Gass, Kleinmachnow, Berlín, 7 de mayo de 2008 <<

[33] Nicolaus y Schmidt, *Einblicke*, pp. 54-55 <<

[³⁴] Tadeusz Konwicky, *Przy Budowie* (Varsovia, 1950) <<

[35] AdK ABK, colección Nerlinger, carpeta 141; también conversación con Petra Uhlmann y Michael Krejsa, Berlín, 5 de diciembre de 2008 <<

[36] SAPMO-BA, DY 30/IV 2/9.06/175 <<

[37] AdK ABK, colección Oskar Nerlinger, carpeta 79 <<

[38] *Ibid*, carpetas 79 y 141 <<

[39] *Ibid*, carpeta 79 <<

[40] Günter Feist con Eckhart Gillen, *Stationen eines Weges: Daten und Zitate zur Kunst und Kunstpolitik der DDR 1945-1998* (Berlin, 1988), p. 29 <<

[41] AdK ABK, colección Nerlinger, carpeta 103 <<

[42] Sándor Horváth, *A kapu es a hatar*, p. 32 <<

[43] Sándor Horváth, «Alltag in Sztálinváros», pp. 517-518 <<

[⁴⁴] Datos del censo polaco, cifras redondeadas <<

[45] Mark Pittaway, «Creating and Domesticating Hungary's Socialist Industrial Landscape: From Dunapentele to Sztálinváros, 1950-1958», *Historical Archaeology*, 39, 3, Landscapes of Industrial Labor, 2005, p. 84 <<

[46] Entrevista con Józef Tejchma, Varsovia, 14 de junio de 2007; también Józef Tejchma, *Pozegnanie z władza* (Varsovia, 1997), y Józef Tejchma, *Z notatnika aktywisty ZMP* (Varsovia, 1954) <<

[47] Ryszard Kapuscinski, «To też jest prawda o Nowej Hucie», *Sztandar Młodych*, 234 (30 de septiembre de 1955) <<

[48] Horváth, *A kapu es a hatar*, pp. 40-52 <<

[49] *Ibid.*, pp. 22-24 <<

[50] Nicolaus and Schmidt, *Einblicke*, pp. 56-58 <<

[51] Richter *et al.*, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt*, p. 31 <<

[52] Entrevista con Tevan <<

[53] Richter *et al.*, *Stalinstadt-Eisenhüttenstadt*, p. 14 <<

[54] Ferenc Erdős y Zsuzsanna Pongrácz, *Dunaújváros története* (Dunaújváros, 2000), pp. 255-256 <<

[55] Márta Matussné Lendvai, «... a nagy Sztálinról nevezhessük el», *Árgus* (enero de 1995), pp. 70-74 <<

[56] Nicolaus y Schmidt, *Einblicke*, pp. 65-71 <<

[57] Leucht, *Die erste neue Stadt in der DDR*, p. 86 <<

[58] Entrevista con Tevan <<

[59] Reimpreso en la revista de arquitectura holandesa *Volume*, disponible en <http://volumeproject.org/volume/2009/00/00/Industrialised+Building+Speech%3C3C>

[60] Ludwig, *Eisenhüttendstadt*, p. 52 <<

[61] *Ibidem* <<

[62] El texto está disponible en: <http://hamlet.pro.e-mouse.pl/teksty/?id=po1939&idu=006>; la traducción es mía <<

16. LOS COLABORADORES RENUENTES

[¹] Entrevista con Herta Kuhrig, Berlín, 21 de noviembre de 2006 <<

[2] Disponible en http://www.youtube.com/watch?v=JVq8_gRXlpg <<

[3] Volker Müller, «Es ist so viel Blut umsonst geflossen'», *Berliner Zeitung*, 26 de enero de 2001, p. 11 <<

[4] Entrevista con Jerzy Morawski, Varsovia, 7 de junio de 2007 <<

[5] Entrevista con el coronel Ludwik Rokicki, Varsovia, 25 de mayo de 2006

<<

[6] Entrevista con Jacek Fedorowicz, Varsovia, 25 de marzo de 2009 <<

[7] Anna Bikont y Joanna Szczesna, *Lawina i Kamienia: Pisarze wobec Komunizmu* (Varsovia, 2006), pp. 103-112 <<

[8] Véase <http://fotoforum.gazeta.pl/72,2,746,68832222,74666403.html>. La sirena que Picasso dibujó en Varsovia aparece ahora en camisetas y tazas <<

[9] György Majtényi, «Órök a vártán. Uralmi elit Magyarországon az 1950-es, 1960-as években», en Sándor Horváth, ed., *Mindennapok Rákosi és Kádár korában* (Budapest, 2008), p. 289 <<

[10] Joel Agee, *Twelve Years: An American Boyhood in East Germany* (Chicago, 2000), p. 125 <<

[11] OSA, 300/50/6, carpetas 35, 42 y 43 <<

[¹²] BStU MfSZ, 5960/60, p. 130 <<

[13] Jacek Kuron, *Kuron: Autobiografia* (Varsovia, 2009). (Véase: <http://www.krytykapolityczna.pl/Autobiografia/Awans-spoeczny-i-odbudowa/menu-id-232.html>.)<<

[¹⁴] Entrevista con Wolfgang Lehmann, Berlín, 20 de septiembre de 2006 <<

[15] Entrevista con Michał Bauer, Varsovia, 18 de junio de 2007 <<

[¹⁶] Andrzej Panufnik, *Composing Myself* (Londres, 1987), p. 183 <<

[17] David Pike, *The Politics of Culture in Soviet-Occupied Germany, 1945-1949* (Stanford, 1992), p. 365 <<

[18] Jacek Trznadel, *Hanba Domowa* (París, 1986) <<

[19] Panufnik, *Composing Myself*, p. 191 <<

[20] En Francia se inició una campaña similar. Véase André Heynal, «Die ungarische Psychoanalyse unter totalitären Regimen», en Ágnes Berger *et al.*, *Psychoanalyse hinter dem Eisernen Vorhang* (Frankfurt, 2010), pp. 27-49 <<

[21] Pál Hermat, *Freud, Ferenczi és a magyarországi pszichoanalízis* (Budapest, 1994), pp. 393-440 <<

[22] Ferenc Erós, «Psychoanalysis and Cultural Memory», ponencia presentada en el simposio «Psychoanalysis Behind the Iron Curtain», Collegium Hungaricum, Berlín, 15-16 de noviembre de 2008 <<

[23] Hermat, *Freud*, pp. 393-440 <<

[²⁴] Entrevista con György Hidas, Budapest, 12 de marzo de 2009 <<

[25] Heynal, «Die ungarische Psychoanalyse» <<

[26] Entrevista con Judit Mészáros, Budapest, 20 de abril de 2009 <<

[27] Entrevista con Antoni Rajkiewicz, Varsovia, 3 de junio de 2007 <<

[28] Entrevista con Piotr Paszkowski, Varsovia, 22 de mayo de 2012 <<

[29] Entrevista con Fedorowicz <<

[30] Entrevista con Karol Modzelewski, Varsovia, 28 de abril de 2009 <<

[31] Entrevista con Krzysztof Pomian, Varsovia, 2 de mayo de 2008 <<

[32] Entrevista con Morawski <<

[33] John Connelly, *Captive University: The Sovietization of East German, Czech and Polish Higher Education 1945-1956* (Chapel Hill y Londres, 2000), pp. 216-217 <<

[³⁴] Entrevista con Iván Vitányi, Budapest, enero de 2009 <<

[35] Entrevista con Elfriede Brüning, Berlín, 28 de noviembre y 5 de diciembre de 2006 <<

[36] Elfriede Brüning, *Und außerdem war es mein Leben* (Berlin, 2004), pp. 342-345 <<

[37] *Ibid.*, p. 398 <<

[38] Elfriede Brüning, *Lästige Zeugen: Tonbandgespräche mit Opfern der Stalinzeit* (Halle, 1990) <<

[39] Leopold Tyrmand, «Sprawa Piaseckiego», *Swiat*, 18 de noviembre de 1956 <<

[40] Jan Engelgard, *Wielka Gra Bolesława Piaseckiego* (Varsovia, 2008), p. 7

<<

[41] Andrzej Jaszczuk, *Ewolucja Ideowa Bolesława Piaseckiego* (Varsovia, 2005), pp. 27-28 y 56-57 <<

[42] Engelgard, *Wielka Gra Bolesława Piaseckiego*, pp. 66-67 <<

[43] Mikołaj Stanisław Kunicki, «The Polish Crusader: The Life and Politics of Bolesław Piasecki, 1915-1979», tesis doctoral, Universidad de Stanford, junio de 2004, pp. 196-203 <<

[⁴⁴] Czesław Miłosz, *Zdobycie Władzy* (Olsztyn, 1990), pp. 138-139. [Hay trad. cast.: *El poder cambia de manos*, Barcelona, Destino, 1980]. <<

[⁴⁵] Engelgard, *Wielka Gra Bolesława Piaseckiego*, p. 85 <<

[46] *Ibid.*, p. 218 <<

[47] Entrevista con Janusz Zabłocki, Varsovia, 19 de junio de 2009 <<

[48] Kunicki, «The Polish Crusader», pp. 241-243 <<

[49] Esa es sin duda la opinión de la familia de Piasecki. Conversación con Ładysław Piasecki, Varsovia, 17 de febrero de 2012 <<

[50] Entrevista con Zabłocki <<

[51] Entrevista con Leopold Unger, Bruselas, 21 de marzo de 2009 <<

[52] Entrevista con Alexander Jackowski, Varsovia, 15 de mayo de 2007 <<

[53] SAPMO-BA, ZPA, NY 421/5/53, pp. 263-274 <<

[54] Klaus Polkehn, *Das war die Wochenpost: Geschichte und Geschichten einer Zeitung* (Berlin, 1997), p. 7 <<

[55] Entrevista con Klaus Polkehn, Berlín, 20 de octubre de 2006 <<

17. LOS Oponentes Pasivos

[¹] György Faludy, *My Happy Days in Hell*, trad. de Kathleen Szasz (Londres, 2010), p. 207 <<

[2] Celina Budzynska, *Krytyka i Samokrytyka* (Varsovia, 1954), p. 44 <<

[3] *Daily Worker*, 20 de noviembre de 1950, p. 2; véase también Phillip Deery, «The Dove Flies East: Whitehall, Warsaw and the 1950 World Peace Congress», *Australian Journal of Politics and History* (diciembre de 2002)

<<

^[4] *Sheffield Telegraph*, 19 de noviembre de 1950; también Deery, «The Dove Flies East» <<

[5] AUL, archivo Edeltraude Eckert. Stiftung Aufarbeitung, Archiv
Untudruckter Literatur, Edeltraude Eckert file <<

[6] Joanna Kochanowicz, *ZMP w Terenie* (Varsovia, 2000), pp. 85-102 <<

[7] John Rodden, *Repainting the Little Red Schoolhouse: A History of Eastern German Education, 1945-1995* (Nueva York, 2002) <<

[8] Maciej Chłopek, *Bikiniarze. Pierwsza polska subkultur* (Varsovia, 2005), pp. 69-75; Sándor Horváth, «Hooligans, Spivs and Gangs: Youth Subcultures in the 1960s», en János M. Rainer y György Péteri, eds., *Muddling Through in the Long 1960s: Ideas and Everyday Life in High Politics and the Lower Classes of Communist Hungary*, Trondheim Studies on East European Cultures and Societies, 16 (mayo de 2005), pp. 199-223 <<

[9] Chłopek, *Bikiniarze*, p. 101; también Kathy Peiss, *Zoot Suit: The Enigmatic Career of an Extreme Style* (Filadelfia, 2011), p. 179 <<

[¹⁰] Leopold Tyrmand, *Dziennik 1954* (Londres, 1980), pp. 138-140 <<

[¹¹] Horváth, «Hooligans, Spivs and Gangs» <<

[¹²] Chłopek, *Bikiniarze*, p. 30 <<

[13] *Ibid.*, pp. 142-143 <<

[¹⁴] Jacek Kuron, *Wiara i wino. Do i od komunizmu* (Wrocław, 1995), p. 54 <<

[15] Véase Sándor Horváth, «Myths of the Great Tree Gang: Constructing Urban Spaces and Youth Culture in Socialist Budapest», en Joanna Herbert y Richard Rodger, eds., *Testimony of the City: Identity, Community and Change in a Contemporary Urban World* (Aldershot, 2007), pp. 73-93; también Horváth, «Hooligans, Spivs and Gangs» <<

[¹⁶] Entrevista con Krzysztof Pomian, Varsovia, 2 de mayo de 2008 <<

[17] Chłopek, *Bikiniarze*, pp. 130-135 <<

[18] Kuron, *Wiara i wina*, pp. 54-55 <<

[19] Toby Thacker, «The Fifth Column: Dance Music in the Early German Republic», en Patrick Major y Jonathan Osmond, eds., *The Workers' and Peasants' State* (Manchester, 2002), pp. 227-239 <<

[20] Entrevista con Erich Loest, Leipzig, 12 de diciembre de 2006 <<

[21] AdK ABK, colección Arnold Zweig, V <<

[22] Thacker, «The Fifth Column», pp. 227-239 <<

[23] Entrevista con Marta Stebnicka, Cracovia, 25 de febrero de 2009 <<

[24] Para un buen análisis informal sobre el humor comunista, véase Ben Lewis, *Hammer and Tickle* (Londres, 2009). Una versión breve se encuentra en «Hammer and Tickle», *Prospect*, 122 (20 de mayo de 2006) <<

[25] Lewis, *Hammer and Tickle*, p. 11 <<

[26] Los chistes de esta sección proceden de diversas fuentes y personas. Me gustaría dar las gracias a Piotr Paszkowski por su labor de recopilación <<

[27] PIL, 286.23, p. 122 <<

[28] AAN, Ministerstwo Oswiaty, 346, p. 16 <<

[29] Milan Kundera, *The Joke* (Londres, 1992). [Hay trad. cast.: *La broma*, Barcelona, Seix Barral, 2006]. <<

[30] Véase Lewis, *Hammer and Tickle*, p. 132 <<

[31] Jenó Randé y János Sebestyén, *Azok a rádiós évtizedek* (Budapest, 1995), pp. 146-148 <<

[32] *Ulenspiegel: Literatur, Kunst, Satire*, vols. II (1947) y III (1948). Este análisis de Herbert Sandberg se basa en una conversación con el historiador del arte Peter Pachnicke <<

[33] SAPMO-BA, DY 30/IV 2.9.06/23 <<

[³⁴] Lewis, *Hammer and Tickle*, p. 11 <<

[35] Entrevista con Józef Puciłowski, Cracovia, 24 de marzo de 2009 <<

[36] Entrevista con Hans-Jochen Tschiche, Satuelle, 18 de noviembre de 2006

<<

[37] Karta, Archivos de Memoria, 7/IV <<

[38] Jan Ziółek y Agnieszka Przytuła, *Represje wobec uczestników wydarzeń w Katedrze Lubelskiej w 1949 roku* (Lublin, 1999); véase también Agnieszka Przytuła, «Skazani za wiare w cud», manuscrito inédito, disponible en <http://tnn.pl/pamie.php> <<

[39] Karta, Archivo de Memoria, 7/IV <<

[40] Rudolf Ilona Sántháné, manuscrito inédito <<

[41] Entrevista con Halina Bortnowska, Varsovia, 5 de febrero de 2006 <<

[42] Dariusz Stola, *Kraj bez Wyjścia? Migracje z Polski 1949-1989* (Varsovia, 2010), p. 27 <<

[43] William E. Stacy, «US Army Border Operations in Germany 1945-1983», HQ US Army, Europe and 7th Army, 2002, disponible en <http://www.history.army.mil/documents/BorderOps/content.htm> <<

[44] Edith Sheffer, «On Edge: Building the Border in East and West Germany», *Central European History* 40 (2007), pp. 307-333 <<

[45] Stacy, «US Army Border Operations in Germany» <<

[46] Corey Ross, «Before the Wall: East Germans, Communist Authority and the Mass Exodus to the West», *The Historical Journal* 45, 2 (2002), p. 459; también Frederick Taylor, *The Berlin Wall* (Nueva York, 2006), p. 77 <<

[47] Entrevista con Herta Kuhrig, Berlín, 21 de noviembre de 2006 <<

[48] Ross, «Before the Wall», pp. 465-477 <<

18. LAS REVOLUCIONES

[¹] Bertolt Brecht, *Poems 1913-1956*, en John Willett y Ralph Manheim, eds. (Methuen, 1976), p. 440. [Hay trad. cast.: *Poemas y canciones*, Madrid, Alianza, 2010]. <<

[2] En realidad, Stalin había muerto el 5 de marzo, probablemente a causa de una apoplejía que sufrió la mañana del 1 de marzo, pero su muerte no se anunció a la población hasta el día siguiente <<

[3] Mark Allinson, *Politics and Popular Opinion in East Germany 1945-1968* (Manchester, 2000), pp. 52-54 <<

[4] Véanse las fotografías de la colección Open Society Archives, en:
<http://www.osaarchivum.org/galeria/05031953/sect06/index.html> <<

[5] La revista *Life* publicó todas sus fotografías, 23 de marzo de 1953, pp. 33-35 <<

[6] Amy Knight, *Beria: Stalin's First Lieutenant* (Princeton, 1995), p. 182 <<

[7] Mark Kramer, «The Early Post-Stalin Succession Struggle and Upheavals in East-Central Europe: Internal-External Linkages in Soviet Policy Making», *Journal of Cold War Studies*, 1, 1 (invierno de 1999), pp. 18-21 <<

[8] *Ibid*, p. 17; también Christian Ostermann, ed., *Uprising in East Germany 1953: The Cold War, the German Question and the First Major Upheaval Behind the Iron Curtain* (Budapest y Nueva York, 2001), pp. 86-90 (muchos de estos documentos están disponibles también en: <http://legacy.wilsoncenter.org>) <<

[9] Ostermann, ed., *Uprising in East Germany*, pp. 10-101 <<

[¹⁰] Kramer, «Early Post-Stalin Succession Struggles», p. 17 <<

[¹¹] *Ibid.*, p. 23 <<

[¹²] Csaba Békés, Malcolm Byrne y János Rainer, eds., *The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents* (Budapest y Nueva York, 2002), pp. 15-20 <<

[13] Charles Gati, *Failed Illusions: Moscow, Washington, Budapest, and the 1956 Hungarian Revolt* (Stanford y Washington, 2006), pp. 32-40 <<

[¹⁴] Imre Nagy, *On Communism: In Defense of the New Course* (Nueva York, 1957), p. 176 <<

[15] Kramer, «Early Post-Stalin Succession Struggles», p. 31 <<

[¹⁶] Entrevista con Lutz Rackow, Berlín, 1 de abril de 2008 <<

[17] Entrevistas con Erich Loest, Leipzig, 12 de diciembre de 2006, y Elfriede Brüning, Berlín, 28 de noviembre y 5 de diciembre de 2006 <<

[¹⁸] Entrevista con Egon Bahr, Berlín, 26 de octubre de 2006 <<

[19] Rudolf Herrnstadt, *Das Herrstadt-Dokument: das Politbüro der SED und die Geschichte des 17. Juni 1953* (Hamburg, 1990), p. 85; también Hubertus Knabe, *17 Juni 1953-Ein deutscher Aufstand* (Berlín, 2004), p. 302

<<

[20] Entrevista con Erich Loest, Leipzig, 12 de diciembre de 2006 <<

[21] *Ibidem.* También Erich Loest, *Durch die Erde ein Riss: Ein Lebenslauf* (Hamburgo, 1981), pp. 196-207; sobre el motivo por el que la Volkspolizei estuvo ausente, véase Knabe, *17 Juni 1953*, p. 318 <<

[22] Entrevista con Karl-Heinz Arnold, Berlín, 3 de noviembre de 2006 <<

[23] Entrevista con Hans-Walter Bendzko, Berlín, 2 de abril de 2008 <<

[²⁴] Volker Koop explica las distintas fuentes y cifras en *Der 17. Juni 1953-Legende und Wirklichkeit* (Berlín, 2003) <<

[25] *Ibid.*, p. 343 <<

[26] Knabe, *17 Juni 1953*, p. 83. Son más personas que las que participaron en las protestas de Alemania del Este en octubre de 1989 <<

[27] Entrevista con Bahr <<

[28] SAPMO-BA, DY 30/IV 2/1/121, pp. 35-39 <<

[29] Ostermann, ed., *Uprising in East Germany 1953*, p. 186 <<

[30] Mary Fulbrook, *Anatomy of a Dictatorship: Inside the GDR, 1949-89* (Oxford, 1995), pp. 155-161 <<

[31] Entrevista con Günter Schabowski, Berlín, 7 de diciembre de 2006 <<

[32] Ronald Hayman, *Brecht: A Biography* (Nueva York, 1983), p. 367 <<

[33] Entrevista con Klaus Polkehn, Berlín, 20 de octubre de 2006 <<

[34] Entrevista con Rackow <<

[35] Kramer, «Early Post-Stalin Succession Struggles», parte 2, p. 5 <<

[36] Ostermann, ed., *Uprising in East Germany 1953*, pp. 186 y 270; Koop, *Der 17. Juni 1953*, pp. 333-334. En Occidente tampoco hay pruebas que sostengan esta tesis: la CIA se quedó tan sorprendida por los disturbios como los rusos, e incluso llegó a pensar que los rusos podían haberlos provocado (Ostermann, ed., *Uprising in East Germany*, pp. 210-212) <<

[37] Kramer, «Early Post-Stalin Succession Struggles» <<

[38] Gati, *Failed Illusions*, pp. 54-55 <<

[39] SAPMO-BA, DY 30/IV 2/1/120, pp. 2-13 <<

[40] *Ibid.*, pp. 25-28 <<

[41] *Ibidem* <<

[42] Paweł Machewicz, «Polish Regime Countermeasures Against Radio Free Europe», en A. Ross Johnson y R. Eugene Parta, eds., *Cold War Broadcasting: Impact on the Soviet Union and Eastern Europe* (Nueva York, 2010), pp. 174-175 <<

[43] Andrzej Friskze, *Polska: Losy państwa i narodu, 1939-1989* (Varsovia, 2003). Véase también Andrzej Paczkowski, *Trzy twarze Józefa Światły: przyczynek do historii komunizmu w Polsce* (Varsovia, 2009) <<

[⁴⁴] Gati, *Failed Illusions*, pp. 55 y 113-122 <<

[45] Andrzej Krzywicki, *Poststalinowski Karnawał Radosci* (Varsovia, 2009), pp. 185-190 <<

[⁴⁶] *Rzeczpospolita*, 4 de diciembre de 2007 <<

[47] Krzywicki, *Poststalinowski Karnawał Radosci*, p. 231 <<

[48] Jacek Kuron, *Wiara i wina. Do i od komunizmu* (Wrocław, 1995), p. 56 <<

[49] Entrevista con Jacek Fedorowicz, Varsovia, 25 de marzo de 2009 <<

[50] Krzywicki, *Poststalinowski Karnawał Radosci*, p. 231 <<

[51] Entrevista con Krzysztof Pomian, Varsovia, 2 de mayo de 2008 <<

[52] Krzywicki, *Poststalinowski Karnawał Radosci*, p. 281 <<

[53] K. Kozniewski, «Sto Wierszy o Festiwalu», *Sztandar Młodych* (9 de agosto de 1955) <<

[54] Entrevista con Fedorowicz <<

[55] William Griffiths, «The Petőfi Circle: Forum for Ferment in the Hungarian Thaw», *The Hungarian Quarterly*, 2,1 (enero de 1962), pp. 15-31

<<

[56] István Eörsi, «The Petófi Circle», en *Intellectuele kringen in de twintigst eeuw* (Utrecht, 1995), p. 110 <<

[57] Tamás Aczél y Tibor Meráy, *The Revolt of the Mind* (Londres, 1960), pp. 274-282; también Békés *et al.*, *The 1956 Hungarian Revolution*, p. 10 <<

[58] *Ibid.*, pp. 345-346 <<

[59] Aczél y Meráy, *Revolt of the Mind*, p. 45 <<

[60] *Ibid.*, pp. 96-113 <<

[61] Iván Vitány, *Önarckép-elvi keretben* (Celldömölk, 2007), pp. 28-32 <<

[62] András Hegedüs, «The Petófi Circle: The Forum of Reform in 1956», *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, 113, 2, pp. 108-122 <<

[63] Békés *et al.*, *The 1956 Hungarian Revolution*, p. 10 <<

[64] Aczél y Meráy, *Revolt of the Mind*, pp. 267-268 <<

[65] Eörsi, «The Petófi Circle», p. 108 <<

[66] Entrevista con Karol Modzelewski, Varsovia, 28 de abril de 2009 <<

[67] *Ibidem* <<

[68] Eörsi, «The Petófi Circle», p. 110 <<

[69] Mark Pittaway, «The Reproduction of Hierarchy: Skill, Working-Class Culture, and the State in Early Socialist Hungary», *The Journal of Modern History*, 74, 4 (diciembre de 2002), p. 728 <<

[70] Griffiths, «The Petófi Circle», p. 22 <<

[71] El discurso está disponible en:
<http://www.marxists.org/archive/khrushchev/1956/02/24.htm> <<

[72] William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era* (Nueva York, 2003), p. 284. [Hay trad. cast.: *Kruschev: el hombre y su época*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005]. <<

[73] Entrevista con el coronel Ludwik Rokicki, Varsovia, 25 de mayo de 2006

<<

[⁷⁴] Griffiths, «The Petófi Circle», p. 17 <<

[75] Victor Sebestyen, *Twelve Days: Revolution 1956* (Londres, 2006), pp. 86-87 <<

[76] Mucho más adelante, las cenizas de Rákosi fueron devueltas a Hungría y enterradas de nuevo en un cementerio de Budapest. Sin embargo, cuando su lápida se convirtió en el objetivo de los vándalos, trasladaron las cenizas a otra sepultura grabada solo con sus iniciales. Véase <http://www.mult-kor.hu/cikk.php?id=8036&pIdx=4> <<

[77] Gati, *Failed Illusions*, pp. 137-138 <<

[78] Entre las obras recientes que hacen un buen uso de los archivos están las de Gati, *Failed Illusions*, y Sebestyen, *Twelve Days* (ambas citadas con anterioridad), así como el innovador artículo de Mark Kramer, «The Soviet Union and the 1956 Crises in Hungary and Poland: Reassessments and New Findings», *Journal of Contemporary History*, 33, 2 (abril de 1998), pp. 163-214. La Central European University Press, en colaboración con el Instituto 1956, ha publicado una excelente colección de documentos, *The 1956 Hungarian Revolution*, editada por Csaba Békés, Malcolm Byrne y János Rainer. Algunos testimonios anteriores publicados en inglés son: George Urban, *Nineteen Days: A Broadcaster's Account of the Hungarian Revolution* (Londres, 1957); Sándor Kopácsi, *In the Name of the Working Class* (Nueva York, 1987). [Hay trad. cast: *En nombre de la clase obrera. Hungría 1956: la revolución narrada por uno de sus protagonistas*, Barcelona, El Viejo Topo, 2009]. Endre Márton, *The Forbidden Sky* (Nueva York, 1971); y Tibor Meráy, *Thirteen Days That Shook the Kremlin* (Londres, 1959) <<

[79] Aczél y Meráy, *Revolt of the Mind*, pp. 437-438 <<

[80] Sebestyen, *Twelve Days*, p. 97 <<

[81] Meráy, *Thirteen Days That Shook the Kremlin*, p. 439 <<

[82] Kramer, «The Soviet Union and the 1956 Crises», pp. 163-214 <<

[83] Békés *et al.*, *The 1956 Hungarian Revolution*, p. 223; Kramer, «The Soviet Union and the 1956 Crises», pp. 169-171 <<

[84] Kramer, «The Soviet Union and the 1956 Crises», p. 172 <<

[85] Urban, *Nineteen Days*, pp. 12-13 <<

[86] Békés *et al.*, *The 1956 Hungarian Revolution*, pp. 188-189 <<

[87] Sebestyen, *Twelve Days*, pp. 110-119 <<

[88] *Ibid.*, p. 192 <<

[89] Gati, *Failed Illusions*, pp. 165-167 <<

[90] Sebestyen, *Twelve Days*, p. 208 <<

[91] Véase Bill Lomax, ed., *Hungarian Workers' Councils in 1956* (Nueva York, 1990) <<

[92] Békés et al., *The 1956 Hungarian Revolution*, p. 375 <<

[93] Sebestyen, *Twelve Days*, p. 281 <<

[94] *Ibid.*, pp. 299-300 <<

[95] Békés *et al.*, *The 1956 Hungarian Revolution*, p. 70 <<

EPÍLOGO

[¹] Henryk Domanski, «The Middle Class in Transition from Communist to Capitalist Society», en Edmund Mokrzycki y Sven Eliæson, eds., *Building Democracy and Civil Society East of the Elbe* (Nueva York, 2006), p. 95 <<

[2] Conversación con Roger Scruton, 6 de junio de 2012; véase también Barbara Day, *The Velvet Philosophers* (Londres, 1999) <<

[3] Václav Havel *et al.*, *The Power of the Powerless: Citizens Against the State in Central-Eastern Europe* (Londres, 1985), p. 39. [Hay trad. cast.: *El poder de los sin poder*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1990]. <<

[4] Este dicho lleva mucho tiempo utilizándose en Francia, donde en ocasiones se atribuye erróneamente a Robespierre o a Napoleón. Su equivalente en ruso, y que al parecer Stalin utilizó, es «cuando se corta leña, saltan astillas» (*Les rubyat-schepki letyat*). Richard Pipes ha observado que esta frase, utilizada a menudo por los defensores del comunismo, no tiene ningún sentido: «Aparte de que los seres humanos no somos huevos, el problema es que esa masacre no produjo tortilla alguna» <<

[5] Véase Kanan Makiya, *Republic of Fear* (Berkeley, 1998); John K. Cooley, «The Libyan Menace», *Foreign Policy*, 42 (primavera de 1981); y Gareth Winrow, *The Foreign Policy of the GDR in Africa* (Cambridge, 1990), p. 140. Alemania del Este también ayudó a crear las fuerzas policiales secretas de varios regímenes comunistas africanos, entre ellos los de Etiopía, Angola y Mozambique <<

[6] Disponible en <http://www.lkplodz.pl/> <<

[7] Véase, por ejemplo, este análisis de las idas y venidas de la legislación de las organizaciones no gubernamentales rusas en <http://www.icnl.org/research/monitor/russia.html> <<